

CENTENARIO DE JOSE MARTI
HOMENAJE DE LA REPUBLICA DOMINICANA

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

ARTÍ
EN SANTO DOMINGO

LA HABANA
1953





AÑO DEL CENTENARIO DE MARTI
Impresores ÚCAR GARCIA, S. A.
Teniente Rey, 15
La Habana

CENTENARIO DE JOSE MARTI
HOMENAJE DE LA REPUBLICA DOMINICANA

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

MARTÍ

EN SANTO DOMINGO

IMPRESORES UCAR GARCIA, S. A.
LA HABANA
1953



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

O F R E N D A

EL GOBIERNO Y EL PUEBLO DE SANTO DOMINGO
AL GOBIERNO Y AL PUEBLO DE CUBA, EN EL CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE JOSÉ MARTÍ.

1853 - 28 DE ENERO - 1953

*Yo obedezco, y aún diré que acato
como superior dispensación, y como ley
americana, la necesidad feliz de partir,
al amparo de Santo Domingo, para la
guerra de libertad de Cuba.*

JOSÉ MARTÍ

(Monte Cristi, 25 de marzo de 1895.)



ADVERTENCIA

Seducidos por la magia irresistible de José Martí, tanto del escritor maravilloso como del patriota inigualable, iniciamos en 1935, la emocionante recolección de materiales para este libro. La tarea fué larga pero fructuosa. En la investigación —como quien busca oro y halla además otro metal precioso— fueron apareciendo otros documentos de gran valor histórico, base del libro Maceo en Santo Domingo, publicado en 1945.

Nuestra salida del país, en 1947, en el servicio diplomático, interrumpió esa labor, y ha sido ahora, en agosto de 1952, al volver fugazmente a la patria, cuando hemos logrado recoger los papeles atesorados con tanto afán, para ordenarlos con lamentable apresuramiento y darlos a la imprenta casi en vísperas del 28 de enero de 1953, día de Martí.

Que las inevitables deficiencias de la obra sean justificadas por el propósito ferviente de que no faltase este homenaje dominicano, a Cuba, en el Centenario del nacimiento del Mártir de Dos Ríos, "la personalidad más conmovedora, profunda y patética que ha producido hasta ahora el alma hispana en América", según la justa frase de don Fernando de los Ríos.

Este libro se consagra, pues, a la humilde faena de revelar todavía más la pasión dominicana por Martí y por la causa de su Patria, como incentivo para el acrecentamiento de la entrañable fraternidad dominico-cubana.

(Managua, 4 de diciembre de 1952.)



CRONOLOGIA DOMINICANA DE MARTI

- 1853, enero 28. Nace en La Habana.
- 1865 (Máximo Gómez se ausenta de Santo Domingo y se radica en Cuba.)
- 1868, octubre 10. Iníciase la guerra de Cuba. (Participan los dominicanos Luis, Francisco y Félix Marciano, Modesto Díaz, Máximo Gómez y otros.)
- 1877 Primera carta a Máximo Gómez. Desea escribir su historia.
- 1878 Menciona a Santo Domingo en su artículo *Poesía dramática americana*.
- 1882, julio 22. Carta a Máximo Gómez.
- 1883 *La revista científica, literaria y de conocimientos útiles*, de Santo Domingo, habla del "eminente escritor cubano José Martí".
- 1884, abril 5. La revista citada publica el artículo de Martí, *La vuelta de los héroes de la Jeannette*, y en otra edición *Maestros ambulantes*, escrito a incitación del poeta dominicano José Joaquín Pérez.
- 1884 Escribe una semblanza de Francisco Gregorio Billini.
- 1884, septiembre 19. Carta a M. de J. Galván acerca de *Enriquillo*.
- 1884, octubre Conoce a Máximo Gómez en Nueva York.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

- 1885, enero 6. En carta a *La Nación*, de Buenos Aires, se refiere a los problemas políticos dominicanos. En cartas posteriores trata del mismo asunto.
- 1885 (Máximo Gómez visita a su país, por varios días.)
- 1887, diciembre 16. Carta a Máximo Gómez.
- 1888 Señala a Heredia como vínculo dominico-cubano.
- 1888 (Máximo Gómez retorna a su patria. Se establece en Monte Cristi.)
- 1892, enero 6. Martí crea el Partido Revolucionario Cubano. (Preparativos de viaje a Monte Cristi a entrevistarse con Gómez. Escribe algunas páginas acerca de Santo Domingo.)
- 1892, agosto Publica su semblanza de Montesino, su compañero de cárcel, residente en Dajabón.
- 1892, agosto 31. Sale de Nueva York hacia Monte Cristi.
- 1892, septiembre 8. En Gonaïves.
- 1892, septiembre 9. En Cabo Haitiano.
- 1892, septiembre 10. En Dajabón, en casa de Montesino. Horas después en Monte Cristi.
- 1892, septiembre 11. Sale para La Reforma, la finca del general Gómez, adonde llega el mismo día. En el trayecto se detiene en casa de Massenet, en Santa Ana. Inicianse sus conversaciones con el General.
- 1892, septiembre 13. Hacia Santiago de los Caballeros. Llegan el mismo día. Se hospedan en casa de Nicolás Ramírez, Calle de las Rosas.
- 1892, septiembre 15. Gómez regresa a su finca. Martí sigue hacia Santo Domingo. Visita el Santo Cerro. Llega a La Vega. Visita a Federico García Godoy.



CRONOLOGÍA DOMINICANA DE MARTÍ

- 1892, septiembre 16. Sigue viaje hacia Santo Domingo, a caballo.
- 1892, septiembre 18. Llega. Visita a Federico Henríquez y Carvajal y a otros amigos dominicanos y cubanos.
- 1892, septiembre 19. Recorre la ciudad. A las 4 p.m., contempla los restos de Colón. En la noche, recepción en *Amigos del País*, hoy local de la Cámara de Diputados. A medianoche sale en el balandro *Lépidó* hacia Barahona.
- 1892, septiembre 20. En la tarde llega a Barahona.
- 1892, septiembre 21. A las 5 p.m., sale a caballo hacia Port-au-Prince.
- 1892, septiembre 24. Llega. Va directamente al Consulado Dominicano, donde se desmonta.
- 1892, octubre 4. Sale hacia Nueva York.
- 1893, mayo 26. Sale hacia Monte Cristi.
- 1893, junio 3. Llega. Viaje de consulta al general Gómez.
- 1893, junio 5. Regresa. En bote hasta Cabo Haitiano.
- 1894, abril 2. El general Gómez sale hacia Nueva York a ver a Martí. Le acompaña su hijo Panchito.
- 1894, abril 8. Llegan. Les recibe Martí.
- 1894, abril 17. Escribe acerca del proyecto de estatua a Duarte.
- 1894, abril 21. El General regresa, Panchito se queda con Martí. (Luego salen juntos por el sur de los E. U. A. y Centroamérica. Panchito regresa a Monte Cristi el 10 de agosto.)
- 1894, abril 28. El General llega a Monte Cristi.
- 1895, enero 31. Sale hacia Monte Cristi en compañía de Mayía Rodríguez, Enrique Collazo y Manuel Mantilla.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

- 1895, febrero 6. En Cabo Haitiano.
- 1895, febrero 7. Llegan a Monte Cristi en un bote. Se hospeda en casa del General.
- 1895, febrero 12. Hacia La Reforma. Llegan el mismo día.
- 1895, febrero 13. Hacia Santiago de los Caballeros. Llegan.
- 1895, febrero 18. Hacia La Vega, a ver a Hatton.
- 1895, febrero 19. En Santiago. Salen hacia La Reforma. Visita diversos lugares de la comarca: Guayacanes, Guayubín, Villalobos, Esperanza, etc.
- 1895, febrero 24. Llegan a Monte Cristi.
- 1895, febrero 26. El *Listín Diario*, de Santo Domingo, publica la noticia de la guerra en Cuba. En Monte Cristi recibe cable con la misma noticia.
- 1895, marzo 1º. Hacia Dajabón y Cabo Haitiano, a caballo.
- 1895, marzo 2. Lilís, el presidente Heureaux, contribuye con \$2,000.00 para la expedición Gómez-Martí.
- 1895, marzo 3. En Cabo Haitiano.
- 1895, marzo 4. Sale en una lancha.
- 1895, marzo 5. Llega a Monte Cristi.
- 1895, marzo 25. Firma, con Gómez, el Manifiesto de Monte Cristi. Le dirige a Federico Henríquez y Carvajal su Testamento Político.
- 1895, abril 1º. En la madrugada embarca hacia Cuba en compañía del general Gómez, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas y el negro dominicano Marcos del Rosario.
- 1895, mayo 19. Muere.



PRIMER VIAJE

ANTECEDENTES

Cuando, en presencia de los graves riesgos de una nueva dominación de las hordas haitianas, el libertador Pedro Santana impetraba para su patria el amparo de la antigua Metrópoli, el representante diplomático de España en Washington, don Angel Calderón de la Barca, expresó a la Corte su opinión adversa a tal aspiración, manifestando previsivamente *que no podía convenir ni el protectorado ni nada que tendiese a que se hiciese fácil y frecuente el trato de los dominicanos con Cuba y Puerto Rico.*⁽¹⁾

En 1861 se consuma la anexión de Santo Domingo a España y apenas dos años después se inicia encarnizada guerra entre criollos y españoles. En 1865 queda restaurada la República. *Desde aquel día—dice el militar español G. Reparaz—debimos prepararnos a sostener en Cuba una sangrienta guerra.*⁽²⁾ El vaticinio de Calderón de la Barca no tarda en cumplirse: el 23 de septiembre de 1868 dióse el

(1) El General Gándara tuvo, también, la clarividencia de Calderón de la Barca. En un informe de 1865, a la Corte, decía: "Si no de la Anexión, de la actual revolución saldrán peligros para Cuba y Puerto Rico; el ejemplo ha sido funesto..." En *Anexión y guerra de Santo Domingo*, Madrid, 1884, vol. I.

(2) En su obra *La guerra de Cuba*. Estudio Militar, Madrid, 1896, p. 59, el peninsular G. Reparaz, refiriéndose a los antecedentes de la guerra en Cuba, gobernada en 1861 por Serrano, dice: "Así llegamos al mando del General Serrano, mal gobernante y peor General, quien con increíble ligereza nos metió en la aventura de Santo Domingo, de la que salimos como D. Quijote de la de los yangüeses, dando a los cubanos rebeldes el triste espectáculo de nuestra expulsión de la isla hermana por fuerza de armas. Desde aquel día debimos prepararnos a sostener en Cuba una sangrienta guerra."



grito de Lares, la primera manifestación armada del separatismo en Puerto Rico, cuyo principal agitador, el doctor Ramón Emeterio Betances, dirigía desde Puerto Plata los trabajos revolucionarios; y antes de transcurrir un mes desde el día en que puertorriqueños y dominicanos empuñaron las armas en Lares, cubanos y dominicanos se alzaron contra España, el memorable 10 de octubre.

Las consecuencias de la Restauración dominicana, dice el doctor Manuel Márquez Sterling,

debían ser muy graves para Cuba que, a costa de su ponderada prosperidad fiscal, dió el hombro a empresas inauditas; el ejército en guerra con los patriotas dominicanos, renuentes a permitir que arraigara la conquista, exigía constante auxilio del Tesoro. . . . Dedicáronse a conspirar en España los liberales y en Cuba el separatismo, y así como el Brigadier Topete levantó el pendón revolucionario en Cádiz, el 17 de septiembre de 1868, a la voz de *España con honra*, Carlos Manuel de Céspedes, en su ingenio La Demajagua, desplegó el 10 de octubre inmediato la bandera de Cuba Libre.

A mediados de 1865, al ausentarse de la República restaurada las tropas españolas, se realiza la más pujante emigración dominicana de hombres de armas, que van a establecerse en Cuba donde fundan hogares y labranzas. El dios de las batallas, el hábito del guerrear adquirido en la lucha contra el haitiano y en la contienda civil, pronto les aparta de la faena, y la dorada mies se torna laurel ensangrentado. Al iniciarse la insurrección cubana varios de los aguerridos regimientos españoles supervivientes de la campaña de Santo Domingo son destinados a sofocar la rebelión, mientras la mayoría de aquellos dominicanos emigrados que habían sido anexionistas por leales a Santana o en fuerza de apremiantes circunstancias, rompen sus vínculos con España y entran al desinteresado servicio de las armas libertadoras.

En esa guerra de diez largos años el primer guerrillero, el primer soldado, es Máximo Gómez, ilustre hijo de Baní, prócer de la Separación dominicana:



PRIMER VIAJE

Pasma en verdad —dice el orador cubano Miguel Angel Carbonell— su paso por la manigua. Se alza del anónimo en nuestro país, pues que en el suyo el gran dominicano tenía personalidad, en el retiro de El Dátil, al surgir al conjuro del grito manumisor de Carlos Manuel de Céspedes, en las filas de la partida que organizara el gran poeta y gran patriota José Joaquín Palma, inicia a los cubanos en las cargas al machete en los Pinos de Baire, donde destroza a las fuerzas del Coronel Campillo que marchaban sobre Bayamo; se hace general por la magia del valor y de su estrategia peculiar; sustituye a Donato Mármol al frente del Departamento oriental; lleva al triunfo las armas camagüeyanas al caer en Jimaguayú Ignacio Agramonte; deslumbra en las arremetidas incontrastables de la Sacra y Palo Seco, Naranjo y Mojacasabe; invade el territorio villareño, y en la Loma del Jíbaro se le ve combatiendo en el lugar de más peligro mientras Enrique Mola clava en lo alto del monte el pabellón insurrecto; fracasa en el intento generoso de invasión occidental; y hasta que en el Zanjón cae vencida la revolución por nuestras propias disensiones él es la encarnación misma de la epopeya.

Firmada la Paz del Zanjón, el 10 de febrero de 1878, rechaza tentadoras ofertas que ponen a prueba la sobriedad que le caracterizó en la vida pública y la firmeza que le dió personalidad, y abandona la Isla tras diez años de bregar continuo, para instalarse en Jamaica en estrecha pobreza. En el cañonero *Vigia*, el 7 de marzo, llega a la Isla inglesa “como un naufrago arrojado por la tempestad a país desierto”, según sus propias palabras. No se detiene allí por mucho tiempo y ya en mayo de 1879 es nombrado General de División de la República de Honduras. El presidente doctor Marco Aurelio Soto, lo presenta a sus tropas con esta breve arenga:

Soldados: estamos de enhorabuena! He confiado el grado de General de División a Máximo Gómez, el gran soldado de la revolución de Cuba. Este heroico y experto jefe pertenece ya al ejército hondureño. Felicitaos como se felicita vuestro jefe y amigo.⁽³⁾

(3) Véase Joaquín S. Incháustegui, *Reseña histórica de Baní*. Valencia, 1930, p. 45. (Se trata de una obra rica en noticias acerca de la participación dominicana en la guerra de Cuba, a la que Baní le dió el más poderoso contingente. Basta señalar a los banilejos Gómez y a los hermanos Marcano.)



Mientras el general Gómez ilustra a los jóvenes hondureños en el uso de las armas, hay un cubano que empieza a llamar poderosamente la atención de todos, no sólo por la brillantez de sus escritos literarios, sino, principalmente, por el marcado acento patriótico de su palabra, que es ya la de un mártir de la causa de su patria: José Martí. Nació el 28 de enero de 1853, casi veinte años después que Máximo Gómez; a los dieciséis años cargó cadenas, por infidente a España, en las cárceles de La Habana; en 1871 fué desterrado a la Península; publicó en Madrid, entonces, *El presidio político en Cuba*; allí y en Zaragoza cursa estudios de Derecho, Filosofía y Letras; en la Villa y Corte publica, en 1873, el opúsculo *La República Española ante la Revolución cubana*, en pro de la independencia de su patria; en 1874 sale de España, viaja, se establece en México, donde alcanza gran renombre literario; en 1877 logra hacer un rápido viaje secreto a La Habana; se establece en Guatemala; contrae matrimonio en el mismo año, con la cubana Carmen Zayas Bazán; la Paz del Zanjón le permite regresar a Cuba y allí trabaja como abogado; escribe; deslumbra como orador; conspira; en 1879 es desterrado a España; logra salir, en 1880, hacia Nueva York; va a Caracas y vuelve pronto a la ciudad del Hudson a consagrarse allí, definitivamente, al servicio de su patria.

Un patriota como José Martí no podía ignorar al más humilde capitán de su causa. En todos vió un brazo necesario, en la hora oportuna, para la empresa de la libertad de Cuba; en cada uno midió el mérito y, clarividentemente, sin vana patriotería, no le dió sus preferencias a ningún cubano—aún habiéndolos de la talla de los Maceo y de Calixto García—sino a un extraño, al dominicano Máximo Gómez, por quien sintió siempre honda admiración.

Desde su mocedad arrastrada entre exilios y cadenas, anhelaba Martí escribir la historia de Máximo Gómez, a pesar de que no lo conocía. Estaba en el destierro, mientras el



glorioso banilejo enseñaba en Cuba libre el uso del machete. La fama del guerrero ya se extendía sobre el mundo, como el ruido del Niágara en los versos de Heredia. Por el año de 1877 Martí es un joven de veinticuatro años; anda por la tierra del Quetzal; escribe sus primeras letras al general Máximo Gómez:

General: He conmovido muchas veces refiriendo la manera con que usted pelea: la he escrito, la he hablado: en lo moderno no le encuentro semejante: en lo antiguo tampoco. Sea ésta una razón para que usted disculpe esta carta... Escribo un libro, y necesito saber qué cargos principales pueden hacerse a Céspedes, qué razones pueden darse en su defensa que, puesto que escribo, es para defender. Las glorias no se deben enterrar sino sacar a luz... A otros pudiera dirigirme: en usted fío. *Como algún día he de escribir su historia*, deseo comenzar ya haciendo colección de sus autógrafos... De mí, tal vez nadie le dé razón... De la escuela fui a la cárcel y a un presidio, y a un destierro, y a otro. Aquí vivo muerto de vergüenza porque no peleo... En tanto que, en silencio, admiro a los que lo merecen, y envidio a los que luchan, sírvase darme las noticias históricas que le pido, que tengo prisa de estudiarlas y de publicar las hazañas escondidas de nuestros grandes hombres. Seré cronista, ya que no puedo ser soldado. No extrañe este lenguaje. Cuando se sirve bien a la patria, se tienen en todas partes muchos amigos viejos...

Esta primera carta de Martí al soldado no fué enviada o no pudo ser llevada a su destino. En 1882 volvió a escribirle, esta vez para pedirle consejo acerca de sus trabajos revolucionarios:

El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de parecer un agitador vulgar, habrán hecho sin duda, que usted ignore el nombre de quien con placer y afecto le escribe esta carta. Básteme decirle que aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar en las cosas de mi patria... Quería yo escribirle muy minuciosamente sobre los trabajos que llevo emprendidos, la naturaleza y fin de ellos, los elementos varios y poderosos que trato ya de poner en junto, y las impacencias aisladas, bulliciosas y perjudiciales que hago por contener. Porque usted sabe, General, que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla. Pero mi buen



amigo Flor Crombet sale de New York inesperadamente, antes de lo que teníamos pensado que saliese: y yo le escribo, casi de pie y en el vapor, estos renglones, para ponerle en conocimiento de todo lo emprendido, para pedirle su cuerdo consejo, y para saber si en la obra de aprovechamiento y dirección de las fuerzas nuevas que en Cuba surgen ahora sin el apoyo de las cuales es imposible una revolución fructífera, y con las cuales será posible pronto, piensa usted como sus amigos, y los míos, y los de nuestras ideas piensan hoy. . . Me parece, General, por lo que le estimo, que le conozco desde hace mucho tiempo, y que también me estima. Creo que lo merezco, y sé que pongo en un hombre no común mi afecto. Sírvase no olvidar que espero con impaciencia su respuesta, porque hasta recibirla todo lo demoro, y la aguardo, no para hacer arma de ella, sino con esta seguridad y contento interiores, empezar a dar forma visible a estos trabajos, ya animados, tenaces y fructuosos. Jamás debe cederse a hacerlo pequeño por no parecer tibio o desocupado; pero no debe perderse tiempo en hacerlo grande.

¿Cómo puede ser que usted que está hecho a hacerlo, no venga con toda su valía a esta nueva obra? Ya me parece oír la respuesta de sus labios generosos y sinceros. En tanto, queda respetando al que ha sabido ser grande en la guerra y digno en la paz su amigo y estimador José MARTÍ.

Desde San Pedro de Sala, el 8 de octubre, el General le responde a Martí:

Para que usted se persuada de que estamos conformes en nuestras opiniones, con respecto a las cosas de Cuba, creo que será del caso repetir a usted las palabras que mucho tiempo ha, dirigí al General Iníiguez, cuando desde esa ciudad me llamara para que lo acompañase a una intontona. Le dije: "Siempre estoy y estaré dispuesto como el primero a ocupar mi puesto, lleno mi corazón del mismo ardor y el mismo entusiasmo, pero permítame decirle, que a mi juicio, el movimiento que usted intenta es prematuro, no ha sonado la hora y es muy posible que usted en vez de alcanzar una victoria, recoja un fracaso". . . Ahora bien, señor Martí, no sé si la hora ha sonado ya, mejor creo que se aproxima, pero precisamente para eso es que necesitamos mucha cordura, para ni detener ni precipitar los acontecimientos. No sé la clase de trabajos que ustedes tengan elaborados, o en la forma que los han organizado, y es precisamente lo que—si es posible—deseara saber para entonces darle mi humilde opinión.

Por lo demás, sépalo usted y sépanlo también los buenos y malos pa-



triotas, que siempre estaré dispuesto a ocupar el puesto que me señale la revolución bien organizada.

Las funciones de Jefe del Ejército hondureño no disminuyen sus ansias de volver a pelear por Cuba. Por él, principalmente, Honduras se convierte en un campamento de separatistas cubanos, por el que pasan, acercándose al glorioso Gómez, Antonio Maceo, Roloff, el tuerto Rodríguez, Tomás Estrada Palma, el doctor Hernández, Flor Crombet... El 30 de marzo de 1884 redacta su *Programa revolucionario*, documento “notable no sólo porque revela los pensamientos y planes del general Gómez, sino porque anticipa algunas de las ideas principales en que Martí se basó para constituir, en 1892, el Partido Revolucionario Cubano”.⁽⁴⁾

El 1884 es año de intensa agitación política para los cubanos que conspiran en los Estados Unidos, en Honduras, en Cuba, en Santo Domingo, y que se aprestan a reanudar la guerra. Gómez renuncia la jefatura del ejército hondureño y en compañía de Antonio Maceo sale hacia New York, centro principal de los agitadores.

LA PRIMERA ENTREVISTA

Acontecimiento inusitado fué la llegada de Gómez y Maceo a Nueva York, en octubre de 1884. Una “verdadera muchedumbre de cubanos estentóreos—dice Mañach—fué a recibirles. Martí vió, por primera vez, con profunda emoción, a aquellos caudillos que habían llenado la manigua con el eco de sus hazañas: Gómez talludo y seco, con la perilla insurgente bajo las alas del bigote corvo; Antonio Maceo, rostro de Ajax tallado en ébano, de terciopelo el ademán y la palabra”.

Pronto hubo desacuerdo entre el autoritarismo de Gómez

(4) General Máximo Gómez Báez, *Revoluciones... Cuba y Hogar*. Habana, 1924, p. 223.



y la civilidad de Martí. El joven agitador quería que la República naciese sin las ponzoñas del caudillismo, y el guerrero no le aceptaba modificaciones a su voz de mando. Martí, presente Antonio Maceo, se separa de Gómez y en su carta del 20 de octubre le hace las más solemnes advertencias:

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levanten el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar a un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? . . .

¿Se ha acercado a usted alguien, General, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido usted en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito y releo cuidadosamente, y confirmo, a usted, lleno de méritos, creo que lo quiero: a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está usted representando, no.

No le responde el General. "Ese hombre no me conoce" —dice—, y se limita a consignar el hecho a un pormenorizado apunte:

Como se verá, este hombre me insulta de un modo inconsiderado, y si se pudiera saber el grado de simpatías que al conocer a Martí sentí por él, sólo así se podrá tener una idea cabal de lo sensible que me ha sido leer los conceptos que sin ambages ni rodeos ha hecho de mí, y del mismo modo emite. . .

Así quedaron transitoriamente quebrantadas las relaciones entre Martí y los dos caudillos. No vió entonces, bajo la



áspera corteza del héroe dominico-cubano, el alma pura y tierna que por estar entregada al servicio de un solo pensamiento, de Cuba, aparecía impenetrable y hosca. Para el guerrero, sin embargo, señala Enrique Gay-Calbó, la carta del joven pensador fué una llama que avivó su nobleza y acabó de confirmar sus íntimos impulsos de libertador desinteresado. Para Américo Lugo la carta de Martí fué una gran lección de moral cívica que contrarrestó los hábitos pretorianos del general Gómez. Esa influencia de Martí en la ideología político-revolucionaria de Gómez a partir de aquel incidente —dice Emilio Roig de Leuchsenring— es Américo Lugo el primero en captarla y señalarla; “y tanto más valor tiene esa observación cuanto que ha sido hecha por un compatriota de Gómez. Si fué una gloria más de Martí, a Gómez hace honor, como Lugo lo reconoce”.

CONOCIMIENTO DE MARTÍ

No sería tardío el conocimiento de Martí en la patria de Máximo Gómez. José Joaquín Pérez, el primero en proclamar a Rubén Darío como un gran poeta, cuando era un desconocido, fué también el primero en divulgar en nuestro país, en los mismos días, los escritos de Martí. En la *Revista científica, literaria y de conocimientos útiles*, que dirigía junto con el doctor Guillermo de la Fuente, publicó dos trabajos de Martí: *La vuelta de los héroes de la Jeannette* (No. 1, año II, 5 de abril de 1884) y en posterior edición del mismo año *Maestros ambulantes*. En la misma revista, en 1883, el poeta de *Fantasías indígenas* publicó una nota crítica acerca del libro de Rafael de Castro Palomino (*Cuentos de hoy y de mañana*. Prólogo de José Martí. New York, 1883), reveladora de que Martí no era un desconocido en la República. Decía: “el ilustre prologuista de la obra, el eminente escritor cubano señor José Martí, cuya pluma embellece todo cuanto toca y cuya profundidad de pensamiento es notabilísima...”



Su labor literaria y política era bien conocida de los dominicanos, como lo decía el cronista del *Listín Diario* al saludarle en su primera visita a Santo Domingo, en septiembre de 1892:

De antemano tenía conquistados purísimos afectos en el seno de la familia dominicana, por las energías de su alma, en sus potentes luchas de Apóstol y escritor.

Otras revistas y periódicos dominicanos honraron sus páginas con escritos de Martí, pero fué *Letras y Ciencias*, la revista de Federico Henríquez y Carvajal, la que recogió con mayor frecuencia escritos de Martí o alusivos a él, particularmente desde su visita de 1892. Entonces se conocieron Martí y José Joaquín Pérez. Ambos dejaron, en bellas páginas, el recuerdo de su vieja amistad.

A su vez, Martí no desconocía la historia y la vida intelectual de Santo Domingo, “la tierra donde—como decía en 1889—se saben defender con ramas de árboles de los que vienen de afuera a quitarles el país”.

En su ligero esbozo de la poesía dramática americana, escrito en Guatemala en febrero de 1878, decía: “Santo Domingo ostenta con orgullo a *Anacaona*, drama vengador; y a *Tilema*, el drama de la restauración dominicana.”

Su primera página dominicana fué la que escribió en 1884 con motivo de la elección de Francisco Gregorio Billini para la Presidencia de la República. En ella se manifiesta conocedor de nuestra historia política. De Billini hace este hermoso elogio:

El General Billini goza fama de bravo, desinteresado y modesto. Ha peleado en los bandos de su patria: porque en las sociedades nacientes, víctimas siempre de los caudillos brillantes e intrépidos, el derecho tiene, si no quiere morir de desuso, que ayudarse de la fuerza.

Por esa página desfilan, cada uno con sus justos merecimientos, Duarte, Cabral, Espaillat, Báez, Luperón, González, Guillermo, Meriño. Nuestras revoluciones las justifica con palabras ejemplares:



¡No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Quien las mire por encima del hombro, que medite en ellas. ¡Bien idas están, y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países, pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen acaso su mayor decoro! Allí donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados.

Sus tres viajes a la República, en 1892, 1893 y 1895, completaron su visión del país y el conocimiento de sus hombres. Sus escritos en loor de gentes y cosas dominicanas constituyen su recompensa por la dádiva de Máximo Gómez y por la unánime adhesión dominicana a su causa.

HEREDIA, VINCULO DOMINICO-CUBANO

No ignoraba Martí la ascendencia dominicana del poeta José María Heredia, ni que había pasado parte de su infancia en la vetusta casa solariega de sus padres, junto al Ozama.⁽⁵⁾ Para el Apóstol el Cantor del Niágara era "símbolo de su patria" y vínculo dominico-cubano. En el artículo que consagró al poeta en 1888, decía que Heredia tenía "la majestad que debió poner en ella la contemplación, entre helénica por lo armoniosa y asiática por el lujo, de la hermosura de los países americanos donde vivió en su niñez: de aquel Monte del Avila..., de aquellas cumbres y altiplanicies mexicanas..., de Santo Domingo, donde corre el fuego por las venas de los árboles, y son más las flores que las hojas... El primer poeta de América es Heredia". Al año siguiente, en su famoso discurso del 30 de noviembre de 1889, dedicado al Cantor, también aludió a la patria de sus padres, y, como tantas veces, recordó a Guarocuya, Enriquillo. Refiriéndose a la muerte de Heredia, ocurrida en México, decía:

(5) Acerca de la dominicanidad de Heredia puede verse nuestro opúsculo *El Cantor del Niágara en Santo Domingo*, C. T., 1939.



Allí murió, y allí debía morir, el que para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre con Santo Domingo, sembrero de héroes, donde aún, en la caoba sangrienta, y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, mandando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya.

Martí, pues, fué el primero en proclamar como vínculo de la fraternidad dominico-cubana al poeta de Cuba: Heredia; y también al guerrero de Cuba: Máximo Gómez.

MARTI Y EL "ENRIQUILLO" DE GALVAN

En 1884 llega a manos de Martí un libro dominicano que le conmueve profundamente: *Enriquillo*, la hermosa obra de Manuel de Jesús Galván, a quien le escribe en el acto señalándole los méritos del libro, que él considera "novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana". No es una carta de simple cortesía ni de vanas alabanzas. *Enriquillo* le ha quedado en lo más hondo del pensamiento y cuanto dice de él resulta escaso, porque apenas terminada su ávida lectura no es posible que prevea la influencia que ejercerá en su espíritu. Dice así la bella carta, cuajada de exclamaciones delatoras del ánimo jubiloso y de la premura con que fué concebida:

New York, septiembre 19-84.

Sr. Manuel de J. Galván.

Señor y amigo: Acabo en este momento de leer su *Enriquillo*. No supe decirle adiós desde que trabé con él conocimiento, y quedamos tan amigos, que se lo he de ir presentando a todo el mundo, para que me lo alaben y protejan, como si fuese cosa mía, lo cual es, por ser, como será en cuanto se le conozca, cosa de toda nuestra América.

Pienso publicar los méritos del libro; pero no aguardo a esto para decir a usted cuánto gozo he tenido con su lectura. Leyenda histórica no es eso; sino novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana. En el lenguaje ¡qué castidad, prudencia y donosura! En las ob-



servaciones que esmaltan, como diamantes negros una sortija de oro, la narración amena ¡qué dolorosa ciencia, aprendida, bien se ve, en continuados pesares! En la presentación de los caracteres ¡qué maestría, gradación, justez, acabamiento! ¿Cómo ha hecho usted para reunir en un solo libro novela, poema e historia? ⁽⁶⁾

No haga usted otra cosa, luego que concluya su tratado, que escribir cuentos como éste, en que las excelencias son tantas como las palabras, la trascendencia igual a la armonía, y la moderación comparable sólo a la extrema belleza, y causa en mucho de ella. ¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de fray Luis! Y en todo ¡qué poder y hermosura! ¡qué transparencia en las escenas! ¡qué profundidad en la intención! ¡qué arte en todo el conjunto, que baja al idilio cuando es menester, y se levanta luego sin esfuerzo, y como a esfera natural, a la tragedia y la epopeya! Acaso sea ésa la manera de escribir el poema americano.

Muy contento de haber hecho el conocimiento de usted, que con prenda de tan señalada valía ha enriquecido nuestras letras, le saluda y queda a su servicio.

Su estimador y atento amigo, JOSÉ MARTÍ.

En lo adelante son muchas las ocasiones en que recuerda la bella leyenda dominicana, apoderada de su espíritu como si en sus arduas luchas le sirviese de estímulo y de ejemplo el abnegado indio quisqueyano, primer rebelde de la América. Es un libro que no olvida, que recuerda más que todo otro, porque es el que guarda mayor armonía con su propia vida de abnegación y rebeldía, y el que le muestra con luz más viva el camino de la libertad en Cuba, tal como Enriquillo la conquistó para su raza. Enriquillo es, evidentemente, el héroe americano que más se identifica con él. El indio es su

(6) En su discurso *La emoción histórica en la prosa de Martí*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1951, dice Juan J. Remos: "Sobre el arte de escribir la historia, fácil es inferirlo de un juicio de Martí sobre la novela *Enriquillo*, del escritor dominicano Manuel de Jesús Galván, y en el que se revela su inclinación a darle al elemento imaginativo una intervención importantísima; seguramente por las mismas razones de suplencia de lagunas insalvables por el documento, y de reconstrucción de ambiente, que han justificado al contemporáneo ante la biografía novelada. Con entusiasmo asegura Martí, como consecuencia de su lectura del animado relato de la vida del héroe indígena antillano, y de la vívida relación de los sucesos de La Española de su tiempo: *Leyenda histórica no es eso, sino movtísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana.*"



maestro, más que Mendive—que nos perdone Mendive—, más que todos; es Enriquillo quien nutre y sublimiza su ideología revolucionaria, sirviéndole de guía y de modelo.

En sus escritos literarios, en sus discursos, en sus conversaciones, va apareciendo el nombre de Enriquillo, que casi siempre asocia al nombre de Santo Domingo. En su discurso acerca del Cantor del Niágara dice que “para ser en todo símbolo de su patria, nos ligó, en su carrera de la cuna al sepulcro, con los pueblos que la creación nos ha puesto de compañeros y de hermanos: por su padre con Santo Domingo, semillero de héroes, donde aún en la caoba sangrienta y en el cañaveral quejoso, y en las selvas invictas, está como vivo, manando enseñanzas y decretos, el corazón de Guarocuya”. Guarocuya, primitivo nombre de Enriquillo.

En los borradores de un discurso en elogio de Luperón, inédito—inserto en esta obra gracias a ejemplar gentileza de Gonzalo de Quesada y Miranda—alude al libro memorable. Habla de los “vestidos de colores de los infortunados caciques de Jaragua”; y en otro párrafo dice: “me parece que miro a aquel delicado niño Guarocuya, que con tan suaves y serios colores pinta el señor Galván en su *Enriquillo*”.

Así recuerda, en diversos escritos, al glorioso Cacique: “Santo Domingo, donde jamás se apaga el alma de Enriquillo.” “Santo Domingo, la tierra amada de Colón, la tierra de *más recuerdos y mayor nobleza indígena* de aquellos tiempos en que se ensanchó el mundo...” “Muestra España la crueldad permanente que la incapacita, con su corazón de Ovando, para reinar sobre el alma altiva y pía de América.” Ese corazón lo conoció en *Enriquillo*. El sanguinario Comendador le llamó Galván.

Pero es en su encantadora semblanza del padre Las Casas, después del Cacique la figura más apasionante del libro de Galván, donde Martí se deja llevar con mayor entusiasmo por los encantos del libro que tiene ante los ojos al escribir sus vivaces páginas, animadas por el mismo suave dramatismo de



Enriquillo. Habla de Behechío, “que le dió de mujer a un español hermoso su hija Higüemota, que era como la torcaza y como la palma real”, y de los indios que “morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros”.

En las manos o en la memoria tiene Martí el libro de Galván, algunas de cuyas páginas glosa libremente agregándoles mayor acento poético y más desenvuelta fantasía, pues que escribe para los niños, para su deliciosa revista infantil *La Edad de Oro*. Así lo revelan los siguientes párrafos:

Dice Galván:

Quédate aquí en paz—le dice Guaroa a Higüemota—pero dame a mi sobrino Guarocuya, para que se críe libre y feliz en las montañas... Corría, saltaba con imponderable agilidad; seguía a pie, sin fatiga ni embarazo, a su vigoroso tío, por los caminos más ásperos; hasta que, admirado de tan tierna fortaleza en tan tiernos años, Guaroa lo hacía llevar en hombros de algún recio indio, sin que el niño mostrara en ello satisfacción o alegría...

Un día, seguido del niño Guarocuya descendió de la montaña... cuando advirtió que se acercaban haciéndole seña dos indios, precediendo a un hombre blanco... Iba vestido de negro, y su única arma era un bastón, que le daba el aire pacífico de un pastor o un peregrino... Guarocuya, reconociendo a Las Casas, había corrido a él con los brazos abiertos... el español lo recibió con bondadosa sonrisa, se inclinó a él, le besó cariñosamente en la mejilla...

Dice Martí:

Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar al reyecito bravo, a Guarocuya! El saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el Padre Las Casas, con sus ojos tristísimos, con su jubón y su ferreruelo. El no les disparaba el arcabuz; él les abría los brazos. Y le dió un beso a Guarocuya.



La influencia de *Enriquillo* en Martí no fué sólo retórica: trascendió a su espíritu, a su ideología político-revolucionaria. En 1873 dice que “la sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres. No vive sobre los cadáveres amor ni concordia; no merece perdón el que no supo perdonar... Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia”. Es cierto que hay una distancia de once años entre esas radicales declaraciones y la lectura de *Enriquillo*, pero no obstante es notoria la atenuación de su exaltada actitud de 1873. Desde entonces se advierte una mayor insistencia, en sus escritos, de los conceptos de paz, moderación, concordia, humanidad, de ausencia de odio, que es lo más atrayente, lo esencial, en la rebeldía de Enriquillo. Su prédica toma aún mayor acento mesiánico, se enriquece y se nutre definitivamente en la savia ideológica del gran libro dominicano.

En su carta de octubre de 1884—acababa de leer el libro de Galván—le habla a Máximo Gómez, como Enriquillo al fiero Tamayo. Gómez no era Tamayo, pero tenía mucho de él. Por discrepancias en la forma de conducir la guerra se separa de Máximo Gómez, y se juntan de nuevo, ya modificada la “pretoriana” actitud del soldado. Así discrepan y se separan Enriquillo y el radical Tamayo, y vuelven a unirse cuando éste cede a la civilidad del Cacique.

En el Manifiesto de Monte Cristi, “base esencial de la República—como le llama Isidro Méndez—, el exponente más destacado de cómo concibió Martí la obra mágica de la redención de su patria”, hizo el Apóstol la más cabal exposición de su política de la guerra justa. Sus antecedentes no han sido señalados, que sepamos, pero ellos pueden encontrarse nada menos que en *Enriquillo*. “Cosa mía, cosa de toda nuestra América”, dijo Martí del libro extraordinario. “¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús!”, dijo del Cacique. “Luchador sin odio, Santo sin pelea”, llamó Gabriela Mistral al Apóstol cubano. Las dos



figuras se identifican así y aparecen hermanadas en la “política de amor y de cordialidad”—como la llama Emilio Roig— a que estuvieron predestinados. “Nunca, antes de Martí, se había hablado de un espíritu de la guerra”, dice Félix Lizaso en su bello ensayo *Martí, espíritu de la guerra justa*, en que sólo falta el nombre de Enriquillo.

El mismo nombre de la guerra de Martí, *la guerra justa*, lo encontramos en Galván: “Cuan justa sea la guerra que a los españoles hace Enriquillo—decía Las Casas—y cuan justamente puedan los indios alzarse... claro lo muestra la historia de los Macabeos... que no sólo tuvieron justa guerra de natural defensa... y la tal guerra se suele decir no guerra, sino defensión natural...” La “guerra mansa se prolongó en el Bahoruco”, agrega Galván. Revolución “pensadora y magnánima”, dice Martí que es la suya. Esta es la guerra proclamada por Martí.⁽⁷⁾

“...La moderación y humanidad que ya eran notorias en las prácticas de Enriquillo... el sello de la moderación que caracterizan todos los actos de Enriquillo... Extendíase además el Prelado Presidente sobre los hechos, valcr y humanidad de dicho caudillo... Había corrido ya mucha sangre, y el magnánimo caudillo quería ahorrar la que quedaba...”, dice Galván. Los conceptos de Martí, en el memorable Manifiesto, son los mismos. Repite “ante la patria que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo” que la guerra será “piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad”. “Decid a los tiranos—decía Enriquillo—que yo y mis indios sabemos defender la libertad; mas no somos verdugos ni malvados... quiero hacer la guerra útilmente; no por el placer de hacer daño... para resistir a los tiranos, y no por gusto de verter sangre...”

“La guerra no es contra el español, sino contra la codicia

(7) Es mucho cuanto se ha escrito acerca del más bello aspecto de la política revolucionaria de Martí. Véase, principalmente, Félix Lizaso, *Martí, espíritu de la guerra justa*, La Habana, 1944; y Guy Pérez Cisneros, *Letanías de la guerra justa. El Manifiesto de Monte Cristi*. En *Archivo José Martí*, No. 9, La Habana, 1945.



e incapacidad de España.” Este concepto, de 1891, lo repite Martí en su Manifiesto de 1895: “La guerra no es contra el español... Los que la fomentaron, y puedan aún llevar su voz declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal.” Martí amaba a los españoles, español era su padre, español era su amigo Montesino, cerca de él cuando escribía. ¿Cómo podía odiar a España si tenía el corazón lleno de cosas de España? El Cacique amaba también al español: “Enriquillo habló poco y bien, como acostumbra. Dijo que él no aborrecía a los españoles; que amaba a muchos de ellos a quienes debía beneficios; pero como los malos eran en mayor número y los más fuertes, él había debido fiar su libertad y su justicia a la suerte de las armas...” El mismo amor al español, la misma limpieza de odio, hay en Martí y en Enriquillo.

Previó Enriquillo la posibilidad de una paz que asegurase la completa libertad de su raza, sin la continuación de la contienda:

Si en vez de su precaria existencia, él, Enrique, lograba que, gracias a sus heroicos y cristianos hechos, la metrópoli castellana reconociera solemnemente los derechos de hombres libres a todos los naturales de la Española, ¿qué galardón más digno pudiera él desear, que ver coronada su gigantesca obra con la libertad de todos los restos de su infeliz raza?

Por remota que fuese para él la posibilidad prevista por Enriquillo, Martí la apuntó en el Manifiesto:

¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada... o la paz definitiva que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia?

Nada menos que un español, Adolfo Llanos, nada menos que en 1895, año del Manifiesto, dice que Martí “no ama la guerra, y querría deber al convencimiento el soñado triunfo”. Parece el padre Las Casas hablando de Enriquillo. Un “santo de pelea”, como él, debía aspirar al logro de una paz seme-



jante a la alcanzada por el indio. Por eso quería que la guerra fuese “más breve, sus desastres menores y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos”. Para Galván “el alzamiento del Bahoruco aparece como una reacción; como el prelude de todas las reacciones que en menos de cuatro siglos han de aniquilar en el Nuevo Mundo el derecho de conquista”. Para Martí la guerra de Cuba es “la confirmación de la República moral de América”. Son ideas que se enlazan y funden inseparablemente en el más insigne de los lectores de *Enriquillo*.

¿Recordó el libro maravilloso al redactar el célebre Manifiesto o era que ya tenía, incorporadas a sus ideas, como cosa propia, las ideas de Galván? ¿No había dicho que el libro era cosa de él, de toda nuestra América? Todo induce a pensar que sí. Ese día le escribió su Carta Testamento a Federico Henríquez y Carvajal, en la que le recordaba “la noche inolvidable y viril” de la sociedad *Amigos del País*, en 1892, en la que conoció a Galván y en la que habló, en su discurso, de *Enriquillo*. En el memorable Manifiesto alude a la raza del Cacique, al “abandono y desdén de la raza indígena”; a las masas “llaneras o indias” que contribuyeron a la emancipación de América.

Finalmente, “desde el umbral de la tierra venerada”, desde Monte Cristi, proclama el espíritu y las doctrinas de “la guerra entera y humanitaria”, la guerra de Enriquillo, y estampa su nombre inmortal junto al nombre dominicano de Máximo Gómez, quien solía firmar sus páginas literarias, precisamente, con el más apropiado de los seudónimos: *Enriquillo*. ¡Qué de coincidencias y semejanzas podrían señalarse en las hazañas de Enriquillo y de Martí y Máximo Gómez!

La fuga a las montañas estaba decidida; pero se trataba de un alzamiento en forma, una redención, mejor dicho. Enriquillo no quería matanza, ni crímenes; quería tan sólo, pero firme y ardorosamente, su libertad y la de todos los de su raza. Quería llevar consigo el mayor número de indios armados, dispuestos a combatir en defensa de sus de-



rechos; de derechos ¡ay! que los más de ellos no habían conocido jamás, de los cuales no tenían la más remota idea, y que era preciso ante todo hacerles concebir, y enseñárselos a definir, para que entre en sus ánimos la resolución de reivindicarlos a costa de su vida si fuere necesario. Y ese trabajo docente, y ese trabajo reflexivo y activo, lo hicieron en tan breve tiempo la prudencia y la energía de Enriquillo y de Tamayo combinadas.

Cambiad los nombres, Enriquillo por Martí, Tamayo por Máximo Gómez, y ya tendréis el más bello episodio de la vida del Apóstol y del guerrero: la expedición de Monte Cristi. En su discurso acerca del Manifiesto de Monte Cristi, el profesor Mesa Rodríguez hizo esta admirable afirmación que contiene en sí toda una serie de ideas dignas de largo análisis: “A nuestro modo de ver Martí y Gómez *pusieron lo justo* para aquel acontecimiento, porque el Manifiesto era el puente entre *la preparación de la guerra y la guerra misma*.” La calificación de *trabajo docente*, que Galván le aplica al *trabajo reflexivo y activo* que hicieron en breve tiempo “la prudencia y la energía de Enriquillo y de Tamayo combinadas”—que concuerda con la juiciosa afirmación de Mesa Rodríguez—, es la calificación más exacta y adecuada que podría aplicársele a la obra revolucionaria de Martí y de Gómez: *trabajo docente*. ¡Qué acierto de expresión, con todo y referirse a la guerra! Máximo Gómez, durante medio siglo amigo de Galván—desde la mocedad hasta la muerte—de quien puede decirse que fué subordinado en los tiempos del general Santana, fué el más fiel ejecutor de las ideas civiles de Martí, y por lo mismo el guerrero mejor identificado con los sentimientos de Enriquillo. Por algo escogió ese nombre como seudónimo.

Ya en Cuba libre, las ideas y principios del Manifiesto de Monte Cristi entran en su fase de ejecución. En la circular del 28 de abril que firman juntos él y Martí, dicen que “la guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español”. Es el inma-





José Martí



El Apóstol y el Guerrero.

nente espíritu de la guerra justa de Enriquillo, hecho orden del día y santo y seña permanente. “Jamás intentos más puros movieron el brazo de los hombres, ni se hizo nunca una guerra que reuna en igual grado, a la voluntad inquebrantable de vencer, la ausencia completa de odio.” No es Galván quien escribe, sino Martí. “Ese pelear sin odio—dice Emilio Roig—señaló cierto carácter peculiarísimo a la revolución cubana de 1895. Martí—dice Gabriela Mistral—quería asegurar un programa de perdón, de ausencia total de rencores, de olvido de la lucha misma.” Era la política de la guerra de Martí; la política de la guerra de Enriquillo.

Como el indio, el Apóstol y el soldado odiaban la guerra, no querían la guerra. “En mi vida, decía Máximo Gómez, no he odiado más que una cosa: la guerra.” Ambos fueron, sin embargo, los que llevaron a la victoria la guerra comenzada en la hoguera de Hatuey.

Nadie, posiblemente ningún dominicano, conoció con igual extensión y plenitud, como José Martí, la magistral leyenda quisqueyana: conoció al autor y con él habló del libro; y conoció el vasto escenario de la acción de Enriquillo y de Las Casas: La Vega Real, Santo Domingo, Barahona, el Bahoruco.

En su primera visita a la República, en 1892, la sociedad *Amigos del País*, de la capital dominicana, le ofreció una recepción al peregrino ilustre. Ahí estaba Galván. En su memorable discurso dijo Martí que “con marcada predilección había visitado las regiones de La Vega Real, donde dominó el infortunado Guarionex; y que se proponía hacerlo también, con las que fueron mudos testigos del arrojado sin igual y amor a su raza del infeliz Enriquillo, de cuyos pechos se escaparon los últimos tristes suspiros de la libertad perdida”.

“En esta parte de su hermoso discurso—dice el cronista del acto—aludió a Galván, con motivo de su precioso libro titulado *Enriquillo*.” “La autorizada voz del señor Galván, enérgica y fascinadora como siempre, se dejó oír para significar al ilustre huésped el agradecimiento de la familia dominicana



por sus afectuosas y deferentes frases, deseándole éxito completo al ilustre apóstol de la redentora idea.”

Al terminar el acto salió Martí para Barahona, en el velero *Lépido*, de donde partió días después para Haití. Conoció entonces el teatro de la epopeya de Enriquillo, donde su imaginación había visto al pequeño Guarocuya y al piadoso Las Casas. ¡Qué pensamientos se posarían en su frente, mientras su caballo iba dejando la estampa de sus cascos sobre las huellas del rebelde y de Las Casas!⁽⁸⁾

El apasionado lector de *Enriquillo* no olvidó a Galván al ausentarse del Ozama. Años después, en una de las islas vecinas en que por azar encontróse con Eugenio Deschamps, le dijo al gran tribuno dominicano estas palabras reveladoras de la impresión que Galván había dejado en su ánimo:

Quando entré a caballo a la capital de usted me saludó Manuel de Jesús Galván, su compatriota, con esta extraña exclamación: *He abí lo que faltó, basta aquí, a la América: el pensamiento a caballo!*

¿Qué otro libro influye así en el espíritu de José Martí? ¿A cuál alude en forma igual y en tantas ocasiones? ¿En cuál tantas semejanzas con su apostolado? ¿En cuál mayor cantidad de vida del Martí revolucionario? Indudablemente, en el gran libro dominicano, su más diáfano espejo. Su propia estampa le ha cautivado: se ha visto retratado en Enriquillo.

Para Martí Santo Domingo es, pues, el pueblo “donde jamás

(8) En su importante Conferencia *Martí en Santo Domingo (Cuba Contemporánea*, julio, 1913, y *Archivo José Martí*, No. 13, 1949) dice el Dr. Max Henríquez Ureña: “Martí había elegido la costa sur para seguir su viaje, hostigado por el deseo de visitar el histórico lago de Enriquillo, situado en el distrito de Barahona. En las cercanías de aquel lago se refugió, en su resistencia tenaz al poder colonial, el cacique Guarocuya, o sea Enriquillo, al cual no hubo medio de reducir a la obediencia y fué preciso reconocerle feudo y señorío independiente con lo que quedaba de su heroica tribu. Dijérase que Martí fué a buscar nuevos alientos para su obra de libertad, allí donde las ondas azules del lago elevan el alma al ideal, allí donde las montañas parecen cantar un poema de libertad, allí donde el cielo creyérase más puro, allí donde parece que al caer la tarde surge la sombra del último cacique rebelde, allí donde, confundida con los gemidos del viento, parece desprenderse la protesta secular y doliente de una raza infeliz...”



se apaga el alma de Enriquillo”. Con esa alma vive. Esa alma necesita para la libertad de Cuba. En pos de esa alma viene a Quisqueya y ha de encontrarla viva, inapagable ante toda tempestad, como clavada en un tronco, en el pecho de Máximo Gómez.

MARTI Y LOS PROBLEMAS DOMINICANOS

Ni la historia ni las letras ni los problemas políticos de la República eran ignorados por Martí. A éstos se refirió en diversas ocasiones en sus memorables cartas a *La Nación*, de Buenos Aires, escritas en New York.

En su carta del 15 de enero de 1885, señalaba las desventajas del Tratado entre Santo Domingo y los Estados Unidos y decía: “I vendrán los Estados Unidos a ser... los señores pacíficos y proveedores de todas las Antillas.”

En la extensa carta del 27 de septiembre del mismo año, consagrada al general Grant, censura el proyecto Báez-Grant de convertir la República en posesión yanqui:

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario privado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar, sin autorización de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner, en el Senado, protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la casa de Representantes, entra en tratos bochornosos con miembros de una y otro y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprobables a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de este caso, no sólo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño, sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le



había inspirado la idea de la anexión, para repartirse luego entre sí, y fuera de él, sus provechos.

En su carta del 13 de junio de 1889, acusó a los yanquis de haber perturbado a Santo Domingo “en venganza de la amistad de los quisqueyanos y el Gobierno haitiano con la resurrección súbita de derecho de una empresa caduca a la bahía de Samaná”. En oportunidad de la Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington en septiembre de 1889, explicaba Martí la ausencia de representación nuestra:

Ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba. ⁽⁹⁾

En su carta del 30 de octubre de 1889, se refiere otra vez a los proyectos anexionistas de Grant y alude al viejo problema dominicano del azúcar, aún vigente. Refiriéndose al viaje del ministro yanqui Douglass a Haití, decía:

Para Douglass no son desconocidas aquellas aguas, porque anduvo ya en ellas hace años, como comisionado de Grant, cuando el plan de la anexión de Santo Domingo. A aquellos tiempos ha vuelto Santo Domingo ahora, porque está en el asombro de que los Estados Unidos, donde no hay un solo caobo, hayan impuesto derechos de entrada a la caoba, que con cueros, azúcar y madera de tinte, es todo lo que mandan al Norte los dominicanos. Entienden en Santo Domingo que no se cumple el tratado inútil que los Estados Unidos celebraron con él sobre azúcar, como que es tanto lo que pueden los azucareros de Luisiana, que el Congreso ha dado como no hecho el tratado de reciprocidad con México, porque en él hubiera entrado el azúcar libre. La diplomacia ajusta el tratado, y el Congreso lo desobedece. Eso lo entiende, porque hay azúcar en el país, aunque por mantener a precio alto la poca que hay, tenga que pagar el país entero a igual precio toda la que consume. Pero ¿a qué prohibir, como

(9) En la citada carta a *La Nación*, de Buenos Aires, del 13 de junio de 1889, dice: “Haití, Santo Domingo, Samoa, Behring ocupan ahora, después del horror de las inundaciones, más espacio en los diarios noticieros que las peleas de púgiles, las carreras...”



queda prohibida, con un derecho alto, la importación de un fruto peculiar de un pueblo amigo, de un fruto que no se cría en el país donde se importa? Por pura doctrina no puede ser, puesto que en el Norte entran libres los cueros, y el café y otros productos de la otra América, que no se crían en los Estados Unidos. ¿Será, dicen en Santo Domingo, por castigarnos en el alimento la viveza con que hemos rechazado la intención de Washington de reabrir el proceso, cerrado por nosotros para siempre, de la bahía de Samaná? *Acaso, dicen, como aquel es nuestro mercado único, puede ser que nos quieran reducir a la concesión cerrándonos el mercado.*

En su previsor carta del 2 de noviembre de 1889, acerca del Congreso Internacional de Washington, el avisado periodista mencionaba a Santo Domingo como una de las víctimas del imperialismo de la época, y revelaba los propósitos anexionistas del gobierno yanqui: "El gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás, y acaso, si el ministro Douglass negocia con éxito, su protectorado sobre Haití: Douglass lleva, según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado." También aludía nuevamente al proyecto de anexión, de Buenaventura Báez, rechazado por el Congreso americano en tiempos de Grant, y hacía otras advertencias que habrían de causar alarma en la República.

No se limitaba Martí a señalar los problemas del país. También apuntaba el remedio heroico, "una respuesta unánime y viril", para lo que todavía había tiempo:

Los peligros—decía—no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para lo que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como



en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

MAXIMO GOMEZ EN MONTE CRISTI

Tras el desacuerdo de Nueva York, los tres caudillos se dispersan: Maceo a sus largos caminos; Martí, junto al Hudson; y Máximo Gómez, como un ave errante en busca de seguro amparo para sus hijos, del que pudiera volar hacia Cuba al primer toque del clarín, viaja a Nueva Orleans, otra vez a Nueva York, a Santo Domingo (1885-1886), donde conoce a Hostos y tiene serias dificultades con el general Heureaux, el célebre Lilís, pasa a Jamaica y luego a Panamá.

En 1887 los cubanos emigrados en Norteamérica le escriben en demanda de consejo sobre el modo de organizar la guerra. La carta ha de tener, además de su grave contenido, especial valor para el soldado, pues la firma, en primer término, José Martí, echada al olvido la pasada disparidad de ideas de 1884. Le dicen que su disposición benévola *es esencial* a la eficacia de la obra revolucionaria; le afirman que el corazón les anuncia lo que ha de contestarles; y no se engañan. Más parco que nunca el General responde brevemente a la larga epístola:

A los patrióticos conceptos que en ella se expresan solamente puedo contestar, que yo no soy más que lo que puedo ser, un soldado defensor leal y entusiasta, de la justa causa de un pueblo noble, valiente y tan cercano—que casi es la misma—a la tierra do se meció mi cuna. Que siempre estaré pronto a ocupar mi puesto de combate por la independencia de Cuba, sin otra ambición que obligar a los cubanos que amen a los míos, y me recuerden mañana con cariño.

Hasta fines de 1887 está el General en Panamá, de donde parte hacia la tierra natal. En septiembre de 1888, publica en *Los nuevos poderes*, periódico de Monte Cristi, su entusiasta salutación a la patria. Se hospeda transitoriamente en casa del prócer dominicano, antiguo ministro de Céspedes,



don Manuel de J. de Peña y Reynoso, como él casado con cubana. En el periódico *El Teléfono*, de Santo Domingo, en su edición del 20 de enero de 1889, aparece este suelto: "*Colonia agrícola*. Trata de fundarla en Monte Cristi, idéntica a las establecidas en Cuba, el general Máximo Gómez, que ha fijado su residencia en aquel distrito en unión de su familia." Allí planta el General su tienda de soldado, convertido en labrador mientras duermen las armas. Es la tierra, de su patria, más cercana de Cuba.

Con el General está su amorosa escolta: doña Bernarda Toro de Gómez, a quien le dan el cariñoso sobrenombre de Manana; y los hijos: Clemencia, Panchito, Máximo, Urbano, Bernardo y Andrés. También está con ellos don Sixto Toro, hermano de Manana, veterano de la guerra, que siempre les acompaña, y las amadas hermanas del General, Regina y María de Jesús Gómez.

El acaudalado don Juan Isidro Jimenes—más tarde presidente de la República—cuyo comercio se extendía a Norte América y Europa, donde tenía sucursales su casa de Monte Cristi, se instituyó en liberal protector del general Gómez.⁽¹⁰⁾ Con su apoyo generoso el nuevo Cincinato obtuvo varias caballerías de terreno laborable a unas veinte leguas de Monte Cristi, por el camino que conduce a Santiago de los Caballeros, en Laguna Salada. En la parte más amena de la estancia, cerca del caudaloso Yaque, construye su vivienda humilde. Las propias manos del soldado ayudan a levantar la casa: paredes de madera labrada; el techo de palma cana y aleros recortados; el piso, de tierra apisonada. En "el caserón de puntal alto", la habitación más amplia le servía de dormitorio, archivo y despacho.

(10) Don Juan Isidro Jimenes se disgustó con Máximo Gómez porque, al terminar la guerra de Cuba, no quiso ayudarlo a derrocar a Liliés. Con muy buen sentido de la gratitud, Gómez le había expresado que no podía actuar contra quien había sido tan buen amigo de la causa de Cuba. En el periódico dominicano *El Teléfono*, en agosto de 1899, ya muerto Heureaux, publicó unas *Declaraciones necesarias* en las cuales protestaba de "las malévolas insinuaciones que le presentan como gozoso de la muerte de Ulises Heureaux".



El General—dice Gerardo Castellanos, amigo de sus hijos, de los Gómez Toro—

puso a la hacienda el nombre de *La Reforma* en recuerdo de la región cubana donde acampó tantas veces, organizó, en 1875, las tropas que llevó a la Invasión de Las Villas y donde nació su hijo Francisco. Véase cuánto era el arraigado amor de Gómez por Cuba, que al levantar tienda en su patria originaria pone a su heredad el nombre de un campamento glorioso. Esta *Reforma* dominicana venía a ser una especie de extraterritorialidad mambisa, un campamento civil donde las armas de guerra estaban sustituidas por aperos agrícolas. Y para que todo viandante lo supiese, en la portada fijó un letrero que decía: *La Reforma*.

Desde un principio—agrega Castellanos—acudieron en torno del lugar numerosos compañeros de armas y no pocos fueron empleados para el cultivo del tabaco que le había hecho concebir muchas esperanzas; pero que culminó en completo fracaso. Dos amigos predilectos del general, Serafín Sánchez y Francisco Carrillo, solían pasar temporadas allí, donde estaban en 1891. El paraje se hizo popular y nacional como indiscutible cuartel general de insurrectos y conspiradores. El nombre de *La Reforma* dominicana trascendió a toda la América, a todas las colonias de emigrados cubanos. Allí estaba refugiado el perínclito libertador, que no había abjurado de su compromiso. *Era la indiscutida Meca insurrecta* . . . Alrededor de la hacienda se formó un caserío de colonos. No lejos vivía el gran amigo del General, Jesús Domínguez. Y por Guayacanes estaba la magnífica hacienda de doña Ceferina Calderón, dama de aficiones aristocráticas, tan amante de las bellas letras que orlaba su lujoso hogar amplia biblioteca para solaz de sus hijos y frecuentes visitas. Sus hijos Panchito y Máximo estudiaban en Monte Cristi. Allí recibían lecciones de los educadores M. de Jesús Peña y Reynoso y de Cristino Zeno. Otro de sus mentores lo fué el culto joven Enrique Loynaz del Castillo, que gozaba de renombre por sus actividades conspiradoras.

Panchito y Máximo trabajaron después en la casa de Jimenes. Entonces la familia disfrutó de mayor holgura económica y fué a fijarse nuevamente en Monte Cristi, adonde iría frecuentemente el General, en largas y penosas jornadas, a caballo, pues debía continuar al cuidado de su finca.

En los ocios del campo, el General, de cuyo pensamiento no se apartaban las visiones de la epopeya cubana, escribía sus recuerdos de la guerra: sus páginas sobre *El héroe de Palo*



Seco, Episodio de la revolución cubana; y *El viejo Eduá o mi último asistente*, que termina con estas proféticas palabras: "...quién sabe si un día a los que nos dispersó la paz nos vuelve a reunir la guerra." Allí escribió también su extensa carta pública a don Tomás Estrada Palma y redactó sus *Notas autobiográficas* y gran parte de su *Diario*. Cuba, el proyecto de estatua a Duarte, el progreso agrícola del país, eran el tema central de sus escritos, siempre ricos en ideas, maduros de pensamiento. Gobierna la República el general Heureaux, Lili, protector de Maceo en 1880, que siempre será grande amigo de Cuba.

PREPARATIVOS DE VIAJE

El 6 de enero de 1891, como culminación de sus patrióticos trabajos, creó Martí el Partido Revolucionario Cubano, y mediando el año siguiente ya tenía sólidas bases y sus ramificaciones comenzaban a extenderse por diversos países de la América. Martí era la personalidad más brillante y activa en la pléyade de los emigrados cubanos. "Era—dice Gerardo Castellanos—el tipo representativo, indiscutido, que en un haz fraternal mantenía a todos, absolutamente a todos los emigrantes cubanos y que provocaría la próxima revolución en Cuba." Sin embargo, abrigábase la secreta y desalentadora sospecha de que Máximo Gómez no secundaría la labor de Martí, a causa de la actitud de éste en 1884. Pero el General no había perdido contacto con sus viejos compañeros de armas; conocía las labores de Martí y mantenía correspondencia con su amigo el general Serafín Sánchez, residente en Cayo Hueso, colaborador de Martí, a quien le decía en carta del 20 de junio de 1891: "Aún respiro cubanismo, porque no se puede borrar de la mente y del corazón aquellos tiempos de sublime grandeza."

Teniendo la certeza de que Máximo Gómez no negaría su



concurso a la guerra que se preparaba, Martí envió como emisario especial a organizar la revolución en Cuba y a establecer contacto con los más calificados cubanos, al veterano comandante Gerardo Castellanos Leonart, conspirador fervoroso de Cayo Hueso y comerciante acreditado. En sus instrucciones del 4 de agosto, a Castellanos, le recomendaba hablar de su proyectado viaje a Santo Domingo y la "disposición de Gómez", hábil manera de hablar de convenio con el General, que en realidad no existía, pero del que no se podía dudar. Martí y Serafín Sánchez le indicaron al comisionado que de ser interrogado sobre la participación del general Gómez, podía asegurar que figuraría al frente de las huestes cubanas; y, efectivamente, refería Castellanos Leonart que todos los veteranos a quienes visitó preguntaron por la posición que el general Gómez ocuparía en la Revolución.

Desde entonces el Apóstol se dispone, decididamente, a visitar al viejo Gómez. Es un viaje que prepara alborozado, con el júbilo de saber que va en misión trascendental, seguro de obtener del General cuanto desea. Es una de las épocas en que Martí aparece más radiante de gozo. Sus preparativos de viaje son bien meditados. Se dijera que, con larga anticipación, ha ido creándole ambiente favorable, como si temiera, en un principio, hallarse de nuevo, como en 1884, frente a la hosquedad y al autoritarismo del guerrero dominicano. Así, el 16 de abril, pocos meses antes del viaje, aprovecha la lectura de *El héroe de Naranjo*, folleto del General, impreso entonces en Santiago de los Caballeros, para publicar en *Patria* sus halagüeños elogios del autor. "La narración del General—dice—es buena prueba de que la misma mano puede mover la pluma y la espada... Pero lo que no puede el folleto decir—agrega—es el ojo de águila con que el General Gómez midió las posiciones en la batalla del Naranjo; la viveza con que atendió, en el encuentro comprometido, a los obstáculos súbitos, la beldad militar de su apostura, que fué como una estatua del silencio, que sólo hablaba para



vencer; la llaneza con que admiró a sus soldados después de la victoria.” En mayo publica su página consagrada al maestro Baldorioty de Castro, y en ella habla de su fe en los dominicanos, que es su fe en Gómez: “Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a los pueblos que aún lloran y suspiran por su libertad, no dejarán mañana caer el arma que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia...” Apenas tres días antes de la partida publica en *Patria* su semblanza de Joaquín Montesino, su compañero de grillete en la cárcel de La Habana, quien le escribe “desde un monte de Santo Domingo”, no lejos del general Gómez.

Con desbordado entusiasmo le anuncia el viaje a sus amigos. El 18 de agosto le escribe a Fernando Figueredo: “...Y con esta alma, y seguro de que de antemano me la conoce y entiende el bravo viejo, iré, con la firme sencillez de que ya él sabe, a ver al glorioso Gómez.” El mismo día le escribe a Serafín Sánchez, en Cayo Hueso, para quien era de primordial importancia que Martí visitase al viejo caudillo, su amigo y compadre, compañeros en la guerra y el destierro. Decíale: “De Gómez, de quien sólo grandezas espero, hablaré con el mismo, a ver cómo se ajusta su situación a la conveniencia pública y cómo se organiza *sin demora y sin alarma...* Véame ansioso de la entrevista con Gómez que creo preparación definitiva para los trabajos formidables del invierno.” Serafín Sánchez, padrino de Margarita Gómez Toro, contribuyó al acercamiento del Apóstol y del Guerrero, distanciados desde hacía tiempo.

En su finca de La Reforma el bravo Cincinato tiene las rudas manos en los aperos de labranza y el pensamiento en Cuba. No desconoce la obra de Martí, porque jamás se ha desvinculado de sus amigos. Vive en la pasión de Cuba. Mientras Martí le comunica a Serafín Sánchez y a Fernando Figueredo los propósitos de su viaje, Gómez se dirige también a sus amigos hablándole de Martí y diciéndoles que lo



recibirá con los brazos abiertos. Son cartas que preparan y fecundan anticipadamente la importante entrevista, fundamental para el destino de Cuba.

En *Patria*, el 23 de julio, se publica una carta del General Gómez a Gonzalo de Quesada, precedida de una nota que parece de Martí:

¡LO HAREMOS!

De las cartas que ha recibido Gonzalo de Quesada, felicitándolo por su *Primera Ofrenda*, un amigo nos proporciona la copia de la siguiente, del héroe del Naranjo. El estilo breve y sentencioso realza más el patriotismo del ilustre general; toda la vida y el pensamiento todo, de este valeroso militar está en las palabras que sirven de epígrafe a estas líneas. Orgulloso debe estar el joven autor con esta muestra de estimación que desde Santo Domingo le envía el hombre que sólo espera para desenvainar la espada redentora que Cuba lo llame. Dice así la noble epístola:

La Reforma (República Dominicana) junio 1892.

Señor Gonzalo de Quesada.

Muy estimado señor mío:

Está en poder mío su *Mi Primera Ofrenda*. Le agradezco su cariñosa dedicatoria. Yo deseaba leer ese librito del que ya había oído hablar.

Como no soy hombre de letras no puedo apreciar si está bien o mal escrito, pero mi gran Maestro me enseñó a buscar el grano entre la paja, y en su librito no he tenido que apartar mucha paja.

Escriba más, para que no solamente “encienda corazones”, como ha dicho Martí, sino para que también haga, u obligue, a pensar cabezas que es de donde baja la vergüenza hasta los pies.

En cuanto a aquello, “por servicios prestados a Cuba”, eso no valió nada, la cosa quedó igual o quizá peor.

Lo que falta por hacer es lo grande y lo hermoso, y lo haremos.

Le queda afectuosamente agradecido su atto. S.S.

M. GÓMEZ

En *Patria* se publica también otra carta del General, dirigida a su amigo Enrique Trujillo, Director del periódico cubano *El Porvenir*, de Nueva York, en la que anuncia su



admirable actitud de desinteresado libertador de un pueblo que no era el suyo:

MÁXIMO GÓMEZ

Sin comentarios porque no los necesita, reproducimos la carta del General Gómez que publica *El Porvenir*, de esta ciudad.⁽¹¹⁾

La Reforma, República Dominicana, agosto 25 de 1892.

Señor D. Enrique Trujillo.

Muy señor mío y amigo:

Me favorece su apreciable de fecha 27 de junio. ¡Tan retirados—triste es decirlo—vivimos por acá de todo movimiento de avance, que casi todo nos llega tarde! Dos meses se han necesitado para arribar la carta de usted desde esas regiones a ésta.

Efectivamente, por el periódico de usted, por el viejo, leal y firme *Yara* y por cartas de mis amigos particulares, he venido sabiendo con júbilo inexplicable, que el espíritu revolucionario empieza a renacer por esos centros de migraciones, alentado por el Sr. Martí y otros compatriotas más, que como él, de alma fuerte y corazón bien templado, se han puesto al frente del movimiento impulsor.

En cuanto a los errores de que adolece la provisional organización que se ha dado (pues por algo se debe principiar) y que usted con tanta insistencia señala, yo también he sentido algo parecido en mi criterio, pero a la verdad, sin detenerme a estudiar, ni poco ni mucho, el asunto, pues se me antoja creer que a mí no me atañen esas cosas, y luego tan discutibles como ellas lo son, y alejado o separado como me encuentro de mis compañeros y amigos políticos, no me es posible ilustrar mis juicios sobre la materia de que se trata.

Y luego, por otra parte, yo, como todos lo saben, me encontraré siempre dispuesto a ayudar a los cubanos, pero mi gran placer será prestar esa ayuda en el campo de la acción, y es porque así me parece que es la única manera, según mis aptitudes, que puedo yo pagarle al país cubano, con mis servicios, mi deuda de gratitud por la amorosa hospitalidad que me diera en un día desgraciado de mi vida. Y si allá la fortuna me es propicia en ayudarme a conquistar, entre los demás, y al rendir la jornada,

(11) *Patria*, N. Y., 1 oct. 1892.



el honroso título de redentor ayudador de aquella mi tierra amada, dejaré ese honor a los otros.

En cuanto al deseo de que yo vaya a esa ciudad, a todos los que así lo sientan y con sinceridad, les quedo agradecidísimo, pero también le seré franco: no quisiera pisar esas calles hasta que Cuba sea libre. Conservo de New York recuerdos tan tristes y amargos, que solamente pensar en ella me abruma.

Consérvese bien, y quedo su affmo. S.S. y amigo,

M. GÓMEZ

Patria continúa publicando las cartas del General a sus amigos. Dice que se sentiría feliz acabando sus días en Cuba, "pero en Cuba cubana y libre". Habla de Martí y no vacila en declarar que la entrevista puede servirle de mucho en sus trabajos revolucionarios, pues "pueden ver más cuatro ojos que dos". Es una carta que ha debido conmover gratamente, como pocas veces, al Apóstol:

MÁXIMO GÓMEZ

Del noble *Yara*, nuestro consecuente colega de Key West, tomamos los artículos que reproducimos íntegros y sin comentarios porque no lo necesitan las levantadas frases e importantes declaraciones del veterano general Gómez.

HABLA EL GENERAL GÓMEZ

Tiene para nosotros mucha importancia la autorizada opinión del integérrimo General Gómez para que perdamos la oportunidad de dar a conocer a nuestros lectores los siguientes párrafos de una carta dirigida por el esclarecido jefe a un Coronel amigo nuestro, residente en esta localidad, al cual debemos tan señalado favor. Los asuntos a que se refieren son de vital importancia. Dicen así:

"... Como usted puede suponer, puesto que me conoce, toda esa organización, todos esos anhelos de Patria, todo ese deseo que se revela, de pelear por nuestra honra mancillada, todo eso me llena de contento, pues yo me consideraría feliz acabando mis días en Cuba, pero en Cuba cubana y libre.

Espero la anunciada visita de Martí y le recibiré como se merece tan buen cubano. Creo que puede servirle de mucho para continuar con



acierto en sus trabajos preparatorios nuestra entrevista, pues como dice el refrán, “pueden ver más cuatro ojos que dos”.

Yo opino, como amante leal y desinteresado de la independencia de Cuba, que no debe darse un paso que pueda *desconcertar* los trabajos iniciados con tan buen éxito por Martí.

Cualquier ligero desacuerdo en las formas, eso no implica nada. Lo que se busca en asuntos tan serios y graves es el fondo. ¿Quién es Martí para atreverse a tanto?, pensarán algunos, y yo les digo: “Un cubano a prueba de grillete por ser cubano cuando apenas tenía bigotes.” He ahí una buena credencial. ¿Que no se ha batido en los campos gloriosos de la patria? Pero puede batirse. ¿Y acaso solamente los que tiran tiros pueden y deben ser los depositarios de la confianza pública? ¡Pobres entonces y dignas de compasión las naciones donde los hombres raciocinan de semejante modo!

Es necesario que los cubanos no olviden que España jamás ha podido conseguir un triunfo en América poniendo en acción todo su valor sin igual y todos sus inmensos elementos de fuerza, sino cuando nos ha encontrado desunidos...

MÁXIMO GÓMEZ.”

GÓMEZ A SÁNCHEZ

Escribe el Mayor General Gómez al Brigadier S. Sánchez, desde Santo Domingo, entre otras cosas lo siguiente:

“...Yo sé y conozco mi misión, como leal y fiel soldado de las nobles y gloriosas banderas del Ejército Libertador de Cuba, disuelto en un día de desgracia para la Patria, y correré a ocupar mi puesto señalado por los directores de la nueva organización cuando el clarín de guerra llame allá, en los campos de Cuba, a sus viejos soldados... Espero a Martí, y con el hecho solo de venir a verme a mi patria, le recibiré con los brazos abiertos. No encontrará en mí más que un soldado sin ambiciones vulgares, y esclavo del cumplimiento de su palabra. Porque Martí y yo somos dos átomos ante la grande idea de la redención de un pueblo y por la cual ambos nos encontramos fuertemente interesados. Cuando los hombres somos afines en sentimientos, el engranaje es un hecho, los pequeños estorbos, de formas o de carácter, éstos se allanan con el roce.”

El bello pensamiento final sería pronto realidad. Los pequeños estorbos de formas o de carácter, se allanarían con



el roce. En el sublime abrazo del Apóstol y del General, abrazo de dos pueblos.⁽¹²⁾

EN TIERRA DOMINICANA

Preparada así la entrevista memorable, Martí se pone en marcha.⁽¹³⁾ Es un momento culminante en su vida apostólica, y lo es también en la vida heroica del ilustre banilejo. El jueves 31 de agosto de 1892 sale de Nueva York. El día 8 de septiembre está en Gonaives, Haití, donde exclama: “¡Qué mares tan bellos! y la empresa ¡qué peligrosa y qué posible!” El día 9 embarca hacia Cabo Haitiano y de allí, a caballo, hacia Monte Cristi.

Su primer descanso es en la villa dominicana de Dajabón, donde abraza, con alegría inusitada, al isleño Joaquín Montesino, que con él había cargado cadenas en las prisiones de La Habana. Allí conoce al Comandante de Armas de Dajabón, el General Toño Calderón, “de gran fama de guapo”. Toño—dice Martí—“me hizo apear, a las pocas palabras, del arrenquín en que yo me iba a Montecristi, y me dió su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer”.

Horas después está Martí en Monte Cristi, a la puerta de la casa comercial de Juan Isidro Jimenes, en busca de Francisco Gómez Toro, el hijo del General, para que le conduzca al hogar de su padre, ausente en ese día en su finca de La Reforma. Martí mismo refiere en su página *El Album de Clemencia Gómez*, cómo fué su llegada a la casa que desde entonces constituirá para él su verdadero hogar de patriota:

En servicio de la Patria, a caballo en el alazán que le prestó un general del país, llegó hace meses un viajero a la puerta de una casa que

(12) *Patria*, N. Y., 15 oct. 1892.

(13) En *Patria*, del 3 de sept. 1892, se publicó el suelto *El Delegado en viaje*. No se indica destino, pero se refiere al viaje a Santo Domingo.



nunca podrá olvidar, en el rincón, amasado con sangre de independencia, de Monte Cristi. Antes echó pie a tierra por breves momentos frente a un grande almacén, tan vasto, ordenado y activo como el mejor de las tierras pomposas del comercio; y el niño ágil y esbelto, fino en el traje y maneras, con el genio y virtud en los ojos, clavado a su mesa humilde, aunque parecía ser el alma y confianza de la casa, era sobrio ya como un hombre probado, centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor, el primer hijo de Máximo Gómez, Francisco Gómez, de dieciséis años. A la par de él, niño otra vez el viajero y crecida de pronto la criatura, llegaron, como amigos jurados, a la casa modesta: alrededor de la madre bondadosa, a quien la prueba sublime de la guerra dió la augusta sencillez que señala a los que han vivido largo tiempo en el heroísmo, se agrupaban como recién nacidos de ella, los hijos amorosos: las manos eran calor, las miradas bienvenida, la conversación, una de las pocas que dan valor y fe para encarar la vileza de este mundo. La casa no vivía en la vanidad egoísta de la gloria del padre, ni como gloria hablaban de él, sino como padre: en lo que vive aquella casa es en la pasión de Cuba; la pasión no se ve en la protesta languaraz, en el patriotismo artesonado o postizo, ni en la virtud ostentosa, sin el recato que la hace natural y amable: en los recuerdos todos, en el cuento íntimo, en la alusión alegre a las penas de otros días, en la conformidad magnífica, lección a tantos hombres, de aquel hogar que pueden volver a afligir la orfandad y la viudez, es donde, como el aire, se respira la Patria: y todo el fuego y la esperanza de ella, la aurora de libertad en la palidez del rostro y la raza del indómito valor en los ojos abiertos a la luz en los combates, brillaban en la hija mayor, muy leal y elocuente de naturaleza, que es ya, antes de entrar en la vida, tierna como compañera y sufrida como madre. Francisco, que ya se ve como el guardián en la soledad; Máximo, niño pensador que a los catorce años adivina el alma de los libros y le ve en ellos la sangre a quien los escribe; Urbano, valiente de nueve años, que a la madrugada había de aparecerse al estribo del viajero cargando al hombro las piadosas alforjas, todos oían, con ojos enamorados, los recuerdos de ayer, los sueños de mañana. Se hablaba de los amigos firmes del destierro, de la necesidad y justicia de tener al fin un rincón donde vivir, del cariño y cultura de la ciudad gallarda de Santiago, de Regina y María de Jesús, las dos hermanas prudentes y generosas que el bravo general ha llevado de su brazo por la vida. En casas como ésa, de amor doméstico y sacrificio natural, debieron vivir los poetas de las primeras epopeyas! ⁽¹⁴⁾

(14) Agrega Martí: "Hurtó el viajero su álbum a Clemencia, y le copió las páginas que siguen, y son espejo fiel de aquella casa:" (a continuación figuran los pensamientos copiados del álbum por Martí.) De *Patria*, N.Y., 29 abril 1893.



En otra página recuerda Martí cómo fué su llegada a la modesta casa del General:

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos... Manana, generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano, al desconocido... “¡Ay, Cuba del alma! ¿Y será verdad esta vez?” “¡Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!”, dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio... Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han recibido todas cartas del padre amante. “El anduvo treinta y seis leguas para traer a Clemencia de Santiago, y salió ayer para *La Reforma*, que está a veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría en seguida.” Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir a saludar junto a su arado al viejo agosto...

Es el 10 de septiembre. Martí se hospeda, por una noche, en la casa de huéspedes de Catalina Ramos y al día siguiente sale hacia La Reforma. En el camino, en Santa Ana, se detiene en casa del patriota cubano Santiago I. Massenet. Es hora y media de descanso en que se habla de Cuba y de cosas de la región. No lejos el peregrino y ya Massenet va escribiendo las impresiones de la visita extraordinaria. Su carta, al Director de *Patria*, revela la impresión viva que causaba Martí en el hogar de aquellos patriotas, Montesino, Coll, Badín, diseminados por villas y campos en espera de la hora propicia para servirle a Cuba. Habla el entusiasta Massenet:

Santa Ana, Monte Cristi, Sept. de 1892

Director de *Patria*,
New York.

Señor:

Bajo la impresión del último abrazo de José Martí, y con el corazón todavía ardiendo en el júbilo y entusiasmo de que le acaba de inundar nuestro gran patriota con su palabra dulce y ardiente como la del Maestro de los Apóstoles, dirijo a *Patria* esta misiva primera de la serie que por compromiso tan ineludible como grato, debo enviar a ese excelente periódico.

La reciente formación del Partido Revolucionario Cubano de que es



jefe Martí y que viene a ser como una resurrección política, y ahora la visita de aquel gran patriota a mi casita de Santa Ana, me han curado de un mal que me aquejaba desde el Convenio del Zanjón; de un mal muy antiguo que ya nadie menciona aunque se padece más que nunca; de aquel *supirium* indefinible que atormentaba a Juan Jacobo Rosseau en Ermenoville; mal en fin, que tratándose de almas vulgares, pudiera calificarse de misantropía, pero que en Rosseau y en toda alma superior constituye un sentimiento semejante al que se experimenta por la ausencia del país natal. Esa nostalgia por la patria ideal, por esa patria que se forja todo hombre grande y por la cual suspiramos con más o menos vehemencia cuantos sin ser grandes tenemos un corazón capaz de apreciar la grandeza de las ideas y los sentimientos sublimes, se había apoderado de mi espíritu; y si bien no me impidió jamás continuar batallando por la patria en esas lides que, no por ser incruentas, son menos trascendentales, me traía muy necesitado de fuerte y eficaz medicina. Así es como todos los cubanos, que, además de la patria más o menos ideal que hayamos podido fabricar en nuestra mente, venimos padeciendo hace tantos años por amor de la otra patria tangible que es nuestro ídolo, nos palpamos hoy como muertos resucitados, o en medio de nuestra sagrada alegría nos sentimos como en reacción, por el general despertamiento de los hermanos en el suelo patrio y en las extrañas latitudes, y por el ejemplo y el impulso de ese hombre de inteligencia poderosa y corazón de héroe que se llama José Martí, de ese gran orador y estilista de primer orden; de ese incomparable vivificador y organizador de las fuerzas esparcidas antes y compactas ahora, que han de llevar a cabo la redención de nuestra madre Cuba.

Al llegar Martí acompañado solamente por el peón que le lleva su equipaje, me hallaba yo atendiendo a diez o doce parroquianos del modesto establecimiento comercial que en mi misma morada tengo. Aunque vestido decentemente, Martí traía puesto un sombrero de yarey, de anchas alas, de los que por acá cuestan veinte centavos y son excelentes para resguardarse uno de la fiera del sol que entre Cáncer y Capricornio amaga matarnos a tabardillos y calcina las piedras de nuestros caminos. Los buenos labradores que presenciaron la llegada de mi huésped no pudieron sospechar la talla intelectual y moral del coloso a quien veían por primera vez; pero por las demostraciones de cariño y consideración que a Martí prodigábamos mi esposa y yo, y por la conversación flamígera, parte en castellano y parte en inglés, que sostuvimos, bien calcularían después de la partida que no era un hombre vulgar el que acababan de ver y oír.

Hora y media duró la entrevista, de la cual dedicamos dos terceras partes, como era natural, a las cosas de Cuba. Después, en medio de la expansión y el contento que experimentábamos, quise inducir a nuestro distinguido huésped a que se quedase con nosotros hasta el día siguiente,



pero son contados los días que puede él permanecer en este país, y cuéstate por consiguiente aprovechar las horas. No pudiendo retenerlo, mi esposa va a la cocina y hace un excelente café a la cubana que Martí saborea entre frases galantes a la improvisada cocinera y palabras cariñosas a nuestras niñas. La mayorcita se declara dominicana; y la menor, que cuenta poco más de tres años, se golpea el pecho con la manecita derecha, y grita: ¡Yo soy cubana! Así forman inocentemente estas pequñuelas una especie de símbolo profético de la Confederación Antillana, bello ideal de nuestros grandes amigos Hostos y Betances. Faltó un voto por Puerto Rico, pero lo suplimos mentalmente Martí y yo.

Nuestro huésped celebra lo pintoresco de este lugar y el de "Salada" (una legua más al Este), risueño y poético lugar que se ve desde Monte Cristi. Las casas, unas de tablas de palma real y otras de *embarrado*, y techadas de palma de caña, parte a orillas del camino, parte más adentro del monte, medio ocultas por los guatapañas que aquí pululan, por los guayacanes, las *baitoas* y otros árboles valiosos, se divisan casi todas desde nuestra morada, y a donde quiera que tendamos la mirada, vemos los cactus que desde Monte Cristi, a la orilla del mar, pasando por la villa de Guayubin y avanzando tierra adentro hasta muy cerca de Santiago de los Caballeros (un espacio de doce a catorce leguas) crecen con extraordinaria profusión. De estos cactus no habrá probablemente uno siquiera que sea enviado a la Exposición de Chicago, aunque desde allá los piden con empeño y dan minuciosas explicaciones para el buen envío; pero creo que no está lejos la época en que los dominicanos harán mayor aprecio de estas y otras mil cosas que hoy quieren mas no pueden atender.

Entre las variedades de esta familia de cactus hay una que nunca he podido contemplar sin tristeza. Me parecen esas plantas espinosas con sus espigas a modo de ramas, angostas y largas, privadas de hojas y elevándose en línea perpendicular como manos que al cielo piden justicia. Me remonto en alas de la imaginación a la época de la Conquista, y se me figuran manos de ciguayos indignados que claman a Dios contra los fieros conquistadores. Una vez que comuniqué a mi esposa esta ilusión, me dijo ella candorosamente: Pero habiendo ya los descendientes de los ciguayos roto sus cadenas y arrojado allende el mar a los dominadores extranjeros, ¿por qué permanecer alzados hacia el cielo esos dedos tristes y amenazantes?

—Debe ser (contesté yo con igual ingenuidad) porque aún son esclavas las tierras de los hermanos de los ciguayos; las tierras desdichadas de Cuba y Puerto Rico. Mientras no sean libres esas islas encantadoras en que habitaron los siboneyes, que denominaron Borinquen a su patria, no se inclinarán hacia abajo esas manos que ves, ni desaparecerán esos cactus quisqueyanos.



Como llegase el momento de la partida, mi adorada compañera regaló a Martí un retrato en que muy mal fotografiada por cierto, figuran ella y mi primogénita Edelmira. Yo, que deseo también alimentar con algo el recuerdo de la visita, busco en colecciones de periódicos que he redactado o ayudado a redactar un artículo intitulado *Cuba* en el cual, año y medio ha, ventilaba yo un punto trascendental de la política cubana. Esta fué la ofrenda del pobre al rico pensador. Agregué una pequeña colección de versos míos que se imprimió en Santo Domingo en 1886. En este tributo de mi corazón, por pequeño que sea el volumen, hallará sin duda un *vidente* como Martí lo que seré. La colección se titulaba *Ramito de Pasionarias*, y ahora es buen tiempo de declarar que en ella figuran tres composiciones intituladas *A una ciega*, *El lecho de muerte del pobre* y *En la tumba de un niño recién nacido*, que son traducciones más o menos libres del inglés, aunque así no consta en el librito por culpa muy perdonable de una dama que envió los originales a Santo Domingo para obsequiarme con la impresión de ellos, sin avisarme previamente.

Para corresponder a nuestros recuerdos Martí prometió enviarme desde Guayacanes un libro. No recuerdo si me dijo que es original suyo, pero lo supongo y lo anhelo, para salir bien ganancioso en el canje.

¡Partió nuestro amigo! Lleva (que bien se le conoce) el corazón alegre por la cordial acogida que le hemos tributado. En todo hogar cubano hallará, no cabe dudarlo, igual o mejor recibimiento. En cuanto a la simpatía y consideración que haya de esperar de los dominicanos, bien puede estar tranquilo Martí: él sabe que ésta es la tierra de Hatuey y Máximo Gómez, de los Marcano y de Luperón. No hay suelo más propicio que éste para los hombres y las ideas de nuestra Cuba.

Apenas perdí de vista a Martí me puse a escribir la presente a vuéla pluma y proponiéndome referir en ella las impresiones de nuestra entrevista, sin hacer referencia alguna de política. Sin embargo, antes de concluir, me parece bien declarar, para satisfacción de nuestros hermanos residentes en Cuba y en el extranjero, que los cubanos residentes en este país, que en 1876 nos contábamos por millares y hoy sólo por muy pocos centenares, hemos aceptado con entusiasmo las Bases del Partido Revolucionario, y todos contribuiremos a la reunión de fondos para la futura campaña. Además, muchos acudirán como soldados al terreno de la lucha cuando llegue la hora. Aquí no hay tibios ni desencantados. ¿Es posible que los haya en otra parte? Yo lo dudo, y en último caso, ésas serán meras excepciones que no merecen la pena de tomarse en cuenta. El que no ama a su patria es un monstruo tan raro en el mundo como los parricidas.

S. I. MASSENET⁽¹⁵⁾

(15) En *Patria*, 15 oct. de 1892.



Ha quedado atrás la buena casa de Massenet. A poco andar de las cabalgaduras el mozo que acompaña a Martí alza el índice, con las bridas entre las manos, y dice: ¡Ahí es! Lo demás lo refiere Martí en una de las más bellas páginas salidas de su pluma prodigiosa:

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de treza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica y desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda cariñosa de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron; entró a la casa la carga ligera; pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán; dos niñas, que vinieron a la luz, llevaban y traían; fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo porvenir... no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos, con que el General Gómez se ha jurado a Cuba. Se afirma de pronto en los estridos, como quien va a mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante a un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.



El General recoge, también, el recuerdo de la visita memorable, en el apunte del día 11 de septiembre, de su voluminoso *Diario*:

Llega a *La Reforma*, José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma revolución que se organiza. Le he ofrecido a Martí mi concurso en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir a esa revolución con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví el 68. Este mismo José Martí, hombre inteligente y perseverante defensor de la libertad de su patria, fué uno de los que con mayor entusiasmo se puso a mi lado, cuando en el 84 me puse personalmente al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió la espalda. Su retirada contribuyó no poco a acelerar el fracaso que sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas, que fué nuestro pensamiento llevar la Revolución a Cuba.

Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón, temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento por su conducta pasada, negase a la Revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene a nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la Patria; enseña sus cadenas, pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden a libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener que hacer ningún esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la gran empresa que acometía. Así es que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

EL PACTO DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

“El día 13 de septiembre, después de conferenciar largamente con Martí, salimos para la ciudad de Santiago de los Caballeros, adonde llegamos el mismo día”. Apunta el General Gómez en su *Diario*.

En Santiago se hospedan en el acogedor hogar cubano de



Nicolás Ramírez y allí le dan carácter oficial a cuanto han acordado en La Reforma. Son formalidades necesarias para el crédito y auge del movimiento emancipador que ha entrado en nuevas vías, gracias a la ejemplar actividad de Martí y a la abnegación sin par del viejo soldado. Martí le ofrece oficialmente la dirección de la guerra. “Le ofrezco a Ud., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”. En este grave ofrecimiento Martí le reitera al General la fe depositada en él por todos los cubanos. Ha tocado sabiamente lo más sensible de su espíritu; desde su orgullo de patriota y de soldado valeroso, hasta sus nobles sentimientos paternales.

En la calle de las Rosas, donde estuvo instalado el Gobierno de la Restauración dominicana, firmó José Martí el trascendental escrito, partida de nacimiento de la libertad cubana. A pocos pasos de la casa de Nicolás Ramírez, casa de Cuba, estaba la casa de los restauradores, vencedores de España en la encarnizada guerra que fué antecedente inmediato de la guerra de Cuba. En ese ámbito heroico escribió Martí su *Carta de Santiago*:

Santiago de los Caballeros, Santo Domingo,
13 de septiembre, 1892.

Sr. Mayor General del Ejército Libertador de Cuba,
Máximo Gómez.

Señor Mayor General:

El Partido Revolucionario Cubano, que continúa, con su mismo espíritu de creación y equidad, la República donde acreditó usted su pericia y su valor, y es la opinión unánime de cuanto hay de visible del pueblo libre cubano, viene hoy a rogar a usted, previa meditación y consejos suficientes, que repitiendo su sacrificio ayude a la revolución como encargado supremo del ramo de la guerra, a organizar dentro y fuera de la Isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condición de realizar, con métodos ejecutivos y espíritu republicano, el deseo manifiesto y legítimo de su independencia.



Si el Partido Revolucionario Cubano fuese una mera intentona, o serie de ellas, que desatase sobre el sagrado de la patria una guerra tenebrosa, sin composición bastante ni fines de desinterés, o una campaña rudimentaria que pretendiese resolver con las ideas vagas y el valor ensoberbecido los problemas complicados de ciencia política de un pueblo donde se reúnen, entre vecinos codiciados o peligrosos, todas las crudezas de la civilización y todas sus capacidades y perfecciones; si fuese una revolución incompleta, de más adorno que alma, que en el roce natural y sano con los elementos burdos que ha de redimir, vacilara o se echase atrás, por miedo a las consecuencias naturales y necesarias de la redención, o por el puntillo desdeñoso de una inhumana y punible superioridad; si fuese una revolución falseada, que por el deseo de predominio o el temor a la sana novedad y trabajo directo de una república naciente, se disimulase bajo el lema santo de la independencia, a fin de torcer, con el influjo ganado por él, las fuerzas reales de la revolución, y contrariar, con una política sinuosa y parcial, sin libertad y sin fe, la voluntad democrática y composición equitativa de los elementos confusos e impetuosos del país; si fuese un ensayo imperfecto, o una recaída histórica, o el empeño novel del apetito de renombre, o la empresa inoportuna del heroísmo fanático, no tendría derecho el Partido Revolucionario Cubano a solicitar el concurso de un hombre cuya gloria merecida, en la prueba larga y real de las virtudes más difíciles, no puede contribuir a llevar al país más conflictos que remedios, ni a arrojarlo en una guerra de mero sentimiento o destrucción, ni a estorbar y corromper, como en otras y muy tristes ocasiones históricas, la revolución piadosa y radical que animó a los héroes de la guerra de Yara, y le anima a usted, hoy como ayer, la idea y el brazo.

Pero como el Partido Revolucionario Cubano, arrancando del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia, es aquella misma revolución decisiva, que al deseo de constituir un pueblo próspero con el carácter libre, une ya, por las lecciones de la experiencia, la pericia requerida para su ordenación y gobernación; como el Partido Revolucionario Cubano, en vez de fomentar la idea culpable de caer con una porción de cubanos contra la voluntad declarada de los demás, y la odiosa ingratitud de desconocer la abnegación conmovedora, y el derecho de padre, de los fundadores de la primera república, es la unión, sentida e invencible, de los hijos de la guerra con sus héroes, de los cubanos de la Isla con los que viven fuera de ella, de todos los necesitados de justicia en la Isla, hayan nacido en ella o no, de todos los elementos revolucionarios del pueblo cubano, sin distingos peligrosos ni reparos mediocres, sin alardes de amor ni prisas de liberto, sin castas ni comarcas, puede el Partido Revolucionario



nario Cubano confiar en la aceptación de usted, porque es digno de sus consejos y de su renombre.

La situación confesa del país, y su respuesta bastante a nuestras preguntas, allí donde no ha surgido la solicitud vehemente de nuestro auxilio, nos da derecho, como cubanos que vivimos en libertad, a reunir en seguida, y mantener dispuestos, en acuerdo con los de la Isla, los elementos con que podamos favorecer la decisión del país. Entiende el Partido que está ya en guerra, así como que estamos ya en república, y procura sin ostentación ni intransigencia innecesarias, ser fiel a la una y a la otra. Entiende que debe reunir, y reúne, los medios necesarios para la campaña inevitable, y para sostenerla con empuje, y que—luego que tenemos la honrada convicción de que el país nos desea y nos necesita, y de que la opinión pública aprueba los propósitos a que no podríamos faltar sin delito, y que no debemos propagar si no los hemos de cumplir—es el deber del Partido tener en pie de combate su organización, reducir a un plan seguro y único todos sus factores, levantar sin demora los recursos necesarios para su acometimiento, y reforzarlo sin cesar, y por todas partes, después de la acometida. Y al solicitar su concurso, señor Mayor General, ésta es la obra viril que el Partido le ofrece.

Yo ofrezco a usted, sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. El tesón con que un militar de su pericia—una vez que a las causas pasadas de la tregua sustituyen las causas constantes de la revolución, y el conocimiento de sus yerros remediables—mantiene la posibilidad de triunfar allí donde se fué ayer vencido; y la fe inquebrantable de usted en la capacidad del cubano para la conquista de su libertad y la práctica de las virtudes con que se le ha de mantener en la victoria, son prueba sobrada de que no nos faltan los medios de combate, ni la grandeza de corazón, sin la cual cae, derribada o desacreditada, la guerra más justa. Usted conoció, hombre a hombre, a aquellos héroes incansables. Usted vió nublarse la libertad, sin perder por eso la fe en la luz del sol. Usted conoció y practicó aquellas virtudes que fingen desdenar, o afean de propósito, los que así creen que alejan el peligro de verse obligados, de nuevo o por segunda vez, a imitarlas, y sólo niegan los que en la estrechez de su corazón no pueden concebir mayor anchura, o los soberbios que desconocen en los demás el mérito de que ellos mismos no se sienten capaces. Usted, que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar su retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar



la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos de América.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir a usted que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres. Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuanto hay de visible de la revolución en que usted sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obligación de preparar, de acuerdo con la Isla, para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

Y en cuanto a mí, señor Mayor General, por el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vió día a día durante diez años enfrente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad. El Delegado, JOSÉ MARTÍ

Con espartana sencillez le responde el guerrero. No se detiene a pensar en la carga de sus años, ni en la pobreza del hogar, ni en el amor de la esposa y de los hijos, ni en la ingratitud probable de los hombres, ni en el riesgo de la muerte de que le habla Martí. Acepta con sobrias palabras, no sin reconocer que es bien grande el honor y la confianza con que se le distingue:

Santiago de los Caballeros, 15 de septiembre, 1892.

Sr. José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Señor Delegado:

Al enterarme del contenido de su atenta nota, que contesto, en la cual expresa los propósitos del Partido Revolucionario Cubano, cuyo Poder Ejecutivo, tan digna y acertadamente representa usted, he sentido la más



grata satisfacción, porque yo también me siento aún capaz de ser entusiasta y leal batallador por alcanzar la independencia de Cuba, y aún es más mi satisfacción, por cuanto—dado el plan de organización para aunar los elementos de fuerzas de dentro y de fuera, que usted con tanto tino va llevando a término, para poder abrir, cuando llegue la hora, una campaña vigorosa—de seguro eso nos ha de dar la victoria.

En cuanto al puesto que se me ha señalado al lado de usted, como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja comprometida mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto, tan alto destino, puede usted estar seguro que a dejarlo enteramente cumplido consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición, y sin otro interés, que dejar bien correspondida, hasta donde alcance la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.

Para la parte de trabajo que me toca, para la parte de labor revolucionaria que me corresponde, desde ahora puede usted disponer de mis servicios.

Patria y Libertad, M. GÓMEZ

Así quedó sellado en el noble hogar de Nicolás Ramírez el trascendental acuerdo, el *Pacto de Santiago*. Entretanto en su breve estada en la hidalga ciudad, visita Martí sus amigos cubanos, los Vega, Dobal, Font Sterling, Boitel, y a algunos dominicanos: a don Ulises y a don Augusto Franco Bidó, a don Augusto González y a otros simpatizadores de su causa. Don Augusto Franco Bidó recogió fielmente el recuerdo de la visita de Martí a su hogar santiagués:

Lo recuerdo muy bien: hace tres años que se presentó en mi humilde residencia un hombre joven, de regular estatura, de tez blanca, y ojos, pelo y bigote negros, altivo, diligente, cariñoso, franco, de mirada expresiva, verbo elocuente y modales agradablemente cultos. Me dijo que traía buenas referencias mías y deseos de conocerme, como también a mi tocayo don Augusto y otros santiagueros estimados. Acaricié a mis niños y los llamé *hermosos*, lo cual era ya bastante para que agradase al padre la visita. Preguntéle con quién tenía el honor de hablar, y me respondió: con José Martí. Estreché entonces su delicada mano con satisfacción inmensa y me sentí honrado y orgulloso. Se acercaron nuestros asientos... Lo que la prensa había iniciado en nuestro cariño lo perfeccionó esta



entrevista dichosa... Hablamos del derecho, de la historia, de la América y su unidad de destino y cultura... Hubo cosas calladas por la discreción... De buena gana me hubiera yo pasado muchas horas consecutivas escuchando al ilustre visitador. Pero él disponía de poco tiempo y había consagrado a mi humilde persona más del merecido. Se despidió, dejó sobre mi mesa un ejemplar de sus *Versos Sencillos* con cariñosa dedicatoria, y se fué...

A la puerta de Nicolás Ramírez, ya cumplida la patriótica misión, con un largo abrazo sin palabras se despidieron el Maestro y el Guerrero. El viejo soldado volvió su caballo hacia sus labranzas y el peregrino tomó el camino de La Vega Real. Nadie, que viera la sencilla escena, pensara que todo el destino de un pueblo estaba en el abrazo de aquel anciano, grave y enjuto, y de aquel soñador y poeta, que parecía incapaz de alzar un pueblo y de lanzarlo a la guerra, tan sólo con la mesiánica espada de su palabra.

EN EL SANTO CERRO Y EN LA VEGA

Acompañado por Ortiz, el guía experto que le lleva el escaso equipaje, va Martí hacia La Vega, con su gran sombrero de yarey. Ortiz—de la Otra Banda, años después muerto en Hato del Yaqué—también sabe contar cosas de amor, de trabajo y de guerra. Al paso de su caballo, como de costumbre, Martí va apuntando lo más saliente de la charla, que acorta la jornada. Antes de llegar a La Vega abandonan el camino real y toman por la izquierda la escabrosa vereda que conduce al Santo Cerro.

¿Qué busca Martí, en la premura del viaje, por el místico Santuario, que ha de alargarle el camino y la fatiga? ¿Quiere acercarse a Dios o quiere contemplar el valle maravilloso que ya conoce desde su ávida lectura de *Enriquillo*? En la Iglesia, junto al Santo Hoyo, donde Colón plantó su cruz de níspero invulnerable al hacha y al fuego indígenas; ante la belleza portentosa del panorama ilimitado, tan alabado por



Las Casas, ha de meditar profundamente, porque es sitio de meditaciones y de recogimiento. Al abarcar con los maravillados ojos y con los claros ojos del espíritu el valle inmenso, encontraría en él un símbolo de la obra titánica que estaba acometiendo. Y toda ella le cabía, como un amor de mujer, en el corazón.

Para sus recuerdos del sitio encantado bastaría una frase: “Con marcada predilección visité las regiones de La Vega Real, donde dominó el infortunado Guarionex”.

Cayendo la tarde llegó Martí a orillas del Camú. Baja el río de la montaña y como un brazo amoroso rodea el talle de la ciudad. Tras el vado del río está La Vega. Aquí ha de pasar la noche antes de proseguir hacia Santo Domingo.

Como en todas partes, Martí se une a sus amigos cubanos y a los más notables de la intelectualidad y la política del país. En La Vega el más destacado de los hombres de letras es un hijo de cubano, Federico García Godoy. A su casa se dirige el caminante. García Godoy recuerda fielmente la singular visita:

El recuerdo de nuestro primero y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria... Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar... en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral, un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una inmensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí! Un abrazo muy estrecho nos unió seguida y prolongadamente. Espontánea, franca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó a desparramarse la charla... me abrió de par en par las puertas de su pecho... Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el sitio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*... Empecé a creer en lo que me aseguraba a pie juntillas... Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación con lo que le faltaba por hacer... Antes de separarnos me regaló un librito suyo,



Versos Sencillos, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*. . . En la primera página del tomito de ritmos puso una dedicatoria, que no transcribo aquí para que no lo echen a mala parte los ruines de corazón... Acerca de *Ramona* escribí poco después un comentario (en noviembre de 1893)... Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo.

Al otro día, 16 de septiembre, el peregrino reanuda su viaje hacia el Ozama. A la puerta de las Mota, en la Sabana de Pontón, se asoman las curiosas doncellas a ver a aquel extraño caminante de presencia tan distinguida y sombrero de yarey tan pobre. Y no podían imaginar que desde tiempos de Las Casas no pasaba por allí un hombre semejante.

EN LA CIUDAD DE LOS COLONES

El 15 de septiembre, antes de partir de Santiago, Martí le había dirigido el siguiente mensaje telegráfico a su amigo de *Letras y Ciencias*, Federico Henríquez y Carvajal: *José Martí saluda a amigos queridos diez y siete*. El Maestro y periodista dominicano da la noticia y los periódicos de la ciudad la divulgan con vivos y entusiastas elogios de la personalidad de Martí, reveladores de cómo se estimaba su obra de escritor y de patriota.

Sus gratos descansos en el Santo Cerro y en La Vega no le permiten llegar el día señalado. En la tarde del 18 de septiembre llega el peregrino a la vetusta ciudad de Santo Domingo: en la calle Mercedes, en la célebre Casa de San Pedro, detiene su caballo. Ahí se hospeda. Es asombroso cuanto hace en su breve permanencia en la capital dominicana. Apenas se sacude el polvo del camino se dirige a casa de Federico Henríquez y Carvajal, a quien ya conoce por sus labores de escritor y de maestro. El venerable dominicano comparte con él "el pan y el vino" y le ofrece en seguida—como dice Mañach—"ese ambiente afectuoso de hogar que era su remedio de peregrino". Allí comienza a conocer y a sentir en torno suyo corazones fraternos ani-



mados por el amor a la libertad de Cuba, norte de su vida, entre ellos el ilustre médico y político Dr. Francisco Henríquez y Carvajal.

Con los hermanos Federico y Francisco Henríquez y Carvajal visitó Martí el *Instituto de Señoritas*, de Salomé Ureña de Henríquez, la excelsa poetisa, entonces en Puerto Plata en busca de salud. Ante un retrato al pastel, hecho en París por el ilustre artista y médico dominicano Dr. Arturo Grullón, se detuvo Martí: "El colorido—dijo—es admirable; un alma de artista le ha dado vida." Era el retrato de Madame Fatet, dueña de una casa de huéspedes donde se alojaban algunos dominicanos, en París.⁽¹⁶⁾

Los cubanos emigrados que aquí se ganan el sustento en espera de mejores días para Cuba, la flor de la intelectualidad dominicana, rodean a Martí. El no pierde un instante y empieza de inmediato su labor política de unificación de las fuerzas de la emigración y de su compactación en Clubs revolucionarios que alleguen fondos para la causa y mantengan viva la llama del patriotismo cubano.

Conoce entonces, personalmente, al gran poeta José Joaquín Pérez, el más antiguo de sus amigos de Santo Domingo, con quien tuvo contacto epistolar en 1884 a propósito de su artículo *Maestros Ambulantes*. Es uno de sus amigos del Ozama que más aprecia: le llama "el abanderado de los poetas dominicanos" y le dedica sus *Versos Sencillos*. También se los ofrece a otro grande y decidido amigo de la causa de Cuba, con esta dedicatoria: "Al bello corazón y fina amistad del Sr. Jaime Vidal: su paisano José Martí. Santo Domingo, 18 sep. 1892." Al más obsequioso y solícito de sus amigos

(16) El mencionado retrato le fué obsequiado por Madame Fatet a don Pancho, Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, en París. Actualmente se conserva en nuestro Museo Nacional, donado por el Dr. Pedro Henríquez Ureña. Referencias en *Revista de Educación*, C.T., No. 52, 1939. De Madame Fatet fué la conocida exclamación, tan celebrada, alusiva a la designación de uno de sus jóvenes ex-huéspedes como Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo: "Le petit Heribert President... que bel pays!"





Federico Henríquez y Carvajal en su centenario.



Al alma cordial y
americana de
Federico Henríquez.

en los Martí

Santo Domingo
18 de Mayo 192

Dedicatoria de VERSOS SENCILLOS.



le presenta su libro. No se lo dedica a un hombre sino a un alma: "Al alma cordial y americana de Federico Henríquez."

En compañía del Maestro dominicano y del poeta José Joaquín Pérez, recorrió Martí las iglesias y las ruinas coloniales orgullo de la ciudad, complaciéndose en su contemplación y alabando algunas de sus obras de arte, óleos antiguos y ornamentos arquitectónicos.

Prenda de que no le recibieron como a visitante común fué la acogida cordial que le dispensaron dominicanos y cubanos y la alta deferencia del Gobierno de Heureaux, atendiéndole solícitamente y dispensándole la gracia de que le fuesen mostrados los venerados restos del Descubridor, que sólo se concedía en excepcionales ocasiones. Para ello era necesario el cumplimiento de una formalidad indispensable, el permiso oficial dado en la siguiente comunicación, del 19 de septiembre, dirigida al Arzobispo Meriño por el Ministro de lo Interior y Policía, General Wenceslao Figuereo:

Tengo la honra de comunicar a S.S.I., que el Gobierno ha concedido en esta fecha autorización al Sr. don José Martí, para que le sean mostrados los restos del Itre. Genovés Don Cristóbal Colón.

Y al comunicarlo a S. S. Ilma., espero se digne dar, si lo tiene a bien, las órdenes convenientes, al objeto de que en el acto de referencia, se llenen por parte de la Curia las formalidades acostumbradas.

Se ha señalado las 4 de la tarde, para la mostración de dichos restos.

Otro oficio, en el mismo sentido, fué dirigido al Presidente del Ayuntamiento.⁽¹⁷⁾

A la hora prefijada, las 4 de la tarde, estaba Martí junto a la urna que conserva los restos de Colón, en la primera Catedral de América, en compañía de Emiliano Tejera, Federico Henríquez y Carvajal, José Joaquín Pérez, Francisco

(17) El oficio a Monseñor Meriño puede verse en Archivo General de la Nación, copiador de oficios del Ministerio de Interior y Policía, 1891-1893, folios 386-387; y el original del dirigido al Presidente del Ayuntamiento en el mismo Archivo, Sección Ayuntamiento de Santo Domingo, legajo del año 1892.



Gregorio Billini y Jaime R. Vidal. Cerca de una hora estuvo en la vetusta Catedral. Cuando Tejera, el más docto conocedor del caso, le explicaba las circunstancias del providencial hallazgo de los restos del Almirante y le advertía que a pesar de todas las evidencias España se obstinaba en no reconocer la autenticidad de los preciados restos, Martí interrumpió con esta viva exclamación: "Así es siempre España: negada a la evidencia."

En el Album de admiradores de las cenizas del Descubridor, Martí escribió este pensamiento:

El lenguaje pomposo sería indigno de una ocasión que levanta el espíritu a la elocuencia superior de los grandes hechos. Y entre los hechos grandes, acaso lo sea tanto como el tesón que descubrió el mundo nuevo, la piedad con que los hijos de Santo Domingo guardan las glorias y tradiciones de su patria.—19 de septiembre, 1892. JOSÉ MARTÍ.⁽¹⁸⁾

Muchas otras visitas hizo Martí en esta vieja ciudad; entre ellas a la Imprenta y Librería de García. El Apóstol se refirió a algunas de esas visitas: "De González, el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones... Gran gusto tuve en la conversación sustanciosa y franca del Doctor Meriño."⁽¹⁹⁾ En su breve permanencia tuvo tiempo para todo: logró fervorosos adeptos para su causa, orientó esfuerzos hacia el cardinal propósito de su existencia, transmitiéndolo, como simiente sembrada por la magia y la seducción de su palabra, en muchos corazones dominicanos y, principalmente, en el espíritu de los numerosos cubanos emi-

(18) Este pensamiento fué publicado, pocos días después, por don Federico Henríquez, en su revista *Letras y Ciencias*, S.D., 12 de oct. 1892.

(19) Martí visitó la Librería de García Hermanos—frente al Parque de Colón—donde se reunían los intelectuales de la época. Llegó Martí y extendiéndole la diestra al historiador nacional, don José Gabriel García, le dijo: *Yo soy José Martí*. También estuvo el Apóstol en casa de don Ignacio María Gonzales, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, quien le ofreció una comida. Asistió Martí con un pantalón a cuadros, saco azul y sombrero de panamá. Gonzales le acompañó en varias visitas a distinguidas personas de la ciudad y le dió cartas de recomendación para el viaje hacia Puerto Príncipe. Don Ignacio vivía entonces en su casa de la calle Padre Billini esquina 19 de marzo.



grados que hallaron en nuestra tierra nueva y acogedora patria.

Las últimas horas de Martí en Santo Domingo, de 9 a 11 de la noche, discurrieron en la benemérita Sociedad *Amigos del País*, que ocupaba entonces el local que es hoy de la Cámara de Diputados, frente a la Plaza de Armas o Parque de Colón. A pesar de lo tempestuoso de la noche era estrecho el recinto de la Sociedad para contener el numeroso público que anhelaba conocer y escuchar al nuevo Apóstol, a quien se le ofrecía cordial y calurosa recepción.

Fué iniciado el acto con breves y oportunas palabras de don José María Pichardo, quien saludó al distinguido huésped a nombre de la Sociedad, "que de antemano tenía conquistados purísimos afectos en el seno de la familia dominicana, por las energías de su alma en sus potentes luchas de apóstol y escritor".

A don Federico le correspondió la gloria de presentar al ilustre visitante. Estaba afónico, pero mal podía callar en ese instante, el más venturoso de su vida de amante de la libertad de Cuba. Estas palabras dijo, escuchadas por José Martí:

Señores:

Mi voz se quiebra i se apaga en la afonía.

La emoción la quiebra i la bronquitis la apaga.

Discurso sin palabras, o casi sin ellas, será el mío en este acto. Aunque en verdad os digo que al propósito cordial de la presentación le basta con poner, junto al suyo magnánimo, el corazón de mis compatriotas, abierto ahora, como el mío, a las más puras efusiones del alma.

Este que veis aquí, huésped de amor de la Ciudad de Ozama, bienvenido i, sin duda, bienhallado, es el cubano clarísimo hacia el cual convergen ahora—como hacia Aguilera i Céspedes en vísperas del decenio heroico—los anhelos i las esperanzas de los adictos a la causa revolucionaria de Cuba.

¡Es José Martí!

Viene conmigo de mi hogar, que es suyo, por él en júbilo hasta ahora, cuando va a proseguir su viaje de peregrino; cuando va, en su nobilísimo



empeño de unir los elementos dispersos, caídos en la inercia o en la esperanza, para ponerlos todos bajo la égida i el palio de la luz de la estrella solitaria. El es el nuevo apóstol del credo revolucionario i va por el viejo camino de amarguras, cargado con la cruz de los ingentes dolores de su pueblo. El encarna i lleva consigo el alma de Cuba ¡la irredenta! mientras recorre el suelo libre de América. Al reclamo de su verbo, lleno de maravillas, él promueve el común esfuerzo, para la redención de la isla áurea, en cuantos la queremos, i no de ahora, señora de su solar i soberana de su destino en el Archipiélago Colombino, i de cuantos—como él i Hostos i Betances i Luperón i Meriño—unimos el ideal antillano con el ideal de Cuba libre.

¿Qué de emociones, caldeadas al sol de Quisqueya—que es el mismo sol de Cuba—habrán templado las fibras de su corazón desde que sintió bajo su planta de caballero andante de la dama de sus pensamientos, las palpitaciones libertarias del suelo dominicano, en donde vive i canta la epopeya! ¡Oh, sí! ¡El ha debido sentir, a su paso por el valle épico de la Vega Real i cuando se detuvo a ver i saludar el Arco de Triunfo que es el Baluarte de Febrero en esta Ciudad Primada, cómo el alma dominicana latía y late con el mismo ritmo del alma cubana!

¡Ah, señores! Otra vez la voz se me quiebra i apaga en la afonía... ¡Mejor acaso! Así no os privaré, por más tiempo, del raro placer estético de oír la gran voz del tribuno, el canto lírico del poeta, la palabra unciosa del misionero, cuyo es el verbo que a todos habla por Cuba. Vais a oír la divina palabra del sembrador, del apóstol, anunciadora de la buena nueva i promidora de la tierra redimida. Vais a oír su palabra, verba magna, en la cual parece que hablan todas las voces proféticas i evangélicas que en el mundo han sido. ¡Con ella va a envolveros i a transportaros, como en un vuelo de cóndor andino, a las esferas del ideal entrevisto, en donde, al conjuro de sus evocaciones milagrosas, habréis de ver—i yo con vosotros—cómo se alían i se funden en una sola, en sólo una, para la redentora empresa, las dos almas gemelas: el alma de Cuba i el alma de Quisqueya!

Aplausos y luego vasto silencio, mientras Martí se alza de su asiento: “Se oyó un vago rumor de ondas y de alas—dice el cronista—y luego una cascada de perlas y de flores y en seguida una lluvia de estrellas. Era la palabra luminosa, la frase alada de José Martí, el orador poeta...” Habló de su “tierno agradecimiento por las pruebas deferentes de fraternal cariño con que ha sido distinguido por el pueblo



dominicano, desde el momento en que pisó su hospitalaria tierra...”. Que con marcada predilección había visitado las regiones de La Vega Real, donde dominó el infortunado Guarionex; y que se proponía hacerlo también con las que fueron mudas testigos del arrojado sin igual y amor a su raza del infeliz Enriquillo, de cuyos pechos se escaparon los últimos tristes suspiros por la libertad perdida. “En esta parte de su discurso—dice el cronista, allí presente—aludió al Sr. Galván, con motivo de su precioso libro *Enriquillo*”.

Ruidosísimos aplausos saludaron al insigne orador. Con la cortesanía y la elegancia en él habituales habló entonces Manuel de Jesús Galván. Ya le conocía Martí y le había escrito, en 1884, haciéndole vivos elogios de *Enriquillo*. “La autorizada voz de Galván, enérgica y fascinadora como siempre—dice el cronista del *Listín Diario*—se dejó oír para significar al ilustre huésped el agradecimiento de la familia dominicana por sus afectuosas y deferentes frases, deseándole éxito completo al ilustre Apóstol de redentora idea”. Con “abundancia de corazón” habló Martí, dice Galván. Una frase del autor de *Enriquillo* quedaría impresa en la memoria del Apóstol, que más tarde le recordaría a otro amigo dominicano, a Eugenio Deschamps: “He aquí lo que faltó a la América hasta ahora: el pensamiento a caballo.”

Otra vez habló Martí, “puesto en pasmo el auditorio”, como decía el cronista de *Letras y Ciencias*, nada menos que Federico Henríquez, para agradecer los honrosos conceptos de Galván.

Tras los aplausos inacabables ocupó la tribuna el ilustre médico Dr. Francisco Henríquez y Carvajal para ofrecerle a Martí, en conceptuosa improvisación—a nombre de *Amigos del País*—el libro de poesías del malogrado Manuel Rodríguez Objío. Caldeado “en viril estrofa del poeta” fué el breve discurso del preclaro esposo de Salomé Ureña.

Por última vez, “más conmovido y más vibrante”, dice Max Henríquez Ureña, habló Martí. “Y otra vez—dice el



cronista de *Letras y Ciencias*—la cascada de rosas y los esplendores del iris y el concierto alado y la lluvia de estrellas y el relámpago y la explosión de lo sublime...” Hizo promesas de “grato recuerdo para la *Amiga del País* y de estímulo alentador para la poesía americana”. Fuera, en el pueblo, quedó una frase siempre recordada: “No es un hombre el que os habla: es un pueblo afligido el que se queja.”⁽²⁰⁾

Terminado el acto, entre aplausos atronadores, salió Martí de *Amigos del País*. “Se le había acogido como huésped amigo, e iba a despedirsele como hermano... Cuarenta horas, no más, habían bastado al peregrino para hacerse de su segunda patria”, afirmaba el cronista de *Letras y Ciencias*.

Todavía bajo la lluvia pertinaz, hacia su alojamiento de la casa de San Pedro se dirigió Martí en compañía de José Joaquín Pérez, de Federico Henríquez y de Jaime Vidal. Allí puso en manos de Vidal, para su envío al General Gómez, la carta siguiente en que le trasmitía sus impresiones últimas:

Santo Domingo, 19 septiembre, 1892.

Mi amigo querido:

¿Qué le diré, en estos cariños que me rodean, los más tiernos y vehementes, desde mi llegada? Ni un instante hasta éste, en que el inolvidable Jaime Vidal me lleva a bordo, después de atenciones sin cuento, en que acabo de leer un afecto vivo en los ojos de su hija, en que salgo de la sociedad de Amigos del País, reunida para saludar en mí al americano

⁽²⁰⁾ Palabras recordadas por Virgilio Perdomo, ya fallecido, uno de los oyentes del discurso de Martí. “Las recuerdo, son exactas”, nos dijo don Federico en una de nuestras frecuentes visitas a su hogar, el 19 de agosto de 1936, en las que siempre le interrogábamos acerca de la vida dominicana de Martí. En su artículo *El homenaje al héroe del Caribe* (*Heraldo de Cuba*, Habana, abril 6 de 1919), dice el ilustre escritor y diplomático dominicano Dr. Tulio M. Cesteros: “En una noche del otoño de 1892, escuché por primera y única vez, en la *Sociedad Amigos del País*, en Santo Domingo, a José Martí. Fúlgida la pupila, la frente henchida por la gravedad de un mundo, el tribuno inició su discurso con palabras que se imprimieron en mi adolescencia: “Yo no soy un hombre que viaja, sino un pueblo que tiende las manos en demanda de libertad.”



creyente y al viajero discreto, ni un instante he estado solo. He hecho cuanto debía, y de todo le daré cuenta minuciosa de New York.

De usted, todo lo he dicho, todo lo he desviado y explicado, con la vigilancia y cariño que le debo. De Cuba, dije cuanto ha sido preciso para que nos la traten con respeto. Al Presidente creí innecesario e imprudente verlo. De González, el Ministro de lo Exterior, he recibido las más finas consideraciones. De los demás Ministros, llevo cartas serviciales para todo el viaje. De la sociedad más distinguida he recibido, en día y medio, tales pruebas de estima, y de amor por Cuba, que contarán estas pocas horas de Santo Domingo entre las más satisfactorias que para mi patria y para mí recuerde. Los cubanos, nieve al principio, por celos justos, quedaron en un abrazo. Déjeme acabar: todos me esperan. La barca sale para Barahona. Una sola cosa le digo, y es que, si azares que creo enteramente previstos y en que no tengo razón ninguna para creer, ni la menor razón, me lo inquietasen alguna vez, piense que allá tiene un corazón en que caer. Acá, más que en todo, en usted he pensado y por usted he hablado. Gran gusto tuve en la conversación sustanciosa y franca del Dr. Meriño. Adiós, a su casa, el cariño profundo que me inspira. Y a usted lo que no tiene para decirle. Su

JOSÉ MARTÍ

Después bajaron hacia la ría. En la mansedumbre del Ozama el *Lépido* agitaba al viento el gran pañuelo de sus velas. Martí abrazó en silencio a cada uno de sus compañeros; y el velero se hizo a la mar rumbo a Barahona. Aquella partida, tan triste que podría recordarse la de Duarte, en 1844, en el mismo sitio, fué recogida por José Joaquín Pérez en la más conmovida de sus páginas:

NUESTRO ADIOS A JOSE MARTI

A Jaime R. Vidal

La noche del diecinueve de septiembre de mil ochocientos noventa y dos dejó grabado, en nuestras almas de patriotas de la América libre, el recuerdo profundamente triste de las heroicas tribulaciones que pesan sobre la vida de los redentores de pueblos mártires.

En ese recuerdo ocupa prominente lugar la legendaria figura de un apóstol, cuyo corazón no tuvo un solo latido que no fuese una protesta viril, lanzada a la faz de todas las tiranías, en estos pedazos de tierra en que tanta sangre y tantas lágrimas han secado los ardientes rayos del sol.



En su peregrinación venía ese apóstol mostrando a todas las gentes cómo, en el camino de las amarguras, iba cargando con su cruz de hierro, coronada de espinas la frente, con la faz sangrienta; y jadeante, convulsa, la pobre Cuba irredimida, extenuada a fuerza de tantas flagelaciones, que pedía una limosna de conmiseración a sus hermanas, para libertarse de caer, herida de muerte, en el cieno de su oprobiosa servidumbre.

Y aquí, en la tierra que fué cuna de Hatuey, halló el peregrino de la libertad corazones amigos, brazos abiertos, voluntades propicias para la obra santa que era la obsesión sublime de aquel cerebro, hecho como a golpes de maza férrea sobre yunque de cíclopes.

Aquí estuvo, y fué verbo de arrebatadora elocuencia para las multitudes que, ávidas, se congregaron en el salón de los *Amigos del País*; aquí, en dos breves días, despertó dormidos, galvanizó cadáveres, organizó la fila de los cooperadores para la próxima resurrección de la futura nacionalidad.

Y como en su marcha vertiginosa no podía haber tregua ni instante perdido para la libertad, he aquí que tuvo que arrostrar el peligro de embarcarse, una noche borrascosa, en el único, viejo, endeble y diminuto barquichuelo que partía hacia uno de los puertos de la República, con el fin de emprender desde allí viaje por tierra al vecino Estado y dirigirse a Nueva York.

Después que escribió muchas cartas importantes y de habernos hecho el obsequio de sus *Versos Sencillos*, con honrosa dedicatoria al frente, llegó la hora de la que nunca creímos entonces que fuese la eterna despedida.

Y por las calles oscuras y tortuosas de la ciudad, dormida al rumor del viento airado y de la lluvia, a las once de la noche, nos llevó a los tres un carruaje a las orillas del Ozama.

Allí estaba el esquife destartado, con la negra y raída lona al viento, crujiendo en son de doloroso gemido, entre la bruma densa del río; y sólo un triste fanal, colgado de un poste en la Comandancia del puerto, nos daba con sus reflejos el aspecto de fantásticas sombras evocadas en un sueño fatídico.

Abrazados estrechamente, dijimos adiós, con el alma henchida de patriótico amor y esperanza, a aquel aventurero sublime; y poco después al zarpar la nave, él, de pie sobre la popa, con la frente envuelta en el nimbo de la luz del farolillo, los brazos cruzados sobre el pecho palpitante de emoción, se alejaba, hablándonos de sus sueños de emancipación, de la confraternidad antillana, pidiéndonos que diésemos aliento a los defensores de la magna idea en nuestra tierra y que fuésemos también enérgicos y constantes cooperadores de la independencia de Cuba.

El barquichuelo se confundió con las tinieblas de la noche, y todavía



llegaban a nuestros oídos los acentos de aquel predestinado, que cortaban como relámpagos las sombras, repercutiendo sobre las murmuradoras aguas del río.

En un barquichuelo así, sin duda, y sobre la pérfida superficie del océano, en noche tenebrosa, con cautela y siempre alerta, casi dos años más tarde, atraído por otro deber más rudo y solemne, iba el mismo rendidor de esclavos a ofrecer su vida en holocausto en los campos de la patria de su amor, y allí cayó su cuerpo inerte; pero dejó su aliento, dejó su idea, dejó su fe, dejó su espíritu, dejó su memoria impercedera e inmortal a los que pelean por esa causa santa de la libertad.

Hoy, primer aniversario de la obra que fué suya, debemos evocar este recuerdo de aquella despedida, regándolo con las lágrimas de nuestros corazones de patriotas de la América, al saludar el día de la gloriosa conquista del derecho, proclamado por él y regado con su sangre fecunda y generosa. ⁽²¹⁾

EN BARAHONA

Al caer la tarde del 20 de septiembre estaba el *Lépido* en aguas de Barahona. A lo lejos las altas montañas del Bahoruco, escenario de la gesta de Enriquillo, llevarían a su espíritu inmerso en la evocación de la epopeya que tanto le había seducido, nuevos alientos para alzarse, como el indio, en los campos de Cuba libre. Acababa de conocer a Galván y ahora conocía las épicas tierra del rebelde.

Con admirable exactitud recuerda el anciano don Carlos A. Mota la llegada de Martí a Barahona. Habla con los ojos cerrados, sin luz, mirando hacia el pasado:

Martí llegó a este puerto, si mal no recuerdo en el 92, en un balandro de 10 toneladas, y al poner pies en tierra le tomó la maleta un hombre que se le titulaba Chichí el loco. Este lo llevó a la casa de familia del Gobernador José Dolores Matos entregándole dos cartas, una de Don Federico Henríquez para él, y la otra de Don Jaime Vidal para mí, seguido me mandó a buscar el Gobernador para presentarme a Martí, y entregarme mi carta. Después que combinamos el viaje le invité a pasar a mi casa para presentarle a mi esposa, y hablar algo más sobre su viaje y la

(21) *Listín Diario*, S.D., feb. 24 de 1896.



situación de Cuba. Al conocer mis amigos que Martí se encontraba en mi casa, muchos de ellos se presentaron con el propósito de conocerlo y oírle hablar sobre la revolución cubana, con palabras tan dulces y fáciles, que muchas de ellas quedaron en nuestras mentes, como aquéllas que dijo: *no es un hombre el que habla, es un pueblo que atado con fuertes cadenas lucha, y grita para romperlas, para conseguir su libertad.*

En la mañana del día siguiente salió para Haití en mi mulo y dos mulas del Gobernador, las que fueron entregadas a Nicolás Cabullas y a Minené López, hombres de nuestra confianza, para conducirlo a su destino. Este viaje fué gratuito; pero les dió a ellos una pequeña gratificación, y a la vez enviándome el par de espuelas de plata que le entregué con el mulo. (22)

El Apóstol no sale de Barahona sin escribirle a su amigo Federico Henríquez y Carvajal, de quien ha recibido tantas y tan afectuosas atenciones. *El hombre tiene ya dos patrias*, le dice, y el Maestro del Ozama no tarda en publicar la epístola del peregrino—*en Letras y Ciencias*, del 30 de septiembre—precediéndola de una reseña de la visita inolvidable:

¡Agradable sorpresa!

Un telegrama suyo nos dijo que estaba en Santiago de los Caballeros y que, pasado el tercero día, lo tendríamos en medio de sus amigos queridos. ¿De dónde procedía?

De la suntuosa y activa y libérrima metrópoli americana, la de la "Libertad iluminando el mundo"; y había entrado al territorio de la antilla predilecta—corazón del Archipiélago—por donde tuvo acceso aquel otro peregrino, genio de la ciencia, en su primer viaje de histórico descubrimiento.

Pasó sin detenerse la línea hidrográfica que separa las dos repúblicas, la occidental de la oriental, pisando apenas el suelo haitiano porque ansiaba respirar nuestro ambiente y saludar, con anhelo de proscrito y efusión de antillano, la patria dominicana, la carísima patria que ha dado a la libertad y a la independencia apóstoles, maestros, mártires y héroes insignes.

(22) Esta interesante referencia de don Carlos A. Mota la obtuvimos por intermedio de nuestro amigo don Sócrates Nolasco, en noviembre de 1939.



Horas no más estuvo en Santiago, la viril; horas en La Vega, la tradicional; minutos en el Santo Cerro, el legendario; y en ambas cibaenas ciudades y en la colina enhiesta respiró a todo pulmón, como en nuevo hogar que se gana con cariño, la atmósfera de hospitalidad y de cordialidad que en aquéllas lo rodeó, y el ambiente de selva virgen y de luz tropical que lo envolvió en la cumbre.

Henchido de impresiones gratas y de melancólicos recuerdos generadores de simpatía, hizo su jornada de viajero a través de la cordillera y de las sabanas mediterráneas y llegó complacido a la ciudad de Santo Domingo.

Llegó y se halló al punto rodeado de amigos, colmado de afectuosas atenciones, admitido como de la familia en uno y otro hogar, acogido como huésped ilustre en la Catedral Primada, donde vió con ojos escrutadores y con alma reverente los restos del Descubridor, y en el local de la Sociedad *Amigos del País*, donde halló reunido selecto grupo de amigos y admiradores que le daban cariñosa bienvenida.

Diversos grupos, advenidos de varios puntos de la ciudad, para quienes la lluvia no fué obstáculo, poblaban los salones contiguos al de la Biblioteca Pública en que la recepción se efectuaba. Corrientes de simpatía impregnaban el recinto.

Hecha la presentación por quien estas líneas escribe y saludado por Don J. M. Pichardo con sentidas frases, en nombre del auditorio, se oyó un vago rumor de ondas y de alas, y luego una cascada de perlas y de flores, y en seguida una lluvia de estrellas. Era la palabra luminosa, la frase alada, de José Martí, el orador poeta, que vertía en elocuentes períodos las ideas generosas y los cordiales sentimientos que, por la patria dominicana, por la patria antillana, por la patria americana, se agitan en su cerebro de pensador y se exhalan de su corazón de apóstol de una causa excelsa.

Don M. de J. Galván fué intérprete, con galana frase de aliento y de cariño, de la perdurable gratísima impresión que el inspirado verbo del huésped ilustre había causado en sus oyentes. Y otra vez se cernió, con vuelo de águila, sobre el ánimo puesto en pasmo del auditorio, la superior elocuencia del orador cubano.

Eco de los esfuerzos e ideales generosos de cuantos aquí sienten las ansias todas de la libertad y profesan el culto austero del deber—caldeado en viril estrofa del poeta Rodríguez Objío—fué el breve discurso que a su turno pronunció el Dr. Fco. Henríquez y Carvajal. Y otra vez la cascada de rosas y los esplendores del iris y el concierto alado y la lluvia de estrellas y el relámpago y la explosión de lo sublime... que así fué la última oración, de nobles ideas y sentimientos nobilísimos, de esculturales formas y belleza peregrina, de admirable síntesis afectiva, mara-



villa del verbo humano, oída con emoción profunda y colmada con unísono aplauso por el auditorio. José Martí reinaba, por su elocuente verbo y su alma virtuosa, en todas las almas. Se le había acogido como huésped amigo, e iba a despedirse como hermano. Cordiales abrazos y manos fieles estrecharon los vínculos de las americanas ideas y de los sentimientos antillanos. Cuarenta horas, no más, habían bastado al peregrino para hacerse de su segunda patria.

—“Hasta la vista”—y velera nave lo condujo desde el Ozama a Barahona. Iba a ver el histórico lago de Enriquillo. Esa ha sido su postrera impresión objetiva al salir del territorio dominicano.

No entró en Haití sin antes volverse hacia el oriente, *como bueno, de cara al sol*, para saludar la patria nueva. Si el orador insigne se dió, como decía el Sr. Galván, con abundancia del corazón; he ahí que el hombre, el hombre bueno, se da a sus amigos queridos con toda el alma. Su alma generosa se vació, como ánfora de perfumes, en esta carta suya cariñosísima:

Barahona, 21 de septiembre.

Señor Federico Henríquez y Carvajal.

Muy noble amigo:

¿Qué le diré desde este pueblo que me es todo amistad, como para redimirse de su nombre de traición, ⁽²³⁾ que no le parezca rebuscamiento o lisonja? Voy lleno de la más tierna gratitud, y del afán de pelear con quien me diga que no están en esta tierra todas las semillas del porvenir y la cordialidad que hace fuerte y amable la vida. ¿Dónde más pensamiento, ni más elocuencia, ni más virtud? Démele la capacidad de amar, y ya está un pueblo salvo. Y en usted que de la riqueza de su mérito puede dar mucho sin quedarse corto, veo y admiro el carácter seductor de un pueblo en quien vi siempre el alma dadivosa del mío propio, y quiero ahora con cariño de las entrañas. Otros ven la corteza, y son siervos de ella: yo miro al corazón.

Déjeme decirle, al pie del estribo, el discurso que acaso ustedes esperaban de mí, compuesto y voluminoso, y que no pude darles, porque me tenían encogido a la vez el hondo agradecimiento, y la pasión de la verdad, que manda callarla, antes que decirla a medias; pero si el orador los dejó de seguro desencantados, confío en que el hombre se les habrá revelado entero en su silencio.

(23) Es indudable que Martí se refiere al traidor don Luis de Barahona, ambicioso conquistador, personajes del poema de José Joaquín Pérez *Guarionex*. Véase en *Fantasías Indígenas* (Santo Domingo, Imp. García, 1877) la estrofa que empieza:

Mientras tanto el infame Barahona
causa de tal desolación y ruina...



El hombre tiene ya dos patrias; y en la nueva, a nadie recordará con más viveza que a aquél que reúne la virtud ejemplar a la devoción americana, y la causa americana al vehemente talento.

Esta es América, la tierra de los rebeldes y de los creadores, y aquí se siente íntegro, sangrando de lo que ella sangra y amando sus amores, quien nunca abusa de las palabras solemnes, y al abrazar en usted a tanto mérito sobresaliente, a tanto corazón generoso, se firma su hermano,

JOSÉ MARTÍ

¡Vaya en paz el buen antillano ilustre, el generoso amigo!

FEDERICO HENRÍQUEZ CARVAJAL

La carta a Henríquez y Carvajal es también para sus amigos dominicanos. La que le dirige a su compatriota don Federico Giraudi es a la vez para sus amigos cubanos. Así se conduce, con depurado concepto de la cortesía y de las buenas maneras, en él ingénitas. En su carta a Giraudi recuerda la vieja herrería del cubano Alomá, "en las ruinas", la antigua Capilla de la Soledad, hoy local de la Academia de la Historia. Este es su adiós a los cubanos:

Barahona, 21 de septiembre de 1892⁽²⁴⁾

Mi amigo distinguido:

Al decir adiós, entre atenciones inmerecidas y de difícil pago, a esta tierra que amo, porque sé que nos ama, déjeme poner la mano en la de usted, tan probada y tan discreta, y saludar así a los viriles y buenos paisanos a quienes pude ver, con gusto grande de mi corazón, y a los que no vi, y llegaré luego por vía de usted de modo más formal.

¿Qué momento, sin que por eso se me tache de ingratitud, puede parecerse, entre los muy memorables que tuve en Santo Domingo, al de ver chispear, en la sombra de la casa vieja, nuestras almas infatigables, al ver junto a mí a los cubanos que ganan con el trabajo asiduo y con la gratitud de su derecho el respeto del destierro?

Pero aquí, si sienten como yo, y saben lo que yo, no deben sentirse desterrados. Siempre le veré a usted, sentencioso y leal, en la casa que

(24) Esta carta aparece en el *Epistolario* de Martí, edición de Félix Lizaso, vol. II, p. 218.



ilustra con su talento y su laboriosidad; siempre le oíré a Tejada la descripción vehemente de sus creaciones, y el anhelo de pasearlas por el mundo, para honor de su patria; siempre tendré delante con su fe conmovida, al hijo de Alomá, mudo del santo gozo, abriéndome los brazos; siempre le veré al padre, símbolo de nuestra tierra, con el taller en las ruinas, y él junto al yunque, hierro en mano, con su barba limpia y su mandil de cuero.

Acercan el caballo, que voy a larga jornada, porque yo no me he de apejar de él, vaya solo o en compañía, hasta apejar en tierra libre. La de la muerte, será acaso, aunque yo no conozco más muerte que una, y es la de perder la fe en mis compatriotas, y de eso, sé que no he de morir.

Quiera y recuerde a su

JOSÉ MARTÍ

Tampoco saldrá el peregrino de la apacible Barahona, sin llegar a la casa de algún cubano. Es cosa que hace, invariablemente al llegar a cualquier paraje. Allí visita, pues, a un esforzado médico cubano que también sueña con Cuba libre: el doctor Francisco González Colarte.

Así como el cubano Massenet le escribe a *Patria* desde que Martí da la espalda a su humilde casa campestre de Santa Ana, camino de *La Reforma*, el doctor González Colarte le escribe a un amigo de *Patria*, el día 22. Con el título de *Carta violada*, *El delegado en Santo Domingo*, el vocero de Martí publicó, el 22 de octubre siguiente, algunos de los párrafos del interesante escrito:

Los cubanos y todos vamos pensando de la misma manera, y amamos las mismas virtudes, y conocemos los mismos peligros, y estimamos con algo así como cariño filial, a los que batallan, con olvido absoluto de sí propios por salvar a la patria, por salvar a Cuba, por salvar a Puerto Rico, de los peligros innecesarios de las repúblicas nacientes. Y para prueba de este espíritu unánime, que tiene algo de fuerza y encanto religiosos, robamos a un amigo la carta que le envía desde la solitaria Barahona, oscuro puerto de la República Dominicana, un cubano que, sin necesidad de inyectarse en las venas sangre rubia, se ha hecho a sí propio: del médico notable, y hombre bueno, Francisco González Colarte: él nos perdonará el robo.

Dicen los párrafos:

“Allá por el año 84, y recién llegado de la isla de Cuba a la capital



de ésta mi segunda patria, cayó en mis manos un periódico editado en New York. Me llamó la atención un artículo que leí con avidez; a medida que leía, mi corazón se henchía de placer porque el autor defendía con puro patriotismo y grandes bríos nuestros conculcados derechos. Cuando terminé de leer quería yo ya al autor, cuyo nombre estaba al pie del escrito, nombre que quedó grabado en mi corazón. Desde aquel momento, no perdí ocasión de leer cuanto escribía aquella pluma sagaz y generosa.

Antier, a las cinco de la tarde, me anunciaron la llegada de una goleta, novedad que siempre recibimos con agrado, por traernos una que otra noticia. "Llegó un pasajero", le oí decir a varios. Quise saber quién era; y me dijeron ser desconocido, y que lo suponían ingeniero. Al día siguiente a las diez de la mañana se presentó en mi morada, un señor desconocido para mí y que supuse era el ingeniero de que me habían hablado: por sus caballerosos modales, su exquisito y fino trato, comprendí tener en casa a una persona distinguida, a una persona poco común. Me manifestó ser cubano, y que sólo le había traído a mi casa, el saber que yo también lo era: eso hubiera sido más que suficiente para haberle acogido como hermano. Al decirme su nombre, cuál no sería mi sorpresa oyéndole pronunciar el mismo de mi querido autor, a quien tanto deseaba conocer, el del digno jefe del Partido Revolucionario Cubano, el eminente escritor y esclarecido tribuno que tan altamente honraba mi morada humilde!

Imposible me sería describir la grata emoción que experimentara mi alma en aquellos momentos: cuanto dijera en ese sentido, aparecería pálido ante la realidad. No sé si lo comprendió, pero sin saber cómo ni cuándo, me vi estrechado por un fraternal abrazo. ¿Cómo haber supuesto, ni remotamente, que en un rincón de Barahona, me estaba reservada la satisfacción de ver, conocer y tratar al gran orador y esforzado defensor de la más santa de las causas? ¡José Martí en Barahona! ¿Qué le habrá traído por estos lugares? Esa y otras preguntas me hacía a mí mismo, y no habría salido de mis dudas si él no me hubiera sacado de ellas.

En el corto tiempo que pude permanecer a su lado, tuve ocasión de tratarle con más intimidad de la que puede suponer. Así sucede, amigo mío, cuando se trata con individuos que como él abrigan en su pecho un corazón noble y sincero, y que tratan y se dejan tratar.

Aunque habló de tantas cosas, de cosas tan útiles y varias, no cesó de hablar de la patria que le vió nacer, y por la cual se conoce siente un ilimitado amor: cuando de ella habla, es sublime: lleva su conversación hasta el convencimiento, y con su palabra sabe herir las fibras más sensibles del corazón.

Si antes le estimaba, hoy le admiro, y digo con otros, que el nombre de José Martí debe estar grabado en el corazón de todos los cubanos y



mientras existan cubanos patriotas de esa talla, podemos decir: "aún tendremos patria!"

Pocas horas pudimos tenerlo entre nosotros, por impedirselo la alta misión que lo trajera por estas apartadas regiones: pocas fueron, sí, pero suficientes para hacerse amar por cuantos le trataron.

Ayer a las cinco se despidió de nosotros en la casa morada del señor Gobernador, en donde estaba hospedado, y le vimos partir por tierra, para el desierto tan largo y tan inhospitalario, con dirección a la Capital de la vecina República de Haití.

¡Dios acompañe al ilustre viajero en su árida jornada, y tenga un viaje próspero y feliz!..."

EN PUERTO PRINCIPE

Tras larga jornada llegó Martí a Puerto Príncipe, en el atardecer del día 24. Sin detenerse en parte alguna, como si no saliese ya de la tierra quisqueyana que tanto le había cautivado, se dirigió directamente al Consulado de la República Dominicana. Cinco días después el periódico haitiano *Le Droit* le daba la bienvenida.⁽²⁵⁾

El Apóstol estuvo en Puerto Príncipe hasta el 4 de octubre. Escasos días después, el 12 de octubre, el cubano Juan Massó Parra le dirigía a *Patria* esta carta reseña de la estada de Martí en la capital haitiana:

Ya sabíamos por carta afectuosísima del Delegado que su visita tendría efecto el día 24 de septiembre. Ocho días antes de esta fecha se hicieron los preparativos que el respeto y el patriotismo aconsejaban en tan solemnes momentos. Todos creíamos que el Delegado llegaría a esta ciudad embarcado, en estas creencias se había nombrado una comisión para que al tenerse la certeza de que estaba a bordo de cualquiera de los buques que con frecuencia llegan a esta bahía, diesen el aviso general, con el fin

(25) Dice así el suelto de *Le Droit*, del 29 de septiembre de 1892: "*Monsieur José Martí*.—Nous saluons l'arrivée parmi nous de ce confrère qui, comme directeur du journal "La Patria", s'est fait une place distinguée dans la presse américaine, et, qui, comme auteur de plusieurs ouvrages littéraires jouit d'une réputation méritée d'écrivain de talent. Monsiuer, originaire de l'île de Cuba, notre soeur dans l'Archipel des Antilles, ne peut qu'être l'objet de notre sympathie. Nous sommes heureux de l'occasion que nous est offerte de lui en donner l'assurance et de lui offrir nos cordials compliments de bienvenue."



de llevar a cabo el programa de recepción, que con tanto cariño se había concertado. Durante aquel día 24, se veía retratada la más viva satisfacción en todos los semblantes de nuestros emigrados. Con mucha frecuencia se oía repetir por la calle, o en las moradas de nuestros compatriotas, éstas o parecidas frases: “¿Ha llegado el Delegado? ¿Habrá tenido algún inconveniente cuando ya no está aquí? ¿Le habrá sucedido algo?”, y no faltaba corazón leal, entre tantos leales como abundan hoy, que se entristeciese sólo al pensar que al Delegado le hubiese ocurrido algún incidente desagradable. Pero cuál sería nuestra sorpresa cuando a las siete de la noche, recibí una tarjeta del Cónsul de la República Dominicana de esta ciudad, en que me anunciaba que “el Señor José Martí había llegado, y que estaba a nuestras órdenes en el Hotel de Francia”.⁽²⁶⁾ Nuestro Delegado había hecho el viaje por tierra, desafiando con esa voluntad de hierro que hace de él un verdadero carácter, las fragosidades de un camino de malezas y de desiertos estériles y casi sin agua, como el de Barahona. Catorce días hacía que no se apeaba de la cabalgadura flaca y molesta, y sin embargo al día siguiente de su llegada, sin respiro para el cuerpo, dispuesto estaba el audaz viajero a emprender la interrumpida marcha. Porque él es incansable como abogado de la Patria.

A la caída de esa misma tarde sentados estábamos a las puertas de nuestras casas, compartiendo en asuntos patrióticos Luis Rodríguez, cubano envejecido primero en la guerra y después en la emigración, entrado en años, pero con el alma nueva y tocada por el amor de Cuba; y decíamos de Martí “si su gran prisa le habrá llevado a otra parte, y tal vez no lo veremos por ahora”. En los mismos instantes en que decíamos esto, venían por el camino arriba dos personas *jinetes en sus mulas* que parecían traer un largo viaje y una gran prisa encima. Pasaron por nuestras puertas. El uno, era el Delegado a quien no conocíamos personalmente, y el otro un peón dominicano. Al pasar repetimos nosotros: “Quizá ése sea Martí.” El después me ha contado que en esos momentos se decía: ¡Cuánto deseo encontrar a esas gentes para que hablemos de nuestras cosas! No nos saludamos, sin embargo nos buscábamos, y nuestros corazones estaban tan juntos! Así fué la entrada del Delegado por el camino del Norte, con ansias por la llegada, sin ruido ninguno, por entre corazones que esa noche no durmieron.

Hasta las once de la noche estuvimos con el Delegado, Rosendo Rivera, el puertorriqueño talentoso que ha levantado un altar a la patria en *Guarionex y Hatuey*, y el que escribe estas líneas.

⁽²⁶⁾ El Vice-Cónsul, en funciones de Cónsul General era, entonces, el Sr. Elías Pereyra.



Al día siguiente, 25 de septiembre, a las nueve de la mañana, reunido oficialmente el Cuerpo Directivo de *Guarionex* y *Hatuey*, fué presentado por el Sr. Massó al Sr. Delegado, el que con frases cariñosas manifestó el placer que sentía en encontrarlos tan bien organizados, y todos *juntos*. El Sr. Rivera, presidente del Club, dió la bienvenida al Sr. Delegado en nombre del Club que preside.

Al día siguiente 26 de septiembre, el Club *Guarionex* y *Hatuey* invitó por medio de una circular a la emigración cubana y puertorriqueña, anunciándole al mismo tiempo la llegada del Delegado del Partido Revolucionario Cubano. A las 7 de la noche la Junta Directiva en unión del señor Massó fué a la morada del Sr. Delegado (Hotel Bellevue) y le condujeron al local de la cita donde le esperaban más de cien personas reunidas. Algunas de nuestras damas adornaban por primera vez la sala de nuestras sesiones. El Presidente Sr. Rivera, con palabras elocuentes y patrióticas, presentó al Sr. Delegado a la emigración, el cual fué recibido con entusiastas aplausos. El Sr. Martí hizo uso de la palabra. Todos con profundo silencio y recogimiento religioso se apresuraron a escucharle; todos de pie y con pruebas patentes demostraron el respeto y la alta estimación que le inspira el tan querido huésped. En medio de todos, la vista en todos los semblantes, con el alma en los labios, con la elocuencia irresistible de la virtud que todo lo sacrifica, porque "ha echado su persona a los cuatro vientos para que se la lleve la tempestad", comenzó en forma de conversación, lo que cualquiera, sin pasión alguna, habría calificado de elocuentísimo discurso, y lo que para nosotros fué una magnífica relación razonada de los acontecimientos políticos del año 68; el desgraciado suceso del Zanjón; sus causas; el estado de la revolución cubana en aquel período; los motivos del movimiento del 26 de agosto del año 79; el estado político-social hoy de Cuba y las probabilidades del triunfo de la idea separatista. El Delegado fué interrumpido repetidas veces por nutridos y fervorosos aplausos; las lágrimas se vieron asomar en algunos ojos que tal vez ni los dolores de la casa han hecho llorar nunca, y se sentía que todos los corazones sollozaban interiormente. En esos momentos de ánimos conmovidos y de lágrimas a medio enjugar, se levantó la Sra. Emiliana Bravo de Calderín, llevando una ofrenda de flores blancas artísticamente tejidas y que puso en manos del Delegado a nombre de las damas allí presentes. Pocas fueron las frases de la Sra. Calderín porque la emoción le ahogaba la voz y le formaba un nudo en la garganta.⁽²⁷⁾ El Delegado dió las gracias a

(27) Doña Emiliana Bravo de Calderín prestó apreciables servicios en la causa de Cuba. En su casa estuvieron no sólo Martí sino también otros cabecillas cubanos. En 1913, ya viuda, le obsequió al Museo, de Santiago de Cuba, donde residía entonces, la mesa en que comió el Apóstol, en su hogar, durante su estada en Puerto Príncipe.



las damas: dió en olvido por un momento su misión revolucionaria, y habló el poeta de alma dulce y conmovedora.

La sesión terminó a las diez de la noche, y se hacían notar el entusiasmo y la alegría que reinaba en todos.

El Delegado ha permanecido entre nosotros diez días, por las interrupciones de las líneas de vapores, ocasionadas por la molesta epidemia; pero debemos tener la satisfacción de que no ha sido tiempo perdido, sino muy aprovechado. ¡Cuánta visita recibida y cuánta hecha! ¡Qué estudio minucioso e imparcial de las condiciones peculiares del país! ¡Qué fina amistad de los más valiosos de esta capital! ¡Cuánto caudal de simpatía su presencia nos ha traído en esta tierra generosa!

En los diez días de su grata permanencia, la emigración ha estado contenta y animada. Se le ha obsequiado cariñosamente con banquetes familiares; y entre ellos se distinguieron por su cordialidad afectuosa el fino obsequio del Sr. José Calderín y Sra., el agradable y rico convite del Sr. Luis Rodríguez y familia, y el banquete lujoso y elegante del entusiasta Juan Rodríguez.

La víspera de la partida, la emigración toda, unida y compacta, quiso dar una última prueba de cariño al Delegado, y un refresco, elegantemente servido y cordialmente aceptado, tuvo lugar en la morada del Sr. Rosendo Rivera. Allí se deshacían los corazones. Allí se removieron hasta las entrañas, con la verdad de la familia, todas las grandes cuestiones patrias. Allí, como en todos estos días, hubiera entendido el más reacio lo que puede ser mañana nuestra patria en la verdad y la justicia.

El martes 4 de octubre, a las ocho de la mañana, la emigración se había dado cita en el muelle de Mr. B. Riviére para despedir, con un apretón de manos y con estrecho abrazo, al Delegado que tan gratos recuerdos deja en nuestros corazones!⁽²⁸⁾

RETORNO A NUEVA YORK

El Peregrino está otra vez en viaje, rumbo a Jamaica; el 8 de octubre en Jacksonville; días después en Nueva York. *Patria* le da calurosa bienvenida:

Patria saluda con respeto y cariño al señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano, en su feliz regreso a New York.

Mensajero portador de buenas y consoladoras nuevas y de fraternales abrazos, está ya entre nosotros, rebosando confianza en nuestro porvenir,

(28) *Patria*, N.Y., 22 oct. 1892.



el jefe querido de nuestra agrupación política, el hombre incansable y de fe pura que ha dedicado su vida entera a la labor sagrada de conquistarnos patria libre, y cifrando sus aspiraciones todas en el logro, por nuestros propios esfuerzos, de la redención de nuestro pueblo.

Y tiene razón en abrigar confianza nuestro jefe querido. Se ha inaugurado con la creación del Partido Revolucionario Cubano una era de renacimiento, de cordialidad, de abnegación y de entusiasmo serio y reflexivo entre los cubanos de todas procedencias y de todas vecindades, que nos da derecho perfecto a confiar, que nos da razón sobrada para esperar que el Partido que va día por día allegando y uniendo todas nuestras fuerzas, todos nuestros elementos, y sumando todos nuestros recursos, ha de conducirnos, en día no muy lejano, al fin que con tanto patriotismo, tanto tesón y perseverancia, aunque malgastando esfuerzos preciosos, hemos venido siguiendo en una u otra forma, año tras año, los cubanos amantes de la independencia patria.

Fructuosa por demás ha sido para el Partido que nos une la jira que acaba de efectuar nuestro Delegado por las Antillas hermanas. Adhesiones importantísimas, apoyos valiosos, cariños sin número para nuestra tierra, de propios y extraños: cubanos dignos y patriotas fervientes, dispuestos a sacrificarlo todo por la patria; anhelo por que llegue la hora suprema; cordura y discreción; decisión absoluta por nuestro movimiento; entusiasmo, abnegación sin límites: he aquí lo que ha encontrado siempre a su paso nuestro digno representante.

En Haití, la valiente y progresiva república antillana, encontró nuestro delegado por todas partes grupos de cubanos y puertorriqueños que honran nuestras tierras y son trabajadores decididos de nuestra santa causa.

De Jamaica trae nuestro apóstol magníficos recuerdos. Muchos cubanos de valer hay por aquella tierra hospitalaria, siempre amiga nuestra, y están todos, con notable disciplina y decidido empeño, laborando en nuestra organización. Mucho bueno recibe, y mucho más tiene el Partido, que esperar, de los cubanos de Jamaica.

Y allá en la tierra gloriosa de Quisqueya, la hermana nuestra que supo conquistar su puesto digno entre las naciones y conservarlo a fuerza de tanta bravura, reposa en lugar apartado y solitario una noble espada que no se cansó de darnos gloria en la década heroica. Esa espada nunca entró por completo en la vaina: ella ha brillado siempre a nuestros ojos cada vez que han querido renacer los tiempos legendarios. A esa espada, cuyo fulgor no se ha empañado aún, extiende su mano el Partido Revolucionario Cubano y encuentra que aún no ha perdido su temple formidable, que arde en deseos de ser blandida en los campos de la patria. La espada gloriosa de los diez años heroicos está pues en las manos de la patria democrática y durable, de la patria que no conoce traiciones ni



crímenes, de la patria que honra y premia el desinterés y la virtud; está en manos del Partido Revolucionario Cubano. Con nosotros está la discreción, con nosotros el entusiasmo y la confianza, con nosotros la pericia, el valor y el heroísmo. Con nosotros están el derecho y la justicia. Y el triunfo estará con nosotros si no desmayamos. ¡Adelante!

A su regreso a Nueva York las asociaciones patrióticas se disputan la presencia de Martí; quieren oír las impresiones de su viaje y él las complace. De Santo Domingo y de Máximo Gómez habla siempre con ternura:

El Delegado, con nuestras almas detrás, nos llevó, callando sólo lo que debía, por los mares dudosos, por las inquietas ciudades haitianas y su vapor hospitalario, por las casas campestres del bravo isleño Montesino, y de Alvarez y Coll y Massenet, al hogar heroico de Máximo Gómez, que pintó con colores de verdadero enamorado, a la hacienda donde trabaja, íntegro y juvenil, el guerrero incapaz de mancillar con el interés la grandeza excepcional de su corazón. Uno a uno apretamos la mano de aquellos cubanos valiosos, de cuya vida difícil y ejemplar prepara el Delegado, por agradecimiento de él y esperanza de Cuba, una memoria escrita. Y de enseñanza en enseñanza, estudiando fenómenos sociales y buscando la causa de los males políticos, hundiendo el brazo hasta el hombro en la verdad desnuda de las repúblicas, fuimos, sin que el Delegado nos dijera de sí más que lo que se relacionaba estrictamente con la patria, de la pensadora Santiago a la ciudad amada de Santo Domingo; del mérito y bondad de los dominicanos, que puso por sobre su cabeza...

Huelga decir que es Martí el que habla. Siempre habla así, en *Patria*, cuando se trata de él.⁽²⁹⁾

El viaje a Santo Domingo tiene tal importancia para la causa de Cuba, que el Apóstol sale a visitar las importantes colonias cubanas de Tampa y Cayo Hueso, con el propósito de comunicarles las impresiones de su jornada, tan ardua como fecunda. *Patria* da cuenta de ello en este suelto del 12 de noviembre, bajo el título de *El delegado en viaje*:

Para Tampa y Cayo Hueso salió el activo Delegado del Partido Revo-

(29) *Patria*, N.Y., 1 nov. 1892.



lucionario Cubano, don José Martí, en la tarde del sábado 7 del corriente.⁽³⁰⁾

Mensajero elocuente de felices nuevas, va con los brazos abiertos y el corazón henchido de júbilo, a decir a esas patrióticas emigraciones cubanas cómo sienten y cómo piensan sus hermanos de Haití, Santo Domingo y Jamaica.

Y al exponer, en períodos arrebatadores, la vida afanosa, pero digna, que hacen los compatriotas irreductibles, que prefieren vivir en la agonía del destierro pundonoroso, mejor que en la abyecta pasividad de la patria esclavizada; al exponer cómo las manos se estrechaban, y los corazones palpitaban de gozo, y los ojos se llenaban de luz, al simple anuncio de que la obra hermosa está para recomenzarse; al delinear los caracteres salientes que encontró a su paso, y que saludaban en él, con adhesión y respeto, a la idea reivindicadora; al trazar, con inspirado entusiasmo, el bosquejo armónico de la familia que alienta en el deber patriótico, y en la cual hasta los niños quieren ser héroes, porque reciben inspiración del que es el centro de ella, de Máximo Gómez; al hablar de los buenos, de los esforzados de Jamaica, entre los cuales vive respetada, como la madre de los Gracos, y como ésta dispuesta siempre al sacrificio de los seres queridos por salvar la patria, la consorte digna de Antonio Maceo, que en arranque nobilísimo ratifica por su esposo, ausente en Costa Rica, la fe jurada a la revolución, y por último, al abarcar en una ojeada sombría, como la desesperación de una madre, las costas de Cuba, que divisaba entre brumas desde el vapor que lo devolvía a New York, y que eran las únicas que no podía visitar *por entonces*, por más que el corazón y los ojos se les iban tras de ellas, no habrá, estamos seguros de ello, ni en Tampa ni en Cayo Hueso, quien no se ponga de pie arrebatado por la espontaneidad sublime de las grandes ocasiones, y pregunte: "¿Cuándo empezamos?"

Pero, según una frase árabe, *el silencio es oro*.

Que alcance, pues, nuestro Delegado en el seno de esas emigraciones

(30) En la sesión del 11 de noviembre de 1892, de la Convención Cubana de Key West, Martí dió "cuenta de su entrevista con el caudillo venerado y aclamado por todos y en quien todos tenían fija la atención y cifrada la esperanza, y el cual, a su solicitud para que ocupara el puesto que le designaba la ansiedad patriótica de núcleos de cubanos y la opinión popular, había contestado en los términos siguientes: (aquí la carta del General, del 15 de sept., leída por Martí). La lectura de tan interesante carta causó regocijo grande entre los asistentes al acto, aprovechando Martí aquel momento de entusiasmo para entrar en altas e importantes consideraciones acerca de los trabajos patrióticos que se estaban llevando a cabo..." (Del interesante discurso del Capitán Joaquín Llaverías, *Martí en el Archivo Nacional*, La Habana, 1945.)



PRIMER VIAJE

amigas, todas las satisfacciones que se merece y que retorne pronto con la satisfacción de ver colmados todos sus deseos.⁽³¹⁾

Esta visita a las colonias cubanas las realiza Martí con gozo inusitado. Todo cuanto dice de Santo Domingo, todo cuanto ha hecho con tantos desvelos, puede reducirse a cinco palabras bastantes para que haya fe en el triunfo de su causa: *Gómez volverá a la pelea.*



(31) *Patria*, 12 nov. 1892.

SEGUNDO VIAJE

EN MONTE CRISTI

La visita de Martí a Quisqueya le trasmitió nuevo impulso a los trabajos revolucionarios. De Cuba recibíanse, en los núcleos de la emigración, halagüeñas noticias: la simiente de la revolución crecía lozana en la Isla, a los ojos de los dominadores, a veces recelosos pero siempre confiados en que su fuerza aplastaría cualquier intento de insurrección.

La lucha, empero, no estaba exenta de dificultades para el genio político de Martí: era necesario contener los exaltados ánimos de los patriotas para evitar imprevisiones y urgía remover los mil obstáculos que a diario se presentan en las grandes empresas. Para todo ello necesitaba Martí la opinión y la participación del general Gómez, convertido en su oráculo desde 1892. En su carta del 6 de mayo de 1893, desde Key West, le explica los graves problemas que ha de resolver y le anuncia su viaje a Monte Cristi: "No puede tener idea de mi vida... La fuerza entera he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al Gobierno español... Usted y su casa han vivido conmigo. Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver... Voy a usted, como si lo hubiera visto ayer, seguro de que fué ayer cuando lo vi a usted, y anheloso de verlo otra vez en el rancho histórico para mí, y de verle la gloria de su casa." Y cierto que Martí debía cuidarse del Gobierno español, y de la eficacia del espionaje, pues el 29 de mayo el Cónsul de España en Santo Domingo recibía de La Habana un cable cifrado que decía:

Martí va ahí a tratar con Máximo Gómez en esa. Es conveniente



vigilarlos mucho en donde se hallen. Averigüe si puede sus proyectos comunicándome sin demora su salida de cualquier punto que sea y su dirección. *Arias*.

El 26 de mayo sale hacia Monte Cristi, a donde llega el 3 de junio. Son tres intensos días de conversación con el viejo Gómez: le rinde informe de los trabajos preparatorios para el alzamiento en Cuba y del buen espíritu de la Isla. Ambos acuerdan la forma en que había de auxiliarse la revolución tan pronto como estallara en Cuba.

En nombre de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano que representaba, Martí invistió al guerrero dominicano con los poderes de General en Jefe del Ejército de Cuba libre. Con ese carácter se dirigió Gómez, en seguida, a todos los veteranos de la guerra del decenio emigrados o residentes en la isla de Cuba, advirtiéndoles de la inminencia de la guerra y concitándolos a prepararse para la lucha. El día 5, regresó Martí a New York, vía Centroamérica. De Monte Cristi parte en un bote acompañado por su amigo dominicano don Emiliano Aybar.

Al día siguiente está Martí en Cabo Haitiano desde donde le escribe al General:

No le quiero escribir. Lo que llevo en el alma, no cabe en palabras. Véame siempre a su lado, que lo envuelvo en mi corazón. Si quiere saber de mí, pregúntelo a sus hijos. Déjeme callar. Ahora a hacer lo que falta. El cuerpo flojo, y Dellundé, bueno. El sábado salgo. Escribo a Guelito lo que debo, y lo que conviene. Todo protege y guía... Yo, merced a la grandeza de usted, llevo en el alma uno de los goces más limpios del mundo. Protéjame con su pensamiento, y no deje que me olviden en su casa.

También le escribe desde el Cabo a Sotero Figueroa:

De salud no voy bien, pero llevo en el alma cuanta alegría puede dar a un hombre bueno el trato íntimo en momentos de fundación, con la absoluta grandeza de los demás. Vengo de días históricos, y sigo en ellos. Mis deseos y proyectos han sido plenamente realizados. Mi fe en la estabilidad y gloria de nuestra nación es absoluta.



Al día siguiente, sábado 10 de junio, sale del Cabo en un barco que le lleva a Puerto Príncipe, donde se encuentra con su compatriota Juan Massó Parra, a quien había visto allí en 1892.

Ya en New York, el 25 de julio le escribe a Serafín Sánchez:

Lo primero que debo pensar es que todo queda, en plan general, detalles y personas, acordado con Gómez, sin un ápice de discrepancia, ni más demora que la precisa para terminar la organización de Oriente... De Gómez vengo enamorado y no puedo recordarlo sin ternura... En los tres días, Gómez y yo dormimos tres horas.

En su extensa carta del 29 de agosto, al "Chino Viejo", le da cuenta de su largo viaje por Haití y Centroamérica hasta Nueva York. Acaba de salir de Monte Cristi y ya le dice al General: "Yo mismo quisiera ser la carta, porque es mucho lo que tengo que decir." En ella le habla de Juan Massó Parra:

A mi paso por Haití, vi con mis ojos que sería imprudente fiar la muy delicada misión que le preparábamos a Massó y me abstuve de poner en sus manos la orden de usted. Ni el estado de ánimo de Massó, muy preocupado con luchas personales suyas, ni su actitud hostil respecto de Heureaux después de una cesión de armas nuestras, unos quince rifles, a sus enemigos, lo hacían, aparte de otras razones, propio para las funciones que él comenzó a aceptar, pero que no llegué a detallarle yo. Y seguí a Costa Rica. Era allí mi principal objeto poner en conocimiento del General Maceo las instrucciones que de usted le llevaba, y el espíritu de cordialidad y porvenir que mueve esto que hacemos.

Acompaña a la extensa misiva un ejemplar de *Patria*, del 26 de agosto, con su artículo *El General Gómez*. "Mi carta verdadera—le dice al soldado—está en esas líneas impresas que para usted me saqué el corazón." En ellas habla de la visita que acaba de hacerle:

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con



las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose a los halagos fraternales de los montecristeños, dió el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombres pocas veces, a un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir a Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado... Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar; tenía las piernas apretadas en cruz y el cuerpo encogido, como quien se repliega antes de acometer; las manos, las tuvo quietas; una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos; y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

En carta del 16 de noviembre le habla a José Dolores Poyo acerca de los preparativos de la guerra y la importancia del general Gómez: "Pero al país hemos llevado, con pleno derecho, el nombre de Gómez, que es todo un ofrecimiento y parte principal de un contrato tácito, y no podría yo intentar sobre él una guerra que en él ve una entidad principal, y se trama contando con ella." Y en carta que escribió más tarde, dirigida al Presidente del Club *Diez de Octubre*, de Puerto Plata, le explicaba: "El segundo viaje a Monte Cristi fue una simple visita de consulta al general Máximo Gómez."

Mientras los hombres luchan y conspiran en torno de Martí, quien extiende hacia todos su mano amable, la mujer se aparta de sus afanes y ensueños naturales para prestarle su concurso a la irredimida patria. No había sido ineficaz la prédica de su viaje a la ciudad de Santo Domingo un año antes: en corazonces de mujer también había quedado ardiente y viva su palabra. El 4 de julio de 1893, pocos días después de la estada de Martí en Monte Cristi, se constituyó en la capital dominicana, en el hogar del cubano don Carlos Portuondo, la Sociedad Política Cubana *Hijas de Hatuey*, de fecunda y noble vida. Desde entonces mantuvo correspondencia con



Martí, que fué su miembro de honor; contribuyó con sus fondos a la expedición de Monte Cristi y encarnó, hasta el final de la guerra, el patriotismo efectivo, el amor a Cuba, de cubanas y dominicanas convertidas en afanosas obreras de la causa. Fué concurso muy apreciado por Martí, particularmente porque venía de manos de mujer, “vara de mago —decía— que aparta buhos y sierpes, y ojos de Midas, que trueca todo en oro”.⁽³²⁾

EL GENERAL GOMEZ EN NUEVA YORK

La correspondencia de Martí a Gómez, a Maceo, a Poyo, a Serafín Sánchez, más extensa y frecuente desde mediados de 1893, delata una angustiada impaciencia en el Apóstol, exacerbada por la madurez y parquedad en las determinaciones del General, que más que nadie sabía lo que significaban, en la guerra, los entusiasmos y las imprevisiones. El General ha dado su palabra, pero no irá a Cuba hasta no tener en las manos, lista y segura para la marcha, la complicada máquina de la revolución. Cree en Martí; pero más cree en sus propios ojos. Es un hombre de conciencia: desorbitado para blandir la espada en la demencia de la pelea, pero reflexivo y cauto para desvenaiarla.

En su carta del 23 de noviembre le dice Martí: “¿No cree usted, general, que... es hora de que caigamos sobre el país...? Pero yo, considero la situación oportunísima. ¡Y tengo que esperar un mes a que usted de allá me diga simplemente su respuesta escrita, un mes precioso!... El correo se va y yo quisiera irme con él...” Al fin Martí recibe carta y órdenes del general Gómez. Se la entrega el dominicano Peña, de la casa de Juan Isidro Jimenes en Nueva York. Al día siguiente, 4 de enero de 1894, Martí le responde “en la escalera casi de la casa de Jimenes”. Toda la impaciencia de Martí se ha con-

(32) En capítulo aparte, en que se incluyen dos cartas de Martí, se trata de las actividades de las *Hijas de Hatuey*.



vertido, por obra de la carta del General, en fe en el soldado que le trasmite las instrucciones para el alzamiento a que está decidido. Gómez le avisa que le envía como emisario a Paquito Borrero y Martí le responde: “Venga, a estos brazos hermanos, Francisco Borrero.” “A J. Rafael Aguilar, del club *Diez de Octubre* de Puerto Plata—agrega Martí—digo por cable que ponga a la orden de usted todos sus fondos.”

Martí continúa exponiéndole la situación al General, en largas cartas. En la del 24 de marzo le habla de nueva entrevista para la preparación del alzamiento. “Esa es mi ansia de que nos veamos.” Y tratar de disuadir al General de su proyectada visita a Nueva York. Le dice que ese viaje es inconveniente y que es él quien debe ir a Monte Cristi.

Yo me echo al camino y paro en *La Reforma*. Lo veo, arreglamos, y vuelvo. Eso sólo haría, a menos que usted no creyese allá prudente hacer otra cosa, o que viera yo a Lili, ahora que está allí el afectuoso Guelito. De mi viaje a allá, veo la ventaja de que no será de tan riesgosas consecuencias, porque paso como hombre de chupetín, que ya ha ido allá dos veces sin salir con la guerra debajo del brazo: y del de usted acá veo la desventaja de ser ya una declaración demasiado cercana, y el pretexto que en Cuba el gobierno anhela, y la posibilidad de que, cualquiera que sea el estado de las cosas hoy allí, fuese ya pública la situación de usted a la vuelta, y no pudiese usted obrar con el desembarazo con que hasta hoy.

En carta del mismo día, a Maceo, también le habla de los inconvenientes de un viaje suyo a Nueva York. Le dice que verá al general Gómez en la primera quincena de abril, y agrega:

El General Gómez se muestra muy contento, y por él, y por todos los demás, veo que a su alrededor está Santo Domingo muy activo, y —a diferencia de hace un año—favorable.

No obstante las advertencias de Martí, el General salió hacia Nueva York el día 2 de abril, en compañía de su hijo Panchito, en el vapor americano *State of Texas*. Descaba cerciorarse personalmente del estado de los trabajos revolu-



cionarios en el Norte y ponerse en contacto directo con Martí, en primer término, y con otros amigos. El día 8, fué recibido por Martí y por sus compañeros de afanes.

Fueron bien largas sus pláticas con el General, hasta el 21 de abril, en que regresó a Monte Cristi, acompañándole en el viaje su amigo don Francisco Carvajal, dominicano. En la tarde del 28, estaba en su hogar. Todos los planes de las proyectadas expediciones a Cuba, quedaban concertados. Martí le había pedido dejarle con él a su hijo Panchito, y el General le complació gustosamente. La permanencia de Panchito junto a Martí tenía una gran significación. El acuerdo a que habían llegado el Apóstol y el Guerrero era bien firme, pero convenía y era de gran efecto moral para la causa ver al hijo mayor del Guerrero viajando por los campamentos de la emigración “del brazo del Maestro”. “Panchito—dice Gerardo Castellanos—iba a ser guión del Caudillo.” Su sola presencia delataría, en noble forma, el patriotismo culminante de los dos adalides. Martí aprovecharía la extraordinaria ocasión en beneficio de la Patria, para que todos comprendieran, en presencia del “guión cubano-dominicano”, que en los momentos del peligro la unión es la que salva. “Ningún joven—dice Castellanos—estaba dotado de mejores aptitudes para esa misión de compenetración.”

No cesó Martí de elogiar a Panchito en sus cartas al General y a sus amigos. En carta a Gonzalo de Quesada, le decía: “Panchito me tiene enamorado... Hay genio en el niño. No gana amigos sólo con el alma andante de su padre que ahora es, sino por sí... es como si me hubieran devuelto al hijo que he perdido.” Durante algunos meses anduvieron juntos, por las colonias cubanas del sur de los Estados Unidos, Centroamérica y Jamaica. De allí pasaron a Nueva York, donde se despidieron: Martí hacia México y Panchito hacia Santo Domingo. El 10 de agosto de 1894 estaba en Monte Cristi.



DUARTE, GOMEZ, MARTI

En el exilio, en el campo de batalla y luego en la organización de la República recién creada gracias a su esfuerzo, Máximo Gómez no es, sin embargo, ciudadano desasido de las cosas de su patria. Ama su tierra natal, se duele de sus infortunios, piensa que es beneficioso crearle hermanos a su pueblo, sueña “con una ley que con muy insignificantes restricciones declarase lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre, que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa”, y reverencia profundamente a sus próceres. Rehusa ser Presidente de la República de Cuba, porque es dominicano; pero tampoco quiere serlo de la nuestra, a pesar de la insistente aspiración de sus conciudadanos. ¡He ahí su admirable dominicanismo!

En vísperas de la guerra a donde irá con riesgo de la vida, está en Nueva York, junto a Martí. A la sazón, mes de abril de 1894, en Santo Domingo se recolectan fondos para erigir la estatua del fundador de la República, Juan Pablo Duarte. El General hace un paréntesis en los trabajos revolucionarios para escribirle al director de *Patria*, a José Martí:

Señor Director de *Patria*:

Confiando en la bondad de usted, me permito rogarle se sirva insertar en su periódico las siguientes líneas, y acepte el testimonio anticipado de mi agradecimiento.

Todos los pueblos de la América libre tienen simbolizado en un nombre los esfuerzos, la abnegación y los sacrificios que les costó su emancipación de la metrópoli europea a que estuvieron mucho tiempo sometidos. Washington simboliza la independencia de la república del Norte, el cura Hidalgo simboliza la independencia de Méjico, Bolívar y San Martín la de las repúblicas hispanoamericanas del Sur.

En todos esos países se han alzado monumentos a eternizar el recuerdo de sus libertadores, como tributo de justicia que se les debe. Por eso hoy la República Dominicana se propone pagar la deuda de gratitud que tiene contraída con el benemérito patricio que fundó su nacionalidad, y ha resuelto erigir una estatua que perpetúe el nombre de Juan Pablo Duarte.

Yo que soy hijo de Santo Domingo, y que además experimento como



de marzo de 1895
a. 19. W

Pto Plata 24 Febrero de 1895

Nº 93.

Señor don
M de J. Quintana
Sto Domingo!

Muy Señor mio y amigo:

Por la presente tengo el gusto de confirmar a V. mi telegrama de ayer que espero habrá llegado a sus manos sin interrupción alguna, y participarle que acaban de conferenciar en Santiago los laborantes Martí, Máximo Gómez, Collado y Franc.º Borrero, teniendo lugar dichas reuniones en la casa de don Nicolás Ramírez, cubano, residente en aquella población.

Considerando de importancia las reuniones a que hago referencia, traté de conocer los propósitos que le movían a ellas, pudiendo obtener como resultado de mis indagaciones, que acarician la idea de llevar a cabo una expedición a Cuba que tendrá como punto de partida el puerto de San Lorenzo en la Bahía de Samaná, debiendo tener esta efecto en el mes de Abril y gestionará también en este asunto don Eleuterio Hatton residente en el mencionado puerto de San Lorenzo.

Tuella





Nicolás Ramírez.

religiosa veneración por todos los que en América han combatido por romper los hierros del coloniaje español, no puedo resistir al impulso que me mueve a invocar los nobles sentimientos de los patriotas cubanos, fuera y dentro de la isla, con la esperanza de que contribuyan con su óbolo a la suscripción que encabezo, destinada a aumentar los fondos que en Santo Domingo se colectan para llevar a cabo el pensamiento nacional de erigir a Juan Pablo Duarte una estatua digna de su memoria. Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria.

En usted saluda a todos los hijos de Cuba su amigo,

MÁXIMO GÓMEZ

Martí corresponde hermosa y prontamente a la invitación del General. Jamás dirá que son escasas las contribuciones destinadas a la guerra, ni que, con malos ojos verán algunos que se gaste en bronce o mármol el oro que no basta para pólvora y fusiles. A cubanos y puertorriqueños les pide “el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime y edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, y con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor”. La contestación de Martí es un admirable juicio del patriota esclarecido:

ADHESIÓN DE PATRIA

Y *Patria*, general, que en el valor de los hombres y en la lealtad de las mujeres ve erguida para siempre en la conciencia dominicana, por sobre tránsitos y apariencias, la vigilancia indómita con que alzó a su pueblo caído el fundador Duarte;

Patria, que lo contempla aún, creador sagaz iluminar con la palabra ardiente, acusada de ilusa y demagógica, a la juventud que en las humildades de *La Trinitaria* aprendió de él a desoír el viril consejo de la soberbia acomodada, o el miedo corruptor, que a la salud de la libertad, inquieta siempre en la niñez, prefieren las barraganías de la deshonra;

Patria, que lo ve urdir, con el poder de su consejo—y sin más brazos que la idea, madre de brazos—, la rebelión que, de una pechada de héroes, echó atrás al haitiano, tan grande cuando defendía su libertad como culpable cuando oprimía la ajena;

Patria, que ve aún, con el júbilo del alma hermana, encenderse en el aire el fagonazo del trabuco de Mella, y caer, en pie, a un pueblo inven-



cible, de los pliegues que desriza, abriéndose a la muerte, la bandera de Sánchez, allá en la Puerta del Conde famosa, en aquel día de las entrañas, el 27 de febrero;

Patria, que lo vió luego víctima de sus propios hijos, echado del poder, que era en sus manos como el arca de la república, y morir en la expatriación, triste y pobre, como servicio último a la patria, ante cuyos apetitos y desmayos se debe erguir la libertad, a fin de preservarse mejor, con la poesía del sacrificio;

Patria, con sus dos manos extendidas, pide a los cubanos y puertorriqueños su tributo para el monumento de Duarte: el tributo de los americanos a un mártir de la libertad que redime y edifica: el tributo de la gratitud de los cubanos a la patria de los héroes que cargaron su cruz en el hombro ensangrentado, y con el casco de sus caballos fueron marcando en Cuba el camino del honor.

Patria, en su próximo número, abre la lista del tributo al monumento a Duarte.⁽³³⁾

El Maestro no se limita a escribir tan bella página. Empeñado en complacer al General, que está camino de Monte Cristi, le escribe a Gonzalo de Quesada, su colaborador en la redacción de *Patria*: “Un favor le he de pedir. El General debe ver antes de irse una buena lista a Duarte. Una columna al menos. Póngase desde esta tarde en campaña: no se me vaya a acostar, como después de ese tentador Brunet; y a ver cuántos nombres me lleva a la imprenta mañana. Ya caen ofrendas de afuera... No importa tanto, en ciertas cosas, el montante, sino el número visible de simpatías.”

No era la primera vez que Martí hablaba de Juan Pablo Duarte, par en virtud y patriotismo, que ya lo había hecho antes al exultar a “los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a los pueblos de América que aún lloran por su libertad”.

Más tarde, Martí le escribe a Serafín Sánchez, compadre de Máximo Gómez: “¿Me dirige esas dos cartas? Son del

(33) La carta del General Gómez y la Adhesión de *Patria* se publicaron en el mismo periódico en su edición del 17 de abril. Ambos escritos fueron reproducidos por Henríquez y Carvajal en *Letras y Ciencias*, S.D., No. 14, del 14 de mayo de 1894. El General Gómez publicó otro escrito, consagrado a Duarte, en *El Monsecristeño*, M.C., No. 54, del 1 sept. del mismo año.



General, sobre Duarte. Temía mandarlas, porque dicen de suspensión del proyecto. Pero vayan.” En carta del 25 de abril, a José González, le dice: “La carta de usted está ya respondida con la suscripción a Duarte: era para eso.”⁽³⁴⁾

El General había tomado como cosa de él, la erección de la estatua del ilustre prócer. Su dominicanismo y su admiración por el fundador de nuestra Patria, se sintetizaron en las sencillas palabras que dejó caer en el alma de Martí: “Mi gratitud será eterna para todos los que me ayuden en esta obra meritoria.”

DE MARTÍ A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

Ni aún en la ansiedad de su apremiante labor revolucionaria olvida Martí a sus amigos de Santo Domingo. La muerte de doña Carmita, la esposa de Federico Henríquez y Carvajal, le mueve a escribirle a su grande amigo del Ozama. Su carta es pésame y renovado recuerdo de su grata permanencia en la Ciudad de los Colones:

New York, julio de 1894.

Mi tierno amigo:

Al saltar de un viaje, y al estribo de otro, y sin más que un minuto descortés, recibo—con la primera noticia de la desaparición de su delicada compañera—la carta en que me reprocha mi silencio—que en verdad no me reprocha usted—y me habla de su hermano.

De su mujer, yo diré lo que recuerdo, y la amistad y dicha de su casa, porque lo vi, y lo tengo en el alma agradecida, y lo quiero decir: hablaré de aquellos ojos compasivos, de la vasta sala, de la mesa de fiesta, de las blancas paredes...

De su hermano, cuanto él quiera y yo sepa, tanto haré.⁽³⁵⁾

⁽³⁴⁾ En carta del 4 de mayo, a Gonzalo de Quesada, decía Serafín Sánchez: “Ahora empezamos aquí la suscripción sobre el monumento de Duarte, interesándonos todos en él por muchas razones y entre todas la muy especial de ser el General Gómez el iniciador del pensamiento entre nosotros los cubanos; no iremos muy de prisa para hacer lo más que podamos en bien de esa digna obra americana.” (*Archivo de Gonzalo de Quesada*, La Habana, 1951, vol. II, p. 253.)

⁽³⁵⁾ Refiérese al General Manuel A. Henríquez y Carvajal.



De mí, véame, y ámeme, porque le estoy labrando, amigo del alma, la patria común. Seremos grandes. Aún lo verá usted con sus ojos. Junte cuanto esfuerzo pueda, y échelo en seguida, e inmediatamente, en los brazos de nuestro General.⁽³⁶⁾ Por Cuba va a cuajar la emancipación de la América.

Déjeme abrazarlo, y a sus hijos, y a su hermano,⁽³⁷⁾ y ponerme a los pies de Salomé, y sentarme en silencio con los amigos.⁽³⁸⁾

Ya se me va el vapor... ¿Cómo mover la pluma mientras me posea esta ansiedad mortal? No sería sincero.

Y a usted, Federico, le sé de memoria la generosidad incansable, la cultura exquisita, la rebeldía callada, el tremendo dolor!

Vea un alma hermana en su

JOSÉ MARTÍ

VISPERAS DE LA REVOLUCION

Desde el retorno del General a Monte Cristi, los afanes revolucionarios de Martí se reduplican obligándole a constante viajar y escribir sin tregua ni descanso. *Patria*, todo, es él, desde el editorial solemne hasta la gacetilla noticiosa, no obstante la eficaz ayuda de Gonzalo de Quesada y de Benjamín Guerra. “La situación se nos viene encima, y Gómez me vino a ver”, le dice desde Nueva Orleans, el 30 de mayo, a su amigo José María Izaguirre. Al día siguiente le escribe al General acerca de las premuras de los preparativos de guerra: le dice que tiene a Panchito frente a él, que no consiente en verle padecer “sin que le dé su parte de pena y de fatiga”. Le hace, al padre, el más extraordinario elogio del hijo: “Del regazo de ustedes ha salido este niño a muchedumbres de hombres... No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones.” Una tras otra van las cartas de Martí al General, cada vez más largas y pre-

(36) Máximo Gómez.

(37) El Dr. Francisco Henríquez y Carvajal.

(38) En artículo publicado en *Letras y Ciencias*, No. 21, de mayo de 1897, Emilio Prud'homme se refiere a elogios de Martí a José Jaquín Pérez y a la excelsa poetisa educadora Salomé Ureña de Henríquez.



miosas. No vacila en declararle su inquietud, porque, dice, “yo no tengo paz para nada mientras me falte una paja de las que tenga que poner en el haz”. Donde hay dominicanos tiene servidores. En su carta del 8 de septiembre le habla de envío de fondos: “Lo mejor, hasta este instante—porque aún no llega el jefe de la casa de Jimenes con quien hablé— es enviar la suma en oro a Chuchú... Sale en la *Patria* siguiente la carta útil a Peña. Escribo a F. Henríquez.”

En los últimos meses del año crece la actividad revolucionaria. Presurosos emisarios van, desde Cuba, a Monte Cristi, y de allí, con órdenes del General a Martí, y otra vez a Cuba.⁽³⁹⁾ El 3 de noviembre Martí le avisa a Maceo: “Después de mi última a usted, vino aquí Bernardo Sánchez, que acaba de irse para Santo Domingo, a estarse en Macorís... Del Camagüey fué a Gómez un comisionado, Alejandro Rodríguez, que a mí me ha hecho la impresión de haber intentado, en beneficio de los azucareros, demorar la guerra, pero Gómez lo ha devuelto con instrucciones terminantes, que yo reiteraré tras él, y ya le sigue persona de empuje, que desvanecerá, en bien de la situación general, cualquier confusión que pudiera haber.” En otra carta a Maceo, del 23, en lugar de escribir Máximo Gómez le llama Santo Domingo: “Santo Domingo me avisa... Santo Domingo sale al paso de esto...”

Por su parte, el general Gómez se mueve activamente dando sus últimas órdenes para la acción inmediata. “Ya sabe usted que decididamente me he puesto al lado de Martí”, le escribe a Domingo Figuerola Caneda. En los campos de Cuba ya se espera la señal del alzamiento; ya están los barcos prestos a zarpar: el *Amadís*, el *Lagonda* y

(39) En carta del 10 de septiembre de 1895, a Gonzalo de Quesada, decía Serafín Sánchez: “Me prometo mucho y bueno de la entrevista indispensable entre Martí y el Viejo Héroe de Naranjo y las Guásimas, después de esa entrevista en la que se acordarán vastos y positivos planes, nuestra gestión presente habrá ganado un ciento por ciento en su avance revolucionario; así lo espero yo que conozco esas cosas y la verdadera situación de Cuba.”



el *Baracoa*, con mil rifles cada uno y cartuchos y equipos. Uno, al mando de Martí, iría a Santo Domingo en busca de Máximo Gómez, que con trescientos hombres desembarcaría en Santa Cruz del Sur; otro saldría de Costa Rica, al mando de los generales Maceo y Flor Crombet, con jefes orientales; y el tercero, al mando de los generales Carlos Roloff y Serafín Sánchez, iría de la Florida a Las Villas.

Infelizmente, ocurre un grave trastorno. Por impericias del coronel López de Queraltó fracasa la expedición, preparada por Martí. Sus angustias, enero de 1895, son las mayores de su vida. Preocupábale que la noticia de ese revés fuera motivo para que el general Gómez se negara a venir a Cuba en malas condiciones, pero Mayía Rodríguez y Enrique Collazo le alentaron asegurándole que el viejo General desembarcaría en las costas de Cuba cualesquiera que fuesen las condiciones y circunstancias del desembarco. Así recupera los perdidos ánimos y quiere correr hacia Monte Cristi. “Vuelo a ver a Máximo Gómez”, le dice a Juan Gualberto Gómez. El 14 de enero apuntó el General en su *Diario*: “Recibo este telegrama alarmante: *Imposible negocio, espéreme*; es Martí.”

El día 29 expide Martí la orden de insurrección a los patriotas que aguardan en Cuba, suscrita por Mayía Rodríguez, a nombre del General, por Enrique Collazo y por él mismo. El 31 de enero, le escribe a Maceo: “Llegan cartas tales de Cuba, que—sea cualquiera la labor que interrumpa—salgo con Mayía, lleno de brío y justa fe, para Santo Domingo.”



TERCER VIAJE

EN MONTE CRISTI

El 31 de enero, en el vapor *Atlas* y en compañía de Mayía Rodríguez, de Enrique Collazo y de Manuel Mantilla, José Martí se despide de Nueva York. Los que van a darle el adiós no piensan, tal vez, que es el último. El 6 de febrero arriban a Cabo Haitiano. Al oscurecer del mismo día embarcan en un bote rumbo a Monte Cristi, llevando consigo a Angel Guerra, quien se les había incorporado. Al amanecer, día 7, están en Monte Cristi, donde el general Gómez aguarda impaciente.

Luego de informar ampliamente al general Gómez acerca del fracaso de Fernandina, mientras Mayía sigue hacia Santo Domingo, Martí, Gómez y Collazo se dedican a buscar la salida de la grave situación, por demás angustiada, dados los escasos recursos disponibles. Como solución inmediata se resuelve pasar a La Vega a entrevistarse con Eleuterio Hatton, encargado del movimiento separatista en Samaná, hombre decidido y siempre activo en toda ayuda a la causa.

EN SANTIAGO Y LA VEGA ^(39a)

El día 12, muy de mañana, salen el General, Martí y Collazo hacia La Reforma, donde pasan la noche y al día

^(39a) En la siguiente carta, de Panchito Gómez, hay noticias de la salida de Gómez y de Martí hacia Santiago y La Vega: "Montecristy, 16 Feb. de 1895. Sr. Gonzalo de Quesada. New York. Mi Gonzalo querido: Tenemos al Maestro a nuestro lado, y estamos muy contentos a pesar de todo: no hemos de dejarnos



siguiente, de madrugada, salen para Santiago, llegando el mismo día y alojándose en casa de Nicolás Ramírez. Ahí aguardan aviso de Hatton para ir a encontrarle en La Vega. El sábado 15, en la noche, llegan Paquito Borrero y su sobrino Pablo, de Puerto Plata, y se les unen.⁽⁴⁰⁾

Martí aprovecha su estada en Santiago. Escribe en casa de Nicolás Ramírez y en la casa de campo de Manuel Boitel parte de sus *Apuntes de un viaje*. Se relaciona con dominicanos y cubanos; y visita el Centro de Recreo, donde le improvisan una animada recepción.⁽⁴¹⁾

El lunes 18, de madrugada, Martí y sus compañeros salen hacia El Hatico, cercanías de La Vega, donde se entrevistan con Hatton. Todo queda combinado allí para salir de Samaná, lo más pronto, en una goleta, sólo con algunos hom-

(40) Enrique Collazo, figura importante en las últimas actividades bálticas de Martí, a quien acompañó en su viaje de Nueva York a Monte Cristi y a Santiago de los Caballeros en 1895, da interesantes noticias de esa jornada—de Martí, de Gómez, de Mavía Rodríguez, de él mismo y de otros patriotas—, en sus valiosas obras *Cuba independiente* (La Habana, 1900) y *Cuba heroica* (La Habana, 1912).

(41) *La Prensa*, de Santiago, del lunes 18 de febrero de 1895, decía: "*En el Centro*.—Ayer tarde, según informes, se bailó en el Centro de Recreo, con música de piano y flauta..." Eran días de Carnaval. Martí recibió en Santiago cable de Nueva York indicando que todas las órdenes de insurrección habían llegado a sus destinos; que la fecha señalada para el levantamiento era el 24 de febrero; y un cablegrama de Juan Gualberto Gómez que decía: *Giros aceptados*. lo que significaba que todo estaba dispuesto para la revuelta. El General Gómez actuó de inmediato dirigiendo algunas comunicaciones a Cuba.

vencer. Mayía salió para la capital, Sto. Domingo; Collazo, Papá y el Maestro fueron hace dos días a Santiago; Manuelito (Mantilla) se ha quedado en casa hasta la vuelta de Santiago de los demás. Fué muy precipitado el viaje y la estada aquí afanosa, por eso no les escribe Martí a esta hora en que sale el "New York". Ha llegado su cable a Poloney: "Recommend, etc.", estando en camino Papá y Martí y Collazo; pero yo he de saber su llegada a Santiago por alambre y telegrafiaré en seguida el cable según instrucciones que tengo. La contesta irá por eso atrasada. Salúdeme afectuosamente a Carmita y familia. Recuerdos para el Doctor y Angelina, y abrazos a Ud. y a la baby, besos van de *Fco. Gómez Toro*." (Esta carta, así como otras dos de Panchito, del 5 de abril y 3 de mayo de 1895, proceden de la valiosa obra *Archivo de Gonzalo de Quesada...*, vol. I, publicado por el ilustre martiano Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda.)



bres. Se resuelve que Hatton parta hacia Nueva York, y así le avisa Martí a Gonzalo de Quesada en la siguiente escuela:

La Vega, 18 de febrero de 1895.

Sr. Gonzalo de Quesada,
Secretario de la Delegación,
349 W. 46th St., New York.

Mi amigo muy querido:

Con comisión especial, y sólo fiable a hombres de su mérito, va a esa ciudad, a concertar detalles con Tesorería, nuestro noble amigo el señor Eleuterio Hatton. El merece nuestra mayor estimación, y yo ruego a usted que en todo se la muestre, en lo oficial y en lo privado. Pocos hombres hay de su generosidad y reserva.

Saluda a V. muy afectuosamente,

El Delegado

JOSÉ MARTÍ⁽⁴²⁾

De regreso en Santiago, antes de partir hacia Monte Cristi, Martí atiende a su correspondencia: le escribe a Maricusa—María Mantilla—, a José Dolores Poyo. A Gonzalo le da importantes instrucciones:

Santiago de los Caballeros, 19 febrero, 1895.

Mi Gonzalo querido:

Montamos a caballo en Montecristi el 11 de este mes, por caminos y a jornadas que no nos permitieron escribir por el New York: pero ahora, de vuelta a Montecristi, y con el corazón ya más ligero, nos detenemos unas cuantas horas en Santiago, para escribirles por Puerto Plata, y seguir viaje. Lo primero, y lo mayor, es esto: por error de concepto,

(42) Hatton, afiliado al Partido Revolucionario Cubano desde la primera visita de Martí a Santo Domingo en 1892, estuvo en Santiago hacia el 20 de marzo de 1895, procedente de Puerto Plata. Era entonces Administrador de la Hacienda de frutos de Sabana de la Mar. Hatton sostuvo una copiosa correspondencia con don Tomás Estrada Palma, de 1895 a 1897, desde Santo Domingo, San Isidro, Cabo Haitiano, Samana, Puerto Plata y Macorís. El primer subdelegado, en Santo Domingo, de la Delegación de Nueva York, fué Hatton. J. Eleuterio Hatton era hijo de un ingeniero inglés casado con una cubana, fallecido en Santo Domingo. El excelente amigo de la causa cubana murió en Barahona en 1924. Hijo suyo es el conocido deportista dominicano Frank Hatton. (La carta transcrita figura en *Papeles de Martí...*, vol. II, p. 59.)



imposible de desarraigar, prefiriendo la sucesión en los dos golpes a la conjunción de ellos, que preferiría yo, podía peligrar nuestra obra o demorarse, si por irresolución, o temor, o consecuencia de ese error de concepto, demora la Isla; pero, a esta hora ya, y vadeadas desde aquí en todo lo posible las dificultades de la distancia, y de las formas necesarias para la confianza plena del interior, y del sigilo acá, no parece que—si encaja bien, como espero, la remesa ahí pedida por cable—deba haber aquí dificultad ni tardanza. Compuesto ya a esta fecha lo necesario a este fin—y por dos lados, contra el caso improbable de fallo en uno—, volvemos a Montecristi, a aguardar de ustedes y de Cuba. Acaso yo, para despistar—sin miramiento por mi cuerpo—, me eche al camino otra vez, luego de asegurado lo que pende aún, para una visita a la capital: cinco días a caballo. Si no, escribiré tendido en Montecristi, que será lo mejor, para dejar afuera bien abiertos los caminos por donde deben vaciarse, fáciles y crecientes, los recursos, y el modo de emplearlos con seguridad periódica, cuyo servicio queda ya casi enteramente organizado. De aquí, eso es la sustancia. ¿Y de allá?

Le hablaré de los cablegramas. El del miércoles 13: *Ready etc.*, en respuesta al mío. El encargo, sólo llegó a mis manos en Santiago el domingo por la mañana, cuando yo, muy ansioso, me preparaba, a pesar de los riesgos del caso, a pedirles acuse de recibo: pero como en ese cablegrama me pedían en la 4 palabra, o me pareció, que me pedían instrucciones que yo había dejado en 2° cable de M. Cristi para aligerar el 1°, creí que, por cualquier causa indescifrable—por esto que de aquí sin denuncia no podemos usar el telégrafo interior—no habían puesto a ustedes el 2° cablegrama, y decidí repetirlo: luego, por carta de M. Cristi, vi que el cable de ustedes estaba allí desde el miércoles; y que probablemente ya habían recibido, cuando la respuesta *Ready etc.* llegó a mí, el 2° cablegrama *Mausoleum P etc.* ¿Ahora hallaré en Montecristi de ustedes el anuncio de la entrega? Lo anhelo. Ayer martes pudo salir de New York el *Clyde*. Así se anda, como ustedes han andado. El que no falla, convida y obliga a los demás a no fallar. Acá, no he hallado obstáculos, sino cariño, buena suma aún salvada, y voluntad y facilidad: hallaría obstáculo invencible, que por tanto no promuevo, en la idea, a mi juicio no desatendible, y esencial tal vez, de confluir lo nuestro con lo de adentro; pero no lo hallo, de ninguna especie visible, en irlo agrupando todo, de modo que esté a punto de caer sobre la isla alzada. Y acá es todo difícil, porque cada paso crece y resuena: un comisionado importantísimo, que sale hoy a Cuba, no ha podido ir sin que por escrito lo diga así el General Gómez al gobernador, antes de que éste le concediese el pasaporte. Ayer fué un día hermoso, de buenas almas. Volví a abrazar



a Mayía⁽⁴³⁾, que no cesa, ni permite. Trabajamos bien, valió el viaje las 10 leguas de ida, y las de vuelta. Llegará allá el eco, con la visita—no muy inmediata—de un hombre bueno, de un eje. Y ayer fué cuando recibí el cablegrama de usted sobre Julio:⁽⁴⁴⁾ ¡con qué deseos espero carta de usted! He capeado, con la verdad como siempre, la dificultad que el cablegrama denuncia: respondí ya: *Resisbless, etc.: (Return commissioner assuring brother command reserved bim)*. Aquí incluyo carta a J. G.⁽⁴⁵⁾. Otras han ido por otras vías. Ese caso estaba previsto. Usted habrá mandado a Julio mis dos cartas, las que escribí por el camino a la venida. Prudencia sin desaire, con sincero propósito de confianza plena al fin. Ustedes por esa vía, nada concreto. Ni a nadie: a J. G.—si se sigue escribiendo (como que eso va escrito)—la indicación general, que encierra la realidad, y no la revele. Para Juan recibirá usted el otro cablegrama: *Tell Smith*.

Lo de Maceo,⁽⁴⁶⁾ sólo por cartas, cuando usted me cuente lo del magno viaje a la Florida, lo podré atender. Lo que el cable dice, es imposible e innecesario. No haya pena. Este es tiempo virtuoso, y hay que fundirse en él. Luego caerán sobre mí las venganzas. Bueno. El comerciante en poder compra del dinero público las simpatías venideras que lo deban encumbrar. Mi poder, invencible y humilde, no necesita de compras. Mientras más lo ofendan, mejor frorecerá. Está en desdeñar la autoridad mundana, en echármela al hombro cuando da sudor de muerte, en salir de ella huyendo, a vivir de mi pan, y a que me den ustedes un domingo de comer, entre Angelina y Aurora. Vea quién puede quitarme este título, sino el faltar a la obligación de hoy por ambiciones de mañana. Ya usted sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento: si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña; implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira: y en tener en usted un hijo. ¿Quién me quitará, en la pelea rabiosa de los hombres, ese tierno remanso? En esto como en todo, Gonzalo, cuando esto sea útil al país, y se nos pudiera acusar de quitarle un brazo bueno por el valor de un higo: pero no seremos aturridos ni precipitados.

(43) General José María Rodríguez.

(44) Julio Sanguily.

(45) Juan Gualberto Gómez.

(46) Antonio Maceo.



¿Qué más, que le interese? No pasa hora sin que hablemos de usted y de Benjamín, de Tomás Estrada⁽⁴⁷⁾ y de la casa de Carmita.⁽⁴⁸⁾ Acá todo es contento y fe en ustedes. ¿Y *Patria*? ¿Y las reuniones de N. York y Filadelfia? ¿Y el concierto? De todo, grande y pequeño, me traerá el *Clyde*. Yo, andando por los caminos, siento a veces que llevo más floja la brida en las manos: y es que me acuerdo de aquel último instante que vi pena de cosa mía en el rostro de Angelina, y calló Aurora en su hombro, como amorosa y sobrecogida, y le vi aún más nobleza al alma recta y entusiasta de Lucianita, y toda su amistad al corazón bueno del Doctor. No me lastime a Angelina, ni con una flor. Es raro en el mundo, y entre las mujeres de este mundo, hallar en tan pocos años, cualidades venerables. ¿La volveré a ver? Vamos de frente y acaso no vuelva; pero siento alrededor de mí su presencia benévola y pura.

Adiós ahora. Perdone, en nuestras cosas, cualquier falta ajena. Haga y perdone. Hacer, es el único modo eficaz de responder. Sólo empujan el ejemplo y el éxito. Vallas y la picardía, y magnífico silencio a los pícaros. Y a los arrepentidos, paz lenta y decorosa: ni la arrogancia del vencedor, ni la confianza sólo debida, en justicia y prudencia, a aquellos que no tienen culpa grave y voluntaria de qué arrepentirse. Por la piedad inmoderada suele entrar, en los hombres y en los pueblos, la desdicha.

Adiós de veras. Esta carta va de sermón porque un zapatero, que está disimulando unas suelas, me da media hora de respiro: y con usted se me pone el alma charlatana. ¿Toma Angelina su vino Delaroché? ¿Aurora pasea? ¿Dejó en Lucianita alguna buena memoria? ¿Merezco aún la defensa valiosa, y valerosa, de mi sincero Doctor? A usted, mi orgullo. Y mi encargo de que en nada se trasluzca mi actividad por estas tierras, o la posible utilidad de ella. Que crean que vuelvo. Nada ahora para nosotros—ni decirnos que nos queremos—porque va mejor sin decir, y porque no es nuestra ahora nuestra persona, y hablar de hablar de sí mismo parece un robo. Un grande cariño de su

JOSÉ MARTÍ

Urge la adjunta a Juan Gualberto Gómez (Para el vecino).
Concepción Román.
Sitios 95.

No está de más, por si ha habido algún trastorno, que, si el trastorno ha sido de nuestra parte ahí al embarque, diga que lo que deseé significar con mi 2° cable de M. Cristi, repetido en parte desde Santiago luego, fué que las cajas, bien disimuladas, debían marcarse con una P (Poloney) y

(47) Tomás Estrada Palma.

(48) Carmen Mantilla.



ser enviadas simplemente, sin necesidad de expresar remitente, o inventándolo, para evitar misterio, a la casa de Klindworth, para Mr. Poloney. El reside en M. Cristi, pero las cajas no vienen a M. Cristi. La casa sabe. Ojalá no haya habido trastorno. De Santiago no pude decir las señas de Klindworth, por no haberlas yo sabido nunca; las dejé en blanco, la *noche de salida* de Montecristi, para que al poner el cable las llenase al día siguiente. Lea todo esto a Benjamín, y él le leerá su carta. Allá van dos súplicas para los dos.

La carta a Gonzalo revela toda la urdimbre de complicaciones y el cúmulo de dificultades que había de vencer. Uno de sus compañeros de aquellos días, Pablito Borrero, sobrino de Paquito, relata con admirable exactitud su salida de Santiago, con Martí y Gómez, quienes le confiaron la importante misión que cumplió, en parte, porque al llegar a Cuba fué detenido y enviado a Ceuta. Su relato es ciertamente interesante:

En 1894 Martí tenía tres barcos para la expedición. El General Gómez me mandó a Caño Hondo para esperar con 60 hombres listos, uno de los vapores. Martí fracasó porque una caja de municiones en Nueva York se abrió y fué descubierto el movimiento preparativo. Entonces Gómez me escribió que disolviese la gente de Caño Hondo y pasara a Santiago. Vino Martí y se determinó que de cualquier modo había que ir a Cuba porque aquella gente estaba lista. Se me ordenó esperar el primer aviso. En febrero determinó Gómez mandarme a Cuba a sublevar la gente y esperarle. Salí de Santiago junto con José Martí, Paquito Borrero, el General Gómez y Enrique Collazo. Después de pasar el puente de Quinigua (inmediaciones de Santiago) accidentalmente venían Cosme Batlle (Vice-Cónsul de España en Puerto Plata, poderoso amigo de Lilís) y don Jorge Curiel, quienes nos vieron en una pulpería donde se habían desmontado a pasar una llovizna. Entonces el General Gómez le dijo a Martí, dirigiéndose a mí: *Si este muchacho va a Cuba embarcándose por Puerto Plata, lo fusilan*, porque Cosme, que era el Cónsul español, nos acababa de ver juntos.

En ese momento llegó Panchito Gómez con un cable de Nueva York dirigido por don Tomás Estrada Palma (debe ser Gonzalo de Quesada) y Benjamín Guerra diciéndole a Martí que se sublevaban en Cuba el día 24 de febrero. Y Martí le contestó al General: *Y si no se sublevan, ¿quién nos espera?* Entonces yo les dije: La vida de ustedes para Cuba vale



más que cien mías, así es que yo estoy determinado a cumplir la orden que se me dé. Pero Martí manifestó: *Bueno, vamos a llegar a Monte Cristi; desde allá te avisaré a Puerto Plata si sales o no sales, te pondré un telegrama que dirá así: Recibí carta, quiere decir que no salgas; si dice: Llegamos bien, debes salir para Cuba.* Pero no nos dimos cuenta que el vapor único que pasaba mensualmente se adelantaba dos días por el hecho de que el mes no traía más que 28 días.⁽⁴⁹⁾ Llegué aquí a Puerto Plata junto con mi tío el General Paquito Borrero y Martí siguió con Gómez, el General Collazo y Panchito para Monte Cristi.

Estando en Puerto Plata uno de los marinos fué a avisarme que el vapor español estaba en puerto y que no entraría porque tenía epidemia a bordo. Mi tío Paquito, al preguntarle qué hacía a falta de aviso de Martí, no quiso indicarme y me dejó la resolución a mí mismo. Sabiendo yo que para otra ocasión había que esperar un mes en cuyo tiempo ya Martí y Gómez y compañeros debían estar en Cuba, me determiné a embarcarme calculando que si no se habían sublevado en Cuba no podían más que reembarcarme o detenerme, y salí. Llegué a Santiago de Cuba y ya el Gobierno español tenía aviso de don Cosme de mi salida manifestándole que había salido un sobrino de Paquito Borrero, uno de los principales cabecillas separatistas, a quienes había visto junto en Santiago de los Caballeros con Gómez, Martí y Collazo.⁽⁵⁰⁾ Cuando yo llegué a Santiago de Cuba ya se había sublevado el pueblo. Fuí detenido y sometido a un consejo de guerra el cual me sentenció a veinte años de reclusión y al cabo de seis meses me enviaron a Ceuta (el 3 de septiembre de 1895) junto con Juan Gualberto Gómez, periodista, Arturo Primelli, Ignacio Lázaro, Agapito Antua, Elpidio Marín, Mariano Agüero y otros tres o cuatro que no recuerdo.⁽⁵¹⁾

⁽⁴⁹⁾ Exacto.

⁽⁵⁰⁾ Exacto. El 26 de febrero el Vice-Cónsul de España en Puerto Plata, don Cosme Batlle, le dirigió al Cónsul español en Santo Domingo, para ser retransmitido a Cuba, el telegrama siguiente: "Embarcóse vapor *Manuela* Pablo Borrero. Creo conveniente avisar autoridades Cuba. Destino Baracoa. Asistió reuniones Santiago (de los Caballeros)." Borrero recordaba haber hecho la travesía con el famoso Juan Gualberto Gómez: cuando éste logró salir de Ceuta, antes de pasar a París se refugió en Barcelona, donde se hacía pasar por "José García Ferrer, ingeniero dominicano".

⁽⁵¹⁾ Es lástima que Pablo Borrero fuese tan negado a relatar cuantas cosas sabía de Martí y cuanto había hecho y sufrido por Cuba. En su relato no hay una sola palabra acerca de su larga prisión y de sus desventuras sin cuento por el amor de su Patria. Ya libre volvió a su amada Puerto Plata, a las faenas del campo en que le conocimos. Sus interesantes referencias las obtuvimos por conducto de nuestro hermano Alonso Rodríguez Demorizi, con quien mantuvo muy buena amistad. Murió en Puerto Plata hace unos diez años. En el Archivo Nacional, La Habana, hemos examinado, gracias a complacencia de nuestro ilustre



RETORNO A MONTE CRISTI

El 26 de febrero, publica el *Listín Diario*, de Santo Domingo, la gran noticia: ha estallado la guerra en Cuba. El mismo día 26, Martí recibe en Monte Cristi el cable en que Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra le dicen: *Revolución en occidente y oriente*.

Para mayor complicación hay dificultades en la salida de Maceo hacia Cuba. Maceo pide una elevada suma, que no se tiene, mientras que Flor Crombet está dispuesto a sacar la expedición de Centroamérica con menor suma. Flor, desde Costa Rica, le dice a Martí: "Aunque en estas cosas nunca sobra dinero, no obstante, me parece mucho la suma que Maceo le pide." Y agrega: "Maceo aprobó mi plan con ligeras modificaciones." Siendo menos costoso el plan de Flor y siendo bien escaso el dinero disponible—pues no había llegado aún la ayuda de Lili—la única solución fué la contemplada por Martí y por Gómez. Pedirle a Maceo que salga con Crombet, su inferior en el escalafón, es cosa bien ardua. Sin embargo, Martí se decide a escribirle, con gran fortuna, la carta extraordinaria en que ha de hacer el mayor esfuerzo de persuasión:

Monte Cristi, 26 de febrero de 1895.

Sr. General Antonio Maceo:

Al General escribo hoy, aún más que al amigo: la guerra, a que estamos obligados, ha estallado en Cuba. Y a la vez que la noticia de ella, que por obedecer a nuestros anuncios y arreglos, nos revela su importancia, y nos llena de solemne deber, recibo de New York la confirmación

amigo el Capitán don Joaquín Llaverías, diversos documentos relativos a Borrero. Consta que fué remitido a España, a las prisiones de Ceuta, el 3 de septiembre de 1895, en el vapor *Cataluña*. El "delito de conspiración" fué contado a partir del 28 de febrero de 1895, día de su salida de Puerto Plata, hacia Santiago de Cuba, donde fué detenido. Era soltero, de 30 años de edad, natural de la citada ciudad de Santiago de Cuba. Su condena, 20 años de prisión, se extinguía el 6 de agosto de 1915, pero fué puesto en libertad pocos años después de 1895. Borrero se complacía en recordar su viaje a España con don Juan Gualberto Gómez, encarcelado por las mismas patrióticas causas.



de su declaración de usted, que a quien le conociese menos que yo parecería un obstáculo, injusto e imprevisto, pero que para mí no lo es. El patriotismo de usted que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza, por nuestra pobreza, bastante para nuestra obligación.

El vapor del Norte sale momentos después de recibidos estos cables, y mi resolución tiene que ser inmediata. Conociendo hombre por hombre la fuente de nuestros recursos, y seguros de que no tendríamos más de lo imprescindible, ni menos, una vez desviados nuestros vapores, escribí a usted a mi acelerada salida de New York, diciéndole que, ajustado con la Isla y a petición de ella el alzamiento, y teniendo presente lo que en Costa Rica vi, y traté con Flor y dije a usted, sobre los modos de ir, a su disposición, la suma de 2,000 pesos en oro, única que podría ofrecerle, para un plan de salida igual al que lleva al General Gómez y a mí. "Decidido" rogué a usted que me pusiera por cable, lo que quería decir que usted estaba dispuesto a ir con ese plan; pero el cable me decía a la vez que necesitaba seis mil pesos, suma hoy imposible de allegar. Y hoy, estallada ya la revolución en Cuba, recibo otra vez la noticia de que usted considera indispensable para su salida la suma de *cinco mil pesos oro*, suma que no se tiene, siendo así que se tiene en la mano la de dos mil, y está enfrente, ardiendo ya, la revolución en Cuba.

¿Qué hacer en este conflicto? Usted debe ir, con su alta representación y los valientes que están con usted, pero usted me dice una vez y otra, que requiere una suma que no se tiene. Y como la ida de usted y de sus compañeros es indispensable, en una cáscara o en un leviatán, y usted ya está embarcando, en cuanto le den la cáscara, y yo tengo de Flor Crombet la seguridad de que, con menos de la suma ofrecida, puede tentarse con éxito la salida de los pocos que de ahí pueden ir en una embarcación propia, decido que usted y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí a la expedición, dentro de los recursos posibles, porque si él tiene modo de que ustedes puedan arrancar de ahí con la suma que hay, ni usted ni yo debemos privar a Cuba del servicio que él puede prestar. Y él pondrá a las órdenes de usted la labor que usted me reitera que no pueda hacer en su San José sino por una suma hoy imposible, y que no puede quedarse sin hacer, cuando hay quien la echa sobre sí, por una suma que se tiene, y la pondrá hecha en manos de usted. Ahora, detalles, abnegación, abandono de todo, menos de la idea de subir al tren y a la mar, costo de los pocos de San José que deben bajar a la costa, olvido inmediato de las cosas tentadoras de la tierra, para lo cual se requiere más valor que para encararse al enemigo. ¿Cómo he de ponerme yo a hablar de estas cosas con usted? ¿a pedirle virtud? ¿a permitir que nadie dude de que la mostrará suprema? ¿a creer que hay en nadie más valor y desinterés que en usted? Cuba está en guerra, General. Se dice



esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para usted y lo sé yo. Que Flor, que lo tiene todo a mano, lo arregle todo como pueda. ¿Que de usted pudiera venirle el menor entorpecimiento? ¿De usted y Cuba en guerra? No me entrará ese veneno en el corazón. Flor tendrá sus modos. Del Norte irán las armas. Ya sólo se necesita encabezar. No vamos a preguntar, sino a responder. El Ejército está allá. La dirección puede ir en una uña. Esta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como le decimos a usted que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que usted, ni en el brío del corazón, ni en la magnanimidad y prudencia del carácter. Allá arréglese, pues, y hasta Oriente! Cree conocerle bien su amigo,

JOSÉ MARTÍ⁽⁵²⁾

En su carta de ese mismo día, 26 de febrero, a Gonzalo y a Benjamín, alude a la carta anterior y les da nuevas instrucciones:

(Montecristi) 26 de febrero (1895).

Gonzalo y Benjamín:

Les escribo a la vez si he de alcanzar el vapor de hoy, que ya les lleva mi carta—pálida e inútil—de hace unos tres días. Hoy recibimos el cablegrama de ustedes, en que no puedo leer más que estas palabras, que aún resplandecen ante mí: "Revolución en Occidente y en Oriente". Empezamos, pues: ahora a ayudar y rematar la obra. Acá, se está en lo que se debe. Abracémonos en el dintel, y querámonos ahora más que nunca. Lo hemos hecho, y aún me parece sueño. Recio, pues, y sin noche, sobre las mismas líneas: caridad, energía y vigilancia. A lo concreto, de hoy, que el tiempo pasa: ya respondo por cable a las consultas de ustedes:

(52) Don Pablo Borrero da la siguiente versión de la expedición Crombet-Maceo, en la que puede haber algunas inexactitudes, por fallas de la memoria, pero de la que conocería algo, sin duda, en las reuniones de Martí, Gómez, Collazo y su tío Paquito, de las que participó, en Santiago de los Caballeros: "Martí le entregó a Maceo \$6,000.00 para que estuviera preparado para el levantamiento. Después del fracaso de Nueva York por el descubrimiento de la expedición, cuando estábamos en Santiago y se determinó salir de cualquier modo para Cuba, Gómez le indicó a Martí que le ordenara a Maceo salir y él contestó por cable que no tenía dinero suficiente. Entonces Gómez se molestó y le dijo a Martí: Deposítele \$2,000.00 a Flor Crombet y ordénele salir, y usted verá que sale Maceo. Y de Santiago se le situaron los \$2,000.00 y Crombet fletó una goleta para salir. Estando a bordo mandó aviso a Maceo que si quería acompañarle le esperaba a bordo y Maceo se reunió a la expedición de Baracoa."



en lo de Maceo, como verán por las cartas adjuntas, consecuencias rectas de mis temores y previsiones, pudiendo hacer Flor lo que Maceo no puede hacer, lo entrego a Flor, a que lo haga, y lo dé hecho a Maceo. Tal vez —si Benjamín o usted no recuerdan bien los cablegramas de Maceo y alguna conversación mía—le sea confusa aquella parte de mi cablegrama de hoy en que digo: "Assuageing cancerous rely if asignment muddle grand topple curb hussy forwardly." Esto es, "Arranging cable answer if arms must go to custom house friend." Este amigo, sépanlo por si reciben la respuesta por cable de Flor, es Julio Lassús, cubano empleado con puesto principal en la Aduana de Puerto Limón⁽⁵³⁾, a quien, sin compromiso, en tres cajas a lo más pueden dar 25 equipos iguales a los pedidos para por acá. Por el cablegrama imposible entenderá Flor que va el dinero, y se pondrá al trabajo. El comisionado es indispensable, para salvar el dinero, y lo que él significa. Eso está, pues. Y ahora ¿todo lo de allá? Supongo, ansioso, que las armas estarán en poder de ustedes, y, caso de que no, de lo primero que no tenga inmediato empleo paguen a Borden los \$1,000 que pide, y en conciencia le debemos, o lo menos con que por ahora él se satisfaga. Le escribo unas líneas. Cubiertos por el instante los gastos presentes, sólo otro de momento se podría presentar, que teniendo las armas, y viendo modo de llevarlas en una goleta propia y pequeña a un cayo cercano, tomase allí de una picada los 20 ó 25 hombres útiles que pueden ir con Serafín. Tomás Collazo pudiera ir de capitán, si es ciudadano americano—Collazo entra a decirme que no lo es—, y pienso que acaso no necesite la ciudadanía para serlo: los detalles ustedes los verían. Una goleta de no más de \$1,500 ó \$2,000 puede sin peligro hacer este viaje, y con más seguridad de éxito que otra mayor. Charlie Hernández es indispensable en ese servicio. Esta es la única forma en que se podría prestar el servicio del Cayo; pero ni entrar en él debemos sin anuncio mío previo: baste a Serafín que pensemos ya en él, si en todo es preciso sigilo, en el Cayo, y con ellos, sólo deben saberlo, el mismo Serafín, cuando el bote de la goleta vaya a buscarlo—o un mensajero a decirle que la goleta está al llegar adonde diga Charlie—y allí, como quienes van a pescar, la abordan. Pero lo que haya para eso, váyase juntando: estúdiendolo, y ténganlo compuesto, pero aguarden aviso. En tanto ¿qué les tengo yo que decir? Todo sucede como lo teníamos previsto, y me conmueve, y llena de respeto, ese sacrificio y unanimidad. Todo ha de continuar con esa alma, enérgica y pura. Ya Cuba está encendida. De acá, se hace lo que se debe. El corazón de afuera, ustedes lo conocen,

(53) Costa Rica.



que lo han ayudado a hacer. Dejaremos organizado el servicio amplio—y continuo de socorros—de recursos de guerra, y no de hombres innecesarios; irá a ver a ustedes para esto un hombre del mayor valer: él sacará y hará llegar a ustedes, a energía continua, a corazonada incesante con nuestro diversos centros, a demanda oportuna en cuanto nuestra llegada acabe de cerrar las bocas y corte las retiradas de una que otra bolsa egoísta, alleguen, para socorros inmediatos de guerra, y el único gasto imperativo y pequeño de su distribución cuanto de todas partes, y por el día de trabajo mensual en que insistiré y quedará establecido de seguro se vaya recaudando...

Yo, en estos cuantos días, escribiré y les enviaré, para su instantánea y abundante distribución, los papeles necesarios de la Delegación para el país, para las emigraciones, para los pueblos de nuestra América, y en inglés para el Norte: y lo que el General, con su lengua de tajos, querrá sin duda decir al país. De él nada digo: él ha de leer esta carta. ¿Podíamos apetecer un alma pura y fuerte en una hora suprema, un alma recta y rápida? Cuanto deseamos, es. Padezcan y trabajen: su abnegación es ejemplo que avergüenza al nuestro. Ya a solas hablaré de él...

Quizás el mismo día, el Apóstol le explica al club *Diez de Octubre*, de Puerto Plata, las “razones de prudencia” por las cuales no ha podido visitar la villa de Luperón. Cuando les dice que no lo ha hecho “por motivos locales muy patentes y atendibles”, no exagera. El vicecónsul de España en Puerto Plata, el poderoso comerciante don Cosme Batlle, era el agente español que mayor autoridad tenía en Lilís, bien grande por cierto, pues le había salvado de la difícil situación en que se halló ante la revuelta de 1886, y continuamente le auxiliaba en sus frecuentes apuros económicos. Una reclamación de don Cosme habría obligado a Lilís a determinaciones perjudiciales a Martí, cosa que sabía muy bien por Gómez, lo que les imponía a ambos una conducta cónsona con la realidad política del Gobierno, siempre bajo la amenaza de una revuelta azuzada por las recalcitrantes autoridades de Cuba y Puerto Rico. Esta carta explica la cautela de Martí, en extremo cuidadoso de todo detalle; y confirma su admirable tacto político:



(Monte Cristi), febrero 1895.

Al Presidente del Club "10 de Octubre"⁽⁵⁴⁾
Puerto Plata.

Distinguido compatriota:

La mejor comunicación que pudiera el Delegado dirigir a usted es la prueba solemne de que nuestras previsiones y nuestros esfuerzos no han sido nulos; la mejor nota del Delegado al club "10 de Octubre" es la Isla de Cuba alzada ya en armas para obtener, por la guerra que desarrolla y asegura los caracteres, el decoro de sus hijos. Y el club tendrá sólo una respuesta para el Delegado, que lo estima tanto, y que aplaude tanto su energía, sus servicios reales y su fe: la respuesta será ordenarse, con más bríos que nunca, en un cuerpo prudente e incansable de animación, de entusiasmo continuo, sin miedo a reveses pasajeros; de logro de recursos porque el socorro inmediato y en sus arranques, a nuestra guerra nueva la hará fuerte, y por lo tanto breve, y más útil y fácil a la solidez de una república ordenada y trabajadora.

Muy ansioso ha estado siempre el Delegado de visitar el club *10 de Octubre*. Pero ya explicó, en comunicación dirigida al club, las razones de prudencia, y que han dado ya todos los resultados apetecidos, porque por motivos locales muy patentes y atendibles, relacionados con el país en general, no visitó el Delegado en el primer viaje, muy contra su corazón, a Puerto Plata, y a los magníficos hijos, a los hijos probados que ahí tiene Cuba. El segundo viaje a Montecristi fué una simple visita de consulta al General Máximo Gómez. Y hoy cuando el honor estalla, y la obra está ya regada con sangre, ni aun con el tiempo bastante, que le está negado, pudiera la Delegación visitar el club porque en eso, como en todo, el éxito, que puede ser muy grande, de las labores de Cuba en este país, depende de que, *por nuestra moderación en todo lo ostensible, sin caer por eso en timidez innecesaria e indigna, nos permita complacer el país el ejercicio de un patriotismo que respetará y ayudará a él más mientras más cuidadoso sea este patriotismo nuestro en evitar al país conflictos exteriores, ni querellas interiores de nuestros enemigos*. De todos modos débese esto decir, y hacer: debe continuamente proclamarse que no es el objeto del club azuzar en tierra amiga el odio hacia los que a ella, como hoy nosotros, oprimieron; sino aspirar a la libertad, con toda la solemnidad del hombre libre. Que el acento de nuestra palabra sea, principalmente en lo público, no clamor inútil de venganza feroz, que no

(54) Véase, en la presente obra, en *Páginas y apuntes diversos*, el artículo *Martí y Puerto Plata*.



cabe en pechos nuestros, sino el justo cansancio de un pueblo sofocado que aspira, por su emancipación de un gobierno convicto de nulidad y malevolencia, al gobierno propio de que es capaz y digno. Que se vea en nosotros a americanos edificadores, no a rencorosos vanos. Esa es nuestra guerra; ésa es la República que reanudamos. Ese es el Partido Revolucionario Cubano. Ese ha sido y seguirá siendo el Club *10 de Octubre*.

¿Qué pudiera sugerir la Delegación a un club como éste, que, en pleno ejercicio de las funciones propias y libres que a los clubs están reservadas, y como muestra muy valiosa de la vida espontánea, y de tal decoro humano, de la labor con que hemos puesto a la patria en pie, ha vivido de sí mismo, y actuando de su natural inspiración, y con los métodos posibles en su ciudad, sin fallar ni chocar, en su existencia útil, con los principios que nos guían a nuestra obra práctica de armar, y mantener armada, nuestra tierra para su obra de concordia y fundación?

¿Qué pudiera sugerir el Delegado al club? Ya no habrá denegadores, porque la sangre sublime está corriendo para redimir a los que niegan. Y entre los hombres de este pueblo, que nos alienta con su cariño y nos asila en sus hogares, no hay más que amigos. Que la *habilidad* en los métodos del club, el evitamiento de la publicidad innecesaria, aunque no de la decorosa y legítima, la idea fija de obtener y de prestar el servicio, y asegurarlo por el silencio, en vez de hacerlo imposible o mínimo por la publicación, ensanchen, como es preciso que ensanchen, los esfuerzos del club. Que la moderación en nuestro júbilo patriótico, y en su peligrosa notoriedad, quite causa de queja a nuestros adversarios pudientes, y obliguen a respeto cuanto tenga de justicia y corazón. Que el sigilo en los auxilios que se han de pedir a cuanto cubano no desee dejar desde hoy prueba de que no lo es, y antecedente de fría inhumanidad, sea por las especiales condiciones de ese lugar, un incentivo y garantía para los que en privado, podrán y querrán hacer lo que sin riesgo no puedan hacer de público. Que a todas las puertas se llame y se vuelva a llamar. Que al fin cada ciudad de América sea una bolsa de la libertad de Cuba, que es garantía indispensable de la de nuestra familia de pueblos en el continente. Estamos haciendo obra universal.

Para el primer arranque, pues, ahora que ya quema a los ojos la prueba, demándese la cuota de hijo a cada cubano, y luego, cuando aún haya más razón, la de hermano a cada hijo de América. Que se conozca nuestra obra, y todo hombre se ponga a ella. Pídase sin ira. Perdónese aun cuando ahogue la indignación. Insístase en hacer virtuoso al indiferente, y útil al tibio. Manténgase el entusiasmo público por el respeto que nos traiga el no abusar de él. Créense fuentes continuas y fáciles de recursos, para



curar a los heridos y poner armas en los brazos fuertes. Puesto que unos mueren, ayuden otros, y respeten todos. Espera mucho de ese club su agradecido representante,

El Delegado,
José MARTÍ.

EN DAJABON Y CABO HAITIANO

No son pocos los amigos fervorosos que Martí va ganándose, día por día, en su ya prolongada estada en Monte Cristi. Allí conoce al joven jurista Américo Lugo, al poeta Bienvenido S. Nouel y a su hermano Carlos, a la familia del General, a Muley Despradel, a Guelito Pichardo, quien se arriesga por él más de lo que le permiten la prudencia y el empleo de gobernador; a sus compatriotas Jesús Badín, Coll, Massenet, Sixto Toro; al venezolano-cubano-dominicano Benigno D. Conde; y allí se encuentra de nuevo con Montesino, compañero de presidio y juventud. Allí asiste a bailes y a paseos, cuando lo permiten los afanes patrióticos: funda clubs revolucionarios, y sube a la tribuna política con el General y con Enrique Collazo. Todo lo hace con ansiedad, ya cerca de la partida, cuajada de riesgos y de dificultades.

Entre todos los amigos que le rodean quizás no haya ninguno que esté más cerca del corazón del Apóstol y le comprenda mejor: Panchito Gómez. Como en 1894, vuelven a viajar de nuevo, esta vez por los soleados caminos de la Frontera.

El 1º de marzo Martí sale de Monte Cristi hacia Cabo Haitiano, a caballo, en compañía de Panchito Gómez, quien le acompaña hasta Dajabón. Allí le escribe al General:

Dajabón, a las 3.

General muy querido: Con la generosidad de Montesino he hallado buen caballo, y compañero, y por una bagatela estaré en el Cabo mañana, después de ver de aquí a un instante a Marzán. Aquí no hallo la huella de lo que buscamos: veré con Marzán. A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allá estará a su lado en estos días, y allá puede



tener más quehacer en este instante. Lo que no le devuelvo es su capa, que llevo a que me ampare—más que a librarme de la lluvia—, ni unos pantalones muy cariñosos y ya amados. Va contento y esperanzado, y con el pensamiento en su casa, su *Martí*. El viaje fué un sueño. Recuérdeme a Collazo, muy citado por Montesino, y a Margarita. Que las hermanas me perdonen la falta a la cita.

Deja a Dajabón. Pasa por Juana Méndez, donde había estado en 1892. Entra a Fort-Liberté, después de las diez de la noche. Al día siguiente, día 3, a las cinco de la tarde echa pie a tierra, en Cabo Haitiano, “delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé”.⁽⁵⁵⁾

Al otro día, a las diez de la noche, sale del Cabo, en una lancha, para Monte Cristi. Allí está en la mañana siguiente, día 5, preparándose a reanudar la jornada, hacia Santo Domingo.

Desde Santiago, en su carta del 19 de febrero, a Gonzalo, le decía Martí: “Acaso yo, para despistar—sin miramiento por mi cuerpo—me eche al camino otra vez, luego de asegurado lo que pende aún, para una visita a la capital: cinco días a caballo. Si no, escribiré tendido en Montecristi, que será lo mejor...” Todavía, apenas de regreso del Cabo, tenía ese propósito, que no llegó a realizar, como lo revela esta carta del General a su primo Francisco Gregorio Billini, escrita en Monte Cristi el 9 de marzo, en la que hace un breve retrato del viajero:

Mi querido primo y amigo:

¿Qué es de tu vida? La sé, porque siempre pregunto por ti y todos me dicen que sigues querido y tranquilo, y sereno, por supuesto, en tu buena labor. Así te quiero. Allá va Martí con su cabeza desgrefiada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la inde-

(55) Véase interesantes detalles de este viaje de Martí a Cabo Haitiano, así como de su escala allí, el 6 de abril, en el artículo de Francisco Dellundé, *Cómo vinieron a Cuba Martí, Máximo Gómez, Paquito Borrero y demás patriotas que lo acompañaban*, en *Revista Bimestre Cubana*, enero-febrero, 1939, reproducido en *Archivo José Martí*, No. 13, 1949; y en *Revista de Educación*, No. 52, C.T., 1939.



pendencia de su tierra, por la que yo también me esfuerzo y trabajo. Y como tú fuiste un día, aunque en empresa desgraciada, protector mío, y gran amigo de la causa, y ese corazón tuyo nunca puede ser veleidoso, ni en las cosas pequeñas, espero que esta vez como entonces, y en el seno de nuestros amigos particulares y generosos, y de un modo muy privado, dejes, por tus servicios y tu amor, una vez más, comprometida nuestra gratitud. Creo, y no veo por qué no puede ser así, que tú, Martí y yo y todos los que sean como nosotros, nos estrechemos las manos y formemos un haz en medio de las Antillas. Se verán tú y Martí y es natural que, por la razón de afinidades que nos hace sentir suavemente atraídos, pase el tiempo veloz, para los dos Maestros, en la plática útil, franca y cariñosa que van a tener.

Abraza a los tuyos, saludos para los amigos y sabe que te quiere tu primo y amigo,

M. GÓMEZ.

LA AYUDA DE LILIS

Las actividades revolucionarias de Gómez y de Martí eran motivo de permanente preocupación y de embarazos para el presidente Heureaux y para las autoridades dominicanas simpatizadoras de la causa de Cuba, pues el Gobierno español no cesaba en sus reclamaciones por conducto de sus cónsules en la República.

El 28 de febrero, agravada la situación en la capital dominicana por la presencia de Mayía Rodríguez, el cónsul de Cuba en Santo Domingo, señor Quintana, recibió del gobernador de Cuba un cable cifrado con la orden de informar acerca de Gómez, Martí, Collazo y demás compañeros. "Precisa a toda costa—decía—impedir expedición no escaseando elementos y aprovechando ofrecimiento ese Gobierno."

En el acto, 28 de febrero, el cónsul Quintana se dirigió a la Cancillería dominicana pidiéndole que no se permitiera la salida de súbditos de España, hacia Puerto Rico y Cuba, sin la previa presentación de pasaporte expedido por un agente consular de España. Así se dispuso el 2 de marzo, accediendo a la petición del Cónsul.



Sin embargo, ese mismo día daba Lilís la prueba más alta de sus simpatías por la causa de Cuba.

El denodado Mayía Rodríguez lucha en Santo Domingo, desesperadamente, por allegar fondos para la expedición que el General y Martí preparan en Monte Cristi. Afortunadamente Mayía no está solo. Le acompañan dos grandes amigos de Cuba, que al fin le ayudan a obtener el dinero necesitado con tanta urgencia. Uno de esos amigos, don Federico Henríquez y Carvajal, lo recuerda en su animada página *Todo por Cuba*:

Era la hora histórica de la cita: la hora magna del deber exclusivo. De la finca *La Reforma*—en donde el ilustre banilejo hacía, como agricultor i padre de familia, vida ejemplar, de Cincinato—procedían las sugestivas cartas que acabábamos de leer a la luz de una lámpara de escritorio. Eramos tres los reunidos en torno de la mesa.

Hubo una larga pausa.

El caso era grave. El caso era urgente.

Yara renacía en Baire.

Maceo, el héroe forjado en bronce, acababa de entrar al territorio oriental por la abrupta costa de una zona rebelde. A la cita dada por ambos—José Martí i Máximo Gómez—debían acudir ya en su carácter de supremo Director de la causa revolucionaria, el uno; el otro, en el suyo de Jefe superior del Ejército insurrecto...

Aquella pausa, de absoluto silencio, era reflexiva. Los tres meditábamos. Cada uno hacía converger su imaginación hacia diversos puntos, sucesivamente, en busca de una mano amiga, pronta a dar el óbolo indispensable, complementario, que requería la expedición de los próceres egregios...

¿A quién volver los ojos i tender la mano, por Cuba irredenta, en aquella hora solemne?

José Ma. Rodríguez, glorioso inválido de los Diez Años, que más tarde volvería a los campos de Las Villas y ascendería a Mayor General de las huestes libertadoras, iba a ponerse de pie, movido por la impaciencia, cuando Jaime R. Vidal, devotísimo servidor de la causa revolucionaria de Cuba, deteniéndole con ademán amistoso, nos dijo:

—“Se me ocurre, mis amigos, que el general podría abrirnos su bolsa i ayudarnos a salir airosos del empeño.”

—“El general”—exclamamos, a una voz, sorprendidos. Rodríguez



agregó:—"Parece que el general se inclina, por conveniencias, del lado de España."

—"Las apariencias engañan. Esa es su política."

—"Entiendo, además, que entre ese alto personaje y uno de nosotros existe una barrera infranqueable, desde el ruidoso proceso electoral de 1886." Luego, en 1890, aquél "dió con El Mensajero en tierra i con su Director en la Cárcel". "Quizás exagero..."

—"Tampoco lo olvido; pero... la insinuación está hecha.—¿Qué opinan ustedes? El caso urge. Irámos a verle esta misma noche."

—"Decida el amigo cordial de Cuba i de Martí"—indicó, con su habitual franqueza, el patriota cubano.

Pasó apenas un minuto de silencio. Yo había cerrado los ojos, conmovido, i veía con los del alma la imagen dolorosa de Cuba irredimida. De súbito, como quien responde a un reclamo de amor i como si hablase conmigo mismo, dije a mis dos distinguidos compañeros:—"Todo por Cuba."

A medianoche entrábamos, a oscuras, hasta el dormitorio en donde el general nos aguardaba. Mostróse complacido de verme en el número de sus nocturnos visitantes, y yo me incliné para corresponder a su galante salud. E instalados los cuatro en sendos sillones, a la luz atenuada de una lámpara de color, nos interrogó sin más demora:—"¿En qué puedo servirles?"

Se le informó del caso. Se le habló con fervor de la causa de Cuba, que era antillana; se le habló, con justo encomio, de Céspedes, de Marciano i de Agramonte, héroes i mártires de la independencia, i de Martí, de Gómez i de Maceo, por quienes manifestó grande admiración i simpatía; se ponderó el alcance i el mérito del servicio que, en obsequio de la magna empresa, se le pedía; i se discurrió acerca del seguro éxito de la obra de redención acometida. Opuso algunos reparos al principio, para concluir al cabo por manifestar su reflexivo entusiasmo en pro de la nueva campaña que se iniciaba en el Oriente de la rebelde Antilla.

Ya era de los nuestros. Su actitud habría de tener, más tarde, mayor alcance aún: nos consentiría hacer sin alarde, aunque no siempre con la exigida reserva, la diaria labor revolucionaria.

Estaba de pie, en señal de despedida, cuando nos dijo:—"Doiles gracias por haberme ofrecido la ocasión de unir mi óbolo al óbolo dominico-cubano. Mañana pondré en manos de ustedes un giro pagadero en Montecristi. Saludo en ustedes a los patriotas expedicionarios. Que Dios les ayude..."

Dímosle sinceras gracias. Con un abrazo respondió a las efusivas frases de Vidal i de Rodríguez; a las mías, tendiéndome la recia mano. Se la estreché, mientras para mí repetía:—"Todo sea por Cuba."



Llegábamos al pie de la escalera cuando, con el tono de quien está seguro de ser entendido, nos advirtió: —“Nadie sabe, i el Presidente Heureaux menos que nadie, ni de esta entrevista ni del resultado de nuestra conferencia.”

—“La gratitud i la disciplina, a una, nos imponen absoluta reserva” —afirmó el general cubano.

—“A todos nos interesa el secreto”—agregó J. R. Vidal, que no cabía en sí de gozo por el éxito obtenido.

Yo concluí: —“Del general Ulises Heureaux depende que nada sepa de esto el Presidente de la República.”

Asintió con una sonrisa, i nos despedimos.

Para el Cibao salió, el siguiente día, el activo general Rodríguez. En tres jornadas se puso en *La Reforma*. Impacientes lo esperaban: pero él llevaba los escasos recursos que la expedición exigía.

—“Por fin”—exclamó, al verle, el héroe de Palo Seco. I lo estreché entre sus brazos. Martí, abrazándolo también, le saludó con este voto cordial: “Bienvenidos el mensajero y el mensaje...”

En efecto, al día siguiente de la memorable entrevista el general Mayía Rodríguez tenía en las manos la siguiente orden:

Santo Domingo, 2 de marzo 1895.

Señor General
Don M. A. Pichardo,
Monte Cristy.

Mi estimado Guelito:

La presente tiene por objeto suplicarte, bajo confianza de caballero, le entregues al portador, sin dilación alguna, la cantidad de *Dos mil pesos oro*, los que te compensaré con giros s/ Nueva York a fin del mes en curso.

Soy como siempre tu affmo. amigo y s.s.,

U. HEUREAUX⁽⁵⁶⁾

(56) Esta importante orden de Liliís, hasta ahora desconocida, figura en el *Copiador de oficios del Presidente Heureaux*, No. 44, de 1895, folio 476. Como se ve, la memoria de don Federico Henríquez y Carvajal fué más fiel que la de don Jaime R. Vidal, quien se refirió al hecho en carta del 31 de mayo de 1923 a don Federico, inserta en *Clío*, C.T., sept.-oct. 1934 y en el libro *Martí*, del Maestro dominicano: “Es rigurosamente exacto lo que usted, testigo de la mayor excepción, asevera respecto a la supuesta entrevista del apóstol Martí con el General Heureaux: jamás se vieron en ninguna parte. Probable es que supieran algo de



Al otro día, 3 de marzo, en la Gobernación se le expedía pasaporte para dirigirse al Cibao, al infatigable Mayía, quien no tardaba en montar a caballo hacia el distante Monte Cristi.

El óbolo de Lilís era bien digno de aprecio, no sólo por el importantísimo destino que tuvo, sino también porque ese desembolso no era fácil para él en esa época. En esos días —consta en su correspondencia—el 18 de febrero, le pedía a su rico amigo don Juan Bautista Vicini, “\$1,000.00 para salir de un apuro”.

LA LLEGADA DE MAYIA

Fué grande alegría para Gómez y Martí el ansiado arribo de Mayía Rodríguez con la orden de Lilís a Guelito, de entrega de los \$2,000.00 para la expedición, que implicaba un testimonio ostensible de sus simpatías por la causa cubana, tan grato a su subordinado el general Pichardo.

Pero las dificultades económicas, en parte resueltas con la ayuda de Lilís, no eran las únicas. El plan de salida por Samana ofrecía serios inconvenientes. La persistencia de Martí, empeñado en salir en la expedición de Gómez, en contra del

una entrevista secreta, que yo provoqué en mi quinta de Güilbia, entre el General Heureaux y el General Ríus Rivera, cuando se trató de salvar un contrabando de guerra que traía Ríus, y de ayudarlo a seguir viaje; a todo lo cual se prestó gustoso el General Heureaux, mostrándose una vez más decidido amigo de la causa de Cuba. Diferimos en un punto de poca importancia, usted y yo, en cuanto a los recursos que proporcionó Heureaux a Gómez y Martí para salir de Monte Cristy en viaje para las costas de Cuba. Yo indiqué al General la suma de cuatro mil pesos oro, indicación que él aceptó seguido, y me pidió que yo hiciera la situación de esos fondos y le pasara la cuenta; pero como yo conocía la delicada situación de Gómez y Martí, en Monte Cristy, por cartas confidenciales de Gómez, le supliqué que lo hiciera él por telégrafo, en su clave privada con el Gobernador—que lo era entonces el General Guelito Pichardo—, pues no había tiempo que perder, y, además, en esa operación no debía intervenir nadie que no fuera capaz de guardar toda la discreción que la delicada situación de aquellos señores y la del Presidente de la República Dominicana exigía. ¡Y así lo hizo! La orden dada por Heureaux a Guelito abarcaba dos extremos delicadísimos y de suma importancia: los recursos y la orden implícita al Gobernador de la Provincia de Monte Cristy de ayudarles a salir de allí con todo sigilo y bien protegidos.”



deseo de éste; la creciente vigilancia de las autoridades españolas y demás entorpecimientos anejos a empresas de tan grave magnitud, obligaron al General a variar sus planes. Así lo refiere uno de los presentes, el general Enrique Collazo:

Habíase conseguido un corto número de armas y algunas municiones, parte en Santo Domingo y parte en Cabo Haitiano, adonde había vuelto Martí, por tierra, desde Monte Cristy.

Proponíase el general Gómez marchar inmediatamente a Cuba acompañado de Borrero, Rodríguez, Guerra y Collazo, con ocho o diez hombres más, en tanto que Martí, con M. Mantilla, regresaría a los Estados Unidos a agitar la opinión entre los emigrados, organizándose una gran expedición que podía llevar él mismo más tarde.

Oponíase a este plan Martí, a quien su amor propio inspiraba la idea de acompañar a Gómez y desembarcar con él en las costas de Cuba.

La llegada de Mayía Rodríguez y las noticias que llegaban de la capital de Santo Domingo—el levantamiento en Cuba—vinieron a reforzar las razones del General Gómez, y a quebrantar la tensa oposición de Martí. En su consecuencia, se celebró una junta en la que se resolvió la salida de Martí para los Estados Unidos.

Desgraciadamente, aquel mismo día se recibieron noticias de New York. El *Herald* de aquella ciudad publicaba un telegrama de la Florida, firmado por Fernando Figueredo, en el que se aseguraba que Gómez, Martí y Collazo irían inmediatamente a Cuba. Ese telegrama echó por tierra el plan de Gómez, y desde ese momento fué imposible detener a Martí.⁽⁵⁷⁾

En efecto. Ya habían llegado a Monte Cristi las noticias publicadas en Santo Domingo en el *Listín Diario*: en la edición del 26 de febrero daba las primeras informaciones de la guerra; y en la del 9 de marzo publicaba el suelto siguiente, que influyó de modo definitivo en la decisión de Martí de embarcar junto con Gómez:

¡El lo sabrá! El *New York Herald* dice que don José Martí y el General Máximo Gómez son los jefes de la actual insurrección de Cuba, y que ambos se encuentran en aquella Isla.

El funesto telegrama del *Herald*, pues, destruyó el plan del

(57) Enrique Collazo, *Cuba independiente*.



General, y desde ese momento fué imposible disuadir a Martí de su obstinado empeño. En vista de esa determinación de Martí, se resolvió que él y el general Gómez salieran para Cuba, Mayía para Santo Domingo, y Mantilla y Collazo para New York, este último con instrucciones de dirigirse luego a Cuba: debía desembarcar en Vuelta Abajo. El 18 de marzo embarcaban en Monte Cristi, en el vapor *Clyde*, Collazo y Manuel Mantilla, rumbo a Norteamérica. Entre tanto Mayía permanecería en Santo Domingo, donde estaba su esposa.

LA DECISION TRAGICA

Manuel de la Cruz, amigo de Gómez y de Martí, explica así la decisión trágica del Apóstol, tomada en presencia de las noticias del *Herald* llegadas a Monte Cristi en el *Listín Diario*:

Máximo Gómez trató de impedir a toda costa que Martí le acompañara a la isla. Toda la energía, todo el imperio, toda la natural elocuencia del caudillo respetado por sus años, la fuerza de su carácter y el prestigio de su gloria, nada pudo contra el firmísimo propósito de Martí.

¿Cómo podía regresar al extranjero, por trascendental que fuese su gestión como delegado diplomático, si viviría atormentado de continuo por el remordimiento de no estar al lado de aquellos que, a su llamamiento, habían acudido a derramar su sangre por la causa de la independencia?

Y con este argumento, logró desarmar y convencer al caudillo que lo amaba como a un hijo predilecto.⁽⁵⁸⁾

Esa determinación de Martí había de ser más firme en presencia de Collazo. Por su mente habían de pasar, como negros espectros, las acusadoras palabras de Collazo y de Ramón Roa, lesivas, en lo hondo, de su amor propio y dignidad. "...también era elocuente y poderoso el activo, el bravo, el heroico Capitán Arañas de quien, refundido el tipo, han surgido apóstoles y misioneros, ilustres y eximios varones y sobre todo héroes y mártires...", había escrito Roa en 1892;

(58) Manuel de la Cruz, *Obras...*, Madrid, 1924, vol. III, p. 418.



y Collazo, por las mismas razones que Roa, le había dicho a Martí:

Si de nuevo llegase la hora del sacrificio, tal vez no podríamos estrechar la mano de usted en la manigua de Cuba, seguramente porque entonces continuará usted dando lecciones de patriotismo en la emigración, a la sombra de la bandera americana.⁽⁵⁹⁾

Martí no podía olvidar, tampoco, su carta a Collazo, del 8 de mayo de 1894, en que aludía noblemente a las acusaciones de Collazo, no sólo perdonándoselas sino justificándolas:

Tenía usted razón, por los engaños y cobardías de la época pasada, en temer que yo, en mi humilde parte, ni fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas, ambicioso y sin riñón; o que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios a la obra cruda y sana que hay que hacer. Pero vea ahora la pureza y ternura con que se unen, sin un solo embozo, ni semilla de separación futura, los elementos necesarios, y que a usted pudieran parecer opuestos, de la revolución. Ni en espíritu, ni en detalle, me separo un ápice del vigor y la nobleza del General Gómez.

Martí sintió necesidad íntima de explicar sus objeciones al general Gómez, su irrevocable determinación de partir. La carta de don Federico y lo que le planteaba le dió pie para recoger las razones ya dadas al Guerrero.

EL DIA DE LOS PRESENTIMIENTOS

Hay en Martí una fija idea de la muerte, un presentimiento que le asalta a cada instante. A José María Izaguirre le dice, un año antes de Dos Ríos:

Yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como usted me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírvame como si nunca más debiera volver a verme.

(59) Ramón Roa, *Con la pluma y el machete*. La Habana, 1950, vol. III, pp. 185-187.



Esa es la trágica idea que le obsede, pero nunca esa obsesión le es mayor que el 25 de marzo, escasos días antes de la partida hacia Cuba que su corazón le dice ya que es el último acto de su vida. Este es, pues, el día de los presentimientos, el día de sus despedidas: a Federico Henríquez y Carvajal le dirige su Testamento político; a Gonzalo de Quesada su Testamento literario; a Cuba el Manifiesto de Monte Cristi,⁽⁶⁰⁾ resumen de su prédica, esencia de su doctrina y de su vida pública.

Entre todas estas solemnes despedidas no ha de faltar la de su madre:

Montecristi, 25 de marzo, 1895.

Madre mía:

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Yo sin cesar pienso en usted. Usted se duele, en la cólera de amor, del sacrificio de mi vida; ¿y por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí. Y entonces sí que cuidaré yo de usted, con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición. Su

JOSÉ MARTÍ

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

TESTAMENTO POLÍTICO

La carta del 25 de marzo de 1895, que desde Monte Cristi le dirigió Martí a su amigo Federico Henríquez y Carvajal, no fué una de esas cartas ocasionales, de simple cortesía, que abundan en su vasto epistolario. Su contenido revela que

⁽⁶⁰⁾ Nos referimos al célebre documento, en esta obra, en los artículos *Martí y el Enriquillo de Galván* y *El Manifiesto de Monte Cristi*, en el primero acerca de su contenido y en el último acerca de su impresión.





Al Gobernador de la Provincia de Santiago.

Concedo pasaporte a los Señores Máximo
Gómez, Enrique Collazo, José Martí, Fco
Roviero y Nicolás Ramírez, para que
puedan dirigirse a La Vega por vía de
Santo Domingo, en sus aventuras y a dili-
gencias personales. Remitiendo a las
autoridades de su tránsito, darlo por
libre.

Dado en el Palacio del G-
bierno Provincial de Santiago a 17
de febrero de 1895.

El Gral Gobernador.
Perico Pepin

Regdo No 485

Pasaporte expedido por Perico Pepin.



Ramírez querido vino:
cuenta a Dorio? o que le
yo de W.º Per. V. me vist
en su casa y así, con
ese que hacer, con muchos
mal, estoy a toda hora. Ten
game píodal, no rancor.
Que pida gracia por mi
Rafaela. El que es escri
bido próximamente, o
algo mejor. Y crea que
es la familia de mi
corazon - mi única ver
dadera familia, y de agra
cias tan de prisa, tiene un
puerto íntimo y privilegiado.
No crea esas palabras
excesivas, lo que yo tengo

De Martí a Nicolás Ramírez.



fué inspirada por una carta de gran oportunidad, de agudas y solemnes observaciones que conmovieron el espíritu de Martí poniéndole en trance de meditaciones. Gran lástima que se haya perdido el mensaje del Maestro dominicano.⁽⁶¹⁾ Don Federico hacía esfuerzos de conciencia y de memoria para reconstruir su epístola. "Sí, ya me han dicho que mi carta debió ser notable para que produjera una contestación tan notable. En ella le planteaba el dilema: ¿su puesto estaba dentro o fuera de Cuba? Mi noble amigo Manuel Sanguily, cuando discurría sobre la célebre epístola apostólica, solía hacer encendido encomio, sin haberla leído, de la *carta dominicana que había influido, sin duda, en la excelsitud de la Carta-Testamento*", decía el viejo Maestro.⁽⁶²⁾

(61) Nuestro esfuerzo por hallar la carta del Maestro ha sido infructuoso. A ello se refiere al siguiente párrafo de la interesante carta que nos acaba de dirigir, el 15 de noviembre de 1952, el Dr. Bernardo Gómez Toro, digno hijo del Generalísimo: "La carta a que usted alude de Don Federico a Martí, que inspiró el Testamento Político de Martí, no está en el Archivo de papá; y tampoco tengo conocimiento de que exista en alguna otra parte. De Martí hay en el Archivo de papá el borrador del *Manifiesto de Montecristi* y el *Diario del Apóstol* (parte), que yo hice incluir en el *Diario de Campaña* de papá. Hay también, y es curioso, las primeras órdenes redactadas por papá (estilo absolutamente militar) y de letra de Martí, al comenzar mi padre la organización del Ejército Libertador en plenos campos de Cuba. Finalmente, de letra de mi padre, y escrito con lápiz, hay líneas generales sobre la organización del Ejército, y, al final, dice: "La política de la guerra la dejo a Martí."

(62) Acerca de la célebre carta véase Francisco Henríquez Ureña, *Carta de José Martí a F. Henríquez y Carvajal*, en José Martí, *Nuestra América*. La Habana, 1909. (Colección de Gonzalo de Quesada, vol. VII); José Manuel Rodríguez, *Testamento político*, en Martí. Instituto de Segunda Enseñanza de Camagüey, La Habana, 1941. En el Apéndice de la presente obra véase el artículo de Hostos, *El Testamento de Martí*, y en *Páginas y apuntes diversos de Hostos y Martí*. El glorioso Maestro dominicano publicó la *Carta Testamento de un Héroe*, en su revista *Letras y Ciencias* (Santo Domingo, 14 de junio de 1895). "Bien hizo Henríquez y Carvajal—decía Hostos—en apellidar *Testamento* a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan, al separarse del mundo de los hombres." Los originales del célebre documento se conservan en el Museo de Santiago de Cuba, donádoles el 25 de marzo de 1915 por el fervoroso hermano dominicano de Martí. En diversas páginas de su obra *Martí*, el Maestro habla de la Carta-Testamento de Martí. Dice que Mayía fué portador de una carta suya dirigida a la vez a Gómez y a Martí. El General respondió antes que Martí, el 12 de marzo (inserta en el libro de Henríquez y Carvajal, *Todo por Cuba*, y en nuestro opúsculo *Cartas de Máximo Gómez*, C.T., 1936).



Las razones de Martí eran incontestables. El Maestro tuvo la gloria de *provocar* la memorable exposición de esas razones, uno de los más bellos documentos políticos de los tiempos modernos.

Lo que no pudo o no quiso decir Martí en el Manifiesto de Monte Cristi, lo dijo en su carta a Henríquez y Carvajal. El Manifiesto es el verdadero Testamento Político del Apóstol. Su carta a don Federico es una adición, un codicilo:

Montecristi, 25 de marzo, 1895.

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuaiada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera—, cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible,



sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, lleva a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano, ¿y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, que soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de usted, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de



que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a usted un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria. Su

JOSÉ MARTÍ

EL PLAN DE LILIS

Finaliza marzo y los patriotas luchan todavía en la difícil empresa de la partida, desechado definitivamente el proyecto de expedición por Samaná. El General lo anota en su *Diario*:

Hemos pasado todo este mes de marzo en la fatigosa preparación de nuestra salida. Además, nos encontramos muy vigilados por todas partes, por los españoles. En la primera quincena de este mes han salido para New York, Manuel Mantilla, su ayudante, y el coronel Enrique Collazo, con órdenes y algunos recursos para invadir la Isla por Occidente tan pronto se sepa que yo he penetrado en ella. En vista de la premura del tiempo y de los pocos recursos que nos quedan después del fracaso, hemos ajustado con Buli Poloney, de este puerto, en Monte Cristi, 3,000 pesos nuestro arribo a Cuba, pues no se tiene noticia satisfactoria de la salida por Samaná y cuando ya está todo combinado y arreglado, y todo gasto hecho, los marinos que tienen que dirigir nuestro barco se arrepienten del compromiso y nos vemos obligados a valernos de otro capitán marino, de nombre Bastián; mas éste no acepta sino en su propia goleta, que tenemos que comprarle, pagarle a él una suma y parte de los marinos.

Hasta el instante de la salida el General y Martí están resolviendo los problemas del embarco. En premiosas cartas del 30 y 31 de marzo y del 1º de abril, le piden al amigo don Cornelius G. Moore intervenir en las negociaciones de compra de las goletas de Buli Poloney y de Bastián, y todo ese cúmulo de dificultades los persigue hasta Playitas.

También las tiene el General en su propia casa. Vísperas



de la partida se le acerca Panchito. Lo recuerda el viejo soldado:

—¿Qué piensas hacer de mí?

—Que te quedes, le contesté.

—El deber me manda ir a tu lado; no es posible que yo me concrete a empujar la barca que te ha de llevar a ti al sacrificio por la libertad de la tierra que guarda mi cuna, quedándome después aquí como una mujercilla.

Fué necesario—agrega el General—que Martí interviniese en esta conferencia, para que aquel niño hombre se aviniese a esperar, evacuando al propio tiempo asuntos de importancia a él confiados.

Obediente, pero inconforme, Panchito se le acerca aún más al padre amado y le dice al oído:

—Muerto o a tu lado.

Y cumplirá su palabra, yendo a caer, como una flor sobre un tronco, sobre el cadáver de Maceo.

Guelito Pichardo no era ajeno a esas dificultades de los expedicionarios, ni menos Lilís. Ambos, por temor a una fácil represalia de España, como la que sufrió Lilís más que nadie, por su ayuda a Maceo en 1880, que le costó una herida casi mortal en el pleito de El Cabao, habían de aparecer como perseguidores de los patriotas, lo que hacía poco menos que imposible la ayuda franca que ya necesitaban con urgencia. No se le escapaba a Martí la necesidad de mantener bajo la más estricta discreción su tarea revolucionaria, como lo explicaba en su carta de febrero al club *Diez de Octubre*, de Puerto Plata. No ignoraba que Lilís simpatizaba con su causa, pero sabía también que los agentes españoles mantenían en constante zozobra al Presidente, denunciándole personalmente cada paso suyo y de Gómez, como un acto que conspiraba contra el poder de España, que Heureaux no debía tolerar. Tampoco ignoraba Martí que a España le era fácil provocar la caída de Lilís, desde Puerto Rico, dándole ayuda y armas



a los numerosos enemigos de Heureaux, diseminados por todas las antillas y por Haití, en larga espera de ocasión propicia para combatirlo.

Todo el pensamiento de Lilís, al respecto, puede hallarse en la reveladora carta autógrafa, prenda de su sagacidad política, que le dirigió a Guelito el 29 de marzo, en la que formulaba nada menos que el plan de la expedición de Gómez y de Martí. Pasma la habilidad de Lilís, en este abrumador conflicto entre sus conveniencias políticas, de una parte, y sus simpatías personales, de la otra; que no era tan fácil burlar a España, como él lo hacía, frente a sus activos cónsules y al desvelado servicio del espionaje.

La interesante carta es contestación a una de Guelito, en que éste le declara sus simpatías por la causa de Cuba. Le dice:

¿Conque te gusta la causa revolucionaria de Cuba? Es a mi concepto como idea; así me gusta a mí y me alegraré mucho ver triunfar el sentimiento de los principios republicanos democráticos en todo el hemisferio americano...

Desgraciadamente ni tú ni yo estamos desligados de las responsabilidades del poder, y desde luego, por más vehemente que sea nuestro deseo de ver independiente a Cuba tenemos que circunscribir nuestra acción al límite de lo racional, teniendo en cuenta lo mucho que arriesgamos...

Como ellos han puesto en nuestras manos su suerte, digo así, porque son nuestros huéspedes y ellos confían en nuestra honorabilidad, dadas nuestras relaciones de franca amistad con España, debemos limitar nuestro cuidado a evitarles trastornos y peligros, pero en ningún caso asumir la responsabilidad que aparea el impartimiento de combinaciones que son enteramente extrañas a nuestra política...

No quiere Lilís que Guelito asuma responsabilidades, pero tampoco deja de hacerle advertencias que él sabe que Guelito dará a conocer en el acto a Martí y al General, y así le formula el plan que, a su entender, deben seguir.

Quizás la carta llegó a Monte Cristi después de la partida de Gómez y de Martí, pero sorprende que, siendo el plan de ellos algo distinto del de Lilís, las circunstancias, la de-



fección de Bastián, le impusieran a los expedicionarios el plan de Heureaux; el “trasbordo en alta mar que impida poderles encontrar rastro”. Ese plan no puede ser más simple:

La ausencia de Máximo y compañeros del país, pondrá en juego inmediatamente todas las combinaciones telegráficas convenidas de antemano. Convendrá, pues, que se despidan francamente en uno de los vapores americanos pudiendo esconderse en el Cabo Haitiano o en las Islas Turcas hasta conseguir burlar la actividad del telégrafo o combinar un trasbordo en alta mar que impida poderles encontrar rastro.

En el párrafo final Lilís alude a los \$2,000.00 dados a Mayía para la expedición de Gómez y Martí y le dice que está en condiciones de servirles de ángel de guarda:

Seguramente ellos no conocen la manera como están espíados, y afortunadamente, estoy en condiciones de servirles de Ángel de Guarda, y a ti de consejero. No te aventures demasiado. Yo continúo haciendo lo que puedo e iré tan lejos como me lo permita mi posición. Chuchú Aybar arreglará contigo los \$2,000 en la forma que gustes.⁽⁶³⁾

Y ángeles de guarda serían, para los audaces argonautas, el hábil Lilís y el generoso Guelito.

El 30 de marzo—al día siguiente de escrita la carta de Lilís a Guelito—el cónsul español, Quintana, le dirigía el siguiente cable cifrado al gobernador general de Cuba:

Heureaux avisame Máximo Gómez y Martí sacaron pasaporte para Santiago de los Caballeros y esta Capital. Paréceme pretexto para ocultar direcciones verdaderas. Extremo vigilancia.

EN LA GOLETA DE BASTIAN

Tras las dificultades ya superadas vino lo más triste: la despedida. Besos y abrazos del General. Abrazos de Martí

(63) Véase, en esta obra, el Capítulo *Diplomacia y espionaje*.



y de sus compañeros. En la casa contigua, de Regina y María de Jesús, las viejas y nobles hermanas del soldado, toma el Apóstol su última taza de café dominicano y entre nuevos abrazos y bendiciones parten los heroicos peregrinos, mensajeros de la libertad de un pueblo.

Ya Bastián esperaba, mar afuera, en la pequeña goleta *Brothers*.⁽⁶⁴⁾

Debido al poco fondo de la bahía—relata Gerardo Castellanos—la goleta debía esperar lejos de la orilla enviando un bote a los viajeros. Este punto había sido escogido a poca distancia de los muelles. Por esta parte hay un caserío y en él la aduana, muelles y almacenes de la casa de Juan Isidro Jimenes (donde trabajaba el joven Máximo Gómez Toro). Los contornos son medanales y hay unas salinas. De la playa a la población es de unos dos kilómetros, cursando por allí una línea férrea... Con motivo de la ausencia de dos compañeros el General montó en cólera que pudo aplacar Martí... Salieron del hogar a eso de las doce de la noche, tomando por la izquierda del camino de hierro. Marchaban en silencio de uno en fondo, yendo a la cabeza, como práctico, revólver en mano, Maxito. Era el primero de abril de 1895... Por la playa oteaba en funciones un empleado del resguardo, que ponía en peligro la hazaña, mas tan mínimo obstáculo no había de arredrar a adalides que iban a derribar el dominio español en Cuba; y por eso en un periquete el solitario vigilante haitiano fué amarrado y despojado de su armamento. Libres del inoportuno, advirtieron con asombro que el bote no había venido, aunque a lo lejos, debido a la mucha claridad de la luna, se dibujaba la nave. Grande fué la contrariedad de todos ya que cualquier otro accidente podía hacer fracasar, por el momento, la empresa. Y a ello se sumaba que César Salas, que guardaba el único dinero disponible para todos los gastos, se había extraviado. En tal situación Maxito se dispuso a ir con el haitiano prisionero en busca de uno de los botes de la Capitanía del puerto para en él ganar la goleta. Y cuando Maxito va en su misión oye ladridos de gozqueillos, y sorprende que ladran al pobre César que desesperado buscaba a sus compañeros. Y al mismo tiempo vieron que el bote esperado se aproximaba a la costa... Los patriotas van a echarse "en brazos de un destino incierto". La historia de ningún pueblo registra un caso tan dominantemente sublime, en que seis hombres, entre ellos la cabeza y el brazo de la revolución, se lancen a la mar a arrebatarle a una hercúlea

(64) El 18 de marzo de 1895 estaba en Monte Cristi, procedente de Turks Island, la goleta *Brothers*, de 9 toneladas, Capitán Bastián.



nación... la libertad de una colonia pequeña y débil... No lejos de Monte Cristi. Brillante noche de luna... Una goleta que a lo lejos espera. Un bote de remos. Seis argonautas libertadores en la playa despedidos por dos niños... ¡Qué interesante y conmovedor sería un cuadro con esta escena!... Allí está el Maestro, va a desmentir con su presencia la falsa imputación que desde La Habana le lanzaban veteranos de que "era guapo falso" y "capitán araña". Va pecho a pecho del Caudillo. Llegará a Cuba o se hundirá en el mar...⁽⁶⁵⁾

El General apunta en su *Diario*:

Nos hemos echado verdaderamente en brazos de un destino incierto. La Providencia premiará con el éxito nuestro arrojo por llenar el deber y cumplir la palabra empeñada acudiendo a Cuba, ya en armas por nuestro mandato.

Razón tenía Lilís al decir que Gómez y Martí ignoraban hasta qué punto estaban espíados por las autoridades españolas. No va lejos la *Brothers* cuando el espionaje empieza su menguada acción. El cónsul de España en Monte Cristi, Espín, oye al delator y en el acto le dirige el siguiente mensaje telegráfico al cónsul Quintana, recibido por éste a las 2:30 de la tarde del mismo día, 1º de abril, retrasmítido a Cuba:

Anoche a la una embarcaron Martí y Máximo Gómez en goleta inglesa de 7½ toneladas.

El espía cobró el vil precio de su servicio y expidió el recibo:

Playa, abril 1/95.

Recibí del Sr. A. Espín, \$10 diez pesos por diligencias hechas por él.

Cbalo Straun

El generoso gobernador Pichardo, que ha visto partir a los héroes con el pesar de no poder acompañarles, le escribe

(65) Gerardo Castellanos, *Francisco Gómez Toro...*, pp. 285-287.



el mismo día, 1º de abril, al Ministro de Interior y Policía, expresándole que sabrá “mantener siempre crecientes los deberes internacionales con España”.

Guelito se apresura a comunicarle a Lilis la salida de la expedición, y el astuto mandatario actúa en el acto. En ambos hay evidente empeño en despistar a las autoridades españolas. Al cónsul Quintana le dice, Heureaux, que Gómez y Martí salieron hacia Haití, y el 5 de abril le escribe al cónsul dominicano en La Habana, Prudencio Rabell, diciéndole:

...me hago el deber de participarle que el día primero de este mes fui avisado por el Gobernador de Monte Cristi, que los señores José Martí y Máximo Gómez se habían ausentado de aquel Distrito, sin haber podido averiguar el rumbo que tomaron. Aquí, en todo lo que ha entrado en el radio de nuestras facultades, hemos ayudado al Sr. Cónsul de España, y así continuaremos mientras sea necesario. Tenga la bondad de escribirme detalladamente, mientras dure la persecución del Gobierno a los revoltosos, en la seguridad de que le estimaré debidamente esa benevolencia.

Como se advierte por la última frase, Lilis seguía interesado en la suerte de Gómez y de Martí, consecuente con su ofrecimiento de ser para ellos angel de guarda.

Al día siguiente le escribe de nuevo al Cónsul dominicano en La Habana, lamentando, zorrunamente, no haber podido “traspasar los límites de nuestras instituciones”, para impedir la expedición, e inculpando a los Cónsules de España en el país de “no haberse penetrado bien del papel que desempeñan”. Decía el astuto Lilis:

Desgraciadamente mis esfuerzos no pudiendo traspasar los límites de nuestras instituciones han resultado estériles en el sentido de impedir que Máximo Gómez se embarcara, toda vez que las representaciones de España en esta República, demuestran no haberse penetrado bien del papel que desempeñan. Con una fiscalización enérgica en Monte Cristi, habría sido imposible que dicho sujeto pretendiera moverse sin que el Gobernador hubiera tenido base por parte del representante de España para obrar sin tener que dirigirse a mí, aunque hubiera aparecido arbitrario el medio



escogido para impedir la fuga. Después de lo dicho; réstame solamente autorizar a V. para que se aviste con el Señor Capitán General y le ofrezca en mi nombre sus servicios y las seguridades de las buenas disposiciones mías y de mi Gobierno para todo lo que se relacione con los intereses de España.

Guelito, que bien sabía el rumbo de los expedicionarios, desempeñó admirablemente su papel frente al cónsul Espín, simulando haber tenido aviso de que habían partido hacia Santiago de los Caballeros, pues que para esa ciudad les había expedido el pasaporte reglamentario para viajar de un lugar a otro, aún dentro del país. Lilís aprobó su conducta y así se lo expresó en su carta del 18 de abril:

He tomado buena nota de cuanto me dices respecto del viaje del General Máximo Gómez, y celebro que tuvieras la previsión de poner a conocimiento del Vice-Cónsul Español el aviso que tuviste de que había burlado tu creencia de salir para Santiago... Emilio Reyes haciendo alarde de los desaciertos comunes en su carácter ha escrito a Moca provocando la formación de Clubs revolucionarios que auxilien la causa cubana económicamente y eso es de señalada trascendencia para nosotros. En la imposibilidad de hacer otra cosa ordenarás a este caballerito que se traslade a Santiago y así te quitarás de encima el trabajo de seguirle los pasos...

No podía haber mejor entendimiento entre el Presidente de la República y el Gobernador de Monte Cristi, en defensa de Gómez y Martí. Lilís y Guelito, factores primeros de un régimen tiránico, habían, empero, prestado un magno servicio a la causa de la libertad. Pero, ¿era un tirano, en lo íntimo, quien procedía así? Lilís, tan respetuoso de la dignidad ajena, tan comprensivo frente a la opinión extraña, no era un tirano sino hasta cierto punto: lo era cuantas veces se lo imponían las circunstancias. Tal vez pueda decirse que era un tirano ocasional, circunstancial, no el déspota de todos los días y en todas las manifestaciones de la acción diaria. Un tirano por vocación, nato, habría estado del lado de España, y Lilís estuvo con todo el corazón del lado de Cuba.



En su carta del 5 de abril, a Gonzalo de Quesada, Pan-chito Gómez le relata cómo fué la partida de los expedicionarios:

Montecristi, abril 5 de 1895.

Sr. Gonzalo de Quesada.

Estimado Gonzalo:

Hace cinco días empezó en esta casa el terrible vacío: el lunes de madrugada, día primero de abril, se embarcaron por la playa de este puerto Martí y papá acompañados de 4 más: Paquito Borrero, César Salas, Angel Guerra y un peón Marcos.

Fueron horas muy angustiosas las de aquella noche; se extravió uno de los compañeros en el camino de la playa al pueblo que es de milla y media de largo; pero papá me echó al monte a buscarlo y al fin di con él. También en el punto por donde debían salir—en la playa desierta—se encontró un centinela; pero Poloney, que era el encargado del embarque—se lo ganó y ese hombre nos fué una ventaja porque el bote que debía estar esperando no había llegado, y a él aprovechamos para que tomase uno del muelle y los llevase a bordo de un lanchón fondeado a algunos metros con ese objeto e ir al Cayo (islita en la boca del puerto) de donde había de salir la goleta.

Además, si el bote que debía venir a la playa hubiera venido se habría encontrado con el guarda del puerto y hubiera sido peor, así que ese ligero trastorno vino en favor por obra de la Providencia, que en aquella noche no nos abandonó.

De la playa nos volvimos Maxito y yo, y en seguida fuí a esconder los caballos que teníamos en el patio para simular que habían salido para Santiago.

Como a las 3 saldría la goleta, y cuando asomaba el día sólo se veía en el horizonte una vela blanca que nadie sospechó que era cubana.

Mi inquietud en estos momentos es muy grande, porque a pesar de todo el cuidado y precaución aquí se sospecha que ellos se embarcaron en una goleta inglesa, sospecha que yo, con mañas, he tratado de desvanecer, pero temo que haya llegado el rumor a oídos del Cónsul español.

A estas horas, Gonzalo querido, están los nuestros o salvos o perdidos, y de cualquier manera esta carta ya no haría mella, por eso escribo con libertad.

La goleta se llama *Brothers* y su capitán Bastián, hombre que conoce a palmo la costa. Al principio se compró a Poloney una goleta *Mary John* y se hizo el contrato con el capitán y el contraestre; pero luego se



TERCER VIAJE

arrepintieron, exigieron una suma escandalosa y se les descubrió mala fe. Con la suma que volvieron a pedir además de la anteriormente estipulada, se armó y compró la otra a Bastián, que es hombre mejor.

Las dos goletas están vendidas a nombre de Poloney, y de éste tenemos documentos de propiedad a nombre de mamá, de que van copias.

El Maestro me dijo que Bastián podía ser útil a su vuelta sin intervención de Poloney, que no ha tenido la fortuna de poder servir bien. Si acaso se me necesita dénme instrucciones, yo puedo ir a Nassau y él puede hacerse de barco a propósito, si fuere necesario.

También para la venta de las goletas necesito órdenes si es que hay que venderlas y escriban a Poloney.

Bastián vive en Nassau y ése es punto a propósito para cualquier cosa.

El se irá en la goleta a su casa; pero debe escribir pronto, o—lo que es más probable, porque así deben habérselo ordenado papá y Martí—venir aquí a dar noticias y después irse en la misma goleta a Nassau.

Y en cuanto venga por él letra de papá y Martí desde la tierra cubana recibirán ustedes por cable a *Sbiraz* esta palabra *Home* que les significará que han desembarcado en Cuba, y se ha vencido en la primera batalla. Esa noticia puede tal vez en Cayo Hueso y demás puntos aprovecharse para los fondos.

Yo, Gonzalo, estoy desesperado: mi puesto está en las filas; pero mi orden tremenda es esperar, y en guarda estoy.

No deje de escribirme por todo correo una letrica para estar siempre de acuerdo, ser útil a mi tiempo.

Estamos aún bajo la primera impresión de la terrible despedida.

Adiós, escíbame pronto. Lea ésta Benjamín como para él, que él es también Cuba, del servidor de ella

FCO. GÓMEZ TORO

Esa carta a Carmita urgentito.

DE MONTE CRISTI A PLAYITAS

¡Qué de peripecias en el accidentado viaje de Monte Cristi hasta Playitas! ¡Y qué vigor de mente y de espíritu el de Martí en tan duros trances! En los muchos aprietos del General, en la manigua, nunca sintió en el espíritu iguales ansiedades. Por ello no se cansó de alabar la entereza de Martí frente a las graves contingencias del viaje. “Momentos angustiosos fueron aquéllos—decía el General en 1902—, capaces



de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares de la guerra.”

Como esperaba el general Gómez, el dios de los pueblos premió el heroísmo de los audaces argonautas, y el 11 de abril ponían el pie en Cuba libre. “Como Colón besé aquella tierra”, dijo Gómez. El ingenuo Marcos del Rosario, creyendo que era algún rito desconocido, hizo lo mismo. Martí dijo sus palabras más sublimes:

He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. *La divina claridad del alma aligera mi cuerpo.*

La mejor reseña de la épica jornada, digna de Ulises, es la carta del propio Martí a Gonzalo y Benjamín:

(Cerca de Baracoa) 15 de abril (1895).

Gonzalo, Benjamín, Hermanos queridos:

En Cuba libre les escribo, al romper el sol del 15 de abril, en una vega de los montes de Baracoa. Al fondo del rancho de yaguas, en una tabla de palma sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir. Oigo hablar al General, a Paquito Borrero, a Angel Guerra, a los cincuenta valientes de la guerrilla de Félix Ruenes que salió a nuestra custodia. Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Ustedes anhelarán conocer los detalles de nuestra llegada, que hoy ya es tiempo de dar, como fué de callarlos mientras la tentativa estaba aún en riesgo y se la había de mudar a cada instante. El plan pendiente a la salida de Collazo y Manuel fracasó después de larga espera, por la negativa de los marinos. Compramos otra goleta, para mayor provecho de su Capitán Bastián, que había de llevarnos. El 1° de abril por fin salimos, a las 3 de la mañana, asaltando en los botes abandonados de la playa la goleta *Brothers* que nos esperaba afuera, y a la madrugada siguiente, andábamos en la isla inglesa de Inagua, adonde iba el Capitán para renovar sus papeles, y de allí caer por ruta muy distinta de la que ahora hemos traído. A las pocas horas, era claro que el Capitán había propalado el objeto del viaje, para que las autoridades lo redimiesen de la obligación,



impidiéndonos seguir viaje. Por la mañana nos visitó la Aduana someramente: sentíamos crecer la trama: a la tarde, con minutos de avisos de Bastián, volvió la Aduana a un registro minucioso. La recibí, y gané su caballerosidad: nuestras armas podían seguir como efectos personales. Pero los marinos se habían ido: sólo uno fiel quedaba, el buen David, de las Islas Turcas. No se hallaban marinos para continuar viaje. Bastián fingía contratarlos, y movía a otros a que los disuadiesen. En tanto, ya nuestra retirada estaba descubierta: por tres días, los necesarios para su llegada a Cuba, podía explicarse nuestra ausencia de M. Cristi, por un viaje al interior, y ya corría el tercer día. Podía España avisada asediarnos en Inagua, en la isla infeliz y sin salida. Asomé un vapor alemán, que iba de Cuba al Cabo Haitiano; obtuve del Cónsul de Haití, Barbes, los pasaportes: y a la mañana siguiente, aquel duro Capitán, con asombro unánime, me rendía el barco, que Barbes devolvió luego a Montecristi, y los \$450 que había recibido para sí y la tripulación. Al Cabo llegamos al siguiente día, dejando ya en Inagua comprado a Barbes un buen bote y al favor de un recio temporal nos repartimos en grupos los seis compañeros: el General Gómez, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas, joven puro y valioso de Las Villas, Marcos del Rosario, bravo dominicano negro, y yo. El 10, continuando el plan forjado en el camino, nos reembarcamos en el vapor *Nordstrand*, Capitán H. Loewe; recogimos en Inagua el bote, y el 11, a las 8 de la noche, negro el cielo del chubasco, vira el vapor, echan la escala, bajamos, con gran carga de parque, y un saco con queso y galletas: y a las dos horas de remar, saltábamos en Cuba. Se perdió el timón, y en la costa había luces. Llevé el remo de proa. La dicha era el único sentimiento que nos poseía y embargaba. Nos echamos las cargas arriba, y cubiertos de ellas, empapados, en sigilo, subimos los espinares, y pasamos las ciénagas. ¿Caíamos entre amigos o entre enemigos? Tendidos por tierra esperamos a que la madrugada entrase más, y llamamos a un bohío: decir ahora más, fuera todavía imprudente, pero antier, cuando asábamos en una parrilla improvisada la primera jutía, y estaba el rancho de yaguas en pie, yo veo saltar hombres por la vereda de la guardia: “¡Hermanos!”, “¡Ah, hermanos!”, oigo decir, y nos vimos en brazos de la guerrilla baracoana de Félix Ruenes. Los ojos echaban luz, y el corazón se les salía... *General* me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el inmerecido título, y muy querido y conocido, me hallé por cierto entre estos inteligentes baracoanos: al caer la tarde vi bajar hacia la cañada el General Gómez, seguido de los jefes, y me hicieron señas de que me quedase lejos. Me quedé mohino, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube, llamándome, Angel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez,



como General en Jefe, había acordado, en consejo de Jefes, a la vez que reconocirme en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo, igualaban mi pobre vida a la de sus diez años! Me apretaron largamente en sus brazos. Admiren conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, a mi alrededor. ¿Cuándo olvidaré el rostro de Gómez, sudoroso y valiente, y enternecido, cuando subía las lomas resbaladizas, las pendientes de breñas, los ríos a la cintura, con el rifle y revólver y machete, y las doscientas cápsulas, y el jolongo al hombro? Y cuando a sus espaldas doy su jolongo al práctico, él me quita mi rifle, y sigue cuesta arriba con el mío y el suyo. Nos vamos halando, hasta lo alto de los repechos. Nos caemos riendo... A la hora de alarma, y las ha habido buenas, los seis rifles están juntos... De cuanto digo, nada publiquen que pueda denunciar el camino que trajimos ni a los que nos sirvieron. Al Capitán Loewe di una carta justa, y él les puede servir: sólo en el caso indudable, e improbable, de que hubiese perdido su situación por nuestra culpa, le ofrecí \$500 más: recibí, para él y los suyos, \$680. Gente hubiera podido venir mucha de Santo Domingo; pero la vigilancia extrema nos obligaba a no salir, o salir como lo hemos hecho. Si hay que publicar, conpongán el relato vivamente, con lo que va dicho, sin descubrir el camino... Del General bueno y querido, ya ve los tiernos cuidados. No me cuida él a mí más que yo a él. Me pesaba por las lomas su carga, como a él la mía. Brioso y jovial repechaba, con la carga de tres soldados, estas alturas. Más joven va que el más joven. Ve el grave caso político, y lo encararemos felizmente. Se le ve la frente llena ya del pensamiento de recoger y arremeter. Es gran gozo, vivir entre hombres en la hora de su grandeza.

El, general Gómez, a su vez, hizo el relato del viaje, transcrito en la siguiente carta de Panchito Gómez:

Montecristi, 3 de mayo de 1895.

Sr. Gonzalo de Quesada.

Mi muy estimado Gonzalo:

Leo su carta por la que veo que usted a su vez recibió la mía: nosotros aún no hemos tenido noticias de papá y Martí. Cierta, segura, es su llegada a Cuba, pero hay muchísimas peripecias que contar sucedidas después de su salida de aquí en la goleta. Copio de una carta de papá: "En Inagua. 3 de abril—Ayer a las 9 de la noche fué que pudimos llegar aquí pues el viento nos hizo falta. Hasta aquí y en este mismo instante que te



escribo no hemos tenido novedad. Los más mareados han sido Martí y Guerra. Voy a dejar esta carta abierta hasta el último instante para ir anotando todo lo que ocurra, pues se la daré al capitán para que la haga llegar a tus manos... Día 4—Hoy hemos descubierto un gran engaño del que nos condujo hasta aquí. Creo que nos vamos a ver en grandes apuros aunque sin peligro personal. El tal Bastián ahora nos sale diciendo que los marineros han cogido miedo y no quieren seguir, y sospechamos que es obra de él mismo la desanimación de la gente para quedar él fuera de compromiso con esa forma de aparente legalidad, y robarnos el dinero, y haber conseguido la venta de su goleta por un precio fabuloso. Todos los compañeros nos tenemos que quedar a bordo maltratados por los vaivenes de la mar picada y el incansable Martí se ha ido a tierra—lo acompañaba Salita (César Salas)—sudando coraje e indignación, y tragándose la lengua como el esclavo rebelde, a desenredar la madeja infame que nos ha formado el marino Bastián de las Bahamas, hombre sin corazón y sin conciencia. Todo esto que iré relatando, si puedo, es necesario que lo cuenten a Poloney, a Moore y otros amigos nuestros para que sepan quién es Bastián, no para que se le haga daño si pisa las playas de nuestras patrias Cuba y Santo Domingo, sino para que todo el que intente ir detrás de nosotros o se ocupe de asuntos parecidos a los nuestros, al encontrarse con Bastián no confíe en él para nada. Si España llega a saber la conducta de este hombre con nosotros lo haría rico, y ése sería un modo eficaz de hacer más española que cubana a la infeliz gente de las Bahamas, que no obstante ser buena gente, sufre muchas miserias, y la codicia de su compatriota les dejaría marcada la senda por donde andarían mejor acomodados de estómago, cuya influencia es tremenda y funesta donde sólo deben imperar el honor y el deber.

Son las 4 de la tarde. Regresa Martí sin esperanzas ningunas de encontrar marinos. Nos han registrado el barco, y hemos andado en grandes apuros escondiendo todo lo que pueda denunciar nuestro proyecto. ¡Cuántas zozobras y angustias! ¡Y todo esto divisando las tierras de Cuba a 40 millas!

La obra de Bastián será consumada de que quedemos aquí varados. Nos cae la noche encima sin esperanza. Día 4—Nos hemos encontrado un buen amigo, una Providencia, Mr. Barber, Cónsul de Haití, que nos ofrece su protección, y se ha condolido de nuestra situación lamentable y triste. Apunten bien el nombre de este hombre bueno para si algún día tropiezan con él en el camino de la vida, que sepan que hay que tratarlo bien, como a nuestro salvador de este gran trastorno, porque lo más delicado de la vida humana es no saber o no querer pagar las deudas.

Coincide con el descubrimiento casual de nuestro protector la entrada a este puerto de un vapor alemán, mercante—cuyo nombre averiguaré—, y



nos proponemos abandonarlo todo y embarcarnos en él, que va rumbo a Cabo Haitiano.

Sale Martí para tierra a arreglar todas las cosas y a perseguir a Bastián, que ya esta noche no ha dormido con nosotros, para ver si logramos arrancarle los \$450.00 oro que le hemos entregado por su viaje para las costas de Cuba. Todos los demás como siempre nos hemos quedado en la goleta molidos el cuerpo y el espíritu.

El mismo día a las 4 de la tarde.

Regresa Martí y ha podido arrancar a Bastián \$400, siempre el engañador se ha quedado con \$150.00 más como \$50.00 que nos ha hecho gastar aquí en su provecho; pero al fin nos hemos quitado ya de este hombre funesto.

De la comitiva de Bastián, es decir, de los tres marinos, nos quedó uno fiel hasta el último instante: este hombre era el cocinero: se llama David Caley. Cuando este hombre se ha penetrado de todo, y entendido que nos íbamos a separar, le hemos visto llorar como un niño. El dice que conoce mucho a Maxito (Max Gómez hijo) y si este hombre va por allá como lo creo, pues irá a entregar la goleta a Poloney, es preciso que lo traten como a un buen amigo. A Poloney que lo coloquen bien, etc....

Día 5—Estamos pasando el día en los ajustamientos de nuestro embarque en el vapor alemán. Ya nos creemos salvados de la varadura de Inagua, y nuestro barco volverá para las aguas de Monte Cristi.

Son las tres de la tarde, nos separamos de David llorando, y nos trasladamos al vapor alemán, que no siendo más que de carga viajamos como fardos y no como hombres.

No obstante mucho tenemos que agradecerle a la fortuna alejándonos de Inagua, y donde muy fácil la presencia de un buque de guerra español pudiera causarnos serios peligros.

Vamos navegando con mucha mar y un fuerte brisote; pero como el barco va muy cargado apenas se siente.

Día 6—Hemos pasado la noche bien, y yo, debido a la amabilidad de Martí, he dormido muy cómodo en la cama del capitán, pues éste se la brindó a él, que me la cedió a mí.

Como nuestros pasaportes han sido despachados con nombres supuestos, llegaremos al Cabo como pasajeros que viajan cada uno por su propia cuenta, y nos ocultaremos en puntos distintos.

Allí ajustaremos la salida para Cuba, quizás sea con más seguridad que como íbamos.

Son las dos de la tarde y hemos desembarcado. Cabo Haitiano.

Me encuentro de incógnito en la casa de Mr. Mercier, socio de De-



llundé. Excelente amigo nuestro y del doctor. Aquí es casi seguro que pasemos tres o cuatro días, arreglando nuestra salida.

Día 7—Hemos pasado la noche bien, etc....

Día 8—...voy a cerrar esta carta pues creo que nos embarcamos a las altas horas de esta noche.

...tu *Máximo* (a la dos de la tarde)."

Es todo lo que de ellos sabemos, Gonzalo.

Después en carta posterior del Dr. Dellundé leí así:

"Según mis cálculos los ilustres viajeros debieron haber llegado de Jueves a Viernes Santo, o sea el 11 del cte. (de abril) a las playas cubanas. Nada dicen los españoles de captura, luego están en Cuba."

Dice en otro párrafo: "Ayer recibí el siguiente parte telegráfico de Mayía: "Que hay n p s f j l l b t.—n b u t f—J m b salieron están allí."

"No teniendo clave no pude interpretarlo. Sin embargo contesté: "Casi seguro Viernes Santo."

"Si usted tiene clave, y quiere y puede mándeme una con persona segura para no verme embarazado como ayer..."

Yo tampoco tengo ninguna clave y no sé qué quiso decir: supongo preguntaba por Martí y papá.

David Caley volvió con la goleta; pero sin una letra para nosotros. Bastián se quedó en Inagua.

Todo parece que ha sido dirigido por una mano invisible: que Bastián se arrepintiera, y que no encontraran marinos en Inagua, etc., pues aquí al día siguiente de su salida se sabía todo por los españoles, y ya habían telegrafiado a Cuba con detalles y era segura su perdición si se hubieran presentado a las playas de Cuba en la goleta. Suponemos que la denuncia fué hecha por el mismo Bastián, porque nadie más podía dar los detalles, y el arrepentimiento lo hace creer más. Yo estaba desesperado sin poderles avisar. Sin poder correr a su salvación. El trastorno ese, pues, despistó al enemigo, que estará firme esperando la goleta inglesa. ¡Pero ya están salvos! ¡Ahora, sí, a ayudarlos a triunfar! Yo tampoco descansaré, Gonzalo, estoy dispuesto a hacer y trabajar lo que se pueda, a pesar de que ya hemos tenido aquí un fuerte sacudimiento que casi nos ha echado abajo todo. Hay aquí orden de prisión para todo el que proteja a Cuba. Vino orden directa al Gobernador de prender los del *Centro Capotillo* y desterrar unos. Irá correspondencia oficial. ¡Pobre Santo Domingo! ¡Donde el bien ha de hacerse entre las sombras!; pero no desmayemos.

Martí, papá y Collazo, plantearon un negocio excelente, con un buen cubano de ésta, Joaquín Montesino, socio de una casa de comercio alemana, y puesto que ya no podemos contar con Bastián, me parece ha-



Establecer en Inagua una sucursal de esta casa J. Stapelfeldt & Co. con el objeto de comprar provisiones y sal para hacer el comercio con Montecristi: comprar una lancha de vapor que pueda hacer la travesía —de bastante capacidad, y chata—pegada a la mar, muy rápida. A Inagua se pueden traer armas, elementos y todo lo demás que quiera llevarse a Cuba. Martí pensó para la dirección de la lancha en Tomás Collazo, el hermano del Comandante Enrique; pero como éste no está en los E. U. ya si a usted le parece pueden contar conmigo. Buscaremos un capitán y tripulación que nunca desembarcará en Santo Domingo para no comprometer ni dejar perder un cabo. En una noche se puede ir y venir de Inagua a Punta Lucrecia, y seguir para este puerto. La persona, directora de la consignación en Inagua la tenemos, es cuñado de Montecristi, en quien se puede confiar. Ellos nos pueden proporcionar el barco, pero en caso que ustedes estudien el negocio, sería mejor que fuera nuestra embarcación, y vean catálogos de precios en ésa. Así se tendrá una comunicación continua cada semana; pueden llevarse expediciones y elementos de boca y de todo. Además, Inagua es la encrucijada de las líneas al Norte y nos podremos comunicar continuamente. Nos favorece también, el ser Inagua un puerto inglés, donde con el incidente de papá y Martí podemos hacer relaciones y obtener buena protección. Todo consiste en el precio y costo de la embarcación. Si usted lo cree conveniente podemos destinar lo de las goletas para el efecto.

Como le dije antes la idea fué de Martí y Collazo, contando con Tomás; pero no ha de faltar quien supla su persona.

No ha venido el *Herald*: noto cierta irregularidad en el envío de todo periódico de New York: *Patria*, que se publica semanalmente no viene sino un número o dos cada vapor, y eso me impide establecer una agencia en forma para que cada uno pague la suscripción, sino que se reparten gratis los números salteados que llegan.

En este momento me llega la contesta de un telegrama de la Capital: dicen que Mayía está allí. Como no puedo dar una idea de cómo va ese asunto no he telegrafiado; después de la salida de papá y Martí sólo me he comunicado con él para ponerle en las manos \$600.00 oro, comisión que ya cumplí. Supongo que debe estar ya próximo a marchar; no me atrevo a preguntar eso por no hacerles alguna violonada: no tenemos clave. Valiéndome de un cubano de Santo Domingo, Juan Anido, que medió en la entrega del dinero a Mayía, pude averiguar que aún está en Santo Domingo.

Como no tengo ninguna orden respecto a las goletas, hoy mismo determino lo siguiente:



TERCER VIAJE

Proponer a Poloney—que las tiene en depósito—que utilice las dos embarcaciones en cualquier negocio que a él le convenga y plazca por su propia cuenta, haciéndosele entrega formal de ellas.

Partir por mitad las utilidades que se devenguen de los fletes entre Poloney, consignatario, y mamá, como dueña y representante de la Delegación a quien pertenecen. Poloney estará obligado a mantener en buen estado las embarcaciones, respondiendo de cualquier avería, menos en caso de naufragio.

Será por cuenta de Poloney la tripulación de los barcos, y cualquier gasto de desembarque y derechos de Puerto y Despachos. Poloney estará obligado a devolver las goletas en cualquier tiempo que le sean demandadas, en cuyo caso quedará el contrato anulado y el negocio concluido.

Esto se puede limitar también a una de las embarcaciones caso que él no acepte las dos, o una se necesite.

No sé cómo acogerá mi proposición; de todos modos transaremos el asunto con las más utilidades que pueda sacar.

Yo tengo aquí poco conocimiento en estas cosas de mar, por lo que yo mismo no administro los intereses de mi padre.

En caso de que hagamos el contrato, ustedes tendrán aviso de las sumas que pondremos a su disposición. Hay que sacarle el interés al dinero que está parado.

Respecto al Club Político que por ahora está suspendido, hay que tener mucho cuidado al hablar de Santo Domingo: no digas una palabra, que a Trujillo le hemos mandado ya lo que deba salir: que el fuetazo salga de aquí mismo. No podemos negar que nos están protegiendo aquí, pues Martí y papá tenían el apoyo del Gobernador por autorización de Lilis: yo mismo he traído algo de casa del Gobernador: y sería feo de parte de los cubanos decir lo más mínimo de las tristezas de este país, que a pesar de todo los protege.

Lo que sí es conveniente que pongan en la lista de los Clubs en *Patria* al *Centro Capotillo*, hoy paralizado.

Usted recibirá carta de Emilio Reyes—iniciador de la idea de formar congregaciones cubanas en Santo Domingo, compuestas de dominicanos—que hoy lo destierran por eso, del distrito. Es honrado a toda prueba.

Recuerdos a Angelina y un beso a la Baby hermosa, de su amigo de siempre

FCO. GÓMEZ TORO

No se olvide contestarme sobre la lancha de vapor.



EN CUBA LIBRE

Desde su llegada a Cuba, Martí y el general Gómez le comunican su accidentado arribo a sus amigos y a sus familias. Con acento filial habla Martí del soldado, y éste habla de Martí como de un hijo. El 16 de abril, todavía en jurisdicción de Baracoa, el General le escribe a Gonzalo de Quesada:

Mi querido amigo: Aquí nos tiene ya, sanos y salvos sobre la tierra amada, rifle en mano frente al tirano de nuestra patria. Ella como cariñosa madre nos ha recibido con sus brazos abiertos, y puso en seguida a nuestro lado 50 compañeros armados hasta los dientes. No teman mucho ya por nosotros. Tu recuerdo me sigue: ya ves que cumplo tu encargo, y más de una vez, jadeantes, fatigados, trepando la escarpada sierra, te he recordado con Martí.

Este veterano de la tribuna lo está siendo aquí ahora con la misma fuerza y valentía. La prueba ha sido dura, pero no ha cedido ni un punto a los que de viejo sabíamos quebrar las sierras y dominar la sed y el cansancio.

Todos queremos a tu maestro como él se merece que lo quieran; y lo cuidamos. Ya has de considerar cuánto puedo agradecerte que esa carta que te incluyo para los míos llegue a sus manos pronto y segura.

A esa Angelina cariñosa, a esos amigos leales y buenos, que reciban la expresión de mis más puros afectos.

Te quiere tu viejo amigo,

M. GÓMEZ

Al cerrar ésta, enemigo próximo y mando gente a tirotarlo.⁽⁶⁶⁾

En una de sus cartas íntimas, del 26 de abril, dice Martí:

Gómez me ha ido cuidando en los detalles más humildes con perenne delicadeza. He observado muy de cerca en él las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad.

En otra carta a Gonzalo, del 4 de mayo, el General habla de Martí:

Mi querido Gonzalo: Te abrazo desde estos campos gloriosos. Abraza al dulce Guerra. No temas por Martí; no nos separaremos. Revolución

(66) *Listín Diario*, S.D., 8 junio 1895.



gigante, pero siempre es bueno apurar marcha de lo de fuera para adentro. Es preciso aprovechar. Enemigo aturdido. No tengan cuidado sino fe. No pueden vencer: les tenemos tomadas todas las averidas. Los Maceo altos, muy altos en sus puestos.

Marchamos para el centro. A los cubanos que no desmayen.

Tenemos un mundo de trabajo. Es de prisa. Martí no duerme, escribiendo.

Adiós,

GÓMEZ⁽⁶⁷⁾

El mismo día el general Gómez suscribe su interesante carta al *Herald*, en la que explica su sistema de guerra, ajustado a la prédica de Martí. En la carta, seguramente escrita por el Apóstol, el General alude al sistema de guerra dominicano, que él siguió en Cuba con tan buenos resultados. Decía:

Esta guerra es señalada tanto por su magnanimidad como por su incansable energía. Entre los veteranos de la pasada lucha, los cuales vienen a ponerse bajo mi estandarte con el fin de guiar y conducir a la victoria las filas de la joven generación de los patriotas de la libertad, se nota un espíritu de resolución y energía muy superior a cuanto se vió en la guerra anterior y enteramente libre de lo que entonces localizaba nuestros movimientos y estorbaba nuestras operaciones. Son tan brillantes las esperanzas del triunfo de la presente revolución antes de dos años, que no cabe duda que la República de Cuba ocupará muy pronto un lugar entre los gobiernos libres del Nuevo Mundo.

Obligado por las circunstancias tuvo Martínez Campos que adoptar el único plan de campaña que a España le queda, para sostener, temporalmente, la *posesión de las grandes ciudades* y puertos principales; estos mismos, empero, se le irán muy pronto de las débiles y enfermizas garras. Campos necesita de doble ejército, uno para la ocupación y otro para obrar. Para aquélla necesita por lo menos 30,000 hombres, como lo puede ver cualquier militar que conozca la fuerza de la Revolución y que tenga conocimientos topográficos de la isla, si es que ha de ocupar y sostener las ciudades, pueblos y puntos estratégicos amenazados ya por la Revolución; para el ejército de operación, necesitará de fuerzas mucho mayores a fin de que pueda hacer frente a nuestras fuerzas en los campos.

(67) Publicada en *Patria*. Reproducida en *Las Albricias*, de Monte Cristi, y por *La Prensa*, de Santiago de los Caballeros, el 20 de junio de 1895.



“Cuba Libre” no necesitará de ejércitos tan formidables para sostener la guerra hasta que la España se vea precisada a acabar la guerra de extenuación física y financiera, como sucedió en Santo Domingo; pues podemos, por nuestro conocimiento de la Isla, de sus montes y desfiladeros secretos, con un ejército mucho menor, asistidos de todas estas ventajas y de los recursos que ofrece la isla, obligar al ejército de ocupación a permanecer separado del de acción y molestando al enemigo por nuestros movimientos de diseminación y rápida concentración, hacerlos incapaces de reunirse.

MÁXIMO GÓMEZ, Gral. en Jefe

Mayarí, mayo 4 de 1895⁽⁶⁸⁾

LA TRAGEDIA DE DOS RIOS

En la patria de Máximo Gómez la guerra que está ensangrentando a Cuba es como si se estuviese librando en la propia Quisqueya, como una continuación de nuestra lucha restauradora contra España. En la prensa, en la escuela, en el Gobierno, en todas las manifestaciones de la vida dominicana, en los hogares de los héroes, Cuba está presente. Los diarios dan, anhelosos, las noticias de la contienda. Se multiplican los clubs revolucionarios. De nuestras costas parte la expedición de Mayía Rodríguez. Jóvenes dominicanos cruzan el mar y van a engrosar las filas de Maceo y de Gómez. El oro dominicano se convierte en armas para los rebeldes. Es todo un pueblo, olvidado de sus propios asuntos, que alza unánime la bandera de Cuba libre.

Todo ese entusiasmo bélico tiene un doble estímulo: el sentimiento de fraternidad hacia Cuba y la mágica atracción de sus caudillos, de Maceo, que ya dejó huella profunda a su paso por Monte Cristi, Santo Domingo y Puerto Plata; de Gómez, que es dominicano; y de Martí, tres veces viajero en tierra quisqueyana, que acaba de partir de sus playas dejando atrás amigos entrañables y admiradores vehementes.

(68) Publicado en *Listín Diario*, No. 1809, Santo Domingo, junio 20 de 1895.



Así marcha la guerra: la fe en la emigración y en la manigua es la misma. Mas, el 19 de mayo, sucede lo inenarrable. El deseo de Martí, sus votos de Monte Cristi expresados a un dominicano, de pegarse "al último tronco, al último peleador, morir callado", se cumple trágicamente en Boca de Dos Ríos. Esa tarde aciaga "moría un santo", dijo Roberto Giusti. Se dijera que en la caída del Apóstol le envuelve la bandera dominicana: el traje montecristeño; la simbólica cinta de seda azul, con dedicatoria alusiva al color de la cinta y a la guerra, de una de las nobles hijas del General; el revólver montecristeño de Panchito Gómez; el jolongo del General; la carta inconclusa al Guerrero; todos esos objetos dominicanos constituyen algo así como una bandera amorosa que le cubre el cuerpo inerte: la bandera dominicana.

Hablar del dolor del viejo General sería profanarlo: perdió un hijo y a la vez un hermano; un mentor inigualado; perdió su biógrafo: Aquiles sin Homero.

El 22 de mayo, el *Listín Diario* publicaba el siguiente cable acabado de recibirse:

Habana, mayo 21.

Cónsul Español, Santo Domingo.

General Salcedo telegrafía desde Cuba que antier combate con partida 700 hombres entre Bijías y Dos Ríos orilla derecha Contramaestre con Martí, Gómez, Massó y Borrero encontrados por columna Sandoval, combate duró hora y media siendo enemigo dispersado; muerto titulado Presidente República José Martí cuyo cadáver fué recogido identificado a pesar empeño retirarlo enemigo, el que tuvo además 14 muertos vistos muchos heridos cogiéndosele armas correspondencia Martí, once caballos útiles con montura; nosotros cinco muertos siete heridos, prisioneros aseguran Gómez y Estrada muertos o heridos pero falta comprobación. General Campos salió ayer para departamento oriental. *Arderius*. Mayo 21.⁽⁶⁹⁾

(69) Poseemos el original manuscrito del cable transcrito, el mismo expedido por la oficina del telégrafo el 22 de mayo de 1895.



Nadie aceptó como verídica la espantable noticia, y desde el 22 de mayo hasta entrado el mes de julio, en que se impuso la verdad, las contradictorias informaciones de la prensa mantuvieron en amarga ansiedad a toda la República.

La muerte de Martí causó consternación en toda la América, pero excepto entre sus hermanos de Cuba en ninguna parte causaría la honda angustia primero, y luego el vivo dolor que ella produjo en la tierra de Gómez. Aquí estaba, aquí recibió la noticia del alzamiento de su patria; de aquí había partido; a un dominicano acompañaba; aquí acababa de resonar su voz y eran bien muchos los dominicanos que en su última permanencia en el país le habían conocido, admirado y amado.

Todo el dolor dominicano, todas las lágrimas derramadas por la muerte de Martí, podrían encontrarse en esta plañidera esquila de dos ancianas, de las hermanas del general Gómez, en rezos y en vigilia desde el 1º de abril:

Monte Cristi 22 julio 1895.

Señor Don Tomás Estrada Palma.
New York.

Muy estimado señor mío:

Nosotras con usted, Quesada y Guerra, en espíritu a su lado, lloramos la dolorosa muerte de nuestro querido Martí, nunca olvidaremos sus últimas y elocuentes palabras, tomando el último café: ¡él comprendía lo que sufríamos al separarnos de mi hermano y con sus sabios consejos nos consolaba!

Sin perder la fe; ¡el golpe es terrible! Don Tomás, nosotras no tenemos noticias de Máximo, después de estar herido, le suplicamos nos diga si usted sabe de él, no nos oculte nada, pues ya es tiempo de saberse. Sus afectísimas,

Regina y Ma. Gómez⁽⁷⁰⁾

(70) Archivo Nacional, La Habana, Delegación Cubana en New York, Caja 7, No. 1509.



¡Cómo serían esas “últimas y elocuentes palabras” de Martí, “tomando el último café” dominicano! ¡Cómo esos “sabios consejos” del Apóstol! Hablaría de la gloria del General, que sería como un manto excelso para ellas y para toda la familia. Y otra vez diría, en lo íntimo, escondiéndole su amarga verdad a las tristes viejecitas: “Para mí, ya es hora.”

Allí también, un poeta que abrazó al adalid y que le vió ausentarse, su ferviente amigo Bienvenido S. Nouel, le sorprendió en los ojos el centelleo que “era el presentimiento de otra vida”, y recogió la honda impresión en doliente poesía.⁽⁷¹⁾ El poeta quisqueyano no le reprocha al Apóstol—como Darío—el haberse arrojado a la muerte. Así es mejor, dice en sus versos, antes que se repita el acto de Berruecos:

FOR EVER!...

En la muerte del gran antillano José Martí

Al Lcdo. Federico Henríquez y Carvajal

 Cuando me dió un abrazo
yéndose a combatir, audaz, ansioso
 por libertar su patria,
de la caricia de sus grandes ojos
se desprendió, fugaz, un centelleo
 que iluminó su rostro;...
era el presentimiento de otra vida,
donde se tornan astros luminosos
los tristes que transitan por el Mundo
con un mundo moral sobre los hombros!

(71) La muerte de José Martí fué motivo de inspiración para casi todos nuestros poetas. Cuanto escribieron entonces, al menos lo de más interés, lo recogemos en nuestro libro *José Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana*. Al año siguiente de la caída del Apóstol, en 1896, se publicó en Santo Domingo el opúsculo *Album de un héroe. A la augusta memoria de José Martí*, que le fué consagrado por sus amigos y admiradores dominicanos. Son dolientes páginas, prosa y poesía, en que aún está vivo el dolor dominicano por la muerte del Apóstol. En otra parte de este libro se reproducen algunos sueltos de nuestra prensa, de mayo a julio de 1895, concernientes al triste suceso.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Cuando la negra Parca
con su gélido ósculo
en el ardido campo de Belona
le acarició su frente de coloso,
sentí sacudimiento en mi espíritu,
sufrí dolor muy hondo!
La Musa Americana
que vuelos tiene de gigante cóndor
jamás debe llorar la despedida
eterna del Apóstol!
Cantar, y nada más!
Cuando la Gloria
en vuelo majestuoso
arrebató al vidente de Dos Ríos
y le condujo de la Fama al solio,
estremeciéndose el Orbe en su cimiento,
y en su actitud de olímpico abandono
Martí permaneció... Necesitaba
el paladín reposo!

Así es mejor!

A un lado del camino,
de cara al Sol, en el tapiz de abrojos,
mordiéndolo con belígera soberbia
un puñado de polvo,
antes de nuevamente
escuchar ruido hórrido
que en retumbo fatídico reviva
de Berruecos el crimen vergonzoso!

EPILOGO

En los campos de Cuba brillan al sol las armas de los libertadores. En "la mano de valientes" la muerte ya inició su vendimia. Bajo las palmas de la manigua, del pequeño caballo moro y cara al sol cayó José Martí. Cae Borrero en la toma del pueblo de Altigracia, y Angel Guerra en el reñido combate del ingenio Santa Rita. César Salas sucumbe en un asalto en la provincia de Matanzas.



Sólo quedan en pie, frente a España, los dos guerreros dominicanos: el más grande y altivo y el más humilde, el Generalísimo y el comandante Marcos del Rosario. En la sangrienta acción de Coliseo, combatiendo al numeroso ejército personalmente comandado por el general Martínez Campos, el Generalísimo cree angustiado que va a quedarse solo: Marcos cae herido y muerta su montura; pero se salva y vuelve al lado de su jefe.

En el firmamento de los pueblos libres brilla la estrella solitaria. La Constitución de la nueva República le abre las puertas de la Presidencia al ilustre hijo de Baní, pero el viejo soldado declina el gran honor, alegando que es dominicano. En dos ocasiones vuelve a su Patria a visitar personas y lugares nunca olvidados, y retorna a La Habana donde, rodeado del amor de los suyos, de la veneración de un pueblo y de la admiración de un Continente, su espíritu se reúne al de Martí. Sus nombres quedan enlazados en la historia de América como solemne ejemplo de fraternidad entre dos pueblos.

Grande es nuestra deuda a Martí: grande por la vigencia de su doctrina, válida para todo hispanoamericano, y grande por haber contribuido decisivamente a darnos la gloria de que un dominicano fuese el Libertador de su isla hermana. Si por la obra de Máximo Gómez y por la sangre dominicana derramada en la manigua cubana es grande nuestro fraternal orgullo, más lo es y deberá serlo siempre por la unánime y fervorosa adhesión de todo el pueblo dominicano a la causa de la libertad de Cuba.

La América toda estuvo llena del nombre de Washington, luego del de Simón Bolívar y ahora del nombre de José Martí. Mientras más alta sea su gloria, más lo será la de Máximo Gómez, como si al levantarse sobre todas las cimas del Continente la bandera cubana, se alzara también, junto a ella, la bandera dominicana.



PAGINA DOMINICANAS DE MARTI

MAESTROS AMBULANTES

“¿Pero cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de *La América*, del año pasado que tengo a la vista?” Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.⁽⁷²⁾

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que

(72) Véase, en esta obra, en *Páginas y apuntes diversos*, el artículo *Las ideas de Martí en Santo Domingo*. Publicado en *La América*, N.Y., mayo, 1884; y en *Revista Científica*, S.D., 1884.



trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se replega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partírlas con los demás, y sólo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera, un insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en éstas se encuentra sabor. Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: "¡Hasta verte, Cristo mío!" Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura.

Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los obreros. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hom-





Panchito Gómez y César Salas.





General Mayia Rodriguez.



bres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar su trabajo para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del Africa, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras día tras día de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la



época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconuelo en que suma a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob: ¡Qué hermosas poesías tiene la Biblia! Si acurrucado en una cumbre se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abraza a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturcidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos cuando viesan llegar de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! ¡En vez de crías y cosechas se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían ex-



plotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarle lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del Maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y ésta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el Maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés; que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruída que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen éstas y demostraran aquéllos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.



¡Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones; como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.



FRANCISCO GREGORIO BILLINI

La República Dominicana, que en pruebas duras de la fortuna ha mostrado épicos alientos, acaba de elegir para su presidente al general Francisco Gregorio Billini, cuyo retrato aparece en esta página.⁽⁷³⁾ El general Billini goza fama de bravo, desinteresado y modesto. Ha peleado en los bandos de su patria: porque en las sociedades nacientes, víctima siempre de los caudillos brillantes e intrépidos, el derecho tiene, si no quiere morir de desuso, que ayudarse de la fuerza. Billini ha estado al lado del derecho, y cuando ha triunfado, ha sabido esquivar los puestos públicos.

Nació en año famoso para los dominicanos, en que el noble Juan Pablo Duarte alzaba la bandera de guerra contra la gente haitiana, y Santo Domingo requirió y ganó en Ocoa su independencia. Cuantas veces se ha entrado Haití por tierras de Santo Domingo, ha vuelto atrás azotada.

Y cuando España se echó de nuevo sobre la Isla indómita, soldados tenaces hubo; pero ninguno más que el joven Billini. Baní es tierra de bravos, y él fué jefe de Baní. El general Luperón hizo entonces de él su secretario. Cayó Billini en manos de las tropas de España, y fué canjeado a poco por prisioneros españoles.

(73) Se omite. En las *Obras* de Martí, Edición Lex, vol. II, p. 44, se publica este artículo, y se dice que "la comprobación del lugar y fecha en que fué publicado no ha podido establecerse exactamente". Se puede afirmar aquí que esas páginas fueron publicadas en la revista *La América*, de Nueva York, sept. 1884, p. 117; y reproducidas en *La Semana*, Nueva York, sept. 1906.



Más que los naturales, los genios de la tierra parecían aquellos fantásticos soldados dominicanos. Dijérase que los auxiliaban en su campaña contra la invasión española poderes maravillosos. Las ramas de los árboles se volvieron soldados. Y si no hubieran tenido los dominicanos otras armas, se habrían arrancado los dientes. El pelear, de haber sido necesidad, se hizo vicio; y a la victoria contra el español siguieron las guerras intestinas, en que no se encontró nunca a Billini del lado de los que sofocan el pensamiento, ponen la ley debajo del puño de su machete, y concitan los ánimos de la gente ignorante contra los extranjeros laboriosos.

Obligado a dejar el país cuando Báez lo mandaba, se unió a Cabral tan luego como éste se alzó en armas, y con él peleó seis años, hasta que ocupó González la Presidencia, que no pudo obtener que Billini ocupase empleo alguno.

Entró luego Espaillat a presidir, invocando la urgencia de aplicar a los trabajos de la paz liberal las fuerzas que los dominicanos venían consumiendo en guerras, en apariencia mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mando, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen. ¡No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Quien las mire por encima del hombro, que medite en ellas. ¡Bien idas están, y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países!, ¡pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las Repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen acaso su mayor timbre de decoro! Allí donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados.

La gente de González tenía sitiada a la ciudad de Santiago de los Caballeros durante el mando de Espaillat, y a los habi-



tantes en gran angustia; Billini puso en fuga a los sitiadores, y entró en triunfo con gran regocijo público en la ciudad libertada. Pero Espaillat vino abajo; y Báez, después de largas guerras, entró en 1878 a la Presidencia. Billini movió a las armas a sus amigos y soldados de la ciudad de San Cristóbal, y al cabo de un mes, entraba en la ciudad de Santo Domingo con el general Guillermo, bajo el cual fué vicepresidente de la República y ministro de Hacienda. Fué luego presidente del Senado, y electo más tarde miembro del Congreso, abogó calurosamente por que se celebrase un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, cuyas instituciones ha observado de cerca, y cuyo progreso material estudia con empeño.

Escribe con facilidad y elegancia; novelas y dramas corren con nombre suyo, y quien visita su casa, al punto conoce, por el gran número de libros sobre educación que halla en librerías numerosas, que está en casa de un hombre estudioso y sensato, que sabe donde reside nuestro mal, y trabaja por curarlo. Las matemáticas tienen su progresión geométrica, que acelera las cantidades y las sube a maravillosa altura: la naturaleza humana tiene la educación.

El padre Meriño hizo a Billini durante su mando, ministro de la Guerra; y a juzgar por la animación con que han apoyado su candidatura muy buena parte de los periódicos del país, el general Billini goza en la República de extensas y vivas simpatías. Nos las inspira a nosotros, no tanto por ser persona de espada, que sólo en defensa de la patria, de la libertad y del honor debe sacarse de la vaina, aunque es bien que repose mientras pueda en ella, cuanto por ser persona dada a las letras, cuyo culto suaviza y eleva. A menudo publican los periódicos dominicanos correctos trabajos del nuevo Presidente; y el título del periódico de que es fundador y propietario, y por cierto excelente, *El Eco de la Opinión*, parece asegurar que el general Billini pertenece a ese grupo de hombres para quienes no es el Gobierno una granjería, sino una comisión que debe cumplirse sencilla, imparcial y honradamente.



EL PADRE LAS CASAS

Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el padre Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno. No se puede ver un lirio sin pensar en el padre Las Casas, porque con la bondad se le fué poniendo del lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón como si le quemase; se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda, y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la Destrucción de las Indias, los horrores que vió en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la Isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo, y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol, lo veía él siempre salir sobre cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas. Pero desde que llegó, empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa, y se vivía como en una flor. Pero aquellos conquistadores asesinos debían de venir del infierno, no de España. ¡Español



era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres; porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones o más, que hubo en la Española!: él no los iba cazando con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas: él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar, o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas; él no los azotaba, hasta verlos desmayar, porque no sabían decirle a su amo dónde había más oro; él no se gozaba con sus amigos, a la hora de comer, porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar en castigo las orejas; él no se ponía el jubón de lujo, y aquella capa que llamaban ferreruelo, para ir muy galán a la plaza, a las doce, a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. El los vió quemar, los vió mirar con desprecio desde la hoguera a sus verdugos; y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fué a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

Al monte se habían ido, a defenderse, cuantos indios de honor quedaban en la Española. Como amigos habían recibido ellos a los hombres blancos de las barbas; ellos les habían regalado con su miel y su maíz, y el mismo rey Behechio le dió de mujer a un español hermoso su hija Higuemota, que era como la torcaza y como la palma real; ellos les habían enseñado sus montañas de oro, y sus ríos de agua de oro, y sus adornos, todos de oro fino, y les habían puesto sobre la coraza y guanteletes de la armadura pulseras de las suyas, y collares de oro; y aquellos hombres crueles los cargaban de cadenas; les quitaban sus indias, y sus hijos, los metían en lo hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repartían, y los marcaban con el hierro, como esclavos!: en la carne viva los marcaban con el hierro. En aquel país de pájaros y de frutas los hombres eran bellos y amables; pero



no eran fuertes. Tenían el pensamiento azul como el cielo, y claro como el arroyo; pero no sabían matar, forrados de hierro, con el arcabuz cargado de pólvora. Con huesos de fruta y con gajos de mamey no se puede atravesar una coraza. Caían, como las plumas y las hojas. Morían de pena, de furia, de fatiga, de hambre, de mordidas de perros. Lo mejor era irse al monte, con el valiente Guaroa, y con el niño Guarocuya, a defenderse con las piedras, a defenderse con el agua, a salvar el reyecito bravo, a Guarocuya! El saltaba el arroyo, de orilla a orilla; él clavaba la lanza lejos, como un guerrero; a la hora de andar, a la cabeza iba él; se le oía la risa de noche, como un canto; lo que él no quería era que lo llevase nadie en hombros. Así iban por el monte, cuando se les apareció entre los españoles armados el padre Las Casas, con sus ojos tristísimos, con su jubón y su ferreruelo. El no les disparaba el arcabuz; él les abría los brazos. Y le dió un beso a Guarocuya.

Ya en la Isla lo conocían todos, y en España hablaban de él. Era flaco, y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo, y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio, a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa, con las manos a la espalda para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños indios en tres meses. Y los oidores le decían: "Cálmese, licenciado, que ya se hará justicia"; se echaban el ferreruelo al hombro, y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país, y tenían buen vino y buena miel de Alcarria. Ni merienda ni sueño había para Las Casas; sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre, cuando sabía que, porque no pudo con la pala,



le habían cortado a un indio la mano; creía que él era el culpable de toda la crueldad, porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía, y como que eran sus hijos todos los indios americanos. De abogado no tenía autoridad, y lo dejaban solo; de sacerdote tenía la fuerza de la iglesia, y volvería a España, y daría los recados del cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar a la corte. Y el día que entró de sacerdote, toda la Isla fué a verlo, con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna; y las indias le echaron al pasar a sus hijitos, a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea, para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas; de pelea en Madrid; de pelea con el Rey mismo; contra España toda, él solo de pelea. Colón fué el primero que mandó a España a los indios en esclavitud, para pagar con ellos las ropas y comidas que traían a América los barcos españoles. Y en América había habido repartimiento de indios, y cada cual de los que vino de conquista, tomó en servidumbre su parte de la indiada, y la puso a trabajar para él, a morir para él, a sacar el oro de que estaban llenos los montes y los ríos. La Reina, allá en España, dicen que era buena, y mandó a un gobernador que sacase a los indios de la esclavitud; pero los encomenderos le dieron al gobernador buen vino, y muchos regalos, y su porción en las ganancias, y fueron más que nunca los muertos, las manos cortadas, los siervos de las encomiendas, los que se echaban de cabeza al fondo de las minas. “Yo he visto traer a centenares maniatadas a estas amables criaturas, y darles muerte a todas juntas, como a las ovejas.” Fué a Cuba de cura con Diego Velázquez, y volvió de puro horror, porque antes que para hacer casas, derribaban los árboles para ponerlos de leña a las quemazones de los taínos. En una isla donde había quinientos mil “vió con sus ojos” los indios que quedaban: once. Eran aquellos conquistadores soldados bárbaros, que no sabían los mandamientos de la ley, y toma-



ban a los indios de esclavos, para enseñarles la doctrina cristiana, a latigazos y mordidas! De noche, desvelado de la angustia, hablaba con su amigo Rentería, otro español de oro. ¡Al Rey había que ir a pedir justicia, al rey Fernando de Aragón! Se embarcó en la galera de tres palos, y se fué a ver al Rey.

Seis veces fué a España, con la fuerza de su virtud, aquel padre que “no probaba carne”. Ni al Rey le tenía miedo, ni a la tempestad. Se iba a cubierta cuando el tiempo era malo; y en la bonanza se estaba el día en el puente, apuntando sus razones en papel de hilo, y dando a que le llenaran de tinta el tintero de cuerno “porque la maldad no se cura sino con decirla, y hay mucha maldad que decir, y la estoy poniendo donde no me la puede negar nadie, en latín y en castellano”. Si en Madrid estaba el Rey, antes que a la posada a descansar del viaje, iba al palacio. Si estaba en Viena cuando el rey Carlos de los españoles era emperador de Alemania, se ponía un hábito nuevo, y se iba a Viena. Si era su enemigo Fonseca el que mandaba en la junta de abogados y clérigos que tenía el Rey para las cosas de América, a su enemigo se iba a ver, y a ponerle pleito al Consejo de Indias. Si el cronista Oviedo, el de la Natural Historia de las Indias, había escrito de los americanos las falsedades que los que tenían las encomiendas le mandaban poner, le decía a Oviedo mentiroso, aunque le estuviera el Rey pagando por escribir las mentiras. Si Sepúlveda, que era el maestro del rey Felipe, defendía en sus “conclusiones” el derecho de la Corona a repartir como siervos y a dar la muerte a los indios, porque no eran cristianos, a Sepúlveda le decía que no tenían culpa de estar sin la cristianidad los que no sabían que hubiera Cristo, ni conocían las lenguas en que de Cristo se hablaba, ni tenían más noticias de Cristo que la que les habían llevado los arcabuces. Y si el Rey en persona le arrugaba las cejas, como para cortarle el discurso, crecía unas cuantas pulgadas a la vista del Rey, se le ponía ronca y fuerte la voz, le temblaba en el puño el



sombrero, y al Rey le decía, cara a cara, que el que manda a los hombres ha de cuidar de ellos, y si no los sabe cuidar, no los puede mandar, y que lo había de oír en paz, porque él no venía con manchas de oro en el vestido blanco, ni traía más defensa que la cruz.

O hablaba, o escribía, sin descanso. Los frailes dominicanos lo ayudaban, y en el convento de los frailes se estuvo ocho años, escribiendo. Sabía religión y leyes, y autores latinos que era cuanto en su tiempo se aprendía; pero todo lo usaba hábilmente para defender el derecho del hombre a la libertad, y el deber de los gobernantes de respetárselo. Eso era mucho decir, porque por eso quemaban entonces a los hombres. Llorente, que ha escrito la *Vida de Las Casas*, escribió también la *Historia de la Inquisición*, que era quien quemaba; el Rey iba de gala a ver la quemazón, con la Reina y los caballeros de la Corte; delante de los condenados venían cantando los obispos, con un estandarte verde; de la hoguera salía un humo negro. Y Fonseca y Sepúlveda querían que "el clérigo" Las Casas dijese en sus disputas algún pecado contra la autoridad de la iglesia, para que los inquisidores lo condenaran por hereje. Pero "el clérigo" le decía a Fonseca: "Lo que yo digo es lo que dijo en su testamento la buena reina Isabel; y tú me quieres mal y me calumnias, porque te quito el pan de sangre que comes, y acuso la encomienda de indios que tienes en América!" Y a Sepúlveda, que ya era confesor de Felipe II, le decía: "Tú eres disputador famoso y te llaman el Livio de España por tus historias; pero yo no tengo miedo al elocuente que habla contra su corazón, y que defiende la maldad, y te desafío a que me pruebes en plática abierta que los indios son malhechores y demonios, cuando son claros y buenos como la luz del día, e inofensivos y sencillos como las mariposas." Y duró cinco días la plática con Sepúlveda. Sepúlveda empezó con desdén, y acabó turbado. El clérigo lo oía con la cabeza baja y los labios temblorosos, y se le veía hincharse la frente. En cuanto Sepúl-



veda se sentaba satisfecho, como el que hincó el alfiler donde quiso, se ponía el clérigo en pie, magnífico, regañón, confuso, apresurado. “No es verdad que los indios de México mataron cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata España en la horca!” “No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos; ni somos nosotros quiénes, con todos nuestros cañones y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables; ni es para tratarlo como a fiera un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes!”. “No es verdad, sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el Rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias; y quitarle los hijos y lo que tiene de comer; y ponerlo a halar de la carga con la frente como los bueyes!” Y citaba versículos de la biblia, artículos de la ley, ejemplos de la Historia, párrafos de los autores latinos, todo revuelto y de gran hermosura, como caen las aguas de un torrente, arrastrando en la espuma las piedras y las alimañas del monte.

Solo estuvo en la pelea, solo cuando Fernando, que a nada se supo atrever, ni quería descontentar a los de la conquista, que le mandaban a la Corte tan buen oro; solo cuando Carlos V, que de niño lo oyó con veneración, pero lo engañaba después, cuando entró en ambiciones que requerían mucho gastar, y no estaba para ponerse por las “cosas del clérigo” en contra de los de América, que le enviaban de tributo los galeones de oro y joyas; solo cuando Felipe II, que se gastó un reino en procurarse otro, y lo dejó todo a su muerte envenenado y frío, como el agujero en que ha dormido la víbora. Si iba a ver al Rey, se encontraba la antesala llena de amigos de los encomenderos, todos de seda y sombreros de plumas, con collares de oro de los indios americanos; al ministro no le podía hablar, porque tenía encomien-



das él, y tenía minas, o gozaba los frutos de las que poseía en cabeza de otros. De miedo de perder el favor de la Corte, no le ayudaban los mismos que no tenían en América interés. Los que más lo respetaban, por bravo, por justo, por astuto, por elocuente, no lo querían decir, o lo decían donde no los oyeran; porque los hombres suelen admirar al virtuoso mientras no les avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra. El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo, y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo; pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

Y como él era tan sagaz que no decía cosa que pudiera ofender al Rey ni a la Inquisición, sino que pedía la bondad con los indios para bien del Rey, y para que se hiciesen más de veras cristianos, no tenían los de la corte modo de negársele a las claras, sino que fingían estimarle mucho el celo, y una vez le daban el título de “Protector Universal de los Indios”, con la firma de Fernando, pero sin modo de que le acatasen la autoridad de proteger; y otra, al cabo de cuarenta años de razonar, le dijeron que pusiera en papel las razones por qué opinaba que no debían ser esclavos los indios; y otra le dieron poder para que llevase trabajadores de España a una colonia de Cumaná donde se había de ver a los indios con amor, y no halló en toda España sino cincuenta que quisieran ir a trabajar, los cuales fueron, con un vestido que tenía una cruz al pecho, pero no pudieron poner la colonia, porque “el adelantado” había ido antes que ellos con las armas, y los indios enfurecidos disparaban sus flechas de punta envenenada contra todo el que llevaba cruz. Y por fin le encargaron, como por entretenerlo, que pidiese las leyes que le parecían a él bien para los indios, “cuantas leyes



quisiera, pues, que por ley más o menos no hemos de pelear!" y él las escribía, y las mandaba el rey cumplir, pero en el barco iba la ley, y el modo de desobedecerla. El rey le daba audiencia, y hacía como que le tomaba consejo; pero luego entraba Sepúlveda, con sus pies blancos y sus ojos de zorra, a traer los recados de los que mandaban los galeones, y lo que se hacía de verdad era lo que decía Sepúlveda. Las Casas lo sabía, lo sabía bien; pero ni bajó el tono, ni se cansó de acusar, ni de llamar crimen a lo que era, ni de contar en su "Descripción" las "crueldades", para que el rey mandara al menos que no fuesen tantas, por la vergüenza de que las supiera el mundo. El nombre de los malos no lo decía; porque era noble y les tuvo compasión. Y escribía como hablaba, con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo sacando luces de la piedra.

Fué obispo por fin, pero no de Cusco, que era obispado rico, sino de Chiapas, donde por lo lejos que estaba el virrey, vivían los indios en mayor esclavitud. Fué a Chiapas, a llorar con los indios; pero no sólo a llorar, porque con lágrimas y quejas no se vence a los pícaros, sino a acusarlos sin miedo, a negarles la iglesia a los españoles que no cumplían con la ley nueva que mandaba poner libres a los indios, a hablar en los consejos del ayuntamiento, con discursos que eran a la vez tiernos y terribles, y dejaban a los encomenderos aterridos como los árboles cuando ha pasado el vendaval. Pero los encomenderos podían más que él, porque tenían al gobierno de su lado; y le componían cantares en que le decían traidor y español malo; y le daban de noche músicas de cencerro, y le disparaban arcabuces a la puerta para ponerlo en temor, y le rodeaban el convento, todos armados, contra un viejo flaco y solo. Y hasta le salieron al camino de Ciudad Real para que no volviera a entrar en la población. El venía a pie, con su bastón, y con dos españoles buenos, y un negro



que lo quería como a padre suyo; porque es verdad que Las Casas, por el amor de los indios, aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros, que resistían mejor el calor; pero luego que los vió padecer, se golpeaba el pecho, y decía: “Con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que di por mi amor a los indios!” Con su negro cariñoso venía, y los dos españoles buenos. Venía tal vez de ver como salvaba a la pobre india que se le abrazó a las rodillas a la puerta de su templo mexicano, loca de dolor porque los españoles le habían matado al marido de su corazón, que fué de noche a rezarle a los dioses; y vió de pronto Las Casas que eran indios los centinelas que los españoles le habían echado para que no entrase! El les daba a los indios su vida, y los indios venían a atacar a su salvador, porque se lo mandaban los que los azotaban! Y no se quejó, sino que dijo así: “Pues por eso, hijos míos, os tengo que defender más, porque os tienen tan martirizados que no tenéis ya valor ni para agradecer.” Y los indios, llorando, se echaron a sus pies, y le pidieron perdón. Y entró en Ciudad Real, donde los encomenderos lo esperaban, armados de arcabuz y cañón, como para ir a la guerra. Casi a escondidas tuvo que embarcarlo para España el virrey, porque los encomenderos lo querían matar. El se fué a su convento, a pelear, a defender, a llorar, a escribir. Y murió, sin cansarse, a los noventa y dos años.



ELOGIO DE SANTO DOMINGO

Borradores de un discurso inédito ^(73a)

Y no sabe bien el mismo señor Billini el placer que me da, y el agradecimiento en que me deja, cuando me invita a sacar, de estos labios míos endurecidos y apretados por un estéril destierro, palabras en la fiesta que el cariño de sus compatriotas consagran a este ilustre dominicano.

Vivía yo algunos años hace, bregando como siempre por el ensanchamiento del espíritu, y la afirmación y de la luminosa alma de América; vivía yo hace algunos años, ya en las postrimerías penosas de la guerra de mi patria, con todos sus dolores despiertos como leones en mi pecho, y todos sus héroes andándome, con sus plantas de luz, sus manos abiertas suplicantes y su corona de espinas ensangrentadas a la espalda; vivía yo sobre ortigas encendidas, como se vive siempre lejos del país propio, en la lejana capital de Guatemala, de aquella tierra que ostenta en sus selvas y en su escudo, el quetzal de plumaje esmaltado y alma fiera que, cuando pierde la libertad, hunde la cabeza, y muere: bien

(73a) Debemos el conocimiento de estas páginas inéditas al ilustre martiano Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda, quien, con tan viva pasión, ha continuado la obra de su insigne padre, el discípulo predilecto de Martí. Se trata de unos borradores incompletos y plenos de tachaduras y vacíos y de frases ilegibles, por lo que el texto resulta algo oscuro. No se ha podido averiguar si el discurso fue pronunciado o no y a qué fecha corresponde. Es, sin duda, posterior a 1884, año en que Martí leyó la obra de Galván, a que alude, y debe ser anterior a 1892, año de su primer viaje a Santo Domingo. La investigación queda pendiente.



así como Santo Domingo indómito, ese pueblo quetzal. Y allá en Guatemala me enseñó un buen cubano, una noche en que apretada la garganta y secos los ojos, hablábamos de las glorias y desdichas de nuestra tierra, una carta en que el caballero Luperón explicaba, con ese cariño por las causas débiles que es dote exclusiva de las grandes almas, explicaba humilde y tiernamente los impulsos que le habían movido a tributar honras fúnebres a aquel cubano de espíritu templado a fuego sobrenatural, a Ignacio Agramonte. Me puse en pie, como si Luperón estuviese delante de mí, a apretarle las manos; le dí asiento en mi corazón, donde se sientan pocas gentes, y contraí con él una deuda de ternura y afecto que le pago esta noche.

Gracias, dominicano generoso, en nombre del muerto!
Gracias, hombre de juicio sereno y corazón...^(73b)

Abomino los odios fanáticos, tanto como amo los corazones generosos. La libertad de mi patria, quisiera verla surgir de entre alas, no de entre charcas de sangre; pero a mi tierra la llevo en el alma, como a una hija querida, y a quien me ha admirado y consolado a mi tierra, y dado favor y cariño a sus hijos, a raudales le doy esta alma mía, para que haga con ella lo que quiera, ya que ella es tal que no dejará nunca que se haga de ella nada malo, y en un abrazo que no se acaba, aprieto a mi corazón al hombre generoso que puso una corona de sus flores libres en el ataúd de nuestros muertos, y dió amparo y calor en sus horas de desdicha a estos otros muertos, los desterrados!

Tiene el mundo dos razas: parecida a los insectos la una, la de los egoístas; resplandeciente, como si en sí llevara luz la otra, la de los generosos. Los unos lo sacrifican todo; patria, amistad, estimación, hasta estimación de sí mismos a su beneficio y contentamiento; los otros, aunque en las horas de sosiego puedan pagar tributo a los apetitos y flaquezas de la naturaleza humana, cuando la hora del atre-

^(73b) Este párrafo está tachado por Martí, y la continuación es indiscifrable.



vimiento y la grandeza suena; cuando el honor humano o el honor patrio están en peligro, como arrebatada el viento una paja, se sacuden de los hombros todas las preocupaciones, conveniencias o intereses que puedan estorbarla, y alegres como águilas libres, se arrojan apretadamente a la pelea, camino de la luz. La vida les es grata; pero no con el pensamiento en cepos, las miradas medidas, las mejillas abofeteadas, los afectos en disfraz, toda el alma en bochorno. Y para gozar de la vida, que sólo es amable cuando es noble, se decide a conquistarla. ¿Necesitaré decirlos, señores, que tenemos delante a uno de estos hombres desinteresados, que ha pagado con su propio cuerpo el precio de su libertad, y con sus propias manos ha desembarazado de su vestido de hierros a su patria, y vuelto a sus llanos apacibles, a sus montañas ilustres, a sus tupidas espesuras aquella ingenua luz de pueblo nuevo que brilló sobre los vestidos de colores de los infortunados caciques de Jaragua?

Ni sería fácil contener la profunda alegría que un detalle, que era antes una ignominia, debe inspirar aquí, y fuera de aquí, todos los corazones. Ved el color del rostro de nuestro huésped, y ved el nuestro. Ved por encima de nosotros, como una paloma hecha de estrellas, la luz de la esperanza. Todos los hombres de bien, cualquiera que sea su color, son hombres blancos: no hay ya más hombres de color, aunque sean blancos, que los egoístas y los necios. Un potentado estéril, un hijo vagabundo de casas titulares, un galancete empolvado, una vulgar persona, que se los labra sus padres desamorados que oyen al fin la voz de la naturaleza disculpan y soportan con paciencia los errores necesarios de los hijos que abandonaron en el nicho de una pared o en el umbral de una puerta al capricho del destino.

¡Las puertas del alma se abren de par en par a la raza que estuvo en prisiones y ya vuelve! El banquete humano estaba solitario, porque por la fuerza y por la iniquidad quedaba fuera el más adolorido de los comensales. Tierra pequeña es



la República Dominicana, pero tierra grande. Ella reconoce y practica el derecho, a pesar de sus convulsiones y rivalidades de pueblo naciente, con una generosidad, firmeza y sencillez que deben captarle el aprecio entusiasta de los que no reservan sus celebraciones para aquéllos que pueden remunerárselas con intenciones y provechos, ni procuran rentas y las consumen pacíficamente. ¿Serán más estimables, por venir de las razas glaciales, donde ni las almas ni el sol brillan, que aquellos hombres bravos, inteligentes y virtuosos que llevan todavía en la tez el color casual de las razas apasionadas que el sol tuesta? Y qué brazo tan fuerte, qué virtud tan segura, qué piedad tan grande no necesitan tener los hombres de color para abrirse paso entre tantas resistencias y preocupaciones, sólo para los que las alimentan vergonzosas. Por lo mismo que la hemos ofendido y descuidado tanto, y reducido a la miseria espiritual de que hijos ilustres la están ya redimiendo, por lo mismo debemos apresurarnos con las manos llenas de bálsamo y el corazón henchido de ternura, a curar las heridas y dirigir con cariño la raza negra en sus extravíos, como los en la vida más gloria, que el gozo de ver brillar en toda su pureza el astro humano!

Yo no sé qué simpático atractivo y no sé qué fraternales impulsos, me llevan a mirar como mías propias las bravuras, padecimientos y esperanzas de la tierra dominicana. Hija favorecida me parece de América, que no escribe poemas, pero los hace; que recogió de sus dominadores unas cuantas ruinas, y aposentados en ellas como buhos los odios de raza, está amasando con ellas a toda prisa un pueblo; que ha advertido que la condición de la felicidad es el trabajo, la libertad del individuo, la condición de la libertad de la República, y el dominio íntegro de su territorio, ni participado, ni hipotecado, la condición de su ventura actual y su grandeza futura. Yo no sé si será porque el aire de los pueblos se nutre, como del aroma de las flores, de las almas de los que en ellos batallan y padecen y con amor de padre vagan



luego en la atmósfera, descendiendo y filtrándose en sus hijos con los rayos de sol que lo despiertan al trabajo o con la lluvia benéfica que se lo remunera. Y así se habrán mezclado en sus vidas aires de las almas de Santo Domingo y de las de Cuba. Qué será no lo sé; o no será, no lo sé, a no ser que sea ese placer de ver crecer y acreditarse en todas partes del Universo al ser humano, y alcanzar triunfos que parece que están por encima de las dificultades que le cercan; pero cuando lo que fué y lo que es veo y lo que va a ser, me parece que miro a aquel delicado niño Guarocuya, que con tan suaves y serios colores pinta el Sr. Galván en su *Enriquillo*, en que se mira el sol su regocijo.

Y acá tengo, sentado frente a mí, al que en aquella tierra ha alcanzado influjo y poder bastantes para hacerle mal y mucho bien, y ha preferido hacerle bien. Es mucho más grande que un tirano el que no ha querido serlo. La luz de la libertad lo viste. El amor de un pueblo lo acompaña. Le sigue por todas partes la admiración de los hombres honrados. Honor, señores, a la tierra de Santo Domingo porque no admite déspotas, y al General Luperón, que con tales hijos suyos siente amor de madre celosa y arrebatada por su patria.



DEL GENERAL MAXIMO GOMEZ

Con el título de *El héroe del Naranjo* ha publicado el general Máximo Gómez su relación de la hazaña del patriota humilde que con su arrojo aseguró aquel día el triunfo. Alma y ocasión es lo que necesitan los pueblos para redimirse, y en cuanto hay ocasión, salen las almas: ¡del pecho más infeliz en apariencia sale tronando la gloria! El folleto del general Gómez, conmovedor y conciso, es buena prueba de que una misma mano puede mover la pluma y la espada.

La narración es un arranque de justicia, y toda ella parece escrita a caballo, con el afecto misterioso que junta a los que hombro a hombro, en la hora de lo sobrenatural, se vieron dignos de ella. Las páginas rebosan en aquel amor de padre por sus segundos que afianza al jefe en el corazón de los que han de ayudarle a vencer; y en la admiración del hombre genuino por la virtud sencilla y verdadera. Pero lo que no puede el folleto decir es el ojo de águila con que el general Gómez midió las posiciones en la batalla del Naranjo; la viveza con que atendió, en el encuentro comprometido, a los obstáculos súbitos; la beldad militar de su apostura misma, que fué como de estatua del silencio, que sólo hablaba para vencer; y la llaneza con que admiró a sus soldados después de la victoria.

(*Patria*, Nueva York, 16 abril 1892.)



LAS ANTILLAS Y BALDORIOTY CASTRO

Precede a las grandes épocas de ejecución, como la sazón a la madurez, un movimiento espontáneo de almas por donde conoce el observador la realidad oculta a los que sólo la quisieron ver coronada de flores, y en cuanto ven espina, ya niegan que sea realidad.⁽⁷⁴⁾ De un lado decrecen, sin más fuerzas que las necesarias para sostener el catecismo importado, las criaturas oscilantes y apagadizas de la colonia, que no aciertan a mantener definitivamente con el brazo las libertades a que aspiran con la razón; y de otro lado crecen, con el orden intuitivo y oportuno de la naturaleza, las fuerzas creadoras que de los elementos coloniales deshechos compondrán, bajo la guarda del mar y la Historia, la nación futura. No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión, como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas o por diversidad de hábitos

(74) Este artículo de Martí le fué inspirado por el homenaje ofrecido en Azua al Maestro Baldorioty de Castro, del que se enteró el Apóstol por la revista *Letras y Ciencias*, No. 2, de 1892, en la que figuraban unas interesantes páginas del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal consagradas a Baldorioty, de quien fué discípulo de 1875 a 1878. (Se publicó en *Patria*, 24 mayo 1892, y en *Flor y Lava*, París, 1909.)



y antecedentes, o por el temor de acarrearle la enemiga del vecino hostil pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas. El lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón a la libertad egoísta y conquistadora y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside en la abundancia de la generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva a respetar el ajeno tanto como el propio. Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el previsor portorriqueño, el invencible Baldorioty Castro, a quien, en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Los compromisos de los gobiernos, ligados a veces por la prudencia con respetos que lastiman su corazón, son acaso menos eficaces que la simpatía irresponsable y ambiente del pueblo decidido a favorecer en sus alrededores el triunfo de la libertad. Lo que la cancillería, ahita de tratados de paz y respeto, no puede a veces intentar, lógralo, sin que se le pueda poner la mano encima, la ayuda secreta del alma del país, que alienta el brazo alzado contra los tiranos. Las alianzas que contraen de sí propias las almas de los pueblos y se firman por los más puros de sus hijos ante el altar en que las mujeres y las niñas ofrendan flores a un hombre que sólo fué poderoso por el entendimiento y la bondad, son más



duraderas y apetecibles que los contratos que suelen ajustar las necesidades políticas y los intereses. Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a “los pueblos de América que aún lloran y suspiran por su libertad”, no dejarán mañana caer el alma que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia que, sin más amigos confesos que los veintinueve de la Filantrópica y la Trinitaria, nació en la Puerta con la bandera de la cruz, al pensamiento de Duarte, al consejo de Sánchez y al ímpetu de Mella, y escribió entre los días decorosos del mundo el veintisiete de Febrero.

Y sin arte de mensajeros, ni previos convites, ni ajustes de secretarías, cuando los portorriqueños de New York acuerdan perpetuar en un momento la memoria del criollo irreductible que propagó a la vez el culto del trabajo y el culto del derecho; que arrancó al amo el esclavo recién nacido y lo puso, por la enmienda a la ley Moret, en los brazos de la madre; que rompió el látigo en las manos del amo azotador, seguro de que “las instituciones que se fundan en la injusticia, si no se sostienen por la violencia, perecen inevitablemente”; que redimió las fórmulas mínimas de su acatamiento a la metrópoli con el espíritu fundador y definitivo con que las minaba; que de sus destierros frecuentes, ocupados en la siembra de almas libres, volvía como el padre a la defensa de la hija, a flagelar y mermar la opresión de su isla, que sangraba; que cayó en la tumba pobre, con las manos flacas sobre el pecho y en la frente la luz inmortal; cuando los portorriqueños, y los cubanos con ellos, quieren poner en el bronce durable aquella cabeza temida de los malos y amada de los buenos; aquel rostro desolado, como de quien carga el duelo público, que en las esperanzas fugaces de rendición centelleaba y resplandecía como el rayo en la tormenta; aquellos ojos mansos y seguros, que no resbalaban traidores como otros ojos, sino que envolvían en la mirada dulce, como en un manto amigo; aquella nariz vigilante y afilada, propia



de quien ponía el pecho de cota de la libertad, como se pone el águila de amparo de su nido; aquellos labios finos y dolorosos, guardados por el bigote marcial y prudente; aquella barba pequeña y femenil, como la de los hombres en quienes la bravura está templada por la bondad; cuando portorriqueños y cubanos, convencidos de que el agradecimiento a los patricios virtuosos es la semilla más fecunda de la República, anunciaron su empeño de consagrar, donde la América lo vea, el borincano que la estudió y amó, y sirvió con fe de hijo, los antillanos de Santo Domingo levantaron el "Altar de la patria", de la patria única y común en su Azua brava y noble; lo mejor de la ciudad del diez y nueve de Marzo, con aplauso de Quisqueya entera, se congregó en torno del altar, y tres niñas reclinaron en él sus coronas de flor, en nombre de las tres Antillas hermanas, que han de salvarse juntas, o juntas han de parecer, en nombre de las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

¿Era al contemporizador forzado, al nacionalista flojo, al político de compromiso, al mero liberal reformista, al autonomista portorriqueño, a quien, con alma y palabras libres, ofrendaron flores Cubanacán y Borinquen y Quisqueya? ¿Era al comisionado del gobierno de España a la Exposición Universal de mil ochocientos sesenta y siete, al que en la misma carta magnífica de libertad que se llama en la Historia el "Plan de Ponce", y vivirá sobre el que logró sustituirlo, encajaba, como un puñal en un recién nacido, la cláusula de fidelidad a la nación española? ¡No era al autor de la cláusula, necesaria, en época en que no había otra expresión o tendencia superior y manifiesta de la voluntad pública, para conquistar con ella los derechos esenciales negados en su patria al hombre, sino al autor del código de derechos que abre el plan, y podrá mañana transportarse íntegro a la constitución de la república portorriqueña! ¡No era al político acomodaticio, de mero brío verbal, que, a modo del capeador aficionado, le enseña al toro de lejos la capa colo-



rada, y luego, sumiso y complaciente, le da la mano al toro, sino al que reconociendo, con sacrificio costoso de su altiva persona, la realidad inevitable, en vez de bregar con las armas de ella para perpetuarla, sólo usaba de sus armas para mudarla y mejorarla sin cesar, y prepararla a la conversión final e histórica de la realidad en las colonias españolas de América, a su independencia! ¡No era al indio mañoso que fingía a la metrópoli una lealtad falsa para obtener de la metrópoli misma el modo de vencerla; sino al sublime preso que, olvidándose de su peligro y de lo que pueda decir de él la fama injusta, pide clemencia al alcaide aborrecible para sus compañeros de prisión, y, acaso, en el sacrificio de su gratitud, hubiera ido hasta tenerle en cuenta su clemencia al alcaide; y nada más! ¡No era a la Carrera de San Jerónimo, la de las capas terciadas y espadas y políticos de coleta; no era al Rastro, que es el otro nombre que dan en Madrid a la plaza de desperdicios que llaman *Las Américas*; no era al chocolate del Suizo, ni a la sopa de almendras de Fornos, ni a los azucarillos de la plazuela de Cervantes, sino al que, un día de invierno, cuando su patria lo mandó, por sobre las cabezas de los metropolitanos, a recabar de España, sin ninguna habilidad que comprometiese el honor ni el porvenir de la isla, el reintegro de la mayor suma posible de las libertades que España le detentaba, iba, solo por la plazuela de Cervantes, firme el paso, apretado el bastón, abierto el pecho al frío y la cara resuelta y dolorosa: ¡a la vez que otros diputados, todos piel y pomada, bajaban de su lindo carruaje, repartiendo saludos! Bastón en mano, Baldorioty cruzaba la plazuela de Cervantes, solo.

Era al discípulo del maestro Rafael, del negro Rafael Cordero, a quien saludaban, del negro “que tumbaba el árbol para que otros fabricasen luego con la madera”; era al colegial favorito de aquel padre Rufo que quería que sus discípulos “se murieran de hambre antes que cometer una mala acción, y que aprendiesen la verdad de la Física y de la Quí-



mica”; era al que desde la juventud convidó a sus paisanos a ir allegando el alma descuidada del país en la “Sociedad Recolectora de Documentos Históricos de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico”; era el educador radical y amable, más pagado de la sustancia del conocimiento que de sus formas, que en el Seminario mismo enseñó la Física nueva; que en Santo Domingo, país de costas, dirigió la Escuela de Náutica y fundó después, con nombre profético, el “Colegio Antillano”; que defendió cuanto pudo de los jesuitas y del mastín de la prensa portorriqueña el proyecto de la Escuela Filotécnica; que ya llegó sin fuerzas a las tareas, en sueños siempre acariciadas, del “Colegio Central Ponceño”; que en la enseñanza, como en la política, quería hombres enteros, directores y reales, hechos al trato común de lo natural y aptos para poner a las propias enfermedades remedios propios. Era al hombre íntegro a quien saludaban; al que en su carne misma se sentía mermado y como si le bebieran la sangre de su corazón, cuando se burlaba un derecho, o se lastimaba la hombría, o se humillaba el alma o cuerpo, o en algún modo se acortaba y empequeñecía la naturaleza libre de cualquiera otro hombre. Era al que vió al látigo alzado sobre el esclavo indefenso, sobre el esclavo del color mismo de su santo maestro Rafael, y con sus manos flacas peleó hasta que le quitó al amo el azote y sentó al esclavo al lado de su amo. Era al que con la mirada continental, cuando lo mandó la colonia, por cumplimiento manso al país, a estudiar la exposición francesa, volvió los ojos al mundo de su esperanza y su cariño, al mundo cordial y grandioso de nuestras repúblicas unidas, y levantó, en el corazón encendido de Europa, el canto americano. Era al que, con el porvenir de guía invisible, fué hablando por las islas que juntas se han de salvar, o han de perecer juntas, la palabra futura que en su día, cuando el viento se lleve la podredumbre colonial que no deja ver aún el oro del país, congregará a las islas hermanas, como ya las congrega ante “el altar de la patria”;



era al defensor pobre de su patria vejada, de su patria enmudecida, de su patria azotada, de su patria torturada, de su patria ensangrentada, que sólo reconocía el tribunal inicuo para poder defender ante él la patria. Era el criollo leal que conoció, con su sabiduría verdadera, la composición americana y peculiar del país en que vivía, y el fin moral y necesario a que lo habían de llevar sus elementos; y no se puso sobre ellos de obstáculo, ni se empeñó en uncirlos a una metrópoli fatalmente retrógrada, ni a un vecino esencialmente hostil y diverso, sino que, en vez de valerse del país para desnaturalizarlo y traicionarlo, en vez de utilizar las condiciones existentes para impedir su desarrollo natural y sus fines históricos, acató las condiciones existentes y se valió de ellas para conformar el país a sus elementos, para acomodar la política a la verdad, para fundar el porvenir en el trabajo directo y en el cariño de los hombres, para preparar el país a sus fines naturales. La autonomía no fué para él un cambio de vinos con los generales amenos, que mandan ahorcar mañana a aquél con quien jugaban al ajedrez ayer, sino la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades, que lo encontraron siempre a su cabeza, porque nunca fué tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese más lejos que ella. La autonomía fué para Baldorioty, criollo directo y útil, el modo de congregar, en acuerdo con su geografía e historia, las fuerzas irreductibles del país, que en todo sistema de gobierno han de estar congregadas, a fin de que pudiesen buscar, sin peligro ni desorden, una forma más feliz el día en que se comprobara la insuficiencia y falsedad de la autonomía, como se hubiese comprobado a poco de su establecimiento, o la imposibilidad de conseguirla. De hombres reales y originales necesita la América, envenenada ya con tanto injerto; de hombres puros y cordiales necesitan las colonias españoles de América, para purgarlas en la independencia de la soberbia y los vicios burocráticos de la colonia; de hombres tiernos y creadores ne-



cesita el mundo, que con las mieles de su corazón vayan cerrando las heridas que tiene que abrir en el bosque nuevo el hacha. Los tres pueblos hermanos, las tres islas que se han de salvar juntas, o juntas han de perecer, han hecho bien en coronar de flores, en la fiesta de Azua, al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty Castro.



LOS ISLEÑOS EN CUBA

Joaquín Montesino ⁽⁷⁵⁾

Allá, hace años, no había en el presidio de La Habana penado más rebelde, ni más criollo, que un bravo canario: Ignacio Montesino. Toda la ira del país le chispeaba en aquellos ojos verdes. Echaba a rodar las piedras, como si echase a rodar la dominación española. Se asomaba, al borde de la cantera, a verla caer. Servía mucho, hablaba poco, dió opio a los guardianes y huyó libre. Y ahora, veinte años después, aquel noble isleño, coronado de canas, escribe, desde un monte de Santo Domingo, que es como el de antes su corazón; que no se ha cansado de amar al país; que el padecimiento y la ruina que le cayeron por él se lo hacen amar más; que allá está suspirando por prestar a Cuba algún servicio. ¿Quién mejor que este isleño, podrá llamarse cubano?

(75) Es Joaquín, no Ignacio, como escribió Martí, error que él mismo rectificó en otras páginas. El amigo más íntimo y más antiguo que tuvo Martí en el país fué Joaquín Montesino Trujillo, con quien cargó cadenas en las cárceles de La Habana, en su juventud. El noble amigo de Martí, radicado en Monte Cristi desde antes de 1880, procedía, como José Trujillo Monagas, de las Canarias. Ambos pasaron a Cuba en la misma época. Pertenecieron, pues, a la misma familia isleña de los Trujillo. Como se sabe, el Generalísimo R. L. Trujillo Molina es nieto de José Trujillo Monagas. (La familia Trujillo también tuvo relación con Máximo Gómez. En una crónica periodística de 1900, relativa a la visita del Libertador a su tierra nativa, informa que se hospedó en San Cristóbal en casa de doña Silveria Valdez, abuela del Generalísimo Trujillo.) Este artículo de Martí se publicó en *Patria*, agosto de 1892, y fué reproducido en Martí, *Hombres*, Ed. Gonzalo de Quesada, vol. VII, La Habana, 1908.





Marcos del Rosario.



La familia Dellundé y el negro leal citado por Martí.



Ni es raro que el hijo de las Canarias mal gobernado por el español, ame y procure en las colonias de España la independencia que por razón de cercanía, variedad de orígenes, y falta de bien bastante, no intente en sus islas propias. Míseras viven, sin el regalo y alegría con que pudieran, las poéticas Canarias; y no cría bajo suelo español aquella volcánica naturaleza más que campesinos que no tienen donde emplear su fuerza y honradez, y un melancólico señorío, que prefiere las mansas costumbres de su terruño a la mendicidad y zozobras de la ingrata corte. ¿Qué ha de hacer, cuando ve mundo libre, un isleño que padece del dolor de hombre, que no tiene en su tierra nativa donde alzar la cabeza ni donde tender los brazos?

Del bien raíz suele enamorarse el hombre que ha nacido en la angustia del pan y cultivó desde niño con sus manos la mazorca que le había de entretener el hambre robusta, por lo que ha sabido el isleño común, mientras no se le despiertan sus propias ideas confusas de libertad, atacar, más que auxiliar, a los hijos de América, en quienes el gobernante astuto les pintaba el enemigo de su bien raíz. Pero no hay valla al valor del isleño, ni a su fidelidad, ni a su constancia, cuando siente en su misma persona, o en la de los que ama, maltratada la justicia que ama sordamente, o cuando le llena de cólera noble la quietud de sus paisanos. ¿Quién que peleó en Cuba, dondequiera que pelease, no recuerda a un héroe isleño? ¿Quién, de paso por las islas, no ha oído con tristeza la confesión de aquella juventud melancólica? Oprimidos como nosotros, los isleños nos aman. Nosotros, agradecidos, los amamos. Pronto va a tener Montesino la ocasión suspirada de servir a Cuba.



EN EL ALBUM DE LA
SRITA. CLEMENCIA GOMEZ TORO

La única verdad de esta vida, y la única fuerza, es el amor. En él está la salvación, y en él está el mando. El patriotismo no es más que amor. La amistad no es más que amor. Y la única almohada en que se descansa de la pena y fealdad que se ve es el hogar donde la modestia se ha puesto la corona de la honra, y sólo hay sonrisas para la abnegación y la sinceridad.

El que ha andado la vida y visto reyes, sabe que no hay palacio como la casa de familia donde se desdeña la pompa impura, y resplandecen los ojos, como para que se vea crecer el universo, cuando se habla de libertad y de virtud. El que piensa en pueblos, y les conoce la raíz, sabe, Clemencia, que no puede ser esclavo el hombre que vea centellear en tus ojos el alma heroica de la patria, ni el pueblo que tiene de raíz una casa como la tuya.

En La Reforma, República Dominicana,
12 de Septiembre 1892.



EL GENERAL GOMEZ

A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Monte Cristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano. A la puerta de su casa, que por más limpieza doméstica está donde ya toca al monte la ciudad, salen a recibirlo, a tomarle la carga del arzón, a abrazársele enamorados al estribo, a empinarle la última niña hasta el bigote blanco, los hijos que le nacieron cuando peleaba por hacer a un pueblo libre; la mujer que se los dió y los crió al paso de los combates en la cuna de sus brazos, lo aguarda un poco atrás, en un silencio que es delicia, y bañado el rostro de aquella hermosura que da a las almas la grandeza verdadera; la hija, en quien su patria centellea, reclinada en el hombro de la madre, lo mira como a novio: ése es Máximo Gómez.

Descansó en el triste Febrero la guerra de Cuba, y no fué



para mal, porque en la tregua se ha sabido cómo vino a menos la pujanza de los padres, cómo atolondró al espantado señorío la revolución franca e impetuosa, cómo con el reposo forzado y los cariños se enclavó el peleador en su comarca y aborrecía la pelea lejos de ella, cómo se fueron criando en el largo abandono las cabezas tozudas de localidad, y sus celos y sus pretensiones, cómo vició la campaña desde su comienzo, y dió la gente ofendida al enemigo, aquella arrogante e inevitable alma de amo, por su mismo sacrificio más exaltada y satisfecha, con que salieron los criollos del barracón a la libertad. Las emigraciones se habían de purgar del carácter apoyadizo y medroso, que guió flojamente, y con miras al tutor extranjero, el entusiasmo crédulo y desordenado. La pelea de cuartón por donde la guerra se fué desmigajando y comenzó a morir, había de desaparecer, en el sepulcro de unos y el arrepentimiento de otros, hasta que, en una nueva jornada, todos los caballos arremetiesen a la par. La política de libro y de dril blanco había de entender que no son de orden real los pueblos nacientes, sino de carne y hueso, y que no hay salud ni belleza mayores, como un niño al sol, que las de una república que viva de su agua y de su maíz, y asegura en formas moldeadas sobre su cuerpo, y nuevas y peculiares como él, los derechos que perecen, o estallan en sangre venidera, si se los merma con reparos injustos y meticulosos, o se le pone un calzado que no le viene al pie. Los hombres naturales que le salieron a la guerra y en su valor tenían su ley, habían de ver por sí, en su caída y en la espera larga, que un pueblo de estos tiempos, puesto a la boca del mundo refino y menesteroso, no es ya, ni para la pelea ni para la República, como aquellos países de mesnaderos que en el albor torpe del siglo, y con la fuerza confusa del continente desatado, pudo a puro pecho sacar un héroe de la crianza sumisa a los tropiezos y novelería del gobierno remendón y postizo. Los amos y los esclavos que no fundieron en la hermandad de la guerra sus almas iguales,



habrían entrado en la República con menos justicia y paz que las que quedan después de haber ensayado en la colonia los acomodos que, en el súbito alumbramiento social, hubiesen perturbado acaso el gobierno libre. Y mientras se purgaba la guerra en el descanso forzoso y conveniente; mientras se esclarecían sus yerros primerizos y se buscaba la forma viable al sentimiento renovado de la independencia; mientras se componía la guerra necesaria, en acuerdo con la cultura vigilante y el derecho levantisco del país, Gómez, indómito tras una prueba inútil, engañaba el desasosegado corazón midiendo los campos, cerrándolos con la cerca cruzada de Alemania, empujándolos inquieto al cultivo, como si tuviese delante a un ejército calmudo, puliendo la finca recién nacida, semilleros y secaderos, batey y portón, vegas y viviendas, como si les viniera a pasar revista el enemigo curioso. Quien ha servido a la libertad, del mismo crimen se salvaría por el santo recuerdo; de increíble degradación se levantaría, como aturdido de un golpe de locura, a servirla otra vez; ni en la riqueza, ni en el amor, ni en el respeto, ni en la fama halla descanso, mientras anden por el suelo los ojos donde chispeó antes la suprema luz. Y de día y de noche se oye a la puerta relinchar el caballo, de día y de noche, hasta que, de una cerrada de muslos, se salta sobre la mar, y orea otra vez la frente, en servicio del hombre, el aire más leve y puro que haya jamás el pecho respirado!

Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda os-



cura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos, y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz, y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron; entró a la casa la carga ligera; pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán; dos niñas, que vinieron a la luz, llevaban y traían; fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos. Y en tres días que duró aquella conversación, sobre los tanteos del pasado y la certidumbre de lo por venir, sobre las causas peccederas de la derrota y la composición mejor y elementos actuales del triunfo, sobre el torrente y la unidad que ha de tener la guerra que ya revive de sus yerros, sobre el sincero amor del hombre que ha de mover a toda revolución que triunfe, porque fuera crimen sacarlo a la muerte sino para su rescate y beneficio; en aquella conversación por las muchas leguas del camino, ganándole a las jornadas las horas de luna, salvando a galope los claros de sol, parándose con tristeza ante el ceibo gigante, graneado de balas fraticidas, abominando las causas remediabiles, de castas y de comarcas, porque está aún sin su pleno poder aquella naturaleza tan hermosa, no hubo palabra alguna por la que un hijo tuviera



que avergonzarse de su padre, ni frase hueca ni mirada de soslayo, ni rasgo que desluciese, con la odiosa ambición, el amor hondo, y como sangre de las venas y médula de los huesos con que el General Gómez se ha jurado a Cuba. Se afirma de pronto en los estribos, como quien va a mandar la marcha. Se echa de un salto de la hamaca enojosa, como si tuviera delante a un pícaro. O mira largamente, con profunda tristeza.

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado del viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos. El júbilo ilumina todos aquellos rostros. Cada cual quiere servir primero, y servir más. "Manana" generosa, la compañera de la guerra, saluda, como a un hermano, al desconocido. Un fuego como de amor, como de la patria cautiva y rebelde, brilla en los ojos pudorosos de la hija Clemencia. Se aprietan al visitante los tres hijos mayores: uno le sirve de guía, otro de báculo, el otro se le cose a la mano libre. Cuanto hay en la casa se le ha de dar al que llega. "Ay, Cuba del alma!". "¿Y será verdad esta vez? ¡Porque en esta casa no vivimos hasta que no sea verdad!" "¡Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!", dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor. Máximo, pálido, escucha en silencio: él se ha leído toda la vida de Bolívar, todos los volúmenes de su padre; él, de catorce años, prefiere a todas las lecturas el Quijote, porque le parece que "es el libro donde se han defendido mejor los derechos del hombre pobre". Urbano, leal, anhela órdenes. Aquella misma tarde han recibido todos carta del padre amante. "El anduvo treinta y seis leguas para traer a Clemencia de Santiago, y salió ayer para *La Reforma*, que está a veinte; pero nos dijo que le pusiéramos un propio, que él vendría en seguida." Allí mismo, como para un amigo de toda la vida, se prepara el viaje del mensajero testarudo, que quiere ir a saludar junto a su arado al viejo agosto que



cría a su casa en la pasión de un pueblo infeliz. Manana le da de beber, y le echa luz el rostro de piedad, bajo la corona de sus canas juveniles.

¡Santa casa de abnegación, a donde no llega ninguna de las envidias y cobardías que perturban el mundo!

Y la casa tiene un desván que mira al mar, donde, una vez al menos, no se ha hecho nada indigno de él. Por la escalera de la alcoba, alta y oscura como una capilla, se sube al rincón de escribir del General, con las alas del techo sobre la cabeza, la cama de campaña al pie del escritorio, y el postigón por donde entra, henchido de sal pura, el viento arremolinado. Allí, esquivándose a los halagos fraternales de los montecristeños, dió el General cita, con su pañuelo al cuello y una mirada que se ve en hombres pocas veces, a un cubano que por primera vez sintió entonces orgullo, para ver el mejor modo de servir a Cuba oprimida, sin intrusión ni ceguera ni soberbia. Un pueblo entero pasó por aquel desván desmantelado; y sus derechos, para no hollar ninguno, y sus equivocaciones, para no recaer en ellas, y sus recursos, para emplearlos con seguridad, y sus servidores, para abrazarse a todos, y los infieles mismos, para no reconocerles más que la grandeza pasada y la posibilidad de arrepentirse. Con palabras sencillas, en voz baja, andando leguas en una pregunta, mirándose como si se quisieran cambiar el corazón, y no sin cierta sagrada tristeza, aquellos dos hombres, depositarios de la fe de sus compatriotas, acababan de abrir el camino de la libertad de un pueblo y se le ponían de abono. Le caían años sobre el rostro al viejo General: hablaba como después de muerto, como dice él que quiere hablar; tenía las piernas apretadas en cruz y el cuerpo encogido, como quien se replega antes de acometer; las manos, las tuvo quietas; una llama, clara e intensa, le brillaba en los ojos; y el aire de la mar jugaba con su pañuelo blanco.

Y allá en Santo Domingo, donde está Gómez, está lo sano del país, y lo que recuerda, y lo que espera. En vano, al



venir de su campo, busca él la entrada escondida; porque en el orgullo de sus dos hermanas, que por Cuba padecieron penuria y prisión, y en la viveza y como mayor estatura, de los hijos, conoce la juventud enamorada que anda cerca el tenaz libertador. A paso vivo no le gana ningún joven, ni a cortés; y en lo sentencioso, se le igualan pocos. Si va por las calles, le dan paso todos; si hay baile en casa del Gobernador, los honores son para él, y la silla de la derecha, y el coro ansioso de oírle el cuento breve y pintoresco; y si hay danza de gracia en la reunión, para los personajes de respeto que no trajeron los cedazos apuntados con amigas y novias, para él escoge el dueño la dama de más gala, y él es quien entre todos luce por la cortesía rendida añeja, y por el baile ágil y caballeresco. Palabra vana no hay en lo que él dice, ni esa lengua de miriñaque, toda inflada y de pega, que sale a libra de viento por adarme de armadura, sino un modo de hablar ceñido al caso, como el tahalí al cinto; u otras veces cuando no es una terneza como de niño, la palabra centellea como el acero arrebatado de un golpe a la vaina. En colores ama lo azul. De la vida, cree en lo maravilloso. Nada se muere, por lo que "hay que andar derecho en este mundo". En el trabajo, "ha encontrado su único consuelo". "No subiré nadie: he puesto de guardia a mi hijo". Y como en la sala de baile, colgado el techo de rosas y la sala henchida de señoriles parejas, se acogiese con su amigo caminante a la ventana a que se apiñaba el gentío descalzo, volvió el General los ojos, a una voz de cariño de su amigo, y dijo, con voz que no olvidarán los pobres de este mundo: "Para éstos trabajo yo."

Sí, para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida; para los que le sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola; para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas; para los crea-



dores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real; para desatar a América y desuncir el hombre. Para que el pobre, en la plenitud de su derecho, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los desdeseñosos que se lo nieguen; para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, alegre en la equidad verdadera, regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fáciles desahogada y dichosa; para llamar a todos los cráneos, y hacer brotar de ellos la corona de luz. Se peca; se confunde; se toma un pueblo desconocido, y de más, por el pueblo de menos hilos que se conoce; se padece, con la autoridad de quien sabe morir, por la inercia y duda de los que pretenden guiar las guerras que no tienen el valor de hacer; corre por las bridas la tentación de saltar, como por sobre la cerca que cierra el camino, sobre la yerba y pedantería, o el miedo forense, que disputan el paso a la batalla; a la ley no se le niega el corazón, sino a la forma inoportuna de la ley: se quiere el principio seguro y la mano libre. Guerra es pujar, sorprender, arremeter, revolver un caballo que no duerme sobre el enemigo en fuga, y echar pie a tierra con la última victoria. Con causa justa y guerra así, de un salto se va de la mensura a palacio. Y luego, descansará el sable glorioso junto al libro de la libertad.

(Patria, 26 de agosto de 1893.

José Martí, *Flor y Lava*, París, 1909).



A TRES ANTILLANOS ⁽⁷⁶⁾

Las fiestas del descubrimiento no han sido en Santo Domingo cosa vana, ni mera cortesía entre gobiernos establecidos, ni ocasión de pedigüeña candidatura al honor nimio envenenado de un asiento provincial en la Academia Española, ni caso propicio a los de alma arcaica para mostrar, con el apego a la ensangrentada conquista, el desamor de todo lo propio y nuevo: por otras partes de América han sido eso las fiestas del Descubridor; pero en Santo Domingo, la tierra amada de Cristóbal Colón; la tierra de más recuerdos y mayor nobleza indígena de aquellos tiempos en que se ensanchó el mundo; la tierra que el ambicioso italiano descubrió con gloria y abandonó con grillos; la tierra donde acaso, en su arquilla de plomo, revuelto el polvo con los huesos, está lo que queda del cuerpo macizo e inquieto del Almirante, las fiestas han sido como filial tributo, y como un renacimiento nacional. La misma Academia, que en otras partes no es más que agencia hábil de España en América para defender sus miserables posesiones, las Antillas que arruina y corrompe, no es en Santo Domingo, donde jamás se apaga el alma de Enriquillo, más que como la tradición castiza del país, y la única expresión segura del amor al arte en los tiempos revueltos que, en las ansias de la ordenación, atra-

(76) Este artículo de Martí fué reproducido en *Letras y Ciencias*, S.D., No. 43, 19 dic. 1892, con el título de *Centenario colombiano americano, lo que fué el Centenario en la Primada*. Originalmente publicado en *Patria*, N.Y., 21 nov. 1892.



viesa aún la patria de Juan Pablo Duarte: con nueve jóvenes “de alma generosa y aspiraciones nobilísimas”, juró Duarte, y realizó, la fundación de la república!

Pintorescas y memorables fueron las fiestas del “Centenario Colombino Americano” en Santo Domingo, y no fué en ellas sólo de notar la alabanza, a menudo hueca, de lo pasado, árbol seco donde van colgando la hinchazón y la vanidad sus púrpuras chillonas, sino la historia en sobria literatura, de la mente y el patriotismo del país; y la prueba de la capacidad grande y aspiración enfrenada de sus hijos. No sin objeto habla *Patria* hoy de aquellas fiestas, sino por gratitud, puesto que como recuerdos del Centenario se han elegido dos composiciones, de la magnífica poetisa una, de Salomé Ureña, compañera del pensador Francisco Henríquez y Carvajal, y de Federico Henríquez y Carvajal la otra, dedicada, con hondo pensamiento, a tres antillanos que no descansan en la obra de contribuir al rescate, equilibrio y bienestar de nuestra América: a Betances, a Hostos y a Martí.

Federico Henríquez y Carvajal, autor de la poesía así laureada, es hombre que se duele de toda injusticia, y ayuda a toda empresa de libertad, y busca por sobre mares y montañas el mérito americano, y enlaza a nuestros pueblos con las letras amigas y suaves, y los ama con pasión. *Patria* es su casa, como la de todo buen dominicano, como la de todo americano bueno; y hoy publica, porque es de justicia, las bellas décimas: *Tierra*.⁽⁷⁷⁾

(77) Omitidas aquí.



LA "REVISTA LITERARIA DOMINICENSE"

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo; y no es manera de alzar el conjunto el negarse a alzar una de las partes. Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambroñas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz y del Sol no se sale. Patria es eso. Quien la olvida vive flojo y muere más, sin apoyo ni estima de sí, y sin que los demás lo estimen: quien cumple, goza, y en sus años viejos siente y trasmite la fuerza de la juventud; no hay más viejos que los egoístas; el egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde. En Santiago de Cuba vive ahora, en inseguro refugio, el dominicano Manuel de Jesús Peña, a quien llama un diario santiaguero, con razón, "maestro celosísimo, abnegado periodista, fun-



dador afortunado, diputado integérrimo y ministro sin tacha”,⁽⁷⁸⁾ lo cual quiere decir que es hombre de veras, porque ha amado y sacó la honra salva de la tentación del mundo. Pudiera el anciano Peña, allá en la “medianeza comedida” en que vive, descansar en infructuoso silencio de su vida de idea y de batalla; pero él sabe que es ladrón, y no menos, quien siente en sí fuerzas con que servir al hombre y no le sirve. Estos cómodos son ladrones; son desertores, son míseros, que en el corazón del combate huyen y dejan por tierra las armas. El anciano Peña quiere que le conozca mejor el país en que nació y en que los cubanos se ven como en casa propia, porque ambas sangres han corrido juntas contra el mismo tirano; y a ese fin publicará en Santiago la *Revista Literaria Dominicense*, que ya todos encomian y saludan. A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América. Lo demás es podre hervida y dedadas de veneno.

(78) Don Manuel de J. de Peña y Reynoso fué Ministro de Céspedes, en la Primera República Cubana, y también Ministro en su Patria, en el Gobierno de Espaillat. Después de servir como patriota en Santo Domingo y Cuba, se dedicó, en ambos países, al magisterio. (Publicado en *Patria*, 26 enero 1895. Reproducido en Martí, *Nuestra América*, Habana, 1909, vol. VII, de la Ed. Gonzalo de Quesada.)



CARTA A MARIA MANTILLA

Santiago de los Caballeros, 19 febrero 1895.⁽⁷⁹⁾

Maricusa mía:

¿Cuántos días hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el *batey*, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro

(79) Debemos el conocimiento de esta bella eskuela de Martí a su destinataria, doña María Mantilla de Romero, residente en Nueva York, quien nos envió copia con la siguiente carta del 3 de marzo de 1936: "Tengo en mi poder su atenta carta con fecha 16 de febrero, que tengo el gusto de contestar.

"Los únicos manuscritos de Martí que tengo el honor de poseer, además del diario a que usted se refiere, son las cartas personales de él a mí, y aunque entre ellas hay algunas que fueron escritas en Santo Domingo, no hay ninguna que haga alusión particular a Santo Domingo ni nada que pudiera ser de interés para su trabajo "Martí en Santo Domingo". Sin embargo, pienso que quién sabe esta carta, de la cual hago copia y tengo el gusto de incluírle, pudiera serle de interés, y oportuna para su obra. Esta carta fué escrita a mí cuando yo era aún muy niña, y aunque la fecha de la carta sólo es febrero 19, creo fué en el año 1893, aproximadamente.

"Deseando que esta pequeña contribución pueda beneficiarle en algo a su trabajo, quedo de usted, atenta y S.S.,

MARÍA M. DE ROMERO."

(Aurora, citada por Martí, era la hijita de Gonzalo de Quesada; y el *gran baby* el niño recién nacido, de Benjamín Guerra.)



silencio: yo pensaba en ti. Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y a otro, de árboles frutales, de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en ustedes, y en tenerlas conmigo, para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas. Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros, los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas. Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contestar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti. Le hablé de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años: ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre. Haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío. Visita a Aurora, y a mi gran *baby*. Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuídala. Un beso triste de tu

JOSÉ MARTÍ



CARTA A JOSE DOLORES POYO

Santiago de los Caballeros,
febrero 19 de 1895.

Poyo querido:

En un hato,⁽⁸⁰⁾ justamente contento, sin haber perdido hora, y de vuelta a mi punto de partida, sin causa alguna de queja, y con causa plena de entusiasmo, quiero decirle, al pie del caballo, en este pedazo de papel, la gratitud indecible de cubano y de amigo con que leí su artículo *Martí*. Párezcale exageración: todos mis dolores estaban bien empleados, por haberle merecido ese juicio, por haberle conmovido así su alma sincera. Mi gusto no es por mí, es por usted. Déjeme ahora andar por la mar y alejarme de usted. Nos llegará algún día de paz, de paz pobre y erguida, y entonces sabrá usted el orgullo que en usted tiene su amigo.

Me hacen acabar. Ya son muchas las veces, en estos pocos días, que el General Gómez y yo lo recordamos. También en él le llegó usted a la amistad; y lo recuerda con cariño y respeto.

Será digno de usted su amigo

JOSÉ MARTÍ

⁽⁸⁰⁾ Debe referirse a la casa de campo del cubano Manuel Boitel, junto al Yaque, cercanías de Santiago.



PAGINAS DE UN DIARIO⁽⁸¹⁾

14 de febrero (1895).

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Monte Cristi el General,⁽⁸²⁾ Collazo⁽⁸³⁾ y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros se sientan, en la casa pura de Nicolás Ramírez,⁽⁸⁴⁾ sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles, unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer, unas cuantas frases. La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país: "Si me traen (regalos, regalos de amigos y parientes a la casa de los novios), me deprimen, porque

(81) Estos bellísimos *Apuntes* fueron publicados por Manuel Sanguily y Arizti. (Publicados también por M. Isidro Méndez, con un prólogo y notas.) Es un relato lúcido, pleno de color, de la vida campesina dominicana: hombres y paisajes iluminados de mano maestra. Es, sin duda, lo más bello que se ha escrito en el género, en las Antillas. Las fechas señaladas por Martí, no son del todo exactas, ya que, en ocasiones, describe algún sitio, en sus jornadas, después de haberlo visitado. Las fechas corresponden, más bien, al día en que escribe. Es un simple detalle que se advierte a fin de señalar mejor el itinerario de Martí en el Cibao. Se agregan algunas notas aclaratorias en las que hemos utilizado unos apuntes escritos, a solicitud nuestra, por el siempre recordado amigo General Ricardo Limardo, Bubul.

(82) General Máximo Gómez.

(83) Enrique Collazo, general cubano.

(84) Véase en otra parte de esta obra, apunte acerca de Ramírez.



yo soy el obsequiado.” Dar, es de hombre; y recibir, no. Se niegan, por fiereza, al placer de agradecer. Pero en el resto de la frase está la sabiduría del campesino: “Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer.” El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo,⁽⁸⁵⁾ que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo, es esta pregunta: “¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, y si la mujer de Jimenes⁽⁸⁶⁾ tiene el suyo dicen que ha dado a luz?” Y así, por el camino, se van recogiendo frases. A la moza que pasa, desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro: “¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chicharrones!” A una señorona de campo, de cortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro, que en malhora casó a la hija con un musié de letras inútiles, un orador castelaruno y poeta zorrillesco, una “luz increada”, y una “sed de ideal inextinguible”, el marido, de sombrero de manaca y zapatos de cuero, le dice teniéndole el estribo: “Lo que te dije, y tú no me quisiste oír: *cada peje en su agua.*” A los caballos les picamos el paso, para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él: “El caballo se baña en su propio sudor.” Eusebio vive de puro hombre: lleva amparada de un pañuelo de cuadros azules la cabeza vieja, pero no por lo recio del sol, sino porque de atrás, de un culatazo de fusil, tiene un agujero en que le cabe medio huevo de gallina, y sobre la oreja y a media frente,

(85) Refiérese a Arturo Fondéur.

(86) Don Juan Isidro Jimenes.



le cabe el filo de la mano en dos tajos de sable: lo dejaron por muerto.

“¿Y Don Jacinto, está ahí?” Y nuestros tres caballos descansan de quijadas en la cerca. Se abre penosamente una puerta, y allí está Don Jacinto; aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujeto por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del techo: contra el ventanillo reposa una armazón de catre, con dos clavijas por tuercas: el suelo, de fango seco, se abre a grietas: de la mesa a la puerta están en hilera, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, y un pomo vacío, con tapa de tusa: la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos de un inhalador, de un pulverizador, de polvos de asma. A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches: el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto. Fué prohombre, y general de fuego: dejó en una huída confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dió al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. “¡Y a ti, adiós!: no te mato, porque eres mujer.” Anduvo por Haití, entró por tierra nueva, se le juntó la hija lozana de una comadre del rincón, y entra a besarnos, tímida, una hija linda de ocho años, sin medias, y en chancletas. De la tienda, que da al cuarto, nos traen una botella, y vasos para el romo. Don Jacinto está en pleitos: tiene tierras, y un compadre—el compadre que lo asiló cuando iba huyendo del carabinazo—le quiere pasear los animales por la tierra de él. “Y el mundo ha de saber que si me matan, el que mató fué... Y que a mí no se me puede decir que él no paga matadores: por que a mí vino una vez a que le buscara por una onza un buen peón que le balease a Fulano: y otra vez tuvo que matar a otro, y me



dijo que había pagado otra onza.” “¿Y el que viene aquí, Don Jacinto, todavía se come un alacrán?” Esto es: se halla con un bravo: se topa con un tiro de respuesta. Y a Don Jacinto se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo de las mejillas. “Sí”, dice suave, y sonriendo. Y hunde en el pecho la cabeza.

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. “Ustedes me dispensen”, dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con ron y café, el arroz blanco y los huevos fritos, “pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete”. El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol salimos del alto, y por entre cercados de plátano o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General: a un codo del patio, un platanal espeso: a otro, el boniat: detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adorna-patios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con lleren, y boniato y aullama: al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos, de la guera y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez,⁽⁸⁷⁾ padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor: y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciséis años del busto saliéndose del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo,

(87) Padre de doña Santos Domínguez, esposa de don J. Isidro Jimenes.



una rosa. “Don Jesús” viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, “que da mucha briega”, y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere “que los hijos sean como él”, que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella. Pero a él la tierra le da “el oro jecho, y el peso jecho”. Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le esprime y frota bien en las uñas a la mula, “y sigue andando”. En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte, y chocolate. Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, “de las excavaciones de los indios”, cuando la mina de Bulla: ya le decían “Bulla” en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una buena espada de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima. La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores. Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chicuelos, de ojos melosos y pecho membrudo, saben leer.

Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. “La Providencia” era el nombre de la primera tienda, allá en Guayubín, la del marido puertorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de



marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que se nos acercó al estribo, y nos dió un tabaco. “La Fe” se llama la otra tienda, la de don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta, en una yagua: “La Fantasía de París”. Y en Esperanza nos desmontamos frente a “La Delicia”.⁽⁸⁸⁾ De ella sale, melenuado y zancón, a abrirnos su talanquera, “a abrirnos la pueita” del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de baqueta. El cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, “a lleváse los cuaitos de las confirmaciones”; nos enseña su despacho, pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete reclinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido, y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe “velando por la paz”, y le ofrece llevarle “más tarde” la silla que le pide. El vende cerveza, y tiene de ellas tres medias, “poique no se vende má que cuando veine ei padre”. El nos va a comprar romo. Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón, y las de la primera ermita.

De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las ceibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se escurre, a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

(88) Las “tiendas” citadas por Martí eran apenas míseras pulperías “que llevaban tales rótulos escritos hasta en yaguas”, como nos decía don Ricardo Limardo.



15 de Febrero.

Es Santiago de los Caballeros, y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario; y enfrente hay una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio-punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus; las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y airoso. Los soldados, de dril azul y kepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales mestizos o negros. El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora;⁽⁸⁹⁾ la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.⁽⁹⁰⁾

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco de Elcano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama "La Progresista". Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve a la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del "reducto patriótico", de la fortaleza de San Luis.

(89) Inteligente y laborioso arquitecto que construyó la Iglesia Mayor de Santiago, la Iglesia del Santo Cerro y el Puente de Nibaje. Vino a esta ciudad de Santo Domingo a estudiar la arquitectura colonial.

(90) Después de la visita de Martí, Boitel se estableció en Las Lagunas, Villa González, donde murió hace pocos años. Era un hombre de asombrosa capacidad para el trabajo.



En la casita, enseña todo la mano laboriosa: esta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas, aquel es un faetón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel, allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala entre los libros viejos, hay una biblia protestante, y un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que hala de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta: no menos que augusta: es leal, modesta y tierna. El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

Me llevan, aún en traje de camino, al “Centro de Recreo”, a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta. Los “marrachos” entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval: sale la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Máximo, el niño de Ramírez, de dos años y medio, dice que “el gigante trae la corbata en las manos”.

En el centro fué mucha y amable la conversación: de los libros nuevos del país, del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres, de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo,



que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini. Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras locales: del libro en que se pudieran pintar las costumbres, y juntar las leyendas, de Santiago, trabajadora y épica. Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz.



Oigo este cantar:

*El soldado que no bebe
Y no sabe enamorar,
¿Qué se puede esperar de él
Si lo mandan avanzar?*

16 de Febrero.

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos, en aquella campiña floreciente, coreada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa. En un ventorro nos apeamos, a tomar el *cafecito*, y un *amargo*. Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero a los pies, y las sandalias desfle-



cadás. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: “¿Conque otro habla, y más aprisa que el santo, la lengua del santo?” “¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un platanal!” “Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo.” Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al Santo Cerro. De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le dibujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: *es un político*.

15 de Febrero.

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego. Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre. Luego, ya al mediodía, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pílaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que saltan. “Ese gallo, cuidao, que no lo dejen comer arroz, que lo afloja mucho.” Es gallero Manuelico, y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los “solean” para que “sepan de calor”, para que “no se ahoguen en la pelea”, para que “se maduren”: “ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace”. “Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo, la carne de vaca. El agua que



se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuido del gallo, es ponerlo a *juchar*, y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla.” Va Manuelico a mudar de estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea. De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

18 de Febrero.

Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo muy hervido que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve al apetito; de la miel de abeja, “mejor que el azúcar, que fué hecha para el café”. “El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día, y cura de excesos.” “A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez (a Carlos Manuel de Céspedes) una cosa que fué de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque las avispas son de olfato fino, y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquieta, del despego al olor acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: “Vea, amigo: si esto se hace así.” Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispas, y vi que dos se le clavaron en la mano, y él con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano.”

18 de Febrero.

A casa de don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que ha-



llaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor. Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su *túbano* encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa se asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas, en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes: y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá y en cada uno un geranio.

19 de Febrero.

De Ceferina Chaves⁽⁹¹⁾ habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce: ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lo lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña

⁽⁹¹⁾ Ceferina Calderón de Chaves, esposa del rico General Juan Chaves, hacedado de Guayacanes. Mujer inteligente, dotada de cierta cultura, ejerció grande influencia en nuestras guerras civiles.



natural de él. El marido se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse al buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo. Casará la hija con letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él.⁽⁹²⁾ El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. “Al pobre, algo se ha de dejar, y el divi-divi de mis tierras, que los pobres se lo lleven.” Su conversación, de natural autoridad fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonríe ingenua, y habla altiva, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: “Es preciso ver si sembramos hombres buenos.”

1º de Marzo.

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. Allí tengo a Montesino,⁽⁹³⁾ el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española. Allí vive “Toño” Calderón,⁽⁹⁴⁾ de gran fama de guapo; que

(92) Efectivamente, su hija Balbina fué esposa del orador Eugenio Deschamps, ex-Vicepresidente de la República, amigo de Martí.

(93) Joaquín Montesino. Su esposa era de apellido Lemoine. Aunque isleño, era afecto a la revolución cubana. Vivió muchos años en Monte Cristi. Véase, en este libro, la página que le dedica Martí.

(94) General Antonio Calderón. Antiguo Comandante de Armas de Santiago y compañero del célebre Perico Pepín. Murió en un combate en La Vega, en 1912. Don Ricardo Limardo lo recuerda así: “De Santiago, figuró entre los guerrilleros sobresalientes de Santiago; era de los compañeros de Perico Pepín, Bruno Marmolejos, Polín Espaillat. Principió a sonar allá por el año 1879, siempre estuvo en los asuntos del Cibao y con Liliís, encontrándose en atrevidas empresas de guerra. Se le atribuyen algunos hechos bárbaros de soldadote y desórdenes. Cuando Victoria era de los jefes, con Chucho Fernández, que me hicieron preso en Puñal, pero ambos me trataron como caballeros cuando podían haberme fusilado para contento de Alfredo M. Victoria.”



cuando pasó la primera vez, en su tiempo de comandante de armas, me hizo apear, a las pocas palabras, del arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dió su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, “el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer”: “Toño”, de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo,⁽⁹⁵⁾ médico sin diploma —“mediquín”, como decimos en Cuba—, azorado en su soledad moral: azotado, en su tenacidad inútil, vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme, y respeta y obedece a quien se le encara: Salcedo, sin queja ni lisonja—porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos—, me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslíe con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo—Adolfo, el hijo leal de Montesino, que acompaña a su padre en el trabajo humilde—, me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte: y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesino, sobre el potro que él alquiló a un “compadre” del general Corona.⁽⁹⁶⁾ “Ya el General está aquí, que

(95) Don Ricardo Limardo lo pinta así: “Un joven cubano, de mediana estatura, mulato claro, de pelo negro lacio, estudiante de medicina, que trabajó bajo la protección de P. Smidt y de Montesino.”

(96) General Benigno Corona, hermano del famoso Pepino Corona, que curaba el tétanos, secreto que es patrimonio de esta familia. El general Corona murió en un combate, en las cercanías de Santiago. El General Limardo lo recuerda: “El General Corona que menciona Martí, entiendo que es Benigno, los Corona son serranos, campesinos honrados, traficantes en los célebres andullos de tabaco y poseen el secreto para curar el tétanos, secreto que se han transmitido de padre a hijos, negándose a venderlo ni a confiarlo a otra persona que no sea de la familia y en la forma establecida por los antepasados. Cuando la campaña de Barba en que fué herida la hija de J. del C. Ariza, de lo que contrajo el tétanos, los médicos fueron impotentes, por lo que Ariza llamó a Corona, el que en breve tiempo la puso fuera de peligro. Corona tenía bien ganada su fama de valiente; estando yo preso cuando el 26 de abril, Corona y Enrique Llenas fueron



es ya amigo”, “por la mira que nos hemos echado”: panamá ancho, flus de dril, quitasol con puño de hueso: buen tri-gueño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón a Ouanaminthe.

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allí las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco, o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel-Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fué a tapar la boca del cañón de Haití: y acá, en la orilla negra, todo es mango en seguida, y guanábana y anón, y palma y plátano, y gente que va y viene: en un sombrío, con su montón de bestias, hablan, al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos: llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos y un chalán del Cabo: sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza, menuda y crespuda, le salen, por la nuca, dos moños: va cantando, “Bon jour, comêre”, “Bon jour, compêre”: es una vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol, es una mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas. Ya las casas no son de palma y yagua, leprosas y polvosas: sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las

encarcelados violando de ese modo Perico y Deschamps las leyes más elementales de la guerra por haber ellos llegado a la línea del Gobierno como parlamento. En tal misión se es sagrado. Dos días después más o menos, arreciaba el avance, la consternación tomaba proporciones de debacle y parece que el enemigo por alguna circunstancia tuvo ocasión de protestar o exigir sus parlamentarios; debido a eso vino en persona Perico Pepín a libertar a Corona y Llenas y, cuando ya se ponían el saco para salir, les grité desde mi calabozo del célebre Cubo: Corona, no salgas, quédate preso, porque si no te respetaron, ahora quédate, que nos sacarán los compañeros. Corona retrocedió al calabozo y se negó a salir, Perico me lanzó una mirada de chacal que supuse deben ser así y me hubiera hecho devorar si no hubiera sido porque Aníbal estaba en la puerta. Si mal no recuerdo, Corona fué asesinado.”





Ulises Heureaux (Lils)



Miguel A. Pichardo (Guelito)



casas son de embarrado sin color, de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada, con fallebas sólidas, o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y larguirutos, enteros y rotos, azules o desteñidos, con sandalias o con botines, el kepi a la nariz, y la bayoneta calada: marchan y ríen; un cenegal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón. El cónsul dominicano⁽⁹⁷⁾ pone el visto-bueno al pasaporte, "para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local", y me da una copa de vino de Garnacha. Corona llega caramoleando: quita y pon de fieltros, y de la cachucha consular; salimos con el oro de la tarde.

2 de Marzo.

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos: *Origines des Découvertes attribuies aux Modernes*, de Dutens, en Londres, en 1776, cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que "una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con la inscripción "Jupiter Elicius", o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empina una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella": a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer de Le Plongson, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un

(97) Se refiere al Vice-Cónsul dominicano en Juana Méndez, Hipólito Marsán, a quien alude Martí en su nota, de ese día, enviada con su compañero de viaje, Panchito Gómez, al General Gómez. Marsán era Juez de Primera Instancia de Monte Cristi en 1883. (J. S. Marsán era Cónsul de la República en Cabo Haitiano en 1883 y en 1894.)



rayo, y otro hombre frente a él, a quien da el rayo en la boca. Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la Antología griega—y en la poesía oceánica, como los pantunes—, se encuentran los ritornelos, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfiler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las nimieneces de hoy, y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre *Un chino en Roma*.

2 de Marzo.

En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un cristo de madera, bajo dosel de zinc, un cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda. Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso. Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí? “Pas cá, pas cá, mosié.” No me quieren el peso. Reparto saludos. “Bon blanc!” “Bon blanc!” A las ocho me llamó hermano Nephtalí en Fort Liberté: a las cinco, costeando la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano. Echo pie a tierra delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé.⁽⁹⁸⁾

⁽⁹⁹⁾La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas,

(98) Dr. Ulpiano Dellundé, cubano, vivió en Puerto Plata donde ejerció su profesión de médico, y luego en Cabo Haitiano. Hombre caritativo y generoso, dió su fortuna por su patria.

(99) Al margen de la página del original que comienza en el párrafo señalado en ésta por el No. 2, hay una nota del propio Martí, contenida entre paréntesis, como se transcribe, que dice: (Aquí sigue la nota del 2 de marzo, interrumpida sobre Petit Trou, después de la de Naphtalí, en Fort Liberté). (Nota de M. Sangüily y Arizti.)



o bebiendo refrescos, o ajenjo o anisado, en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatico risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos minutos, y a tender sobre una mesa mi queso y mi empanada, con la cerveza que no bebo. Con el bastón en alto perora un ochentón, de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella y triste, me mira, como súplica y cuento, medio escondida al marco de una puerta; y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas las cortinas. Adiós. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

2 de Marzo.

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero, que va muy abotinado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto se apea, a servirme. "*Ab, compère! ne vous derangez pas.*"



"*Pas cá, pas cá, l'amí. En chemin, garcon aide garcon. Tous sommes haitiens ici.*" Y muerde, y desdobra, y sujeta los cordeles: y seguimos hablando de su casa y de su mujer, y de los tres hijos con que "*Dieu m'a favorisé*", y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se queda en el alma recio y hondo, como una raíz. "*Ab, oui!*" con el *oui* haitiano, halado y profundo: "*Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu.*"

2 de Marzo.

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas: "*Non: argent non: petit livre, oui.*" Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert. De barro y paja, en un montón de maíz, es la "*habitación de Mamenette, chemin du Cap*". Alrededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinaba los ojos luminosos Augusto Etienne.

2 de Marzo.

Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía de prisa, en lo negro de la tormenta el mozo haitiano que me fué hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su



enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala: y yo le ofrecí cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al comandante de armas, para que refrendase los pasaportes. Y eso fué cuanto entonces vi de Ouanaminthe: el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, metidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad; más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: "*Ob! gardez cá: blanc, soldat aussi!*" El cuarto de guardia vi, y al comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a la cabeza, en sillones mancos, y él, flaco y cortés. Así pasé entonces.

Esta vez la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charreteras y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorrio, con su recia mampostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y sombrero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley



fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: —“Saludo.” “Saludo.”

2 de Marzo.

Corona, “el general Corona”, va hablándome al lado. “Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres.” Y con su “dimpués” y su “inorancia” va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón “sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo” es el saber que “en un conuco de por ahí está un eimano poi quien uno puede dai la vida”. “Puede uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas.” El quiere “decencia en el hombre”, y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, “a quien le quiere prohibir ei pensar”. “Yo ni comandante de aimas quiero ser, ni interventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece ei gobierno poique me ve probe, pa precuraiame mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite ei empleo.” “Pero yo voy viviendo, con mi honradé y con mi caña.” Y me cuenta los partidos del país; y cómo salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y cómo con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, “el reducto de San Luis”, cuando se alzó con él, contra Lilís, Tilo Patiño⁽¹⁰⁰⁾ “que aorita está de empleado dei gobiemo”. “Poite ete hombre o poi ei otro no me levanto

(100) General Aristides Patiño. En efecto, después de esta ocurrencia, don Tilo fué designado Gobernador de la Provincia de Santo Domingo.



yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da ei vei que los hombres de baiba tamaña obedecen o siven a la tiranía.” “Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me le voi andando ai rifle, y ya no quiero ma cuchillo ni tenedor.” “Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mi acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá.” “Poi que yo, o todo, o nada.” “Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujer: poi que eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voi a tener que etai en un lugai má de un mé o do, ensegúa me buco mi mejó comodidá”: y luego, a la despedida, “ella ve que no tiene remedio, y la deajo con su casita y con algunos cuaitos: poi que a mi mujer legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai”. A ella vuelve siempre: ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le ayuda en todos sus trabajos, y “que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echáme a la mala vida a pasai trabajo, yo sé que mis hijito quedan de detrás mui bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me condúca como un hombre”. De pronto, ya caída la noche, pasa huída, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una mula de la recua de Corona. El se va con sus dos hombres a buscar la mula por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí. “Usted no va a jallá ei hombre que buca.” Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 de Marzo.

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a troncos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos



gourdes, que son el peso de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: "*Mosié blanc pringarli metté mosié prison.*" De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver Colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice: "Bon, papá!"

Ya después de las diez, entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una Feliciano, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. "¿Es acá Nephtalí?" Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra... "*Bien sellé, bien bridé: pas commin*"... Eso dicen, adentro, de mí. Sí puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuera. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro "de caridad" ¿habrá donde duerma, y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blanducho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos: textos desencuadrados, catálogos, una biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas, y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena, y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. ¿De allá dentro, quién me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en camisón de dormir. De cena, dulce de



maní, y casabe: y el vino piamontés que me puso Montesino en la cañonera, y parto con la hija, segura y sonriente. El castizo se fué en buena hora. “Le chemin es voiturable”: el camino a Fort Liberté: “*Ob, monsieur: l'aristocratie, est toujours bien recue!*”: y que no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que “todavía” no ha estado en Europa, y que si “las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar”. Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duermo tendido, bajo el techo amable. A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: bienvenido sea el huésped: el huésped no ha molestado: perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada. Todo él sonríe, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta; van saliendo en la plástica nombres conocidos: Montesino, Montecristi, Jimenes. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el almuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche. “Madame Nephtalí” se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que “superstición en Haití, hay y no hay: y que el que la quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él, que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición”. Y ¿en qué se ocupa monsieur Lespinasse, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? Ah, escribe uno u otro artículo en *L'Investigateur*: “*on est journaliste*”: “*L'aristocratie n'a pas de avenir dans ce pays-ci*”. Para el camino me pone Nephtalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche: —“*¿Comment, frere? On ne parle pas d'ar-*



gent, avec un frère.” Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

3 de Marzo.

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

3 de Marzo.

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: “*Les Mères Chrétiennes des Contemporains Illustres*”. Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía, es un libro escrito por el autor de “*L’Académie Française au XIXme Siècle*”, para fomentar, dándola como virtud suprema y creatiz, la devoción práctica en los casos: la confesión, el “buen cura”, el “santo abad”, el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: “Las altas esferas de la sociedad.” “El mundo de las letras.” “El clero.” “Las carreras liberales.” Carrera: el cauce abierto y fácil, la gran tentación, la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original que desata y desenvuelve al hombre, y lo cría, por el respeto a los que padecen y producen como él, en la igualdad única duradera, porque es una forma de la arrogancia y el egoísmo, que asegura a los pueblos la paz sólo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana. Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en rela-



ción con su esfuerzo y servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean. Las carreras, como aún se las entiende, son odioso, y pernicioso, residuo de la trama de complicidades con que, desviada por los intereses propios de su primitiva y justa potencia unificadora, se mantuvo, y mantiene aún, la sociedad autoritaria: sociedad autoritaria es, por supuesto, aquélla basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro. Lo del índice de "Las Madres Cristianas": "Las altas esferas de la sociedad." "El mundo de las letras." "El Clero." "Las carreras liberales."

Por donde dice "Madame Moore" abro el libro. Madame Moore, la madre de Tomás Moore, a cuya "Betsy" admiro, leal y leve; y siempre fiel, y madre verdadera, a su esposo danzarín y vano. Como muy santa madre da el libro a la de Moore, y lo de ella lo prueba por la vida del hijo. Pero no dice lo que es: que por donde el hijo cristiano comenzó, fué por la traducción picante y feliz de las odas de Anacreonte. De Margarita Bosco habla mucho, que es madre del cardenal, que recuerda mucho la del cura mimado de "La Regenta", de Alas, aquel cura sanguíneo a quien la madre astuta le ponía la cama y la mesa. Conocí yo a un hijo del príncipe Bosco: el padre había sido amante de la reina de Nápoles, de la última reina: el hijo había sido en Texas capitán de la milicia montada; y en Brooklyn era domador de caballos. Una madre es "Madame Río", de A. del Río, "el ilustre autor de "L'Art Chrétien". Otra "Madame Pie", la del obispo de Poitiers. "Madame Osmond" es otra, la del conde que escribió "Reliques et Impressions". Otra es la madre del Ozanam, el católico elocuente y activo. Y otra la de Gerando, aquel cuyas metafísicas leía atento Michelet, cuando vestía frac y zapatos de hebilla, y daba clase de historia a las princesas.



3 de Marzo.

Me voy a pelar, a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa: él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazos, con otros de mugre, y cromos viejos; y en techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel. “¿Y usted, Martínez, será hombre casado?” “Hombre como yo, ambulante, no puede casar.” “¿Y dónde aprendió su español?” “En San Tomás: yo era de San Tomás, santomeño.” “¿Y ya no lo es usted?” “No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada: soy hijo de inglés, no vale de nada: soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada.” “¿Conque no quiere ser español?” “Ni cubano quiero ser yo, ni puertorriqueño, ni español. Si era blanco español inteligente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico, con \$500 mensuales: si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo, español.” A la pordiosera que llega a la puerta: “Todavía no he ganado el primer cobre.”

4 de Marzo.

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido; con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel deja el timón a medio ir: “Bonito eso”: “Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo”: “Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito.” Y luego se echa a reír: que los *voudous*, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile *voudou*, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en



rumbo a Monte Cristi.
ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar
una hora, más de una hora. La lancha piafa y se hunde,

6 de Marzo.

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un mostruario de panamás de cinta fina, libros descuadernados, y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse. “Mira, muchacho de los billetes: ven acá.” “Cómprale un billete: dale un peso.”

6 de Marzo.

Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros. La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

29 de Marzo.

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros, y capaces de hablar, que se beben la leche, de cómo se salva el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la manteca, del sapo que se come las avispas, del murciélago, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la



conquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas; y él, con su pico duro, se sorbía la primera leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, a donde las pulgas por no ahogarse vuelan, y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélago trunca al cocuyo en el aire y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

29 de Marzo.

Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma. Y un descalzo viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye, y luego ésta:

*Te quisiera retratar
En una concha de nacle,
Para cuando no te vea
Alzar la concha, y mirarte.*

30 de Marzo.

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que “como debe volver un buen cubano”, es hombre de crear, sembrador e industrioso, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destilada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, “un agua que se va cua-



jando en piedra". Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondeles imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella, de caballo o mula, de gallina: la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo. Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte, a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca, por entre bejucos, se sube al claro verde.

1º de Abril.

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos a la medianoche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda: y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa: y se huele la sal. De pronto, de los últimos cambreros, se sale a la orilla, espumante y velada—y como revuelta y cogida—con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.



3 de Abril.

La ingratitud es un pozo sin fondo, y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

3 de Abril.

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

3 de Abril.

En medio de la mar, recuerdo estos versos:

*Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría a una hija
Sin saber para quién es.*

4 de Abril.

En la goleta *Brothers*, tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizado, saliendo, verdoso, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador. Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones de-



siertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril: quien tuvo barcos los vende: crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es tierno amigo de un patrón contrabandista; el capitán del puerto—ventrudo mozo—es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco: el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el “leño de la vida”, que “arde como una antorcha”, con su corazón duro: dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos: junto a un pilar hay un saco de papas del país: de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja blanca, de espejuelos, pamela y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallinas, hilo: la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que “su casa de recibir” no es allí, donde tres hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa: tres chelines: ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo. Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés, y tez de cobre, vendiendo “su gran corazón”, su “pecho valiente, que sirve por dos pechos”, los botines rastreros, que se saca de los pies, un gabán roto. El irá “a todas partes, si le pagan”, porque “él es un padre de familias, que tiene dos mujeres”: él es “un alma leal”: él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quiso poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas una policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas. Pasa el guadalupeño, de terso color de chocolate, y la cana rizada de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero es de penca: ni bebió ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de



noche: es albañil, y contratista, y pescador. Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de sortija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro. Pasa el patrón blandilocuo, de lengua patriarcal y hechos de zorro, el que a la muerte del hijo “no lloró el dolor, sino que lo sudó”: y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es “un caballero, y conoce a los caballeros”: y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 de Abril.

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mobila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hilera, halando y cantando.

5 de Abril.

David de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndonos con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el “locro”, de tocino y arroz; o el “sancocho”, de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen “*mutton-fish*”, con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a “gudilla” pura—a remo por timón—el único bote: él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y



grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca, desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. David, de las islas Turcas.

6 de Abril.

Es de pilares, de buena caoba, la litera del capitán del vapor —el vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de caza, dos puñales, un pistolín parrero, y dos pares de esposas, “que uso para los marineros algunas veces”. Y junto hay un cuadro, bordado de estambre, “del estambre de mi mujer”, que dice, en letras góticas:

*In allen Stürmen,
in allen Noth,
mög er dich berschirmen
der treue Gott.*

7 de Abril.

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. El café fué “caliente, fuerte y claro”. El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie*, y el grito de una frutera que vende “caimite!” Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desen-



cajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo: “*le bon Dieu*”, y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: “Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sino acabar, “con el rayo de la luz”, al *papá-boco*, al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará”. Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice: “Mlle. Elise Etienne. Cap. Haitien.”: la de él, la grande, dice: “Mr. Edmond Férére. Francés.” Es Domingo de Ramos.

8 de Abril.

Por el poder de resistencia del indio se calcula cuál puede ser su poder de originalidad, y por tanto de iniciación, en cuanto lo encariñen lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza. Leo sobre indios.



8 de Abril.

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitlahuac, que a cadáveres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o infortunada Teuichpo, que con Cuauhtemoc en la piragua real defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz y luego —la que había dormido bajo los besos indios del mártir— se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria, ni de mujer. ¡A la patria más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre. Entra Tom a mi cuarto escondido: Tom, el negro leal de San Thomas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un doblez de papel en que pido libros, para escoger, a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo. Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros y los dos pesos.



MANIFIESTO DE MONTE CRISTI

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A CUBA

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un



conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable por ir firmada por la muerte que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con qué emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetercer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. En



la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y teóricas de Hispanoamérica.

Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno: o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en



el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país; la administración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer de la libertad. Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del uni-



verso rico e industrial, sustituirá, sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La Revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan— del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quien se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba pa-



tente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La Revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la Revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responde el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la Revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha



aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulso a veces de unírseos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogiera alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquél con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna puede mantenerse sin cohecho y desarrollo sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Encontrarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles si los cubanos no los odiamos? La Revolución emplea sin miedo este lenguaje,



porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarle en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la Revolución, concedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, y permitan, en vez de entrabar, el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propias nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal,



que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer el molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hachos y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjera y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de los resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: ésos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar,



en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y el equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierras de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el cruce del mundo. Apenas podría creerse que con semejantes mártires y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!

A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. Y al declarar así, en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra ac-



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

tual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

MÁXIMO GÓMEZ

JOSÉ MARTÍ





Manuel de J. Galván





Américo Lugo



FRAGMENTOS DE UNA CARTA

Santiago de los Caballeros, 18 febrero 1895.^(100a)

Prever es vencer. Ocupar es mejor que desalojar. A usted le hablo de estas cosas, de un estribo al otro, y a Gonzalo de otras. Junten las cartas, y complétenlas como se completan ustedes. No se dejen enfriar la mano. Que Gonzalo se cartee con los Consejos. Lo que aquí veo, y ayudo a hacer, merece, y lo que hago desde aquí, este esfuerzo continuo. A cada sinsabor, piensen que por él los quiero más. ¿Les he dicho alguna vez esto que leí en alguna parte?: “Es uno de los pocos goces verdaderos de la vida el trabajar en algo grande entre almas afines.”

Para detalles, y ciertas medidas, aguardo sus cartas. No para hablar de ustedes Collazo aún me acompaña: a Mayía lo dejé de ver hace horas: a cada paso salta un recuerdo. El mío es ver a Uba con el niño en los brazos.

Adiós ahora. Entro en claves, a las 12 de la noche, y a las cuatro montamos, para las 16 leguas del día, a los jinetes

(100a) Publicada por Gonzalo de Quesada y Miranda en *Obras completas de Martí...*, vol. 67, de la Editorial Trópico, con la siguiente nota: “Hoja suelta, sin fecha, que parece fragmento de alguna carta escrita a Benjamín J. Guerra, para Gonzalo de Quesada y Aróstegui también. Esta carta fué escrita, seguramente en Santo Domingo.” En efecto: fué escrita en Santiago de los Caballeros en la noche del 18 de febrero de 1895. Ese mismo día se vieron Martí y Mayía, en La Vega. Al día siguiente, 19, salió el Apóstol para La Reforma con el General Gómez, Collazo y demás compañeros de viaje.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

me han declarado compañero. Pero quisiera, muchas veces quisiera, verlos a ustedes, a los constantes cuidados en los días oscuros, cerca de mí. Es bueno querer. No olviden demasiado pronto a su

J. MARTÍ



DOCUMENTOS DE LA EXPEDICION

I

Montecristi, Marzo 1895.⁽¹⁰¹⁾

Al General Máximo Gómez ⁽¹⁰²⁾

Mi General:

Estoy en Gobernación desde temprano, esperando a que levante Guelito, en el deseo de que supiésemos algo antes de salir Mayía. Pero ya el vapor está en puerto, y acaso él se dispone en este instante a salir. Aquí quedo en la Administración de Correos, esperándolo, por si viene, y conmigo dinero para el viaje, que no me atrevo a fiar al mensajero.

Su

MARTÍ

(101) Recógense aquí diversas cartas y órdenes de Martí relativas a la expedición, escritas en momentos trascendentales, horas antes de embarcar hacia Cuba, reveladoras de su estado de ánimo en aquellos momentos. Son instrucciones escritas rápidamente, nerviosamente, en el instante decisivo; esquelas desprovistas de su habitual donaire, como disposiciones que se dictan en un campo de batalla. Se incluyen aquí tres esquelas al desinteresado patriota Cornelius G. Moore, amigo de Maceo y luego de Martí y de Gómez, porque se refieren a la compra de la goleta para la expedición del 1o. de abril y porque, aunque firmadas por Máximo Gómez, fueron escritas de puño y letra de Martí. Conservamos los preciosos originales gracias a la generosidad del Sr. Manfredo A. Moore, hijo del destinatario. (Véase en esta obra, en *Referencias epistolares*, carta, al respecto, del citado Sr. Manfredo A. Moore.)

(102) El documento No. 1 procede de *Papeles de Martí...*, vol. 1, y los marcados II, VI-IX, proceden de la misma obra, vol. II.



A las 9.

Y al cerrar esta carta, y repasar cuantas de Cuba y afuera, por si hay algo que enviarle ¿cómo reprimir la confianza en lo propicio de la hora, que rebosan todas ellas? ¿ni qué, sin ofensa, pudiera yo decirle de esto? Pero ésa es el ansia general, de la gente probada y sensata, y cumplo con trasmirtírsela. Ahora, no nos haremos esperar sino lo que nos mande la prudencia: luego, usted verá, cómo, a guerra rápida y amor, encendemos el país.

II

Certifico por la presente que el título de propiedad de la goleta inglesa *Brothers* comprada al señor John P. Bastián y que figura en mi nombre, no ha sido ni es más que una simple fórmula, cuya propiedad ha sido legítimamente adquirida por la Sra. Da. Bernarda Toro de Gómez habiendo sido satisfecha la suma de (\$1,400.00) mil cuatrocientos pesos mejicanos.

En fe de lo cual firmo y libro la presente para mayor constancia.

Montecristi, Marzo 30 de 1895.

JOHN POLONEY

III

Conste por la presente como que he vendido a la señora Bernarda Toro de Gómez para ella y sus herederos la goleta nacional *Mary John* de mi entera propiedad y sobre la cual no pesa gravamen de hipoteca alguna, por cuya venta certifico haber recibido la suma de (\$2,000.00) dos mil pesos mejicanos a mi entera satisfacción.

En fe de lo cual firmo y libro la presente para mayor constancia.

Montecristi, Marzo 30 de 1895.

JOHN POLONEY



IV

Monte Cristi, 30 de marzo de 1895.⁽¹⁰³⁾

A Cornelius G. Moore.

Amigo Moore:

Necesito ver en seguida a Bastián, sin pérdida de tiempo. Panchito va a arreglar con usted esto, y a convenir con Bastián la manera de que lo siga hasta mi casa sin ser observado. Viene muy a tiempo. Por supuesto usted procurará tener el objeto del viaje de Bastián enteramente desconocido para los otros: St. X y el compañero.

M. GÓMEZ

V

Monte Cristi, 31 de marzo 1895.

A Cornelius G. Moore.

Amigo estimado:

Usted me dió "The Evening Sun" y ya ve por la adjunta prueba del periódico de hoy, el buen partido que se ha sacado de ese favor de usted; como verá, es de suma oportunidad; y aunque esa prueba no debe circular entre extraños antes de que salga el periódico, ya usted la tiene a mano, y puede traducirla durante el día a los dos interesados de ahí, St. y el compañero; para que lleven esa mayor tranquilidad. Dejo al juicio y a la bondad de usted ese nuevo favor.

Suyo,

M. GÓMEZ

(103) Esta esquela, del 30 de marzo, no tenía fecha. Le fué puesta por el destinatario. Debajo de la firma, en la esquina derecha, dice, en letra del General Gómez: "Rompa ésta." Poloney se prestó a figurar como comprador de la goleta de Bastián, para poder conseguir Carta de Registro provisional que le permitiera a la goleta el uso de la bandera dominicana, pero conservando marcado en la popa el nombre de Nassau, N.P., y el derecho de izar la bandera inglesa en caso de necesidad.



VI

Monte Cristi, 1º abril 1895.

A Cornelius G. Moore.

Amigo mío:

Un favor tengo que pedir a la bondad de usted ya que me tiene hechos tantos en estos días, y es el de firme como testigo en la adjunta carta de venta de la goleta *Brothers* del Capitán Bastián a Poloney. Ya el trato está cerrado, y no fuimos a ver a usted al instante de firmar Bastián por no llamar la atención. Mi hijo Máximo lleva el documento, y lo volverá a traer.

Tengo el placer en decir a usted que este servicio, y el afecto que en él como en los demás ha mostrado por nuestra pobre Cuba y por mí, tienen muy agradecido a su amigo,

M. GÓMEZ

VII

Montecristi, 1º de abril 1895.

Sres. Gonzalo de Quesada y
Benjamín J. Guerra.

En el caso de tenerse noticia cierta de la llegada de G. y M.⁽¹⁰⁴⁾ a Cuba, y de no poderse arreglar nada con Hatton, y de no hallar absolutamente goleta en N. York o no hallarse Capitán, y de ser indispensable, por no haber otro medio, que vaya a N. York la Goleta a buscar armas y gente, o de ser conveniente valerse de un hombre probado para llevar a Cuba parque abundante y unos pocos hombres de custodia, que busquen las fuerzas y las traigan a recoger en la costa el parque oculto, la Delegación, en vista del servicio anterior

(104) Gómez y Martí.



y de su sigilo, recomienda a John Poloney, de M. Cristy.⁽¹⁰⁵⁾

Como guía para el precio de servicios, conviene decir que se le ha comprado en propiedad La Goleta *Marijohn*, en Mil Pesos oro, y por el resto de sus servicios se le dió la mitad de eso. El hombre vale más; pero ya se tiene Goleta. Ama su provecho, y tiene buenas facilidades. Sería justa una buena compensación, y la paga de los gastos.

JOSÉ MARTÍ

VIII

Montecristi, 1° de abril 1895.

JOHN POLONEY
COMMISSION AGENT
MONTE CRISTI

Sres. B. J. Guerra y G. de Quesada,
Tesorero y Sec. del P. R. Cubano,
New York.

Mis distinguidos compatriotas:

De acuerdo con el anuncio hecho a ustedes sobre la persona del señor John Poloney, del puerto de Montecristi, escribo a su favor esta carta de introducción a fin de que, por carta o de persona, puedan en caso necesario como está previsto, tratar con dicho señor sobre servicios refaccionados especialmente con el transporte de armas, municiones, documentos y personas a Cuba en cualquiera de las dos goletas de la propiedad del Partido, a nombre hoy de la Señora Bernarda de Gómez, que quedan las dos o cualquiera de ellas

(105) Desde Monte Cristi el 23 de julio de 1924, Poloney se dirigió al Senado de Cuba haciendo mérito, detalladamente, de sus servicios a Martí y a Gómez. Sería interesante exhumar el expediente, del cual sólo conocemos algunos fragmentos conservados por su hija María Poloney, residente en Puerto Plata. A esta familia pertenece el Dr. Cino Poloney, actual Cónsul de la Republicana Dominicana en Nápoles.



en manos del Señor John Poloney, quien las disfrutará hasta que el Partido creyese necesario disponer de otro modo de ellas.

Se recomienda por sus servicios y persona leal el Sr. Poloney y saluda afectuosamente a ustedes.

El Delegado
JOSÉ MARTÍ

IX

Montecristi, 1º de abril 1895.

Gonzalo y Benjamín:

Anoto al vuelo aquí estos puntos importantes.

Hemos comprado aquí dos goletas: una a John Poloney, comerciante de Montecristi, la *Marijohn*, por \$2,000 mexicanos, y está hoy cedida por documento de él a la Sra. Bernarda Toro de Gómez; otra al Capitán Bastián, por \$700, oro, a nombre de John Poloney, y cedida por él en documento privado a la misma señora.

La 1ª queda en poder de Poloney, hasta tanto que ustedes la pidan para otros usos, si él no puede, por la publicidad del caso actual u otras razones, establecer el servicio de correos y municiones que tal vez, ayudado del capitán Bastián en Inagua, puedan establecer felizmente: o hasta tanto que ustedes, por conducto de Francisco Gómez, ordenen su venta, por no necesitarse el servicio de la goleta, y sí su importe.

La 2ª puede también volver a manos de John Poloney, o quedar en las del capitán Bastián, si así hubiese sido necesario, por la conveniencia en caso dado de moverlo con esa oferta extrema. Si vuelve a manos de Bastián, queda sujeta a servirnos, y al ser vendida, a la orden formal de ustedes.



Para guía de sus arreglos, de ningún modo necesarios con Poloney, debo decirles que este puerto de Montecristi es totalmente inaceptable para depósito o transacción alguna; pero Inagua es deseable, porque Bastián, viajero de Nassau a Inagua, donde pueden buscarlo, tiene modo de sacar de allí a Cuba a golpes las municiones, etc., que allí se le coloquen, y allí él o su agente reciba: no veo la necesidad de emplear a Poloney si se halla a Bastián, a menos que Bastián nos resulte sobre el terreno insuficiente. Definitivamente, no creo que Poloney pueda prestar más servicios que los que preste por medio de Bastián, a quien personalmente hemos tenido que buscar y emplear: Poloney no se ha mostrado desleal, pero no ofrece capacidades de un servicio seguro, ni su lugar le favorece. Usenle solo, si no se puede usar solo y directamente a Bastián, o si no se puede llegar a éste sino por Poloney. La goleta de Bastián probablemente no volverá a manos de Poloney. La de Poloney, y la otra si vuelve a él, y ustedes se lo preguntarán, nos pertenecen, y luego de aparentar un poco de trato, y declarar indispensable el entrar en fondos y él usarla, pueden dar a Fco. Gómez, por carta formal a B. T. Gómez la orden de vender la una o las dos.

JOSÉ MARTÍ



CARTAS DE MARTI Y DE GOMEZ A NICOLAS RAMIREZ

Ya en la imprenta esta obra, hemos tenido la fortuna de obtener de las generosas manos de Máximo y de María Luisa Ramírez Pavón, hijos del patriota cubano y grande amigo de toda confianza de Gómez y de Martí, don José Nicolás Ramírez, los reveladores documentos agrupados en este capítulo. Su importancia no necesita de encarecimientos: refiérense, principalmente, a los preparativos de la expedición de Monte Cristi, y dan la clave de no pocos aspectos de las actividades de Martí y de Gómez en vísperas de la salida para Cuba. Se refieren al mismo asunto las cartas de Mayía Rodríguez y de Panchito Gómez Toro, incluidas aquí:

I (105a)

Ramírez queridísimo:

¿Qué le cuenta a Osorio? ¿Olvidado yo de usted? Pero usted me vió en su casa: y así, con ese quehacer, con mucho más, estoy a toda hora. Téngame piedad, no rencor. Que pida gracia por mí Rafaela. Le ofrezco escribirle próximamente, o algo mejor. Y crea que, en la familia de mi corazón—mi única verdadera familia—, usted, a quien conocí tan de

(105a) Sin fecha.



prisa, tiene un puesto íntimo y privilegiado. No crea estas palabras excesivas. Es que yo tengo olor de almas.

De nuestras cosas en mi letra grande y ancha, verá nuestras esperanzas justas. Ni una hora perdida: ni razón para nada que no sea sólido contento. ¿No ve allá al viejo ilustre? Pues así todos; y yo, de junta-gentes, haciendo cuanto usted pueda desear de su amigo

JOSÉ MARTÍ

II

MAYOR GENERAL
MÁXIMO GÓMEZ

Enero 25, en La Reforma, 1895. ^(105b)

Mi querido Nicolás:

Mándame con Don Jesús Domínguez toda la correspondencia que puedas tener para mí. Del hogar mío me dijeron muchas cosas cariñosas para el tuyo.

Díle a tu Rafaela que mi Manana ha gozado mucho con todo lo que le he contado de sus cuidados para con este pobre viejo y goza más cuando le digo las gracias del ángel principal de la casa, Maxito.

Tuyo amigo

MÁXIMO GÓMEZ

PD.—Don Jesús se volvió ayer y por eso mando a este expreso para que con él me mandes todo lo que tengas para mí. Procura hacer salir al expreso a medianoche para que venga aquí temprano, que el caballito coma bien para que rinda la jornada. Tuyo

GÓMEZ

(105b) Se trata de correspondencia de Martí esperada con gran ansiedad por el General, después de las noticias del fracaso de Fernandina. Se alude a don Jesús Domínguez, amigo de Martí. Maxito es Máximo Ramírez Pavón, el niño de quien habla Martí en sus *Páginas de un diario*. (Reside actualmente en La Habana, calle Josefina, Vibora.)



III

“La Reforma”, Enero 29 de 1895.^(105c)

Mi querido Nicolás:

Aquí en ésta tu casa todos buenos. Te incluyo esa carta para Paquito que en seguida pondrás en el correo. Algún día te pagaré tu Cuba lo que por mi medio te está haciendo gastar en sellos aparte que ya dos o más veces te has visto frente a frente a la mamá muerta, por ella.

Verdaderamente ya tengo ganas de darme un atracón de esa sopa tan rica con que la dulce Rafaelita regala su mesa.

Voy a Monte Cristi y después a Santiago.

Memorias y te quiere tu amigo

MÁXIMO GÓMEZ

IV

GOBIERNO CIVIL Y MILITAR
SANTIAGO DE LOS CABALLEROS
REPÚBLICA DOMINICANA

CONCEDO pasaporte a los Señores Máximo Gómez, Enrique Collazo, José Martí, Francisco Borrero y Nicolás Ramírez, para que puedan dirigirse a La Vega por vía de Santo Cerro, en sus monturas y a diligencias personales. Recomiendo a

^(105c) Refiérese a Paquito Borrero, en Puerto Plata, a quien el General escribió llamándolo. Gómez había estado en Santiago en esos días, donde Ramírez.



las autoridades de su tránsito, darles paso libre.
(105d)

Dado en el Palacio del Gobierno Provincial de
Santiago a 17 de Febrero de 1895.

El General Gobernador
PEDRO PEPÍN

Rgdo. No. 485

V

Monte Cristi, 25 de febrero de 1895.^(105e)

Mi querido Nicolás:

Estas líneas son para ponerte al pie la clave de los telegramas que puedes recibir de Hatton, y el modo con que me los debes transmitir inmediatamente. Pon mucho cuidado.

Si recibes un telegrama que diga: "*Suspenda compra burros*", me pones en seguida uno que diga "*Mande Miguel con Luis*".

Si el telegrama es: "*Compre diez más*", me lo trasmites así: "*Mándeme pronto a Miguel*".

Si el telegrama es: "*Compre quince*", tú me pondrás: "*Gracias cariños con Miguel*".

Si el telegrama dice: "*Despache burros*", tú me pones éste: "*Esperamos Miguel sábado*".

(105d) La indicación "vía de Santo Cerro", pudo ser para despistar a los espías españoles, ya que esa vía alargaba mucho el camino y Martí, que habla con tanta minuciosidad de ese viaje, en sus *Apuntes*, nada dice del Santo Cerro: sólo hay una fugaz alusión al bello santuario que conoció en 1892. La partida para La Vega y el Hatico, donde los esperaba Hatton, debió ser en la madrugada del 18 de febrero. El pasaporte está firmado nada menos que por el célebre hombre de armas General Perico Pepín, entre cuyos grandes hechos de valor se cuenta el rescate del cadáver de Lilié, cuando fué muerto en Moca, el 26 de julio de 1899, trasladándolo a Santiago.

(105e) Este documento, sin firma, está escrito en parte por Martí, la fecha y los primeros párrafos, y por Gómez. Quizás no fué firmado por discreción. El firmante debía ser el General.



Si el telegrama es: "*Remita*, (y después el nombre de cualquier persona o casa de comercio)" no me pones telegrama, sino me lo envías por carta, y muy en seguida, con un expreso que no pierda momento.

Tú conoces la importancia de todo esto. Reserva y seguridad quedan logradas con esa doble clave. Celeridad en ti es lo que hace falta, y ésa no ha de faltar para que los telegramas me lleguen a tiempo.

Te saluda

MÁXIMO GÓMEZ

VI

25 de febrero en Monte Cristi.

Mi querido Nicolás y Rafaelita:

Ayer tarde llegamos sin novedad. Miguel^(105f) se ha portado como los hombres. Manana y todos aquí contentísimos con su visita. En este momento las 7 de la mañana, Pancho con toda la compañía se han ido al río a darse un baño y a quitarse el estropeo y el sucio del camino. Cuando regresen haré que Miguel les escriba cuya carta irá junto con ésta.

Al salir de la Reforma, recibimos tus cartas y el cablegrama; llegó todo a tiempo. Dice Martí que ha tratado a pocos hombres tan puntuales como tú. El pobre está sufriendo del reumatismo.

Memorias a Chuchita y a todos.

Tu afmo. amigo

MÁXIMO GÓMEZ

(105f) Miguel Angel Ramírez Pavón, hijo de don Nicolás. Por ese documento se conoce el día de la llegada a Monte Cristi, procedentes de Santiago. Salieron de allí el 19 y llegaron el 24 de febrero, lo que significa que permanecieron en La Reforma del 19 al 24, donde les llegó un cable de Nueva York, recibido por Ramírez en Santiago.



VII

Febrero 25 de 1895.

Nicolás querido:

Estas líneas, puestas muy al vuelo, son de agradecimiento, por esa bondad nunca olvidada, de Rafaela y de usted, y por el placer del viaje con el ingenuo y cariñoso Miguel Angel. El General, por supuesto, lo venía tratando como a hijo, con la ternura y la enseñanza que él sabe. Y Collazo y yo hemos tenido en él un simpático compañero, bueno, servicial y ocurrente.

Cada favor de su casa es un recuerdo grato, y en Collazo lo mismo que en mí, para

su J. MARTÍ

VIII

Mi querido Nicolás:

Adjunto te remitimos una carta para Hatton, que tiene que ir a sus manos por un expreso de mucha confianza que no puede ser otro que Zamora. Tú mismo tienes que poner en manos de Zamora, dicha carta aunque tengas que ir a La Vega a despacharlo, pues no debemos emplear el telégrafo para nada. Como Zamora tiene que traerte a ti mismo la contestación, tú la mandas aquí por el correo con sobre para Bernarda Toro certificada.

Le dices a mi primo Bidó ^(105g) que la recomiende a Aurelio Tavares, amigo nuestro y Administrador de Correos de aquí. Para los costos de Zamora que yo creo que le alcanzarán 20 pesos, tómalos del dinero que te dejamos para Mayía y descuéntalo. La idea de Zamora donde Hatton debe aparecer como un expreso que tú le mandas sobre el negocio de compra

(105g) Refiérese a don Ulises Franco Bidó, amigo de Martí, en cuya imprenta se imprimió, según diversos indicios, el Manifiesto de Monte Cristi.



de burros que tú y él traen entre manos. Sólo en caso de suma necesidad urgente es que debemos hacer uso del telégrafo.

Tuyo afectísimo

MÁXIMO GÓMEZ

IX

Monte Cristi, 11 de Marzo.

Sr. José Nicolás Ramírez

Mi buen Nicolás:

Iba camino de verlo y con el gusto de mostrar a mi paso cuanto le estimo a su mujer piadosa, y como llevo en el corazón todos los cariños que de usted nos vienen; porque yo no tengo más pena que la que es de todos, y la obligación de cada cubano la tengo como mía. Y vea que hay ya cubanos obligados a Rafaela y a usted!

Pero me salió al camino Mayía, y estoy aquí, y Mayía se fué por el vapor. Vayan sin embargo estas líneas mías, en poca paga de lo mucho que les debo.^(105h)

¡Y qué buena y larga conversación tuve sobre usted con su amigo Corona! Pasaba por Dajabón cuando yo estaba allí de paso para Cabo Haitiano, y en el trecho que anduvimos juntos, sólo del "compai Nicolás" hablamos, y de lo mucho que lo quiere Corona, y de la tunda que dió usted al pícaro espía. Bien lo quiere Corona, y yo a él por usted.

Cuba, bien. Aquí, gran simpatía. Usted sabrá aprovechar las de allá. Y yo, donde esté, recordarlos y quererlos. Un beso bueno a Maxito.

Y es suyo, y espera de usted mucho trabajo serio, y grandes cosas,

su J. MARTÍ

^(105h) Martí no realizó el viaje a la capital, Santo Domingo, a que alude, por la llegada de Mayía, hacia el 10, con la orden de los \$2,000.00 donados por Lillís para la expedición.



X

MAYOR GENERAL
MÁXIMO GÓMEZ

Monte Cristi, 12 de marzo de 1895.

Mi querido Nicolás:

El dador de esta carta será Chichanga, correo de aquí, y con el que te mando dos caballos que son en los que vino Mayía, uno va con freno y silla y el otro con aparejo y argana, y además unas alforjas con una hamaca, unos pantalones, unos calzoncillos y algunos cigarros. Todo eso te ha de entregar Chichanga, y de lo que darás recibo para entonces yo pagarle aquí.

Mayía salió ayer de aquí por el vapor y probablemente se te aparecerá por algún lado.⁽¹⁰⁵¹⁾ Procura tenerle bien mantenido su caballo, pues de ahí enderezará rumbo a la capital y tú no estés muy descuidado pues no es dudoso que sean necesarios tus servicios en la capital. Le he dicho que cargue contigo para que le ayudes pues no estamos muy sobrantes de hombres de confianza, y que mientras tú andes por allá le deje a Rafaelita algún dinero.

Paquito nos ha hecho algunas empanadas, y si tú supieras cómo y por qué se malogró el caballo ajeno, te convencerías de su desacierto. No da en bola, todas son pifias. El día que se malogró el caballo ya debía haber estado en poder de su dueño, hubo sobrado tiempo para ello. Lo de Pablo y su prisión en Cuba ha podido evitarlo, pero Paquito no sabe mandar con energía.⁽¹⁰⁵²⁾ Te mandaré los noventa pesos que te cobran por el caballo que es justo pagarlo a su dueño.

(1051) De acuerdo con esta carta, Mayía salió por mar, probablemente hasta Puerto Plata, y de ahí a caballo para Santiago, donde debía esperarle Ramírez, y luego, también a caballo, para Santo Domingo.

(1052) El relato de Pablo Borrero, anteriormente transcrito, coincide con lo que dice el General: le consultó a su tío Paquito si se embarcaba o no y Paquito no quiso cargar con la responsabilidad de la respuesta. Esto confirma la veracidad del interesante relato de Pablo Borrero.



Espero a mi Pancho esta noche, pues ha ido a conocer a Santiago cuando menos lo esperaba.^(105k) Tenemos que andar pronto pues ya hay humo de pólvora y sangre en Cuba. Muchas memorias a Rafaelita y la demás gente querida de tu hogar.

Tuyo amigo

MÁXIMO GÓMEZ

Te mando unas cuantas cartas para que me las pongas en el correo, a las que faltan sellos, tú se los pones ahí.

XI

Santo Domingo, 24 de abril de 1895.

Sr. D. Nicolás Ramírez

Querido amigo y compañero:

Deseo que estés bien en unión de la familia a la que saludarás en mi nombre. Yo y los míos buenos. Ayer regresó Hatton y me dijo que haría desocupar la casa en seguida y le avisará a Juanico para que éste lo dijera en seguida.

Yo le escribo hoy también a Juanico para que éste te escriba apenas esté la casa desocupada y tú te traslades con la familia apenas recibas la carta antes que se te pongan los caminos malos.

Aquí estamos reuniendo fondos para la segunda compra con trabajo pues la gente está escasa. Hatton de Macorís sólo trajo ofertas que aún no se han hecho efectivas. Veremos. Estoy ansiosísimo pues los españoles no dicen nada de G. ni M.^(105l) y el hijo escribió tan confuso que no entiendo lo que

(105k) ¿A qué este misterioso viaje de Panchito a Santiago, en momentos en que era tan útil a su padre y a Martí?

(105l) Alude a Gómez y a Martí.



pasa. Si sabes algo comunícamelo. Las noticias de todos los otros son magníficas.

La muerte de Flor incierta.

Tu afectísimo amigo y compañero

JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ

XII

Monte Cristi, 12 de junio de 1895.

Sr. Nicolás Ramírez

Amigo Ramírez:

Por aquí se decía que usted había salido para Jamaica, por eso no le había escrito antes. Ayer recibió mamá una carta suya del 5 de mayo. Escribame algo sobre Mayía, de New York me piden informes de él y no sé como van sus negocios. Trate de contestarme antes de la vuelta del Saginaw. Papá escribe contento de la guerra, escribe del cuatro de mayo, dice Gobierno Español a la defensiva. Por cable sabemos que la insurrección ha invadido la provincia de Santa Clara. Que en caso de que Martínez Campos cayera enfermo vendrá el General Gamir a dirigir la campaña. Parece que presienten que de este golpe se enferme el Mariscal. Ya se desmiente de Cuba mismo la muerte de Martí.

Agradecemos mucho el interés que usted se ha tomado por nosotros. Aceptamos los cien pesos y los pondremos a la disposición de los trabajos de Cuba. Para nuestro personal proveeré yo como pueda. Yo que he quedado padre de esta casa no me creo con derecho a disfrutar lo que en realidad pertenece a la Revolución.

En caso que tengamos que comunicarnos por telégrafo use esta dirección: Monte Cristi y firme *Raza*, para saber que es de usted.



Salude en nombre de los míos a la familia de Calás, a la suya va todo mi cariño y a usted, de su

FRANCISCO GÓMEZ TORO

Dígase: Stapelfela.

XIII

Camagüey, noviembre de 1895.

Sr. Nicolás Ramírez

Estimado amigo:

Mando a César con instrucciones para que te dé un abrazo. Es preciso que tengas una entrevista muy secreta con Hatton.

Como César es carta viva y te ha de decir muchas cosas de por acá, omito detalles. Por acá anda todo viento en popa. Pero es preciso que de allá nos den alimento para acabar pronto. La caída de Martí y Borrero en los primeros disparos y el mal estado de mi salud por poco da todo eso conmigo al traste. La historia de nuestro desembarco después de estar dos veces casi perdidos no es para ser contada ahora. ¡Quién sabe si queda olvidada!

Le escribo a mi hijo Pancho, no sé si vendrá, quisiera tenerlo a mi lado. Dile a todos los cubanos y dominicanos, cuyas miradas se fijan en nosotros, y cuyos corazones palpitan junto al nuestro, que aquí estamos en nuestro puesto y que el éxito hasta ahora ha coronado nuestros esfuerzos, que no nos abandonen y ayuden al triunfo de la más justa de las causas.

Habrás olvidado Rafaelita mis ciclones. Exclamará ingrata: Nos quitamos de ese viejo regañón! No creo que ella diga eso, porque ama mucho a su Cuba y debe rogar a Dios por mí que ayudo a la libertad de su Patria y mía también.

Adiós mi amigo leal, besa a tus hijos y desde aquí te abraza tu viejo,

MÁXIMO GÓMEZ



DOMINICANOS QUE CONOCIERON A MARTI

MARTI JUZGADO POR MAXIMO GOMEZ

Señor F. María González.

Estimado amigo: Quedo enterado del propósito que tienen ustedes de reunirse el día 19 de mayo, para tratar algo relativo a la memoria imborrable del querido de todos nosotros, José Martí, muerto hace siete años defendiendo en los campos de batalla los derechos de su pueblo. Y han hecho muy bien en decirme ese propósito, pues usted sabe cuánto lo amaba yo también y, cual ninguno, sufrí el primero la profunda pena de verlo desaparecer en aquella hora funesta para la patria.

Yo no sé si podré tomar parte en esa reunión de amigos de Cuba y del glorioso muerto a la vez, y es por eso que le adelanto estas líneas de condolencia como un deber cumplido a la memoria del héroe caído en Boca de Dos Ríos.

Fué Martí muy poco conocido de sus compatriotas, los cubanos, en el verdadero, esplendoroso apogeo de su gloria. La verdad sea dicha: yo no he conocido otro igual en más de treinta años que me encuentro al lado de los cubanos en su lucha por la independencia de la patria.

Martí fué cariñosamente admirado en la tribuna, desde donde flageló siempre a la tiranía y se hizo amar del pueblo, cuyos derechos defendía con tesón incansable.

Desde allí, al decir de muchos criollos y extraños, se hizo un hombre notable.



Supo buscar en el libro y el periódico los mejores y más cariñosos factores, poniéndolos al lado del obrero cubano en el taller del trabajo, para que se instruyera, principalmente, en el amor a las cosas de la patria, y se sintiera después bien hallado con la nueva sociedad que debía venir; creándose de este modo la República por el pueblo y para el pueblo. Predicó la escuela, como la panacea que curará todos nuestros males como consecuencia de una vida anterior de atraso cruelísimo, de privilegios y obscurantismos. Aún siendo un niño se encaró contra el poder usurpador de los derechos de su patria, y por eso pagó llevando un grillete al pie, pues buen cuidado había de tener la tiranía de apagar en Cuba toda lámpara que, como Plácido, pudiese dar algún destello de luz.

Siempre lo fué Martí, en suma: altivo, rebelde contra todas las tiranías y usurpaciones.

Enhorabuena, todo eso es espléndido y edificador, sublime si se quiere; pero Martí no debió tener necesidad de hacer grandes esfuerzos para llenar esa misión que él mismo se había impuesto. Para aquel cerebro, dotado de sorprendentes recursos intelectuales y para aquel hombre de gran corazón, debemos presumir que no era una empresa que ofreciese grandes dificultades que vencer.

El atrevimiento era mesurado, se tenía que contar con el tiempo y esperar que la semilla fructificara nuevamente, después de tantos fracasos. La esperanza no había muerto en el corazón del pueblo, y Martí, hombre de penetración, comprendió eso y en esa grande y sólida base apoyó el extremo de su palanca.

Pero llegó un momento para Cuba en el que Martí debía completarse y se completó, y he aquí desde donde yo lo he visto grande y hermoso y a donde muy pocos tuvieron la ocasión de contemplarlo, consumando el mayor de los sacrificios: franco, sencillo y resuelto, sin que pudiera esperar halagado el aplauso, porque en la guerra todo es duro y escueto.



Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.

Yo vi a Martí entero y sin decaimiento cuando en el tremendo fracaso de la Fernandina, en donde lo perdimos todo, quedándonos sin recursos y sin crédito como premio doloroso de algunos años de ímprobo trabajo. Qué días tan amargos aquéllos que nos tenía preparado el destino! Al lado de la terrible contrariedad que sufrían unos hombres preparados con entusiasmo para una grandiosa empresa, ese fracaso no solamente dejaba comprometida aun la vida, sino también algo más grande: el honor. Preciso era en lance tan desesperado jugarse el todo por el todo, y vi entonces a Martí, sin miedo y resuelto a correr los azares de una suerte por demás incierta, cuando, para cumplir la palabra empeñada con la propia conciencia y con la patria, nos lanzamos a la mar en débil barquichuelo, llevándoles en vez de elementos de guerra, a los compañeros combatientes ya, la dolorosa noticia del fracaso. Los hombres de honor que sepan apreciar aquella desairada situación nuestra, sobre todo para Martí, que era el director de las cosas de fuera, han de pensar, junto conmigo, que era preciso poseer una gran dosis de entereza para no sentirse desconcertado ante tamaño infortunio, que muy bien pudiera apreciarse de manera distinta, por la vehemencia de la opinión pública, desesperada por ver realizada la empresa con tanta insistencia anunciada. El pueblo, y sobre todo los eternos enemigos de la revolución, podrían decir con sobra de razón: "He aquí el parto de los montes."

Después de eso vi a Martí resuelto y entero, cuando, no contento el destino con la desgracia con la cual acababa de fustigarnos, dispuso fuésemos traicionados y abandonados en la mar por los mismos que se habían comprometido, mediante una retribución adelantada, a conducirnos a la tierra amada.

Momentos angustiosos fueron aquéllos, capaces de meter miedo a los espíritus más fuertes y mejor templados, y a hombres como Martí, no acostumbrados a los azares de la



guerra. Extraño contraste: habíamos principiado por la más horrenda derrota, para obtener después, como se ha visto, la más espléndida victoria. Así ha sido Cuba y seguirá siéndolo.

Al fin vencimos de tantos trastornos y de tantas infamias, a costa de sacrificios sin cuento, y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual de un viejo soldado batallador, acostumbrado a marchas tan duras, al través de aquella anturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario, y cuando el sol que alumbraba las victorias principió a iluminar nuestro camino, yo vi a José Martí, ¡ah, qué día aquél!, erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos. Como un venado, jinete, rodeado de aquellos diestros soldados, que nos recuerda la historia, cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

Allí, en Boca de Dos Ríos y de esa manera gloriosa, murió José Martí. A esa gran altura se elevó para no descender jamás, porque su memoria está santificada por la historia y por el amor, no solamente de sus conciudadanos, sino de la América toda también. Guarde usted, amigo mío, estas líneas, como un recuerdo del amigo y del hermano, escritas al calor de los recuerdos de aquellos tiempos y del compañero muerto y nunca bien llorado.

MÁXIMO GÓMEZ

(*El Mundo*, La Habana, 18 de mayo de 1902.)



M A R T Í

PAGINAS DOMINICANAS DE SU VIDA INTIMA

Por FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL ⁽¹⁰⁶⁾

HERMANOS

Montecristi estaba predestinado a un papel histórico en la vida i la obra revolucionaria asumida por el apóstol de la causa cubana.

Por el abra de su puerto marítimo entró Martí i sintió bajo sus plantas de caballero andante, por primera vez, el calor hospitalario del suelo dominicano. Eso fué a principios de septiembre del año 1892: el del Centenario de América. Era la gran puerta de entrada, sin celador ni cancerbero, que daba acceso al hogar campestre de Máximo Gómez. Por esa misma puerta franca saldría el 1º de abril de 1895, en frágil esquite, "con una mano de valientes" para ir al ardido campo de "la guerra renaciente", urgido por "la necesidad primaria de darle forma tal que llevase en germen visible todos los principios indispensables al crédito de la revolución i a la seguridad de la república".

(106) Estas páginas no figuran en la obra del Dr. Henríquez y Carvajal *Martí...*, 1945. Se publicaron en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XIX, enero-febrero, 1932. Utilizamos los originales del Maestro, en nuestro archivo particular.



Estuvo unos días en *La Reforma*, hogar i fundo del estratega insigne, i allí acordaron ambos la orientación a seguir en los planes revolucionarios. Entonces recorrió una parte del Cibao i el 16 de septiembre—el día de mi natalicio—púsome, desde Santiago de los Caballeros, un telegrama anunciador de su visita a la acogedora ciudad romántica del Alcázar de Colón i de Toledo. El anuncio de su llegada despertó la corriente de simpatía, que habría de envolverlo en sus ondas más de sesenta horas, i llenó de júbilo mi hogar que iba a ser fraternalmente suyo.

Transcurrieron dos días de ansiosa espera i el 18 en la mañana, apenas desmontado del corcel elegido en que hizo el viaje de veinticinco horas diurnas, se encaminó a mi casa—entonces hogar feliz—en donde mi compañera, rodeada de un enjambre de cabecitas rubias, lo recibió como al dilecto amigo de su esposo. El, complacido, besó los rizos de oro de los niños i la mano de lirio de la madre joven i afectiva.

Yo estaba ausente. Fernando Abel, uno de mis hijos, niño de once años a quien Martí graduó como “mi edecán”, echó a correr en busca mía. Yo daba una lección de historia. La visita de Martí habíame sugerido el tema. Hablábales a mis discípulos del grito de Yara i de la toma de Bayamo, haciendo mención honorífica de Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera i Luis Marcano, cuando, al reclamo infantil, interrumpí la lección i abandoné el aula. En cinco minutos volé de la escuela a mi casa de familia. Había ido en alas del anhelo fraternal incontenible.

En mi conferencia de Santiago de Cuba—“Martí en la Primada de América”—he referido aquel encuentro, en la acera i bajo el sol de mediodía, con los brazos tendidos i el alma en los ojos i en los labios. Con una serie de imágenes, fidelísimas, evoco ese único instante de comunión espiritual en que dos almas afines—que hacía tiempo se buscaban desde lejos—uniéronse en prolongado abrazo i ungiéronse con



sendos besos fraternales, mientras yo enmudecía i su voz, quebrada por la emoción, me llamaba *hermano*...

C A R M E N

Estábamos aún en la acera cuando—aunque ya se conocían i habían cambiado saludos i frases de afecto—le hice a Martí la presentación de la amable madre de mis hijos. Vibró en mis labios su expresivo nombre de vergel i de poesía; y el orador i poeta lírico, con velado acento, articuló:—*Carmen!*

—“Carmita—explicó ella, con su habitual sonrisa, mientras Martí la miraba conmovido—, aunque sea un diminutivo, ha llegado a ser mi nombre familiar i así me llaman todos.”

—“Carmen”—repitió él, a media voz, i a mí me pareció que ahogaba en un suspiro ese dulce nombre...

A G A P E S

Martí sólo un día comió en el hotel donde tuvo alojamiento. Dos tríos de comensales—cubano el uno i el otro dominicano—sentáronse con él a la mesa, en ágape cordial, i, en plática revolucionaria, llegóse a un concierto cabal en la organización de los clubs para la obtención de recursos: todo ello en relación de dependencia reglamentaria con el centro establecido en Nueva York bajo su jefatura.

Dos veces tuvo Martí sitio de honor i de afecto en mi mesa familiar, jubilosa i parca, florecida de rosas del jardín hogareño i de rosas del espíritu dominico-cubano. “Esto era aquello e iba con aquello.”

En el almuerzo del segundo día ocupaba él asiento a la diestra de mi esposa. Don Pancho, mi hermano, tenía el suyo a la izquierda. Frente a ellos ocupaba yo el mío i a uno i otro lado—como dúo de ángeles—dos adolescentes, Angel



Porfirio i Flor de María, mis hijos mayores, lucían las galas del abril florido. Fernando Abel i Luz cerraban el cuadro: entre Carmela i Fed. Noel, el uno; entre Enriquillo i Luis Adolfo, la otra. Eran el polirritmo de “La mesa en fiesta”. Omíto dos de la filial colmena. Colombino sólo contaba algunos meses i Carmita aún no había nacido...

En la familia se recuerda este episodio: cuando mi esposa le sirvió una lonja de ternera, con su habitual sonrisa cariñosa, díjole a Martí: “carne de filete”... i él completó: “biftek Stanley”. El biftek—oriundo de las islas británicas—acababa de ser enaltecido con el nombre del explorador inglés que, hacía poco, había logrado rescatar a Livingstone de las enrevesadas selvas de Africa.

LA MALETA DE VIAJE

Era el mismo día de la llegada de Martí a la urbe capitulina. El i yo—concluído el ágape—salimos de casa, a pie i cogido del brazo, para ir donde algunos amigos nuestros que lo eran de la causa de Cuba.

Luego estuvimos en su hospedaje. En la pieza que le servía de alcoba, en el suelo, había una maleta de cuero no mui grande. Ya se resentía del uso. Estaba abierta. Yo me detuve a mirar su paupérrimo contenido, no sin sorpresa, i él, sonreído, díjome en voz baja: —“Es mi equipaje”...

Del fondo de la maleta surgió algo revelador de la psicología cristiana del apóstol cubano. Su equipaje se componía de una muda de repuesto. Duplicados solamente había cuellos, calcetines y pañuelos de mano. Con dos mudas, pero sólo con un calzado, un sombrero, un saco i una corbata, todo negro, iba el peregrino en ese viaje de exploración de voluntades i de coordinación de recursos para una acción decisiva de la lucha por la libertad de Cuba.

Algo más—flor inmarcesible de su jardín interior i de su



alma lírica—surgió de la maleta mísera. Era, en un pequeño volumen, el fragante manojo de rosas de sus *versos sencillos*. Martí puso un ejemplar entre mis manos como un ave en el nido. Yo lo abrí al azar i leí esta estrofa:

*Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca...*

Yo era su amigo i él me llamaba hermano.

Ese ejemplar—ungido con su autógrafo i con su espíritu—lo conservo i guardo como una reliquia. La dedicatoria—de su puño i letra—es una consagración apostólica. Dice así: —*Al alma cordial i americana de Federico Henríquez.*

Su

JOSÉ MARTÍ

A R T I S T A

Martí fué un mago de las bellas artes: un artista de alma entera. Eralo, no sólo por su numen lírico i por su verbo luminoso, como orador eximio i altísimo poeta, sino además por su raro sentido estético como crítico de arte.

Conmigo i “el bardo quisqueyano”, el de las *Fantasías Indígenas*, visitó Martí los templos cristianos i las ruinas históricas de la Ciudad Primada de las Indias. En éstas i en aquéllos se complacía. Yo lo vi admirando i lo oí ponderando tres cuadros antiguos i algunas obras i ornamentaciones arquitectónicas. Encantaba oírlo discurrir sobre el uno i el otro artes plásticos.

Con mi hermano i conmigo, antes, había visitado el hogar-escuela en donde la poetisa i educacionista animaba con su espíritu i dirigía con su afecto maternal el “Instituto de Seño-



ritas"—su obra cívica i de cultura—fundado por ella en 1881. Ese plantel modelo iba en breve a dar por concluida su faena escolar de educación femenina. Salomé, ya enferma, estaba de vacaciones en la ciudad porteña que el mar arrulla a la sombra de la montaña de Isabel de Torres. La poetisa de *Luz i Sombra*, ausente entonces de su solar nativo, no conoció personalmente al apóstol de la causa libertadora de Cuba.

En ese hogar-escuela, sin ella mudo i vacío, hizo José Martí cálido elogio de un retrato al pastel, hecho en París por un distinguido dominicano—el Doctor Arturo Grullón i Juliá—mientras cursaba allí los cursos que integran el doctorado en medicina i cirugía...

H O M E N A J E

Martí no pasó de largo i en silencio ante la urna cineraria que guarda, en su seno de plomo, los últimos restos del Descubridor del Nuevo Mundo.

Acababa de cumplirse i celebrarse el XVº aniversario del hallazgo de los restos, imprevisto, en la cripta de piedra que aún existe abierta en el presbiterio de la Basílica Metropolitana, el día 10 de Septiembre del año 1877. Para ver i examinar la urna de plomo i la cripta de piedra fué a la Catedral Primada nuestro huésped bienamado, acompañado por Emiliano Tejera, Francisco Gregorio Billini, Jaime R. Vidal, José Joaquín Pérez i Federico Henríquez i Carvajal, i para rendirle pleito homenaje a las veneradas cenizas del héroe.

Una hora duró la interesante visita. Diéronse las explicaciones relativas al hecho; i él examinó sin prejuicio cuanto al hecho se refería. "El error cometido en diciembre de 1795 era evidente."

En el primer álbum de autógrafos, conservado en el archivo de la extinta "Junta Nacional Colombina", al cuidado



ahora del “Comité Permanente del Faro de Colón”, en la página 87, se lee este alto i noble pensamiento del apóstol cubano, escrito de su puño i letra i calzado con su firma:

—“El lenguaje pomposo no sería digno de una ocasión que levanta el espíritu a la elocuencia superior de los grandes hechos. I entre los hechos grandes, acaso lo sea tanto como el tesón que descubrió un mundo nuevo, la piedad con que Santo Domingo guarda las glorias i las tradiciones de su patria.”

19 de septiembre, 1892. JOSÉ MARTÍ.”

ALMA CRIOLLA

La tribuna cubana, la música borinqueña i la poesía quisqueyana, trilogía grata al espíritu por referirse a las tres islas madres del Archipiélago colombino, diéronle tema sugestivo a la plática de sobremesa.

Luego, en la sala, Carmita—la de “los ojos compasivos”, según frase suya, i la albura en el alma, según añoranza mía—recorría el teclado, oprimiendo el pedal sumiso a la presión emotiva, mientras tocaba “El poeta moribundo”. Ese último canto del cisne apagó, por un momento, el infantil alborozo del enjambre hogareño.

Entonces fué cuando, para reanimarlo a gusto del huésped complacido, el piano evocó el alma criolla i antillana. *La Borinqueña*, la danza típica de Puerto Rico—aunque la música se le atribuye a un compositor peruano—fué la primera en que vibró el alma de las Antillas. Dos niñas de diez abriles—Luz i Carmela—gorjearon a dúo:—“Hermodiosa borinqueña—imagen del candor—, del jardín de Borinquen—pura i fragante flor.”

Una canción cubana—*La Bayamesa*—dióle ritmo de vals, en ondas marinas, al piano dócil bajo la caricia de las manos



amorosas. Alguien recordó, tarareando, los versos iniciales de esa antigua canción del oriente de Cuba:

*No recuerdas, gentil bayamesa,
que tú fuiste mi sol refulgente...*

Un merengue dominicano, de genuina cepa criolla, hacía tiempo caído en desuso i luego caído en olvido, púsole fin a la velada hogareña. Su ritmo, lánguido i suave, era una línea ondulosa; i el estribillo de la letra, a guisa de ritornelo, se espaciaba en este dístico:

*Juana Aquilina va llorando
porque la llevan merengueando.*

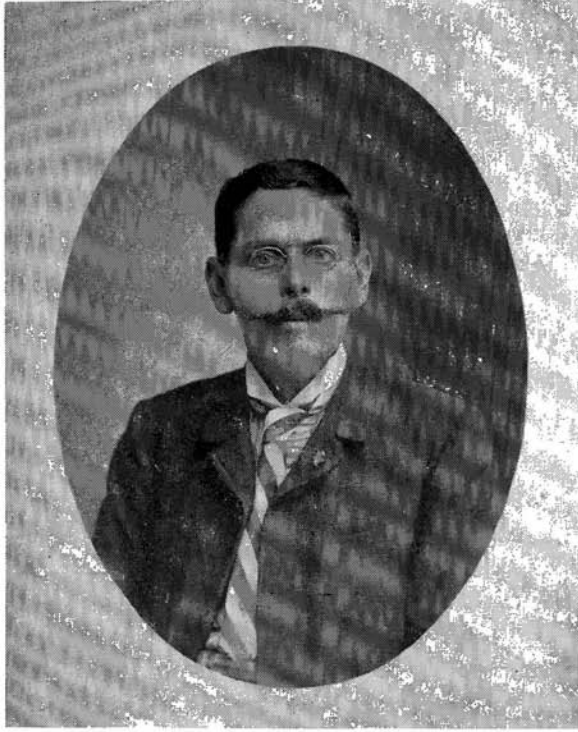
Aún no habían transcurrido dos años, cuando, en mayo de 1894, se fué de la vida aquel ángel del hogar, que fué esposa i madre modelo. En julio tuvo Martí la primera noticia de la muerte de mi “delicada compañera”, i me escribió una carta de pésame con menos palabras que hondura en la pena dolorosa. En ella me decía: “De su mujer yo diré lo que recuerdo, i la amistad i la dicha de su casa, porque lo vi, i lo tengo en el alma agradecida, i lo quiero decir: hablaré de aquellos ojos compasivos, de la vasta sala, de la mesa de fiesta, de las blancas paredes...”

I antes de un año, también en el florido mayo, moría José Martí en el campo épico de Dos Ríos, ungido con su sangre redentora, convertido en ara augusta de la independencia de Cuba.

LOCURA HEROICA

Hubo un episodio dramático—no bien conocido i nunca bastante ponderado—con el cual puso término Martí, en 1892, a su visita a la Primada de América.





Jesús Badín Jústiz.





Martí: 'Este reloj marcará muy pronto la hora de la libertad de Cuba'.

A tal suceso héme referido en dos ocasiones. En la primera lo hice con estas palabras orales: “Bajo la lluvia i el ala del viento, alta la noche, desde la ría del Ozama i en un frágil esquiife de vela, enderezó el rumbo hacia la bahía de Neiba. Iba a ver el escenario histórico de la protesta armada de Enriquillo—el Guarocuya de los aborígenes—el último de los caciques quisqueyanos. Vería, al paso de su cabalgadura, el lago de la leyenda i la sierra inexpugnable—la del Bahoruco—, abrupto pedestal del quisqueyano invicto, en donde culmina la epopeya indiana. Por esa vía ganó la frontera. Pero antes, desde Barahona, me escribió su primera carta que conservo. De ella es este grito del alma: *Ya tengo dos patrias!*”

En la segunda ocasión lo hice con estas palabras escritas: “Luego... Alta la noche i bajo la lluvia, en un frágil esquiife de velas i remos, a merced de las olas i del viento, en un mar en tumulto, se embarcó el amigo i huésped amado, solo, con rumbo a la bahía de Neiba. Ese viaje, aquella noche, fué algo así como una locura heroica.”

Pero no había dicho, hasta ahora, cómo fué la despedida. Martí abrazó, en silencio, a cada uno de los amigos que formaban su escolta de honor. Al “arrancarse de mí” iluminó su semblante con una mirada i una sonrisa de predestinado, cual si fuese un doble relámpago entre las sombras de aquella noche triste, mientras en nosotros la inquietud convertíase en angustia.

Minutos después decía Jaime R. Vidal: “¡Qué heroísmo!” José Joaquín Pérez corregía: “¡Qué locura!” I yo subrayaba: “¡Locura heroica!” I, silenciosos, camino del hogar, nos separamos. Ninguno logró conciliar el sueño esa noche. El siguiente día la censura surgió en cada uno de los tres: “¿Cómo no impedimos la demencia de ese viaje lleno de peligros?” Las horas de ansiosa expectativa fueron interminables, para el espíritu en vela i el alma atribulada, hasta que, transcurridas cuarenta horas, su carta de Barahona cordial i optimista, con su luz de amor deshizo todas las sombras.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Después... “Su apostolado, su agonía i su heroísmo ciñéronle la cimera testa de los óptimos ideales i de los raros prodigios con la corona en llamas del martirio i con el lauro luminoso de la gloria!”

Ciudad Primada, enero 28 de 1932.



JOSE MARTI

Por RAFAEL ABREU LICAIRAC

No existe ya. Los proyectiles del coloniaje destrozaron un gran cerebro, un gran corazón...

Murió a los cuarenta y dos años, pudiendo decirse que de ellos consagró casi treinta al servicio de una gran causa. Niño aún, aherrojóle el grillete del presidiario, con que la pasión política pretende, insana, humillar a esas almas revolucionarias que, cual brillantes meteoros, rasgan las sombrías capas de la asfixiante atmósfera del despotismo. La ergástula fué el medio ambiente del patriota niño, del niño gigante que acariciaba en sus manos el poderoso ariete de la libertad.

Un indulto, tardío, irrisorio pudor de las tiranías, devolvióle a la vida civil. En ella conquistó grados académicos, brilló en la cátedra, en la tribuna y en la prensa; su aliento poderoso, su férrea voluntad, su inspirada palabra, un patriotismo espartano e incomparable actividad, galvanizaron lo que era un cadáver: el separatismo en Cuba.

A los paliativos de la autonomía, a los temperamentos anodinos de las reformas, opuso el ardiente e inspirado verbo del tribuno; al cuerpo social cubano, enervado por las perniciosas influencias de los términos medios conservadores, aplicó el cáustico de la revolución...

Vi un día a Martí en esta ciudad: caminaba con breve



y firme paso; la palidez de su interesante rostro, la delgadez de su cuerpo, la melancolía de su inteligente mirada, reveláronme al hombre que mi simpatía buscaba, al poseído de la redentora idea, al elocuente apóstol de la independencia cubana, al enfermo de patriótica fiebre, al sublime loco que pretendía lo imposible...

Funesto presentimiento asaltó mi mente; entrevió ésta, en los celajes del porvenir, la eminencia del martirio; parecióme que aquel hombre pálido, enjuto de cuerpo, de mirar triste y profundo, encaminábase a aquella altura, como atraído por esa terrible lógica del destino; del destino que exige que sus escogidos sean de la madera de los mártires y tributen, con su preciosa sangre, el sacrificio que glorifica, que inmortaliza.

El presentimiento se ha cumplido en un combate, allá en la hermosa patria de Martí. Las balas de una soldadesca pretoriana troncharon el hilo de oro de la noble existencia del tribuno combatiente. Martí ha muerto! Ha muerto como un valiente, arengando a los suyos, en lo más recio de la pelea, con su verbo elocuentísimo armonizándose con el trueno de las batallas y con el pavoroso silbido de las balas!

Qué hermosa carrera, y cuánta luz derrama la corta vida de ese otro grande hombre que acaba de conquistar un puesto en la pléyade de los inmortales de América!

Bolívar, Washington, Sucre, San Martín, Céspedes, y otros, han debido estremecerse de gozo, allá en la ignota mansión, al recibir en sus filas al nuevo mártir de la más noble de las causas: la de la libertad de los pueblos.

Martí ha muerto cumpliendo como bueno la alta misión que sus excepcionales dotes morales e intelectuales impusieron en ese duelo a muerte entre España y Cuba; pero Martí vive y vivirá eternamente en la memoria de sus compatriotas. Hoy por hoy, es su nombre símbolo de patriotismo, lema de abnegación y brillante corolario de que lo imposible, en la humana esfera, es palabra vana para las almas de acerado temple.



Martí ha muerto oportunamente para la integridad de su gloria. Es ésta indiscutible; no empaña la más ligera nube la limpidez de su cielo; el prosaico mañana de la vida pública, con sus indigestas meriendas y con la embriaguez de la pasión política, no encontrará, no, esa otra víctima que afean con la plétora de la concusión y de la soberbia.

Oh! sí. El mañana de Martí será una memoria pura y sin mancha, flotando en lo infinito de la inmortalidad, con la radiante aureola del Cristo de la redención cubana.

El triste sudario del dolor cubre a la heroica Cuba, desde cabo Maisí a cabo San Antonio; pero cuidado con el despertar de un pueblo herido en lo más profundo y sensible de su alma; cuidado con la reacción de ese dolor acerbo, intensísimo!...

Cuba oyó la palabra ardiente del orador de su causa, conquistando adeptos, arrastrando voluntades indecisas, derriñendo el hielo de la conveniencia privada, imponiendo la sagrada cuota del pensamiento redentor, lo mismo en el propio que en extranjero suelo; y Cuba, correspondiendo a tan titánico esfuerzo, ha emprendido su guerra santa, con el indomable vigor de los grandes ideales y con la firme resolución de los sublimes fanatismos; y Cuba está obligada a libertar su hermoso territorio para consagrar en él el calvario de su tribuno mártir.

José Martí fué apóstol, soldado y mártir de la independencia de su patria. Su patria erigirá triple, glorioso monumento a la triple calidad del más grande de sus hijos...; pero en tierra independiente, alumbrada por el radiante sol de la república y acariciada por las auras de la libertad.

¡Descansa en paz, José Martí! ¡La América libre llora tu muerte y proclama tu inmortalidad!

Santo Domingo, 11 de julio de 1895.



JOSÉ MARTÍ

POR FEDERICO GARCÍA GODOY

El recuerdo de nuestro primero y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria. Hay impresiones de tan acentuada repercusión anímica, que la esponja misma del tiempo no alcanza a borrarlas, y en veces ni aun siquiera a amortiguar su prístina vibración. De entonces a acá han pasado muchos años, dejando en mi espíritu huellas profundas de torturantes desencantos. Fué, si mal no recuerdo, allá por 1892, y era la primera vez que posaba él su planta de peregrino en tierra dominicana. En mi imaginación revive la escena de nuestro encuentro, con su original colorido. Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar, embebido en la lectura de un libro de apasionada controversia filosófica. Estaba arrellenado en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una intensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí! Un abrazo muy



estrecho nos unió seguida y prolongadamente. Durante algunos instantes parecíame bañarme en no sé qué límpido raudal de misteriosa claridad. Espontánea, franca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó a desparrramarse la charla. Sin reticencias ni eufemismos me abrió de par en par las puertas de su pecho. Las palabras salían encendidas y vibrantes de sus labios. Mi primera impresión fué que tenía ante mí un visionario desprendido por completo de nexos con abrumadoras realidades, algo así como un soñador de cosas irrealizables o quiméricas. Ante lo que se me antojaba su alucinación se irguió el concepto práctico que yo suponía tener de las cosas. Quise echármelas de conocedor de cierta experiencia y le manifesté francamente mis divergencias. Expúsele que no creía el terreno suficientemente abonado; que débil aún, reponiéndose todavía de dos fracasos sucesivos, no era posible que el pueblo cubano estuviera resuelto a largarse a una nueva aventura separatista. Acaso ese pueblo, antes de correr un nuevo riesgo, preferiría avenirse con un amplio régimen autonómico. Objetóme con calor que yo sólo veía el lado exterior de las cosas, lo puramente superficial, lo que brillaba a flor de piel. Detrás de eso que yo creía la realidad, adentro, muy adentro, corría el río de una fructuosa propaganda revolucionaria, engrosando cada vez más el caudal copioso de sus aguas... Traída a colación, no recuerdo ahora por qué, la próxima fiesta del IV Centenario del descubrimiento de América, se mostró duro con Colón. Consideraba al gran navegante únicamente como un mercader animado sólo por ruines y sórdidos apetitos de dinero. Procuré, situándome en un justo medio, compartir un tanto la crudeza de tan radicales afirmaciones...

Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el sitio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*. Al conjuro de su palabra cálida florecieron nuevamente las espe-



ranzas de próximas reivindicaciones patrióticas. Al oírlo tan ardorosamente convencido, mi pesimismo parecía esfumarse. Empecé a creer en la posibilidad de lo que me aseguraba a pie juntillas. El entusiasmo que se desbordaba de su frase lírica, y emocionada, comenzaba a contagiarme. Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación de lo que le faltaba por hacer. Tenía que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera práctica y metódica los recursos monetarios; vencer las envidias e intrigas que fermentaban en algunos centros de emigración y asegurar la adhesión sincera y estable de algunos jefes que figuraran con honra en las pasadas campañas y que en aquel momento parecían desalentados o reacios. Era necesario suavizar o extinguir peligrosas discrepancias de carácter personal para alcanzar una organización capaz de atender hasta el más nimio e insignificante detalle. Esa organización fundamental debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes... Antes de separarnos me regaló un librito suyo, *Versos Sencillos*, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*, la preciosa novela norteamericana de Helen Hunt Jackson, por él magistralmente vertida al castellano. En la primera página del tomito de ritmos puso una dedicatoria, que no transcribo aquí para que no lo echen a mala parte los ruines de corazón, que pretenden ver siempre en estas cosas de efusiva sinceridad, engreimientos soberbios de vanidad personal. Acerca de *Ramona*, ya en su tercera edición castellana, escribí poco después un comentario, que se publicó en uno de mis primeros libros.⁽¹⁰⁷⁾

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo. Era la última vez que nos veíamos en esta sucesión de horas risueñas o sombrías que apellidamos vida. Cada cual iba a seguir su ignorado destino. El se fué a la labor ardua y pe-

(107) *Impresiones*. Moca, 1899.



nosa de redimir un pueblo, a la lucha resonante, rumbo a una muerte prematura y gloriosa... Los recuerdos de esa noche memorable se han adherido a mi alma con la fuerza de esas plantas trepadoras que crecen en perdurable apegamiento a viejos paredones de ruinosos edificios. Hay horas de la vida que superan en intensidad de emoción a lo que podemos experimentar en días, en meses, en años... Los momentos que pasé con Martí tienen para mí no sé qué frescura inolvidable de recuerdos primaverales, de épocas en que la existencia tiende irremisiblemente a dilatarse por cármenes rientes de fe y de esperanza. Al regresar a mi casa rumiaba mentalmente los incidentes de mi entrevista con el gallardo paladín de las libertades cubanas. Con ritmo tenaz resonaba en mis oídos la vibración intensa de su palabra plena de luz y de adivinaciones geniales. Su verbo armonioso había sugestionado poderosamente mi inteligencia y caldeado mi fantasía. La superioridad de ciertos espíritus se siente prontamente. Su nobleza anímica y la proyección lumínica que irradiaba continuamente de las profundidades de su ser nos cautivan irremisiblemente. En las redes de su personal atracción se había deslizado mi alma, abierta siempre a la seducción de nobles y hermosos idealismos... La noche, de cielo entoldado, no dejaba columbrar el resplandor de ninguna estrella. Hacía rato que se habían apagado los faroles del alumbrado urbano. Oscuridad, oscuridad pavorosa por todos los lados. La vieja ciudad provinciana yacía en solemne reposo. Nadie deambulaba por sus calles, negras y silenciosas. A tientas, puede decirse, proseguía mi camino, titubeando, desorientado, rompiendo por en medio de las densas tinieblas que se espesaban más y más en torno mío... Casi sin darme exacta cuenta, encontréme de improviso en una esquina del viejo mercado, en el mismo sitio en que cerca de medio siglo antes, conforme aseguraba la tradición, un grupo de empingorotados conspiradores, por temor a que revelase el secreto de su trama



revolucionaria, había suplicado a Rufinito. Sentí un momentáneo escalofrío... Pero como deshaciendo esa oscuridad, como perforando el negror que me circundaba, parecíame que se encontraba ante mí, como que guiaba mis pasos, iluminándome el pavoroso camino, el eximio tribuno, de verbo fulgurante y magnífico, que antes de tres años iba a sellar con su sangre generosa la primera página de la última epopeya de la independencia de América.

El propósito de libertar a Cuba del vasallaje hispano parecía definitivamente abandonado después de dos largas, sangrientas e infructuosas guerras. Pero una idea no muere, por más que aparentemente lo parezca, sin haber cumplido su ciclo de necesaria evolución. Así la de la emancipación política de Cuba. Oculta o visible, en la superficie o dilatándose por el subsuelo, plegándose a circunstancias de ambiente o de hora, adaptándose a realidades resaltantes de la vida social, la idea de virtualidad modificadora, vinculadora de empeños de renovación, de transformación, concluye siempre su proceso dinámico, incoercible y arrollador, prorrumpiendo en un himno de triunfante y perdurable resonancia. Todavía justificado en gran parte, extiende el desaliento su acción glacial sobre una inmensa mayoría; sobre casi todos los componentes sociales quedarán siempre en pie, sacerdotes de un culto que ya parece no tener fieles, algunos contados irreductibles, que no dudan, que no vacilan, que confían en lo porvenir, y que desde su trípode solitario continúan esparciendo regueros deslumbrantes de consoladoras esperanzas. Al principio, aparentemente aislados, logran al fin esos removedores de almas que la proyección ardorosa de su creencia intangible, a prueba de desencantos, vaya despertando energías dormidas, recogiendo adhesiones, uniendo voluntades, ensanchando su radio de acción hasta romper el hielo de dolorosos y disolventes escepticismos. El pueblo cubano seguía apegado al ideal de su emancipación política; pero



sucesivos fracasos le habían hecho perder de momento toda creencia en la posibilidad de realizarla. La obra de Martí fué reaccionar por todos los medios a su alcance contra ese peligroso estado de alma, formando núcleos afines, bien preparados, capaces en un todo de presentar sólidas bases para una propaganda bien definida que pusiese los ánimos en condiciones de llegar a la protesta armada con muy importantes probabilidades de éxito. En esa hora de indecisiones, de verdadera crisis psicológica, de urdimbre colectiva, fué Martí el apóstol, el hombre necesario, la figura central del separatismo cubano. No tuvo jamás ese ideal encarnación personal más clarividente y prolífica. Vivió en perenne persecución de esa idea, sin arredrarse ante los obstáculos hacinados en la vía tortuosa y poblada de sombras, despreciando los tiros alevos de calumniadores envidiosos a quienes ofuscaba el resplandor de su austera grandeza, hasta caer en lo ignoto con las sienas ceñidas con la relumbrante corona del más heroico sacrificio patriótico. Pero cuando se desplomó en Dos Ríos, estremeciendo la tierra como los paladines homéricos, su obra de organización revolucionaria, como árbol de vigorosa raigambre, producía sin necesidad de más preparación ni cuidado sus naturales y anhelados frutos.

La preocupación permanente de redimir la Gran Antilla absorbe lo más amplio y señalado de su existencia inquieta y tormentosa. Por sus ideas atrevidas y fustigadoras se le persigue y aprisiona en el alma misma de su juventud, prematuramente en recia lucha contra las instituciones coloniales. Ciertas audacias de pensamiento estampadas en *El Diablo Cojuelo*, publicación que redactaba, y en una especie de tragedia, *Abdala*, hacen que se fije la atención recelosa de las autoridades en aquel imberbe y audaz jovenzuelo. Un año más tarde publicó Martí un opúsculo, *El Presidio Político en Cuba*, donde relata con vigorosa expresión torpezas y horrores de la Administración Colonial. A propósito de su permanencia en



Madrid, cuenta el notable periodista español Julio Burell, en su vibrante y pintoresco estilo, lo que seguidamente transcribo íntegro, como dato curioso y como expresión sintética de la actuación política de Martí desde el punto de vista de un escritor perteneciente a las filas contrarias: “¡Cuántos años ha!... Conocíle en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo. Era un endeble muchacho, callado, oscuro; no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de derecho en Sevilla y Zaragoza e indemnizábase de la mala prosa académica leyendo horas y horas a Santa Teresa, a Rivadeneyra, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo...

“¿Usted es cubano?—le pregunté una noche.

“Cubano, sí, señor.

“Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; sus ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza: Sí, soy separatista...

“Y me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu el espíritu de España. “Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero, un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso...” Quien así me hablaba era José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

“Muchos años después, yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, a Montoro, a Figueroa, a Giberga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá en New York publica una hoja separa-



tista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...

“Transcurrieron más años... El *pobre* Martí funda Clubs insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe una Constitución para Cuba; organiza las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones a la manigua, y cuando desembarca y muere en Dos Ríos, ¡qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!... Aquel muchacho endeble y oscuro que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: *soy separatista*, representaba para España un ejército de 200,000 hombres destrozados, dos escuadras destruídas, dos mil millones echados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que, unos y otros, ya lloramos como catástrofe, ya lloramos como vergüenza...”



JOSÉ MARTÍ

POR EUGENIO DESCHAMPS⁽¹⁰⁸⁾

A modo de gallarda exornación o como natural curiosidad, trae *El Imparcial* de Mayagüez, el retrato, bastante parecido, de José Martí, el ilustre cubano que es, hace tiempo ya, gloria de la América.

Presenta el periódico a Martí como jefe de la actual revolución cubana.

Ignoraba yo esa circunstancia. Es más, dudo de ella, y prescindiendo de lo que atañe a la insurrección a cuyo soplo debe de estar caldeándose aquella tierra fecunda, voy a ver de completar el perfil físico que nos hace *El Imparcial*, con un manojo de rasgos morales sobre el joven extraordinario, arrojados en bruto en el papel.

José Martí es un inspirado.

Tiene todos los caracteres que se necesitan para cumplir el excelso apostolado de las ideas magnas.

Lo conocí en New York a tiempo que recitaba en la Sociedad Hispano-Americana una preciosa composición, cuya heroína es una pobre niña huérfana, si no me engaña la me-

(108) Este artículo del gran tribuno dominicano se publicó originalmente en *La Democracia*, de Ponce, Puerto Rico, y luego en *El Porvenir*, de New York, el lunes 13 de mayo de 1895. Reproducido, salvo los tres primeros párrafos, en *Letras y Ciencias*, S.D., No. 77, 30 junio 1895.



moria, y debida a la atildada pluma de un poeta de esta tierra, el señor Zeno Gandía, tal vez, que aquella noche, si es que no marran mis cuentas, visitaba, como yo, la Sociedad de nuestros hermanos de los trópicos.

Aplaudí, desde lo íntimo de mi conciencia, al poeta y a su intérprete.

Al oír el ritmo de aquella voz vibrante, armoniosa y solemne, se destaca, desde luego, en el cielo de la imaginación, el artista, es decir, el poeta, que hace de su alma ánfora misteriosa en que puede contenerse el infinito de los dolores humanos; y el orador, que puede verter sobre el mundo esos dolores con acento de clarín o con magníficos rugidos de formidable tempestad.

Al oír decir que Martí es jefe de la actual revolución cubana, yo no sé qué dudas vienen a asaltarme.

Parece que estas grandes figuras ideales de la concepción artística o de la especulación filosófica, no son aptas para las duras y a veces sangrientas realidades de la acción.

—Cuando entré a caballo a la capital de usted—me decía Martí, no hace dos años, en un peñón de las Antillas, donde nos juntó por unas horas la suerte—me saludó Manuel de J. Galván, su compatriota, con esta extraña exclamación: “He ahí lo que faltó hasta aquí a la América: *el pensamiento a caballo!*”⁽¹⁰⁹⁾

Y Martí, con su gesticulación llena de gracia y con su verbosidad incomparable, se empeñaba en probarme que aquel débil cuerpecito podía resistir el embate de los campamentos, y aquellas blancas manecitas de tierna zagala, blandir, gloriosas, la ruda espada del héroe.

Y yo me sonreía; yo, que había llegado la víspera de los abruptos montes de mi patria.

Martí tenía razón y pudo evocar a César, afeminado y epi-

⁽¹⁰⁹⁾ Una frase parecida dijo después Ventura García Calderón: “Antes de Martí, nadie vió santos a caballo.” (*Social*, ag. 1928.)



léptico; y después, viniendo a Cuba, a este titán: Ignacio Agramonte, pensador, artista, poeta y orador, como Martí, y que después de verificar, al mando de sus temibles jinetes, que eran como centauros fúlgidos, hazañas estupendas que recuerdan a Murat, este demente de la gloria, y a Páez, este insensato del combate, cayó teniendo la gigante humareda del campo de batalla como digno sudario de su indómita bravura.

El espacio viene estrecho, y Martí no cabe en las cuatro paredes del artículo de un diario.

A los dieciséis años, en 1869, fué, por la audacia de sus ideas, preso en La Habana y deportado a la Península. En Zaragoza obtuvo el grado de licenciado en Derecho. Regresó a América, se fué a México, y allí fué periodista y diputado a un congreso de obreros. Después del Zanjón volvió a Cuba, siendo enviado por la fuerza a la Península otra vez. Huido de Madrid, llegó a New York; cosechando aplausos, varios pueblos de la América del Sur, y volvió a los Estados Unidos mereciendo ser nombrado Cónsul en New York, del Uruguay, del Paraguay y de la Argentina. Aceptó el nombramiento de esta última.

No hay espacio para escribir aquí las citas múltiples con que tanta gente ilustre, como Martín de la Guardia, Vicuña Mackenna, Magariños Cervantes, Caro, Peza, Eduardo de la Barra, y otros grandes literatos de todos los pueblos sudamericanos, han consagrado la gloria literaria de Martí.

Martí es acaso el estilo más brillantemente original de la América latina.

Cuando escribe o cuando habla parece un cíclope golpeando, sobre yunque de bronce, el oro virgen de su soberbio lirismo; parece un mago que va de salto en salto, bañando su pluma en la pura luz de las cumbres para diluir su espíritu en un océano de esplendores.

Baja a veces a los valles, se sepulta valerosamente en los



abismos, y se emerge después, transfigurado como para probar que también las tinieblas tienen su misteriosa virtualidad, y que es en su fondo que se destacan más espléndidos los astros.

Martí tiene cuarenta y dos años.

Es pequeño de cuerpo, delgado, blanco, flexible, nerviosísimo, de negro e indómito mostacho. Su frente, ensanchada por la calvicie del estudio, parece un cielo en que retozan, holgadas, las ideas. Sus ojos, no muy grandes, mas animados y chispeantes cuando habla, como que languidecen ligeramente, cuando calla, tocados por la varita mágica del numen de los sueños. Cuando rompe a hablar, se le interrumpe, no más que por ver nuevos matices en aquel brillante chorro de maravillosa pedrería.

He ahí al artista y al apóstol.

Sobre lo demás habrá de hablar la historia, si es que en verdad aquellas manecitas de muchacha pueden blandir el pesado acero del titán.



JOSÉ MARTÍ

POR FIDELIO DESPRADEL⁽¹¹⁰⁾

Muerto Martí, desaparece del mundo americano uno de sus caracteres más enteros.

Su muerte, ocasionada por un exceso de mal entendido amor propio, es acaso el único cargo contra aquella vida preciosa consagrada toda entera al cumplimiento de altos deberes.

Dió su vida a las balas españolas en momentos en que más debía vivir para bien de la revolución que su honrado esfuerzo supo llevar a los campos de Cuba.

(110) Don Fidelio Despradel conoció y trató a Martí a su paso por Guayubín, donde residía y ejercía su profesión de abogado, confinado por cuestiones políticas. Allí nació su hijo el Lic. Roberto Despradel, uno de los dominicanos mejor conocedores de la historia de Cuba. Refería don Fidelio que Martí fascinó, "le aguló los sesos", a su hermano Lorenzo Despradel (Muley), quien, siguiendo las huellas de Martí se fué a la guerra de Cuba a pelear junto al viejo Gómez, de quien fué Secretario. En una carta del 18 de abril de 1936 escrita en La Habana, donde, a la sazón, hacía de Ministro de la República Dominicana, nos decía Roberto Despradel: "Papá dejó una serie de apuntes y observaciones que en conjunto forman un tipo curioso de memorias (en ellas habla de Martí) y aunque yo poseo esos papeles no los tengo aquí sino confundidos con infinidad de otros que aguardan al lado de mis libros que llegue el momento feliz de poderme sentar en algún rincón para darles la atención que les debo y necesitan. Con los de Lorenzo me sucede lo mismo; pero quizás en un próximo viaje que haga a nuestra Patria podré disponer de algunas horas para que los dos nos entreguemos a la rebusca de lo que necesitas en los cuarenta y pico de cajones que guardan mi biblioteca y archivo." (Se publicó en *Album de un héroe...*, S.D., 1896.)



Después de todo, hay que sentirnos orgullosos por aquel hermoso ejemplar de nuestra raza, por aquel antillano, que, lleno de un hondo sentimiento de altruismo, rebosante de amor humano y de heroísmo, cayó para siempre sobre la tierra cubana como para mejor sellar la honradez y la profundidad de sus convicciones patrióticas.

Ya él lo había dicho: "Que los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra."

¡Pobre Cuba, a cuyo fatal destino iba estrechamente ligada la vida útil de José Martí!

Dejémosle dormir para siempre en su inmortalidad gloriosa; y sintamos por el malogrado antillano menos lástima que aquélla profundísima en que se nos ahoga el alma al contemplar al infeliz pueblo cubano, luchando solo y con tan escaso apoyo por una libertad que tanto cuesta y de la que tan mal uso hacen al cabo nuestro pueblos hispano-americanos.

Dejémosle dormir para siempre en su inmortalidad gloriosa, mientras el mundo americano siente, con hondo sentir, que en José Martí ha perdido uno de sus caracteres más enteros...

Puerto Plata, agosto 24 de 1895.



MARTÍ EN MONTE CRISTI

POR AMÉRICO LUGO⁽¹¹¹⁾

Acordarse de Martí es despertar en la luz. Para referir los escasos y breves recuerdos que de él tengo, no es posible

(111) Publicado en *Archivo José Martí*, No. 5, 1943, con el siguiente comentario de Félix Lizaso, ilustre martiano muy apreciado por Lugo: "Una colaboración de Don Américo Lugo. Pocos sabían en Cuba que D. Américo Lugo, el dominicano insigne compilador de la primera selección de trabajos de Martí publicada en París por la casa Ollendorf en 1907, había tenido el privilegio de conocer personalmente al Maestro. En su magnífica introducción a *Flor y Lava* no nos había revelado ese conocimiento. Sólo muy recientemente tuvimos la sorpresa de que nuestro amigo José María Chacón y Calvo, a su regreso de una misión cultural a la República Dominicana, nos trajera la buena nueva, en una evocación de los brillantes recuerdos que el patricio dominicano le había hecho. Desde entonces no descansamos para obtener que nos escribiera esos recuerdos para recogerlos en las páginas de este Archivo. Accediendo a nuestros ruegos, D. Américo Lugo nos ha enviado la parte inicial de su trabajo que damos en estas páginas. A la vez vamos a ofrecer su magnífica carta que lo acompaña, y que esclarece su pensamiento:

"Anuncié al Sr. Chacón y Calvo que al terminar el mes de abril enviaría a usted un artículo sobre Martí en Montecristi. Molestias de salud me impidieron cumplir; y aún hoy sólo puedo enviarle una parte de él, con súplica de perdonarme, ofreciéndole remitirle brevemente lo que falta. En caso de que el próximo número de *Archivo José Martí* estuviere en prensa todavía, tal vez pueda hallar en él cabida este comienzo de mi humilde trabajo, con tal que su tono de verdad y su franqueza lo permitan, y desde luego, si la benevolencia de usted le juzga digno de aquella nobilísima revista. Verá usted que aún no he hablado de Martí en Montecristi. El nombre de Gómez me ha detenido demasiado. No sé, desgraciadamente, medir las cosas; los asuntos se alargan o se encogen, deformándose en mis manos. Para terminar la I parte, falta decir la razón del incidente sobrevenido en las entrevistas de Gómez y el Apóstol, en 1884; incidente que produjo, en bien de Cuba, la transformación del incorregible caudillo, en sincero amador de los principios democráticos, en discípulo, en fin, sin duda el más ilustre, de Martí." "Se honra *Archivo José Martí* con una colaboración tan valiosa, por la figura que la escribe y por el pensamiento que la ilumina."



emplear método alguno, sino dejar que vengan a la memoria sin orden ni concierto. Yo lo conocí. “Y el que no pudo conocerlo—se pregunta Lizaso—, ¿qué no debe hacer para acercarse a su presencia?”⁽¹¹²⁾ Lo conocí brevemente, pero ello bastó para tratar luego de seguir siempre sus huellas, huellas inmortales del único maestro de corazones que he vislumbrado entre tantos maestros de la mente. La impresión de decoro que su presencia, casi etérea, me causó, no la había sentido antes, no la he sentido después; aunque parecido sentimiento profundo de sin par pureza, de ese esplendor del escondido sol de alma, más radiante que el del claro sol del cielo, me produjo, años más tarde, la presencia de un anciano argentino.⁽¹¹³⁾

Monte Cristi, excepto Cayo Hueso, Tampa y sin duda New York, es tal vez la ciudad extranjera en que se ha mostrado más fervor por la independencia de Cuba. Raíz primigenia de ese exaltado sentimiento fué Máximo Gómez, ese Caballero de la Mancha que desde el 68 se le había presentado a aquella princesa de las islas del mundo esclava secular del más fabuloso imperio; y que después de combatir por ella bravamente, se partió invicto del campo, perdidas lanza, adarga, celada y esperanza, y vino a parar el 3 de septiembre de 1888, a aquella antigua región de filibusteros. Ayudado por el liberal don Juan Isidro Jimenes, se propuso establecer, en Guayacanes (Laguna Salada) “una zona agrícola de vegueros y cultivadores cubanos de tabaco”, y fundó al efecto, una finca, *La Reforma*, que se convirtió al punto, en asilo para los cubanos y, andando el tiempo, para ellos también, el lugar de romería. Aún se ven trechos de la cubana cerca, tras la cual los transeuntes solían ver a un hombre “de complexión recia, seco de carnes, enjunto de rostro”, descargando, a caballo en violentísima carrera, descomunales machetazos

(112) *Pasión de Martí*, La Habana, 1938, p. 18.

(113) Don José M. Guastavino, el sabio anotador de Vélez Sarsfield.



sobre los hermosos cactus linieros. Era Máximo Gómez. Inquirido, respondía: "Aquí, haciendo ejercicio."

No quisiera hablar ahora de Gómez, asunto fascinante que requeriría un estudio dilatado y especial, y don de preterición indulgente, ajeno a mí, necesario acaso todavía para no parecer malsinador ante la gratitud de un gran pueblo; pero me sale al paso esa figura insigne que hizo bien a Cuba, y mal a su patria, después de servirle en Santomé: aunque lo que hizo por Cuba, luego, ¿no era también honrar y servir a aquélla? Pudo, tal vez, habernos libertado de la tiranía entonces imperante: para ello también da Dios espada de guerrero. Mas no hay que olvidar que el alma humana, mientras mora en la tierra, es un ángel prisionero de un dragón, salvo el caso, exquisito hasta el milagro, en que el ángel venza al monstruo y se libere, como ocurre gloriosa y cumplidamente en Martí: como hasta cierto punto en Gómez mismo aconteció, después de la gran lección de moral cívica con que Martí contrarrestó en 1884 sus hábitos pretorianos.

Para el pueblo dominicano Máximo Gómez, al regresar a la tierra natal tras 23 años de ausencia (omitido el lapso fugaz entre 1885 y 1886) no era santo de su devoción; tal vez no lo sea aún, acaso no lo será jamás del todo: eso es lo humano. Habíale visto en 1863 descollar entre los españoles contra los "rebeldes" en el hecho de armas de San José de Ocoa, primum de su alta vocación para la guerra. Le había visto embarcarse en 1865 con aquéllos, y fijar su residencia en Cuba, en calidad de comandante de las reservas dominicanas. Y finalmente, había oído de su paso al campo insurrecto en 1868, donde se había ilustrado sobremanera en la campaña de los diez años.⁽¹¹⁴⁾

Frustrado en 1886 el intento revolucionario preparado desde 1884, el corazón de Máximo Gómez sangraba por Cuba, y ésta y no otra, era ya su patria. Más sincero que algunos

(114) Omitida. Refiérese a servicios militares de Gómez.



de sus biógrafos reconoce que “no tenía verdadera patria”.⁽¹¹⁵⁾ “Aún no era bastante hombre cuando mi destino me empujó a otras playas... no me creas ingrato, Patria mía—dice en 1865—; por eso no quiero, tierra adorada, pisar otra vez tus playas, no quiero que nuevamente las puras brisas de tus campos refresquen el calor de mi frente; no caiga sobre mí la luz purísima de tu cielo sin nubes, mientras no lleve un nombre digno de ti. Entonces iré, amada Patria mía, y orgullosa podrás perdonarme; yo, humilde seré feliz. Y tú, oh Cuba infeliz..., mi destino se encuentra ligado a tu destino por un lazo de honor y de amor. Yo lidiaré por tu redención hasta triunfar o morir.”⁽¹¹⁶⁾ “Como puedo decir que hoy no tengo verdadera patria que legar a mis hijos—dice en 1886—, me he propuesto, ayudando a conseguir la independencia de Cuba, dejarles en herencia la parte que pueda corresponderme de esta obra...”⁽¹¹⁷⁾ Se ve que Máximo Gómez sólo se consideraba unido a su patria dominicana por un lazo de amor, pero no de honor, que, en cambio, se consideraba unido a Cuba por un lazo de honor y de amor; que aspiraba a unirse también con Santo Domingo por un lazo de honor, que pensaba que el logro de la independencia de Cuba formaría este lazo. No se equivocó. Se consagró a este propósito y creó el lazo de honor con que aspiraba a unirse a su patria nativa. Ya en 1888 su preponderante esfuerzo independizador en Cuba, había borrado, con la esponja de la honra, su antigua falta. Palo Seco y Las Guásimas, su invasión de Guantánamo y Sagua, el cruce de la Trocha hasta Cienfuegos, su intachable conducta en el pacto del Zanjón, éstos fueron los honrosos pergaminos con que se decidió a pisar otra vez las playas de su patria. El pueblo dominicano es el más valiente y generoso de la tierra: sobre todas las cosas ama el valor y el heroísmo.

(115) *Diario*, p. 208.

(116) *Diario*, p. 191.

(117) *Diario*, p. 208.



Máximo Gómez venía aureolada su cabeza por el resplandor de la gloria: al volver a verle, aquél, libre y magnánimo, puso sobre la suya y reverenció con suma nobleza, al héroe cubano. La admiración substituyó a la antipatía. Máximo Gómez, en la patria, no se sintió sino una sola vez fuera de la patria: el 11 de septiembre de 1888, en presencia del general Luperón. Recién llegado a Monte Cristi, se puso en marcha para hablar con éste en Puerto Plata. El engreído prócer de la Restauración recibió con frialdad al antiguo comandante español. Probablemente no conocía bien Luperón cuán generosa y heroicamente había peleado Gómez en Cuba por la Libertad, que Luperón amaba tanto. Tampoco parece que Gómez conocía bien a Luperón, a quien confundió con Liliés, calificando a ambos como “azotes del país, sin dotes de gobierno y sin virtudes cívicas”.⁽¹¹⁸⁾ El tiempo, padre de prodigios, mostró luego que el antiguo comandante español de las reservas dominicanas de 1863, era superior al héroe de la Restauración, tanto en la guerra como en la paz. Si Máximo Gómez no cabe en la capilla de nuestros inmortales, ocupa, en cambio, sitio de honor en la de los inmortales de América, como continuador de Bolívar, como continuador de San Martín.

¿Cuál fué el punto de partida de la evolución ascendente de Máximo Gómez, que le transformó de oscuro y equivocado soldado en mayor general del ejército libertador cubano y generalísimo de sus fuerzas; y que luego le convierte de guerrero heroico y victorioso, en simple ciudadano de Cuba, pero, “el primero en la guerra y el primero en la paz”, con igual título que Washington en los Estados Unidos? Ya he insinuado que el incidente ocurrido el 18 de octubre de 1884 entre Gómez y Martí fué un choque entre dos almas, entre lo real y lo ideal, entre lo material y lo espiritual. Entonces

(118) *Diario*, p. 247.



DOMINICANOS QUE CONOCIERON A MARTÍ

las almas no se juntaron; pero la de Gómez quedó resentida y quebrantada. La fuerza espiritual, por leve que sea, intangible como el aura, invisible como el aroma de la flor, triunfa siempre de toda fuerza material.



JOSÉ MARTÍ

POR AUGUSTO FRANCO BIDÓ

A mi compañero y amigo Lcdo. José Joaquín Pérez

Lo recuerdo muy bien. Hace tres años que se presentó en mi humilde residencia un hombre joven, de regular estatura, de tez blanca, y ojos, pelo y bigotes negros, altivo, diligente, cariñoso, franco, de mirada expresiva, verbo elocuente y modales agradablemente cultos.

Me dijo que traía buenas referencias mías y deseos de conocerme, como también a mi tocayo don Augusto González y otros santiagueros estimados. Acarició mis niños y los llamó *hermosos*, lo cual era ya bastante para que agradase al padre la visita.

Preguntéle con quién tenía el honor de hablar, y me respondió: con José Martí.

Estreché entonces su delicada mano con satisfacción inmensa y me sentí honrado y orgulloso. Se acercaron nuestros asientos y nuestros cuerpos como arrastrados por otra aproximación súbita y espontánea de nuestros espíritus; mejor dicho, obedeció el mío, de grado y por fuerza, a la atracción irresistible de ese espíritu dominante, dulce, simpático, superior.



Lo que la prensa había iniciado en nuestro cariño lo perfeccionó esta entrevista dichosa. Cambiamos finas promesas de amistad. Hablamos del derecho, de la historia, de la América y su unidad de destino y cultura, geográfica, etnológica y políticamente exigida por la razón, la conciencia y la prosperidad del continente. Celebramos el movimiento intelectual y jurídico que Centro y Sud América realizan en el seno mismo de sus luchas civiles inherentes a la necesaria y provechosa y dignificadora existencia de los partidos políticos; y entre cuyos soldados se alistan Darío, Gutiérrez Nájera, Solórzano, Gamboa, Ambrogui, Salazar, Menéndez, y otros muchos, de edades y tallas diferentes, pero de idéntica consigna, unos mismos esfuerzos e ideales. Admiramos la conformidad de carácter, costumbres, genio, valor y formas de los habitantes de las Antillas y de los demás pueblos latinos del Nuevo Mundo, como los fundamentos sólidos y naturales de la futura Patria Americana continental: portentosa confederación de los pueblos solidarios y consortes, llamada, en mi concepto, a garantizar a la América toda contra los intereses varios de la mayoría europea, y a la mayoría americana contra la codicia próspera, hábil, laboriosa y dominante de la americana minoría...

Hubo cosas calladas por la discreción y tacto exquisitos de mi interlocutor pero elocuentemente reveladas por el silencio con que solía separar sus brillantes párrafos; cosas que le oprimían el pensamiento, le rebosaban el corazón y le sustraían a veces intelectualmente al medio externo y al tema ordinario de la plática. Sin embargo, habló bien, muy bien: todo lo que me dijo era verdadero, correcto, bueno, claro, preciso y melodioso; digno, dignísimo de un auditorio culto y respetable.

De buena gana me hubiera yo pasado muchas horas consecutivas escuchando al ilustre visitador. Pero él disponía de poco tiempo y había consagrado a mi humilde persona más



del merecido. Se despidió, dejó sobre mi mesa un ejemplar de sus *Versos Sencillos* con cariñosa dedicatoria, y se fué.

Quedéme deplorando que la premura del tiempo no permitiese a la sociedad santiaguesa hacer una buena recepción a ese príncipe del talento cubano que a su paso por esta pobre tierra quisqueyana buscaba los amigos de la inteligencia para abrazarlos como a sus hermanos carnales. Afortunadamente, la capital de la República cumplió por ella y por nosotros.

Hacia el mes de febrero de este año, Martí visitó por segunda y última vez esta ciudad, durante sólo dos o tres días.

El *via-crucis* suspendido en el Zanjón se había reabierto, y el Maestro debía ir a ocupar su lugar en la peregrinación del Calvario. Fué, y algunos días más tarde ofendió la vida en aras de su ideal supremo y absoluto: la independencia de la patria. Y a estas horas se halla en honrosa compañía de Agramonte, Céspedes, Agüero, Zenea y sus demás predecesores en el patriotismo inmaculado y en el legendario sacrificio!

¡Pobre Cuba! ¡Cuánto derrame de sangre noble, generosa y útil será menester para que fructifique en tu precioso suelo la carísima simiente de la libertad! ¡Cuántas lágrimas y dolores acerbos habrán de ahogar los hermosos ojos y los albos senos de tus graciosas vírgenes y virtuosas matronas, para que brille por siempre en tu hermosísimo cielo la estrella solitaria! ¡Cuánta lucha cruenta, devastadora, para redimirse de los extraños, hay que sostener y soportar, antes de redimirse de sí mismo...!

II

¡Pobre España! Tener que fusilar a tus propios hijos, contribuir a la desdicha de los inestimables legados de tu genio, desoir las demandas de los oprimidos en desesperada lucha, para obedecer a fuertes razones de integridad y honor nacional. ¡Qué penoso y duro ha de ser para tu derecho, y tu hidalguía, y tu cultura, todo eso!...



No poder reservar toda tu energía y patriotismo para la solución de otras cuestiones más trascendentales a los altos intereses españoles en Europa y en la misma península... es cosa muy sensible...

Yo creo más empeñada la integridad nacional en la ocupación permanente de una parte integrante del sacro suelo patrio por extranjeras armas, y en la creciente diversidad de intereses, aspiraciones, costumbres, idiomas, ideas y actividades que tiende a alejar entre sí los diferentes miembros de la España peninsular y a multiplicar sus destinos y formas políticas...

Lo que está pasando en la vecina Antilla me duele por Cuba, por España, por la humanidad, porque amo a las tres.

Cuando en mis tareas profesionales se me ha ofrecido el conocimiento de una de esas desgracias personales ocurridas entre campesinos inocentes y ebrios, a ciencia y paciencia de muchos testigos presenciales, me ha parecido injustificable la indiferencia de éstos. Lo mismo me sucede con la conducta de los Estados libres que miran con desdén la lucha sangrienta entre pueblos hermanos y vecinos.

¿Qué tiene, qué quiere ese pueblo cubano que se bate con tanto denuedo, en lucha desigual, sin auxilio, sin recursos, sin retirada, en medio del abismo?

Está perdidamente enamorado de la Libertad y quiere desposarse con ella en el hogar que le dió Naturaleza, y formar su familia de libres bajo su propio nombre. Dice "que ha llegado a la edad núbil, a la mayor edad; que tiene condiciones para emanciparse; que Dios no dió el Nuevo Mundo a nadie para sí, sino para la Civilización, cuya fase esencial es el gobierno propio, y que, por tanto, ha jurado ante Dios y el mundo triunfar o perecer"...

La Madre Patria rechaza las pretensiones del hijo enamorado, y de ahí la lucha que arruina, ensangrienta y enluta la hermosa tierra cubana...



¿Qué pueblo amigo, *desinteresado* y grande se levantará como depositario de la fe y la conciencia universales, para notificar a la madre denegante la respetuosa petición de consejo, a fin de cohibir la hemorragia de los combatientes y restituirlos a la concordia y a la tranquilidad?

¡Quién lo sabe!... ¡Oh delirios de confraternidad humana!

Hay quienes divisan en los horizontes de la inminente patria violentas tempestades. Y ello es verosímil: jamás patria nueva ni hombre niño han aprendido a caminar derechos sino tropezando y padeciendo, de tumbo en tumbo...!

De todos modos, que sería o no sería dichoso el pueblo cubano en su pretendido nuevo estado... eso es asunto suyo...

Pero, sería independiente: y la independencia de un pedazo más de tierra americana reintegra y dignifica un tanto la libertad, el decoro y la cultura de América, la cual, con sólo cuatro siglos de vida intelectual, vive de sus propios recursos, brilla con luz propia y posee, produce y reproduce todos los elementos y las fuerzas todas de la civilización y del derecho: elementos y fuerzas que el Asia y el Africa no han podido ofrecer en su larguísima existencia de millares de siglos y de fugaces o raquíticas civilizaciones!...

Entretanto, sirva de abono eficaz para la buena simiente y la santa causa, de aliento para el patriotismo y la abnegación de sus compañeros supervivientes de calmante de las pasiones que dificultan e inutilizan el bien y la justicia, la noble sangre de José Martí, jurisconsulto, tribuno, publicista, poeta, soñador de grandes ideales, mártir egregio, estrella de primera magnitud eclipsada para siempre en el brillante cielo de las glorias americanas y de las letras españolas.

Julio 16 de 1895.

(*Listín Diario*, S.D., 8 y 9 de agosto de 1895.)



JOSÉ MARTÍ

POR M. A. DUVERGÉ

¡Allá va! adusto el ceño i la mirada torva.

Errante i peregrino, corre acá i allá por extranjeras playas buscando la consecución de un sublime ideal. Es el apóstol de la redención cubana, i a la voz de su santa predicación, el alma se eleva, i en la ardiente imaginación se pinta la alegría de Cuba redimida, de Cuba libertada del ignominioso yugo a que le condenan.

Sí, es Martí el que come el pan del ostracismo; es Martí, el patriota ilustre, el que después de las últimas campañas de la primera lucha—en que salieron frustradas sus esperanzas— juró no pisar las risueñas playas de su amada Cuba sino para volver a reanimar el combate.

Ama la libertad, i por eso prefiere comer el amargo pan del ostracismo bajo la sombra de palmas i laureles alumbrados por los claros y brillantes rayos de la libertad que enaltece, que honra i vivifica a los pueblos.

Poseedor del arte de las Musas, su estro sólo sabe cantar las desdichas de Cuba oprimida, de Cuba esclavizada.

Como dijo él mismo en uno de sus candentes discursos: “No es un hombre que llora, es la encarnación de un pueblo que gime en la opresión.” I por eso se le ve, errante i pere-



grino, correr de ciudad en ciudad predicando la libertad cubana, i pidiendo recursos para consumir su sublime ideal.

I al fin se vieron cumplidos sus deseos.

El grito de "libertad o muerte" se dejó oír por todos los ámbitos de la oprimida Cuba; i Martí, el exaltado patriota, fué el primero en correr a darles su voz de aliento a sus hermanos los insurrectos.

El, el predicador de la santa cruzada, confirmaba con el ejemplo las palabras de acendrado patriotismo con que exhortaba a la rebelión a sus compañeros. El, el apóstol de la libertad, creyó un deber de su parte el ser el primero en arrojar la piedra, i así lo hizo.

Penetrando furtivamente en su patria idolatrada, i corriendo a estrechar entre sus brazos a sus hermanos de infortunio, púsose a la cabeza de ellos i emprendió la sangrienta lucha de la libertad i el derecho.

Secundado por patriotas decididos, el grito de "guerra" lanzado por Martí, encuentra eco en todas las comarcas de la isla i la patriótica lucha se generaliza bajo los más lisonjeros auspicios.

¡Mas ai! la injusticia de los hados no había de permitirle ver concluída la magna obra que tan heroicamente había emprendido, i a los primeros golpes cae herido de muerte en medio de sus nobles compañeros!

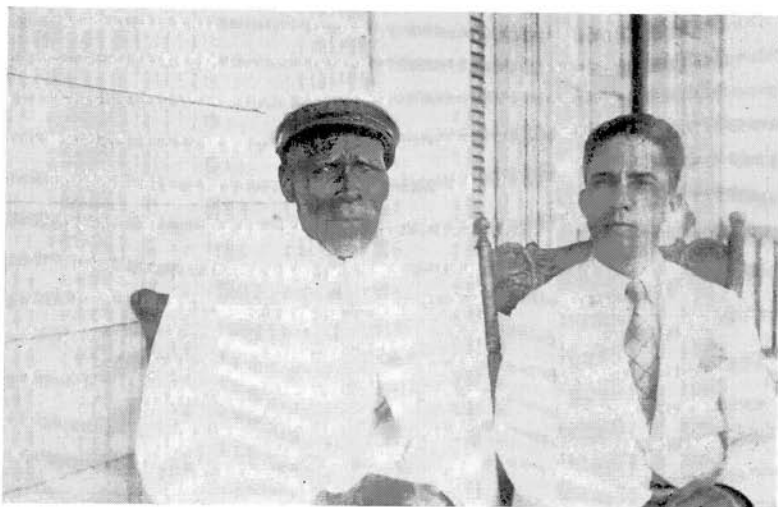
Cayó; sí, cayó el patriota ilustre; pero gloriosísima fué su caída, puesto que se inmoló en aras de la libertad.

¡Descanse, pues, en paz el héroe decidido! ¡Descanse el cubano ilustre; su misión está cumplida!

(*El Deber*, Núm. 1, Santo Domingo, junio 1° de 1896.)



Ceferina Calderón de Chávez.



Charles Strong.





*Ultimo vestigio de La Reforma.
La cruz de "Foro" hecha por Gómez, citada por Martí*

UN RECUERDO DE MARTÍ

POR EMILIO C. JOUBERT⁽¹¹⁹⁾

Sin duda, era inminente el peligro que corría “la mano de valientes” que se hizo a la mar de Monte Cristi, el 1 de abril de 1895, con el alma rumbo a Cuba. ¡Cuántos más de los que fueron no hubieran sido sus días de angustias e impaciencias, si en vez de descubrir el paso inicial de la gloriosa jornada que emprendieron un amigo deseoso del triunfo de la causa libertadora, la casualidad lo hubiera revelado a un interesado en su perdición, a un español, por ejemplo!

Era Lunes Santo, lo recuerdo bien.

Yo dormitaba, quizás dormía, sentado en un banco destinado a los pasajeros, sobre cubierta, a bordo de un vapor costanero anclado en la bahía de Cabo Haitiano.

Llegué a bordo al atardecer. El vapor debía zarpar esa misma noche, en las primeras horas, según me informaron erradamente. Recorrí el barco de arriba a abajo y de popa a proa, y estaba desierto; ni pasajeros ni tripulantes; en los alrededores ni un barquichuelo. Allá a lo lejos, en el fondo

(119) Este artículo se publicó en *Clio*, revista de la Academia Dominicana de la Historia, No. XXVII, mayo-junio 1937, con el título de *Cosas que fueron* y dedicado “Al Dr. Federico Henríquez y Carvajal, hermano de Martí en el ideal”. Véanse otras referencias de Joubert, acerca de Martí, en la presente obra, en *Noticias epistolares*.



de la bahía, brillaban las luces reglamentarias de una embarcación; era un vapor; yo lo advertí por la mañana cuando llegué al puerto.

Serían las ocho, cuando en el silencio de aquella noche oscura avivaron mis sentidos golpes acompasados de remos. Pensé que eran pasajeros, y me arrimé a la borda para verlos subir al vapor. Los golpes del remo se alejaban...

Súbitamente, vibró en mis oídos una voz clara, en lenguaje como de quien reanuda una conversación interrumpida, y eran las palabras tan sonoras que se podía asegurar que ningún cuidado atenuaba la viveza de la expresión del que hablaba. Diríase que eran paseantes despreocupados que disfrutaban de la calma, la tranquilidad y la frescura de la noche.

Pero esa voz me era conocida. Yo la había oído en Nueva York y, recientemente, en Santo Domingo, en el salón de conferencias de la sociedad "Amigos del País" una noche memorable en la que conmovió hasta las fibras más hondas del sentimiento. Era la voz de Martí.

La noche anterior me había embarcado en Monte Cristi en una lancha sin cubierta, cargada de cocos, los que me habían de servir de lecho, lecho procústeo, en la travesía de horas interminables, con tiempo borrascoso, a Cabo Haitiano, a donde me dirigía para ver de conseguir un vapor que de ese puerto u otro de Haití me llevara a Nueva York.

Ese día, pasajero retrasado del "Saginaw", debido a amistosas atenciones de los amigos, en camino de la playa para proseguir viaje, lo que no pude hacer porque el vapor estaba en marcha cuando llegué al muelle, y me fué imposible alcanzarlo en el bote más velero del puerto, el señor John Poloney, armador, me entregó un pliego, con mucha reserva, encargándome que lo pusiera en manos de don Tomás Estrada Palma. Para mayor recomendación, me advirtió el amigo Poloney, conocido de viejo en Puerto Plata, que eran documentos relativos al fletamiento de una goleta suya en la que días antes habían salido para Cuba Martí y Máximo Gómez.



Esto explica cuán grande sería mi sorpresa al reconocer, por la voz, a Martí aquella noche, en la bahía de Cabo Haitiano, cuando para mí, él y sus compañeros estaban ya fuera del alcance de los esbirros que pudieran frustrar sus propósitos, y también, posible fuera, ya en tierra, lejos del peligro de ser capturados por la vigilancia española en acecho de embarcaciones sospechosas en las costas de Cuba.

¿Y esa desprevención que revelaba la voz de Martí, no indicaba que el peligro que corrían era mayor que el propio de una empresa que sólo por milagro podía tener buen éxito aun emprendida con las mayores precauciones?

¿Estaría yo soñando?

Al día siguiente, ya navegando el vapor, descubrí entre la multitud de pasajeros que se habían embarcado mientras yo dormía, a un individuo que no era haitiano como los demás, sino dominicano, al parecer. Me acerqué a él, lo saludé y le pregunté si era dominicano, como yo presumía, y si seríamos compañeros de viaje hasta Puerto Príncipe.

No era dominicano, sino cubano, circunstancia que favorecía mi propósito de averiguar si yo había oído realmente la voz de Martí, o si había sido obra de la imaginación. El cubano vivía en Cabo Haitiano; era agente de una Compañía de Seguros y se dirigía a Puerto Príncipe en asuntos relacionados con su negocio. Era un cubano auténtico, patriota en el exilio hacía tiempo, y amigo de don Manuel de J. de Peña y Reinoso a uno de cuyos hijos criaba como suyo propio.

A pesar de esta circunstancia, no le confié mi secreto a este patriota cubano, sino le hablé de la guerra de Cuba, y la conversación recayó naturalmente sobre Máximo Gómez. Entonces recordó que la noche anterior, el hijo de don Manuel de J. de Peña había visto en el Cabo a un individuo parecido a Máximo Gómez, una ilusión que se explicaba por el amor que el muchacho le tenía al héroe.

De esa misma manera disimulada averigüé que el vapor que



yo había visto en el puerto estaba a la carga, y que era alemán u holandés.

Con estos datos no me quedó duda alguna de que los tripulantes del bote que pasaba eran Martí y sus compañeros que se dirigían al vapor cuyas luces brillaban débilmente, en alto, en el fondo de la bahía. La voz era la de Martí: no era una ilusión que había forjado mi fantasía, dormitando o en sueño.

Y no andaba tan desprevenida y despreocupada, como yo temía, aquella mano de valientes; porque además de ir de cayo en cayo y de isla en isla para burlar a los enemigos, como lo hubiera hecho aquel esforzado guerrero de la áspera Itaca, fecundo en recursos, hábil en urdir engaños de toda especie como en dar prudentes consejos, se cuidaron hasta del fervor indiscreto de los mejores amigos de la noble causa que servían.

(20 de mayo de 1937.)



DIPLOMACIA Y ESPIONAJE

ANTECEDENTES

Para apreciar mejor la admirable actitud del presidente Heureaux en la contienda entre españoles y cubanos durante la estada de Martí en Monte Cristi, conviene conocer algunos antecedentes, antes de entrar en el secreto de la apasionante lucha sostenida por la diplomacia dominicana—encarnada en Lilís—contra el espionaje organizado por los representantes consulares de España en la República.⁽¹²⁰⁾

Frente a España, proteger a los cubanos no dejaba de comportar serios peligros para el Gobierno del general Luperón, siempre invariable en su actitud favorable a los patriotas de Cuba radicados en la República. El 21 de enero de 1880, antes de que la llegada de Maceo a Puerto Plata definiese aún más la posición del Ejecutivo, el cónsul de España en Santo Domingo le decía al Gobernador de Cuba que el Gobierno de Luperón le tenía “aversión a todo lo que lleva nombre español”.

De todas partes le llegaban al Gobierno voces de alarma.

(120) Martí conocía y había sufrido ya las desazones del espionaje, como lo decía al General Gómez en su carta del 6 de mayo de 1893: “La fuerza entera he gastado en poner a nuestra gente junta, en torcerle las intrigas al gobierno español, en salirme de la red que con sus visitas y espionaje nos tiende en la casa propia...”



Desde Puerto Rico, fecha 5 de enero, el periódico puertoplataño *El Porvenir*, recibió el siguiente aviso:

Suplico insertar en su respetable periódico que el Sr. Javier Machado, agente del ex Presidente Buenaventura Báez, ha dicho públicamente, en esta ciudad, que debía marchar en breve para La Habana en misión donde el Capitán General, en busca de recursos, que éste le ha ofrecido, *para derrocar al Gobierno Dominicano constituido*. De esta manera es que España guarda la neutralidad con las potencias amigas débiles.

Un Dominicano.

Ni esas alarmantes actividades ni las amenazas de los agentes de España en la República podían nada en el ánimo de Luperón. En su entrevista con el presidente electo, padre Meriño, le decía al vicecónsul Bermúdez que la recomendación a Luperón "que su íntimo amigo el doctor Betances le hizo desde París en favor de Maceo, no debía ser motivo para que el Presidente interino se encerrase en su obstinada y ciega negativa y deshacerse de tan molesto huésped, poniendo en peligro todo lo que a él debiera serle más caro, como la paz de su país y la permanencia de sus amigos políticos en el poder".

Estas palabras de Bermúdez fueron el anuncio de la represalia de que pronto sería víctima el Gobierno dominicano.⁽¹²¹⁾ En vista de ello y apremiado por las amenazas de incursión revolucionaria, el presidente Meriño dictó, el 30 de mayo de 1881, el célebre Decreto llamado de San Fernando, por el cual se imponía la pena de muerte a todo el que fuese aprehendido en son de guerra. Escasos días después, procedente de Puerto Rico y con amplia ayuda de las autoridades espa-

(121) Refiriéndose a Luperón, dice el historiador Bernardo Pichardo: "Sostuvo vínculos de estrecha amistad con el General Antonio Maceo, su huésped, a lo que se debió, sin duda alguna, que las autoridades de Puerto Rico, como veremos más adelante, que no pudieron arrancar de su lado al caudillo cubano, protegieran la expedición del General Guillermo contra el Gobierno del Padre Meriño." *Resumen de historia patria*. Barcelona, 1930, p. 187.



ñolas, llegaba a las costas de Higüey la expedición revolucionaria del general Cesáreo Guillermo. Ulises Heureaux, a la sazón ministro del Interior y Policía, salió a combatirlo el día 3 de agosto y no tardó en derrotar a los rebeldes en El Cabao, no obstante la herida que recibió en el cuello, que casi le cuesta la vida.

Desde su campamento, el audaz general Heureaux le enviaba al presidente Meriño, en sus pintorescas comunicaciones, las noticias de la campaña. Son cartas breves, recargadas de intención, muestras de la astucia política que entonces comenzaba a desarrollarse en Lilís, y que se acendraría y enriquecería sorprendentemente con el tiempo: cerca de veinte años más en ejercicio de la más alta autoridad de la República, frente a la recia oposición dominicana y a las graves complicaciones internacionales. Decía Lilís al presidente Meriño:

Hoy atacé a Cesáreo en el Cabao, lomas del infierno custodiadas por condenados... Los derrotamos... Secreto! Yo chupé mi golpón; recibí una herida en el pescuezo que me perforó una parte; entró la bala por un lado y salió por el nudo que forma la vértebra del cerebro; la bala salió y se quedó dentro de la ropa; la conservo; yo montaba el caballo de Yo Pérez que murió en el acto, pero después del golpe reviví y se tomó la primera trinchera; de ahí siguió la fiesta alzando un poco la música... Sin embargo de la herida mañana continuaremos la persecución... Haga el favor de no decir nada de mi herida... Ayer no le escribí por falta de tiempo y porque me dolía mucho el pescuezo, pero así teso, arranco el tiro: soy buen puntero, no se apure... La fiesta va bien si no se descompone... Déjeme seguir con mi política campestre; yo sabré a qué hora se debe subir la güira... Hoy vi y besé la Virgen... Acepto con la humildad que caracteriza y preside mis actos las bendiciones de su merced, mi padre. La estrella de la fortuna bate sin cesar sus blancas alas sobre mi cabeza... El Cabao era para mí Arcola... Mi salud sigue mal; de la herida sufro algo pero no es de cuidado, supura bien y pronto estaré sano, no necesito de médicos, soy buen cirujano... Casi tengo cogidos a *todos los españoles, puertorriqueños* y dos franceses de la Guadalupe. Dígame si convendrá a sus intereses y al pleito que hay que entablar con Francia y



España *fusilarlos*; me detengo hasta recibir su aviso...⁽¹²²⁾ Cesáreo ha cogido el monte solo... Conque Ud. confía en mi buena estrella? Yo también! Y como sus cartas son para mí reliquias sagradas, cuando las recibo las leo en público para esparcir sus bendiciones a todos, y como hijo del deber nada más grato para mí que el hallar la favorable oportunidad de probar al mundo mis rectos sentimientos y la pureza de mi alma... La República será por muchos años la misma del 1844, y para hacer valer la ley escrita se hará indispensable la fuerza, base del derecho y freno de la anarquía... Hoy he ordenado al General Miches la ejecución del Johanse y el Ilustre; fuera la cizaña... No hay quien no se aburra de tantas bromas, pero amigo, ya en el burro es menester aguantar las doscientas... Padre, es preciso abrirle ancho campo a todos los aspirantes. Empéñese en que se consigne en la Constitución que el período presidencial sea por un año y sin reelección... No pise las aceras de las calles, pues el día que menos piensa Usted. le dan un golpe al abrir o cerar alguna puerta; lo más claro es lo más seguro; el medio de las calles!... De Higiey respondo porque la Virgen de Altigracia está decididamente pronunciada en mi favor... Los esfuerzos que he hecho por descubrir el escondite de Cesáreo son inmensos, pero el mozo se guarda bien... Si se logra encontrar se le pondrá punto final a la obra, como dice Ud. Si no se encuentra, le pondré dos puntos, y me retiraré dejando los lazos armados...

De los expedicionarios, dominicanos en menor número, nada menos que *sesenta y dos españoles cayeron prisioneros*. Con ellos, ¡qué grata sería la noticia para Antonio Maceo! el general Quintín Díaz, actor en el siniestro atentado contra él en Port-au-Prince. El 7 de septiembre el general Heureaux le avisaba al Gobierno haber fusilado a los generales Juan Isidro Ortea, Quintín Díaz, y otros compañeros. Luego fusiló al general Pérez. La mano de Liliís había caído implacable sobre su presa, sin que se salvase su propio cuñado, Luis Pecunia, "para que viesan hasta donde estaba dispuesto a

(122) En carta del 12 de agosto, al Ministro Moya, le decía Liliís: "A los españoles hay que fusilarlos en distintos puntos de la República... yo nos los he fusilado aquí por dos razones: primero para justificar al Cónsul español la invasión; y segundo, para que el país los vea." La documentación acerca de la expedición de Guillermo es bien abundante. Las actuaciones judiciales constan en un extenso expediente, en que actuaron don Antonio F. Soler y don Emilio Prud'homme (A.G.N., Legajo 42, exp. 6. Los de carácter militar figuran en A.G.N., Interior y Policía, legajo 65, exp. 4.)



llegar". Cesáreo Guillermo salvó la vida en los montes, para luego darse él mismo la muerte, antes que caer en manos de Lilís. Ni la bandera española les podía salvar de la catástrofe.

El Gobierno dominicano, gravemente, con altivez pero sin fanfarronería, no vaciló en acusar a España de tal atentado a la paz de la República. Al efecto, entre otros documentos comprobatorios publicó en la *Gaceta Oficial*, del 17 de septiembre, la *Nota de los súbditos españoles que acompañaron al general Cesáreo Guillermo en su expedición*. Era una valiosa prenda que tenía el Gobierno contra España, evidencia de su represalia por la ayuda dominicana a Maceo.

Gran sorpresa causó en Puerto Rico la noticia. Al conocerla, el *Boletín Mercantil*, de San Juan, en su edición del 24 de agosto, hizo esta significativa declaración:

Contra lo que esperábamos, el General Cesáreo Guillermo ha sido derrotado, y ya algunos expedicionarios han pagado con la vida el temerario empeño...

La prensa dominicana, la *Gaceta Oficial*, consideró esa declaración como una confesión de la responsabilidad de España en la frustrada expedición, que nadie pudo negar entonces. Luperón, en París en esos días, se ocupó en el caso. Así lo recuerda en sus *Notas autobiográficas*: el embajador de España en París, duque de Fernán Núñez, le dió la seguridad de que el gabinete de Madrid, presidido por Cánovas,

reconocía los derechos que le asistían al Gobierno dominicano para establecer la consiguiente reclamación al Gobierno de Madrid en justa reparación de ofensa y de perjuicios por la expedición del General Cesáreo Guillermo, siempre que no se insultara a la madre patria. Luperón aprovechó aquella entrevista para librar a la República de las impertinencias del Cónsul español, señor Bermúdez, que en Santo Domingo tergiversaba la realidad de los sucesos y comprometía las buenas relaciones de las dos naciones... Bermúdez fué relevado del puesto en seguida.⁽¹²³⁾

(123) En carta del 7 de octubre de 1897, dirigida a Estrada Palma, el doctor Frías le daba cuenta de una de sus entrevistas con el Presidente Heureaux: "Vi a Lozano (Lilís); la entrevista en extremo reservada se celebró fuera de la ciudad



Toda la sangre dominicana derramada entonces era en gran parte consecuencia de la protección a Maceo, de la que los celosos agentes españoles no pudieron vengarse con su ayuda a Cesáreo Guillermo. Bien valía este precio la gloria ganada por Luperón, por Heureaux, por los dominicanos, en su resuelta y cariñosa defensa del prócer de Baraguá y en su decidida adhesión a la noble causa de Cuba.

Con tales antecedentes será fácil comprender por qué Lilís, que ha vertido su propia sangre, víctima de las represalias de España, ahora que es él y no otro el Presidente de la República, ha de proceder con toda cautela en su ayuda a Cuba, para no arriesgar la paz del país y para defensa de su Gobierno y de su propia vida. Puerto Rico era el más nutrido centro de sus opositores, que fácilmente lograrían la ayuda de España si él procedía en otra forma. Su trágica muerte, el 26 de julio de 1899, a manos de Ramón Cáceres, confirma esa necesidad de cautela, en todos los órdenes, que las circunstancias políticas le impusieron siempre al noble amigo de Maceo.⁽¹²⁴⁾

Hasta el final de la guerra, Lilís persistió en su astuta política de aparecer como amigo de España mientras ayudaba a Cuba. En carta del 19 de febrero de 1896, dirigida al Gobernador de Puerto Plata, con motivo de la protección que éste le dispensó a Brindis de Salas en vista de que algunos españoles habían pretendido entorpecer el homenaje ofrecido al

(124) La actitud de Ulises Heureaux con relación a Cuba—ha escrito Max Henríquez Ureña—lo redime un tanto de sus errores.

y duró desde las 4 y media de la tarde hasta las 8 de la noche; fué cordial; me expuso los motivos de su política aparente, pero su inmejorable deseo... Me dijo que podíamos seguir colectando con pretexto cuantos fondos quisiéramos, pero que las manifestaciones imprudentes debían suprimirse, porque no conducían a nada práctico y le creaban conflictos; de política general, la que abordé, me dijo que estaban pendientes negociaciones por él iniciadas en las que México intervendría y también algunas naciones europeas, para apresurar la solución del problema de Cuba, "de modo que no fueran sólo los Estados Unidos los que decidieran del destino de la Isla..." ¡Bella y sabia previsión! (Véanse abundantes noticias acerca de la adhesión de Lilís a la causa de Cuba en nuestro libro *Maceo en Santo Domingo*, Santiago de los Caballeros, 1945.)



artista por la sociedad puertoplateña, Lilís resumía su admirable actitud en esta pintoresca frase:

Usted sabe que no obstante querer uno luego más a la querida que a la esposa, tiene el deber de presentarse alegremente a la fiesta y al paseo con la última, para cumplir así compromisos ineludibles.

También lo decía en otra forma:

España es mi esposa, pero Cuba es mi querida.⁽¹²⁵⁾

Esta sorprendente dualidad política le valió al sagaz Ulises Heureaux la Gran Cruz de Isabel la Católica, que la Reina de España le concedió el 12 de noviembre de 1895.⁽¹²⁶⁾

DOCUMENTOS

Los documentos recogidos aquí, inéditos, casi insospechados, revelan secretos de las simpatías de Lilís y de Guelito Pichardo por la causa de Cuba, y muestran intimidades de la titánica lucha del Martí conspirador que a fuerza de inteligencia y corazón pudo vencer, ayudado por el general Gómez, las tremendas dificultades que se les opusieron.

(125) Mientras ayudaba a Cuba, Lilís hacía todo sacrificio posible por mantener gratas a las autoridades españolas. En junio de 1895 se ausentó para Puerto Rico el Cónsul Quintana, nada menos que en el barco de guerra dominicano *Independencia*, que le ofreció Lilís, quien junto con varios de sus Ministros le acompañó hasta a bordo a despedirle. Refería don Juan Schoewerer, agente de Gómez y de Martí en Puerto Plata, que don Cosme Batlle pretendía hacer inscribir en los registros del Consulado de España a los cubanos residentes en esa Villa; lo que le indujo a consultar el caso con Lilís, quien le dijo que "debía argüir que era dominicano y que pasara por la Gobernación para arreglar su condición de dominicano". (Una vez más el Presidente Heureaux afirmaba sus simpatías por la causa de Cuba.)

(126) Se refiere que Lilís, que consentía y hasta auxiliaba a los conspiradores, explicaba "que no le era posible dar rienda suelta a su simpatía (por la causa cubana), y hacía el símil de que si bien los E. U. de América eran el águila y España la gallina, Santo Domingo era la cucaracha en peligro de ser comida si no andaba prevenida". (Gerardo Castellanos, *Francisco Gómez Toro...*, p. 173.)



Se trata de cartas y telegramas de Lilís y de cables, telegramas y comunicaciones de los agentes consulares de España en Santo Domingo, que descubren las actividades del espionaje español en torno a Gómez y a Martí, y dan a conocer los permanentes problemas creados, por tales agentes, al presidente Heureaux y a las autoridades dominicanas. Los cables y telegramas de los Cónsules aludidos, cifrados, sólo han podido ser descifrados en parte, tras arduo trabajo, por falta de las diversas claves usadas en ellos.⁽¹²⁷⁾

Las cartas de Lilís a Guelito, algunas confidenciales, y las dirigidas al Cónsul dominicano en La Habana, contienen el pensamiento vivo del astuto gobernante. Si la actitud de Lilís es admirable por su malicia y por su sentido de la realidad, la de Guelito no lo es menos, pero sí más franca y libre.

En estos documentos puede verse el apasionante cuadro de la lucha secreta entre el Gobierno español y el dominicano, adicto a Cuba. No conocieron ni Martí ni Gómez hasta qué punto les defendía Lilís, ni cómo era la urdimbre del espionaje que les rodeaba. Basta señalar que el telegrama del Cónsul de Puerto Plata, del 20 de febrero de 1895, le costó a Pablo Borrero algunos años de cárcel en Ceuta.

Lo que prevenían, lo que sospechaban, lo que sólo conocían a medias, está aquí, en breves mensajes transmitidos nerviosamente desde Monte Cristi y Puerto Plata a Santo Domingo y de ahí a Madrid y La Habana.

Entre esos mensajes cifrados el más emocionante es el del Cónsul de España en Monte Cristi, del 1º de abril, avisando la partida de Gómez y de Martí en la goleta de Bastián. El destinatario, el Cónsul General en Santo Domingo, retransmitió el mensaje, a Cuba, y luego conservó el recibo del espía de-

(127) En estos 85 documentos 54 corresponden a telegramas y cables cuyos originales—unas veces del remitente y otras del destinatario—reposan en nuestro archivo particular. Por falta de las claves no hemos logrado descifrarles sinc parcialmente. En algunos el descifrado es completo; no así en los que figura la palabra *verifiquese*. Las cartas del Presidente Heureaux proceden de sus copiadore de oficios, en el Archivo General de la Nación. Las cartas de Guelito a Lilís tal vez han desaparecido: no logramos encontrarlas.



lator, Chalo Straun. Ese telegrama pudo costarle la vida a Gómez y a Martí.

En pocos documentos, pues, como los que siguen, se medirá mejor la desconocida lucha de Martí:

I

CONSULADO DE ESPAÑA
Oficio No. 132

Santo Domingo, 20 septiembre de 1892.

Al Gobernador General de la Isla de Cuba.

Después de la reunión que tuvieron en la ciudad de La Vega ⁽¹²⁸⁾ presidida por Máximo Gómez, José Martí vino por tierra llegando en la noche del 18, esperábale gran número de sus correligionarios quienes se reunieron en la logia No. 9 de esta ciudad y constituyeron un Comité de propaganda igual que el de La Vega diferente del de New York.

De los fondos ya recolectados y de la colecta de esta se formó una suma de 5 mil pesos que ya se unió a los 2 mil de Monte Cristi y de Puerto Plata y se la entregaron a Martí para los futuros proyectos revolucionarios.

El Sr. Martí, como tuve el honor de avisar por telegrama a V. E. en la tarde de hoy, salió en la madrugada por tierra para Port au Prince para poder alcanzar el vapor del 25 y llegar a Kingston a organizar la reunión magna que allí ha de tener lugar y a la que asistirá (ilegible) con los demás filibusteros laborantes de nota. La venida de Martí a esta Isla, agasajado, (etc. ilegible).

II

Habana, mayo 29 de 1893.

Cónsul español, Santo Domingo.

5795 816 1058 2209 920 3140 5831 4677 5886 1382 Conveniente mucho los 1166 3945 1370 y averigüe 496 6896 3505 700 6884 comunicándome sin demora 388 de cualquier 356 3945 5716 362 y 3812.

Arias.

(Traducción: Martí va ahí a tratar con Máximo Gómez, en esa. Es conveniente vigilarlos mucho en donde se hallen, averigüe si puede sus proyectos comunicándome sin demora su salida de cualquier punto que sea y su dirección.)

(128) La citada reunión fué en Santiago de los Caballeros.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

III

Santo Domingo, 1 junio de 1893.

Vice Cónsul español, Puerto Plata.

Averigüe paradero planes de 61 y 88. Conteste. *Cónsul General.*⁽¹²⁹⁾

(Traducción: 61, Martí; 88 Máximo Gómez.)

IV

Puerto Plata, junio 2 de 1893.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 en 53 de 61 nada puedo averiguar aguardo otros informes avisaré.

Vice Cónsul.

(Traducción: 88, Gómez; 53, Monte Cristi; 61 Martí.)

V

Puerto Plata, junio 5 de 1893.

Cónsul español, Santo Domingo.

Por 4 8 a 53 61 donde 1911 3234 con 88. *Vice Cónsul.*

(Traducción: Por vapor americano llegó a Monte Cristi Martí donde está con Máximo Gómez.)

VI

Monte Cristi, junio 5 de 1893.

Cónsul español, Santo Domingo.

8 con 4 5929 2332 35 y está 1912 53 con 88. *Espín.*

(Traducción: Llegó con vapor americano Martí y está en Monte Cristi con Máximo Gómez.)

(129) El Cónsul General de España en Santo Domingo, Sánchez Bazán, llegó a la capital dominicana en mayo de 1893. En 1895 ejercía las mismas funciones M. de J. Quintana, quien se ausentó para Puerto Rico y España en junio de 1895. De Cónsul Interino quedó el Sr. Ramón Domínguez. El 10 de septiembre de 1895 concedióse exequátur a Francisco Lozano Muñoz como Cónsul General de España en Santo Domingo. El 12 de agosto del mismo año concedió exequátur a Isaac Theodore Petit como Agente Consular de los Estados Unidos de América en Monte Cristi. (Miguel Galindo y Narciso Pérez Petinto eran Vicecónsules de España en Santo Domingo y en Puerto Plata, respectivamente, en 1885.)



VII

Santo Domingo, junio 6 de 1893.

Capitán General, Habana.

5795 816 5831 4677 5886 3243 2316 5976 3373 3769 431 6474
6183 5866 405 3121 2121 6583 6095 435. *Bazán.*

(*Traducción:* Martí y Máximo Gómez conspiran en Monte Cristi dicese que Peña y Manuel de Jesús Mercado de Santiago de Cuba, se hallan complicados sus planes son secretos.)

VIII

Puerto Plata, junio 6 de 1893.

Cónsul Español, Santo Domingo.

98 61 de 53 para 104 en 1712 2124 3219. *Vicesómsul.*

(*Traducción.* Salió Martí de Monte Cristi para Cabo Haitiano en un bote. Recibido el día 7 de junio 1893.)

IX

SECRETARÍA DE ESTADO
DE LO
INTERIOR Y POLICÍA

Santo Domingo, 26 de junio de 1893.

Ciudadano Presidente de la República,
Palacio.

Ciudadano Presidente:

Tengo la honra de someter a usted los informes recopilados por este Ministerio de mi cargo, acerca de los proyectos de los revolucionarios cubanos; y son como sigue:

El Gobernador del Distrito de Monte Cristi en su informe del mes de Enero, participó al Gobierno por el órgano correspondiente, "que a principios de Setiembre del año 1892, había pasado por aquel Distrito—procedente de Hayti—el Señor José Martí que se decía ser Jefe revolucionario cubano, que dicho Señor reunió en aquella Ciudad los conspiradores cubanos más connotados, entre los que figuraban el Señor Montesino, Don Francisco Col y Don Máximo Gómez como Cabecilla: que allá se habló de la revolución que debía estallar en Cuba no muy dilatado y de formar la expedición cubana en aquel Distrito con destino al Mol San Nicolás, punto en donde debían reunirse los revolucionarios cubanos, residentes



en Hayti, contando con armamento y municiones que tienen depositados en la ciudad de Port-au-Prince de Hayti”.

El Ciudadano Gobernador de la Provincia Capital, en su informe del mes de Setiembre, “avisa al Gobierno la llegada del Señor Martí a esta ciudad, en donde celebró varias reuniones públicas con los cubanos residentes en ésta, y en las cuales se trató públicamente de la revolución de Cuba, además de la velada literaria” que se celebrara en beneficio de la proyectada revolución, a la cual asistió personalmente el Señor Gómez Pintado, Cónsul de España en esta ciudad.

Presente el Señor Cónsul de España a la velada literaria, omite el Ciudadano Gobernador “dar cuenta de los diferentes Cubanos que asistieron a ella, por suponerlo innecesario, visto que allí figuraba una autoridad interesada de parte del Gobierno Español.⁽¹³⁰⁾

El Señor Martí ha permanecido en esta ciudad, seis días más o menos, saliendo de aquí para Barahona, desde donde seguirá viaje por tierra, para Port-au-Prince de Hayti.

El Ciudadano Gobernador del Distrito de Puerto Plata, dice a su vez, en su informe del mes de Febrero del presente año: “Los conspiradores cubanos, han puesto a disposición de los revolucionarios dominicanos residentes en Islas Turcas, las pocas armas de que pueden ellos disponer, bajo compromiso de reciprocidad de igual contingente, y hasta el de *contribución de sangre*, en favor de la causa cubana, tan luego como ellos lleven a cabo el movimiento revolucionario que debe estallar en Cuba, no muy dilatado: “La correspondencia interceptada que le adjunto, dará a usted luz sobre la conducta observada aquí por los revolucionarios cubanos”. “Su siempre continuada alianza con el General Luperón, la prueba la misión importante a cargo del Señor Manuel de J. Mercado, Manuel de J. Peña y el Sor. Leopoldo Tió en Santiago de Cuba: hasta hoy no he podido averiguar si las armas que tienen los cubanos en Islas Turcas, han sido extraídas de aquí, como lo han hecho en otras veces o si proceden de los Estados Unidos: tan pronto como lo averigüe daré a usted cuenta”.

Después de estos informes, ciudadano Presidente, se presentaron los acontecimientos revolucionarios en el País, a los cuales tuvo el Gobierno y este Ministro que consagrarles su más esmerada atención, impidiendo de esa manera seguir de cerca los progresos de la conspiración cubana.

Con impresiones de toda consideración y respetuosa estima, saludo a usted ciudadano Presidente,

El Ministro de lo Interior y Policía,

P. LLUBERES

(130) Fueron sólo dos días.



X

Habana, noviembre 28 de 1894.

Cónsul español, Santo Domingo.

5795 816 2091 2121 3044 5702 1309 han ido 3190 5831 4677 5886
deme noticias tenga. *Calleja*.

(*Traducción:* Martí acompañado Collazo han ido conferenciar Máximo Gómez. Deme noticias tenga.)

XI

Puerto Plata, enero 10 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 19 11 32 29 Santiago 22 19 17 12 19 gente véase 57 22 19 11 35
10 19 12 32 19 ordene autoridad 41 35 18 35 26 19 sus pasos.

Vicecónsul.

(*Traducción:* Gómez está Santiago. Reune gente. Véase Presidente ordene autoridad vigile sus pasos.)

XII

Santo Domingo, enero 11 de 1895.

Gobernador, Santiago.

Cónsul español avisa que Máximo Gómez se encuentra en esa reclutando gente para expedicionar contra Cuba. Indague y avise lo cierto.

Heureaux.

XIII

Santo Domingo, enero 11 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 (4677 5878) hállase Santiago reuniendo gente 6740 vigila.

Quintana.

(*Traducción:* Máximo Gómez hállase Santiago reuniendo gente. Heureaux vigila.)



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

XIV

Puerto Plata, enero 14 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Tengo aviso de haber 98 18 19 12 32 10 19 Santiago destino 21 29 14 35 29 29 59 29 12 29 efectuar 19 11 57 19 10 62 35 24 12 en esa debe 19 12 62 24 32 22 29 22 11 19 57 29 31 17 35 32 21 24 22 19 22 24 jefe 35 12 11 17 22 62 32 24 88 permanece 11 29 12 32 18 24. *Vicecónsul.*

(*Traducción:* Tengo aviso de haber salido gente de Santiago destino Bahía de Samaná efectuar expedición. En esa debe encontrarse Pablito Borrero. Jefe insurrecto Máximo Gómez permanece Santiago.)

XV

Santo Domingo, enero 14 de 1895.

Gobernador General, Habana.

4646 3353 2843 7001 6993 salió ayer preparada 4301 5385 973 2865 4313 vijilase llegada 2805 urgente envíeme 2805 4744 conduzco Zugasti Ruégole remitame fondos. *Quintana.*

(Zugasti, citado, era Cónsul General de España en Puerto Príncipe.)

XVI

Santo Domingo, enero 15 de 1895.

Gobernador, Santiago.

Urgen informes Máximo Gómez. Responda. *Heureaux.*

XVII

Santo Domingo, enero 25 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 espera 5735 6980 816 para embarcarse creo urgente venga 2911 vijilar carezco fondos. *Quintana.*

(*Traducción:* Gómez espera al cabecilla Martí. *Verifíquese.*)



XVIII

Santo Domingo, febrero 8 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5795 816 y 3044 5702 no llegaron Montecristi 4307 fracasada.
Quintana.

(Traducción: Martí y Collazo no llegaron Monte Cristi. Expedición fracasada.)

XIX

Monte Cristi, febrero 14 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

8 4 61 salió 5.729 2.234 Santiago 4. *Espín.*

(Traducción: Llegó hoy Martí, salió para Santiago hoy.)

XX

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 110

Monte Cristi, febrero 14 de 1895.

(Recibida 26 febrero)

Señor Cónsul de España,
Santo Domingo.

Señor:

No he tenido el placer de recibir su respuesta de mis oficios Ns. 107 y 108 de fechas 18 de enero ppdo. cuyos contenidos les confirmo aguardando su contestación.

A pesar de haberle escrito que me abstendría de hacer más gasto por cuenta de ese Consulado, creyendo, como no dudo que es, de alguna importancia, tenerle al corriente de la llegada y pasos que den unos huéspedes Cubanos que tengo aquí, con esta misma fecha le telegrafíé así.— Cónsul Español Santo Domingo 8-4-61—salió—5.729—2234—Santiago—4—Espín, no dudando que le ha sido fácil entender. Los siguientes informes S, el mismo punto, a mi solicitud me los comunica un amigo y los copio al pie de la letra: "de los cuatro individuos que aquí estuvieron,



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

el cojo se llama Isaías González ⁽¹³¹⁾ y se fué para la Capital en el vapor americano, pues está casado allá.—El general Martí, el Coronel Collazo y el otro es un joven Venezolano. ⁽¹³²⁾ Además me dicen que el General Martí, se embarcó hoy para Nueva York, así es que el que está en Santiago debe ser el Coronel Collazo”.

Espero que estos informes le sean de alguna utilidad y en la necesidad de verme favorecido por sus gratos oficios, aguardo sus nuevos.

Dios gde. a usted ms. años.

El Vice Cónsul de S.M.C.
ANTONIO ESPÍN

XXI

Santo Domingo, febrero 22 de 1895.

Ministro Cordero, Santiago.

Confío habilidad suya evitará perjuicios que pueda. Evite conquisten nuestra gente. *Heureaux*.

XXII

Puerto Plata, febrero 23 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 61 Collazo 98 53 5. *Vicécónsul*.

(Traducción: Gómez, Martí, Collazo salieron Monte Cristi vapor americano.)

XXIII

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN PUERTO PLATA

No. 93

Puerto Plata, 24 de febrero de 1895.

(Rec. marzo 4, Cont. marzo 19)

Señor don M. de J. Quintana,
Santo Domingo.

Muy Señor mío y amigo:

Por la presente tengo el gusto de confirmar a usted mi telegrama de ayer que espero habrá llegado a sus manos sin interrupción alguna, y par-

(131) Nombre supuesto de Mayía Rodríguez.

(132) Manuel Mantilla.



ticiparle que acaban de conferenciar en Santiago los laborantes Martí, Máximo Gómez, Collazo y Francisco Borrero, teniendo lugar dichas reuniones en la casa de Don Nicolás Ramírez, cubano, residente en aquella población.

Considerando de importancia las reuniones a que hago referencia traté de conocer los propósitos que le movían a ellas, pudiendo obtener como resultado de mis indagaciones, que acarician la idea de llevar a cabo una expedición a Cuba que tendrá como punto de partida el puerto de San Lorenzo en la Bahía de Samaná, debiendo tener esta efecto en el mes de Abril y gestionará también en este asunto Don Eleuterio Hatton residente en el mencionado puerto de San Lorenzo.

Creo de necesidad que usted cuanto antes trasmita sus órdenes a nuestro representante en Samaná.

Con mucha frecuencia se transmiten desde Santiago y por el Sr. Ramírez extensos y costosos cablegramas a New York, cuyos gastos no son sufragados por dicho Sr. constándome que su posición no se lo permite, lo que hace suponer que los conferenciantes disponen de fuertes sumas para tratar del logro de su objeto. En estas partes emplean clave y por lo tanto quien no la conozca difícilmente podrá descifrar ninguno de sus telegramas.

Martí, Collazo y Gómez se encuentran hoy en la ciudad de Monte Cristi y si algo ocurre de nuevo espero sea avisado sin pérdida de tiempo por aquel Vicecónsul a quien recomendé ayer por alambre la más severa vigilancia con dichos individuos.

Sin otro particular por el momento, repítome de usted,

COSME BATLLE

XXIV

Santo Domingo, febrero 25 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 4677 5886 está en 5976 3373 con 5795 816 y 3044 5702 3876
esperan 6441 1382 cumpliré órdenes 1382. Tengo 2402 de este 4682 y
del 6740 1382 comunicaré en seguida llegue María Herrera. *Quintana.*

(Traducción: M. Gómez está en Monte Cristi con Martí y Collazo. Esperan... (?) Cumpliré órdenes. Tengo apoyo de este Gobierno y del Presidente Heureaux. Comunicaré en seguida llegue María Herrera.—*Verifíquese.*)



XXV

Santo Domingo, febrero 26 de 1895.

Gobernador General, Habana.

Llegado María Herrera 264 2453 desembarcados Tengo 1166 y apoyo de este 4682 y 6470 Detalles correo. *Quintana*.

(Debe referirse a Eduardo Yero, Director de *El Triunfo*, de Santiago de Cuba, y a Luis Ma. Yero, Redactor, llegados a Santo Domingo el 26 de febrero.)

XXVI

Habana, febrero 27 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Urgentísimo deme noticias frecuente 6409 3505 305 5997 3044 5702 1309 5795 816 4677 5886 precisa toda costa 4986 4301 no escaseando elementos y aprovechando 6246 3945 431 4682. *Calleja*.

(*Traducción*: Urgentísimo deme noticias frecuente... (?) Collazo, Martí, Gómez. Precisa toda costa impedir expedición no escaseando elementos y aprovechando ofrecimiento ese Gobierno. *Verifíquese*.)

XXVII

Puerto Plata, febrero 28 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Embarcose vapor Manuela 57 29 21 26 24 21 24 22 68 19 22 24 creo conveniente avisar 29 17 32 24 22 35 10 29 10 19 11 Cuba, Destino 21 29 22 34 62 30 40 asistio reuniones 11 29 12 32 35 34 18 54.

Viccónsul.

(*Traducción*: Embarcose vapor Manuela Pablo Borrero. Creo conveniente avisar autoridades Cuba. Destino Baracoa. Asistió reuniones Santiago.)



XXVIII

Santo Domingo, febrero 28 de 1895.

Gobernador General, Habana.

En Puerto Plata se ha embarcado en vapor Manuela para Baracoa 3328
2641 6197 6980 4127 6197 comisionado para asistir reuniones 410 3397.

Quintana.

(Traducción: En Puerto Plata se ha embarcado en vapor Manuela para Baracoa Pablo Borrero sobrino cabecilla Paquito Borrero comisionado para asistir reuniones Santiago de Cuba. *Verifíquese.*)

XXIX

Habana, febrero 28 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Por ofrecimientos 6740 en cuya sinceridad creo no debe cesar 2106
2003 1166 8 S pues 5795 816 tiene 2301 toda intimidación dentro 3945
431 4682 que pueden favorecerle con sus particulares medios 2074
1382 644 actual 5297 3571 3944 de que se 3234 o se 4252 3944 1114
4301 1382 encargo nuevamente extrema actividad en este servicio y
frecuentes seguras noticias pues mientras V S dice 4142 758 2209 3795
816 3044 5702 1309 5931 1220 manifiesta 3274 2316 2275. *Calleja.*

(Traducción: Por ofrecimientos Heureaux en cuya sinceridad creo no debe cesar... vigilancia... pues Martí tiene amigos toda intimidación dentro ese Gobierno que pueden favorecerlo con sus particulares medios pecuniarios. Situación actual requiere... de que se... o... expedición. Encargo nuevamente extrema actividad en este servicio y frecuentes seguras noticias pues mientras V.S. dice... Martí Collazo... manifiesta...—*Verifíquese.*)

XXX

Santo Domingo, febrero 28 de 1895.

Vicecónsul español, Puerto Plata.

Gracias noticia transmitida ya Cuba. *Quintana.*



XXXI

Santo Domingo, marzo 1 de 1895.

Gobernador General, Habana.

He convenido con 6740 forma legal impedir 3996 3388 614 4190 6740 reiterame buena 3850 favor 6473 3397 y de nuestro Gobierno. Asegúrame 4986 2002 4301 1382 Insisto 5795 816 estuvo aquí salió vapor americano 1382. Por 3194 se que 5285 tiene 6887 Participo V.E. para su conocimiento 1382 Extremo 1166 Necesito 4503 urgencia.

Quintana.

(Traducción: He convenido Heureaux forma legal impedir expedición. Heureaux reiterame buena... favor... y de nuestro Gobierno. Asegúrame impedirá expedición. Insisto Martí estuvo aquí. Salió vapor americano. Por... se que... tiene... Participo a V.E. para su conocimiento esa. Extremo vigilancia. Necesito fondos urgencia. *Verifíquese.*)

XXXII

Habana, marzo 1º de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Necesita 1370 4503 1383 431 remitirán los necesarios 6525 1277 necesito 1166 5821 verdadera 5821 2106 2003 y 5821 1037 que la que 2209 431 3974 3945 respecto 3243 2147 1382 afirmo V.S. 42 11 2660 2209 3044 5702 1309 5795 816 1383 2213 6115 431 363 2692 donde 431 4781 5706 1382 ayer telegrafía 3995 3328 2763 7001 305 cuando ya 4211 2645 6746 4025 3397 1266 nada concreto ni preciso dice respecto 4677 5886 1382 dígame V.S. categóricamente 496 4677 5886 4142 743 6197 6115 4025 esa isla 1382 en caso afirmativo 6115 5575 6557 3505 1187 y deme noticias de 3976 indefectiblemente, 847 5653 3760.

Calleja.

(Recibido el 2 a las 12 m.) (Las tres últimas cifras corresponden a las palabras "todos los días".)

XXXIII

Santo Domingo, marzo 2 de 1895.

Gobernador General, Habana.

4677 5886 aquí 1382 Siento 3595 vucencia necesito fondos pagos balance 31 diciembre pesos 273 y cablegramas enero cuentas enviadas y febrero hasta hoy total pesos 1675 autoríceme vucencia girar. *Quintana.*

(Traducción: Gómez aquí. Siento...)



XXXIV

Santo Domingo, marzo 2 de 1895.

Vice Cónsul español, Montecristi.

De orden superior ruégole deme noticias diarias 88. *Quintana*.

(Traducción: ...Gómez.)

XXXV

Santo Domingo, marzo 2 de 1895.

(La Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores ordena que no se expida pasaporte a personas que se dirijan a la Isla de Cuba sin ser visado por el Cónsul de España.) ⁽¹³³⁾

XXXVI

Madrid, marzo 4 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

Cifra 51 4200 6167 2980 2106 1370 45 3945 1166 3983 480 2003
835 766 1266 3141 2585 3397 3392 5134 3358 2003 5303. *Ministro de Estado*.

(Recibido el 4 marzo, a las 8 a.m.)

XXXVII

Monte Cristi, marzo 4 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 en 53. *Espín*.

(Traducción: Gómez en Monte Cristi.) Recibido 4 de marzo 7 tarde.

⁽¹³³⁾ Véase Copiador de oficios del Ministerio de Relaciones Exteriores, 1895, folio 288. Le transcribe la nota 42 del Cónsul de España en oficio del 2 de marzo dirigido al Ministro de lo Interior y Policía. Se refiere al mismo asunto el oficio No. 31, al Cónsul mencionado, del 1 de abril 1895, folio 45.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

XXXVIII

Puerto Plata, marzo 4 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 61 permanecen 53 continua comunicación 6 vicecónsul 53 muy 29 57 34 32 35 62 24 podría 19 20 62 29 22 18 29 22 28 44 otro 59 19 72 24 22 el punto es importante. *Baile*.

(Traducción: Gómez y Martí permanecen Monte Cristi continua comunicación. Vice Cónsul Monte Cristi muy apático podría encargarse otro mejor. El punto es importante.) (Recibido 4 marzo 7 tarde.)

XXXIX

Santo Domingo, marzo 4 de 1895.

Gobernador General, Habana.

4677 5886 3044 5702 1309 5795 816 en 5976 3373 detalles correo.

Quintana

(Traducción: Gómez, Collazo, Martí en Monte Cristi. Detalles correo.)

XL

Santo Domingo, marzo 4 de 1895.

Ministro Estado, Madrid.

Así lo hago pero carezco 4503. Insuficiente cien 6560 5878 3974 1166 3965 aquí Samaná y Monte Cristi ordene 3397 remítame 4503 5450 480 2003 835 766 aquí 6004 431 actividad preparan 4301 5878 6883. Tengo 2402 incondicional este 4682 y 6740. *Quintana*.

XLI

Puerto Plata, marzo 5 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

José Fontanillas toda confianza activo. Aquí sin novedad. Vigilancia necesaria y mucha 53 residencia 88 no me descuido. *Baile*.

(Traducción: 53, Montecristi; 88, Gómez.)



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

XLII

Santo Domingo, marzo 6 de 1895.

Gobernación de Santo Domingo. Se le expide pasaporte a don Jaime Vidal para ir a Cuba. (Seguramente en misión de Gómez y Martí. No sabemos si llegó a realizar el viaje.)

XLIII

Santo Domingo, marzo 6 de 1895.

Gobernador General, Habana.
520 6138. *Quintana.*

XLIV

Santo Domingo, marzo 7 de 1895.

Gobernador General, Habana.
5831 4677 5886 aquí 1382. 5795 816 salió anoche frontera Haití.
Quintana.

(Traducción: Gómez aquí. Martí salió anoche frontera Haití.)

XLV

Santo Domingo, marzo 9 de 1895.

Gobernador Monte Cristi.

Envíe parte diario donde se encuentra Máximo Gómez, Collazo, Martí. *Heureaux.*

XLVI

Santo Domingo, marzo 9 de 1895.

Al Gobernador Pichardo, Monte Cristi.

Pidiéndome a cada rato el Cónsul español noticias del Gral. Máximo Gómez, de Collazo y del Sr. José Martí, te ruego que a diario y por el telégrafo, me des razón de esos señores para poder trasmitírselas al Cónsul cuando me las pida.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

En una de mis anteriores te indicaba la conducta que debes seguir con los revolucionarios cubanos que viven en ese Distrito de tu mando, y espero cumplas esas recomendaciones al pie de la letra. *Heureaux*.

(Copiador de oficios, No. 44, 1895, folio 611.)

XLVII

Santo Domingo, marzo 10 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 508 en 5976 3373 1382 5792 5666 5711 2002 2003 esta 2920
5795 816 3190 1269 305 y 3555 3103. *Quintana*.

(Traducción: Gómez sigue en Monte Cristi... esta... Martí... Verifíquese.)

XLVIII

Santo Domingo, marzo 12 de 1895

Gobernador, Monte Cristi.

Acércate Nebot o Jimenes. Toma giro americano nombre Benito Parra. Este endosará Dajabón. Descontará Cabo Haitiano. *Heureaux*.

XLIX

Santo Domingo, marzo 12 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 y 3044 5702 1309 508 en 5976 3373. *Quintana*.

(Traducción: Gómez y Collazo siguen en Monte Cristi.)

L

Monte Cristi, marzo 12 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

1712 amigo 5919 dice 88 1129 2619 5. *Espín*.

(Traducción: Un amigo me dice Gómez sale vapor americano.)



LI

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 112

Monte Cristi, 12 de marzo 1895.

(Rec. marzo 24. Cont. 22 mayo)

Señor Cónsul General de España,
Santo Domingo.

Señor:

Con fecha de hoy, me permití poner a ese Consulado un telegrama, del modo siguiente: 1712. amigo 5919 dice 88. 1129. 2619 5—Espín, lo que creo habrá comprendido y quiere decir. Un amigo me dice 88 sale 5.

En esta se hallan con 88 varios individuos que según parece son sus compañeros, y creo andan en diligencias de ver si consiguen algunos individuos más para salir de ésta según le indiqué por mi telegrama expresado.

Estaré al tanto de si salen de Monte Cristy darle el correspondiente aviso,

El Vice Cónsul de España
ANTONIO ESPÍN

LII

Santo Domingo, marzo 13 de 1895.

Gobernador Monte Cristi.

Interesa ayudar haga lo que crea conveniente. No he recibido parte Máximo Gómez. No descuide este encargo. *Heureaux.*



VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN PUERTO PLATA

No. 98

Puerto Plata, 13 marzo de 1895.

(Rec. 17 marzo, Cont. marzo 19)

Señor Don M. de J. Quintana,
Santo Domingo.

Muy estimado Sr. y amigo:

Sin ninguna de sus siempre gratas a que poder hacer referencia tengo este gusto para participarle que nada de particular hasta ahora ha ocurrido por aquí que tenga relación con el movimiento revolucionario cubano.

Con esta misma oportunidad escribo a Samaná recomendando la más estricta vigilancia en aquel lugar, y aconsejo a la vez a ese Vicecónsul, nombrar bien en Sánchez o Sabana la Mar una persona discreta y de su confianza que le informe lo que sucede y pueda indagar sobre el particular, avisando quiénes son los cubanos y cuándo efectúan viajes a ese lugar, pues hay noticias de que esto sucede con frecuencia y desde luego el móvil nos es ya conocido.

No creyéndolo demás me he permitido también recomendarle observe todo lo más posible los buques que arriben a esa Bahía, pudiendo hacerlo notar a la autoridad aquel que juzgue sospechoso por relacionarse con esta causa y que todo esto sea comunicado a usted a la mayor brevedad posible o bien a mí, que a la vez lo haré sin pérdida de tiempo a ese Despacho.

He encargado en Santiago con objeto de que me informe lo que allí hubiere a Don Joaquín Beltrán, súbdito español residente en aquella ciudad desde muchos años, persona discreta y de mi mayor confianza.

Confírmole el contenido de uno de mis telegramas anteriores referentes al Vicecónsul en Monte Cristy. Tengo notado el poco interés que toma en el asunto y ya sabe usted que es el lugar que por lo general escogen para residir algunos de los principales laborantes tales como Martí, Gómez y Collazo que hoy día se encuentran allí.

Sin otro particular por el momento, me repito de usted muy atto. S.S. y amigo,

COSME BATLLE



LIV

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN PUERTO PLATA

No. 99

Puerto Plata, 13 de marzo de 1895.

(Rec. marzo 17, Cont. marzo 19)

Señor Don M. J. Quintana,
Santo Domingo.

Muy Señor mío y amigo:

Confírmole el contenido de mis dos anteriores de esta misma fecha y repito este gusto para poner en su conocimiento que acabo de saber que Paquito Borrero ha solicitado pasaporte en esta Gobernación para pasar a esa Capital y lo que aviso a usted para los fines consiguientes. Ignoro si efectuará este viaje por vapor portador o por tierra.

De usted atto. S.S. y amigo,

COSME BATLLE

LV

Santo Domingo, marzo 14 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5795 816 salió para 5976 3373 5831 y 3044 5702 1309 508 siguen 2275. *Quintana.*

(Traducción: Martí salió para Monte Cristi. Gómez y Collazo siguen allí. *Verifíquese.*)

LVI

Monte Cristi, marzo 19 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

88 35 89 98 4. *Espín.*

(Traducción: Máximo Gómez y compañeros, salieron vapor americano.)



LVII

Santo Domingo, marzo 19 de 1895.

Gobernador Monte Cristi.

Acabo de saber que Máximo Gómez y compañeros han embarcado por vapor americano. Avisa volando con detalles. *Heureaux*.

LVIII

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 113

Monte Cristi, 19 de marzo de 1895.

(Rec. marzo 22, Cont. 24 marzo)

Señor Cónsul General de España,
Santo Domingo.

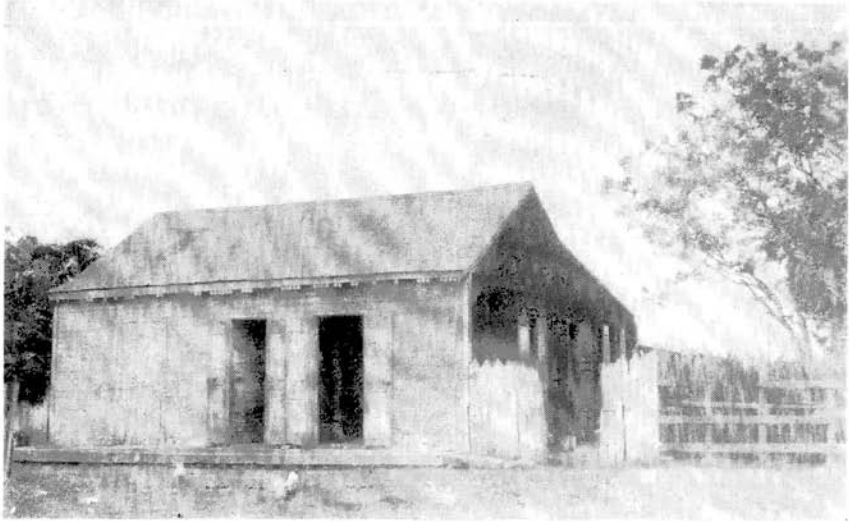
Señor:

Con fecha 11 del corriente, recibí un oficio del Sr. Gobernador de esta Provincia, que dice así: No. 42.—Monte Cristi 11 de marzo de 1895.—Señor Vice Cónsul de España.—Ciudad.—Señor: Tengo a honra transcribiros copia de la circular No. 44 que con fecha 2 del presente me dirige el ciudadano Ministro de lo Interior, cuyo tenor es el siguiente: Santo Domingo marzo 2 de 1895.—Circular.—Ciudadano Gobernador.—El Gobierno, atendiendo a la declaración que le ha hecho el Sr. Cónsul de S.M. Católica, de que un movimiento revolucionario acaba de estallar en la Isla de Cuba y teniendo en cuenta las francas relaciones de buena amistad que existen entre España y esta República, ha resuelto que en lo adelante a ningún súbdito español para Cuba o Pto. Rico se le expida pasaporte, mientras no presente a la Gobernación el pasaporte expedido por el Consulado Español.

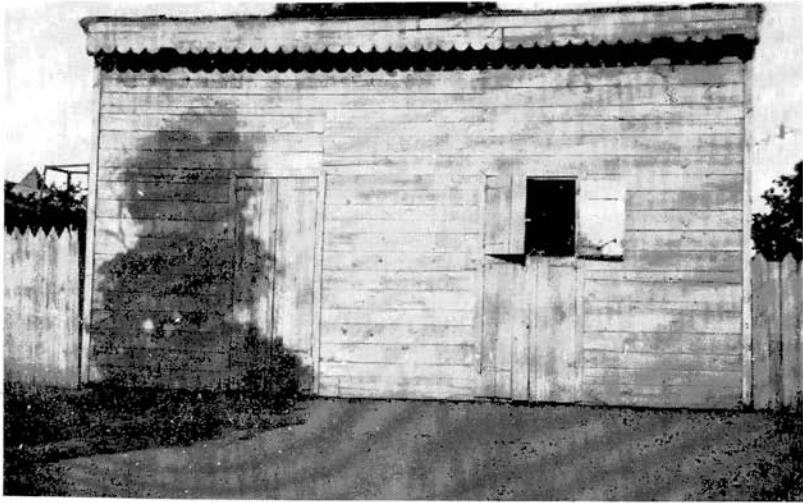
Y lo comunico a usted para los fines que procedan. Le saluda atentamente.—El Ministro de lo Interior.—P. A. Lluveres.—Lo que tengo a bien comunicar a usted para los fines consiguientes.—Aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted S. servidor.—El Gral. Gobernador.—Miguel A. Pichardo, firmado y rubricado.

El referido oficio, fué contestado con el que a la letra copio.—No. 111.—Monte Cristy 12 de marzo de 1895.—Señor Don Miguel A. Pichardo.—Gobernador de este Distrito.—Ciudad.—Señor: Con fecha de ayer 11 del corriente tuve el gusto de recibir su oficio, en el cual me





Casa del Manifiesto de Monte Cristi.



Casa de las hermanas de Máximo Gómez.



Mano A. Ramirez -
70-20-58-80-94 -
68 Chaleco -

Roberto -
68-19-48-80-88 -
103-80-83-77 -
64 Chaleco -

Fomen - Victor
67-19-49-79-84
102-70-80-77 -
61 Chaleco -

Mario -
- - - - -

Paula -
106-80-80-80 -

Jose Marti -
45-76-20-150-82 -
102-80-81-78 -
65 Chaleco -

Ultimo traje. Libreta del sastre Almonte.



DIPLOMACIA Y ESPIONAJE

transmite la copia del dirigido por el ciudadano Ministro de lo Interior, a la Gobernación de su digno mando, y que habiendo tomado buena nota de su contenido, obraré de acuerdo con sus instrucciones para que vayamos de acuerdo.—Doy a usted las gracias por esta advertencia y me suscribo como siempre S. atto. ss.—El Vice Cónsul de España.—Antonio Espín.—firmado y rubricado.

Todo lo que pongo a su conocimiento para los fines que crea conveniente. Dios guarde a usted muchos años,

El Vice Cónsul de España
ANTONIO ESPÍN

LIX

VICE CONSULADO DE ESPAÑA EN MONTE CRISTI

Núm. 114

Monte Cristi, 19 de marzo de 1895.

(Rec. marzo 24, Cont. 22 mayo)

Al señor Cónsul General de España,
Santo Domingo.

Señor:

Con fecha de ayer 18 en la tarde llegó a esta el vapor americano, que va con dirección a New York, en cuyo vapor como al oscurecer, me aseguran embarcó el General Máximo Gómez acompañado de 2 generales más que son los que se encontraban en ésta acompañado de él, por cuyo motivo le puse el telegrama hoy que es así:

Cónsul Español.—Santo Domingo.—88—35—89—98—4. Espín, lo que quiere decir.—Máximo Gómez y sus compañeros salieron vapor americano.

Ahora en este momento acabo de saber que el Señor Máximo Gómez desembarcó anoche en el momento de salir el vapor, quedando a su bordo los 2 generales que lo acompañaban, también me dice en este momento un amigo que el 88 se ha quedado en esta, esperando una goleta inglesa para salir con ella, supongo será con dirección a la Isla de Cuba, en cuyo caso le daré aviso por telegrama.

Dios guarde a usted muchos años,

El Vice Cónsul de España
ANTONIO ESPÍN



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

LX

Cónsul español, Santo Domingo.

1119 halla 1912 esta 61 35 88. *Espín.*

(*Traducción:* Se hallan en ésta Martí y Gómez.)

LXI

Santo Domingo, marzo 22 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 4677 5886 y 5795 816 508 5976 3373 1382 Dije a vucencia en cable del sábado que 3044 5702 1309 y su 435 387 para 4219 1382. Acordado con 6740 impedir 388 1269 305 1382 1166. constante. *Quintana.*

(*Traducción:* Gómez y Martí siguen en Monte Cristi. Dije a vucencia en cable del sábado que Collazo y su Secretario salieron para Nueva York. Acordado con Heureaux impedir salida... vigilancia constante. *Verifique.*)

LXII

Santo Domingo, marzo 26 de 1895.

Gobernador General, Habana.

5831 4677 5886 y 5795 816 508 5976 3373 6884 2316 4213 club 264 2453 en Dabajón 1269 305 y 3103 aquí 4986 3944 3996 4695 1166 detalles correo. *Quintana.*

(*Traducción:* M. Gómez y Martí siguen en Monte Cristi. Proyectan fundar club revolucionario en Dajabón... aquí... detalles correo.)

LXIII

Puerto Plata, marzo 29 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

57 20 31 17 35 32 24 21 24 22 19 22 24 ausentóse según informes unirse con 88 créese van 14 29 35 32 37 avisar cónsules 9 104. *Battle.*

(*Traducción:* Paquito Borrero ausentóse según informes unirse con Gómez. Créese van Haití. Avisar cónsules 9? Cabo Haitiano. *Verifique.*)



LXIV

Madrid, marzo 29 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

580 3944 3505 4177 4682 3098 6888 3505 5576 2302 3945 5451
1300 5541 5721 3965 1166 547 4453 4252 2329 6723 1266 388 4301
1382 7 6197 4193 2980. *Ministro de Estado.*

(Recibido a la 1½ tarde, 29 marzo 1895. Cont. el mismo día.)

LXV

Santo Domingo, marzo 29 de 1895.

(Nota No. 67, del Cónsul de España al Secretario de E. de Relaciones Exteriores, pidiéndole al Gobierno dominicano que impida las expediciones. Al mismo asunto se refiere la nota No. 42, del 28 de febrero 1895, del Cónsul mencionado.)

LXVI

Santo Domingo, 29 de marzo 1895.

Sr. General Miguel A. Pichardo,
Gobernador de Monte Cristi.

Mi querido Guelito:

Por falta de tiempo y a pesar mío no había podido corresponder a tu atenta carta personal del 13 de los corrientes, hoy hallado por la llegada de Don Telo, que es, auxiliar de tiempo para mí, puedo conversar un rato contigo aunque al través de la distancia.

¿Conque te gusta la causa revolucionaria de Cuba? Es a mi concepto como idea; así me gusta a mí y me alegraré mucho ver triunfar el sentimiento de los principios republicanos democráticos en todo el hemisferio Americano. Por eso presto mi óbolo a cualquier apóstol de esa doctrina, pero de ahí no paso, ni me dejo halagar por las simpatías que hacen al hombre apartarse de lo real y pasar a lo imaginario.⁽¹³⁴⁾

(134) Nuestro buen amigo don Arturo Rodríguez Objío, persona veraz, conoció a Martí en Monte Cristi. Las referencias que nos hizo el 13 de agosto de 1936, las recogimos en el siguiente apunte, relativo al Apóstol y a Guelito: "Llegó don Arturo a principios de febrero de 1895. Conoció a Martí sólo de vista. Una noche se encaminaba hacia su casa, cuando, al pasar por casa de



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Para nosotros es real, efectiva y positiva la situación que dirigimos, el principio que sostenemos y los intereses que fomentamos, además, tenemos en nuestras manos la herencia de nuestros mayores que nos obliga a conservar la buena doctrina.

En ese sentido, y apreciando los hechos que la historia de América nos enseña, debemos tener fe en los esfuerzos que se hagan para completar la obra de independencia en estas Antillas; por eso, no debiendo ser indiferentes a estos sentimientos los hago conocer de aquellos que buscan aliento a sus ideas en la opinión de aquellos hombres que, en identidad de circunstancias, habrían de consagrarse a la misma noble tarea.

Desgraciadamente ni tú ni yo estamos desligados de las responsabilidades del poder, y desde luego, por más vehemente que sea nuestro deseo de ver independiente a Cuba tenemos que circunscribir nuestra acción al límite de lo racional, teniendo en cuenta lo mucho que arriesgamos.

Así pues espero que sabrás identificarte con mi manera de proceder tanto más cuanto que, cualquier auxilio que le prestemos a los prohombres de esa causa es y será siempre desinteresado.

Como ellos han puesto en nuestras manos su suerte, digo así, porque son nuestros huéspedes y ellos confían en nuestra honorabilidad, dadas nuestras relaciones de franca amistad con España, debemos limitar nuestro cuidado a evitarles trastornos y peligros, pero en ningún caso asumir la responsabilidad que apareja el impartimiento de combinaciones que son enteramente extrañas a nuestra política y a nuestros conocimientos sobre el terreno en que habrán de verificarse. Por otro lado temo mucho que se malogre cualquier expedición que de esta República o de la de Haití pretenda salir, conozco perfectamente el litoral de toda la isla, conozco también la actitud de los representantes del Gobierno Español y los preparativos que en combinación con las autoridades de Cuba se han hecho.

La ausencia de Máximo y compañeros del país, pondrá en juego inmediatamente todas las combinaciones telegráficas convenidas de antemano.

Máximo Gómez, a cuya puerta se agolpaba numeroso público, oyó una voz electrizante. Se detuvo un momento; quiso continuar su camino por dos veces y dos veces tuvo que detenerse como si una mano armoniosa lo sujetara: hablaba José Martí. Una tarde, la última que pasó Martí en Monte Cristi, estaba don Arturo en el restaurant de don Antonio Illores, donde se reunía lo principal de Monte Cristi. Allí estaba el General Gueliro Pichardo. Conversaban cuando vieron llegar a Martí con César Salas y Angel Guerra. Gueliro se levantó de su asiento y fué a saludar a Martí y a los acompañantes. Juntos estuvieron cerca de media hora, sin que dejaran traslucir a los curiosos, que era aquélla la despedida. Tras el adiós y el apretón de manos se despidieron aquellos hombres. Cuando Gueliro volvió a la mesa en que le esperaban sus amigos no traía su inalterable serenidad: dió un fuerte puñetazo en la mesa y dijo: "¡Si yo no tuviera el compromiso que tengo con el General Lilié, me iría con esa gente!"



Convendrá pues, que se despidan francamente en uno de los vapores americanos pudiendo esconderse en el Cabo Haitiano o en las Isias Turcas hasta conseguir burlar la actividad del telégrafo o combinar un trasbordo en alta mar que impida poderles encontrar rastro.

Seguramente ellos no conocen la manera como están espíados, y afortunadamente, estoy en condiciones de servirles de Angel de Guarda, y a ti de consejero. No te aventures demasiado. Yo continúo haciendo lo que puedo e iré tan lejos como me lo permita mi posición.

Chuchú Aybar arreglará contigo los \$2,000 en la forma que gustes.⁽¹³⁵⁾ Consérvate bueno y manda como gustes a tu affmo. amigo, *Lilís*.

(Copiador de Oficios No. 45, folio No. 257.)

LXVII

Santo Domingo, marzo 30 de 1895.

Gobernador General, Habana.

6740 avisame 5831 y 5795 816 sacaron 6447 para Santiago Caballeros y esta Capital 1382 Paréceme 6761 para 4048 3812 verdaderas Extremo 1166. *Quintana*.

(Traducción: Heureaux avisame Máximo Gómez y Martí sacaron pasaporte para Santiago Caballeros y esta capital. Paréceme pretexto para ocultar direcciones verdaderas. Extremo vigilancia. *Verifíquese*.)

LXVIII

Santo Domingo, 30 de marzo 1895.

Sr. General Miguel A. Pichardo,
Gobernador del Distrito de Monte Cristi.

Mi querido Guelito:

Tus cartas del 18 y 20 de este mes son las que tengo el gusto de contestar.

Por la primera estoy en cuenta de la operación que tuviste necesidad de hacer por conseguir allí el dinero que con urgencia te pidió el amigo.⁽¹³⁶⁾

Conforme tus deseos para que no tengas dificultad encargo a Chuchú Aybar de darte la suma o un giro por su equivalente.

(135) Refiérese a su contribución para la expedición Gómez-Martí.

(136) Idem.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

En punto a la consulta que me haces sobre las listas que ha hecho formar el Jefe Comunal, debo decirte que esa Gobernación puede disponer que sean entregados al representante haitiano por el conducto de la Jefatura de Dajabón, pero en ningún caso podría ésta tomar sobre sí la responsabilidad de evacuar diligencia alguna de ese orden, sin la previa autorización del Despacho a tu cargo.

Por aquí no ocurre nada nuevo. Esperando que hayas podido penetrarte de mi carta autógrafa fechada el 29 de este mes me repito tuyo afectísimo amigo.

P. D. Bajo esta cubierta encontrarás el indulto de Juan Infante. Al Gobierno no le conviene que este sujeto venga a fijar su residencia en Dajabón, pero como a él debe convenirle más, vivir en Monte Cristi u otra cualquiera población de la República que permanecer en Islas Turcas, debe aceptar esta condición.

Sobre los asuntos de ganado te contestaré en la entrante semana, pero en interés de que puedas apreciar como han visto los habitantes del Sur la medida te remito las últimas cartas que tengo recibidas de aquella línea.

Las dificultades que se presentan en Dajabón son hijas de combinaciones locales de nuestros vecinos, y de los especuladores capitalistas de la plaza.

No conviniéndonos aumentar el número de dominicanos en Haití, inútil creo hablarte de lo que a ese respecto quiere Juancito Infante. Dile terminantemente que se indulta, pero que ni puede irse a Cabo Haitiano ni fijarse en Dajabón.

HEUREAUX

(Copiador de Oficios, folio 309.)

LXIX

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 115

Monte Cristi, 30 de marzo 1895.
(Rec. abril 9. Cont. mayo 22)

Sr. Cónsul General de España,
Santo Domingo

Señor:

Con fecha 19 d/c. dirigí a usted mi oficio No. 114 el que no dudo habrá recibido de conformidad.

Hoy me permito incluirle en este la cuenta de los diferentes telegramas contestados a usted y el último al señor Vice Cónsul de Puerto



DIPLOMACIA Y ESPIONAJE

Plata, el cual me exigió la contesta de uno que me puso con urgencia, preguntándome por 88 como verá usted por la cuenta inclusa hasta el 27 d/c. asciende a \$20.52 y le remito a la vez el certificado del Jefe de esta Estación de telegrafía.

En mi oficio No. 99 y de fecha 4 de octubre del año pasado dirigí también a ese consulado del digno mando de usted una cuenta, la cual ascendía a la suma de \$110.36 los que desearía se sirviera entregar en esa con los ya referidos \$20.52 al Sr. Don J. de Lemos dándome el aviso correspondiente.

Para que el servicio marche como corresponde y atender a la vigilancia necesaria de los jefes principales de la revolución de Cuba que se hallan en ésta, y que son 88 y 61, es preciso hacer varios gastos, como son los de encargar a una persona, que secretamente se esté ocupando de sus operaciones vigilando a dónde, cómo y de qué manera hacen luego sus entradas y salidas en ésta, y lo mismo emplear botes que puedan llegar a los vapores y goletas, con el individuo o individua que deba ocupar en esta vigilancia y diligencia, pues hasta la fecha, no me he atrevido a hacer grandes gastos, o ninguno atendiendo a sus instrucciones, y según me indicaba en su oficio No. 167 de fecha 17 de noviembre 94, así pues si no me autoriza hacer los gastos necesarios para al efecto nos los haré siguiendo sus instrucciones y quedando exento de toda responsabilidad.

El 88 y 61 ⁽¹³⁷⁾ continúan en ésta, pero me dicen que andan en diligencias de una ocasión para salir, en cuyo caso le daré aviso seguro de ellos por un parte telegráfico.

Dios guarde a usted muchos años y quedo a sus órdenes como siempre.

El Vice Cónsul de España,
ANTONIO ESPÍN

LXX

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 116

Monte Cristi, 31 marzo 1895.
(Rec. abril 9. Cont. mayo 22)

Señor Cónsul General de España en Santo Domingo.

Señor:

Con fecha de ayer oficié a usted bajo el número 115, y hoy le comunico lo que sigue:

(137) Gómez y Martí.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Acaban de decirme que estos señores cubanos han comprado una goleta del porte de 15 toneladas que era del señor John Poloney de ésta, dicha goleta tiene el pabellón Dominicano y que debía salir anoche con dirección a Islas Turcas, con objeto de cambiar el pabellón y hacerle poner el Inglés, y se supone que efectuado el cambio del pabellón pasará por ésta, no dudando sea de noche y con el fin de embarcar en ella el 83, y 61, quién sabe, si algunos más, para seguir rumbo que supongo será así a la Isla de Cuba.

La goleta como le llevo dicho es de 15 toneladas, se llama hoy *Mary Jobn*, tiene un palo largo y el otro bien corto pintado de blanco y en la proa tiene un adorno.

De pasar esta goleta por ésta a tomar los referidos individuos supongo será dentro de 8 a 12 días, así convendría, que los cañoneros en aquella costa, estén muy al tanto sin perder la vigilancia y llevándose de estos informes, por si resulta así.

Dios guarde a usted muchos años.

El Vice Cónsul de España,
ANTONIO ESPÍN

LXXI

Monte Cristi, abril 1 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

2912 2462 1419 29 2629 1712 29 1959 2129 2262 24 61 35 88
1912 1824 2619 3229 3512 1826 1911 29 1019 7 ½ 3224 1219 2629
1029. *Espín.*

Recibido 1 abril 1895, a las 2½ de la tarde.

(*Traducción:* Anoche a la una embarcaron Martí y Máximo Gómez en goleta inglesa de 7½ toneladas.)

LXXII

Santo Domingo, abril 1 de 1895.

Gobernador General, Habana.

Anoche se 3995 2460 5831 y 5795 816 en una 4684 5204 de 1409
855 3812 5386. *Quintana.*

(*Traducción:* Anoche se embarcaron Máximo Gómez y Martí en una goleta inglesa de 7½ toneladas dirección Haití. *Verifíquese.*)



DIPLOMACIA Y ESPIONAJE

LXXIII

Santo Domingo, abril 1 de 1895.

Gobernador General, Habana.

6740 confirma 388 5831 y 5795 816 6409 6127 Haití 3893 5653
espera 2805 5204 3812 5386. *Quintana.*

(A las 6 de la tarde.)

(Traducción: Heureaux confirma salida Máximo Gómez y Martí...
Haití... espera... *Verifíquese.*)

LXXIV

GOBERNACIÓN DE MONTE CRISTI

Oficio No. 89

1° abril 1895.

(Contestación a la Circular No. 47 del Ministro de Interior y Policía.
Le dice que sabrá "mantener siempre crecientes los deberes internacionales
con España".)

LXXV

Santo Domingo, abril 2 de 1895.

Cónsul Espagne, Port-au-Prince.

5831 y 5795 816 salieron para esa 5385 3995 2476 2805 3724 5386.
Quintana.

(Traducción: M. Gómez y Martí salieron para ésa... *Verifíquese.*)

LXXVI

Habana, abril 2 de 1895.

Cónsul español, Santo Domingo.

4142 5555 2020 6115 haya podido 4986 431 3996 4677 5886 5795
816 1384 6947 3876 ignorando si 4938 3495 2002 6127 4781 4938 816
realizóse 6642 5795 6197 826 pues segundo cablegrama hace dudoso
primer caso. *Calleja.*

(Recibido el 2 abril a las 7 noche.)



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

LXXVII

Santo Domingo, abril 3, 1895.

Gobernador General, Habana.

4569 por mar 4781 4938 816 1382 Allí esperábalos 2805 6409 dirirse 2992 2335 2668 2003 3044 2003 1382 2091 2316 5653 1412 y 1409 5137. *Quintana.*

LXXVIII

Santo Domingo, abril 5 de 1895.

Señor Don Prudencio Rabell,
Cónsul General de la República Dominicana en la Habana.

Estimado amigo mío:

Con marcada satisfacción he leído la interesante carta de V. fechada el 20 de marzo próximo pasado, en la cual correspondiendo a mis deseos, se apresura a darme conocimiento circunstanciado, de los trastornos ocurridos últimamente en aquella isla, los que gracias a la Providencia, no resultan de tal importancia que lastimen muy hondamente los intereses de España, ni la riqueza pública de esa importante porción de la tierra americana.

Deseo que de conformidad a sus maduras reflexiones todo termine en el más corto tiempo posible, y me hago el deber de participarle que el día primero de este mes fui avisado por el Gobernador de Monte Cristi, que los señores José Martí y Máximo Gómez se habían ausentado de aquel Distrito, sin haber podido averiguar el rumbo que tomaron.

Aquí, en todo lo que ha entrado en el radio de nuestras facultades, hemos ayudado al Sr. Cónsul de España, y así continuaremos mientras sea necesario.

Tenga la bondad de escribirme detalladamente, mientras dure la persecución del Gobierno a los revoltosos, en la seguridad de que le estimaré debidamente esa benevolencia.

En punto al caballo debo decirle, que intencionalmente omití los datos que desea; pero, estimándolos usted indispensables, voy a dárselos.

Los colores de preferencia en esa clase de monturas son los enteros, y entre éstos, es decir, entre el negro, el melado o bermejo y el rucio blanco, es preferible este último color.

La alzada debe ser de siete cuartas a lo menos, cascos duros, paso castellano, bien domado, obediente a la rienda, cuello arqueado sin embarbar sobre el pecho y que no tenga más de siete años.



Al hacerlo probar tenga la bondad de observar, si la espuela no le hace corcovear, así como si no mueve la cola de un lado a otro, porque estos defectos son por aquí imperdonables.

La raza puede ser pura andaluza o mixta, lo esencial es que el que usted elija sea de sangre y que se acerque lo más posible a las condiciones que a la ligera le dejo consignadas.

Sin motivo para más y con gracias anticipadas por las molestias que le causo, me repito de usted,

Afectísimo amigo,

HEUREAUX

(Copiador de Oficios, folio 357.)

LXXXIX

Santo Domingo, 6 de abril, 1895.

Señor Don Prudencio Rabell,
Cónsul General de la República Dominicana en la Isla de Cuba,
Habana.

Estimado amigo mío:

No obstante haberle escrito ayer vuelvo a tener este gusto para acompañarle en copia los telegramas recibidos de las residencias principales de los cubanos en el Cibao, a fin de que usted pueda evidenciar cuál ha sido mi interés por seguir paso a paso las diligencias que hicieran en sentido hostil a España.

Desgraciadamente mis esfuerzos no pudiendo traspasar los límites de nuestras instituciones han resultado estériles en el sentido de impedir que Máximo Gómez se embarcara, toda vez que las representaciones de España en esta República, demuestran no haberse penetrado bien del papel que desempeñan.⁽¹³⁸⁾

Con una fiscalización enérgica en Monte Cristi, habría sido imposible que dicho sujeto pretendiera moverse sin que el Gobernador hubiera tenido base por parte del representante de España para obrar sin tener que dirigirse a mí, aunque hubiera aparecido arbitrario el medio escogido para impedir la fuga.

Le hago todas estas explicaciones para que usted sepa cuál es el predicamento en que me encuentro respecto de los intereses de España en el país, donde sirve usted los de esta República.

⁽¹³⁸⁾ Maliciosamente, Liliís le atribuye la responsabilidad del hecho a las autoridades españolas.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Si contrariamente a las apreciaciones de usted y a las creencias mías, las cosas tomaren allí carácter de seriedad, le ruego disponer que los señores Cónsules de su dependencias al librar pasaporte para esta República, den cuenta a usted de la clase de personas a quien lo hacen, para que usted a su vez tenga a bien informarse sobre el particular y así saber con quién tiene uno que habérselas.

En todo esto busco la manera de corresponder a las excelentes relaciones de leal amistad que unen a mi Gobierno con el de España, y por lo tanto espero que penetrado usted de este propósito, se apresurará a dejar satisfechos mis deseos, pasando a los señores Cónsules la circular a que he hecho referencia.

Después de lo dicho, réstame solamente autorizar a usted para que se aviste con el señor Capitán General y le ofrezca en mi nombre sus servicios y las seguridades de las buenas disposiciones mías y de mi Gobierno para todo lo que se relacione con los intereses de España.

Y si de estos ofrecimientos resultase que el señor Capitán General quisiese servirse de usted como intermediario confidencial entre él y yo, queda usted también autorizado a complacerle en ese sentido.

Sin motivo para más y con expresiones de buena amistad, me repito de usted atto. S. y amigo,

HEUREAUX

(Copiador de Oficios No. 45, folio 382.)

LXXX

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 120

8 de abril, 1895.

(Rec. 16 abril. Cont. 22 mayo.)

Señor Cónsul General de España en Santo Domingo.

Señor:

Recibí su oficio No. 64 de fecha 20 del pasado, en el cual me reitera la mayor economía y vigilancia en el servicio lo que no puedo hacer como debía, por hallarme tímido, en hacer gastos, pero a fines del mes pasado, me vi en el caso de pagar a un hombre marino para que vigilara si embarcaba como tal el 88 y 61, por cuyo motivo fué, que le puse el telegrama



con fecha 1° del corriente, y que no dudo comprendería, y se refería a decirle que embarcaron el 31 en la noche en una goleta inglesa, de 7½ siete y media toneladas, los referidos 88 y 61, supongo que éstos salieron con dirección a la Isla de Cuba o a una de las islas más cercanas a propósito para poder hacer su entrada en la referida Isla.

Con respecto a sus observaciones que tiene a bien hacerme relativo a los pasaportes que deben expedirse a los individuos que desean marcharse a Cuba o Puerto Rico obraré de acuerdo con sus instrucciones y también con las del Sr. Gobernador de ésta con quien ya estoy entendido, y es como le decía a usted en mi oficio No. 113 de fecha 19 del pasado.

De los demás puntos de su oficio he tomado buena nota y seguiré sus instrucciones.

Dios guarde a usted muchos años y quedo de usted S. Sr. Q.B.S.M.

El Vice Cónsul de España,

ANTONIO ESPÍN

LXXXI

Santo Domingo, 18 de abril de 1895.

Sr. General Miguel A. Pichardo,
Gobernador de Monte Cristi.

Mi querido Guelito:

Tu carta del 8 de este mes vino a mis manos a debido tiempo y solamente por las ocupaciones de estos días, he retardado hasta hoy el gusto de corresponderla.

He tomado buena nota de cuanto me dices respecto del viaje del General Máximo Gómez, y celebro que tuvieras la previsión de poner a conocimiento del Vice-Cónsul Español el aviso que tuviste de que había burlado tu creencia de salir para Santiago.

No obstante la circular del Ministro de lo Interior quiero recomendarte directamente tomar empeño en que allí no se fragüe ningún proyecto de expedición, ni que nuestra gente tome parte en esos asuntos.

Emilio Reyes haciendo alarde de los desaciertos comunes en su carácter ha escrito a Moca provocando la formación de Clubs revolucionarios que auxilien la causa cubana económicamente y eso es de señalada trascendencia para nosotros.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

En la imposibilidad de hacer otra cosa ordenarás a este caballerito que se traslade a Santiago y así te quitarás de encima el trabajo de seguirle los pasos, para que no continúe en ese camino.

Estamos en condiciones de no dar motivos de queja a España, y la tolerancia oficial de esos trabajos nos habrá de producir lo contrario de lo que necesitamos.

El martes 16 de los corrientes llegó a este puerto el Ministro francés acompañado del Comandante en Jefe de la División Naval Francesa del Atlántico, Almirante Fournier.

Después del ceremonial de costumbre se han declarado restablecidas las relaciones diplomáticas entre las dos naciones y ahora nos ocupamos en los detalles consiguientes a este arreglo.

Parece que el Ministro francés está bien impresionado y espero que esta circunstancia permitirá que todo termine cordialmente.

He tomado nota de lo que me dices de Rafael Rodríguez y te ruego conlleva las cosas hasta encontrar un medio de evitar los inconvenientes.

Por aquí no ocurre novedad mantente bueno y cree en el buen afecto de tu amigo,

HEUREAUX

(Copiador de Oficios No. 45, folio 509.)

LXXXII

VICE CONSULADO DE ESPAÑA
EN MONTE CRISTI

Núm. 122

Monte Cristi, 18 de abril 1895.

(Rec. abril 23. Cont. 22 mayo)

Sr. Cónsul General de España,
Santo Domingo.

Señor:

Me refiero a mi oficio No. 120 de fecha 8 de abril, y no tengo ninguna de usted a qué hacer referencia sólo participarle lo siguiente:

Hace unos cuatro días, llegó a ésta la goletica en la cual se embarcaron y salieron de ésta como le participé anteriormente los individuos que ya conoce 88 y 61 o sean Máximo Gómez y José Martí, que efectuaron su embarque el 31 del pasado, ahora al llegar la goleta mandé a



un individuo marinerero que fuera no como cosa mía a informarse de cuanto pudiera referente a los mencionados individuos, a dónde fué la goleta, cómo y de qué manera, siendo las noticias que tuve así. Que frente a la Isla de Cuba parece que un vapor de guerra español, que se hallaba a gran distancia de la goleta, se dirigió hacia ella, y el capitán que la mandaba, un inglés llamado Bastián al notar esto, hizo su rumbo hacia Inagua, isla de Las Bahamas, a donde dice desembarcaron los que ya dicho 88, 61 y también el referido capitán de la goleta la cual llegó a ésta con una tripulación diferente, añadiendo a la vez que lo que le llevo dicho, que estuvo muy próximo a cogerla el vapor, cuando tenía adentro de su bordo los ya indicados.

El sábado 13 recibí un parte cablegrama del señor Cónsul general de España de Puerto Príncipe (Haití) en el cual me decía que el gobierno deseaba a la Habana tener noticias seguras de si se encontraban en ésta el 88 y 61 a dicho cablegrama contesté diciendo "ninguno en ésta".

Ahora como usted me tiene dicho que no haga gastos y que economice cuanto yo pueda, puede ver que se presentan casos que son indispensables y que si usted me dice que no puede arreglar los gastos, sólo los que ocurran por su orden me será difícil recuperarlos de 2 partes, así deseo me participe si puedo dirigir las cuentas, sólo a ese Consulado aunque también veo, la dilación que tienen el arreglo o pago de ella, lo que no desearía que resultare así todo por la escasez de fondos.

No tengo más nada de importancia que pueda comunicarle por hoy y lo haré si se presenta algo de nuevo. Dios guarde a usted muchos años.

El Vice Cónsul de España,
ANTONIO ESPÍN

LXXXIII

Santo Domingo, 25 abril de 1895.

Sr. General Miguel A. Pichardo,
Gobernador de Monte Cristi.

Mi querido Guelito:

Tus cartas de los días 15 y 17 de este mes, así como la última que confiaste a Cristóbal, están en mi poder.

De todas me he impuesto con el interés de costumbre, y te agradezco los detalles que me das sobre el viaje de Máximo Gómez y la llegada a



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

ésa de la goleta en que salió. Esos detalles me han servido para algo en mis relaciones con España y ahora solamente aguardo trazar el camino que habremos de seguir para ordenarte lo que debes hacer con la goleta.

Como te avisé por telégrafo tus cuentas quedaron arregladas con Nebot.

Siento solamente que no aprovecharas esa ocasión para venir por acá, así habríamos pasado algunos días juntos.

Bajo esta cubierta encontrarás el recibo de saldo.

Por aquí no ocurre novedad.

Mantente bueno y cree siempre en el afecto de tu amigo,

HEUREAUX

(Copiador de Oficios No. 45, folio 569.)

LXXXIV

Santo Domingo, agosto 26 de 1895.

Sr. General D. Ulises Heureaux,
Presidente de la República y Pacificador de la Patria, Palacio ⁽¹³⁹⁾

Mi respetable amigo:

Para obsequiar los deseos de usted que son cariñosas órdenes terminantes para quien envuelve como debo los hidalgos sentimientos que respecto a España le tenemos, me comprometo solemnemente a no dar cabida en las columnas del diario que dirijo a ningún artículo o producción literaria que encierre una ofensa para la Nación Española ni contra sus representantes en las Antillas. La redacción del *Listín Diario*, periódico de información, se ceñirá en lo adelante, al tratar sobre la actual guerra de Cuba a dar las noticias que respecto de esas gueras publiquen los periódicos españoles y de las demás naciones civilizadas y si alguna producción pública de propia cosecha o tomándola de otro periódico nacional o extranjero, será artículo puramente doctrinario trazado o escrito, con las formas

(139) Es una copia de la carta del Director del *Listín Diario*, pésimamente hecha por el Cónsul español Lozano, por lo que hay algunos párrafos casi ininteligibles. Junto con dicha copia hay una nota manuscrita de Lozano que dice: "La presente carta fué como respuesta que me dió el Sr. Presidente, General Heureaux, para vindicar la conducta (que de palabra le denuncié) del Dr. del periódico el *Listín*. A pesar de todas esas protestas continúa el tal periódico publicando, de propia y ajena cosecha, cuanto pueda molestar y ofender a España y favorecer en cambio a los insurrectos con motivo de la cuestión de Cuba, por todo lo cual, he vuelto a hacerle denuncia. Santo Domingo, 2 de enero 1896.—FCO. LOZANO."



más corteses del más estricto derecho y tal y tan respetuoso y correcto, que el más exigente de los escritores españoles que en la libertad ajena respeto la propia libertad, no por echarlo a mala parte y sólo atribuido al amor de un principio sagrado que en España, en América y en el universo entero, mueve todos los nobles corazones.

Así obraré en lo sucesivo y la redacción entera de mi diario, para complacer a usted soportará en silencio y en perenne agonía los insultos y diatribas que a diario y con terrible insistencia dirige el señor director de el *Heraldo Español* a mi periódico, a la República Dominicana, a la cual ha pintado y pinta como un servil agente policíaco de España y a la América entera a quien vilipendia impunemente en la forma más indecorosa y audaz.

Usted estimado señor Presidente y amigo mío sabe como todo el mundo, que en toda la República Dominicana los mismos que sustentaban principios contrarios a las instituciones monárquicas amaban como aman a España en cuyas glorias nos hemos mirado siempre como en propio espejo y a cuya grandeza hemos considerado y consideramos aún como grandeza de toda la América latina, y si hay hoy quien en este país piense, sienta y obre de distinto modo, se debe, como a usted se le ha alcanzado ya a las insanias y ataques virulentos de un periodiquillo descomedido e irreflexivo, de el *Heraldo Español*, que se dice defensor de los intereses de su nación en un pueblo que no ataca ni ha atacado a España y a la cual tiene el señor director de el *Heraldo* como arma defensiva y ofensiva para defenderse y ofender con ella en todos los lances personales que a cada paso le proporciona su carácter atrabiliario y disociador, que ya han reprobado los miembros más honorables de la apacible y laboriosa colonia española de esta República: El *Listín Diario*, como tuve ocasión de decir al mismo señor Cónsul de España, señor Domínguez, no es el que perjudica los intereses españoles en este país, es por el contrario, el *Heraldo Español* que va a menudo a buscar en el fondo de las conciencias, con miras que se alcanzan, a ver sentimientos y opiniones que no se han comprado para ferir y maltratar a gente apacible y prudente queriendo probar que es necesario la defensa puesto que existen sentimientos adversos a los suyos. Peregrina invención de un cerebro enfermo que quiere a todo trance medrar y riñendo contiendas donde no hay ni gigantes ni molinos de viento siquiera.

Disponga usted de mí, estimado General y amigo y créame su S.S. y amigo,

Q.B.S.M.

ARTURO S. PELLERANO ALFAU,
Director del *Listín Diario*



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

LXXXV

Santo Domingo, agosto 30 de 1895.

(Circular del Ministerio de Interior y Policía prohibiendo la propaganda y ayuda a Cuba. *Gaceta Oficial*, S.D., No. 1097, 31 agosto 1895.)



PAGINAS Y APUNTES DIVERSOS

MARTI EN LA PRENSA DOMINICANA

I

Para la prensa dominicana, especialmente la de Santo Domingo, Santiago y Monte Cristi, Martí no fué nunca un extraño. Siempre se refirió al Apóstol con viva simpatía, aunque con la parquedad que exigían las circunstancias y el carácter de sus actividades, tan inquietantes para los Cónsules de España en la República. Desde la *Revista Científica*, que le dió a conocer en 1883, hasta *Letras y Ciencias*, que desde 1892 fué su vocero dominicano, que tantas veces le consagró sus páginas, nuestra prensa le rindió siempre los homenajes dignos del gran escritor, primero, y luego del elocuente agitador político.

A continuación se recogen, únicamente, los sueltos noticiosos alusivos a Martí, de la citada prensa, y se omiten otros escritos que figuran en otras partes de esta obra:

Listín Diario, Santo Domingo, septiembre 17 de 1892:

Sea bienvenido. El caballero don Federico Henríquez y Carvajal recibió antier—y tuvo la cortesía de comunicárnoslo—un telegrama de Santiago de los Caballeros concebido así: *José Martí saludará amigos queridos diez y siete.* De un momento a otro, pues, estará en esta capital el notabilísimo orador y distinguido literato y poeta cubano cuyas producciones son tan celebradas entre nosotros. Dámosle la bienvenida.



El Eco de la Opinión, Santo Domingo, septiembre 17 de 1892:

Bienvenido sea! Según telegrama que tenemos a la vista, el que ha sido enviado de Santiago y concebido en los términos siguientes: "*Federico Henríquez y Carvajal, José Martí saludará amigos queridos diez y siete.*"

De hoy a mañana estará entre nosotros el atildado escritor y conocido escritor cubano Lic. don José Martí, honra de la tribuna hispanoamericana.

Para los que conocen al que será en breve nuestro huésped, nada significa hacer el bosquejo de su importante personalidad; pues ella de por sí goza de indisputable fama, no ya en los círculos literarios de América, sino en los de Europa, entre los cuales cuenta con célebres amigos; pero para los que hasta ahora no hayan podido apreciar suficientemente las dotes intelectuales de tan ilustrado señor, basta saber que sin que en ello haya la menor idea de apreciar más de lo que en sí encierra esta entidad cubana, puede considerársele como el estilista de los giros inimitables, de los pensamientos encumbrados, de las ideas santas, por verter todas ellas los suspiros de la libertad cuando la ve encadenada, o sus gritos de entusiasmo cuando la mira majestuosa y sonreída recogiendo sus laureles.

El señor Martí es uno de los literatos de más originalidades en el lenguaje por sus briosas imágenes, el poeta de la prosa, que ha ensalzado los poetas de este suelo, y sus escritores, y sus héroes y todo lo grande y bello que ha concebido esta tierra de Quisqueya.

De hoy a mañana estará entre nosotros tan ilustre huésped.

Al presentarse la augusta fecha del descubrimiento de América—la que nos preparamos a festejar con toda la pompa que ella requiere—, bienvenido sea el ilustrado orador, pues tomará parte en la velada magna que en ese día se verificará.

¡Ojalá que así suceda para más esplendor!

Para aquellos que aprecian la libertad, basta decir que el señor Martí es uno de los cubanos que más ha hecho por Cuba libre; el que en concepto del ilustrado Valdés Domínguez, "es en la tribuna valeroso defensor de los derechos de todos los pueblos esclavos, y en la emigración azótol de los nobles empeños que ha escrito luminosas páginas en la historia cubana dejando gloriosa corona sobre la frente de tantos mártires".

¡Saludamos una vez más al distinguido huésped!

Listín Diario, Santo Domingo, septiembre 22 de 1892:

Grata visita. En el local de la sociedad "Amigos del País", recibió la "Junta Popular" la honrosa visita del elocuente orador i galanc escritor cubano don José Martí, quien de tránsito por esta ciudad, fué presentado



por don Federico Henríquez i Carvajal a sus amigos allí reunidos, con frases benévolas y afectuosas. La recepción tuvo lugar el 18 en la noche; fué cordialísima i llena de seductor encanto. El salón i las piezas contiguas, estaban repletos de gente, ansiosa de ver i oír a lfecundo orador.

El presidente de la Junta, señor Pichardo, a nombre de ella, con palabra fácil i elocuente, dió la bienvenida al ilustre viajero, que de antemano tenía conquistados purísimos afectos en el seno de la familia dominicana, por las energías de su alma, en sus potentes luchas de Apóstol i escritor.

El señor Martí, contestó con esa elocuencia avasalladora, característica en él, discurrendo sobre el tema fecundo y simpático de los puros afectos del alma; pobló los recintos de aquel salón con la luz i la armonía que despedían preciosísimas ideas, ataviadas de galana forma, i de arrobador encanto, vestidas de sus elocuentes labios como puras emociones de un corazón grande y generoso. Manifestó su tierno agradecimiento por las pruebas deferentes de fraternal cariño con que ha sido distinguido por el pueblo dominicano, desde el momento en que pisó su hospitalaria tierra.

Que con marcada predilección había visitado las regiones de la Vega Real, donde dominó el infortunado Guarionex; i que se proponía hacerlo también, con las que fueron mudas testigos del arrojio sin igual y amor a su raza del infeliz Enriquillo, de cuyos pechos se escaparon los últimos tristes suspiros por la libertad pérdida.

En esta parte de su discurso aludió al señor Galván, con motivo de su precioso libro titulado *Enriquillo*.

Terminada su discreta i elocuente palabra, ruidosísimos aplausos saludaron al insigne orador.

La autorizada voz del señor Galván, enérgica i fascinadora como siempre, se dejó oír para significar al ilustre huésped el agradecimiento de la familia dominicana por sus afectuosas i deferentes frases, deseándole éxito completo al ilustre apóstol de redentora idea.

El doctor señor Francisco Henríquez i Carvajal, a nombre de la sociedad "Amigos del País", ofreció al señor Martí—en conceptuosa improvisación—un tomo de las poesías del malogrado vate dominicano Manuel Rodríguez Objío, obsequio a que correspondió el señor Martí con promesas de grato recuerdo para la "Amiga del País", i de estímulo alentador para la poesía americana.

Debiendo seguir viaje esa misma noche el señor Martí, la despedida fué cordialísima; embarcóse horas después con destino a Barahona, vía escogida para seguir su ruta; la que le deseamos gratamente feliz, llena de las más puras i tiernas impresiones para el peregrino ilustre. (Reproducido en *El Eco de la Opinión*, S.D., septiembre 24 de 1892).



El Teléfono, Santo Domingo, octubre 2 de 1892:

José Martí. Este ilustrado americano, insigne orador, honra de Cuba y gloria de América, visitó esta antigua ciudad del nuevo mundo que le recibió entusiasta y con las demostraciones que merece el tribuno eximio, monarca de la palabra.

En una reunión a la que fué invitado el apóstol proscrito, y que se celebró en los salones de la sociedad "Amigos del País", oímos la palabra autorizada de Martí; sus palabras son perlas, sus conceptos brillantes arroban el espíritu; pensador profundo, es, a la vez, el artista del sentimiento que arrebató y convence.

Dos días estuvo entre nosotros; luego la nave le condujo a otra parte donde va a cumplir su misión de apóstol proscrito.

Letras y Ciencias, Santo Domingo, diciembre 31 de 1892:

Patria. De la cariñosa acogida que tuvo entre nosotros el cubano ilustre, nuestro amado huésped, don José Martí, da noticia el órgano de propaganda de la noble causa redentista. I lo hace—transcribiendo íntegro el artículo *José Martí*, de nuestra edición 14^a—en los cordiales párrafos que a la letra se copian en seguida:⁽¹⁴⁰⁾

"*En Santo Domingo.* A lo que Santo Domingo hizo en honor de nuestra patria, en la persona del Delegado que hoy representa, por el voto de sus conciudadanos, todo lo que se ve de la patria libre, todo lo que queda con voz, recordando y esperando, de la guerra pasada, damos, por íntima gratitud, el puesto de preferencia merecido por hospitalidad culta y franca, la hospitalidad de las Antillas, que cuenta en lengua bella, y con fuego de hermano, en la primera revista literaria del país, en *Letras y Ciencias*, el americano cordial que, desde aquel grandioso río Ozama, tiende los ojos sin cesar por lo que en el Continente hay de nuestro, y predica, con su vida y con sus palabras, el Evangelio de la familia. Y por él se verá cómo se quieren Santo Domingo y Cuba: de cómo quiere Cuba a Santo Domingo, ¿qué más muestra que el discurso de enamorado en que el Delegado del Partido nos contaba, uno a uno, los méritos de aquellos hombres? Les hacíamos instintivamente, aquella noche, espacio a nuestro lado."⁽¹⁴¹⁾

Cuba tiene el suyo, eminente, en nuestros anhelos de archipiélago antillano libre y civilizado y humano—como de siglo XX—a modo de archi-

(140) Refiérese al artículo de don Federico Henríquez y Carvajal publicado en *Letras y Ciencias*, No. 14, del 30 de septiembre de 1892, reproducido en otra parte de la presente obra.

(141) Este párrafo, de Martí, apareció en *Patria*, del 7 de noviembre de 1892. Figura en el libro de Martí, *Trincheras de papel*, La Habana, 1945.



piélago helénico. Martí tiene el suyo, fraternal, en nuestro espíritu y en nuestro hogar dominicano.”

La Prensa, Santiago de los Caballeros, febrero 15 de 1895:

Viajeros llegados. General Máximo Gómez, J. Martí, General E. Collazo, ayer, de Monte Cristi. (Viernes.)

La Prensa, Santiago, febrero 16 de 1895:

Viajeros llegados. General F. Borrero, Julio de Peña, anoche, de Puerto Plata. (Sábado.)

Listín Diario, Santo Domingo, febrero 22 de 1895:

El día 14 de los corrientes llegaron a Santiago, procedentes de Monte Cristi, el General Máximo Gómez y don José Martí, reputado orador cubano.

Listín Diario, Santo Domingo, febrero 26 de 1895:

Publícanse las primeras noticias de la guerra de Cuba.

Listín Diario, Santo Domingo, marzo 9 de 1895:

El lo sabrá! El *New York Herald* dice que don José Martí y el General Máximo Gómez son los jefes de la actual insurrección de Cuba y que ambos se encuentran en aquella isla.

Listín Diario, Santo Domingo, marzo 30 de 1895:

Desde ayer corre de boca en boca en esta ciudad la noticia, como muy cierta, de que el General Máximo Gómez, José Martí y José María Rodríguez (a) Mayía, han desembarcado en la isla de Cuba, valiéndose de un pequeño bote salvavidas. Otros aseguran, por el contrario, que estos señores están muy tranquilos en Monte Cristi.

Ignoramos lo que haya de cierto sobre el particular, pero trataremos de indagarlo para llevarlo a conocimiento de los numerosos lectores del *Listín*.

Listín Diario, Santo Domingo, abril 3 de 1895:

Se informa que Gómez y Martí salieron con rumbo desconocido.



La Prensa, Santiago, abril 9 de 1895:

Máximo Gómez. El General Gómez y el notable agitador señor José Martí han partido de Monte Cristi para Cabo Haitiano. Se dice que allí o en Jamaica los tomará un buque inglés para trasladarlos a la guerra de Cuba.

Listín Diario, Santo Domingo, abril 10 de 1895:

Hace cuatro o cinco días que se viene diciendo que el General Máximo Gómez y don José Martí habían desembarcado en la isla de Cuba, pero personas que nos merecen crédito nos aseguran que estos señores al salir de Cabo Haitiano se dirigieron a los Estados Unidos a uno de cuyos puertos llegaron ayer.

La Prensa, Santiago, abril 23 de 1895:

Antonio Maceo. Hizo su desembarco Antonio Maceo por la costa oriental con veintiún jóvenes expedicionarios, entre los cuales iba el joven Chepín Arzeno, de Puerto Plata.

El viernes de la semana antepasada desembarcaron Máximo Gómez y José Martí. El General Gómez fué proclamado General en Jefe. Se trata de organizar un gobierno provisorio con Martí como Presidente. (Las primeras noticias de la llegada de Gómez y Martí a Cuba, publicadas en *Patria*, N. Y., aparecieron en su edición del 15 de abril. En la edición del 20, figura el artículo *Los dos generales*, alusivo a ambos próceres.)

Listín Diario, Santo Domingo, mayo 2 de 1895:

Una de tantas bombas. Sin duda el telegrama que *diz que* se recibió de Cabo Haytiano diciendo que el Generalísimo Máximo Gómez y don José Martí estaban allí en casa del doctor Dellundé. sería como *aquél del corresponsal directo* (sic) de La Habana, pues precisamente poroue corrió esa *bomba*, un respetable señor de esta capital telegrafió a Cabo Havtiano preguntando al referido doctor si era verdad que Gómez y Martí estaban allí y aquél contestó—hemos leído la contestación—que no estaban allí, y algo más, que nos permite asegurar de nuevo que desde el Viernes Santo esos señores se encuentran en Cuba, a despecho de lo que digan los interesados en sostener con mentiras lo contrario.

Listín Diario, Santo Domingo, mayo 18 de 1895:

Publícase el Manifiesto de Monte Cristi.



Listín Diario, Santo Domingo, mayo 22 de 1895:

Primeras noticias de la muerte de Martí.

Listín Diario, Santo Domingo, junio 8 de 1895:

Publicase la carta de Martí a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, del 16 de abril de 1895.

(Desde el 22 de mayo la prensa dominicana discute con la prensa de la Colonia española la veracidad de la noticia de la increída muerte de Martí. Mediando junio, después de muchos días de angustioso litigio, acepta la dolorosa verdad.)

II

De 1892 a 1895, años que comprenden los tres viajes de Martí a la República, había en el país numerosos periódicos, casi todos consagrados a la causa de Cuba desde que se inició la Revolución de Martí—como ha sido llamada justamente por Emilio Roig de Leuchsenring—, guerra en que Máximo Gómez conquistó el dictado de Libertador.

En 1892 había en la ciudad de Santo Domingo, unos diez periódicos:

El Album, quincenario.

Revista Jurídica.

El Magisterio (aparecido en marzo).

Las Noticias (aparecido en agosto).

El Mercurio Comercial.

Letras y Ciencias. La admirable revista literaria de los hermanos Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, consagrada a Martí, en tantas ocasiones.

El Eco de la Opinión. Periódico doctrinario de Francisco Gregorio Billini, a quien Martí le dedicó su primera página dominicana. Circuló en 1879-1899.

El Teléfono (1883-1899).

Listín Diario. Durante más de medio siglo el más importante vocero de la República; uno de los más resueltos ada-



lides de la causa de Cuba. Su director, don Arturo Pellerano Alfau, fué grande amigo de Máximo Gómez, de quien recibió largas cartas acerca de la guerra, las que insertaba en su periódico. En la edición número 1869, del 2 de septiembre de 1895, se publicó una Circular del Ministerio de lo Interior y Policía interino Braulio Alvarez, recomendando a las autoridades no permitir acto alguno que pudiese "causar agravio a la seguridad de España". El *Listín* ofreció acatar la orden a condición de que *El Heraldo*—el periódico de los españoles de Santo Domingo—dejase de atacar a los cubanos residentes en la República y a Máximo Gómez y a los demás dominicanos simpatizadores de la causa.

La página literaria *Los Lunes del Listín*, se inició con el número 1994, del 3 de febrero de 1896. En febrero de ese año el director del *Listín Diario*, don Arturo Pellerano Alfau, fué encarcelado por su campaña en favor de Cuba y suspendido el periódico. Salió entonces, el 26 de febrero de 1896, con el título de *El Diario*. Recuperó su nombre el 11 de marzo del mismo año. Titulaba sus noticias, con grandes caracteres, *La Guerra Santa de Cuba*. Una crónica de *El Montecristeño*, de una velada celebrada en beneficio de las familias cubanas, reproducido en el *Listín Diario*, del 1º de septiembre de 1897, dió lugar a una nueva queja del Cónsul de España al Gobierno dominicano, elevada el 3 de septiembre de dicho año. Era un problema permanente para las autoridades dominicanas, que afrontaban sin pena porque en todos había hondas simpatías por la causa cubana. Casi todos los periódicos citados dieron noticias de la visita de Martí a Santo Domingo en septiembre de 1892. Casi todos, también, los que alcanzaron al año 1895, se hicieron eco de la increíble muerte de Martí.

En la última década del pasado siglo circulaba en Santo Domingo *El Heraldo Español*, de J. Díaz Valdeparés, "periodista de cortante pluma, que dedicaba sus alientos a defender al partido de España en la guerra de Cuba", y *El Correo de Cuba*, "de igual tendencia", de Germán Gonzales de las Peñas.



El Heraldó Español tuvo un eclipse y reapareció en agosto de 1895. Sus ediciones *Sábados del Heraldó*, eran dirigidas por Andrés Julio Montolío. En 1896 surgió el interdiario *La Correspondencia de Santo Domingo*, que ofrecía un servicio telegráfico directo acerca de la guerra de Cuba.

Entre los periódicos de Santiago de los Caballeros, se contaban en el período 1892-1895:

El Album.

El Día. Dirigido y redactado por don Ulises Franco Bidó, amigo de Martí. Apareció el 11 de julio de 1891.

La Prensa (1892-1897). Dirigido por Pedro M. Archambault y José Joaquín Hungría, amigo de Máximo Gómez. Existía en 1893. En 1895 publicó diversas noticias acerca de Martí. En la sección *Directorio general*, desde 1893 hasta el 5 de enero de 1894, figura Máximo Gómez como *Plantador de tabaco en La Reforma, Guayacanes*.

En 1894, circulaban en Santiago *La Prensa*, *El Día*, *La Pluma*, *Las Noticias*, *El Filántropo*, *La Agricultura*, *El Boletín Municipal*.

No hemos logrado ver los periódicos de Monte Cristi del período 1892-1895, ni menos saber si de ellos existe alguna colección. Lástima grande. Casi todos los periodistas de la ciudad del Morro fueron amigos de Martí y grandes y vehementes simpatizadores de la causa de Cuba. Cubanos, puertorriqueños, dominicanos, compartíanse la fervorosa labor. Entre los principales voceros de la villa se contaron:

El Obrero. (Apareció en 1892). Dirigido por F. Xavier Amiama Gómez.

El Pacificador. En compañía de Luis Bernard lo dirigía en 1891 el periodista cubano Santiago Massenet, amigo de Martí, quien le visitó en 1892.

El Republicano. Apareció hacia 1892, dirigido por el periodista y poeta puertorriqueño Francisco Gonzalo Marín y por el periodista Santiago Massenet. Dedicóse a defender la



causa de Cuba. El infortunado Gonzalo Marín, muerto en la manigua cubana, fué grande amigo de Martí, quien habló de él en *Patria*, con vivo encomio: “la plática airosa y bravía de Francisco Gonzalo Marín” (14 marzo, 1892); “elocuencia elegante y ardorosa el puertorriqueño Francisco Gonzalo Marín” (28 marzo, 1892); “Francisco Gonzalo Marín, en bravo y artístico arranque, dijo, en nombre de aquellas almas apretadas, lo que, por la cercanía de estas columnas al Delegado, no puede decir *Patria*” (1º noviembre, 1892).

El Montecristeño. Periódico de interés general. Redactor-propietario Emiliano I. Aybar. En 1894 existía, dirigido por Emiliano I. Aybar. Circulaba en 1894-1895. En edición de julio de 1895, apareció el artículo de Cristino Zeno que figura en el apéndice de la presente obra. El periódico fué suspendido, por orden del Gobierno, por su campaña pro Cuba, en noviembre de 1895. Por las mismas causas fué suspendido, en la misma fecha, *El Porvenir*, de Puerto Plata. En la edición número 53, del 11 de agosto de 1894, se inserta una carta del general Gómez a Ml. de Js. de Peña y Reynoso, acerca del proyecto de estatua a Duarte. En la edición número 54, del 1º de septiembre de 1894, hay un artículo de Máximo Gómez, *Obra de Justicia, Duarte*, acerca del citado proyecto de erección de estatua al Padre de la Patria. La edición número 94, del 13 de septiembre de 1895, que tenemos a la vista, contiene un largo e interesante artículo de J. D. Landrau, *Beligerancia cubana*; un suelto acerca de la guerra en que habla del “resucitado general Gómez”; y, además, anuncios del gobernador Pichardo; del presidente del Ayuntamiento de Dajabón, Joaquín Montesino; del presidente de la Sociedad Mutuo Auxilio, Benigno D. Conde; de la casa J. I. Jimenes & Co., de Enrique Nebot; de la sombrerería La Torre, de Bonilla y Morales; de la zapatería Altagracia, de Casimiro Veloz (de Cabo Haitiano); del sastre de Martí, don Ramón Antonio Almonte; de don Victor Thomen, sub-agente de Lloyd’s Corporation; de la Tipografía de Aybar, dirigida por Manuel A. Almeida.



Se menciona al señor Altieri, vicecónsul dominicano en Cabo Haitiano; a don Fidelio Despradel, cuya casa estaba frente a la de S. E. Mills (calle Santa Bárbara, esquina Colón); a N. O. Aybar, dueño del servicio de coches correos de Monte Cristy-Dajabón; a M. E. Rodríguez, tesorero municipal de Dajabón; a T. Petit; a A. Nebot; a J. P. Perelló; a E. Ureña; a J. de J. Alvarez; al Pbro. Ml. de Js. González; a M. Medina. Hasta en los anuncios había alusiones a la causa de Cuba, por ejemplo: "Dice Martínez Campos que cansado de las faenas de la campaña se retira a La Carmela, fábrica de cigarros de Jesús M. Ares, confeccionados con el mejor tabaco del país. Calle Turquilán."

Las Albricias. Apareció en junio de 1895. Diario. Director Francisco Gómez Toro. Redactor principal Lorenzo Despradel y Suárez. Urbano Gómez Toro, administrador. Colaboradores, "formando todos un haz por la causa cubana, Emilio Reyes, Juan E. Bory y Ramón Almonte. Se imprimía en la única imprenta que entonces había en Monte Cristi, del amable español Miguel San Román, aunque las reuniones para discutir programas y artículos solían efectuarse en la casa del patriota Joaquín Montesino, el isleño que con Martí había cargado cadenas por Cuba".

En enero de 1896, el diario *Las Albricias* se convirtió en bisemanario. Así lo informaba entonces el *Listín Diario*. En su artículo *Para Cuba*, publicado en *El Montecristeño* en julio de 1895 (reproducido en la presente obra), don Cristino Zeno refiere cómo uno de los hijos de Máximo Gómez, Urbano, repartía *Las Albricias*. En el noble vocero se publicó, en junio de 1895, la carta del 16 de abril que desde Cuba libre le dirigió el general Gómez a Gonzalo de Quesada.

Panchito Gómez y Lorenzo Despradel abandonaron el periódico por la manigua. Panchito murió junto a Antonio Maceo y Despradel se incorporó a las tropas de Máximo Gómez el 1º de septiembre de 1896, y fué su capitán ayudante. Lorenzo Despradel (Muley), nació en La Vega el



10 de agosto de 1876. Murió en 1927. Escribió una *Memoria sobre la guerra de independencia de Cuba*, incluida como apéndice de la obra de Orestes Ferrara, *Mis relaciones con Máximo Gómez*. La Habana, 1942.

El Riego (circulaba en 1896).

En La Vega existían, en 1892, dos periódicos que tampoco hemos logrado ver:

El Cibaeño. Semanario dirigido en 1892 por J. Arismendi Robiou y M. A. Salguero.

El Pueblo (apareció en marzo de 1892).



MARTI Y EL CLUB HIJAS DE HATUEY

La presencia de Martí en Santo Domingo promovió en la colonia cubana y en sus amigos dominicanos una actividad inusitada en pro de la libertad de la isla hermana.

Una de las primeras agrupaciones formadas entonces en el país, fué el club *Hijas de Hatuey*, constituido por la flor y nata de las patriotas cubanas radicadas en la Ciudad Romántica. El 4 de julio de 1893, nació la benemérita corporación, presidida por Clara Camacho de Portuondo, y el 7 de agosto siguiente José Martí fué designado Miembro de Honor de la Sociedad.

Enterado el Apóstol de la creación del meritorio Club, le dirigió a las damas que lo formaban su carta del 30 de agosto del mismo año: "Se ordena ya el gran sacrificio, y es justo que se apresuren a premiarlo las mujeres, que son su corona natural", decía Martí.

Las *Hijas de Hatuey* le prestaron un gran auxilio a Cuba: sus fondos, así como los del club Patria y Libertad, le sirvieron a Martí en sus preparativos de la expedición de Monte Cristi. El encargado de recibir esos fondos fué el brigadier Mayía Rodríguez, mediante orden del propio Delegado.

En las nobles faenas de las *Hijas de Hatuey* se dieron cita, en el culto de Cuba, la mujer cubana y la mujer dominicana. Por ello especialmente, y por estar dirigidas a Martí o aludir a él se publican las siguientes cartas de *Hijas de Hatuey*, así



como dos cartas del Apóstol al Club y una comunicación del club *Patria y Libertad* a don Tomás Estrada Palma.⁽¹⁴²⁾

I

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
HIJAS DE HATUEY

Santo Domingo, julio 29 de 1893

Señor José Martí, Delegado del Partido Revolucionario Cubano.
New York.

Señor Delegado:

Tengo el honor de participar a usted que el día 4 de julio del mes corriente, se ha constituido en esta ciudad una sociedad de patriotas cubanas, con el objeto exclusivo de trabajar por la independencia de la isla de Cuba, según le hará conocer la copia del Reglamento que tengo el gusto de acompañarle.

La Junta Directiva se forma como sigue: Presidenta, Clara Camacho de Portuondo; Vicepresidenta, Angela Ciarlos de Alomá; primera Vocal, Rosa García de Portuondo; segunda Vocal, Caridad Valdés de Valdés; tercera Vocal, Dolores del Prado de Milanés; Tesorera, Angela Anido y Soria; Secretaria, Belén Alomá y Ciarlos.

La Sociedad se ha instalado con cuarenta y cuatro miembros; pero no dudamos que tan pronto como se conozca la existencia de dicha Sociedad aumente su número.

La correspondencia la dirigirá usted bajo sobre para el Presidente o Secretario del club *Patria y Libertad*, de esta ciudad.

Sin más de qué tratar por hoy, esta Sociedad tiene el honor de ponerse a las órdenes de usted, señor Delegado, y le saluda atentamente con *Hijas de Hatuey*, por orden de la Presidenta, la Secretaria,

BELÉN ALOMÁ Y CIARLOS

(142) Se trata de documentos inéditos, salvo las dos cartas de Martí. Las comunicaciones de *Hijas de Hatuey* se conservan en el Archivo Nacional de Cuba, Delegación Cubana de N.Y., legajo 46 A.I. Se excluye el acta de instalación y el Reglamento del Club, que se halla en el legajo 45 A.I. Las dos cartas finales se hallan en el mismo Archivo, caja 109, signaturas 15004 y 14998. Debemos la copia a nuestro ilustre amigo el Capitán Don Joaquín Llaverías, Director del Archivo. Del Reglamento citado tenemos un ejemplar, impreso: *Reglamento de la Sociedad política cubana "Hijas de Hatuey"*. Instalada en Santo Domingo el día 4 de julio de 1893. Santo Domingo, Imp. Cuna de América, 1896.



Martí 30/1/57

Amigo Mure:

Necesito ver
su seguidor a Bastian,
- sin pérdida de tiempo.
Panchito va a arreglar
con U. esto, y a convenir
con Bastian la manera
de que lo siga hasta
mi casa sin ser ob-
servado. - Viene muy
a tiempo. - Por supuesto,
U. procurará tener
el objeto del viaje de
Bastian enteramente
desconocido para los
otros, - St. 2 y el compañero.

Muy agradecido
D. Gómez.

Propia cota

Firma de Gómez y letra de Martí.



Amigo mío: Un favor
tengo que pedir a la bondad
de Ud. que ya me tiene hecho
tanto en estos días, - y es el
de que firme como testigo
en la adjunta carta de
venta de la goleta Brothers
del Capitán Bastian a Polney.
Ya el trato está cerrado y
no firmo a no ser Ud. Ud.
insistente de firmar Bastian
por no llamar la atención.
Mi hijo Máximo lleva el
documento, y lo volveré a
traer.

Tengo placer en decir
a Ud. que este servicio, y el
afecto que en él como en lo
demás ha mostrado por
misra pobre Cuba y por
mí, tienen muy agradecido
a un amigo
M. Gómez.

Martí 1.º de Abril. 1895

II

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
HIJAS DE HATUEY

Santo Domingo, 22 de agosto de 1893

Sr. Don José Martí,
Delegado del Partido Revolucionario Cubano,
New York.

Señor Delegado: Cábeme el altísimo honor de participar a usted que la sociedad política cubana *Hijas de Hatuey*, en su sesión del día 7 del corriente mes, en virtud de sus facultades reglamentarias según el artículo 16, os nombró *Miembro de Honor de dicha Sociedad*.

Dados los nobles y elevados sentimientos patrióticos de vuestra alma, esperamos aceptéis este acuerdo que tanto honra a nuestra Sociedad y que nosotras veríamos con gusto fuese aceptado.

En los últimos números recibidos de *Patria*, hemos visto que unánimemente ha sido usted reelecto como Delegado. Si las *Hijas de Hatuey* hubiéramos estado presentes allí, sus humildes, pero sinceros votos le hubieran demostrado también, cuán acertada y justiciera ha sido dicha reelección.

Sin más de qué tratar por hoy, aprovecho la presente oportunidad para suscribirme de usted, atta. servidora y saludarle con

HIJAS DE HATUEY

La Secretaria, BELÉN ALOMÁ Y CIARLOS

III

Nueva York, agosto 30, 1893

A *Clara Camacho de Portuondo*.

Distinguida compatriota:

En momentos de la mayor actividad para esta Delegación, y al punto mismo de la salida del correo para esa Isla, recibe el Delegado, como el mejor sostén que pudiera apetecer para sus esfuerzos, el acta, a los ojos del Delegado conmovedora, de la constitución de la sociedad patriótica *Hijas de Hatuey*, llena toda de nombres de héroes, y que en usted tiene valiosa Presidenta.

Sólo un instante queda al Delegado, y éste lo empleará en repetir que el aliento que precisamente necesitaba en estos instantes mismos para la



obra de la patria, ya final y mayor, el aliento nunca tan grato como cuando viene del corazón sagaz y puro de la mujer, es esa muestra lujosa de patriotismo activo de que le da constancia la formación de esa Sociedad. Sí estamos en momentos solemnes. Sí nos urge toda palabra y todo hecho de apoyo. Se ordena ya el gran sacrificio, y es justo que se apresuren a premiarlo las mujeres, que son su corona natural. En la premura de estos instantes, envía a las *Hijas de Hatuey* un ferviente saludo,

El Delegado,

JOSÉ MARTÍ

IV

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
HIJAS DE HATUEY

Santo Domingo, 20 de febrero de 1894

Señor José Martí,
Delegado del Partido Revolucionario Cubano,
New York.

Distinguido compatriota:

Con el rótulo al señor Gonzalo de Quesada, nuestro compatriota y Secretario de esa Delegación, recibirá usted una caja, por el vapor *Saginaw*, la cual contiene los objetos siguientes:

8 Relojeras bordadas, 8 Prendedores bordados, 3 Pares de paños tejidos, para sillones, 1 Capa de funda tejida para almohada, 1 Toalla tejida, 1 Paño tejido, para mesa, 5 Paños pequeños, tejidos, 3 Toalleros bordados, 3 Paños de hilo, con los extremos tejidos, 1 Portapeine bordado, 1 Tarjetera bordada, 2 Gorros bordados, 1 Pañito guariqueña, 3 Pañuelos tejidos.

Estos objetos los regalan las *Hijas de Hatuey* a la Tesorería de la Delegación, para que saquen de ellos el mejor partido que pueda dedicando su producido a los fondos de nuestra Santa Causa.

Ellos no tienen más mérito que el de haber sido trabajados con las manos propias de las *Hijas de Hatuey* quienes, no pudiendo, por su sexo y falta de riquezas materiales, ofrecer a la patria otro servicio, lo hacen con este pobre óbolo, que os dignaréis recibir buenamente.

La Sociedad, por mi órgano os saluda con el mayor respeto.

Y tengo la honra, señor Delegado, de suscribirme de usted con patria y libertad, la Secretaria accidental,

ADELA GIRAUDI Y BETANCOURT

Por orden de la Presidenta Clara Camacho.



V

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
HIJAS DE HATUEY

Santo Domingo, 24 de febrero de 1894

Señor José Martí,
Delegado del Partido Revolucionario Cubano,
New York.

Distinguido compatriota:

Por nuestra comunicación del 20 del corriente mes, se impondrá usted de lo relativo a la caja conteniendo los objetos que esta Sociedad dedica a la Tesorería de esa Delegación.

En el caso de que la Delegación resuelva rifar dichos objetos, podrá enviar a esta Sociedad billetes por valor de *ciento cincuenta pesos oro*, los cuales procuraremos colocar aquí entre los compatriotas.

Y esa Delegación, en tal caso, se servirá designarnos la manera de remitirle el producido de los billetes.

Tengo el honor de saludar a usted, señor Delegado, con patria y libertad.

La Secretaria accidental,

ADELA GIRAUDI Y BETANCOURT

Por orden de la Presidenta Clara Camacho.

VI

Santiago de los Caballeros, 17 de febrero 1895

A la Tesorera del club *Hijas de Hatuey*.

Distinguida compatriota:

Por esta nota autoriza la Delegación el pago de ciento treinta y nueve pesos, veinte centavos, americanos, que para servicios locales e inmediatos hizo ese Club.

Saluda a usted con especial consideración,

El Delegado JOSÉ MARTÍ



VII

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
HIJAS DE HATUEY
SANTO DOMINGO, R.D.

Santo Domingo, noviembre 30, 1895

Ciudadano Tomás Estrada Palma,
Delegado diplomático del Gobierno
Cubano en el extranjero, New York.

Respetable conciudadano:

Tengo el gusto de poner en conocimiento de usted, que este club *Hijas de Hatuey*, ha entregado al presidente del club *Patria y Libertad*, en fecha 18 de octubre del corriente año, la suma de (\$950) novecientos cincuenta pesos mejicanos, producto de cuotas, rifas, y recolectas hechas por las *Hijas de Hatuey*, a partir del mes de junio en adelante, pues todos los fondos que existían antes de esta fecha fueron entregados al brigadier José Ma. Rodríguez, por orden, que conserva la Secretaria de este Club, del malogrado y nunca bien sentido Delegado del Partido Revolucionario Cubano ciudadano José Martí.

CARIDAD FAJARDO V. DE PRADO
La Presidenta,

VIII

SOCIEDAD POLÍTICA CUBANA
PATRIA Y LIBERTAD
SANTO DOMINGO, R.D.

Santo Domingo, 4 de diciembre de 1895

Ciudadano:

Las cuentas de referencia solamente se refieren al tiempo comprendido entre fines del mes de julio y esta fecha: porque los fondos que tenía este Club, unidos a los de las *Hijas de Hatuey*, fueron entregados en su oportunidad al Brigadier José María Rodríguez, por disposición del inolvidable José Martí, restándonos algunos compromisos que con motivo de aquella expedición, tuvimos que contraer y los cuales han sido religiosamente cubiertos por este Club, como tengo a bien expresarlo en dichas cuentas. En éstas figuran, además, las sumas colocadas por concepto de suscripciones al periódico *Patria* y al periódico *Guáimaro*, restando aún por cobrar algunas de estas suscripciones.

NÉSTOR DEL PRADO



LOS CLUBS CAPOTILLO Y GENERAL CABRERA

Hallábase Martí en Monte Cristi cuando ahí y en Dajabón fueron creados, por vehementes amigos suyos y de su causa, los clubs revolucionarios *Capotillo* y *General Cabrera*. El 25 de marzo, memorable día de sus testamentos, le escribió a Gonzalo de Quesada y a Benjamín J. Guerra, recomendándoles publicar en *Patria* las actas de los citados Clubs. Decía:

Den lugar prominente y alto comentario, a las actas de los dos Clubs dominicanos que les envió: el primero, *Capotillo*, creado por Emilio Reyes, joven abogado de alma erguida, y de talento estudioso y bello, y capaz de entusiasmo y desinterés; el segundo, el *General Cabrera*, creado por un isleño que cargó nuestro grillo presidiario, Joaquín Montesino. Del primero publíqueno todo, toda el acta, y lo más saliente del Reglamento. Del segundo, todo, menos las firmas, ni aún en la suscripción, que sin nombres se ha de decir: por los nombres pongan el del presidente Montesino, hombre ferviente y generoso, y terco amigo de Cuba, que con su independencia sólo tiene paces.

Tal como lo ordenó Martí, las actas fueron publicadas en *Patria*, en su edición del 30 de marzo de 1895, con una breve introducción:

ACTA DE INSTALACION del *Centro Capotillo*

De la tierra hermana de Santo Domingo nos llegan las siguientes Actas, que revelan los esforzados amigos que tiene la revolución cubana en la brava Isla que nos precedió en el camino de la independencia.



En la ciudad de San Fernando de Montecristi, a los diez y nueve días del mes de febrero de mil ochocientos noventa y cinco, siendo las siete de la noche, reunidos los que suscriben en la morada del señor Francisco Emilio Reyes, por invitación de éste, y expuesto el objeto de la convocatoria por el señor invitante, el cual era "recabar de los presentes su asentimiento para la creación de un centro, por ahora de carácter privado, que tuviera por principal objetivo la ofrenda constante de nuestro humilde contingente moral y pecuniario a la gloriosa causa de la revolución cubana, iniciada ya desde tantos años y sostenida por los esfuerzos heroicos de varones importantísimos, atendiendo a que en modo alguno podían ser vistos con indiferencia, no sólo por los dominicanos, sino por los hombres de buena voluntad, los destinos de un pueblo desgraciado que con tanto heroísmo había sabido combatir y combatía en aras del ideal más sublime a que podían aspirar los pueblos en sus tendencias civilizadoras;

"Que alentando las más acendradas virtudes cívicas y patrióticas los nobles pechos de los adalides de hoy, e imponiéndose la libertad en los corazones como sentimiento inmortal en todos los que a través de las nieblas del porvenir, no veían en ella sino el compendio y resumen de la Naturaleza toda, y sabido, como verdad histórica e inmutable, que jamás el número decidió las lides por la justicia, sino la abnegación y el patriotismo, virtudes que en alto grado poseían los entusiastas soldados de tan nobilísima causa, quienes a pesar de todas las inyectivas, ataques y oposiciones del elemento contrario, verían en no lejano día alzarse el oriente de la razón humana, luminoso y deslumbrador en los horizontes de la patria, porque era una ley eterna que el destino de los pueblos no había de quedar para siempre sometido al capricho de las pasiones ni al imperioso mandato de los déspotas;

"Que no dudaba de que los presentes en la forma consabida, acogerían con júbilo el proyecto mencionado, toda vez que la causa cubana en ningún modo podía considerarse extraña a los sentimientos de ningún dominicano, porque ella era la causa de todos los hombres de buena voluntad esparcidos sobre la superficie de la tierra;

"Que aun cuando nuestros esfuerzos no correspondieran a los generosos deseos que nos animaban, quizás no por eso tendrían menos derecho al aplauso histórico, aunque esto era por demás secundario entre hombres honrados que habían sabido buscar siempre el premio del buen proceder en la satisfacción de la propia conciencia y no en ningún otro aliciente;

"Que nada importaba la debilidad de nuestras fuerzas actuales, siempre que en comunión de ideas y reciprocidad de esfuerzos, supiésemos oponer la más asidua perseverancia a cuantos inconvenientes lanzarán en nuestro



camino el descreimiento de algunos o la maledicencia de muchos que tan fatalmente olvidan o descuidan su alta misión sobre el planeta;

“Que ya en estos tiempos nada se alcanzaba contra la libertad que se imponía, contra el derecho que tomaba carta de naturaleza y contra el trabajo que redimía y hacía avanzar a los pueblos en la senda del progreso;

“Que en vano los enemigos de la libertad querrían oponer a las ideas de Martí y Gómez, y demás defensores de la causa republicana, las más tenaces persecuciones, porque perseguir ideas equivalía a tanto como perseguir luz y aire; porque las ideas escapaban a toda persecución y a cualquier poder por tiránico que fuese; y que así, no pudiendo concebirse racionalmente el perseguimiento de las ideas, ni menos la extinción de ellas cuando habían germinado provechosamente en la humana mente, menos podría concebirse que se persiguieran asociaciones cuando tenían por objeto difundir un principio salvador o coadyuvar al éxito de una mejora social;

“Que por estas razones no dudaba de que, bien penetrados sus oyentes de la alteza e importancia del propósito, se prestarían gustosos a la instalación de un centro en la forma ya expresada, deseando para este efecto conocer sus respectivas opiniones.”

El pensamiento fué acogido con entusiasmo, a unanimidad, y sin ninguna objeción, ofreciendo todos su contingente en cualquier sentido para la creación del centro aludido.

Tratóse en seguida del nombramiento de un bufete interino, saliendo electos por unanimidad. Presidente, señor Jesús Badín. Tesorero, señor J. E. Bory. Secretario, señor Lorenzo Despradel, y luego del nombre que debía de llevar el centro. Después de ligeras discusiones y a proposición del señor Emilio Reyes, se resolvió llamarlo “Centro Capotillo”, en honor a que allí tuvo nacimiento la gloriosa epopeya de nuestra Restauración Política. Hablóse algo respecto a la organización del Centro, de sus medios de existencia, etc.; pero estos puntos se aplazaron para la próxima sesión. De todo lo que se levantó la presente acta. Fecha *ut supra*.

El Presidente, Jesús Badín. El Tesorero, J. E. Bory. Fco. Coll, F. Carvajal, Bienvenido S. Nouel, F. Emilio Reyes, J. L. García, A. Muñoz, Remigio Báez, J. Montesino, Lzo. Despradel, Secretario.

ACTA DE INSTALACION del club *General Cabrera*

En la villa de Dajabón (República Dominicana), a los quince días del mes de marzo de mil ochocientos noventa y cinco, siendo las cinco de la tarde, reunidos los que suscriben en la morada del señor Joaquín Monte-



sino, por invitación de éste, y expuesto el objeto de la convocatoria por el señor invitante, el cual es recabar de todos los presentes su asentimiento para la creación de un club de carácter privado que contribuya a dar cima a la grande obra de la independencia cubana.

El señor Montesino tomó la palabra alentando a los concurrentes al fin patriótico a que se contrae el programa en pro de los ideales que sustenta. Seguidamente el señor José María Jiménez en uso de la palabra, manifestó, no sólo estar conforme con la constitución del club, sino que hermano en ideas y sentimientos de todos los cubanos dignos, desea para ellos el mejor éxito en su jornada, y que un día llegue Cuba, cual otra Quisqueya, a regocijarse en su gloriosa autonomía.

Atendiendo: Que el Club debe ser una agrupación de simpatía a Cuba, bastante activa para que ayude eficazmente a la revolución, y bastante moderada para que ninguno de sus actos ni manifestaciones dé pretexto o razón para que se diga que pone al Gobierno del país en dificultades oficiales.

Que en cada pueblo de América debe haber, y habrá dentro de poco, una agrupación semejante. Que estas agrupaciones tienen dos objetos: alentar con la simpatía a los cubanos que pelean por la independencia, o de cualquier modo la sirven: y allegar, sin mucho quebranto para sus miembros, la mayor suma de recursos posibles y servicios para la revolución.

Se creen como medios más fáciles para allegar recursos, veladas, bailes o representaciones, muy anunciadas y activadas en lo privado, y poco anunciadas en lo público.

Atendiendo: Que los pueblos todos de la América latina, y mayormente los que forman la hermosa Trinidad de las Antillas Mayores, se deben mutuamente la ofrenda de su amor y de sus sacrificios, cuando la voz de la razón y la justicia así lo exijan.

Atendiendo: Que nuestra hermana querida, la infortunada Cuba, tiene pendiente ante el sagrado tribunal de la conciencia humana, una causa grande y noble que ha de colocarla en no lejano día, en el brillante cuadro de las naciones libres, que ya saben apreciar su dignidad nacional, aun cuando para ello sea necesario ofrendar la sangre de sus hijos todos;

Atendiendo: Que nuestro pobre contingente puede servir de mucho a la causa que ellos defienden; por tanto, hemos venido en resolver y resolvemos: la fundación e instalación de un Club que tendrá por principal objetivo la constante y decidida ofrenda de nuestro humilde contingente moral y pecuniario a la Revolución cubana, iniciada ya por esforzados adalides en varios puntos de aquella Isla.



Seguidamente tratóse del nombramiento de la Junta Directiva, resultando Presidente don Joaquín Montesino.

A proposición del señor Montesino, se resolvió que el Club llevará el título de *General Cabrera*, en honor de uno de los más esforzados campeones de la gloriosa Restauración Política Dominicana.

Se habló luego de la organización del Club, de sus medios de existencia, etcétera, pero estos puntos fueron aplazados para próxima sesión. Abrióse por último la colecta, y el óbolo con que cada socio contribuyó. El total alcanzado fué \$316.

La orquesta compuesta de los señores don Alfonso Núñez, don Félix M. Bueno, don José Levy, don José Pichardo C., don Manuel J. Camejo ofrece sus servicios al Club para todo cuanto se relacione con veladas, representaciones de teatro, etc., etc., en favor de la causa cubana.

De todo lo que se levantó la presente acta, fecha *ut supra*.

El Presidente, Joaquín Montesino. El Secretario, José María Jiménez.

La vida del *Centro Capotillo* fué bien efímera. Sus actividades dieron lugar a constantes denuncias del Cónsul de España en Santo Domingo, lo que obligó al Gobierno dominicano a disponer, muy a su pesar, su suspensión. En su carta del 18 de abril, dirigida al gobernador de Monte Cristi, al devoto amigo de Martí, general Pichardo, el presidente Heu-reaux le decía:

Emilio Reyes haciendo alarde de los desaciertos comunes en su carácter ha escrito a Moca provocando la formación de clubs revolucionarios que auxilien la causa cubana económicamente y eso es de señalada trascendencia para nosotros. En la imposibilidad de hacer otra cosa, ordenarás a este caballerito que se traslade a Santiago y así te quitarás de encima el trabajo de seguirle los pasos para que no continúe en ese camino.

Cumpliendo, pues, con la recomendación de Lili y con la circular del Ministerio de lo Interior, que prohibía la actividad de sociedades patrocinadoras de la revolución cubana, el *Centro Capotillo* fué suspendido. El Acta de suspensión del *Centro* confirma las simpatías de Guelito Pichardo por la causa de Cuba, y revela la cordialidad que existía entre los funcionarios dominicanos y los patriotas dominico-cubanos.



El acta, redactada por Lorenzo Despradel, que poco después se fué a la manigua cubana, es la siguiente:

CENTRO CAPOTILLO

Monte Cristi (República Dominicana)

Extracto del acta de la Sesión del 30 de abril ppdo.

El Centro Capotillo, oída la manifestación de los socios F. Emilio Reyes, Remigio Báez, Lorenzo Despradel i Adriano Muñoz, que en fecha de ayer fueron atenta i cortésmente llamados por el Cdo. Gobernador de este Distrito i a quienes éste leyó una circular del Cdo. Ministro de lo Interior, en la cual se le ordenaba la prohibición de sociedades protectoras de la Revolución Cubana i el perseguimiento de cualquiera que protegiese dicha revolución, etc., etc., por razones de conveniencias internacionales.

Atendiendo, a que la continuación del Centro en lá forma i con el carácter que hasta ahora ha revestido, aunque ajustados exstrictamente a su programa i dentro de los límites constitucionales, puede despertar susceptibilidades i ser motivo hoi o mañana de reclamaciones que, aunque tal vez formuladas sin sólida base jurídica turben las buenas relaciones que nuestro Gobierno debe mantener con el de España, que esta presunción nace evidentemente de la precitada circular del Cdo. Ministro de lo Interior.

Atendiendo, a que ya el *Centro Capotillo* no puede continuar sus gestiones según sus Reglamentos, que lo contrario implicaría una transgresión voluntaria a una disposición del Poder Público que merece respeto i obediencia.

Resuelve:

Su suspensión con las necesarias reservas para lo porvenir.

En Monte Cristi, a 30 de abril de 1895. Firmados El Presidente into. F. Emilio Reyes, Francisco Carvajal. Remigio Báez. José L. García. Jesús Badín. Adriano Muñoz, Bienvenido S. Nouel, Juan E. Bori, Francisco Gómez i Toro, J. Montesino. Franco. Coll. L. Despradel. Secreto.

Certifico la conformidad del presente extracto con el acta original. El Secreto. Lzo. Despradel. (Archivo Nacional, Delegación Cubana de Nueva York, Leg. 37. sig. B.)

Por oficio del 10 de mayo de 1895, el Ministerio de Relaciones Exteriores le avisó al Cónsul de España en Santo Domingo la disolución del *Centro Capotillo*. Sin embargo, esa



suspensión fué un mero acto oficial destinado a complacer a las exigentes autoridades españolas, porque los componentes del Centro continuaron sus patrióticas labores, secretamente ayudados por Guelito.

Esa tolerancia del Gobierno permitió que los simpatizadores de la causa cubana se excedieran con frecuencia, lo que dió lugar a urgentes medidas de orden de Lilís en vista de las reclamaciones de España. Valga este caso, uno de tantos. El 14 de septiembre de 1897, el gobernador Pichardo le comunicó a Lilís lo siguiente:

Conforme a su telegrama anterior remito a usted al cuidado del oficial Secundino Morel y a bordo del vapor americano *New York*, a los señores Emiliano Aybar, Jesús Badín, Benigno Conde, Francisco Carvajal y Pedro MacDougal, este último engrillado.

Salvo MacDougal, engrillado por otra causa, los demás iban en calidad de arresto hacia Santo Domingo, a causa de sus actividades subversivas en pro de Cuba.

Al llegar a Santo Domingo, Lilís los hizo llevar a su presencia. A don Emiliano Aybar, director de *El Montecristeño*, le dijo: "Don Emiliano, es necesario que usted me evite las molestias que me ocasiona ese Cónsul español, que a cada rato viene con sus calzones almidonados a hablarme de su periódico; así es que búsquele la vuelta al asunto." (Entonces el periódico tuvo otro nombre, *El Noroeste*, figurando en su dirección y redacción, aunque sólo de nombre, el joven Manuel Aybar S., hijo de don Emiliano.) Lo mismo que Aybar, Badín recuerda el caso gratamente:

El castigo que nos dió Lilís, por una causa tan santa, fué tan dulce y con tanta cortesía, que aún lo recuerdo con gratitud. Me hizo ver su simpatía por Cuba, cuando me dijo: —"Si yo no estuviera ocupando la Presidencia, las glorias de Máximo Gómez fueran mías; porque no soy tan guapo como él, pero soy más joven". Aprovechando la confianza que él me había demostrado, le dije: —Lo creo, General, pero ¿usted no cree en los predestinados? —"Verdad, tiene usted razón"—me contestó.



Con esta medida de orden de Lilís quedó el Cónsul de España satisfecho, y los jóvenes patriotas volvieron a Monte Cristi a continuar, esta vez con mayor cautela, su empresa de ayuda a la revolución cubana.

Francisco Emilio Reyes, el “joven abogado de alma erguida y de talento estudioso y bello”, como le llamó Martí, fué confinado a Santiago, según la orden del presidente Heureaux. Allí redactó el periódico *El Cibao*. Murió en noviembre de 1903, bien joven, con la gloria de haberse hecho digno, sirviéndole a Cuba, del envidiable elogio de Martí.



MARTI Y PUERTO PLATA

En su libro *Páginas para la historia* (La Habana, 1900), José Margarito Gutiérrez dice que Martí pasó de Puerto Plata a Monte Cristi, en 1895, y no ha faltado en la villa de Gregorio Luperón y de Ulises Heureaux quien repita lo mismo.⁽¹⁴³⁾ Sin embargo, puede afirmarse categóricamente que el Apóstol no estuvo ahí jamás. No tuvo ocasión de visitar la ciudad ni se lo permitía la prudencia. Ir a Puerto Plata era crearle problemas al presidente Heureaux, porque el representante de España en la ciudad de Isabel de Torres, no era un personaje sin importancia, como el cónsul de España en Monte Cristi, Espín, sino nada menos que don Cosme Batlle, grande y poderoso amigo de Liliés.

Las razones por las cuales Martí no accedió al deseo de sus amigos de Puerto Plata de visitar la ciudad, las dió él mismo en su carta de fines de febrero, dirigida al club *Diez de Octubre*, creado en la noble ciudad atlántica para luchar por la causa de Cuba.⁽¹⁴⁴⁾

(143) Según tradición repetida en Puerto Plata, Martí estuvo dos veces en la Loma de la Bestia, inmediaciones de la ciudad, en casa de la familia cubana de León. Pablito Borrero decía que Martí había estado en Cafemba, también cercanías de Puerto Plata, en casa de su tío Paquito Borrero; y Ml. de Js. Mathiew, quien afirma que el Manifiesto de Monte Cristi se imprimió en Puerto Plata, lo asegura igualmente. Sin embargo, para nosotros no hay ningún indicio cierto de que Martí hubiese estado en Puerto Plata. De ser cierto, por más secreto que fuese el viaje, alguna noticia de ello habría en los escritos de Martí y de Gómez, y en la correspondencia de don Cosme Batlle al Cónsul de España en Santo Domingo, que hemos examinado.

(144) Véase en otro lugar de este libro.



Cierto, pues, que el Apóstol no logró ir a Puerto Plata, pero allí tuvo colaboradores y amigos como Paquito Borrero, que abandonó su hogar puertoplateño para acompañarle en la célebre expedición de Monte Cristi, y como Pablito Borero, infortunado emisario suyo que cayó en manos españolas y fue deportado a las cárceles de Ceuta.

El meritisimo club *Diez de Octubre* estaba compuesto por las figuras más prominentes de la colonia cubana y por las más destacadas personalidades nativas de la localidad. Entre los miembros cubanos del Club, se contaban: Diego Loinaz Arteaga, Rafael Aguilar Peláez, Juan Schewerer, padre e hijo, Agustín Schewerer, Carlos Plá Pérez, Manuel Usatorres Molina, Francisco Plá Varona, Gilberto Plá Martínez, Porfirio Plá Varona, Valentín del Risco, José María y Andrés de León, Miguel Camaño, Manuel Cabrera Alvarez, Manuel Cabrera Garay, Rafael Senespleda, Juan Prins, Domingo González y Palomino, Carlos González y Palomino, Mariano y Francisco Pérez Cisneros, Nicolás Ramírez (de Santiago), Manuel Cisneros, Justo Cortiñas, Jesús González, Ricardo Zayas Bazán, José Zayas Bazán (cuñado de José Martí, esposo de doña Carmita), Sebastián Cos, José María Jaén, José Arango, Silverio Román, Andrés Meana, Alfonso Basulto, Félix de Armas, Pedro Montejo, Federico Arce, doctor Alfredo Figueroa, Luis Lamarque, Paul P. Peiyon, Eusebio Lample, Mario Escribe, Pedro Beatón, Francisco Beatón, Miguel Gutiérrez Amábile, doctor Emilio Batista, Agustín Miranda, Agustín Peláez, Ramón Aguilar, Carlos Manuel Puyans, Rafael Puyans, Joaquín Román Arteaga, José Limonta, Pedro Villalón y Valerino, Emilio Núñez González, Emilio Núñez, David Marín, Jesús Martínez, Francisco Martínez, Concepción Milanés. Y un ciento más cuyos nombres no recordamos, según las referencias del cubano Francisco Plá Varona, miembro del Club, recibidas por intermedio de nuestro amigo don G. Ernesto Jiménez, de Puerto Plata. Los libros de actas y demás documentos del Club, fueron llevados a Cuba, en 1902,



por Plá Varona, y entregados en Gibara a Don José López Basulto, uno de sus fundadores.⁽¹⁴⁵⁾

Las actividades del Club fueron bien fecundas. Basta señalar que contribuyó a los gastos de la expedición Gómez-Martí, como lo decía Aguilar en su nota del 24 de julio a Gonzalo de Quesada:

La protección que pido se aconseje o se ordene para ambas familias (de Paquito Borrero y de su sobrino Camilo) no es de allá (Nueva York) que la pido, pues aquí, libre el Club hoy de una deuda contraída para atender a los gastos de expedición del general Gómez, etc., puede hacer por ellos y si no es suficiente se dará aviso.

Otra prenda de esas patrióticas labores del Club, es la siguiente carta:

CLUB DIEZ DE OCTUBRE

Puerto Plata, 21 de octubre de 1895

Señor Dn. Tomás Estrada Palma,
New York.

Respetable compatriota:

Molesto hoy su ocupada atención para suplicarle, si le es posible, me informe si se puede conseguir y qué valdría un cañoncito de montaña listo para campaña y con un letrado que diga: *Puerto Plata*. Varias personas me piden haga esta consulta para ver si es posible enviar al General

(145) Entre las personas que desde Puerto Plata sostenían correspondencia con el Delegado de Cuba, Estrada Palma, de New York, se cuentan las siguientes: J. Rafael Aguilar, Cástula Borrero, Clara Borrero, Lola Borrero, Justo Cortiñas, Sebastián Cos, Eliseo Grullón, José Ml. Martínez, Josefa del Monte de Grullón, Miguel Rizo Castillo, Dominga Sierra Vda. de Vinagre, Ernestina Valdez de Leyte Vidal, esposa del Coronel Leyte Vidal, quien residió allí. (Ya viuda, fué embarcada para Cuba por Pablito Borrero.) La nutrida colonia cubana de Puerto Plata disminuyó notablemente, pues muchos de sus miembros retornaron a Cuba al hacerse independiente. Entre las familias que permanecieron allí se cuentan las de Aguilar, Pla, Irizarri, Beatón, Schoewerer, Borrero, Loinaz, de León, Cortiñas, Cisneros, Puyans y otros. (En 1906 don J. R. Aguilar tenía una chocolatería, talabartería y panadería, en la calle Dominicana; don Francisco Irizarri, importador, tenía su *Gran Bazar de Novedades* en la calle Comercio, esquina San Felipe; Francisco Pla Varona, a quien tanto le debe la cultura musical de Puerto Plata, tenía su *Salón Fígaro* en la calle Beller; Francisco Beatón tenía una fábrica de cigarros y cigarrillos, *La Dominicana*.)



Gómez el cañón de que le hablo, como regalo a la revolución de los habitantes de Puerto Plata.

Como presidente de este Club, llevé a la familia del General Borrero \$150—mejicanos—y a pesar de mis diligencias por que aceptara dicha suma, la rehusaron contestando que la inviertan en pertrechos para la guerra, que si se ven en escasez mayor de recursos darán aviso.

Supongo en poder de V. la nota oficial del Club, enviada por el vapor *New York*, en la que se daba cuenta de la suma enviada a Santo Domingo.

De usted atto. s.s.

J. RAFAEL AGUILAR⁽¹⁴⁶⁾

Los principales agentes de la causa cubana en Puerto Plata fueron J. Rafael Aguilar Peláez, Pedro Beatón y Juan Schoewerer. Todas las personas de significación de la villa pertenecieron al Club, incluso numerosas damas cubanas y puertorriqueñas residentes allí. También presidieron el Club Francisco Irrizarri y Pedro Beatón. José M. Rodríguez Arresón era el secretario y el doctor Alberto Zafra, tesorero. "Por mis manos, decía Zafra, pasaron muchos miles de pesos para Cuba."

Por Puerto Plata pasó la flor de la emigración cubana: Antonio Maceo, Flor Crombet, Mayía Rodríguez, Fernando Figueredo, los Loinaz, el coronel Leite Vidal, el doctor De-llundé, Paquito Borrero y su sobrino Pablito. De allí se fueron a la guerra no pocos puertoplateños: Carlos Simón, Agustín Arzeno, José Mauricio Arzeno (hermano de don Augusto Arzeno), Paco Vega (hermano del compositor Augusto Vega) y otros, entre ellos un hermano del valeroso periodista Juan Vicente Flores. Allí nació Enrique Loinaz del Castillo. Siendo un adolescente soñaba con la independencia de Cuba e improvisaba discursos patrióticos en el Club revolucionario establecido en la calle Sánchez, frente a la casa del doctor Pedro E. de Marchena, en que vivió don José del Carmen Ariza.

(146) Archivo Nacional de Cuba. Correspondencia de la Delegación Cubana de New York durante la guerra de Independencia de 1895-1898. Caja 109. Sig. 14926.



Schoewerer, agente confidencial de Gómez y de Martí en los asuntos económicos, era depositario de toda la confianza del General, de quien recibía instrucciones indicativas del sitio a que había de remesar fondos recolectados por los clubs revolucionarios de la localidad. Su holgada posición económica le permitía atender sin demora toda petición de fondos. Fué presidente del club revolucionario *Veinticuatro de Febrero*, que tuvo de secretario a Carlos Villalón y Puente. Obligado a permanecer en Puerto Plata como activo soldado de la emigración, al terminar la guerra el Libertador quiso llevárselo a Cuba, pero él se negó. Ya tenía hondas raíces en Puerto Plata, donde murió, apreciado por todos, hacia 1935. A su familia, bien numerosa, pertenece el culto abogado y poeta Germán Ornes Schoewerer. El desinteresado patriota era de origen germano-francés: Schoewerer, alemán, y Guillet, francés.

Puerto Plata, que fué ciudad predilecta de Hostos, de Maceo, de Betances, de los Borrero, de los Loinaz, de José Zayas Bazán (cuñado de Martí), de Fernando Figueredo, y asilo del más nutrido contingente de emigrados de Cuba y Puerto Rico, no tuvo la gloria de recibir la visita de José Martí. Empero, el Apóstol tuvo allí amigos vehementes, el primero, entre ellos, su compañero de expedición, brigadier Paquito Borrero: por causa suya quedó en orfandad y pobreza su hogar puertoplateño. A la caída del Apóstol fué en Puerto Plata—de toda la República—donde se celebraron los funerales más solemnes por el alma de Martí, el 8 de agosto de 1895. Bello homenaje, pero inútil ofrenda, porque el alma de Martí siempre estuvo en el cielo.



LA MUERTE DE MARTÍ

En otro lugar de esta obra nos referimos a la aciaga muerte del Apóstol y a la consternación y el pesar que ella produjo en toda la República. Como testimonio de ese dolor del pueblo dominicano y de las simpatías que le inspiró Martí, se reproducen aquí las noticias de nuestra prensa concernientes a la tragedia de Dos Ríos. Son informaciones que apenas resisten el comentario. Comentarlas sería profanar el dolor que todavía emana de ellas. La duda de que Martí ha muerto es tan angustiosa como la verdad misma, que llega al fin, amarga y fría, como desgracia de todos. Es una mortal angustia que se inicia con la primera noticia de la caída de Martí llegada a Santo Domingo, el 22 de mayo, hasta principios de julio. Lo mismo ocurriría a la caída de Maceo: fueron largas, dilatadas, las dudas de su muerte, hasta el triste día de la evidencia:

Listín Diario, Santo Domingo, mayo 22 de 1895:

DE CUBA

Telegrama importante

El señor Cónsul de España recibió esta mañana a las nueve, el cablegrama siguiente:

“Cónsul Español S. D. General Salcedo, telegrafía desde Cuba que antier combate con partida 700 hombres entre Bijías y Dos Ríos orilla derecha Contramaestre con Martí, Gómez, Massó y Borrero encontrados por columna Sandoval combate duró hora y media siendo enemigo dispersado; muerto titulado Presidente República José Martí cuyo cadáver fué reco-



gido identificado a pesar empeño retirarlo enemigo, el que tuvo además 14 muertos vistos muchos heridos cogiéndosele armas correspondencia Martí once caballos útiles con montura nosotros cinco muertos siete heridos, prisioneros aseguran Gómez y Estrada muertos o heridos pero falta comprobación General Campos salió ayer para departamento oriental. *Arderius*, mayo 21.¹⁴⁷⁾

Es extraño que hayan matado a Martí y a Gómez, cuando hasta ayer *aseguraba el órgano de los españoles* en esta ciudad, que no estaban en Cuba.

¿Quién no engañó a sus lectores? ¡*El Listín!*

Esta es, pues, una nueva y concluyente prueba de la *veracidad* con que siempre hemos hablado acerca de los sucesos de Cuba y de todo lo que tratamos en nuestras columnas.

El Eco de la Opinión, Santo Domingo, mayo 23 de 1895:

(Desmientese la noticia de la muerte de Martí.)

Listín Diario, Santo Domingo, mayo 29 de 1895:

Traslación del cadáver de Martí

Después de dadas las órdenes necesarias para que el cadáver del Jefe de esta insurrección, señor Martí, fuera conducido a esta capital escoltado por una columna, y en vista de que los señores facultativos médicos, que llevaban a la vez la misión de identificarlo con los datos minuciosos que se tenían, informaron, por un lado, que el cadáver transcurridos dos días de enterrado se encontraba informe y casi desconocido y que dado el mal estado de los caminos y las frecuentes crecientes de los ríos, no era posible precisar los días que tardaría en llegar a esta ciudad, y por otra parte que por el estado de descomposición en que se encontraba, no podía practicarse el embalsamamiento sin que la salubridad pública dejase de correr un peligro grave; teniendo en cuenta así mismo que esta operación distraía fuerzas que en momentos actuales son necesarias para las operaciones de campaña, y en la convicción completa el General Martínez Campos de la verdad del hecho con un cúmulo de pruebas que no han dejado duda acerca de su certeza, así de la identificación del señor Martí, según lo describe el parte oficial, tuvo a bien dejar en suspenso cuanto se había ordenado para la traslación del cadáver a esta ciudad, según hemos venido anunciándolo desde que empezaron a darse las órdenes al efecto indicado.

(147) Poseemos el original de este cable, recibido por el Cónsul Quintana.



gido identificado a pesar empeño retirarlo enemigo, el que tuvo además 14 muertos vistos muchos heridos cogiéndosele armas correspondencia Martí once caballos útiles con montura nosotros cinco muertos siete heridos, prisioneros aseguran Gómez y Estrada muertos o heridos pero falta comprobación General Campos salió ayer para departamento oriental. *Arderius*, mayo 21.”⁽¹⁴⁷⁾

Es extraño que hayan matado a Martí y a Gómez, cuando hasta ayer *aseguraba el órgano de los españoles* en esta ciudad, que no estaban en Cuba.

¿Quién no engañó a sus lectores? ¡*El Listín!*

Esta es, pues, una nueva y concluyente prueba de la *veracidad* con que siempre hemos hablado acerca de los sucesos de Cuba y de todo lo que tratamos en nuestras columnas.

El Eco de la Opinión, Santo Domingo, mayo 23 de 1895:

(Desmíentese la noticia de la muerte de Martí.)

Listín Diario, Santo Domingo, mayo 29 de 1895:

Traslación del cadáver de Martí

Después de dadas las órdenes necesarias para que el cadáver del Jefe de esta insurrección, señor Martí, fuera conducido a esta capital escoltado por una columna, y en vista de que los señores facultativos médicos, que llevaban a la vez la misión de identificarlo con los datos minuciosos que se tenían, informaron, por un lado, que el cadáver transcurridos dos días de enterrado se encontraba informe y casi desconocido y que dado el mal estado de los caminos y las frecuentes crecientes de los ríos, no era posible precisar los días que tardaría en llegar a esta ciudad, y por otra parte que por el estado de descomposición en que se encontraba, no podía practicarse el embalsamamiento sin que la salubridad pública dejase de correr un peligro grave; teniendo en cuenta así mismo que esta operación distraía fuerzas que en momentos actuales son necesarias para las operaciones de campaña, y en la convicción completa el General Martínez Campos de la verdad del hecho con un cúmulo de pruebas que no han dejado duda acerca de su certeza, así de la identificación del señor Martí, según lo describe el parte oficial, tuvo a bien dejar en suspenso cuanto se había ordenado para la traslación del cadáver a esta ciudad, según hemos venido anunciándolo desde que empezaron a darse las órdenes al efecto indicado.

(147) Poseemos el original de este cable, recibido por el Cónsul Quintana.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

La Prensa, Santiago de los Caballeros, junio 3 de 1895:

(Se publican noticias de la muerte de Martí, pero se duda.)

La Prensa, Santiago, junio 12 de 1895:

La muerte de Martí. Noticias de fuente seria, pero reservada, niegan absolutamente la ruidosa noticia de la muerte de Martí. El tiempo dirá la verdad. Hasta ahora nada confirma tamaño noticia.

Listín Diario, Santo Domingo, junio 18 de 1895:

DE CUBA

Martí no ha Muerto

Desmíentese Otras Noticias

Ha resultado falsa la noticia de la muerte de Martí que con tantos visos de verdad se publicó hace poco.

Los telegramas que publicamos en seguida están traducidos del *World* de New York y colocamos en primer término los más recientes por el interés que encierran. Los de fecha posterior, que se leerán al final, de ser ciertos, como es de suponerse, revisten también mucha importancia por la independencia cubana.

Hélos aquí:

La Habana, junio 3.—El corresponsal del *World* en La Habana, asegura ser falsa la noticia que hizo circular el gobierno español, de la muerte de Gómez en la batalla de Boca de Dos Ríos.

El General Martínez Campos ha pedido a Madrid ocho regimientos más.

Jacksonville, junio 3.—Benjamín Guerra, Tesorero de los revolucionarios cubanos, en Nueva York, telegrafió a Gonzalo de Quesada, lo siguiente:

“Panchito Gómez telegrafía que Martí vive.^(147a) Pasajeros de Santiago, la esposa de Portuondo entre ellos, lo aseguran. Alégrese.

“Panchito Gómez es hijo del General insurrecto: él se halla actualmente en Santo Domingo. Portuondo es secretario privado del general Gómez.”

(147a) Muchas veces nos preguntamos, ¿pero dónde obtuvo Panchito esa falsa noticia que causó tanto revuelo? El Dr. Bernardo Gómez Toro acaba de darnos la clave. Panchito no dijo, afirmando, *Maestro vive*, sino interrogativamente: ¿*Maestro vive*? La omisión de la interrogación, en la oficina cablegráfica de destino, provocó el error.



Cayo Hueso, junio 3.—Anoche fué motivo de grandes regocijos para los cubanos aquí, un telegrama de Benjamín Guerra asegurando que Martí está vivo. A medianoche se reunieron en el "Teatro San Carlos". Allí fueron pronunciados varios discursos. Más tarde recorrieron los cubanos las calles con una banda de música, hasta la hora del alba, aclamando a Martí y haciendo otras demostraciones de alegría. Hoy ha sido día de fiesta para los cubanos.

Tampa, junio 3.—El Coronel Fernando Figueredo recibió anoche un telegrama de Benjamín Guerra, que dice así: *Martí vive. Cuba será libre.*

Le dió publicidad y algunos instantes después muchísimos cubanos estaban de fiesta. Más tarde Figueredo, Martín Herrera, José Butare, Luis Cruz y la señora Carolina Rodríguez, se dirigieron en alocuciones propias para el caso a cerca de mil cubanos.

Otro cablegrama recibido dice: *Maestro vive.*

La Habana, mayo 30.—Toda la provincia de Puerto Príncipe está en la más grande agitación. Puede sublevarse de un momento a otro. Está como una bomba que va a estallar. Los insurrectos están esperando con ansias la llegada de Gómez, bajo cuyo mando desean poner sus fuerzas.

Listín Diario, Santo Domingo, junio 20 de 1895:

Martí no ha Muerto

En el periódico *Cuba* de Tampa, de fecha del 1º de junio, leemos una última hora que dice así:

Ultima Hora

Persona digna de crédito se ha acercado a nuestra Redacción a informarnos que, según cartas recibidas de Santiago de Cuba, el jefe insurrecto muerto en la batalla de Dos Ríos y anunciado por los españoles ser el Delegado José Martí, es José Mantel.

Nos entregó una hoja impresa que circula en Cuba, que dice:

¡AL PUEBLO CUBANO!

¡José Martí no ha Muerto!

La infausta nueva ha sido una farsa grotesca como tantas otras del Gobierno español, que ahora como antes y como siempre, no tiene más aliados que el engaño, la hueca fanfarronada y a veces el crimen.

El José Martí que cayó en la acción de Dos Ríos no es vuestro Libertador.



Sabedlo. ¡Hurrah por la Revolución! ¡Viva Martí! ¡Viva Máximo Gómez! ¡Vivan los peninsulares y cubanos partidarios de la independencia de Cuba!

Listín Diario, Santo Domingo, junio 24 de 1895:

¿Martí ha Muerto?

Traducido del *Jamaican Post*

Relaciones contradictorias

Según parece, tan concluyentes han sido las pruebas que han presentado las autoridades españolas respecto de la muerte de Martí que no queda más remedio que aceptarla como un hecho de evidencia inmediata. Hasta algunos cubanos la han aceptado y sin embargo estas pruebas no tienen más fundamento que el dicho de las citadas autoridades.

En todo este asunto ha habido discrepancias que el *Post* ha anotado cuidadosamente no como elementos de dudas en caso tan comprobado sino únicamente como datos muy interesantes.

Entre otras varias, recordaremos los cuentos que indicaban dos embalsamamientos y luego la inexplicable dilación en exhibir el cuerpo.

Estos rumores, dan sin duda alguna verosimilitud a los rumores de que *Martí no ha muerto*, versión que ha llegado aquí por el correo del jueves. Esto sorprende tanto más cuanto que las autoridades españolas no han presentado otra prueba de esa muerte que el reloj y papeles privados encontrados en el cadáver, dicen, *antes de enterrarlo*.

Y aquí, en presencia de todo esto que no puede ser más enredado, surge la siguiente pregunta:

¿Cómo se dispuso del cuerpo por medio de un entierro, después de tanto hablar de embalsamamiento y exhibición que hubieran sido las pruebas definitivas y concluyentes?

Si hubo embalsamamiento no hubo entierro, y de haber existido éste huelga aquél.

En vista de todo lo anterior, qué de extraño tiene que haya quien se pregunte: ¿Dónde está Martí? ¿Está muerto, enterrado, exhibido, embalsamado o está vivo?

Para esta última pregunta hay su respuesta que podría ser ficticia, pero que en la ausencia del cuerpo es concluyente.

Esta respuesta nos viene de Tampa y afirma que los más recientes datos de La Habana aseguran que ni españoles ni cubanos creen en la tan cacareada muerte de Martí.

El corresponsal que da esta noticia, añade aún:



“He visto hoy dos cartas de corresponsales fidedignos de La Habana que afirman que Martí no ha muerto.

“Uno de ellos dice que el médico enviado a embalsamar el cuerpo de Martí encontró en el camino las tropas que habían sostenido el combate en que murió Martí, las cuales enteradas de su cometido, le dijeron regresara a la ciudad, pues ya sus servicios eran innecesarios. Esto explica el fracaso del primer embalsamamiento.

“Enterrado el cuerpo, fácil es de comprender que daría escasísimo resultado, pretender embalsamarlo ocho días después de la inhumación. Increíble parece, no obstante, que lo enterraran, siendo el citado cadáver una prueba concluyente y decisiva de su triunfo; a no ser que lo hicieran con el objeto de desfigurar el cuerpo tanto que se hiciera imposible su identificación.”

No para aquí todavía toda esta extraña historia. Afírmase que la esposa de Martí andaba en solicitud del cadáver de su esposo, solicitud que le fué contestada negativamente.

Añádese que habiendo recibido noticias de que Martí estaba vivo, regresaron ella y su anciana madre a su lugar situado en las afueras de La Habana.

Otros dicen que su familia posee cartas de Martí de fecha posterior a la de su supuesta muerte.

En tanto, los periódicos de La Habana, insertan necrologías de Martí, y *La Discusión* afirma que dicha muerte es un enigma.

¿Qué debemos creer en vista de esto?

No es difícil la respuesta. Los españoles dijeron sin ambages una mentira útil a su política y fué fácilmente creída. Dejaron, no obstante, de exhibir el cuerpo de Martí, prueba importantísima, y como nadie creerá que lo enterraron porque no valía la pena de exhibirlo, de ahí el lado débil del cuento.

Tal vez se engañaron ellos y quieren hoy sostener el engaño con un cuerpo cualquiera, engaño en que nadie creerá porque las pruebas distan mucho de ser concluyentes.

No perdamos de vista que concluida su labor en Cuba, Martí estaba próximo a abandonar la Isla.

No podría todo este incidente de su muerte ser una superchería concebida con ingenio y ejecutada con arte para engañar a España?

Todo podría ser.

Hasta ahora dicha muerte es un misterio.

Martí podrá haber muerto o no, pero si a un tribunal se presentare un caso análogo, su veredicto sería el siguiente:

Rechazado por falta de pruebas.



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Listín Diario, Santo Domingo, junio 26 de 1895:

La Palabra de un Cubano

Santo Domingo, junio 26 de 1895

Señor Director del *Listín Diario*.

Muy señor mío:

Con esta fecha remito al señor director de *El Heraldo Español*, la adjunta carta, cuya reproducción encarezco a usted.

Dándole las gracias más cumplidas por este favor, aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de usted como su más atento y s.s. q.b.s.m.

FÉLIX MARCANO
Coronel del Ejército Cubano

Santo Domingo, junio 26 de 1895.

Sr. Director de *El Heraldo Español*.

Muy señor mío: En el número de su periódico, correspondiente al día 21 del que cursa, aparece que "el Coronel Marcano había llevado a Santiago de Cuba la noticia de la muerte del General Máximo Gómez".

Supongo que dicha noticia la habrá usted reproducido—aunque así no se especifica—de otros periódicos, por cuya razón estimaré de usted se sirva hacer constar que yo no he dicho tal cosa, pues en las breves horas que de tránsito para esta Capital pasé en la del oriente de Cuba, dije a dos amigos míos, y en presencia del señor Jefe Principal de Policía de la Provincia, que la muerte de Martí siempre resultaría falsa, como falsa era la del General Gómez, pues esto me lo había comunicado en Baire persona muy bien enterada de ello.

Dándole, señor Director, las gracias por la inserción de las presentes líneas, aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de usted como su más atento y s.s. q.b.s.m.

FÉLIX MARCANO
Coronel del Ejército Cubano



Listín Diario, Santo Domingo, junio 27 de 1895:

DE CUBA

Santiago de Cuba

De *La Patria*

Muerte de Martí

Hay quien afirma que el alma de la revolución cubana, el caballero sin tacha y sin miedo, José Martí, ha muerto asesinado por el guía que lo acompañaba.

Otros dicen que se le desbocó el caballo, conjeturando que en este momento una bala le privó de la vida; pero la opinión general es que murió asesinado.

Un crimen más en el largo *Debe* de la colonización española en América! Estos son los informes que, sin quitar ni poner una letra, hemos recogido esta mañana de labios de los pasajeros llegados a esta ciudad en el vapor *María Herrera*.

Mañana nos proponemos celebrar varias entrevistas con otros pasajeros para tener a nuestros lectores al corriente de los sucesos de Cuba, que cada día son más interesantes.

Para mañana detalles de la entrada de Máximo Gómez a Camagüey.

Listín Diario, Santo Domingo, junio de 1895:

Lágrimas de Cocodrilo

Hay seres muy sensibles... a su manera.

No los conmueve ni un terremoto, pero a veces lloran a lágrima viva sobre la tumba de alguien que desean ellos que desaparezca del planeta.

¡Vaya una sensibilidad más distinguida, por no decir otra cosita peor!

Uno de esos corazones generosos, con segunda intención, se ha puesto a verter lágrimas tamañas sobre la supuesta tumba de Máximo Gómez.

Vamos, señor cocodrilo, no llore usted más, no gima usted más. Ya sabemos que usted quiere mucho al General Gómez, y por tanto, no nos extraña que lo llore usted vivo.

Sí, llórelo vivo, porque lo que es muerto...

Están verdes, como diz que dijo la zorra antaño.

Por lo demás, lo que ha afirmado el respetable comandante del buque de guerra, surto en nuestro puerto, es que al salir de Santiago de Cuba circulaba por allí la noticia de la muerte del ilustre caudillo.

Ya ve usted que de circular una noticia, a confirmarse, hay mucho



camino. Cuántas cosas no se dicen y se aseguran y luego resultan pura filfa.

¿No cree el sensible cocodrilo a quien nos dirigimos, que la noticia de la muerte del General Gómez figura en la línea de esas cositas falsas e inverosímiles?

Guarde, pues, sus lágrimas, ya que ellas tan sólo pueden tener un valor negativo, es decir, son lágrimas de cocodrilo.

Listín Diario, Santo Domingo, junio 28 de 1895:

DE CUBA

Sucesos de la Isla

De *El Heraldo*, de Madrid

El Cadáver de Martí

Con fecha 1º del actual, dice a nuestro colega *La caricatura*, de La Habana, su repórter especial, lo que sigue, referente a la identificación del cadáver de Martí.

Estimado Director: Después de obtener el correspondiente permiso de las autoridades, pasé al cementerio de esta ciudad, en donde se hallaba expuesto al público, para la debida identificación, el cadáver de don José Martí, y saqué la fotografía que le remito, por la cual, de una manera absoluta se verá confirmada la muerte del jefe del actual movimiento revolucionario.

Aunque dicha fotografía está sacada a los ocho días de muerto el original en el combate de Dos Ríos, y después de haber estado sepultado dos días en el cementerio de Remanganaguas, no obstante los progresos de una rápida descomposición a causa de la humedad del terreno, todos han reconocido al revolucionario, señor Martí, pues los rasgos distintivos de su fisonomía no han podido en ese tiempo ser borrados por la mano de la muerte.

La frente espaciosa que daba a su rostro un sello tan especial, el cabello rizado, y otras señales del cuerpo, convienen exactamente con los retratos que todo el mundo conoce y con los antecedentes suministrados por sus familiares, por lo cual el cadáver ha sido debidamente identificado, teniendo siempre en cuenta los días transcurridos desde el combate de Dos Ríos y la descomposición sufrida durante ese tiempo.

Asimismo le remito fotografía del cementerio, del ataúd en que fué conducido Martí desde Remanganaguas y el nicho en que reposa en esta necrópolis.

HIGINIO MARTÍNEZ



Traslación del Cadáver

El cadáver de Martí, embalsamado en Remanganaguas por el médico militar, señor Valencia, llegó el día 26 del pasado mes a Santiago de Cuba, custodiado por fuerzas del ejército, las cuales tuvieron un encuentro con la partida insurgente capitaneada por Rabí.

Parece que el intento era llevarse el cadáver. Se les vió que conducían un lujoso ataúd.

De esta escaramuza resultó herido gravemente en la tropa, el Teniente don Jorge de la Torre, hijo de Santiago de Cuba, y muertos nueve insurrectos, haciéndoles, además, algunos prisioneros.

El General Martínez Campos ordenó que la caja destinada al cadáver de Martí fuese la más lujosa que se encontrase.

He aquí el telegrama que copiamos del *Diario de la Marina* del día 27, referente a la traslación del cadáver.

Santiago de Cuba, 27 de mayo.
9:30 mañana.

En el tren de las seis de la tarde llegó ayer a esta ciudad el cadáver de don José Martí.

Durante el trayecto de catorce leguas, desde Remanganaguas a San Luis, la escolta de 700 hombres que lo conducía, sostuvo cuatro encuentros con varias partidas que sumaban unos 2,000 hombres, las cuales pretendían arrebatar el cadáver, y fueron batidas.

Por nuestra parte la única baja que se ha padecido ha sido la de un teniente.

El cadáver se halla depositado desde anoche en el cementerio, donde a las siete de la mañana de hoy fué abierta la caja que lo contenía en presencia del comandante Tejerizo, de un ayudante del general Garrich, el repórter de *La Caricatura*, el corresponsal del *Diario*, que esto telegrafía, y otras personas.

ESPINOSA

La Prensa, Santiago, julio 2 de 1895:

¡Martí vive! (Suelto con las noticias falsas de Panchito Gómez Toro, desde Monte Cristi, publicadas por el *Listín Diario*.)

La Prensa, Santiago, julio 18 de 1895:

(Acerca de las palabras de Máximo Gómez, relativas a la muerte de Martí, al corresponsal de *The New York Herald*.)



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Listín Diario, julio 19 de 1895:

José Martí

¿Ha muerto José Martí?

Las noticias de origen español lo afirman y el mundo está en duda frente a esta guerra de mentiras y de sangrientas traiciones iniciadas en Cuba.

Nosotros esperamos a que se confirme una de esas dos nuevas vergüenzas para España: la táctica imbécil del engaño o la táctica criminal del asesinato mercenario.

Si ha caído ese Apóstol atravesado por balas españolas, ha desaparecido un hombre de la raza de los libertadores: uno que hacía honor a su Patria, a la América y a sus hijos.

Sólo España se regocijará de su desaparición.

Aguardemos. El azar es a veces más sabio de lo que se cree.

SALVADOR PRESAS

Director de *El Diablo*, de N. York



LA MANO DE VALIENTES

Mano de valientes llamó José Martí a sus cinco compañeros de expedición: el general Gómez, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario. De los cuatro últimos se dan aquí algunas noticias, así como de otros próceres que cooperaron eficazmente en los preparativos de la magna salida hacia Cuba.

PAQUITO BORRERO

Francisco Borrero, héroe de la guerra de los Diez Años, se radicó en Puerto Plata en 1878. En su *Diario de marchas*, de 1872 a 1878, que se conserva en Santiago de Cuba, en el Museo Bacardí, hay este apunte:

1878... la tarde la pasamos en el Puerto de Baracoa y en este momento daba a luz mi esposa un niño.⁽¹⁴⁸⁾ La demora fué poca volviendo a emprender la marcha; al otro día ya divisamos los terrenos de la República de Haití; marchamos toda la noche y al otro día de tres a cuatro de la tarde, fondeábamos en Puerto Plata, uno de los pueblos de la República Dominicana. Aquí desembarco en compañía de mi escolta, familia, y algunos otros más; fuí favorecido por varios cubanos, dentro de ellos fueron Justo y Cortina, mi amigo Fernando Figueredo y otro, Antonio Portuondo y su señora hermana. Los dos últimos me condujeron a su casa, tanto a mí como a mi familia, en cuya morada pernocto hasta la

(148) Se trata de Marino Borrero, Capitán del Ejército Libertador, del Estado Mayor del General Gómez.



fecha recibiendo las mayores atenciones por parte de toda la familia. 9... en Puerto Plata; 10... en Puerto Plata...

El apunte continúa hasta el día 13 en que, comprendiendo que la estancia en Puerto Plata será indefinida, cierra el *Diario*.⁽¹⁴⁹⁾

Borrero se hallaba en Puerto Plata en 1880, a la llegada de Antonio Maceo, a quien auxilió activamente.⁽¹⁵⁰⁾ Vivía en la calle Cibao, hoy José Trujillo Valdez.

Paquito se reunió con Gómez y Martí en Santiago de los Caballeros, el 15 de febrero de 1895, y desde ese día se comprometió a acompañarles en su expedición. Con ambos anduvo a caballo por el Cibao, prestándoles valiosos servicios. Martí lo menciona en varias de sus cartas, y lo recuerda en sus *Apuntes de un viaje* vadeando el Yaque, "con su cabeza santa y fina, como la de San Francisco de Elcano".

A Martí se le atribuye la redacción de una proclama de Borrero, en torno a la cual ha tomado cuerpo la increíble versión de la estada de Martí en Puerto Plata. Debe tratarse de la proclama del 12 de abril de 1895, Campos de Cuba —seguramente impresa en Puerto Plata—, que empieza así:

Habitantes de Cuba:

Al pisar de nuevo las playas de mi querida Patria, después de diez y siete años de ausencia dejando en el extranjero comodidades y seres muy queridos...⁽¹⁵¹⁾

(149) Debemos este apunte a la distinguida profesora Dra. Rebeca Rosell Planas. La docta amiga nos informa que una hija del General Gómez conserva una hoja, en forma de diario, de Borrero, del 1895.

(150) Acerca de las relaciones de Maceo y Borrero, en Puerto Plata, en 1880, véase nuestro libro *Maceo en Santo Domingo*, Santiago de los Caballeros, 1945. El Lic. Cayetano Armando Rodríguez nos refiere que actuó en la revolución de 1886, contra Lili, junto con Paquito; que era de baja estatura, trigueño claro, muy querido por Máximo Gómez. (Hay un retrato de Borrero en *Patria*, edición del 20 de julio de 1895.)

(151) Reproducido en *Patria*, 13 mayo 1895. Martí se refiere a esa proclama en su carta del 15 de abril, a Gonzalo y Benjamín: "Aquí incluyo carta, del General, que pondrán en seguida en camino, y de Borrero, de alma angélica, a sus hijas, y acaso incluiré, en sobre aparte, las proclamas de Borrero y Ruenes..."



Desde la manigua, Borrero le dirigió la siguiente carta “a un compadre suyo” en Santo Domingo, en la que alude a Martí:

Las Mercedes de Jarahueca, mayo 4 de 1895.⁽¹⁵²⁾

Mi querido compadre:

Aunque ya por otro lugar he escrito y dado orden para que manden a usted una copia de dicha carta, ya que esta primavera es tan fecunda y este mes de mayo es tan flúido para la libertad cubana, no desperdicio la ocasión que se me presenta.

Usted no puede imaginarse el carácter que imprime hoy la revolución. Ella ya a nuestra llegada era imponente; pero ahora al saber que habíamos llegado nosotros, el desbordamiento es completo. Sólo la parte Oriental, cuenta por lo bajo, de ocho a nueve mil hombres. Los españoles hasta el presente, encasquillados, tienen perdidas las fuerzas morales. El mismo Martínez Campos no sabe a qué atender primero, y dicen que no baja nunca a tierra.

Nosotros desembarcamos por Baracoa el día once de abril. La expedición la componían cincuenta hombres y el general Máximo Gómez y José Martí.⁽¹⁵³⁾ Los hermanos Maceo y Flor Crombet, habían desembarcado ya, también por Baracoa, el día primero de abril, día en que nos embarcamos nosotros rumbo a esta Isla, habiendo sufrido alguna demora en nuestro viaje.

Baracoa no se había levantado hasta tanto no llegaron los Maceo y Crombet, dando el grito el valiente teniente coronel Félix Ruen, que se levantó inmediatamente.

A los dos días de haber nosotros desembarcado tuvimos noticias del teniente coronel Ruen y al día siguiente, 14, nos incorporamos a él en el Najesial: hasta ese día íbamos nosotros todos cargados con los efectos de la expedición, o sean armas y municiones, subiendo y bajando lo más y por entre la maleza, gastando casi un día en una corta travesía.

Martí se ha hecho célebre en esta jornada con nosotros pues a pesar de ser un hombre delicado, aún no se ha enfermado y siempre se ha encontrado fuerte y con mucha entereza.

El día 25 del mismo mes, venía el mayor general José Maceo a nuestro encuentro, estando nosotros a un cuarto de legua de él. Informado el

⁽¹⁵²⁾ Esta carta se publicó en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, edición del 10 de junio de 1895, con este encabezamiento: “Desde Cuba libre. Carta que desde el campamento separatista de Jarahueca dirige un reputado Jefe cubano a un compadre suyo en esta ciudad, y la cual hemos logrado que nos sea facilitada para su publicación.”

⁽¹⁵³⁾ Cincuenta en vez de seis. La exageración, como se ve, es intencional.



enemigo de que Maceo venía atravesando el bosque muy cerca de la población, salió en su persecución, atacando la retaguardia en el lugar de Río Hondo. Maceo aceptó el combate y después de dos horas y 13 minutos de nutrido fuego con el enemigo, éste abandonó el campo de batalla, huyendo aceleradamente hasta Guantánamo donde estuvo algunos días muy alarmado, pues creía que Maceo iba a atacar el pueblo. La refriega les había costado 40 ó 50 bajas, pues un vecino que detuvieron, contó hasta 25 heridos y 1 muerto, no viendo a los demás porque los pasaban por otra parte. Un cuarto de hora después del combate nos reunimos con José Maceo sobre el campo de batalla.

En el Ramón de las Yaguas, el Coronel Victoriano Garzón hizo rendir la guarnición de aquel destacamento. A pocos momentos fué atacado por una columna, allí mismo, la que fué también derrotada. Todavía en estos días atrás se estaban recogiendo las armas que en el bosque habían dejado los fugitivos.

Aquí en este campamento hay más de 500 hombres fuera de las fuerzas que quedaron con Periquito Pérez y en Baracoa.

Antonio Maceo trae hoy 1,900 hombres; la parte oriental, le repito, tiene ocho o nueve mil hombres sobre las armas; de lo demás no puedo darle razón todavía y muy pronto estaré en las Tunas, de donde le podré dar más detalles.

Según va la cosa, creo que a España no le va a ser posible la defensa, porque no va a poder resistir el empuje de nuestras fuerzas tan pronto estemos organizados.

EL BRIGADIER, P. B.

El bravo Paquito Borrero murió heroicamente el 17 de junio de 1895, apenas un mes después de la caída de Martí. (Nació en Palma Soriano el 30 de marzo de 1846.) José Miró lo recuerda en sus *Crónicas de la guerra de Cuba*:

En el combate de Altagracia cayó el bizarro general Francisco Borrero, hombre de grandes méritos como militar y como patriota. Era hijo de Santiago de Cuba. Expatriado durante algunos años, no cesó de trabajar en el extranjero al lado de Gómez y Martí; vino con éstos en la expedición que salió de Santo Domingo. El general Gómez le había conferido el mando del distrito de Las Tunas, pero la falta de un subalterno adicto e inteligente que le acompañara en la invasión de Camagüey, le hizo llevar a Borrero por ser hombre de toda su confianza. Oficial valeroso y gran tirador, se puso en frente de las trincheras enemigas en el ataque de Altagracia, para hallar la muerte. Fué una gran pérdida para las armas cubanas.



RÉCEPTION

Société Française des Télégraphes Sous-marins

Mod. n. 1



Station de

POUR ST. DOMINGUE

DE M. G. Bousley

N.º d'origine	157	Indication de service	RECU
Le	11	le	11
Nombre de mots	34	ln	11

Consul Espagnol S. d

2912 2463 1419 29 1629 1412
 29 1959 3129 2463 34 61 55
 57 1912 1824 2619 3419 3512
 1816 1911 29 1019 712 3824
 219 1629 1019
 Espin

un copy - 100/100

Telegrama del 1 de abril avisando la salida de la expedición.



Al Consulado General de España Santo Domingo
a Vice Consulado de España Monte Cristi

1895
Abril 12

A 1 telegrama de palabras a 109,50 ps
" Espec pagado a un marino
por diligencia + embarque
de 88 + 64

11 52
10
21 52

P. C. O.
Monte Cristi 24 Mayo 1895
Antonio Espin
is



Plaza, Abril 10 195
Recibido del Sr. A Espin 410 diez pesos
por diligencias hechas por el -

Chale Strain

Recibo del espía que denunció la expedición de Monte Cristi.



ANGEL GUERRA

Nació en Holguín en 1848. Militó en la guerra de los Diez Años. De Cayo Hueso se trasladó a Monte Cristi. Vivió en Puerto Plata. Con el título de *Los hombres de la revolución*, *Angel Guerra*, se publicó en el periódico *El Avisador*, Santo Domingo, enero 10 de 1898, el siguiente artículo de Juan A. Calderón:

Entre los muertos con más honor y gloria en esta última campaña por la Independencia de Cuba figura el brigadier Angel Guerra y Porro, quien de simple soldado se elevó a la escala de los generales, y de rudo campesino ascendió con su ardiente patriotismo a la excelsa dignidad de los libertadores de su pueblo. Soldado de las tres guerras, a las tres ha contribuido con servicios importantes en puestos distinguidos.

Al estallar la primera en 1868 se encontraba en Holguín, su ciudad natal. Durante la conspiración había sido allí el auxiliar de confianza del benemérito camagüeyano señor Manuel Hernández Perdomo en la adquisición de pólvora y fabricación de cartuchos, siendo él precisamente quien consiguió de un sargento español las armas que se lograron sacar de aquel parque. Desde esos primeros trabajos demostró una sagacidad extraordinaria, que ha sido hasta el último día de su vida el rasgo sobresaliente de su carácter, y desde los primeros combates fueron notados por sus jefes su valor y habilidad en ellos. El general Julio Peralta le hizo oficial y jefe de su escolta; mas, pareciéndole algo pasivo el cargo solicitó pronto del Gobierno un puesto más activo en las fuerzas del general Calixto García Iñiguez, que era el rayo de la Revolución en aquellos primeros días. En ellas se conservó fiel a ésta el terrible año 1871, en que tantos la volvieron la espalda, y en ellas cooperó con distinción, entre otros brillantes hechos de armas, a los dos famosos copos de las columnas españolas del coronel Gómez Diéguez y del teniente coronel Aguilar, recibiendo en este último un gravísimo balazo en una ingle, que se consideró mortal durante muchos días. Tarea larga sería la de enumerar los combates de importancia en que tomó parte en aquella década gloriosa; aunque para dar idea de ello basta decir que el resto de la guerra mandó siempre alguna fuerza a las órdenes de los generales Máximo Gómez o Antonio Maceo. Injusta la fama con sus servicios de entonces, estos jefes le han hecho siempre cumplida justicia, distinguiéndole con su confianza y honrándole en todas partes como uno de los soldados más beneméritos del Ejército Libertador, en el que derramó otras muchas veces entonces su sangre y llegó al Zanjón con el empleo de coronel.



En la "guerra chiquita", en que operó por su propia iniciativa, fué donde se hizo más notorio que el Ejército Cubano tenía en él un guerrillero notable. Asaltada a medianoche en su casa por la fuerza pública, para evitar que secundara ese segundo movimiento, se escapó valientemente de sus asaltantes, perseguido a tiros y a caballo por ellos en las calles y en las afueras de la ciudad, y pocos días después con 65 campesinos desarmados sorprendió una madrugada, en las mismas puertas de Holguín, a una sección de caballería española que había salido a forrajear, y a las pocas noches en Bijarú a una escolta que regresaba de conducir un convoy, armando y municionando bien de esa manera a aquellos hombres. Sin otros elementos se dirigió en seguida sobre el importante poblado de Mayarí, donde existían desde la guerra anterior una fuerte guarnición y la célebre guerrilla de los hermanos Viro, al servicio de los españoles; y haciendo creer a uno de los Viro, en una entrevista secreta, que su fuerza era sólo una avanzada de la que llevaba, y atacando temerariamente a la guarnición logró que en medio del ataque se le incorporara aquella guerrilla, se apoderó así fácilmente de aquel extenso caserío, organizó en él una crecida partida, libró allí mismo después contra el general Varela y el coronel Pin, unidos, la acción más importante de aquella campaña; llamó por todo ello sobre sí toda la atención de la capitania general, y se burló después hábilmente de las grandes fuerzas enviadas contra él, no retirándose del campo hasta después que todos los sublevados en Oriente y mediante una garantía especial para él y los suyos, suscripta por el mismo capitán general Blanco, que se personó en Holguín en aquellas circunstancias.

Para la Revolución actual le estaba reservado un papel muy activo y en primera línea. Concebida ésta en Oriente en 1890 por el brazo gigantesco de Maceo, que la llevó después con las armas a toda la Isla y la sostuvo con sin igual denuedo en el extremo Occidental, el coronel Angel Guerra fué de los primeros convocados por él para la empresa, y cuando el Gobernador General Polavieja hizo salir de la Isla al general Maceo y al brigadier Flor Crombet, aquél se constituyó en uno de sus más activos continuadores, hasta que apercibido también de ello Polavieja lo prendió y expulsó para el extranjero a fines de 1891. Fuera de la Isla ha sido el primer eslabón de la cadena que ha unido después a la emigración separatista con los separatistas del interior. El fué quien inició a Martí en la existencia e importancia de los trabajos revolucionarios, él quien promovió en Cayo Hueso la inteligencia que aún no existía entre los conspiradores del interior y los patriotas del exterior, él quien llevó a Santo Domingo al general Máximo Gómez las primeras noticias de lo que se preparaba en Cuba y la primera solicitud de su cooperación directora, él quien primero y personalmente dió cuenta en Costa Rica al general Maceo del gran des-



arrollo de su obra, de las preparaciones en el exterior para auxiliarla y aun de las primeras complicaciones; y cuando llegó la hora solemne de la redención de Cuba, mereció el honor de ser escogido por el general Gómez, el caudillo aclamado por todos, para acompañarle con el brigadier Paquito Borrero a su entrada a la Isla, donde desembarcaron a las diez y media de la noche del 11 de abril de 1895, en la playa de Baitiquiri, con Martí, Salas y el dominicano Marcos del Rosario. Trece días vagó errante por intrincadas montañas este interesante grupo histórico, de que el ya brigadier Angel Guerra fué el primero en separarse, para tomar el mando de una brigada en Holguín y ser el primero en derramar su sangre.

Al quinto día de encargarse de su fuerza fué gravemente herido en Camasanz, el 15 de mayo, de un balazo en un pie, en combate contra el de la herida tuvo otra vez el honor de acompañar al general en jefe a la invasión de Occidente con uno de los primeros mandos en la columna de éste. Cuando regresaban satisfechos a Oriente a preparar otra campaña, otro balazo cortó su vida en el ingenio Santa Rosa de Baró, en Matanzas, luchando contra la columna del general Prats, el día 8 de mayo del año pasado.

Su nombre ha quedado inscrito, con su sangre y tan dilatados servicios, en lugar distinguidísimo entre los fundadores de la Patria.⁽¹⁵⁴⁾

CESAR SALAS

César Salas y Zamora nació en Cuba hacia el 1867. En 1895 tenía veintiocho años de edad. Era hijo del doctor Indalecio Salas y Pérez, deportado de Cuba, quien se refugió en Nassau, después en Honduras y luego en Santo Domingo. En la capital dominicana tuvo su clínica, en 1883, en la calle de la Universidad (hoy Padre Billini), frente al colegio San Luis Gonzaga. Era médico cirujano de la Universidad de La Habana. También vivió en Azua, acompañándole César. Cuando el doctor Salas retornó a Cuba, César se negó a acompañarle diciendo que sólo volvería a Cuba libre o como expedicionario. César fué maestro de escuela en Baní: enseñaba las letras en el pueblo de quien le enseñó a ser soldado.

(154) Véase noticias de Angel Guerra en *Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, 1938-1939, p. 101.



En septiembre de 1895 volvió a Monte Cristi, enviado por Máximo Gómez, a buscar a su hijo Panchito, con quien, después de varias peripecias, desembarcó en Cuba. Murió en el combate de Voladoras, Matanzas, el 30 de mayo de 1897.

Joven “puro y valioso de Las Villas..., manso y valiente, de buena casa villareña”, le llamó su compañero de expedición, José Martí.

MARCOS DEL ROSARIO

Marcos del Rosario y Mendoza, “bravo dominicano negro”, como le llamó el Apóstol, nació en El Biso, lugarejo de la sección de Guerra, no lejos de Santo Domingo. En 1895 tenía treinta y un años de edad.⁽¹⁵⁵⁾

El 24 de septiembre de 1936, le visitamos en su humilde casa de Villa Duarte, junto al Ozama: oscuro como un pedazo de ébano, alto, musculoso, fuerte, como esos viejos árboles de escasas hojas que dan impresión de eternidad. Cuando habla de guerras su voz es restallante, y mansa cuando recuerda tristezas. En él nada maravilla tanto como las manos, grandes y pesadas, que estrecharon la mano de Martí, que fueron ayuda diaria del Libertador, que esgrimieron el machete en Cuba libre, y que ahora cultivan la tierra que le da el sustento.

De los expedicionarios de Monte Cristi sólo él sobrevive. Sólo él puede aún, con la misma vitalidad de sus días épicos, empujarse ante la estatua de Martí o sujetar las bridas al corcel de inerte bronce del Generalísimo.

Ni la guerra ni los años le despojaron de la corteza campesina. Habla, como en su mocedad, el lenguaje de la campiña dominicana y refiere, saltando de un hecho a otro, sus andanzas guerreras:

(155) Acerca de Marcos del Rosario véase: artículo de Arturo R. Carricarte en *El Figaro*, La Habana, julio 1922; los artículos *Vir Bonus* y *Ante el acta*, de Federico Henríquez y Carvajal en su libro *Martí*, C.T., 1945; Leoncio Pérez, *Entrevista con Marcos del Rosario*, en *Listín Diario*, 18 nov. 1936.



Trabajé primero en Jainamosa con Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez. Allí me hice hombre. Después trabajé con Hatton en Caño Hondo. Allí había muchos cubanos. Yo servía de práctico en los viajes a Santo Domingo. Cuando se abandonó el proyecto de expedición por Caño Hondo vine a Mojarra con varios cubanos de la proyectada expedición. El cubano Betancourt vino a nombre de Martí a buscar tres hombres para la expedición y yo me fuí con Mayía a caballo. La primera noche dormimos en el camino. La segunda en La Vega en casa de Zamora. Al otro día llegamos a Santiago. Pasamos ahí la noche. Al otro día en la tarde salimos para Monte Cristi. Llegamos en la noche y me hospedé donde Máximo Gómez. El general no estaba. Al otro día Mayía me presentó a Martí y le dijo: "Es un hombre de confianza." Luego llegó el general y Martí me lo presentó repitiéndole al general lo que dijo Mayía. Me quedé como de la familia en casa del general.

Cantábamos cantos de la guerra:

Anda, hijo, no te "aterres"...

Paquito Borrero sabía muchas décimas. Decía Martí: "Pasar trabajo es asegurar la vida para siempre; no es la satisfacción de la barriga, sino del corazón." Gómez me decía: "El caballo que carga más que los demás no muere nunca, porque cuando desaparece, el dueño siempre dice: mi caballo, como ése no había otro."

No había un hombre más suave y cariñoso que Martí. Angel Guerra tenía una carnicería en Monte Cristi. César Salas era secretario del general.

Martí se ponía a enseñarme y me hizo una cartilla para aprender a leer. Cuando regresé a Monte Cristi Manana me guardaba la cartilla. Martí me sujetaba la mano para enseñarme a escribir, y me decía: "Yo voy a ser amigo suyo, que los amigos son a veces más que los padres."

Cuando nos encontramos con Maceo, habló Martí. Yo creía que habían ganado la guerra... Yo le decía a Martí *el adivino*.

Al arribar a Playitas, Marcos salta del bote y luego vuelve al leño abandonado para apropiarse dos argollas que se zafaron en la travesía, y exclama, dirigiéndose al Viejo y a Martí:

¡Si salgo con vida amarro con estas argollas mi hamaca en Santo Domingo, cuando vuelva...!

Marcos tuvo la gloria de convivir con Martí en los más solemnes días de su vida, desde el 1º de abril hasta el 19 de



mayo. Marcos le atendía solícitamente, como a un niño. En Cuba libre Martí va apuntando en su *Diario*:

Abril 12: Dormimos. Hojas secas Marcos derriba. Abril 14: Vemos, acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del primer machetazo la degüella... Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Gómez con el machete corta y trae hojas, para él y para mí... Marcos, ayudado del General, desuella la jutía... Cae la noche... Me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas... Mayo 16: Sale Gómez a visitar los alrededores... Marcos, el dominicano, hasta sus huellas!

En su bella entrevista *Dos horas con el coronel Marcos del Rosario* (La Nación, C. T., 2 abril de 1940), el licenciado Freddy Prestol Castillo recoge, en toda su pintoresca desnudez, los recuerdos de Marcos:

Yo taba pa los lao de Mojarra y Mayía Rodríguez, el administrador de "Jaynamosa", me habló. Y como cuando bía que bucé uno puerco alsao era yo... y cuando bía que amarrá algún toro era yo... y bía que bucé dos hombre que fueran guapo y que no se vendieran... yo le dije a Mayía: pa eso sirvo yo... y salimo de madrugá y dormimo en un pueblecito que llaman Cevico, en casa de un cubano llamao Zamora, no recuerdo el nombre... Díbamo pa Santiago de lo Caballero, porque Martí taba en Santiago, con un jefe, no recuerdo bien, creo que Güelito Pichardo. Martí andaba con Panchito Gome, el hijo del general Gome...

Pero cuando lo vide, creía que era demasiado débil. Y dipué vi que era un hombrecito vivo, que daba un brinco aquí y caía allá... En Cuba, cuando tábamo subiendo las loma, toditos cargaos, a veces se caía... Y yo diba a levantalo y de viaje me decía: "No, gracias, no, ya..." Y se levantaba rápidamente. Toditos íbamos cargaos, hasta el mimo Martí... De Santiago seguimo pa Monte Criste. Yo bía dormío en una caballeriza en Santiago. Iban Martí, Panchito Gome, un asistente y yo. Llevábamos los caballos cargaos, Martí llevaba también libros. Ese era hombre muy ilustraio...

Y mire que yo al general Gome no le guté a primera vita... no sé qué sería... tal ve sería en la vita... y me agüaitaba... y me volvía a agüaitá... Y el general me decía: "¿Qué va usted a bucé en Cuba...? ¿Se le ha perdido algo allá...? Pero usted es un vagabundo, que deja a su familia..." Y yo le decía: No, general, yo no soy vagabundo... mi gente tá bien, en lo campo de Guerra... vagabundo es el que tá en casa de juego... pero yo ando con



eta gente. Ellos me buscan pa peliá por su tierra; porque los españole no le dejan decí: *Viva Cuba*, y toavía me rompan las do pierna y toavía digo: *Viva Cuba*... El general no me quería dejá díme pa Cuba...

Cuando llegué a la goleta taba el viejito a proa... Cojió una tacita de plata que dipué yo le guardaba, abrió una damesanita y me echó aguardiente, y me dijo: "Toma, negro..." Y entonces me le pegué... me le pegué... porque yo no lo conocía y no taba seguro toavía y creía que podía pegame un tiro... pero no; taba calmao ya. Ese si era un viejito tremendo...: fuerte, fuerte, y muy ágil... Y hablaba muy alto, y a vece se subía y se quería tragá a uno, pero era buenazo... ¡Ay, si tuviera vivo mi viejito... (En este punto el coronel del Rosario se enternece y quieren asomar lágrimas a sus ojos ancianos). Yo se lo digo a uté. Si mi viejito o si Martí tuvieran vivo, yo no taría aquí... porque no me bían permitío está lejo de ellos... Martí... qué damita... qué hombre delicaao... él se bía criaio en lo colegio y era hombre sublime... El tenía un anillo hecho del metal de unos grillo que le pusieron, cuando tenía 14 año... y ya a esa edá luchaba por Cuba... Y Fermín Valdés Domínguez, su compañero, no tenía uña, porque los españole se las bían sacao... Martí... qué hombre tan sublime...

Nojotro díbamos pa Cayo el Güeso (Cayo Hueso)... no creo que era pa Cuba, pero el maldito jefe de la goleta, un tal Bastián, nos largó en Nassau. Tenía mieo... Recalamo a Haití... a Cabo Haitiano... El general Gome se hizo el enfermo; pero no tenía ná... y dique venía enfermo y lo atendían... pero no tenía ná... Fuímo a la casa del doctor Dellundé, un médico amigo de lo cubano... Yo no vía má que al dotor y a una sirvienta que limpiaba. No sé más ná de Cabo Haitiano. Martí y los otro, taban econdío... Al fin salimo. Tuvimo en Inagua y al fin jallamo un barco que nos puso cerca de la costa de Cuba, pa los lao de Baracoa... El barco nos dejó en la mar y bía una marejá terrible... Una noche ocura... No se vía ná... Martí tenía la brújula del bote y el general el timón. Un golpe de agua le arrancó el timón... y también se llevó el agua una cosa que el general traía en un bulto... el mar taba terrible. La noche taba negra... no víamo ná... Y entonce vimo unas luce lejo... y creíamos que era tropa epañola; pero eran pescadore... Y luchábamo con el mar que nos quería tragá... y no nos quería dejá llegar a tierra de Cuba... y al fin, así... de viaje veo unos farallones y pego un brinco y me trepo y seguío le doy el brazo y subo a Martí, dipué al general Gome... y dipué lo otro... Y el general Gome saltó de la roca a la playa; y cuando vido la tierra firme, de viaje besó la tierra y cantó como gallo!... cantó como gallo, eso dígallo uté...

Y yo, cuando lo oí que cantó como gallo, me dije: ¡Nos salvamo!... Yo creía que taba hecho to lo que veníamos a hacé... Y Martí taba muy



contento... Yo, como no sabía lo que era la guerra, creía que eso era to lo que bía que hacé. Salimo a caminá y dipué vimo una vereá (vereda) y unas vara atravesá... Eran pa cojé ganao, según dijén... Y cojimo la vereá para dí al pueblo...

Y dipué teníamo sé... y yo oí unos maco... ellos se sentaron a esperá y yo salí a ve si bía agua... y jallé un caballo y un ingenio de eso "quie-bragüeso" (trapiche rústico de tablas). Y molían... Y regresé y se lo dije y volvimos. Y cojí el trillo hasta que llegamos a la casa, donde bía gente... Nos fuimos ahí, ahí... y me fuí gateando y cuando vide do hamaca le dije a Martí y al general Gome: Sí, hay gente! Y en el bojío más no vía yo, porque había una perra parí y me amagaba...

Y acertó que era la casa del Inspector, uno que era de los epañole... Y bía una vieja que era de la "guerra vieja"... Y así que vió que era verdá que ahí taba Máximo Gómez, empezó a hablá... y los otros taban callao, porque no sabían quiénes éramo...

Yo me vide con la rienda del caballo hasta cojía por los epañole... Y me vide "copao" (cercado) por los epañole... Y una vé, tenía una pierna rompía y el general Gome en el pleito tiraba con su revolve y gritaba: "¡Cojan a Marco, cojan a Marco!"... Y como taba con la pierna debaratá (desbaratada) bía que curarme... y la pierna que no se querí curá... Y pa econdeme, me diban a bajá a un pozo... yo no quise y yo que no... Y verdá lo que decía Martí... Martí decía que yo sería un negro rico en fortuna... Y la pata taba que no quería curase... Y se mejoraba y la abrímo y le poníamo "maguey" y yerba de los monte... Y yo trepao en mi caballo peliando... El general Gome le escribió a Estrada Palma y le hablaba de mi pierna... Y al fin me curaron...

Fué en Do Río... Ese fué el primer pleito el primer día que dí mache-tazos... Martí era un valiente. ¡Dígallo! Martí era un valiente. Eso dí-galo uté. Martí murió porque se metió peliando en medio del campamento epañol... y montaba su caballo y venía corriendo tirando tiro. Le diré cómo. A Martí lo dejamos ese día atrás, en una sitiería (ranchería, po-bladillo) por orden del general Gome. Lo dejamo en casa de Veguita, el jefe de la escolta del general; y salimos a atacar a Remancanagua y a cogé un convoy. Habíamo esperao inútilmente, dipué de poner embocá (emboscadas). El convoy no venía. El general Gome ordenó situarno en otro potrero. Y mandamo carta a Martí con un expreso. Los epañole cogién el hombre y lo amarrán. Querían que les enseñara cuál era Máximo Gome... El hombre les dijo: "Uno que anda en el caballo blanco es él"... Y dipués, el hombre les dijo que los iba a llevá donde taba Máximo Gome... y los llevó pa los lao donde estaba Martí... Martí venía hacia donde tá-bamo nojotro, en compañía de Masó, que bía llegao con tropas cubanas y ya Martí lo bía comunicado al general Gome. Nojotro tábamo contento,



por esa noticia, y hata leche bebíamos en un corral. Ahí mismo, por coincidencia, dipué cayó Martí... Yo vide su sangre... Y así fué... él venía y nojtro del otro lao y veníamos tirando y él se metió entre la tropa epañola... Cuando lo mataron yo hata tuve al llorá... porque hombre como ese... Ná, ná... yo creía que tábamo perdido ya... Y el general Gome se entriticó, pero era un gallo tremendo, y me dijo: "Marco: ahora, por do cosa contra los epañole... por la libertá de Cuba y por la sangre de Martí"... Si Martí hubiera tenía siquiera tre mese de guerra no lo matan...

En *Mi Diario de la guerra*, el general Bernabé Boza, jefe de escolta del general Gómez, recuerda a Marcos:

Día 18. (Noviembre, 1897.) Con motivo de ser el santo del general en jefe, todos los jefes y oficiales del campamento al frente de los cuales se encontraba el general José Miguel Gómez, fuimos a felicitarlo y a reiterarle nuestro incondicional apoyo y subordinación y a jurarle fidelidad, mientras él mantuviera en sus manos, con la honra que lo hace, la bandera de la patria, que representa su independencia absoluta.

En nombre de las fuerzas del cuarto cuerpo, habló el teniente coronel Enrique Villuendas con su elocuencia natural. En el del estado mayor y escolta del general en jefe, el teniente coronel Melchor Mola y entonces sin previo aviso, sin esperarlo nadie, se adelanta un negro de talla colosal, de ojos grandes, muy abiertos, que eran en aquellos momentos espejos donde se reflejaba su alma buena y generosa y dijo:

—“Yo no sé hablar; soy un negro dominicano sin instrucción; pero sé decirle a los cubanos, que he venido aquí para pelear por su independencia, y mientras me quede una gota de sangre en el cuerpo, mi corazón y mis brazos son de Cuba y nada más!”

Aquel hombre, extranjero, noble y generoso, cubano por su heroísmo, era Marcos Rosario Mendoza, Ayudante del General en Jefe.

El dijo más que lo que todos nosotros hubiéramos podido decir. ¡Sí, señor!

El General nos abrazó a todos y desfilamos tranquilos y satisfechos.

El general Gómez, terminada la guerra, complació a Marcos permitiéndole regresar a su tierra. Siempre le recordó con cariño y no dejó de atenderle, como lo merecía un prócer de Cuba y fiel compañero. En carta del 1º de agosto de 1898 a su primo Francisco Gregorio Billini, la decía el General:

Será el dador de la presente Marcos del Rosario, el dominicano fiel, la



historia del cual debes conocer, pues mucho he escrito sobre ella. Único superviviente de los cinco que conmigo pisaron estas playas heroicas, retorna a la Patria querida después de recio y continuo batallar, lleno de gloria... A dominicanos y cubanos les recomiendo mucho que traten de complacer a quien por su honradez y valor se lo merece.

En carta del 9 de septiembre de 1902, el general Gómez le decía a su amigo y compatriota licenciado Cayetano Armando Rodríguez:

De tantos amigos y primos que tengo en Santo Domingo, se me ha ocurrido dirigirme a usted para que me preste un servicio.

Tal vez usted no conozca a Marcos del Rosario, pero procure conocerlo. Mándelo llamar. El en la actualidad es Alcalde, de no sé que punto no muy distante de la Capital. Marcos y yo fuimos los únicos supervivientes de la célebre expedición de los seis: Martí, Borrero, Guerra y Salas fueron los otros, cubanos.

Le adjunto los documentos que me ha de llenar Marcos para que usted me lo arregle todo, pues él no entiende de esas cosas. El ingreso de Marcos en el Ejército se debe empezar a contar desde el 1º de abril de 1895, y durante toda la campaña hasta que se terminó la guerra, fué, siempre, mi primer Ayudante de Campo. Lo demás va todo explicado.

Si todos esos papeles me vienen bien despachados con el mismo *Julia*, a su vuelta, va usted o oír decir, agradecido yo de sus servicios, a mí y a Marcos, que usted es un dominicano bueno y activo.

Ayer leí el *Figaro* del domingo. Trae magníficos retratos de Vásquez y Guelito. Yo estoy contentísimo.

De Mojarra es Alcalde Marcos, ese pueblo está al lado del ingenio "San Isidro", de E. Hatton.

En carta posterior, al licenciado Rodríguez, decía:

Su carta de usted, junto con los papeles de Marcos están ya en mi poder. Y para satisfacción de usted debo decirle, que en unión de mis compañeros de Comisión, hemos encontrado muy bien despachado todo.

Puede decir a Marcos que no tenga cuidado que yo me ocuparé de sus papeles, así como cuando llegue la hora de pagar entre yo y usted (si estamos vivos) también le arreglaremos eso.

Y en otra misiva del 7 de octubre de 1902, agregaba el General:



Hemos recibido la planilla y todos los demás papeles del valiente Marcos del Rosario, que encontramos muy bien despachados, gracias al interés que usted se tomó en ello. Y dígame a él que sus compañeros de armas no le olvidamos.

Entre los humildes de la guerra de Cuba, Marcos fué el más glorioso. Murió en La Habana el 23 de abril de 1944.

MAYIA RODRIGUEZ

El general José María Rodríguez (Mayía) fué uno de los más activos auxiliares de Gómez y de Martí en los preparativos de la expedición de Monte Cristi. Sus viajes de Monte Cristi a Santo Domingo fueron decisivos para la financiación de la empresa expedicionaria. Fué quien llevó, después de la célebre entrevista con Lilís, la orden de los \$2,000.00 ofrecidos por él para la expedición Gómez-Martí y para la de Maceo-Crombet. También llevó a Monte Cristi, por orden escrita de Martí, los fondos recaudados por los clubs de Santo Domingo, *Hijas de Hatuey y Patria y Libertad*.

En la guerra chiquita Mayía fué preso y encarcelado en España. Antes de la guerra del 95, fué sobrestante en el ingenio Jainamosa, en las inmediaciones de Santo Domingo. Se casó con la dominicana Manuela María Pou.

En junio de 1895, Mayía organizaba en Santo Domingo una expedición hacia Cuba libre, lo que dió lugar a serias denuncias del Cónsul de España. Para burlarle, el presidente Heureaux dispuso el allanamiento de la casa de Mayía, el 12 de julio de 1895, encontrándose allí algunas armas. (En el Archivo General de Nación, legajo 154 de Interior y Policía, se encuentra el expediente del caso, marcado con el número 1.) Mientras tanto Mayía se embarcaba tranquilamente en Barahona, en el vapor *George W. Childs*, con cuarenta y tres expedicionarios. Después de varias peripecias y de cambiar de barco, arribó a las costas de Cuba el 24 de julio de 1895. *Patria* publicó entonces, el 3 de julio, sendos retratos,



de él y de otro valeroso general cubano radicado en tierra dominicana: Serafín Sánchez.⁽¹⁵⁶⁾

“De nuestras playas partió también—dice Lorenzo Despradel—, acompañado por un grupo de cariñosos dominicanos, el general Mayía Rodríguez, que ostentaba en su pierna claudicante el sello más visible de su heroísmo en los campos de batalla.” El heroico cojo, le llamaba el general Gómez.

No olvidó Mayía a sus amigos dominicanos. En *El Eco de la Opinión*, del 25 de junio de 1898, se publicó la siguiente carta suya dirigida desde Cuba libre al director del periódico, don Francisco Gregorio Billini, primo del general Gómez:

CUARTEL GENERAL EN LA HABANA

a 18 de mayo de 1898.

Señor

Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo,

Señor:

La incesante labor, que usted como hombre de guerra conoce, de la campaña, cede hoy un momento al placer de saludar al noble amigo de Cuba, que tiene parte de su familia y de su corazón en el Héroe que dirige nuestras legiones.

Y lo que hay de decir ha de alegrar a usted y a cuantos sientan amor y fe en los pueblos tristes, a América en el corazón. Porque vamos, con la frase famosa de Córdova, “armas a discreción y paso de vencedores”. Se combate y se triunfa donde la lucha se busca, y donde no era prevista. Matanzas y La Habana en sus llanuras abiertas, en las que fué avara de defensas la Naturaleza, y pródigo el enemigo, hoy ven la tricolor en cada altura y serpenteando entre pueblos y trochas e ingenios fortificados las fuerzas libertadoras. Y están como campanas a vuelo los hombres, y la tierra, toda de púrpura y mártires, irradia triunfo.

Y al terminar mis dos combates últimos, Cocos y Flor de Mayo, el 6 y

(156) En una carta del 30 de junio de 1895, a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, decía Mayía: “El vapor está en malísimas condiciones... Es indispensable que manden los \$10,000 a Jaime Vidal... A ambos recomiendo mi familia que queda en Santo Domingo sin recursos. Mi señora se llama Manuela Ma. Pou de Rodríguez. Espero que se le pasarán cien pesos mensuales. Entiéndanse con Jaime Vidal o Hatton para la mesada de mi familia.”



el 14 del mes actual, pude con placer oír la voz tremenda, voz hermana, de los cañones que América envía en nuestro auxilio. Qué ejemplo el de la patria de Alejandro Hamilton.

En nuestra pobre Cuba se han dado cita sin distinción de pueblos, ni razas, los brazos fuertes y las almas buenas. Y en ese concurso universal a la libertad cubana y a la creación de una república para la humanidad entra con mucho la ofrenda dominicana. Y si no tratara a la gloria de Quisqueya y a su conquista generosa del corazón cubano la representación heroica de su juventud en el torneo, para conmover el mundo, para probar en la liquidación sangrienta de cuatro siglos, y en el alma americana, la patria de Duarte y Espaillat, vibrará sólo un nombre que hace tres años oye Cuba, como mandato de victoria: Máximo Gómez.

Por todo esto y cuanto es grato recordar y porque allí he formado mi familia, saluda a usted, y a su noble patria, su amigo,

J. M. RODRÍGUEZ

En La Habana, el 24 de mayo de 1903, murió el valeroso Mayía Rodríguez.

NICOLAS RAMIREZ

Este nobilísimo patriota cubano era casado con doña Rafaela Pavón. Tenía una farmacia en la calle de las Rosas, hoy Dieciséis de Agosto. En Santiago formó su familia. Hijos, nacidos allí: Adolfo, Gilberto, Sofía, Miguel Angel, María Luisa y Máximo, citado por Martí. En su casa se hospedaba Martí. En el patio, a la sombra de un árbol, el Apóstol leía y de rato en rato interrumpía sus lecturas para escribir sobre un cajón que le servía de mesa. A nuestro querido amigo don Ricardo Limardo (Bubul), le debemos el siguiente apunte:

Le conocí poco y casi de vista, tanto en Santiago como en Puerto Plata. Vino al país por los acontecimientos de Cuba, su patria. Era de gran estatura, portaba largas barbas, que le dicen patillas, pelirrojo; estaba establecido en Santiago con una farmacia y muy considerado. Miguel Angel Ramírez, que fué Jefe de Puerto en Puerto Plata durante la Administración de Morales y a quien Fermín Pérez, entonces Gobernador, mandó a los marinos con orden de hacerlo preso o matarlo, fué herido en una pierna, que hubo que amputarle. Era hijo de don Nicolás.



José Nicolás Ramírez Peláez nació en Camagüey el 9 de septiembre de 1851. A los diecisiete años, al estallar la guerra de Cuba, en 1868, entró al servicio de su patria. Figuró en la expedición del *Virginus* a las órdenes del general Bernabé Varona. Fué hecho prisionero. Al recuperar la libertad volvió a la manigua. Tras el fracaso de la revolución se estableció en Santiago de los Caballeros. Su esposa, Rafaela Pavón, tan celebrada por Martí, tenía sus méritos propios como patriota. La suya fué una familia de mártires de la causa de Cuba. La ayuda de Ramírez, a Gómez y a Martí, en los solemnes días de la expedición, está patente y viva en las cartas que le dirigieron el General, Martí y Mayía Rodríguez y Panchito Gómez Toro, insertas en esta obra. El general Gómez le dedicó una fotografía, hecha en Nueva York en 1894, en la que dice: "A un hombre que quiero, a un cubano de los mejores. A José Nicolás Ramírez. Cariño de M. Gómez. Monte Cristi, 20 agosto de 1894." (Interesantes noticias de Ramírez en el magnífico artículo de Roberto P. de Acevedo, *Nicolás Ramírez, el hombre de confianza de Martí y Gómez*, en el diario *El País*, La Habana, 25 de febrero de 1939.)

Máximo Gómez supo apreciar los méritos de don Nicolás Ramírez. En una carta del 9 de marzo de 1899, dirigida desde La Habana al dominicano don Francisco Villanueva, de Santiago de los Caballeros, le decía: "Respecto a lo que me dice del buen amigo Ramírez he tomado buena nota y oportunamente haré cuanto pueda en obsequio de patriota tan decidido y constante." Pocos días después murió don Nicolás. La revista *Letras y ciencias*, de Santo Domingo, publicó la siguiente nota necrológica escrita por el maestro don Federico Henríquez y Carvajal, en su edición del 15 de abril de 1899:

Coronel cubano. Fué de los veteranos de la guerra de los Diez Años. Al lado de Máximo Gómez, que era su ídolo, hizo esa reñida campaña. Viejo y achacoso—domiciliado en Santo Domingo por muchos años—, se moría de santa envidia por no hallarse en los campos de Cuba durante la última campaña. Pero fué infatigable en la diaria labor de recoger el



óbolo destinado a la guerra. Acaba de morir en Santiago de los Caballeros. Paz, patriota cubano!

Martí no olvidó la hospitalidad del coronel Ramírez. En sus *Apuntes de un viaje* le recuerda. Dice: “Ahora que escribo, mientras mis compañeros se sanean, en la casa pura de Nicolás Ramírez..., que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario.” De casa de Ramírez pasan Martí y sus compañeros, Gómez y Collazo, a la finca de Manuel Boitel, al otro lado del Yaque. Martí, poeta, hombre de espiritualidad exquisita, tiene un “gentile pensiero” para la esposa de don Nicolás. “Cogemos flores—dice—para Rafaela, la mujer de Ramírez.” Este podría ser el epitafio de la noble mujer.

DOCTOR ULPIANO DELLUNDE

El 12 de noviembre de 1880, por recomendaciones del doctor R. E. Betances al general Luperón, el doctor Ulpiano Dellundé fué designado médico sanitario de Puerto Plata. Vivió en Santiago de los Caballeros, luego, y en junio de 1883 volvió a Puerto Plata. Después se trasladó a Cabo Haitiano. Hombre caritativo y generoso, sacrificó sus bienes por la libertad de su Patria. Su esposa se llamaba Dolores Arán, quien vivió en Santiago de Cuba. (Véase dedicatoria, a Dellundé, de un ejemplar de *Versos Sencillos*, en Obras de Martí, colección de Gonzalo de Quesada, vol. XI, La Habana, 1913.) En unos apuntes escritos a solicitud nuestra, dice don Ricardo Limardo:

El doctor Dellundé, cubano, vivió muchos años en Puerto Plata, hombre educado, de fino trato, se puede decir que curaba de balde, muy querido y popular, luego se trasladó al Cabo Haitiano por mejorar de situación; fué siempre entusiasta patriota y todo lo daba por Cuba, fué muy sentida su partida. Su señora, doña Lola, era mujer distinguida, de Puerto Rico, con educación francesa, y toda la infelicidad de esta buena pareja era, el no haber tenido hijos que al fin adoptaron tres infelices niñas. De esas



tres niñas formaron tres cultas señoritas casando una con el hijo del ingeniero Tomaseth, otra se puso loca por desengaño amoroso y la más joven fué en Cuba profesora con las consideraciones que le reflejaban los méritos del doctor. Murió en Santiago de Cuba y me parece que la viuda también; ignoro qué fué de Rosita. En el Cabo hace unos años vi a la viuda Tomaseth con sus niños.

JOAQUIN MONTESINO

Joaquín Montesino vivía en Monte Cristi en 1880. Desde allí le escribió al general Antonio Maceo, a la sazón en Puerto Plata, el 4 de agosto de ese año, diciéndole:

Yo estoy pobre y bastante arruinado, pero para Cuba y para hombres de las cualidades de usted siempre estaré dispuesto.

En 1892, era encargado de la Agencia Comercial de J. I. Jimenes en Dajabón. En 1895, presidente del Ayuntamiento de esa población. Volvió a ver a Martí en 1892, quien le menciona en diversos escritos, así como en sus *Apuntes de un viaje*, de 1895. Entonces, estando Martí en Monte Cristi, Montesino fundó en Dajabón el club revolucionario *General Cabrera*.

A don Bubul Limardo le debemos el siguiente apunte acerca del noble isleño Montesino Trujillo:

Donde estuve más en contacto con Montesino fué en Port de Paix, Haití, cuando la casa de Kainer i Co., donde estuve diez años empleado, llevó a Palmer Smidt ingenieros para hacer los estudios de un ferrocarril que partiendo de ese lugar terminara en Gonaives. Acompañaban a Smidt el también ingeniero Mc Gregor y Bidwell, este último murió en Santiago donde residió con su familia.

Montesino, aunque isleño, se consideraba cubano; vivió mucho en Monte Cristi y trabajó en los cortes de campeche, acarreos, etc., y con ese propósito fué llevado, pues con haitianos la empresa no iría adelante y él llevó una cuadrilla dominicana. Recuerdo que cuando Jimenes pasó por Port de Paix, me dejó una carta para que fuera a unirle y yo me dirigí al campamento de Montesino a reclutar los dominicanos, eran cuarenta o



PÁGINAS Y APUNTES DIVERSOS

más y, como algunos vacilaban él los arengó con voz de trueno, pues era sordo diciéndoles que no había que pensar en nada sino correr a defender el país.

Fracasada la empresa por la guerra que le hizo el comercio de Gonaives, que se apoyó en el bárbaro delegado Jean Jimeaux, Montesino se volvió a Monte Cristi o Dajabón.



LAS IDEAS DE MARTI EN SANTO DOMINGO

Fugazmente apartado de los afanes revolucionarios, como solía hacerlo para gloria de las letras americanas, José Martí escribió con destino a la *Revista científica y literaria* de Santo Domingo, dirigida por el doctor Guillermo de la Fuente y por el poeta José Joaquín Pérez, su bello y sustancioso artículo *Maestros ambulantes*.⁽¹⁵⁷⁾ En los mismos días, 1883, Pérez daba a conocer a los dominicanos a Rubén Darío, proclamándolo como gran poeta, cuando apenas comenzaba a nacer en su país la fama del inmortal nicaragüense.⁽¹⁵⁸⁾

(157) Acerca del citado artículo de Martí, inserto en la presente obra, véase *Mentor Ilustrado*. Periódico para niños. Editores propietarios Juan Bellido de Luna & Co., New York, feb. 1885, año IV, No. 38.

(158) Este artículo se publicó originalmente en la extinta revista dominicana *Analectas* y luego en Cuadernos Dominicanos de Cultura, C.T., abril, 1945. Reproducido en *Archivo José Martí*, núm. 4, 1942, con el siguiente comentario de Félix Lizaso: "*Las ideas de Martí en Santo Domingo*. En Santo Domingo se comentó por primera vez la idea de Martí de crear "maestros ambulantes" para nuestras tierras de América. Así lo hace saber el propio Martí en su trabajo publicado con ese título en la revista *La América*, en 1884, y que, desconocido desde entonces, tuvimos la fortuna de hallar y poner nuevamente en circulación, en el volumen que titulamos: *José Martí, Artículos Desconocidos*. En ese artículo, el historiador dominicano Emilio Rodríguez Demorizi, a quien debemos bellas páginas sobre nuestros hombres y muy especialmente sobre Martí, comenta aquella idea suya sobre maestros ambulantes y su aplicación en Santo Domingo. El trabajo nos llega en un recorte sin indicación de fecha ni periódico en que apareció, aunque fué publicado en este año. Lo recogemos en estas páginas por su gran actualidad y porque revela puntos importantes sobre el interés que esa idea de Martí despertó en la hermana República." Fué nuevamente reproducido por Lizaso, en *Archivo José Martí*, No. 10, 1946, con la siguiente nota: "En el volumen *Artículos Desconocidos de José Martí*, que en 1933 publicamos en la *Colección de libros raros o desconocidos* que dirigía el Dr. Fernando Ortiz, y en el cual dimos



“Pero ¿cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de *La América* del año pasado que tengo a la vista? Esto—decía Martí—se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.” Y a ese caballero, José Joaquín Pérez, iban dirigidas las nuevas ideas del Maestro.

Con su optimismo de siempre, que a veces tocaba las lindes de la utopía y de lo irrealizable, Martí proponía que hombres ilustrados y de buena voluntad emprendiesen una cruzada cultural por los campos de América, para que revelasen a los ignaros campesinos “su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro, y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo”.

Las ideas de Martí no hallaron en Santo Domingo tierra estéril. Corría el año de 1884. No hacía un mes de haberse regado la simiente promisor, cuando, al hacerse cargo de la Presidencia de la República, el ciudadano Francisco Gregorio Billini, convirtió en ley el pensamiento de Martí, estimulado por José Joaquín Pérez, a la sazón Secretario de Justicia, Fomento e Instrucción Pública.

¡Qué bello catecismo de cultura y de ejemplar civismo contiene el *Reglamento para Maestros Ambulantes* dictado por Billini! En él creábase la legión de los Maestros Ambulantes y se determinaba la forma en que debía llevarse la luz de la instrucción a través de los campos, tal como llevaron el emblema de Cristo, por las tierras de América, los compañeros de Las Casas.

a conocer más de sesenta trabajos que hasta entonces no habían sido recogidos en libros, pertenecientes a la revista *La América* que Martí dirigió en Nueva York en los años 1882-1883, se incluyó el titulado “Los Maestros Ambulantes”, que había publicado Martí en uno de los números de aquella revista. Consideramos de vivísimo interés cuanto acerca de ese trabajo ha escrito el señor Emilio Rodríguez Demorizi en la publicación *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, de donde reproducimos su trabajo.”



Frente a la altruista empresa no habían de faltar los escollos del pesimismo. El presidente Billini recibió una desalentadora carta de un amigo de Santiago de los Caballeros, en la que se le mostraban los insuperables inconvenientes que se oponían a la creación de los Maestros Ambulantes. Billini respondió con palabras que bastarían para cimentar su gloria, si él no tuviera otras más altas: "Usted podrá tener razón—decía—, pero yo me siento con energía y con inquebrantable decisión para propagar por todo el país la instrucción pública. Es por eso que al sueldo de los maestros y maestras y profesores estoy dispuesto a darle preferencia sobre cualquier otro; será muy grave el caso para que consienta yo en posponerlos. Cuando no haya para nadie debe haber para esos obreros del porvenir. Yo prefiero que no se pague mi sueldo, prefiero que se disgusten algunos jefes que cogen asignaciones."

Así, con tan hermoso principio, se inició la singular cruzada, y por los campos del Seybo, de San Cristóbal y de otros lugares de la República, entonces olvidados y distantes por falta de caminos, aparecieron los maestros ideados por Martí, como luz radiosamente encendida en aquellas soledades.⁽¹⁵⁹⁾

Infortunadamente, antes de que pudiera recogerse la primera cosecha espiritual, sobre el surco recién abierto soplaron las borrascas de las disensiones civiles, y Billini abandonó su alto ministerio "sin que sufriese menoscabo ninguno en su derecho ni en su majestad".

Más tarde, en septiembre de 1892, estaba Martí en Santo Domingo. Entre los privilegiados que tuvieron la gloria de

(159) Acerca del funcionamiento de los maestros ambulantes creados por Billini puede verse en la *Gaceta Oficial*, No. 548, 31 enero 1885, el Acta de Instalación de las Escuelas Ambulantes de Pedro Sánchez y La Candelaria, secciones de El Seibo, el 17 de enero de 1885. El Maestro Ambulante fué el Sr. Elías Bobadilla. En *G.O.*, No. 550, 1885, instalación de la Escuela en Arroyo Grande y El Llano, secciones de El Seibo, el 4 feb. 1885. Maestro Tomás Bobadilla. En *G.O.*, No. 563, 1885, instalación de la Escuela de Sainaguá, común de San Cristóbal, el 3 de noviembre de 1884. Maestro, Profesor Juan Pablo Pina. Estas actas de instalación se redactaron en virtud del artículo VI del Reglamento de los Maestros Ambulantes. Juan Pablo Pina fué segundo esposo de Erciná Chevalier, y padre de crianza de Julia Molina Chevalier Viuda de Trujillo, madre del Generalísimo Trujillo.



estar siempre a su lado, se contó José Joaquín Pérez. Y él fué también uno de los que, en altas horas de la noche, acompañaron a Martí en su secreta y arriesgada salida en el balandro *Lépidio*, hacia Barahona. De la bella aventura recogió Pérez el recuerdo en sus bellas páginas *Nuestro Adiós a Martí*.

Años después, en febrero de 1895, casi en vísperas del crepúsculo de Dos Ríos, Martí se hallaba "en traje de camino", rodeado de admiradores y de amigos en la sala del Centro de Recreo de Santiago de los Caballeros. Hablóse del pensamiento de Martí realizado por Pérez y por Billini. Y el Apóstol recogió en su *Diario* el recuerdo de la edificante y animada tertulia:

En el *Centro* fué mucha y amable la conversación: de los libros nuevos del país, del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la Sociedad para los muchachos pobres, de los Maestros Ambulantes, los maestros de la gente de campo, que en artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez en la Presidencia de Billini.

¡Cómo le complacería al Apóstol conversar, en tierra dominicana, de tema tan sugestivo! Porque él, puede decirse, no conoció mejor otras campañas que las campañas dominicanas. Las había conocido en sus trascendentales horas de plática con Máximo Gómez, en sus labranzas aladañas al Yaque; en su largo viaje desde Monte Cristi hasta Santo Domingo por ásperos caminos; y luego, en sus andanzas por los campos de Santiago y de La Vega, a lomo de caballo, entre soldados y campesinos.

El era, también, de la ilustre legión de los Maestros Ambulantes; y dondequiera que estuvo, mar, ciudad o campo, ejerció su perenne apostolado: jamás nadie dejara de aprender alguna alta lección en su presencia.

Sin embargo, ¡cuántas de sus lecciones olvidadas o escarnekidas! Pero día llegará en la historia de América en que se haga la tremenda inquisitiva: ¿en dónde sobreviven las ideas de Sarmiento, las ideas de Hostos, las ideas de Martí?



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Entonces, al menos, Santo Domingo, podrá enorgullecerse de haber sido la primera o quizás la única nación americana que realizó la civilizadora idea de Martí.

Alguna vez no podría decirse que “quien lleva una luz se queda solo”.



HENRIQUEZ Y CARVAJAL Y EL CULTO DE MARTI EN SANTO DOMINGO⁽¹⁶⁰⁾

Fué el bardo de *Fantasías indígenas* de la Española, José Joaquín Pérez, el primero en dar a conocer a José Martí en la vetusta Santo Domingo, en 1883, en los mismos días en que hacía admirable vaticinio de lo que había de ser Rubén Darío, apenas conocido entonces más allá de sus estrechos lares del Momotombo. Fué Máximo Gómez, el guerrero más fiel a las ideas civiles de Martí, quien selló en la manigua la fraternidad de Santo Domingo y Cuba y a quien debemos que el Apóstol pisara tierra dominicana en honoradora busca de un dominicano. Y fué Américo Lugo, el gallardo prologuista de *Flor y lava*, el primero en publicar una antología de Martí, a quien conoció y trató en sus solemnes días de Monte Cristi.

(160) Este artículo, dedicado a Félix Lizaso, fué escrito en 1948, con motivo del centenario del nacimiento de don Federico, y publicado en *La Nación*, C.T., 16 sept. 1948 y en *Archivo José Martí*, No. 13, 1948. Fué escrito en Bogotá, donde ejercíamos las funciones de Ministro de nuestro país. Entonces, en compañía del Senador Gilberto Alzate Avendaño, fuimos a la capital dominicana a abrazar al Maestro al cumplir sus cien gloriosos años. De 1928 a 1947, convivimos con el Maestro. Fuimos vecinos suyos durante 10 años, y en el mismo lapso Secretario de la Academia de Historia, de la que él era Presidente. Fué nuestro Maestro de Derecho Constitucional en la Universidad de S.D. A su lado nació la presente obra. Acerca de las relaciones de Martí y de Henríquez y Carvajal se han escrito muchas y bellas páginas, entre otras: de Félix Lizaso, *Don Federico, el hermano de Martí* (en *Archivo José Martí*, No. 10, 1948); de Emilio Roig de Leuchsenring, Gabriela Mistral, Elio Leiva y Luna, en Federico Henríquez y Carvajal, *Todo por Cuba*, Homenaje del Municipio de La Habana, 1948; de José M. Chacón y Calvo, Félix Lizaso, Andrés de Piedra Bueno, Elio Leiva y Luna y Alberto Baeza Flores, en *Archivo José Martí*, No. 13, 1948.



Pero fué Federico Henríquez y Carvajal quien tuvo la gloria de encender y reavivar cada día, junto al Ozama, la inapagable llama del culto de Martí.

¿Cómo nació la amistad entre el Apóstol y el Maestro dominicano, gran periodista y gran difundidor de cultura, y más grande aún en su secular vida de ideales jamás desfallecientes?

Maceo, al llegar a la tierra de Máximo Gómez, había de tocar a la puerta de los bravos: de Gregorio Luperón, de Ulises Heureaux. Así Martí, que blandía otra espada, más alta y luminosa, había de llamar a la puerta de un guerrero, de Máximo Gómez, y a la vez a la de un hombre de pensamiento. Y nadie mejor que Federico Henríquez y Carvajal, cuya revista *Letras y ciencias* era entonces, año de 1892, el más vivo estandarte de la cultura dominicana. Nadie mejor que él por el férvido entusiasmo con que acogía todo empeño civilista y por la posición que ocupaba entre los hombres civiles de su tiempo: el más activo, el de palabra más fácil, el más accesible a las llamadas de la gloria, el más idealista de todos. Martí mismo explica por qué se encamina el hogar del Maestro dominicano: porque “se duele de toda injusticia, y ayuda a toda empresa de libertad, y busca por sobre mares y montañas el mérito americano, y enlaza a nuestros pueblos con las letras amigas y suaves, y los ama con pasión”. No erraba el Apóstol al decir que por Federico Henríquez se vería “cómo se quieren Cuba y Santo Domingo”. Nada más cierto. Por el Maestro dominicano, por su pasión de Cuba y de Martí, se vió siempre como cosa viva y entrañable y perenne, la fraternidad dominico-cubana.

En 1892, por vez primera, sobre la tierra de Hatuey se alza la egregia y frágil presencia de Martí. En largas pláticas con Máximo Gómez queda sencillamente convenida, sin pactos ni laboriosas condiciones ni discrepancias, la libertad de Cuba. La jornada ha sido larga, a lomo de caballo, de Monte Cristi a Laguna Salada y a Santiago de los Caballeros. Desde allí, rumbo a Santo Domingo, Martí le dirige un telegrama a Hen-



ríquez y Carvajal, cordial y breve mensaje que publica la prensa alborozada. En el camino, en La Vega, Martí conoce a otra eminente figura de las letras antillanas; a Federico García Godoy. Pocos días después el Apóstol está en la hidalga Santo Domingo. Manuel de Jesús Galván, cuyo *Enriquillo* tanto cautivara al insigne viajero, le saluda con una justa frase que el recién llegado jamás olvidará: "He aquí lo que faltaba a la América hasta ahora: el pensamiento a caballo."

Con fraterna efusión le recibe Federico Henríquez y en el primer abrazo queda consagrada la amistad más pura y más fecunda. Son apenas dos días, pero bastan para la estrecha comunión de ambos espíritus. Lo más preclaro de la romántica ciudad acompaña a Martí; y en la velada que le ofrece la benemérita Sociedad de Amigos del País, Federico Henríquez es quien lo presenta:

Este que veis aquí, huésped de amor de la Ciudad del Ozama, bienvenido y sin duda bienhallado, es el cubano clarísimo hacia el cual convergen ahora—como hacia Aguilera y Céspedes en vísperas del decenio heroico—los anhelos y las esperanzas de los adictos a la causa revolucionaria de Cuba. ¡Es José Martí! Viene conmigo de mi hogar, que es suyo, por él en júbilo hasta ahora...

Después hablan Francisco Henríquez y Carvajal, Manuel de Jesús Galván. Habla Martí. Como en los tiempos de Montesino, de Córdoba y Las Casas, la palabra ostenta sus excelsos atributos. En el auditorio maravillado, extendiendo sus ondas delirantes sobre la faz de la tierra dominicana, ha nacido un culto. ¡El culto de Martí!

En frágil velero, en el *Lépido*, se ausenta Martí. En la distante villa de Barahona se detiene y antes de reemprender la marcha, escribe. ¿A quién? A Federico Henríquez y Carvajal. Martí está siempre en sus cartas, todo él, como si se reduplicase su presencia; como si en su palabra escrita resonasen al mismo tiempo todas las voces de su ser, mente y corazón, alma y espíritu.



No con egoísta orgullo conservó el Maestro la cariñosa carta. La dió a conocer en *Letras y ciencias*, con exultatorio comentario. A partir de ese instante los *Versos Sencillos*, los escritos de Martí, cuanto le concierne, es cosa grata y frecuente en las revistas literarias y en los diarios dominicanos. *Patria*, voz cubana de Nueva York, y *Letras y ciencias*, acento del Ozama, comienzan a intercambiarse anhelos y prédicas de cultura y libertad: eran Martí y Federico Henríquez reanudando, por encima de tiempos y distancias, sus altruistas pláticas. Nunca más volverían a estrecharse en el mismo y fuerte abrazo, pero nada quebrantaría el diálogo: ni aun el trágico derrumbamiento de Dos Ríos.

El 25 de marzo de 1895, es el día culminante en la amistad de Martí y de Federico Henríquez y Carvajal. En la vida de Martí este es el día de los presentimientos. Algo le dice que ya está cerca de la muerte, pero también cerca de la libertad de Cuba. Una voz imperiosa, alzada del misterio, le impulsa a escribir, a recoger sus pensamientos, a disponer sus voluntades. Piensa en sus afectos, y le escribe a su madre: piensa en su patria, en sus ideas políticas, que no deben morir, y le escribe a Federico Henríquez y Carvajal. ¿Por qué este privilegio extraordinario? Porque le debe “un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano”. Porque “escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad”. Porque el noble Maestro dominicano es “el americano cordial que, desde aquel grandioso río Ozama, tiende los ojos sin cesar por lo que en el Continente hay de nuestro, y predica, con su vida y con sus palabras, el Evangelio de la familia”. ¿Y por qué ha de mencionar a Quisqueya en la carta memorable? Martí mismo se responde: “De Santo Domingo, ¿por qué le he de hablar? ¿Es cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo?”



“Qué primor de alma—exclama Félix Lizaso—habría hallado Martí en aquel hombre para que así, en pocos días de intimidad, llegara a vaciar en él todo el panorama de ideales que avizoraba, todas las dudas que le acongojaban, todas las esperanzas que pendían de la gran empresa que iba a comenzar.”

Martí sabía muy bien a quién iban encaminados sus pensamientos y a qué fiel custodia se los confiaba. No erraba en ello, como no erraba el peregrino cuando, al llegar a Caracas, sin sacudirse el polvo del camino se acercaba a la estatua del Libertador y al noble espíritu de Cecilio Acosta. Dirigida a otro dominicano de aquel tiempo, la inigualada carta habría sido probable víctima de atroz olvido o pasto de vil carcoma. En manos de Federico Henríquez se convirtió en ondeante bandera, en heraldo de civilidad y de justicia, en eterna revivificación del alma de Martí. A la ejemplar epístola el ilustre dominicano le agregó lo que apenas le faltaba, lo que va nadie podrá quitarle: el justo nombre de *Testamento Político*.

En el ocaso de Dos Ríos ardió con luz más viva la pasión de Martí. crepitante en el acongojado espíritu de su grande amigo. Toda su desbordada angustia está patente en sus páginas de entonces. Todo el dolor y todo lo que significaba Martí para el pueblo dominicano, lo recogió Henríquez y Carvajal en el *Album de un héroe* que los amigos y devotos quisqueyanos de Martí le consagraron piadosamente en el primer aniversario de su inmolación.

Desde entonces Federico Henríquez y Carvajal profesa, como una apasionante mística, el culto de Martí, y en mil formas ha dado perenne fe de su pasión: poesías, artículos, discursos, folletos, libros. Y por encima de todo, la vida civil, vida de Martí, en que las letras y la civilidad han ido por el mismo diáfano rumbo, en ardua y luminosa ascensión por los altos caminos de la humana dignidad, del bien, de la cultura, de la libertad.



En el hogar del Maestro, junto a los libros y a los viejos retratos familiares, sobre sencillo pedestal se muestra, como si el artista sólo hubiese querido arrancar del mármol la amplia frente de un genio, una estupenda cabeza de Martí. Al cabo de un siglo de fecundo vivir, el Maestro ya da la impresión de ser su propia estatua. El tiempo ha igualado las dos cabezas venerables: porque la leve distancia que separa lo vivo de lo inerte no existe para la gloria.

El Apóstol tendría ahora noventa y cinco años. Cien cumple hoy el Maestro quisqueyano. ¡Qué impresionante habría sido, en este día, el abrazo de los dos ancianos!



EL ULTIMO TRAJE DE MARTI

De aquel diamante humano que fué José Martí, apenas hay una faceta descuidada por los artifices martianos. Como es la época, en las letras cubanas, de la investigación de Martí, cada día se alza una voz devota para mostrar un nuevo aspecto del Apóstol.⁽¹⁶¹⁾

En el clamor no falta la voz extraña: Gabriela Mistral habla de *La lengua de Martí*; los mexicanos Núñez y Do-

(161) Este artículo se publicó originalmente en *Carteles*, La Habana, junio de 1936, y en otras revistas y periódicos dominicanos. Base de dicho escrito ha sido la curiosa libreta de apuntes del sastre don Ramón Antonio Almonte, quien le confeccionó a Martí algunos trajes en marzo de 1895, vísperas de su partida para Cuba. Poseemos esa libreta, gracias a generosidad de don Miguel Ignacio Almonte, hijo de don Ramón Antonio, y uno de los más fervientes y puros martianos que hemos conocido. La sastrería de Almonte quedaba casi contigua a la casa del General Gómez. En el artículo de Gregorio Delgado Fernández, *Cómo cuenta un soldado español que vió morir a Martí* (*Bohemia*, No. 21, 22 mayo 1949), dice que Martí vestía *traje de rayadillo gris oscuro con ligeras listas blancas*, que era el que se usaba en las típicas chamarras dominicanas. En otro escrito se confirma que Martí no murió con la levita cerrada que usaba en Norteamérica, aunque el caso no necesita confirmación, porque mal podía andar con levita en la manigua. En *El Porvenir*, de Nueva York, se publicó el suelto siguiente, reproducido en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, el 8 de agosto de 1895: "*La figura de José Martí*. En el favorecido Museo del Edén, se exhibió por primera vez, el domingo último, en cera, la figura de cuerpo entero, de nuestro ilustre propagandista, héroe y mártir, José Martí. El parecido es grande, sobre todo de perfil y a alguna distancia. Viste como estaba en la tierra de su patria amada: *saco* de alpaca negro, pantalón blanco, camisa de color, de cuello bajo. Teníamos la costumbre de verlo siempre con levita cerrada. Un gran número de cubanos e hijos de la América latina, correligionarios, simpatizadores del malogrado patriota, fueron al Museo a contemplar su figura. Esta será exhibida por algunas semanas, y de seguro que el cariño y la curiosidad serán incentivos para que el Museo Edén se vea muy concurrido."



mínguez y Carrancá y Trujillo no pierden una sola actitud del poeta entregado en la opulenta ciudad de México a las lides del periodismo y al amor de *Rosario la de Acuña*. Allí encontramos un proteico Martí: *Martí, traductor de Victor Hugo*; *Martí, polemista*; *Martí, autor teatral*; *Martí y el amor*; *Martí y el espiritismo*; *Martí y Juan de Dios Peza*. En la patria de Máximo Gómez, *Martí íntimo* es la ofrenda del hermano mayor: Federico Henríquez y Carvajal; y Américo Lugo se adelanta a todos en la América, desde *Flor y lava*, en la primera antología y en las primeras piedras de la biografía de Martí. En libros del Uruguay hallamos el *Martí, diplomático*. En Venezuela, en Guatemala, en los Estados Unidos, también surge Martí. En España, Unamuno reclama un privilegio: que fué él, allá, de los primeros en hablar de Martí.

En Cuba, naturalmente, es donde hay legión de investigadores de Martí. Néstor Carbonell, en *Martí, su vida y su obra*, descompuso aquella aleación de metales nobles en sus elementos esenciales: el poeta, el orador y el político. No bastaba esa descomposición; tampoco la de Isidro Méndez. Necesitábase un análisis más vasto; análisis de laboratorio, en que no quedase desconocida una sola sustancia del ser maravilloso.

En la gran faena trabájase con tal empeño que en cada martiano hay una inquietud, un anhelo insatisfecho, mientras no descubre en el cristal un metal nuevo. Es el deber que cumple con más gozo y más orgullo; fiel y grata labor porque la obra del Maestro es "cristal que para cada luz tiene una irisación".

De la extensa legión basta señalar los que están ahora en el pensamiento: *La estética acrática de José Martí*, es la revelación de Antonio Iraizoz, que ya había mostrado *Las ideas pedagógicas de Martí*; *La personalidad de José Martí* es el estudio del embajador García Kohly; *Martí, periodista*, el amplio homenaje de Gonzalo de Quesada y Miranda, digno



hijo del “discípulo predilecto”; *Martí, el Apóstol*, es la hermosa obra de Jorge Mañach, en la que se mueve un Martí resurrecto, que habla, que alza la frente en la plenitud del discurso y que conmueve; es un libro lleno de ademanes. *Martí y los niños*, *Martí, niño*, es la bella salutación de Emilio Roig de Leuchsenring en el pórtico de *La Edad de Oro*; *Los periódicos de Martí*, es tema propio del veterano capitán Joaquín Llaverías; *Martí, hombre romántico*, la sugestiva disertación de Marinello; *La no cubanidad de Martí*, la paradójica concepción del fervoroso martiano Arturo R. Carricarte; *Martí, hombre de mundo*, y *Bolívar y Martí*, son ofrendas del ilustre académico Emeterio S. Santovenia. Muchos otros han rendido su tributo al Maestro. Y ha quedado para último, en el rápido recuento, quien es de los primeros: Félix Lizaso. Desde lejos él da la impresión de que sólo trabaja en *Martí*, como aquel artista que sólo cincelaba en mármol de Carrara, del más resplandeciente, porque su transparencia era en su alma parte de su ensueño creador.

Martí—simplemente Martí—como enuncia Lizaso, es una de sus más hondas y reales páginas. En ella dice que “Martí empieza a hacer ahora en América”, y agrega tristemente: “En Cuba no se sabe bien quién fué Martí.” Y como él desea que Cuba conozca bien al grande Apóstol, poeta en Guatemala y México; político, agitador y maestro en Nueva York, y héroe cuando carga el rifle y el jolongo junto al viejo soldado de Baní, no desmaya en revelar su verdadero espíritu, sus “posibilidades filosóficas”, y en levantar pacientemente el monumento de su nutrido *Epistolario*.

Entre tantos aspectos del Maestro, prolijamente revelados, quizá falte el de su pobreza, siempre tan digna y tan estrecha porque para él tenía más precio el decoro que la hacienda. En el estudio biográfico de Isidro Méndez hay una ligera apuntación del tema, pero desde un solo punto de vista: el concepto de Martí acerca de la pobreza. Para contribuir a esa *investigación*, de la que se derivarán útiles y hermosas ense-



ñanzas, pero que no podría hacerse sin abatimiento, trazo estas humildes letras, apresuradas, circunscritas a lo más visible de la pobreza del Apóstol: su traje, el último.

El deseo de riquezas nunca enturbió el alma de Martí: él era de aquellos pobres de que habla Cervantes: "Ha de tener mucho de Dios el que viniese a contentarse con ser pobre." No buscaba el amparo de los ricos, ni desdénaba el trato de los pobres a quienes recordaba en sus *Versos Sencillos*:

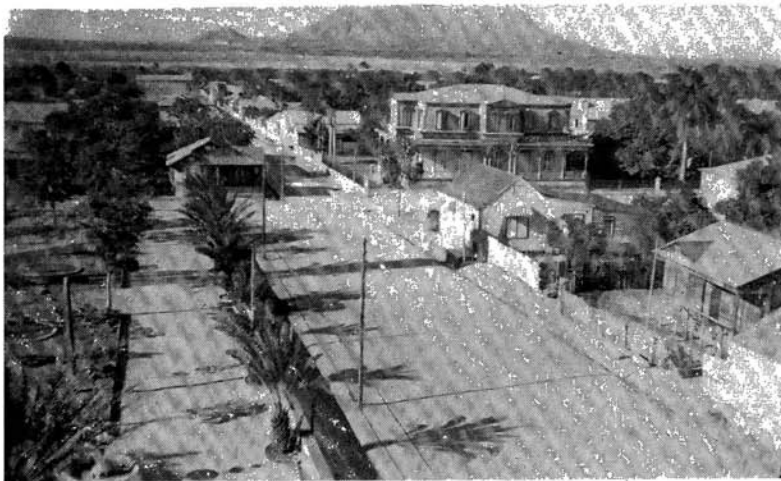
*Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.*

*Dénle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol;
a mí dénme el bosque eterno
cuando rompe en él el sol.*

De su pobreza ha de resentirse su escasa indumentaria. Apenas le alcanza el oro ganado con tanto esfuerzo para subvenir a sus primeros menesteres: no hay en su persona fausto alguno que no sea el de su amplia frente erguida y el destello de su palabra y de sus ojos. "El lujo venenoso, enemigo de la libertad—dice—, pudre al hombre liviano."

No le preocupa el lujo. No le afrenta andar con mísero sombrero. En el camino de cactus y de sol de Monte Cristi a La Reforma, la finca del general Gómez, que recorre por primera vez el 11 de septiembre de 1892, se detiene en la casa campestre del cubano Santiago Massenet. No va lejos el peregrino y ya Massenet tiene escritas sus impresiones de la visita extraordinaria: "Aunque vestido decentemente, Martí traía puesto un sombrero de yarey, de anchas alas, de los que por acá cuestan veinte centavos y son excelentes para resguardarse uno de la fiereza del sol..." ¿Quién podrá sospechar que aquel





Monte Cristi.



Playa de Monte Cristi.



RECEPTION

Société Française des Télégraphes Sous-marins

M. N. 2

Station de



POUR S! DOMINGUE		DE <i>Abana</i>
N° d'origine	Indications de service	RECU
Le <i>5/2</i>	<i>Gm</i>	le <i>5/2</i>
H. <i>10/1/09</i>	<i>Gm</i>	II
Nombre de mots		do <i>Transfer</i>

Consul Español al General Salcido telegrafia desde Cuba que asistió combato con partida 700 hombres entre Rivas y dos rios orilla derecha contra nosotros con Marti Gomez Masso y Borrero encontrados por columna Landoval combato duro hora y media siendo enemigo dispersado muerto titulado Presidente Republica José Martí cuyo cadaver fue reconocido identificado a pesar empeño retirarlo enemigo el que tuvo ademas 14 muertos vistos muchos heridos cogiendosle armas correspondencia

Cable avisando la muerte de Martí.



viajero que gasta sombrero de veinte centavos es, en ese momento, la más alta figura de la América? Massenet lo apunta candorosamente: “Los buenos labradores que presenciaron la llegada de mi huésped no pudieron sospechar la talla intelectual y moral del coloso a quien veían por primera vez...”

“El equipaje de Martí era siempre muy modesto. Se reducía a una maleta y a veces a un maletín, que contenía unas pocas mudas de ropa interior y lo necesario para la higiene de la boca. Muy pocas veces llevaba de repuesto y, mucho menos, ropa de etiqueta.” Así ha visto Salvador Massip al *Martí, viajero*. “Vivía errante, sin casa, sin baúl y sin ropas”, dice su compañero de viaje por tierras dominicanas, Enrique Collazo. Pero es el dominicano Federico Henríquez y Carvajal quien mira con ojos más escrutadores la maleta del peregrino, en 1892, junto al Ozama: “Luego estuvimos en su hospedaje. En la pieza que le servía de alcoba, en el suelo, había una maleta de cuero no muy grande. Ya se resentía del uso. Estaba abierta. Yo me detuve a mirar su paupérrimo contenido, no sin sorpresa, i él, sonreído, díjome en voz baja: *Es mi equipaje...* Del fondo de la maleta surgió algo revelador de la psicología cristiana del Apóstol cubano. Su equipaje se componía de una muda de repuesto. Duplicados solamente había cuellos, calcetines i pañuelos de mano. Con dos mudas, pero sólo con un calzado, un sombrero, un saco i una corbata, todo negro, iba el peregrino en ese viaje de exploración de voluntades i de coordinación de recursos para una acción decisiva de la lucha por la libertad de Cuba.”

Cuando está de viaje, en su pobre maleta de peregrino pesan más los libros que las telas. Siempre es así, pero cuando está en “el pórtico del gran deber”, se extrema su pobreza y es entonces un gran señor a quien no infaman ni deslucen los harapos. Pobreza no es vileza, dice el adagio castellano.

Santiago de los Caballeros, 19 de febrero de 1895, calle de Las Rosas. En casa del hospitalario coronel cubano don Nicolás Ramírez, Martí le escribe a Gonzalo de Quesada mientras



un remendón le arregla los zapatos: “Esta carta va de sermón porque un zapatero, que está disimulando unas suelas, me da media hora de respiro; y con usted se me pone el alma charlatana.”

La pobreza no le roba el buen humor al caminante. Sin perderlo, cuando termina la carta a Gonzalo, habla de su saco viejo y de su sombrero de castor—a una niña, esencia de su espíritu—en una primorosa carta seguramente inédita: “Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas.”

Algunos días después, a principios de marzo, va camino de Cabo Haitiano, en compañía de Panchito Gómez Toro. En Dajabón, población del trayecto, le escribe al general Máximo Gómez, quien lo aguarda en Montecristi: “A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allá estará a su lado en estos días, y allá puede tener más quehacer en este instante. Lo que no le devuelvo es su capa, que llevo a que me ampare—más que a librarme de la lluvia—, ni unos pantalones muy cariñosos y ya amados.”

En el primer descanso escribe sus impresiones de la jornada; del cubano Salcedo, “médico sin diploma”. “Salcedo, sin queja ni lisonja—porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos—, me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslíe con su mano, largamente, una dosis de antipirina, y al abrazarme se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo—Adolfo, el hijo leal de Montesino, que acompaña a su padre en el trabajo humilde—, me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan duro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte.”

No se detiene Martí en Cabo Haitiano. El bondadoso doctor Ulpiano Dellundé, que lo mimaba en el calor de su hogar, mira tristemente la penuria del ilustre huésped: los zapatos



visiblemente remendados; la conocida capa del General; los calzones del buen Salcedo; y en la camisa, huellas de la aguja zurcidora de Manana y de Clemencia...

Al regresar a Monte Cristi, la ropa de Martí está aún más estropeada y deshecha. El viejo general Gómez, como todos, lo advierte, y en su carta a Francisco Gregorio Billini, del 9 de marzo de 1895, le dice: "Allá va Martí con su cabeza desgñada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la independencia de su tierra, por lo que yo también me esfuerzo y trabajo."

Finalmente, el Apóstol se decide a renovar su pobre vestidura. Ya se acerca el día de la partida hacia Cuba, alzada en armas, y no parece bien que él entre en empresa tan grave como cualquier desarrapado. Hasta el oscuro Marcos del Rosario, que es su compañero más humilde, luce, flamante, la típica chamarra de fuerte-azul. El General lleva a Martí a la sastrería de su amigo don Ramón Antonio Almonte, contigua a su casa. Paternal y burlón "el viejo" presencia la breve ceremonia mientras Martí le sonrío y alza el pecho "para que su elegancia no sufra menoscabo". El sastre, orgulloso y complaciente, abre su libreta de apuntes. Por los hombros le caen los extremos del centímetro. A la vez que toma las medidas, apunta:

José Martí

45-76-20-(50-82)
102-80-81-78-
65 chaleco.

Don Ramón Antonio cose las modestas telas, apresuradamente, porque hay prisa: el traje para el viaje y la típica chamarra dominicana, de fuerte-azul. El peregrino se despoja de sus gastadas ropas, estropeadas en sus largas jornadas a caballo; poco después se embarca.



En Cuba libre va anotando en su *Diario*: “Abril 18. La ropa se secó a la fogata... Abril 22. Baño en el río... Me lavan mi ropa azul, mi chamarreta.” El 28, en una carta a..., dice: “¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.” Días más tarde cae herido; un soldado español que le vió morir, cuenta cómo vestía: “El cadáver, vestido con traje rayadillo gris oscuro con ligeras listas blancas, calzando botas de montar, negras, con espuelas de acero...” Con la chamarra montecristeña le llevan a la fosa. Con su último traje.

Tengo ahora ante los ojos, que quisieran hallar en ella su efigie palpitante, la vieja y pequeña libreta de don Ramón Antonio que guarda el nombre y las medidas del Apóstol; y pienso en su hermosa pobreza mientras contemplo en los números simbólicos las dimensiones de la carne en que albergó su ilimitado espíritu.



HOSTOS Y MARTÍ

Refiere el ilustre historiador Emilio Roig de Leuchsenring que cuando comenzó sus investigaciones para la redacción de su notable ensayo *Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico* (La Habana, 1939), fué constante preocupación suya descubrir las relaciones de conocimiento y amistad que pudieran haber existido entre Hostos y Martí, hombres tan similares en su ideología político-revolucionaria. Igual preocupación tuvimos, también, en 1939, cuando preparábamos nuestra compilación *Hostos en Santo Domingo*. Y todavía sigue siendo una inquietante incógnita para nuestro espíritu el por qué de la ausencia de toda relación epistolar, directa o indirecta, entre estos dos hombres, entregados a la misma faena, y tan dados al intercambio de ideas y sentimientos por medio de la palabra hablada o escrita. Exagerando la inquisitiva, porque Hostos no fué hombre de pequeñeces, nos preguntaríamos, ¿no le agradaría al Maestro verse llamado *imaginativo* por Martí? Lo cierto es que hasta ahora no hemos encontrado ninguna amistosa comunicación entre ambos.

Martí escribió acerca de Hostos, brevemente, en 1876, y aludió al mismo, fugazmente, en dos páginas suyas de 1893. Hostos, en cambio, sólo habló de Martí después de la tragedia de Dos Ríos, también brevemente. No sería nimiedad señalar que ambos se dedicaron casi igual número de palabras. El maestro cubano le consagró al maestro antillano su ar-



título *Catecismo democrático*, publicado en el periódico mexicano *El Federalista*, el 5 de diciembre de 1876 (José Martí, *Obras completas*, Editorial Lex, 1946, vol. II, p. 432); mencionó su nombre, sólo, en otro artículo, *A tres antillanos*, publicado en *Patria*, Nueva York, el 21 de noviembre de 1893 (*Obras completas...*, vol. II, p. 425); y en su relato *Vengo a darte Patria, Puerto Rico y Cuba*, inserto en *Patria*, el 14 de abril de 1893 (*Obras completas*, vol. I, p. 440), le dedicó este párrafo: "Eugenio María Hostos, menos seguido de lo que se debió en los tiempos confusos en que la revolución de Cuba iba como al garete, entre la guerra poco ayudada de afuera en el interior, y el parlamento indeciso que imperaba entre los cubanos de la emigración."

Hostos, como se ha dicho, se ocupó escasamente en Martí. Al ausentarse de Santo Domingo, en 1888, se radicó en Santiago de Chile. Allí recibió, enviada por Federico Henríquez y Carvajal, con quien mantenía relación constante, la revista *Letras y ciencias*, dirigida por él, edición del 14 de junio de 1895, en la que publicó la carta de Martí del 25 de marzo, con el título de *Testamento político*. La lectura de tan notable documento le inspiró a Hostos su artículo *El testamento de Martí*, que publicó en Chile en el periódico *La Ley*, en octubre del mismo año.

En otras dos ocasiones aludió a Martí: en su carta del 8 de octubre de 1897, de sus *Cartas de Cuba*, difundidas desde Santo Domingo; y en su artículo *Quién era Maceo*, escrito en Chile en 1896 y publicado en *El Propagandista*, de Caracas. Hostos conoció a Maceo en 1880, durante la resonante etapa del héroe en la República. (Noticias al respecto en nuestro libro *Maceo en Santo Domingo*. Santiago de los Caballeros, 1945.) En esa obra hay abundante información acerca de la obra de Hostos en pro de Cuba. Y es de notarse que casi toda la labor de Hostos en favor de la libertad cubana se relacione con Santo Domingo, que fué el principal escenario de su acción política. (En nuestro libro *Hostos en*



Santo Domingo, C. T., 1939, hay, también larga información acerca de las relaciones entre Hostos y Máximo Gómez. De Hostos hay diversos escritos alusivos al Libertador y de éste una bella página necrológica en que el soldado reconoció los méritos del Maestro.)

No son ideas de Martí, sino de la revolución; y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños que, en cien discursos y mil escritos e innumerables de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la federación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas, están expresadas con tan íntima buena fe por el último Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.

Así juzgaba Hostos la célebre carta de Martí.

Como muy bien observa Emilio Roig, Hostos encuentra, en la "carta del cubano al dominicano, ideas, pensamientos y proyecciones políticas que él y otros puertorriqueños ya habían mantenido y predicado anteriormente". No se equivocaba Hostos. Martí conocía esas ideas, lo que no necesita demostración, que si ello fuese menester bastaría su artículo *Las Antillas y Baldorioty de Castro*: "el precursor puertorriqueño, el invencible Baldorioty de Castro, a quien en símbolo sagaz, tributaron homenaje ayer, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas *que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores*, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo".

Siempre constituyó una incógnita para nosotros el por qué Hostos, después del triunfo de Espaillat, que le dió el Poder a sus amigos dominicanos en 1876, cuando tenía en las manos la mejor oportunidad para darle cuerpo a su empresa de libertad para Borinquen, se ausentó de Puerto Plata y se fué a Norte y Sur América a predicar su vehemente antillanismo. Con los elementos que tenía junto a sí en la cuna de Luperón



—que más que ciudad dominicana era entonces ciudad cubanoborincana—bastaba para remover a Puerto Rico, tal como Martí sacudió a Cuba desde las colonias cubanas de los Estados Unidos, Santo Domingo y México. ¿Por qué no aprovechó el Maestro las circunstancias favorables que se le ofrecían como una respuesta a sus prédicas de libertad para su Antilla? En el pueblo dominicano había tantas simpatías por la libertad de Cuba como por la de Puerto Rico, en cuya primera acción separatista, el grito de Lares, tuvieron participación principal los dominicanos. ¿Por qué Hostos no hizo lo que Martí, donde tenía más de un Máximo Gómez dispuesto a ofrecerle su espada? Para esta empresa, que se le fué de las manos, no tuvo el sentido político de Martí. Su pureza política llegaba a las lindes de la exageración: para su obra habría necesitado el concurso de Lilís y él lo abominaba. Martí, empero, no tendría escrúpulo alguno en recibir dineros de Heureaux para su expedición y para hacer viable la de Maceo y de Crombet. La moral de Hostos era demasiado estricta para empujar hacia adelante empresa igual. No tuvo la habilidad de conciliar, como Martí, sin manciollarla, la moral con la política funcional.

Su ética política era firme y hermética, sin la permeabilidad y el dón de adaptabilidad del Maestro de Cuba. No era Hostos el mago de la revolución de 1895, obra de un agitador excelso, de un espíritu flexible en extremo, sin posibilidad de descomposición, como espada que se curva sin romperse, porque Martí era, como dijo Gabriela Mistral olvidándose de Hostos, “el hombre más puro de la raza”. Hostos seguía otro rumbo, de aspiración mesiánica más alta: crear, desde la constructiva paz de la Escuela Normal de Santo Domingo, conciencias para su causa, propagadores convencidos de sus ideales de Apóstol. Cruzada tan pura sólo tiene antecedentes en Jesucristo. Martí, empero, tomó un camino más breve, más cónsono con la realidad americana. En este sentido, en la acepción realística de la palabra, José Martí superó a



Eugenio María de Hostos como político. A Puerto Rico le faltó, pues, un Martí. Tuvo un Jesús, no un San Pedro.

Sin que Hostos hubiese muerto—que ya era el Maestro, por antonomasia, en Santo Domingo y Chile—Martí recogió de él la herencia del patriotismo continental y le dió vida excelsa, como le daba vida con el milagro de su palabra a todo lo inerte que se pusiese en contacto con su espíritu.⁽¹⁶²⁾

El tema es bien sugestivo y traspasa los límites de un apunte como el presente. Ya ha sido ocupación de espíritus selectos: Emeterio S. Santovenia (*Hostos, precursor de Martí*, en *Mañana*, México, junio 1941); Emilio Roig de Leuchsenring (*Hostos y Martí, dos ideologías antillanas concordantes*, en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, vol. XLIII, en febrero, 1939); Oscar F. Rego (*Facetas: Hostos y Martí*, en *Alerta*, La Habana, 16 de marzo, 1944). Tan honda y entrañable es la relación que nosotros los dominicanos hallamos entre Hostos y Martí, que ambos figuran por igual en escritos de Máximo Gómez, de Federico Henríquez y Carvajal, de Max y Pedro Henríquez Ureña, de Américo Lugo, de Fidelio Despradel, de Federico García Godoy. En Santo Domingo, ser devoto de Hostos significa ser devoto de Martí.

(162) Recogemos aquí algunas ideas que habíamos apuntado en carta privada a nuestro querido amigo el Licenciado Ml. A. Peña Batlle, el más notable ensayista dominicano de nuestra generación.



MARTI Y PANCHITO GOMEZ

En su *Arte de amar* dice Ovidio que el hombre debe ser fuerte en alabanzas. Lo fué Martí, hombre de amor. Vive alabando, como cosa que le sale del alma y como necesidad en la cordial conquista de adeptos para su causa. Pero sus alabanzas nunca son vanas ni arrojadas al azar: dirígense invariablemente a lo más puro, como flecha certera que nunca yerra.

Dice que “hay pocos mármoles sin vetas negras”, y por eso va sólo a lo resplandeciente. “Otros ven la corteza, y son siervos de ella: yo miro al corazón”, le dice a Federico Henríquez. El no es, pues, como decía fray Luis, de los que cantan su loor en los oídos de todos, sino de los que, como dice Fonseca en *Del amor de Dios*, hacen su aplauso al resplandor de la buena obra.

¡Cuántas coronas de inmortalización y de gloria podrían tejerse con los elogios de Martí! Sin duda que sus loas a Máximo Gómez están por encima de todas. Sus páginas *El General Gómez* encierran la más extraordinaria de cuantas alabanzas salieran de su corazón y de su mente. Pero es al hijo del Caudillo, al admirable Panchito Gómez Toro, a quien elogia con mayor ternura, con más viva pasión paternal, con más nobles encarecimientos.

Conmueve y entenece, casi arranca lágrimas, seguir el curso de la pasión del Apóstol por el más joven de sus amigos. Martí ha de morir junto al padre de Panchito. Panchito ha de caer sobre el cuerpo inerte de Maceo. Son las muertes que



causan más grande conmoción en la guerra de Cuba. Dijérase que esa fatal predestinación de gloria y de muerte une a Martí y a Panchito desde el día en que se conocieron, en 1892, en Monte Cristi.

Martí recuerda cómo conoció a Panchito en 1892—en su primer viaje a Monte Cristi—en su bellísima página *El Album de Clemencia Gómez*:

...y el niño ágil y esbelto, fino en el traje y maneras, con el genio y virtud en los ojos, clavado a su mesa humilde, aunque parecía ser el alma y confianza de la casa, era sobrio ya como un hombre probado, centelleante como luz presa, discreto como familiar del dolor, el primer hijo de Máximo Gómez: Francisco Gómez, de dieciséis años. A la par de él, niño otra vez el viajero y crecida de pronto la criatura, llegaron, como amigos jurados, a la casa modesta...

En su semblanza *El General Gómez*, repite Martí la exclamación de Panchito, cuando, al llegar a su casa, comenzó a hablarse de Cuba:

¡Y yo que me tendré que quedar haciendo las veces de mi padre!, dice con la mirada húmeda Francisco, el mayor.

En carta del 3 de marzo de 1894, al General, le dice:

Quise escribir tendido a Pancho y a Máximo: y no puedo... Ellos dos me entienden bien: esas dos nobles criaturas.

El 27, del mismo mes y año, le dice a Manuel Barranco:

A Agustín siempre lo tuve entre aquellos pocos niños que desde la primera ojeada hubiese deseado criar como hijos propios a mi alrededor... Así es el hijo de Máximo Gómez, el mayor, y el de un isleño que estuvo en presidio conmigo, Montesino.

La apasionante amistad entre Martí y Panchito se haría más íntima y viva en su larga convivencia en Nueva York. El 8 de abril de 1894, llegó Máximo Gómez acompañado de Panchito, a la ciudad del Hudson, con el propósito de entrevistarse con Martí. Al regresar a Monte Cristi, a fines de



abril, Martí le pidió al General dejarle a su hijo y fué complacido. Así se lo avisó el Apóstol a su fraternal amigo Fermín Valdés Domínguez, en carta del 18 de abril: "Pero de todo me compensa la nobleza que en Gómez he visto: el hijo que me deja a que me acompañe en mi viaje próximo..." Viajar en compañía de un hijo de Máximo Gómez, aparecer en los centros de la emigración, era cosa muy importante para Martí, lo que aprovechó largamente, pues Panchito se prestaba a ello maravillosamente. Salió, pues, en largo viaje por el sur de los Estados Unidos, Centro América y Jamaica. En sus escalas va hablando, cada vez con mayores encomios, del admirable compañero de viaje. En carta a Izaguirre, del 3 de mayo, desde Nueva Orleans, le dice:

Me embarco al amanecer, con el hijo de Máximo Gómez por compañía, como cariño y notificación...

El 12 del mismo mes, le dice al General:

Pancho, entre el trabajo ligero y el campo feliz, va sin más pena que no estar con ustedes: y la endulza hablando de ustedes incesantemente: todos lo celebran, y envidian tal hijo. El sobresale por su discreción y ternura. Su orgullo es obrar bien, y pronto, y tan bien como el que más, si no mejor que todos. Ya está hecho a la ejecución, la responsabilidad y el método. El me será, en estos días de pena, inapreciable, íntimo apoyo. Sí creí que usted me quería cuando lo dejó usted a mi lado.⁽¹⁶³⁾

(163) En una carta a Gonzalo de Quesada, del 16 de abril de 1894, le decía su amigo Serafín Sánchez, aludiendo a la llegada del General a Nueva York: "Te considero fuera de quicio con la llegada del General a esa ciudad, ocúpate mucho de Panchito que como es natural deseará verlo todo y recorrer ese vasto y espléndido espacio de la Babilonia americana. ¿Qué te parece ese hombrecito de 18 años? El nació en el monte bajo el reinado elocuente y terrible del cañón, y tiene en su alma pura la brillantez del metal fundido, y luego el ejemplo del padre venerado y de la madre santificada por la virtud constante del sacrificio, y el hogar bendito de toda la familia en donde se penetra reverente como en un santuario consagrado por la fe al culto de todo lo que es diáfano, consolador y sublime. Así es Panchito, abrázalo cariñosamente en mi nombre y en el de Pepa." En otra carta del 4 de mayo agrega: "Ya le digo a Martí que me alegro mucho que el General Gómez haya salido tan bien impresionado de New York y de ustedes pues todo eso es de grande influencia para el porvenir de nuestros magnos asuntos. Te recomendé mucho a Panchito y estoy seguro que entre ustedes lo pasará agradablemente."



En carta a su madre, doña Leonor, del 15 de mayo, le dice:

Pasé allá (Central Valley) unos días, con el hijo de Gómez, que me va sirviendo de hijo.

Con el viaje, ya Martí va mirando a Panchito como a un hijo. Así lo dice a Gonzalo de Quesada en su carta del 28 de mayo:

Pancho me tiene enamorado. Hombre alguno, por muy entrado en años, habría salido con tanta discreción, con palabra tan generosa y medida, con tal dignidad y desembarazo, de los continuos cariños que lo sacan de su varonil sobriedad, y del recogimiento en que, por el respeto de su padre y el de él y el de todos ayudo a mantenerlo. Su bello corazón se indigna, o se derrama. Hay genio en el niño. No gana amigos sólo con el alma andante de su padre que ahora es, sino por sí, por su reserva decorosa, por su simpatía con los humildes, por el ajuste, en su edad casi increíble, del pensamiento sólido a las palabras, precisas y cargadas de sentido, con que lo expresa. Y a mí me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto el hijo que he perdido.

En una carta del 15 de noviembre del presente año de 1952, nos dice el doctor Bernardo Gómez Toro:

De las relaciones entre Panchito y Martí, puedo decirle que fueron singularísimas. Usted sabe que papá dejó a Panchito al lado de Martí a ruego de éste y le acompañó a distintos lugares de América. Ambos se quisieron como Maestro y discípulo y la carta preciosa de Martí cuando Papá se lo reclama, tiene entre sus párrafos las líneas que le copio, y que a mi juicio es un poema de belleza y es un honor. Martí le dice a papá al terminar uno de sus bellos párrafos: "En mi vida he conocido criatura con menos imperfecciones."

En efecto, en esa carta de Martí, del 31 de mayo de 1894, escrita en Nueva Orleans, hizo Martí la más bella de todas sus alabanzas dirigidas a un joven:

Le escribo a la madrugada, después de mucho despacho que dejo hecho antes de nuestra partida; con Pancho frente a mí, que no consiente en verme padecer, ni trabajar sin que le dé su parte de pena y de fatiga... Ahora, con la mano entumida, pero con el corazón más lleno de lo que



en mucho tiempo lo sentí, le hablaré de Pancho. De tanto que le dijera no tengo cómo empezar. Del regazo de ustedes ha salido este niño a muchedumbres de hombres, al desvanecimiento del aplauso que en su persona a su padre se tributa, y a la inevitable exhibición que no he tenido necesidad de reprimir, porque su natural decoro le sirve de suficiente consejo; y en las situaciones más tentadoras y difíciles no le he visto una sola vanidad, ni una sola falta de tacto. En seguida, y sin prédica mía, entendió el valer de los humildes, y se estremeció ante su grandeza. Vibra, callado, a cada referencia a usted jamás habla, ni me hubiera parecido bien que hablase, sino con viril brevedad, en pago inevitable de saludo, y en nombre de usted, pero como hijo conmovido, y no como patriota vocinglero. Si cree que me hacen sufrir, o que no me entienden pronto, se encrespa, pero se reprime, porque ya sabe lo que pocos hombres logran: administrar su pensamiento, reservar su fuerza y dirigir su cariño. De su elocuencia verdadera, y en su edad por lo sobria sorprendente, es justo que le diga algo. Alguna vez puso en el papel, como correderas por donde guiarse, unas frases esenciales, pero la busca de la palabra, perdida en la emoción, lo puso pronto en guardia contra la memoria, y ha sido bello oírle hablar de súbito, componiendo con singular concisión de voces el pensamiento sincero y oportuno, sin un solo floreó o tono violento, ni esos giros traspuestos y aprendidos que en los mismos que pasan por maestros quitan fuerza y hombría a la oratoria. Sin vacilar, y al correr de la mente, hace él ese trabajo, rudo aun para los expertos, de ir escogiendo las palabras vigorosas y propias: y cesa cuando el pensamiento cesa. Escribiendo, todavía rebusca un poco, lo que a sus años no es más que el sano desdén de lo común, y el prurito loable de la superioridad; pero hablando es dueño entero de sí, y ni temerá ni adulará ni fatigará a las asambleas. Y de su corazón, tan pegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré, por no parecerle excesivo; ni de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber; y en lo que hace como en lo que dice, no domina el deseo de parecer bien, ni el miedo de parecer mal; sino la determinación de prestar el servicio necesario a la hora en que lo hace o lo dice. No creo haber tenido nunca a mi lado criatura de menos imperfecciones...

Aquí termino. De esa casa suya hablamos sin cesar, y Pancho y yo no nos separamos un momento. Ahora mismo me deleito viéndolo dar vueltas, y tan puntual y tan hábil. Su gozo es servir, adivinar, no errar. Y ver contento a su compañero de viaje. Y hablar de su casa; con qué piedad miraba ayer de mañana, en cuanto llegamos aquí, la casa donde vivieron ustedes. Y a mí también, General, me parecía que había vivido en ella. Deséenos buen mar, y ya veremos modo de ir adelantando sin soberbia ni mentira entre los hombres.



Tanto como esos extraordinarios elogios de Martí, para el mayor y más amado de sus hijos, colmarían de orgullo al viejo General las cartas de Panchito. En una hay esta frase de sabor martiano:

Para ti van besos de tu hijo; pero no pienses en el hijo, ahora, piensa en el soldado más obediente y cumplidor que mañana has de llevar a la batalla.

Ya está respondiendo a la voz de su trágico destino, porque él será, según la frase del Maestro dominicano, “el malogrado nuevo Ricaurte de la guerra de Cuba”

También a sus amigos les habla Martí de su joven acompañante. Al bravo Antonio Maceo le escribe:

Que María no me olvide. ¡Cuánto hemos hablado Pancho y yo en Jamaica de ustedes!

En su carta al General, del 25 de junio de 1894, le dice:

El día ha sido feliz, y de mucha hermosura. Acá está usted por todas partes vivo. Mi leal y tierno Pancho ha andado de mano en mano... Ni de Pancho querido que reposa a mi lado. Ni un gesto ni un pensamiento tengo que reprocharle en esta continua y seria intimidad. Todo lo puedo dejar en sus manos, y me arrebata el quehacer. Esta misma noche en el fuego y arrebato de la reunión de los jamaquinos se condujo con toda hombría. ¿Y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser, y será para mí gran soledad. Aquí termino, para despachar todo el correo menudo. De su casa no le escribiré, porque desde que le tengo a Pancho estoy como viviendo en ella. Ya no tienen ustedes secretos para mí, ni hay hijo más que Pancho fiel y piadoso. Nada de él en donde llega, antes que la casa donde con ustedes vivió, y se le ve el culto grave a los años de estrechez y padecimiento. Nada, General, pudo ponerme cerca que, por dicha que es como providencial, contribuyese tanto a que le amara aún más...

De regreso en Nueva York, Martí y Panchito se despidieron a principios de julio. Martí otra vez hacia el sur de los Estados Unidos y Panchito hacia Monte Cristi. Desde



entonces no hay carta del Apóstol, al General, en que no le hable de Panchito. En la del 15 de julio le dice:

Lejos de Pancho ya, a quien, contra mi alma, he tenido que dejar en Nueva York, le escribo... Una sola pena llevo, y es la de haber tenido que decir adiós a ese hombrequito que con tanta ternura y sensatez me ha acompañado. Sentí como caída y soledad en mí cuando me dió su último beso. Ha estado cosido a mí estos dos meses, siempre viril y alto. A él fiaría lo que a hombres no fio. Y ahora se tiene que ir, en un abrazo brusco, y tal vez no vuelva nunca a ver su cabecita toda de amor y genio—sus gestos rápidos, de hombre de precisión y voluntad—y sus ojos, para mí tan compasivos y elocuentes. Pero con él siento que voy yo mismo al lado de usted. Ha hecho usted bien en darme ese hijo. En New York él ha quedado entre cariños. En casa de la señora de Mantilla lo ven como suyo, y de Tomás Estrada. Guerra tiene a su cuidado embarcármelo el 21. Pancho le contará todas las menudencias que hube de suprimirle en mi carta de Jamaica. El todo lo observaba y juzgaba... Sólo que dejo a ese querido Pancho atrás.

Quiere Martí que Panchito sea su representación, su palabra ante el General, y así lo dice en su carta al guerrero, del 30 de agosto:

...ese inolvidable Pancho... ese Pancho leal y discreto, por quien me preguntan con mucho interés cuantos en el camino lo conocieron. Que él sea continuamente palabra mía para con usted; y que tengamos la felicidad de prestar a nuestra tierra a tiempo el servicio de que parece podemos prestarle.

El 8 de septiembre, le dice a Gómez:

...me faltó en sus cartas una cosa, y es alguna muestra de que ese Pancho querido no me ha olvidado.

En las últimas cartas al General, en días de tribulaciones, las menciones de Panchito son breves. El 8 de diciembre, dice: "Abraze a Pancho, a la casa toda." Y en enero, cuando se dispone a salir hacia Monte Cristi: "Volveré a ver a mi buen Pancho."

El 7 de febrero de 1895, está Martí en Monte Cristi y



desde entonces, hasta su épica salida, el 1º de abril, tiene a Panchito a su lado. Pasean, viajan juntos, conviven bajo el mismo techo. Fueron días en que vivió en lo que amaba, en la pasión de Cuba. Panchito le auxilia en todo, solícitamente, con pasión de hijo. El 1º de marzo salen juntos para Dajabón. Desde allí, antes de salir hacia Cabo Haitiano, Martí le escribe al General:

A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allí estará a su lado en estos días, y allá puede tener más quehacer en este instante.

También menciona a Panchito en sus *Apuntes de viaje*, en la jornada del 1º de marzo, en Dajabón.

Pocos días después volvió Martí de Cabo Haitiano, otra vez a la faena, hasta la dramática partida. Con él estaba Panchito, desconsolado por no poder acompañar a su padre y a Martí. Pero su juramento de esa noche sería cumplido por el joven héroe: ¡muerto a tu lado!

Desde Cuba libre Martí recordaba a su entrañable amigo, llamándole "Pancho padre", ya que es el hijo mayor que representa al General en el abandonado hogar de Monte Cristi.

El 19 de mayo, en Dos Ríos, empuña Martí, entre las balas enemigas, su revólver, el revólver que le regaló Panchito en Monte Cristi. Con él, en la diestra, cayó el Apóstol.

Martí no muere, sin embargo, en el espíritu de Panchito. Si en su fervor patriótico se asemejaba al Apóstol, también se le parecía en el estilo. Nadie, quizás, se apoderó mejor ni más fácilmente, del estilo de Martí, como Panchito. En la edición de *Las Albricias*—el periódico que dirigía con Lorenzo Despradel—consagrada a Martí con motivo de su muerte, hay este pensamiento suyo de sabor martiano:

El pensamiento está de pie ante el Héroe muerto, y calla.

En el *Album de un héroe*, publicado en el primer aniversario de la tragedia de Dos Ríos, figuró, entre los más brillantes escritores de la República, como una singular con-



cesión al devoto discípulo del Mártir, una impresionante página de Panchito. Parece el propio Martí que se dice su responso:

Erguidos van entre los hombres, en la claridad del mundo, los que supieron vivir en el corazón de ellos. Martí era erguido. De lleno le da el sol.

Era en América, su patria, de los que ponen el alma en la tristeza y necesidad ajenas; fué siempre en el pensamiento a lo más hondo de él, y en el brío a lo más alto.

De un revés quiso echar al amo de América, y cuando iba de soldado en la pelea primera, heroico como quien lleva el honor de rifle, cayó para siempre respaldado a la tierra que tanto amaba.

¡Ve, oh Maestro! a morar donde no se vea la justicia que falta a la humanidad. Llévete en carro de gloria tu amor profundo a los hombres. Sepan ellos alzarte en el corazón los monumentos, mejor que sobre la tierra.

Muerto el Apóstol, Panchito persistió en ir a pelear al lado de su padre, que al fin envió en su busca a César Salas. A la llegada de César se refiere la siguiente carta, del 29 de noviembre, en que también hay algo del estilo de Martí:

Estimado don Tomás:

¡Con qué alegría recibimos a César en esta casa! ¡Con qué interés oímos relatar de sus labios todas las peripecias de la guerra! Muy gratos fueron los dos días que estuvo con nosotros.

Al abrir el paquete de la correspondencia que él traía encontramos esa carta que va adjunta. César sintió mucho ese olvido y me encargó remitiera a usted la carta y esas líneas de él.

La guerra va bien. La opinión del mundo entero está de nuestro lado, y por lo que ya se siente, las naciones de América se van retando a orgullo para prestarnos contingente más valioso que la opinión, en nuestra guerra noble y santa. Mamá le saluda y a su familia atentamente, y yo no cese de querer y respetar a su casa toda. Su

FCO. GÓMEZ TORO.⁽¹⁶⁴⁾

(164) En Delegación Cubana de N.Y., Caja 7, No. 1522. La bella y hermosa vida de Panchito ha sido objeto de importantes trabajos. Debe mencionarse en primer término la valiosa y extensa obra de Gerardo Castellanos, *Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo...*; y Washington Guerra y Miranda, *Panchito Gómez Toro*. Conferencia, 1930. El Maestro don Federico Henríquez y Carvajal



Por fin el amigo predilecto de Martí, el hijo preferido del Generalísimo, quizás el joven de más brillante porvenir en Cuba, en su tiempo, abandona su hogar de Monte Cristi y va a cumplir sus deberes de patriota, de cubano y de dominicano, en la escolta de Antonio Maceo. Acompaña al Titán en los más aciagos días de su vida. Pelea, es herido; Maceo le juzga belicoso; teme por su vida y trata de trasladarlo al cuartel de su padre. También, llena el alma de oscuros presentimientos, lo reclama el amoroso padre. Pero ya no hay tiempo. El trágico 7 de diciembre de 1896, en siniestra pelea, cae muerto aquél contra quien parecía que nada podían las balas ni el machete. Sobre el robusto cuerpo de Antonio Maceo cae Panchito Gómez, como un arbusto sobre el derribado tronco de una encina. Nunca se derramará, de corazones tan unidos por el amor de una misma patria, la sangre de dos pueblos.

Un día, al saber que Maceo está herido, Máximo Gómez le dice: "Ojalá un poco de mi sangre pudiera servirle de bálsamo prodigioso." Ahora se vertía sobre él, sin lograr revivirle, toda la sangre de su hijo más amado. Era la ofrenda máxima que podía ofrecerle a Maceo en su calvario. Para hermanarse aún más en el presente y en el porvenir, habían caído juntas las banderas de dos patrias.

La siguiente carta, inédita, revela el temple del espíritu de

le dedicó una bella página, el 31 de diciembre de 1896, recogida en su libro *Martí*. Panchito, hombre formal en todos sus actos, se despidió de sus amistades al partir a la guerra, quizás con el presentimiento de la muerte, "por última vez". Así lo dice en la siguiente carta, inédita, dirigida a la admirable esposa de Nicolás Ramírez:

"Sra. Rafaela Pavón de Ramírez. Estimada Rafaelita: Quiero decirle adiós por última vez, y a toda la familia. Hoy sale el vapor y no podré volver allá. Si usted supiera que ahora es que se han convencido de que tenemos razón, cuando ya es demasiado tarde. Han visto mis cartas y ya no se puede volver atrás. Jaime ha quedado enterado de lo que pasaba. Aquí en Santo Domingo se nos ha desacreditado: decían que nos habíamos ido a Cuba en un bote contra la voluntad de Don Eleuterio, y que éste nos había hecho venir para remitirnos a New York. Ya usted ve cuánto sufrimos. Abrácame a los muchachos y béseme al picolín Maxito. César dice igual. No le olvidará su FRANCISCO GÓMEZ TORO. Santo Domingo, 24 de Julio de 1896."



Máximo Gómez, su voluntad de seguir la batalla, no obstante la caída de sus más adictos compañeros, como el Apóstol, como su propio hijo:

Las Villas, 16 de abril de 1897

Sra. Rafaela Pavón de Ramírez

Estimada amiga:

Con fecha de más de un año (¿en dónde estaría esta carta extraviada?) de atraso he recibido una carta de usted, la única.

Lamento lo que usted me dice de la situación de Nicolás por no haberse cumplido formalmente lo que se le ofreció, y lo lamento más cuanto que en ese desdén va desdenada a la vez mi recomendación que de Nicolás hice al mismo individuo. Esa es la humanidad, y no tenemos por qué apurarnos, cuando el menor provecho que sacamos de todo eso, es el de conocer a los hombres. Realmente yo no me atrevo a juzgar a la ligera al amigo, pues pudiera resultar una injusticia que después me apenaría, pero a mí me han pasado algunos casos con el mismo que han llevado dudas y desconcierto a mi ánimo respecto a su proceder como amigo verdadero, amigo sin ostentación. Dejaremos todas estas cosas perdonadas y olvidadas para no atormentarnos ni con su recuerdo.

¿Conque los muchachos se acuerdan de mí? ¿Y Maxito siempre está precioso? Si, nómbrame con ellos, recuérdeme para que no me olviden; si consigue mi retrato que lo guarden para que me paguen con cariño mi cariño. Me alegro que usted se corresponda con Manana y Clemencia, pues la amistad es un gran consuelo para los dolores del alma. Yo no sé cómo habrán ellas podido resistir el rudo golpe causado por la muerte de Panchito; siquiera yo me curo con la guerra de ese dolor causado por la guerra misma. Dios que es tan poderoso les habrá consolado poniendo santa resignación en sus corazones destrozados, pues Panchito era la idolatría de mi hoy desolado hogar con la separación eterna de él. La muerte de Panchito como usted puede suponer, ha causado en mí hondísima impresión de pesar. Todos mis compañeros más queridos, incluso mi hijo, van cayendo a mi lado, me voy quedando solo, pero eso no es suficiente a hacer flaquear mi espíritu, y cada un día me siento con más bríos y más fe para continuar la obra a la que he consagrado mi ayuda toda.

La guerra sigue y nadie piensa aquí en la paz, sino con la independencia, lo que se necesita es que los de afuera nos manden armas y cartuchos; dígalos así a los hombres y hasta a las mujeres también. Reparta muchos besos míos para sus hijos con la mayor parte para Maxito. Para usted y Nicolás la sinceridad de mi afecto.

MÁXIMO GÓMEZ



EL HOGAR DE LOS HEROES

Bien sabía el Apóstol la miseria, orfandad y dolor en que por él iban a sumirse miles de hogares a cambio de la alta dignidad de Padres de su Patria. Por eso al pedirle a Máximo Gómez que “cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres”, le dice que “deje en mano de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad con riesgo de la muerte”. Todo esto le pide Martí, “sin temor de negativa”, y “sin más remuneración que ofrecerle que el placer del sacrificio y la probable ingratitud de los hombres”. En la maravillosa semblanza *El General Gómez*, dice:

Su casa es lo que hay que ver, cuando él no está, y baja a la puerta, cansado uel viaje, el mensajero que va tal vez a hablar del modo de dejar pronto sin su sostén a la mujer y sin padre a los hijos.

Y en su carta del 25 de marzo de 1895, a Federico Henríquez y Carvajal, alude otra vez, como cosa que le llega al corazón, al abandono en que, por su causa, quedaría la amorosa familia del General:

Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado.



Uno de los momentos más tristes y más solemnes de la vida de Martí fué su despedida de la casa de Máximo Gómez, de Manana y de sus hijos, y de las cariñosas hermanas del General, con las que tomó su último café dominicano. Nunca se despidió Martí, ni de la esposa y el hijo, con igual emoción. No se ha escrito aún cómo fué esa despedida, digna de un romance.⁽¹⁶⁵⁾

Al acercarse a las costas de Cuba, Martí siente en el corazón la nostalgia de esa despedida y en su camarote del *Nordstrand* le escribe a Manana una de sus cartas más tiernas. El hombre que desde hace tiempo habla cada día obsesionado por la idea de la muerte, esta vez dice que no hay riesgo ni para el viejo soldado ni para él, aunque en lo hondo el funesto pensamiento no le abandona. Pero necesita consolar a Manana, llevar sosiego al hogar que dejó desconsolado. Le dice que “el padre va robusto”, que de cuando en cuando sin que nadie más que él lo note, “vuelve los ojos a las costas donde ustedes viven, y yo lo noto—dice—porque yo los vuelvo también”, y le pide a Manana que no tenga temor.

¿Y cree usted de veras, Manana querida, que cercados así de alma, va a sucedernos nada, ni al padre, con quien voy yo, y lleva así dos vidas? No siento como quien va a correr riesgo; sino como el trabajador, que sale alegre a su trabajo, y trabajará todo el día, luego vuelve a su casa al lado de sus hijos y de su mujer.

Toda esa casa es mía... en este instante nos sentimos más seguros que nunca: por todas partes con esa ternura del peligro que usted conoce también, siento que van con nosotros, y que les tranquilizo...

Eso quiere Martí, cosa imposible, llevar tranquilidad al hogar dejado en la angustiada incertidumbre de la guerra.

Pocos días después en el hogar de Máximo Gómez, que fué el mejor hogar de Martí, todo es dolor y ansiedad y llanto. La prensa anuncia, el 22 de mayo, la muerte de Martí. De

(165) Bernarda Gómez Toro, la ejemplar esposa del Generalísimo, vivió en Monte Cristi hasta después de terminada la guerra de Cuba. Murió en La Habana en noviembre de 1911.



Máximo Gómez dice que ha muerto o está herido. Son largos y lacerantes días de dolor y de dudas, al cabo de los cuales llega la verdad.

Pronto, también, otro gran dolor deja en orfandad el hogar de otro héroe: el humilde hogar puertoplateño del bravo Paquito Borrero, caído en el recio combate de Altagracia.

La penosa situación económica en que vinieron a quedar las desdichadas familias de Borrero, fué objeto de las siguientes recomendaciones del club *Diez de Octubre*, de Puerto Plata, presidido por don J. R. Aguilar, en las cuales se alude a la ayuda de Puerto Plata a la expedición de Monte Cristi:

Recomendaciones al amigo Treserra

Ver al compatriota Gonzalo de Quesada e informarlo del estado en que nos encontramos de fondos, organización, etc.

Hablar y recomendar a la protección de los cubanos la familia del General Francisco Borrero, que se compone de cinco mujeres y un muchacho, y que no tienen como recurso para la subsistencia más que algunas vacas en terreno arrendado, y que está en vísperas de pasar a manos del dueño; recomendar también la viuda de Camilo Borrero, sobrino del General, asesinado en Monte Cristy, y que salió de aquí con su tío para la guerra; esta viuda tiene dos niñitos y completamente sin recursos. La protección que pido se aconseje o se ordene para ambas familias no es de allá que la pido, pues aquí, libre el club hoy de una deuda contraída para atender a los gastos de expedición del General Gómez, etc., puede hacer por ellos, y si no fuere suficiente se dará aviso.

Viniendo de allá, ordenada por la Junta Superior, la protección no dudo que aquí será debidamente atendida. La familia Borrero no tiene aquí ningún pariente: los tres que tenía han sido víctimas de su amor a la causa cubana.

Oficialmente no se escribe hoy por falta de tiempo para ello, pero se hará dando cuenta de la inversión de los fondos. 24 julio, 95.

AGUILAR.⁽¹⁶⁶⁾

Previsoriamente, la Delegación cubana en Nueva York no desatiende a las viudas y a los huérfanos de los que van cayendo en la manigua, que es gran consuelo para los que están en los

⁽¹⁶⁶⁾ Delegación Cubana de Nueva York, caja 1, No. 97.



campos de batalla y estímulo para los que se aprestan a partir a la manigua. En cumplimiento de ese deber don Tomás Estrada Palma se dirigió a la esposa del General Gómez pidiéndole informes acerca de la familia de Borrero, y Manana le respondió como lo habría hecho una espartana. Su carta revela el patriótico sacrificio de los hogares de los héroes, pequeños campos de batalla en que cada acto de abnegación era una victoria. Decía la noble Manana, tan venerada por Martí:

Monte Cristy, agosto 9 de 1895

Señor Tomás Estrada Palma,
Central Valley.

Estimado compatriota y amigo:

Dos líneas para contestar al honroso encargo que usted me hiciera sobre la digna familia del Mártir héroe de nuestra causa, Paquito Borrero. Para dar contesta satisfactoria a las preguntas que, sobre la situación de dicha familia, usted me hacía, tuve a bien escribirles, informándome de ello, y he ahí la respuesta dada a mi carta, la que envío a usted para su mejor conocimiento.

Como le dije en mi anterior, no le decía nada al compatriota que con interés cariñoso me pregunta sobre el estado de nuestros recursos, porque de ello encargué a mi hijo Panchito, como también, para que demostrara a usted la gratitud de esta casa, donde tienen un lugar en cada corazón, los hermanos cariñosos que como usted comprenden nuestro sacrificio que abrazamos con amor, el único premio que deseamos: la libertad de nuestra Patria. Así, pues, sabrá usted que mi amante compañero y padre abnegado, al dar la espalda a este *Santuario de su alma*, donde le ayudaron a armar para el sacrificio, la esposa que le acompaña en sus luchas por la libertad y sus siete hijos del alma, dejando también dos hermanas amantes, no ha dejado más que para nosotros el tesoro de su nombre y de su ejemplo, tesoro inagotable de virtudes y sacrificios. Sí, muy pobres nos dejó en recursos materiales, pero mucha riqueza en el alma; por eso sin desatender su fino ofrecimiento lucharemos un poco en la vida, trabajaremos mucho por que esos recursos que nuestros compatriotas nos ofrecen, vayan a Cuba antes de entrar en este hogar que tiene todo su tesoro allí, allá los necesitan nuestros hermanos libertadores; si ha sonado la hora del sacrificio para el pueblo cubano, no sólo el esposo, el padre y el hermano sabrán aceptarlo, ¡no!, que también estamos por estar a su lado; mientras podamos entre mis hijos y yo ganar un pan, no tomaremos nada de Cuba, porque ella lo necesita mucho, pero usted no tenga cuidado que en caso que ese pan nos falte



a usted le tocaremos, a usted hablaremos como padre, como hermano, mientras tanto, para Cuba, vaya todo... y... viva su libertad!...

Si Panchito está en esa, cuando ésta llegue a sus manos, déle abrazos de su mamá y hermanos, que no le escribo porque creo este vapor no le ha de alcanzar en ésta.

¡Cuánto ansío por las cartas de Máximo, por las noticias de mi Cuba!

Adiós amigo, abráceme a Bena y a esos ángeles de su hogar, y usted cuente con el afecto verdadero de su amiga y compatriota,

BERNARDA TORO DE GÓMEZ.⁽¹⁶⁷⁾

La carta de la triste hija de Borrero, a que alude Manana, tiene amargos sabores de elegía:

Puerto Plata, agosto 3 de 1895

Señora Dña. Bernarda T. de Gómez,

Estimada amiga:

Recibimos la sulla del 28 del pasado, nosotros ya, usted deve suponerce lo triste que estaremos con la muerte de nuestro querido padre, aunque ustedes no an querido sernos francas, ya estamo en esa convicción, ya se le hicieron los rezos y el marte es la misa, el jueves hay otra para Martí papá y demás que, an muerto en la revolución así es que por que es que ustedes nos lo ocultan, pues si papá tubiera vivo nos escribiera nosotras nuestra situación es esta pue ya murió el principal de la casa casi todo se acaba; el Alambique él lo serró antes de irse pues no encontraba quien se hiciera cargo de él para que siguiera trabajando y no encontrando una persona honrada para que trabajara tubo a bien serrarlo la estancia que nos dejó era arendada, ahora que saben que papá ha muerto ya nos la mandaron a pedir así es que ni savemos en lo que quedará con los animales que no savemos que hacer de ellos, pero todo esto no es nada en comparación de nuestro padre, tomara yo que nos quedáramo sin nada y que papá resusitara.

Dígale a Clemencita que vimos la memoria que ella le dedicó en el periódico de Monte Cristy que triste, ya le mandamo decir a Marino la triste nueva que el pobre no lo quería creer ya lo desengañamos que no esté haciéndose ideas que su padre está vivo mis cariños para mi Clemencia, Maxito y demás hijos y demás familia, Tía Clara, Tula, Piani y Fina y usted cuente con su verdadera amiga que la abraza,

DOLORES BORRERO.⁽¹⁶⁸⁾

(167) Delegación..., caja 22, No. 3409.

(168) Delegación..., caja 22, Nc. 3409.



Las desdichadas hijas de Borrero declinaron la ayuda que se les ofrecía, en esta patriótica misiva:

Puerto Plata, noviembre 19 de 1895

Señor Don
Tomás Estrada Palma,
Delegado del P. R. C.

Estimado señor y compatriota:

Hemos recibido la atenta comunicación por la cual usted se sirve participarnos que mensualmente recibiremos una subvención como hijas del malogrado Paquito Borrero (q e p d).

Aunque la muerte de nuestro amado padre, nos ha reducido a vivir muy económicamente y de nuestro trabajo juzgamos antipatriótico aceptar ningún subsidio pecuniario, cuando aún la Patria gime irredimida.

Esa suma que la junta nos ha destinado, vale más que sea empleada en armas y pertrechos que servirán para alcanzar más pronto la independencia nacional.

Como hijas de Borrero, debemos seguir su ejemplo; así pues esa junta puede contar con nuestros servicios incondicionalmente.

Si acaso más tarde necesitamos su protección, acudiremos a usted con franqueza.

Le saludan con patria y libertad,

DOLORES BORRERO, CÁSTULA BORRERO

P. D.: Suplicamos la publicidad de esta carta; y nos envíe periódicos. Vale.⁽¹⁶⁹⁾

Quando se fué a la manigua el mayor de los hijos del General, el talentoso Panchito, tan amado por Martí, sostén de la casa en la ausencia del guerrero, Manana se vió obligada a aceptar la ayuda que le había ofrecido el Delegado Estrada Palma. Así se lo avisaba el activo Eleuterio Hatton en esta carta, por demás interesante, en que se alude a Martí:

Puerto Plata, septiembre 10 de 1896

Sr. Tomás Estrada Palma,
New York.

Mi anterior fué escrita a bordo del *Saginaw* de viaje para Monte Cristi, allí permanecí con la comisión una semana. Se recogieron mil pesos plata.

⁽¹⁶⁹⁾ Delegación..., caja 2, No. 542.



Tuve el gusto de pasar muy buenos ratos con la familia del General Gómez, tan sencilla como interesante siempre. Pude persuadir a doña Bernarda que acepte los cien pesos plata por mes, que usted le asigna y le dejé la primer mesada, mucha falta creo que les hacía. Con los primeros \$500 oro que usted ordenó, creo que cubrieron la casa, sólo dependían ahora de \$60 plata que gana Maxito, que como comprenderá dista mucho de sostener las más perentorias necesidades de una familia. Hemos acudido muy a tiempo con la mesada. He arreglado para que vaya de aquí un fotógrafo a Montecristi, para que tome fotografías en grupo de la familia, también de la casa, del aposento donde conferenciaban Martí, el General, y demás hermanos de la causa. Se tomará también una de la bandera de Palo Seco y las Guásimas, y otras cosas que para nosotros son de interés y para nuestro General, de muy gratos recuerdos. De todo esto mandaré a usted varios ejemplares y también al General.

J. E. HATTON.⁽¹⁷⁰⁾

Pocos días después, el 7 de diciembre de 1896, cayó Panchito Gómez Toro, junto a Antonio Maceo. Era el precio de la gloria de la humilde casa de Monte Cristi, de Gómez y de Martí. La muerte de Panchito fué la única gran desgracia de Máximo Gómez. Ni sus glorias de Libertador de Cuba disminuyeron jamás ni menos compensaron en su hogar las aflicciones de esa enorme desgracia. De aquellos próceres que pasaron por la fuente lustral de la humilde casa de Manana, también cayeron Paquito Borrero, Angel Guerra y César Salas. Sólo restaban en pie, machete en mano, Máximo Gómez y el leal Marcos del Rosario. Atrás quedaban la gloria y la pobreza y el dolor, en los desamparados hogares de los héroes.

(170) Delegación..., caja 88, No. 14119.



EL MANIFIESTO DE MONTE CRISTI

¿Dónde se imprimió por vez primera el Manifiesto de Monte Cristi? Como todo Martí es ya objeto de investigación y discusión, ha surgido el problema: ¿Santiago, Puerto Plata, Monte Cristi, Nueva York?

La trayectoria del célebre documento es, en resumen, la siguiente:

a) Fué escrito por Martí en Monte Cristi, en la casa del General Gómez, donde se alojaba, y firmado allí mismo por él y por el General el 25 de marzo de 1895.

b) Tiene un antecedente, concreto, en el Plan de Alzamiento firmado por Martí, Collazo y Mayía Rodríguez el 8 de diciembre de 1894.⁽¹⁷¹⁾

c) Las minutas del Manifiesto se conservan en el Archivo de Máximo Gómez y el original en el Archivo de Gonzalo de Quesada. A ello se refiere el muy docto historiador Gerardo Castellanos en *Martí, conspirador y revolucionario* (en la obra *Vida y pensamiento de Martí...*, Vol. II, p. 157):

El documento, escrito de puño y letra de Martí (que existe en el Archivo de Máximo Gómez, y que yo llamaría matriz, por entender que sirvió para de él sacar la versión que se publicó en Nueva York, a que se refiere la

(171) Véase en el admirable estudio de la ilustre profesora cubana Rebeca Rosell Planas, *Las claves de Martí y el Plan de alzamiento para Cuba*. Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba. Prefacio del Capitán Joaquín Llaverías, La Habana, 1948.



carta de marzo 28 de 1895,⁽¹⁷²⁾ que desde Monte Cristi el Maestro dirige

(172) En la carta citada, del 28 de marzo, Martí hace esta importante recomendación:

28 Marzo (Montecristi, 1895).

Sr. Gonzalo de Quesada.

Gonzalo querido, y Benjamín:

Incluyo el manifiesto que le anuncié con la palabra *vidi*, conforme a la clave que llevó Manuel, en mi cablegrama del 26, al que creo que es respuesta el del mismo día: *Belin tweed Pettie Massy*, que trajo a tiempo noticias felices.

Aquí sólo hablaré del manifiesto. El importa afuera; pero adentro está su principal oficio, y como probablemente llegará a ustedes cuando ya nosotros estemos en Cuba, o al llegar—y con nuestra llegada ha de haber mayor deseo y necesidad en los vacilantes de argüir en contra y de los sinceros de conocer la verdad—, urge de veras que en seguida—y en imprenta que no sea nuestra, para guardar sigilo absoluto, a fin de asegurar menos obstáculos a su entrada en Cuba—, impriman un número considerable, 5,000 por lo menos, en hoja suelta, y de bella impresión: letra magnánima, y claro entre los párrafos, para que resalte cada asunto. Tomen desde el primer instante con Barrios de Key West, el pardo fiel e inteligente por quien, vía Seraffín, me comuniqué con Juan Gualberto—y por Ibern, cuyo hermano tiene en el correo de La Habana amigo fiel—, las medidas necesarias para la introducción y distribución del manifiesto en Cuba: 5,000 dije: 10,000 ó más deben ser: cada español debiera recibir uno, y todas las sociedades y grupos de cubanos negros. A sobre vivo—sobre que pueden imprimir con varios lemas como de casas de comercio—, envíen, mucho, y continúen correo tras correo enviando, a todos los españoles de quienes sepan, y de quienes lean en los diarios. Y a quien reparta en Cuba, que los distribuya principalmente entre los españoles.

A los periódicos, nuestros o americanos, no se ha de dar el manifiesto sino cuando ya haya razón para suponerlo en Cuba.

En sobres especiales, y con papel de marca, envíenlo a todas las presidencias de república, a los presidentes bajo sobre privado—y a los Secretarios y Subsecretarios de Relaciones Extranjeras—, y a todos los periódicos hispanoamericanos.

Del manifiesto, complacerá a ustedes saber que luego de escrito no ocurrió en él un solo cambio; y que sus ideas envuelven a la vez, aunque proviniendo de diversos campos de experiencia, el concepto actual del general Gómez, y el del Delegado. Lo que en país que principia, y con las dudas y choques de la guerra, es, realmente, causa de fe, y honor. Ojalá parezcan bien a nuestra patria estas ideas preliminares, de cuya necesidad nos vino a convencer la demanda que de ese manifiesto hay en Cuba, principalmente entre los españoles. Y como va, con las dos firmas, tiene especial significación y belleza. He ahí mucho argumento descabezado.

Lo esencial está, y termino: aún aquí. Cuidenme muy minuciosamente la puntuación, y alguna palabra confusa. Creo que la letra puede ir a cualquier imprenta: si no, Benjamín puede hacer sin desdoro de escribiente de esta hoja mayor, con su letra impecable, y así quedamos más seguros, y la impresión es más rápida. Mucha rapidez se necesita. Que impriman de un día a otro. Que llegue a Cuba cuanto antes. ¿Por qué no congregan a una reunión pública p^a. leerlo, en New York? y ese es un pretexto p^a. entretener, en esta espera, el entusiasmo, y a la reunión, si lo creen conveniente, conviden a los españoles. Borden alrededor. Su JOSÉ MARTÍ. (De *Papeles de Martí...*, vol. II, publicado por Gonzalo de Quesada y Miranda.)



a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, cuyo original conserva nuestro amigo Gonzalo de Quesada y Miranda en su archivo), delata, por sus numerosas tachaduras y enmiendas de todas clases, el cuidado puesto para la definitiva forma de la edición circulada. Manifiesto político de la guerra a seguir en Cuba, que ambos caudillos iban a implantar. (Arturo R. Carricarte en el folleto *Lo que dice y lo que no dice el Manifiesto de Montecristi.*)⁽¹⁷³⁾

d) En su obra *Francisco Gómez Toro...*, p. 190, dice el citado historiador Castellanos:

A Juan E. Bory, nacido en Santiago de Cuba y protegido del educador (dominicano) Peña y Reynoso, le cupo la gloria de sacar en limpio en máquina los pliegos escritos de puño y letra del Maestro, conteniendo el famoso Manifiesto de Monte Cristi.⁽¹⁷⁴⁾

e) En su carta del 10 de abril, a Gonzalo y Benjamín, ya en camino de Cuba, Martí se refirió al Manifiesto:

Repetir, no es necesario. Del Manifiesto, todo hace prever, por la malignidad autonomista y la benevolencia española, que es oportuno, y que será de influjo real. De prisa y bien repártanlo. Que en todas formas cunda en Cuba, no perdonen esfuerzo para esparcirlo en Cuba.

f) El Manifiesto circuló en hoja suelta, junto con la edición de *Patria*, de Nueva York, del 1 de mayo de 1895. (Las primeras cartas desde Cuba, de Gómez y Martí, se publicaron en *Patria* el 13 de mayo.)

(173) Arturo R. de Carricarte poseía un ejemplar del Manifiesto. Le escribió a don Federico Henríquez y Carvajal preguntándole dónde había sido impreso, a lo que se refiere el Maestro en su libro *Todo por Cuba*, p. 247 de la edición dominicana.

(174) Gracias a generosidad del vehemente patriota cubano don Juan E. Bory, hemos logrado examinar diversos artículos suyos o relativos a él, en que confirma haber mecanografiado el Manifiesto. Véanse los siguientes periódicos de La Habana, *Alerta*, 25 marzo 1952; *El País*, 10 junio 1939; *Avance*, 14 mayo 1952; *Información*, 16 sept. 1948; *Carteles*, 20 mayo 1952. Hemos examinado, asimismo, una *Declaración certificada*, del 23 de junio de 1952, de personalidades de Monte Cristi, en la que dan testimonio de los servicios a Cuba prestados por el Sr. Bory. En la prensa dominicana de 1902 consta que Bory fué, con el Lic. Cayetano Armando Rodríguez, uno de los organizadores del apoteósico recibimiento que Monte Cristi le hizo entonces al General Gómez.



g) Se publicó en el *Listín Diario*, de Santo Domingo, edición No. 1782, del 18 de mayo, víspera de la muerte de Martí.

h) La más autorizada información acerca del caso nos la dió el doctor Bernardo Gómez Toro—en cuya casa de Monte Cristi fué escrito el Manifiesto—en carta del 23 de abril de 1937:

El Manifiesto de Monte Cristi fué impreso en Santiago de los Caballeros en su primera edición; de esa solamente se conservan (oficialmente), dos ejemplares: uno en el Archivo de mi padre y otro en el mío.

Esa información nos la acaba de reiterar, ampliándola, en su carta del 13 de noviembre del presente año de 1952:

Mas, en primer lugar, sí puedo decirle y ratificarle que el Manifiesto de Montecristi fué impreso en Santiago de los Caballeros y seguramente fué la primera impresión del mismo; el que nosotros conservamos está en papel fino, casi bolla, y tiene pie de imprenta de la ciudad de Santiago de los Caballeros.

i) Sofía Ramírez Pavón, en carta del 17 de febrero de 1936, a don Ulises Franco Bidó, de Santiago de los Caballeros, dice:

Me dirijo a usted invocando la amistad que lo unió a mi padre (Nicolás Ramírez) para que haga esclarecer una verdad histórica, o por lo menos, para que nos saque de una duda. Como usted recordará, en nuestra casa, calle de la Rosa, número 45, al lado de la casa de don Miguel Román (q. e. p. d.) se hospedaban los libertadores de Cuba, Máximo Gómez y otros patriotas más acompañados del Apóstol Martí.

En cartas que conservamos de don Máximo Gómez, le hace algunos encargos a papá para usted referentes a trabajos. Es el caso que el histórico Manifiesto de Monte Cristi no se sabe dónde fué editado. Unos historiadores aseguran que fué en New York y otros en la Capital, Puerto Plata o Samaná, porque en Monte Cristy no había imprentas en esa época.⁽¹⁷⁵⁾

Nosotros, que tenemos documentos que acreditan que casi todo el tra-

(175) Entonces existía en Monte Cristi la pequeña imprenta de don Emiliano Aybar.



bajo de la revolución de Cuba se realizó en Santiago de los Caballeros, creemos que fué en su imprenta donde se imprimió ese Manifiesto.

Mamá (Rafaela Pavón viuda de Ramírez) q. e. p. d., nos decía que en esa época tenía usted la librería y que siendo un buen amigo de papá, y citándolo don Máximo Gómez como una persona discreta, debió ser en su imprenta donde se realizó ese trabajo. De ser así, como hija de Santiago de los Caballeros, para quien guardo, al igual que mis hermanos, el más profundo agradecimiento por la bondad con que acogió a nuestros padres, Rafaela Pavón y Nicolás Ramírez, y donde se deslizaron los mejores días de nuestras vidas, le suplico que me envíe un certificado que dé fe de lo ya expuesto, para hacer resaltar a Santiago de los Caballeros como el punto de reunión de los máximos libertadores de Cuba.

j) Franco Bidó respondió a la carta anterior, el 28 de febrero del mismo año, diciéndole, entre otras cosas:

Es muy cierto que la casa del coronel don Nicolás Ramírez acogió siempre como dignísimos huéspedes a don Máximo y al Apóstol Martí y a cuantas personalidades cubanas visitaban a esta ciudad para conferenciar con los dos citados caudillos. Recuerdo que don Nicolás, quien era considerado como el eje del centro revolucionario cubano en el Cibao, relacionaba a los dos líderes con cubanos y dominicanos sobresalientes en esta región. Y es cierto también que en sus largas ausencias, don Máximo me hacía, por medio de don Nicolás, algunos encargos para trabajos de imprenta.

Y quiero ahora tratar sobre el principal motivo de su estimada carta: *¿Dónde fué impreso el llamado Manifiesto de Monte Cristi?* Don Máximo nos reconoció a Augusto mi hermano y a mí como parientes. Nuestro bisabuelo, don Agustín Franco de Medina, nació en Baní, y don Máximo tuvo su cuna en la misma ciudad, donde las dos familias se ligaron. Puso por tanto su confianza en mí, lo que me valió la confianza y estimación de su valiente colaborador el inmortal Martí. Durante sus estancias en Santiago, estos dos hombres pasaban toda la mañana, casi todos los días, en la oficina de mi establecimiento, contigua a los talleres tipográficos en donde se preparaban sus impresos.

Exigía el General una estricta discreción en la preparación de sus impresos, y al efecto, puse a su disposición al decano de los tipógrafos, don Juan de Mata López, hombre serio, mayor de edad, y de inquebrantable honradez. Este empleado era el único que se ocupaba de los trabajos que le confiaban Martí y don Máximo, quienes corregían las pruebas, las cuales eran destruidas. Inmediatamente después de hacer la impresión, se distribuían las planchas y se borraban las huellas producidas sobre el tím-



pano de la prensa destinada a esos trabajos. Ningún otro empleado podría enterarse de los originales confiados, expresamente, al señor López. ¿Por qué el Generalísimo se llevó a la tumba ese secreto? Sin duda no le dio la importancia que hoy se le concede.

Sospecho que el célebre Manifiesto pudo ser preparado en mis talleres, pero no tengo seguridad de ello y por tanto no me atrevería a afirmarlo.⁽¹⁷⁶⁾

k) En Santiago existía otra imprenta, del cubano José M. Vila Morel, donde pudo ser impreso el célebre documento del 25 de marzo. Vila Morel era partidario de la causa de su Patria, como lo atestigua la carta siguiente:

Santiago de los Caballeros, junio 6, 1895

Señor Don Gonzalo de Quesada, New York.

Muy señor mío:

Por ser de la misma causa que usted no he pensado para dirigirme para expresarle mi idea la que deseo tenga buena acogida y es: el suplicarle se sirva usted en conseguirme algunos *clichés* de los principales personajes de la Revolución de nuestra patria los que deseo darle cabida en varios periódicos que se publican en esta mi imprenta; como los de don Máximo Gómez, Martí, Maceo y otros más y el escudo que aparece en *Patria*. Esto si le es posible conseguirlo le agradeceré remitirlo con la siguiente dirección: Sres. Puyans y Díaz, Puerto Plata, para Vila Morel, Imp. Santiago. Desearía ver de vez en cuando a *Patria* por ésta, pues de rareza lo vemos y nos es de muchísimo interés. Sin más, quedo de usted. att. s.s

VILA MOREL.⁽¹⁷⁷⁾

(176) Es muy probable, como hemos dicho en otro lugar de esta obra, que las dudas de don Ulises provengan de no haber visto ningún impreso con el título de Manifiesto de Monte Cristi, ya que su encabezamiento original no fué ése sino éste: *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*.

(177) Acerca del célebre documento, de su impresión y contenido, véase: Roberto P. Acevedo, *Más en torno al Manifiesto de Montecristi*, en *Bohemia*, La Habana, enero 29, 1939; Arturo R. de Carricarte, *Lo que dice y lo que no dice el Manifiesto de Montecristi*, Marianao (Cuba), Imprenta de *El Sol*, 1940, 7 p.; Manuel de Jesús Goico, *El cincuentenario del Manifiesto de Montecristi*, *La Nación*, C.T., marzo 25 1945. Reproducido en *Archivo José Martí*, No. 9. (Menciona, por error, a Emilio Rodríguez Demorizi en vez de Alonso Rodríguez Demorizi); Guy Pérez de Cisneros y Moncel, *Cincuentenario del Manifiesto de Montecristi*, en *Información*, La Habana, marzo 23, 1945; Rafael Soto Paz, *Fecha histórica: El Manifiesto de Montecristi*, en *Prensa Libre*, La Habana, marzo 25, 1945; Luis Rolando Cabrera, *Cincuentenario: Manifiesto de Montecristi*, en *Noticias de Hoy*, La Habana, marzo 25, 1945; Juan E. Bory Cortiña, *El Manifiesto de Montecristi*,



l) En carta del 14 de marzo de 1936, dice don Manuel Aybar, S., de Monte Cristi:

había aquí en 1895 y antes de ese año la imprenta de mi padre, tocándole a ella la gloria de haber dado a la luz el célebre Manifiesto de Martí. En honor a la verdad debo decir que en ese gran documento no trabajé como tipógrafo: era demasiado importante para que se le confiara a una persona de tan pocos años y de escasos conocimientos en el arte; debió imprimirlo Manuel Almeida, que era el encargado de la imprenta.

Respecto de esta afirmación dice don Jesús Badín, en carta del 11 de mayo de 1935:

Yo estaba en dudas si fué aquí, en Monte Cristi o en Puerto Plata donde se imprimió el Manifiesto, pero con los datos del amigo Ml. S. Aybar, quedo convencido de que fué aquí, pues conocí la imprenta y a su encargado Manuel Almeida.

m) Cuantos afirman que el Manifiesto fué impreso en Puerto Plata aseguran, además, que Martí estuvo allí, cosa que no ha podido ser probada. Esta especie tiene su origen en la impresión, en Puerto Plata, de una proclama de Paquito Borrero, que nada tiene que ver con el Manifiesto. Entre las personas aludidas se cuentan los impresores Ml. de Js. Mathiew y Pedro A. Castellanos, la señora Obdulia de Ravén viuda de Pablo Borrero y el conocido Buli Poloney. En el periódico *El Porvenir*, de Puerto Plata, edición del 20 de marzo de 1939, dice su Director Alonso Rodríguez Demorizi:

Poseemos las dos prensas donde se imprimieron en Monte Cristi y aquí el Manifiesto de Martí. Una era tal vez de Aybar, en Monte Cristi, y la otra de Juan Schild, donde Martí, de incógnito, hizo la primera impresión, con fecha de Monte Cristi. Poseemos hasta los tipos con que dícese fué impreso por primera vez el Manifiesto.

en *El País*, La Habana, marzo 27, 1945; y Ramón Vasconcelos, *Promesas y entre líneas del Manifiesto de Montecristi*, en *Alerta*, La Habana, febrero 23, 1950.) (En la revista *Bohemia*, febrero de 1939, no podemos precisar la fecha ni el nombre del autor, se publicaron unas declaraciones de un hijo de don Nicolás Ramírez acerca del Manifiesto.)



n) Según la versión puertoplateña el Manifiesto fué impreso en la Imprenta de Juan Schild. Así lo afirma un hijo de Schild, residente en aquella ciudad, y agrega que Paquito Borrero fué quien corrigió las pruebas del famoso documento, por encargo de Martí. Recordamos haber visto en la misma ciudad, en 1927, las pruebas de una proclama revolucionaria dirigida a los cubanos, suscrita por Paquito Borrero, que los Schilds conservaban dentro de un frasco de boca ancha. Al caso se refiere la señora Obdulia de Ravén viuda de Pablito Borrero, en carta del 24 de junio de 1946 a la ilustre profesora cubana Rebeca Rosell Planas:

El señor Schild era amigo de Paquito, y éste lo presentó a Martí, así que al hacerle la proposición aceptó, y los invitó a combinar esa noche en la citada imprenta el mencionado propósito. Concurrieron los invitados a hora señalada y acto continuo Martí ocupó una mesa y redactó una brillante proclama, capaz de hacer latir un corazón de bronce. Paquito firmó el Documento como Mayor General... El día 1º de octubre de 1928, el señor Raúl Masvidal, Ministro Plenipotenciario de Cuba aquí, se presentó en el domicilio de la familia Schild en la calle Padre Castellanos No. 25, de esta ciudad de Puerto Plata, acompañado de Augusto Vega en solicitud de que se le presentaran el original y la dos copias mediante recibo, para presentarlo al gobierno de Cuba para apreciar si era letra en Martí. Dejó recibo y se llevó los papeles.

ñ) Las conclusiones son evidentemente favorables a la versión santiaguera. La impresión del Manifiesto, en Monte Cristi, habría sido arriesgada, fácil de descubrirse, mientras que realizándola en Santiago, por intermedio de don Nicolás Ramírez, el secreto podía conservarse mejor.

Los expedicionarios llevarían consigo el Manifiesto impreso, pues no habría tenido ningún objeto su impresión en Santiago después del 1 de abril, día de la salida de José Martí, ni menos después del 1 de mayo, día en que circuló con *Patria*. Hasta la calidad del papel empleado—fino, casi cebolla, como dice el Dr. Bernardo Gómez Toro—, habitualmente usado en publicaciones subrepticias, clandestinas, delata el destino que se



propusieron darle Gómez y Martí al famoso impreso: llevarlo consigo a Cuba libre. La circunstancia de que Martí no enviase a Gonzalo y a Benjamín, en su carta del 28 de marzo, el impreso, sino el original mismo, se explica fácilmente: no estaría impreso aún el documento y sería necesario aprovechar las escasas arribadas, al puerto de Monte Cristi, de barcos que hacían la carrera de Nueva York.

Se puede afirmar, pues, que el Manifiesto de Monte Cristi fué impreso en Santiago de los Caballeros, en la Imprenta de don Ulises Franco Bidó, y que no hay ninguna prueba ni indicio apreciable de su impresión en Monte Cristi ni en Puerto Plata. Quizás ya sea imposible determinar si el memorable documento fué impreso en Santiago antes que en Nueva York, sin embargo de ser esto lo más probable. Es un problema bibliográfico, creado por una situación política, que seguirá discutiéndose, como todo lo que atañe a Martí.



EN LA RUTA DOMINICANA DE MARTÍ

No sólo con el propósito de allegar materiales para esta obra sino también tras la alta fruición espiritual de conocer los caminos, casas y lugares en que estuvo Martí y de estrechar la mano de personas que le conocieron en sus patrióticas andanzas por el Cibao, nos decidimos a ir en pos de sus huellas, hacia Santiago de los Caballeros, Las Lagunas, Monte Cristi, Dajabón, Guayacanes, Laguna Salada, Esperanza, La Vega, del 9 al 24 de septiembre de 1940. La ruta fué larga y plena de emociones.⁽¹⁷⁸⁾

EN SANTIAGO

En Santiago de los Caballeros no ha pervivido, como en Monte Cristi, el recuerdo de Martí: estuvo aquí de paso, casi siempre en casa de don Nicolás Ramírez, o en la Otra Banda, ribera opuesta del Yaque, en la finca del laborioso cubano Manuel Boitel, quien luego se trasladó a Las Lagunas. En la infancia conocimos a Boitel, en su casa de campo de Las Lagunas, Villa González, hacia 1922. Allí vivían, en 1936,

(178) En este inolvidable viaje, hecho en compañía de nuestra esposa doña Silveria Rodríguez Castellanos de Rodríguez Demorizi (de madre de familia cubana, amiga de Martí, Castellanos, de Camagüey; y de familia dominicana, Rodríguez, amiga de Máximo Gómez), recorrimos muchos de los lugares visitados por Martí: Santiago (9 sept. 1940; Las Lagunas, Villa González (día 15); Monte Cristi (día 16); Dajabón (día 18); Guayacanes (día 18); Laguna Salada (día 19); Esperanza (día 20); Santiago (días 20-24); La Vega (día 24).



varios descendientes del noble amigo de Martí: Guillermo J., Carlos Manuel y Ulises Boitel.⁽¹⁷⁹⁾ Aquí, junto al Yaque, pueden verse aún, mudas pero elocuentes para los espíritus que saben oír las recónditas voces de lo muerto y de lo inerte, las casas visitadas por Martí: la de Ramírez, la de don Augusto Franco Bidó, las de los médicos cubanos doctor Raúl Font Sterling y doctor P. P. Dobal, el *Centro de Recreo*. La casa de Ramírez, en la calle de las Rosas, hoy Dieciséis de Agosto, 45, es ahora propiedad del señor Manuel Batista, padre del licenciado Pedro R. Batista. La del doctor Font Sterling en la misma calle, 68. La del doctor Dobal en la calle Sol esquina San Luis.

Aquí está don Ulises Franco Bidó, amigo del Apóstol y del Guerrero, que es quien atesora mayores recuerdos de la estancia de Martí en la ciudad del Yaque. Visitamos a don Ulises, una de las figuras más venerables del viejo Santiago. Tenía su imprenta en la calle Libertad, 16 y 18. Le hizo trabajos tipográficos a Gómez y a Martí. A cuanto nos dijo por carta poco nos agrega ahora. Dice que no se imprimió en su taller el Manifiesto de Monte Cristi. Quizás lo hizo sin darse cuenta de ello, pues el trascendental documento no fue impreso con ese título, sino con el de *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*.

Don Ulises habla de Martí con una simplicidad que excluye en absoluto el común empeño de muchos que, por vanidad, de un fugaz contacto con Martí han forjado mil leyendas de glorificación propia.

Con ánimo acongojado se va por las calles de Santiago, tras las huellas de Martí, porque el Apóstol no encontró en la hidalga villa un José Joaquín Pérez ni un Federico Henríquez y Carvajal. Que sepamos, don Augusto Franco Bidó fue el único que recogió allí el recuerdo, vivo, del paso de Martí por aquella ciudad en que Máximo Gómez le aceptó

(179) Manuel Gregorio Boitel, casado con Candelaria Amador, el día 15 de septiembre de 1862, tuvo siete hijos. Boitel murió el 6 de enero de 1918.



oficialmente la invitación de abandonar su hogar de Monte Cristi para volver a los campos de Cuba libre.

EN MONTE CRISTI

Como Filadelfia, toda llena del recuerdo de Franklin, Monte Cristi está toda llena de Gómez y Martí. Bastaría mencionar la casa del General, donde se firmó el Manifiesto de la libertad de Cuba; pero hay otros lugares de atracción martiana: la casa de las hermanas del General, donde tomó Martí su último café dominicano; la sastrería de Ramón Antonio Almonte, donde se hizo su último traje; la casa de Jimenes, frecuentada por él; la Gobernación, donde acudía a ver a Guelito Pichardo; el reloj público que, como él dijo, marcaría pronto la hora de la libertad de Cuba; la casa en que pronunció uno de sus últimos discursos; El Cayo, donde hacía prácticas de tiro al blanco; las calles, en fin, por donde paseaba con el General, llevándole de la mano a su hija Clemencia; y el remate de su vida dominicana y de su vida toda: la playa por donde partió hacia la libertad y hacia la muerte.

No se puede llegar a Monte Cristi e inquirir algo de Martí, sin que en el acto sea mencionado el nombre de un cubano que sin dejar de serlo jamás ya está consustanciado con lo nuestro: Jesús Badín Jústiz, amigo de Martí, quien mantiene en la villa, como una luz inapagable, el recuerdo y el culto del Apóstol. Aquí murió su esposa, Ernestina Calleja, el 6 de mayo de 1895. Poco después, Martí. Son dos dolores que él asocia. (Una hermana de Badín fué la esposa del ilustre dominicano don Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Badín tenía una tienda de ropa y sastrería, *La Elegancia*.)

Poco puede agregar a lo que ya nos dijo en su correspondencia, siempre impregnada del dolor de su frustrada cubanidad: ha vivido suspirando inútilmente porque Cuba vuelva los ojos hacia Monte Cristi y le tienda la mano de la gra-



titud. Este es su otro dolor: la pena en que ha ido envejeciendo y apagándose.⁽¹⁸⁰⁾

Le preguntamos y él responde lo que puede, lo que sabe, sin añadir palabra: "Martí sólo se hospedó en 1892 en el hotel de Catalina Ramos. Después, siempre, en casa de don Máximo. Las hermanas del General nunca se separaron de él: aquí habitaban en una casa contigua a la suya." Cuenta cómo fué a la cárcel por la Santa Causa de Cuba; que Serafín Sánchez, Carrillo y Barnett, trabajaron cerca de Monte Cristi, en los cortes de madera de Jimenes; que Nené, de Villalobos, citado por Martí en sus *Apuntes de un viaje*, tenía allí una especie de fonda; que Salcedo—también citado por Martí—se llamaba Ramón, era sobrino de Pedro Celestino Salcedo, y según supo se pasó a las tropas españolas alcanzando el grado de Coronel; que la sastrería de Ramón Antonio Almonte (Monguí), que le hizo a Martí su último traje, era casi contigua a la de Máximo Gómez, sólo una casa de por medio; que asistió al meeting en que hablaron Martí, Gómez y Collazo; que el Apóstol era el más dulce de los hombres.

Con visible melancolía habla de los ausentes, como si presintiera que ha de seguirles pronto; ya no existen Buli Po-

(180) Jesús Badín no existe ya. Aferrado a un ideal; apegado como la yedra al tronco a sus recuerdos de Martí: obsesionado siempre por el olvido de Cuba de los soldados de la emigración que en Monte Cristi contribuyeron a empujar hacia la isla irredenta la barca del Apóstol y del Libertador, vió pasar los años, consumiéndose la vida, siempre en la inútil espera de que llegara hasta allí la agradecida mano de su patria. Así tuvo la más triste de las muertes: la que llega en la desesperanza y en la frustración, en la hora de la desilusión, veneno del alma. Fué un gran cubano, ya que es grandeza suficiente ser, como él lo fué, idólatra de José Martí,

Murió amparado sólo por los que admiraban sus virtudes, en pobreza extremada, Dejó, empero, una herencia luminosa: el recuerdo de su amistad con Martí y de sus servicios a su patria. Dejó esta cuarteta, inédita—que es el resumen de su vida—, escrita al golpearle el corazón la noticia de la caída del Apóstol:

*El nombre de Martí
es sagrado para mí:
varios abrazos le di
y en ellos me confundí.*

Fué una vida inmersa en la pasión de Cuba y de Martí.

loney, ni Bastián, ni Finke, ni Montesino, ni Massenet, ni Emiliano Aybar, ni Benigno D. Conde. El recuerdo de Martí está pasando de una generación a la otra.

Don Jesús nos conduce a la casa del General Gómez, la casa de Martí, que es lo mismo. No se entra aquí, conociendo lo que fueron Gómez y Martí, sin estremecimientos de emoción. El lugar en que nace un grande hombre merece reverencia, pero el lugar en que nace un pueblo merece mayor tributo. Aquí nació Cuba. Martí habló de ella muchas veces. Llama la atención, en la sala, la bandera de la estrella solitaria pintada en el techo. Silencioso, consciente del encargo, un cubano, Federico Tul Bajé, cuida la casa como si fuese la cuna de un recién nacido. En su obra *Francisco Gómez Toro*, Gerardo Castellanos recuerda cómo era y es la célebre casa:

El previsor Máximo Gómez, de sus economías y liquidaciones que venía realizando en *La Reforma*, había adquirido por la cantidad de 400 pesos una modesta casa en la calle Núñez de Cáceres, de madera y techo de zinc. Para acomodar a la familia en la que había de ser su residencia fija hasta su regreso, tuvo que hacer algunos arreglos. Todavía se conserva en pie al cuidado del sastre cubano Jesús Badín. Tiene de histórico haber sido hogar del General Gómez y de su familia durante toda la guerra del 95, pues a pesar de la insistencia de los amigos de la Capital, de Santo Domingo, nunca quisieron abandonar el hospitalario Monte Cristi; y haberse firmado en el desván que mira al mar el famoso *Manifiesto de Monte Cristi*, evangelio de su revolución.⁽¹⁸¹⁾

A todo el que llega a Monte Cristi, tras Martí, también le señalan, como reliquia viva, a Charles Strong. Para todos es un hombre simple, que da la impresión de que sólo dice lo que sabe, sin mixtificaciones. Es, según su propia versión y

(181) Al periodista dominicano Reyes Vargas se debe uno de los más bellos de los numerosos reportajes acerca de la célebre casa. Véase en *La Información*, Santiago de los Caballeros, 15 sept. 1939.



según los montecristeños, el único superviviente de los marineros de la goleta *Brothers*, de la expedición Gómez-Martí. Era el segundo de la goleta, según él.

Llegamos a su modesta casa de la calle Sánchez, número 5, donde habita con una hija. Es un negro alto y seco, como Marcos del Rosario. Nació en Nassau. Tiene 84 años (1940). Habla poco: que John Bastián murió en Nassau, era de allí, en 1895 tenía como 50 años; que la *Brothers* esperaba en El Cayo, apartada de la playa, y guardaba allí las provisiones y el equipaje de los expedicionarios; que la goleta salió como a las diez de la noche; que los otros marinos de la *Brothers* eran Jim Basset, de Turks Island; David Caley—mencionado por Martí—también de Turks Island, muerto allí; y Napoleón John, de Nassau, muerto en Monte Cristi en 1938. “Martí—dice—me hablaba en inglés.” Queremos llevarnos algo de la casa, como un recuerdo del negro marino. Abandonada en un rincón, desarmada, hay una cama de vetusta caoba, de altos maderos, a la vieja usanza. Se la compramos. Después caen en nuestras manos reveladores papeles de la expedición de abril y comienzan nuestras dudas. ¿Héroe o espía? El 1º de abril un marino le denunció al cónsul Espín que Gómez y Martí se habían embarcado en la goleta *Brothers*. El marino expidió recibo de \$10.00 por su servicio y firmó: *Chalo Straun*. (La caligrafía de las últimas dos letras del apellido es algo oscura: puede leerse Straun o Strawn, pero la pronunciación varía poco, prevaleciendo el sonido *on*). ¿Charles Strong? ¿Era sólo coincidencia que tuviesen el mismo nombre el marino de la *Brothers* y el otro marino, espía? Martí sólo habla con encomio de David, y a los demás los trata como desertores. ¿Desertor o espía? Ambos términos condenan a Strong.⁽¹⁸²⁾

(182) La siguiente información que acaba de comunicarnos en carta del 26 de noviembre de 1952, nuestro amigo José E. García Aybar, Secretario de lo Interior y Policía, resuelve la cuestión de una manera inesperada: “En relación con tu atenta tarjeta de fecha 23 de octubre próximo pasado, en interés de saber si Charles Strong y Chalo Straun o Strawn son una o diferentes personas, me com-



Martí se hizo de muchos amigos en Monte Cristi. Entre ellos contó a los hermanos licenciado Carlos Tomás y Bienvenido S. Nouel y Bobadilla. Carlos Tomás acompañó a Martí, en 1895, en uno de sus viajes a Dajabón; y Bienvenido le dedicó, a su muerte, una de sus mejores poesías. Don Juan Grullón conoció a Martí en Monte Cristi. También le vió en *La Reforma*, la finca de Máximo Gómez, donde vivió. Refiere que, en Cabo Haitiano, por orden de Juan Isidro Jimenes, le llevó a Martí una almohada, al barco en que iba para Cuba.

La gloria de Monte Cristi en lo que respecta a Martí, a Máximo Gómez y a Cuba no puede ser más completa: aquí fué escrito y firmado el célebre *Manifiesto* que constituye el Acta de Independencia de Cuba; aquí escribió Martí sus testamentos, el político y el literario; de aquí se despidió de su madre; aquí escribió sus últimos versos; de aquí partió llevando del brazo al Libertador de Cuba; y como símbolo de todo ello y del fervor dominicano por la causa de Cuba, manos de mujer, en Monte Cristi, confeccionaron la bandera de la Expedición Gómez-Martí. El viejo soldado conservó esa bandera desde la muerte del Apóstol. En 1915 fué obsequiada, por Máximo Gómez Toro, al Museo de Santiago de Cuba. Es el mejor destino que pudo dársele, bien cerca de la tumba del Apóstol, para que se cumplieran sus votos de tener en su tumba "un ramo de flores y una bandera". Una bandera nacida, como su libertad, bajo el cielo de Monte Cristi.

plazo en transcribirte a continuación, la información obtenida desde Montecristi: "Charles Strong vive aún. Es de color negro, nacionalizado dominicano, mayor de 96 años de edad, pobre de solemnidad, soltero, tiene su domicilio y residencia en Montecristi, próximo al matadero. Manifestó que su nombre era Charles Strong, pero que tenía un hijo que se llama Chalo Strong, que vivía en New York, por lo que se ha podido comprobar que son diferentes personas y no una. Charles Strong todavía no habla bien español, pero por mediación de su hija, la cual se llama Alicia Strong, manifestó que él llegó a este país en el año 1886, que él era marino; que tenía tres hijos, dos en Nueva York, Chalo y Anita, y Alicia en la ciudad de Montecristi con él."



EN DAJABON

En Dajabón, por donde pasó Martí en varias ocasiones, en 1892 y 1895, ya sólo quedan vagos recuerdos del Apóstol. Su amigo Joaquín Montesino, que cargó cadenas con él en las cárceles de Cuba, se fué de aquí; Toño Calderón, “de gran fama de guapo”, que le prestó su caballo alazán porque le vió en pobre montura, casi sin conocerle, ya no existe. Se sabe, sí, que bajo este asfixiante sol de Dajabón, pasó Martí, camino de Monte Cristi o Cabo Haitiano. De Montesino y de sus hijos, que se fueron a Cuba a ser todavía más pobres, hay más vivos recuerdos, viva memoria del fervor de Dajabón por la libertad del pueblo de Joaquín Montesino y Trujillo, canario, pero tan cubano como el que más. En 1895 Montesino era Presidente del Ayuntamiento de Dajabón. Hablaban los viejos de Montesino y nos parecía que hablaban de Martí: compañeros de cárcel; compañeros de destino.

EN GUAYACANES

Nada más grato en la accidentada ruta que le demora en Guayacanes. Decir Guayacanes es decir Ceferina Chaves. Desde 1865, más o menos, es así. Antes, en tiempo de Martí, era la madre; ahora es la hija, heredera de su nombre y señorío.

Entre altos y seculares árboles que le dan mayor encanto y majestad al paraje, está la casa de doña Ceferina Chaves de Grullón. Aquí estuvieron Martí y el general Máximo Gómez el 19 de febrero de 1895. En sus *Apuntes de un viaje* escribió el Apóstol:

De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce... tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan



luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder... El marido se enseña poco, o anda en quehaceres suyos; Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa... Casará la hija con letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él... La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonríe ingenua, y habla altiva, de injusticia o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: "Es preciso ver si sembramos hombres buenos."

Así vió Martí a Ceferina Chaves. La hija es igual. Al pasar el dintel de la sala buscamos en ella alguna huella de Martí: ahí están algunos muebles de su época; está el retrato de doña Ceferina, del que hacemos copia. El mismo señorío de los días de Martí reina en la casa, como cosa natural.

De ahí salió, como dijo Martí, la hija que casó "con letrado", Balbina. Nada menos que con su amigo Eugenio Deschamps.

La segunda Ceferina siguió la tradición de la madre. Guarda la finca como el mejor patrón, mientras el esposo, don Julio Grullón, atiende su comercio en Monte Cristi; las hijas han estudiado en colegios y los varones en la Universidad: Crispín y Antonio, ambos abogados.

En la casa se recuerda a Martí y a Máximo Gómez, acerca de los cuales en las tertulias de mediodía y de la noche, dicen historias y consejos los viejos de la vecindad de Guayacanes, a escasa distancia de la finca del General Gómez. Por toda esta región anduvo Martí. Todos estos caminos, secos y arenosos, no lejos del Yaque, los recorrió Martí visitando cubanos dedicados a las faenas del campo y a dominicanos amigos del General.

Aquí pasamos la noche y nos parecía oír y ver al viejo Gómez y a Martí, por todas partes, en este sitio maravilloso en que el Apóstol reposó tan deleitosamente.



EN LA REFORMA

Le expresamos a doña Ceferina nuestro propósito de ir a Laguna Salada, donde estaba *La Reforma*, y ella, solícita, nos busca el mejor práctico de toda la región, Eduardo Acosta. Guiar podría ser su oficio. Tiene unos 58 años, es de Laguna Salada, donde el General hacía de Cincinato. Con él y con el licenciado Crispín Grullón Chaves, hijo de doña Ceferina, salimos a caballo hacia Laguna Salada, hacia *La Reforma*. Servir y hablar es el mayor goce de Eduardo. Va en mitad del camino, y en sus flancos las otras dos cabalgaduras. Así escuchamos mejor su pintoresca charla: "Por aquí, en Guayacanes, fusilaron, cuando Lilís, a Sebastián y a Loro Ferreira. Sebastián venía cantando por todo el camino, amarrado, desde Mao, hasta donde lo fusilaron." Y recita las décimas de Sebastián: "*Dominguito Lazala, cabo de tiro, le dió el tiro de gracia dentro del boyo.* Lilís le dijo a Juan Chávez: "Presidente Chávez, voy a sembrar dos florecitas." "No haga eso, General." Y no valió de nada. Al general Isaiás Gutiérrez lo llamó Lilís y le dió esta orden: "Cuando ponga el pie en el estribo que oiga los tiros."

Eduardo vuelve a cantar las décimas de Sebastián Ferreira. Ladeándonos sobre el caballo le interrumpimos: ¿Recuerda alguna décima de los tiempos de Desiderio? Echándose hacia atrás y apretando los talones sobre los ijares de su caballo, Eduardo se nos adelanta y desde lejos responde: "A mí sólo me gustan las históricas..."

Ya no volvimos sobre preguntas que espantaran al malicioso Eduardo y nos acercamos a *La Reforma*. Señalando unos cercanos matorrales, junto al camino, dijo: "Ahí es; ahí estaba el portón de la finca del General." El sol caía con toda su luminosa fuerza sobre los cactus que flanquean el camino, como afilándoles y endureciéndoles las espinas. Sombrero en mano nos desmontamos, como quien llega a un santuario. Al pie, llevando de las bridas las cabalgaduras, debió



pasarse siempre por aquí, desde que Martí entró por el portón “con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a entrar montado en tierra mayor”.

Muy pronto la emoción de llegar a tal sitio se convierte en tristeza. La desolación es espantosa. De la finca sólo quedan dos horcones, cortados a ras de tierra, que sostenían el portón y el letrero que decía *La Reforma*. De la casa del General, donde tantas veces convivieron él y Martí y tantos otros adelides de la causa de Cuba, apenas queda una cruz con sus brazos abiertos sobre la maleza, arrancada de su sitio. “Esa cruz estaba detrás de la casa—dice Eduardo—y era la tumba de Telesforo Martínez. Telesforo murió en *La Reforma* y el General se negó a enterrarlo en el pueblo. El General lo quería mucho y quiso tenerlo cerca, porque estaba con él hacía muchos años y era su sobrino: él mismo le hizo la cruz, él mismo.”

Pero Eduardo, pensábamos, olvidaba otra cosa que nos hacía mirar aquella cruz con más viva emoción. Olvidaba que Martí había estado allí; ignoraba que había descrito la finca: “...detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adorna-patios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una se-pintura.”

Esa cruz, de que hablaba Martí, era la del leal Telesforo; era el último vestigio de aquella casa desaparecida para siempre, pero alta e indestructible en la historia de Cuba. Luego la hicimos llevar a más seguro sitio, para darle mejor destino.^(182a)

(182a) En el primer párrafo de su carta del 25 de marzo de 1892 dirigida a su íntimo amigo Serafín Sánchez, desde *La Reforma*, el General Gómez se refiere a la muerte del leal Foro: “Estimado amigo: Bajo la más tristísima impresión le escribo esta carta. Acabamos de perder a Foro. Ese hombre me hará mucha falta; al cerrar sus ojos he tenido la fortuna de ser padre de seis hijos más, todos pequeños. Llega a 13 el número de mis hijos en la actualidad. Reforzaré mis bríos con la voluntad y el querer, para ver si logro enderezar, tantos retoños preciosos, al bien social. Foro murió de una fiebre terrible intermitente. No bastaron los recursos de la ciencia. El doctor Esterlín, acudió a mi llamada, matando caballo,



Eduardo, al fin—que no se atreve a interrumpir nuestro mutismo—, continúa sus explicaciones con la seguridad de un profesor de historia: “Foro—Telesforo—era hijo de Manuel Martínez y de María de la Cruz Gómez, hermana del General. Telesforo tuvo una hija, Candelaria Martínez, con Mercedes Menéndez, de San José de Ocoa. Mercedes era hija de Ramón Menéndez y de Juana Langomás. Candelaria se casó con Emilio Acosta: era como sirvienta de la casa. Por ahí anda un hijo de ellos: Jesús de la Cruz Acosta Martínez. Telesforo era de San José de Oca.” En efecto: Telesforo fué hecho preso en 1885, junto con Máximo Gómez, en Santo Domingo. El General se lo llevó luego a *La Reforma*.

“Por aquí andaba yo cuando muchacho, que conocí a Martí—dice Eduardo—, y aquí—señala un roblillo—amarraba el General su caballo, en esa argolla.” Es una argolla herrumbrosa, fuerte. Con un poco de esfuerzo la arranca Eduardo y nos hace el obsequio, como quien brinda un guijarro, y sin embargo está ofreciendo una reliquia. “Su caballo melado se llamaba *Favorito*; y un perro negro, grande, *Tusén*.” Aquí—dice Eduardo—se crió Domingo Domínguez, sobrina de don Jesús Domínguez. Clemencia Gómez era su maestra. Y fuimos a conocer a Dominga, todavía en la comarca. Apenas se dió cuenta de los días de gloria que vivió. Tiene 58 años.

De un lado del camino, *La Reforma*; del otro, la casa del General y más hacia atrás la de don Jesús Domínguez, recordado por Martí: “...y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez...” La casa está como en los tiempos del Apóstol. Nadie ignora, en ella, que allí estuvo Martí, pero, ¡qué vagos recuerdos! Todos dicen las mismas cosas y es inútil hacer mil demandas. Había un retrato con la dedicatoria de Martí;

y siempre llegó tarde. Diga usted esta noticia a Carrillo; yo sé que él quería a Foro y éste le correspondía. Algunas veces hablamos de eso. Aquel estrepitoso y hasta desgraciado para esta tierra, episodio de Santo Domingo, unió a muchos hombres. Por eso yo diría, en vez de malo o perverso a un tirano, ciego.” (*Un Paladín, Serafín Sánchez*, por Gerardo Castellanos G., La Habana, 1926.)



dicen que se perdió en el temporal de San Ciriaco. El que sabía más de Martí y del General, ya ése murió. Eduardo sonríe orgulloso de ser él el único que sabe.

En Maizal—dice Eduardo—, entre Guayacanes y Jaibón, vive Zapata, un anciano “que tomó café con Martí”. Le pregunto por el haitiano Albonó y por Mercedes, del servicio de la casa campestre del General. Los recuerda Martí: “Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo...” Albonó murió en El Carril, responde Eduardo. Guiado por él nos desviamos un poco del camino para ir donde vivió Mercedes, María Mercedes Mercado, cocinera de Máximo Gómez. Allí está su hija, Ercilia Mercado. Su vieja —dice—murió hace tiempo. Cuando estaba chiquita conoció a Martí, “pero quien lo conoció bien fué mamita, que le cocinaba a él y al General”. Así seguimos, a veces llevando las bestias del cabestro, por la vecindad de *La Reforma*.

La casa de Sixto Toro—hermano de Manana—cuñado de Máximo Gómez, es la más interesante de todo el vecindario y la más triste. No podrá concebirse mayor gloria en mayor pobreza y abandono. La casa ya no lo es, sino un bohío. Las sillas, de guano; junto a la tinaja obesa, algunas jícaras en que se ofrece el agua, siempre fresca, del Yaque cercano; en un ángulo de la sala, en lo alto, una humilde lámpara de gas. Pero lo más dramático de la casa es la miseria, la soledad y el olvido en que viven sus gloriosos moradores. “Cuba no se acordó de nosotros y aquí nos quedamos pobres y olvidados”, dicen, casi entre lágrimas. La viuda de Sixto Toro, doña Claudina Gondres viuda de Toro, apenas tiene voluntad para hablar: “Sixto estuvo en la guerra de los Diez Años. En 1877 salió para Jamaica, donde nos casamos. De allí vino con el General a trabajar la tierra, viviendo con él en *La Reforma*. Cuando el General se fué con Martí dejó la finca a cargo de Sixto. Después se la vendió a don Víctor Thomen y Sixto se



la compró a don Victor. Ya no vale nada. Sixto murió en 1925, más pobre que nunca.”

Mientras habla la noble y triste anciana pensamos en la ternura con que Martí contemplaría sus dulces ojos y le alabaría la abnegación, mirándola en los duros menesteres del campo, junto al esposo, torcido sobre el arado después de haber blandido la espada en los campos de su Cuba.

Con Sixto vinieron de Jamaica, traídos por el General, otros guerreros cubanos convertidos en labradores: Ezequiel Rojas, Emiliano Milanés, Augusto, Magino, Urgelles. “Con la guerra y la ida del General se acabó todo. Sólo quedamos nosotros, mi hija y mi hijo.” La pobreza es triste, pero es noble, dice alguien a nuestro lado.

EN LA VEGA

En dos ocasiones estuvo Martí en La Vega: el 15 de septiembre de 1892, camino de Santo Domingo, y el 18 de febrero de 1895, en compañía de Máximo Gómez, en gestiones políticas. Aquí se le recuerda todavía, particularmente en el hogar de don Federico García Godoy, a quien visitó en 1892. Martí le obsequió sus libros—tristemente perdidos en el incendio de la casa del ilustre crítico—y García Godoy le correspondió dedicándole algunas bellas páginas en que alude a la visita del Apóstol.

También le recuerda otro ilustre dominicano: el venerado historiador Manuel Ubaldo Gómez. Al doctor Guido Despradel Batista, compañero en la devoción histórica, le debemos las siguientes referencias orales obtenidas por él para corresponder a petición nuestra:

Dice don San Julián Despradel: Yo lo vi junto con don Zoilo García, en la plaza del mercado. Hablé con él, o mejor dicho, él le dirigió la palabra a los que allí estábamos. Martí manifestó algunos puntos sobre su política. San Julián expresa que Martí andaba con don Máximo Gómez y con un mulato, de buen tamaño y lleno, con una chamarra y con un



machete amarrado a la cintura. Andaban además otras personas que él no recuerda. Después que Martí y don Máximo hablaron con todo el mundo, llamaron aparte a don Zoilo, quien era delegado del Gobierno aquí en La Vega. Martí habló en el mercado con Zamora, un cubano que residió aquí en La Vega y quien buscaba hombres y recursos materiales para la revolución cubana. Zamora era un buen hombre, de oficio carpintero, vivía en ese tiempo en una esquina, frente a la plaza del mercado. Donde está actualmente establecido Ramón Hernández, calle Rivas esquina Progreso, hoy Padre Adolfo. (Según referencias del anciano Alejandro Trinidad a su sobrino don Bienvenido Trinidad, Martí se reunió con varios compatriotas en casa del cubano Santiago Zamora, "calle Restauración esquina Las Carreras".) Martí llegó a La Vega como a las dos de la tarde y duró aquí como hora y media. Dice San Julián: Después supe que volvió a La Vega. Y en el Zanjón, donde don Manuel Genao, uno de los principales agricultores de esa región, volvió a entrevistarse con Zamora. No sabe nada de la visita a don Federico García Godoy. Zamora, expresa San Julián, fué quien me señaló a Martí y a don Máximo, cuando estaban en la plaza del mercado.

Don Chicho Trinidad dice: Martí se hospedó en la casa de Santiago Zamora. Con él vino Paquito Borrero. De aquí partió para Santiago. Con él se fueron Dionisio Gil y otros que no recuerda. Zamora era el Comisionado de la Revolución cubana aquí en La Vega. Se encargaba de reclutar gentes y de reunir víveres y dinero. Se mandaron de aquí muchas semillas de ahullama para sembrarlas en los campos de Cuba. Dice que conoció a Serafín Sánchez. Martí llegó en el día y se fué en la noche del mismo día. No sabe nada de su viaje al Zanjón. (Inmediaciones de La Vega.)

Dice Enrique García Godoy: Yo estaba pequeño, pero sí recuerdo que Martí fué a casa (ya de noche, como a las ocho) y papá mandó a buscar a don Nicolás Pereyra. Pero cuando éste llegó ya Martí se había ido. Papá me mostró la mecedora donde Martí se había sentado.

Dice doña Fresa García Godoy: Recuerdo que a papá, con mucho misterio, lo mandaron a buscar para entrevistarse con Martí en el Hatico. El fué en coche. En esos días yo veía a papá muy preocupado.

Papá (don Napoleón Despradel, hermano de Fidelio y de Lorenzo Despradel), me dijo que él supo que Martí había estado aquí en La Vega y que estuvo donde Manuel Genao. El vió después, en el patio de su casa, a César Salas, a Panchito Gómez y a otro. Salieron de aquí para embarcarse. Querían llevarse a tío Lorenzo, pero él se fué más tarde.

Don Nicolás Pereyra no recuerda nada sobre el particular. Fuí al Santo Cerro y pregunté a algunas personas sobre la visita de Martí a este san-



tuario. Nadie sabía nada. Don Arturo Franco, quien tiene ya cincuenta años de residencia allí, me dijo que no sabía nada al respecto.

Me trasladé al Hatico. Don Manengo Almonte no sabía nada del asunto. Me dijo que Manuel Genao vivía en el Hatico, antes del segundo paso del Camú. Que del segundo paso al tercero se llamaba Monte Grande y que del tercero para allá va lo que se llama Zanjón, que era un sitio inhabitado en donde había un cementerio.

Dice doña Elvira de Soñé: Se fundó aquí en La Vega una sociedad para ayudar a la independencia de Cuba, de mujeres, entre ellas Angelina Lavatard (cubana), Rosa Robiou, Elisa Espailat, Felicia Ceara, Chilina Valencia y ella, quien era la presidenta. Hacían kermesse en la plaza del mercado, los domingos, para reunir fondos. Reunieron miles de pesos. Todo esto era bajo la dirección del doctor Coronado, cubano residente aquí. He aquí párrafos de una carta que dirigió el doctor Coronado a doña Elvira, en diciembre de 1933, desde Cabañas, Cuba: "A mí me pasa igual. Siempre recuerdo la hospitalidad del pueblo dominicano a los pobres desterrados cubanos y el gran concurso y ayuda para la causa de la Revolución que sosteníamos contra España... Hábleme de mis buenos amigos los Espailat, los García (Carolina), los Despradel, los Robiou, Samuel Mendoza, el juez a quien bauticé un niño y de García Godoy..." Agrega Coronado: "Le envío también un certificado que dice así: "Dr. Ricardo Coronado, Certifica: Que en los años de 1896, a fines de 1898, existió en la ciudad de La Vega, una Asociación de Damas denominada "Hijas Beneméritas de Cuba Libre", de la cual era presidenta la entonces señorita Elvira García, la que luchó con gran entusiasmo, recogiendo recursos para sostener la guerra que los cubanos sostenían contra España. A pesar de los años transcurridos, aún existe en el corazón de todo cubano un inmenso cariño y agradecimiento a las nobles Hijas Beneméritas de Cuba Libre, de la ciudad de La Vega. Cabañas, República de Cuba, Dic. 1933. (firmado) Dr. Ricardo Coronado. Nota: en esa época era el que suscribe presidente del club Calixto García, y delegado de don Tomás Estrada Palma en la ciudad de La Vega. Copia del original."

EN SANTO DOMINGO

En la vetusta Santo Domingo también hay vivos recuerdos de Martí. Cosas y lugares que recuerdan su paso por la ciudad del Ozama: el local de la Sociedad de Amigos del País (hoy Cámara de Diputados), donde fué recibido por la intelectualidad dominicana; la casa, en la Calle Mercedes, donde se



hospedó; el hogar de Federico Henríquez y Carvajal, donde penetró en el alma del gran maestro dominicano; la Catedral, donde contempló los restos de Colón.

Entre los que lo conocieron, aún vivos, bastaría citar dos nombres: Federico Henríquez y Carvajal y Américo Lugo. La casa de don Federico es toda Martí: el maravilloso busto del Apóstol, obra de Lucía Victoria Bacardí; retratos y libros de Martí; el recuerdo vivo y la pasión encendida, de Martí, es el espíritu del grande anciano, son, quizás, la más pura y abundosa fuente martiana que existe en las Antillas.

Un día, 26 de marzo de 1935, en una de nuestras habituales tertulias con don Federico, llegó don Américo, y al ver que inquiríamos ciertas noticias de Martí, interrumpió para referirnos cómo le conoció, en 1895. El Apóstol, después de oír un alegato de Lugo en el tribunal de Monte Cristi, le obsequió con un par de botellas de vino de Mariani, diciéndole: "Este es un amigo del hombre." En efecto, este delicioso néctar era, muchas veces, el único alimento de Martí en sus faenas de Nueva York. "Comía poco o casi nada; días enteros se pasaba con vino Mariani", dice Enrique Collazo en *Cuba Independiente*. Máximo Gómez con la espada, y Henríquez y Carvajal y Lugo, con la pluma, hicieron nuestra, en gran parte, la gloria de José Martí.⁽¹⁸³⁾

Quien baje al Ozama tras la huella de Martí, podrá verle como le vio José Joaquín Pérez, el 19 de septiembre de 1892:

...he aquí que tuvo que arrostrar el peligro de embarcarse, una noche borrascosa, en el único, viejo, endeble y diminuto barquichuelo que partía hacia uno de los puertos de la República... Allí estaba el esquife destaralado, con la negra y raída lona al viento... sólo un triste fanal, colgado

(183) Muchas veces insistimos con el Dr. Lugo para que recogiera sus recuerdos de Martí, lo que sólo hizo en parte. Nos refería que, después de conocerle, contribuía con mayor entusiasmo en la colecta de fondos para la causa de Cuba. En julio de 1946 acompañamos a nuestros ilustres amigos Dr. Emilio Roig de Leuchsenring y José Luciano Franco en una visita a don Américo. (Roig acaba de publicar los recuerdos de esa gratísima visita, en su bello artículo *Américo Lugo, descubridor en Martí de la grandeza superlativa del hombre y de su obra políticorrevolucionaria*, en la revista *Carteles*, La Habana, No. 35, 1952.)

de una puerta en la Comandancia del Puerto, nos daba con sus reflejos el aspecto de fantásticas sombras... Abrazados estrechamente, dijimos adiós... a aquel aventurero sublime; y poco después, al zarpar la nave, él, de pie sobre la popa, con la frente envuelta en el nimbo de la luz del farolillo, los brazos cruzados sobre el pecho palpitante de emoción, se alejaba, hablándonos de sus sueños de emancipación... El barquichuelo se confundió en las tinieblas de la noche...

Ese barquichuelo era el *Lépido*. “Famoso balandro” de don Antonio Ricart, quien le dió el nombre de su hijo: Lépido Ricart. Fué construído en Curazao. Hacía viajes desde Santo Domingo hasta Jacmel. Su Capitán era el lobo de mar don Martín Senior. Un año justo después de llevar a su bordo a Martí, el periódico *El Cable*, de San Pedro de Macorís (19 de septiembre de 1893), publicó el siguiente aviso:

A mediados del mes en curso se pondrá en venta en Santo Domingo el famoso balandro *Lépido*, hoy propiedad de los herederos Ricart. Buena oportunidad y buen negocio para los que se dedican al comercio de buques. El *Lépido* es buque de mucho camino y nuevo, bueno para el tráfico entre este puerto y el de la capital. Se esperan compradores.

El *Lépido* tuvo un triste fin: se perdió, en un temporal, en las Costas de Baní, por las tierras nativas de Máximo Gómez.

RETORNO

Al retornar al punto de partida, a la vetusta Ciudad Romántica, una congoja nos invade. La incuria ha dejado perder las huellas materiales de Martí: sus cartas a sus amigos del Cibao, los libros que le obsequió, los periódicos que fueron adalides de su causa, todo se ha esfumado. Pero en la aspereza de los caminos que él recorrió; en la humildad de las casas en que él habitó; en el sol que le hizo arder el cuerpo hecho para el aula y no para las marchas y en el torrente de las lluvias que soportó en sus largas jornadas a caballo y a pie y en frágil balandra, por toda la República, desde Monte



Cristi hasta Barahona, existe como si fuese cosa ya materializada, el testimonio vivo de su enorme esfuerzo humano: las prendas de la titánica fatiga, digna de Ulises, a que se sometió en tierra dominicana para forjar la libertad cubana. Esta fué su fragua.



NOTICIAS EPISTOLARES

En 1935, cuando iniciamos la recolección de materiales para la preparación de este libro, en lo que recibimos el más generoso estímulo del venerado Maestro don Federico Henríquez y Carvajal, nos dirigimos a aquellas personas del país que conocieron a Martí o que estaban en posesión de noticias acerca de sus visitas a la República. La labor fué larga, casi siempre empeñada contra la apatía y la desidia, muchas veces negativa, pero con todo provechosa. Las respuestas afirmativas, por más escasas que hayan sido, demuestran que no fué vano el esfuerzo. Son las que siguen:

DEL DR. BERNARDO GÓMEZ TORO, La Habana:

Por otra parte le digo de mi convencimiento de la evidente ilustración que su singular cultura dispensa en torno al cuidadoso acopio de datos que naturalmente existen, bien a tono con la labor personal y recíproca de Gómez y Martí en la obra de la emancipación cubana. Es difícil, a mi modo de ver, ir más allá del punto en que se ha situado usted.

El Manifiesto de Monte Cristi fué impreso en Santiago de los Caballeros en su primera edición; de esa solamente se conservan (oficialmente), dos ejemplares: uno en el Archivo de mi padre y otro en el mío. (Abril 23, 1937.)

DE JESÚS BADÍN JÚSTIZ, Monte Cristi:

Paso a contestar su muy apreciable carta del 11 de diciembre, en la cual desea usted saber lo relativo a los versos que me escribió mi compa-



tríota y nunca olvidado Martí, de que le habla el también amigo Moreno Jiménez: En su penúltimo viaje a este pueblo, en el año 1893 y al embarcarse para el Cabo Haitiano quise sorprenderle con algo que lo halagara y coloqué bajo sobre, con una tarjeta, un precioso alfiler de oro el que representaba la bandera cubana en forma plegada hecha aquí en Montecristy con toda perfección. Al despedirme de él en el muelle, le entregué dicho sobre recomendándole no lo abriera hasta que no llegara al Cabo Haitiano, así lo hizo y cuando volvió la lancha que lo condujo a Haití, el señor Emiliano Aybar (dominicano) que lo acompañaba en ese viaje me entregó la composición de que le habla el amigo Moreno y que le copio a usted por haber perdido en un saqueo que sufrí en mi casa comercial el original; decía así:

Al patriota Jesús Badín

*De oro de su corazón
me manda un cubano fiel
el querido pabellón.
Hoy sin huestes ni laurel,
quiero que mi corazón
lo entierren junto con él!*

Martí se hospedó en la casa del doctor Dellundé (cubano) y me contó el amigo Emiliano Aybar, que cuando Martí vió la bandera exclamó: ¡Cuba tiene que ser libre!, colocándosela seguido en la solapa del saco, resultando el momento más agradable para todos.

Después el 1º de abril de 1895, embarcaba para este puerto la gloriosa expedición de Máximo Gómez, José Martí, Paquito Borrero, Angel Guerra, Marcos del Rosario (dominicano), y César Salas; después... el 19 de Mayo del mismo año, fecha en que cayó en Dos Ríos el hombre que jamás podrán olvidar los cubanos: José Martí.

Aquí tenemos todavía triste y frío el sagrado recinto, la casa del Generalísimo, donde se firmó el glorioso manifiesto revolucionario cubano y de donde salió también la gloriosa expedición que acabó con el poder de España en América, esperando que algún gobierno de Cuba pague esa deuda de gratitud que tiene contraída con ella y este pueblo, conmemorando ese sagrado lugar con algo digno.

Hace tiempo que tengo la honra de ser su encargado, cuidándola como joya preciosa. Es cuanto puedo decirle sobre sus preguntas a ese respecto. (Abril 18, 1935.)



II

Pláceme contestar su estimada carta del 26 de abril del corriente año, haciendo todo lo posible por dejarle complacido en lo que pueda recordar de aquella jornada gloriosa.

Empezaré por el amigo Emiliano I. Aybar: hace tiempo murió, era dominicano y no fué revolucionario cubano; si acompañó a Martí a Cabo Haitiano, fué por recomendación del buen amigo Miguel Andrés Pichardo (Guelito), en aquel entonces Gobernador de esta provincia y muy amigo de la causa de Cuba. Cuanto puedo decirle de Martí es que estuvo en esta unas tres o cuatro veces y todas de pocos días, pues este dinámico hombre no descansaba en su propósito de unir a los cubanos para llevar a feliz término su obra: de libertar a Cuba, y, a los no cubanos, inclinar su simpatía a esa causa tan justa y santa. La primera vez que estuvo aquí lo acompañaban su Secretario César Salas y el General Enrique Collazo, y se dió un miting en la casa del señor Benigno D. Conde, venezolano y gran amigo de la causa cubana, ya muerto; en esos días se instalaba el elegante reloj público que hoy luce nuestro parque *Duarte*; en su discurso dijo Martí que *muy pronto ese reloj marcaría la hora de la redención de Cuba*, los concurrentes y el público que estaba en la calle dieron gritos a Cuba libre, cuando tomó la palabra el General Collazo, y dijo: *Heme aquí, señores, como esclavo rebelde en tierra libre!* Se repitió ese grito y así lo mismo cuando se levantó para hablar nuestro Generalísimo Máximo Gómez. Esto fué a principios de 1895. Un día, comiendo Martí en mi casa y como era natural, el tema de la conversación era Cuba, la expresé que cuando yo era niño me gustaba ver y hasta envidiaba, por los uniformes, a los empleados de la Capitanía del Puerto de Santiago de Cuba, y su contestación fué esta: si usted supiera, Badín, que muchas veces los sueños de niños pueden ser realizados; Cuba necesita dos Ejércitos: el de adentro y el de afuera, y tan soldado de la Patria es el uno como el otro; y cuando nos vimos por última vez, que fué cuando embarcó para Cabo Haitiano, al darme el abrazo de despedida, me repitió esas mismas palabras; después de esto y en completa reserva, pues sólo los expedicionarios lo sabían, embarcaron el primero de abril de 1895, para la manigua cubana en la goleta *Libertad*, comprada con dinero de la revolución al señor John Poloney (Buli).

La persona de Martí y sus palabras inspiraban fe y confianza y atraían como el imán al acero y por eso pudo hacer todo lo que hizo.

El General Pichardo me dijo una vez que cuando hablaba con él se sentía inclinado a su voluntad y lo creí, porque, cuanto servicio para la revolución solicitó de él lo consiguió; de estos servicios nada le puedo decir porque eran íntimos de ellos.



En lo que a mí respecta me porté como cubano, porque seguí su consejo: nada he merecido de Cuba, pero estoy satisfecho con la amistad que me dispensó Martí y con los abrazos que recibí de él.

No puedo decirle quién pudiera darle informes de Emiliano Aybar, en los días que pasó en Cabo Haitiano con Martí, pues él solamente le acompañó en ese viaje. Sobre el señor Pedro C. Salcedo, abogado,⁽¹⁸⁴⁾ lo conocí en Santiago de Cuba y lo mismo a su hermano don Máximo; tal vez usted se refiera a Ramón Salcedo, hijo de Máximo, Dr. en Medicina; éste vivió mucho tiempo aquí en Monte Cristi, se casó y luego fijó su domicilio en Dajabón, pueblo de la frontera con Haití, situado a unos 40 kilómetros de aquí, y allí murió. Hace mucho tiempo que no sé de esa familia; una de sus hijas, casada, es mi ahijada. No recuerdo al señor Alfredo Isalgué. Don Cristino Zeno, puertorriqueño, murió aquí hace muchos años. Joaquín Montesino, español de Canarias, pero más cubano que yo, y sus hijos Felipe (no Pancho) y Adolfo, al terminar la guerra se fueron a Cuba. Felipe, según supe, murió loco, y Adolfo no sé si todavía está colocado en la fábrica de cigarrillos de Henry Clay. El doctor Dellundé vivió siempre en Cabo Haitiano y al terminar la guerra también se fué a Cuba y jamás he sabido de él, pero me han dicho que murió también. No conocí a David ni a Neftalí; estos señores parece que nunca vinieron a Monte Cristi.

Créame que jamás podrá usted molestarme y que agradezco lo mucho que usted se ocupa de los asuntos de Cuba.

Para mi siempre bien recordada amiga doña Crucita viuda de Castellanos, mis mejores deseos de bienestar y muy agradecido de sus recuerdos, no olvidando tampoco al amigo don Armando; pido a Dios por el bienestar de toda esa familia Castellanos. Para usted mis mejores afectos. (Mayo 11, 1935.)

III

Volviendo a la casa del Generalísimo, en la cual se firmó el Manifiesto Revolucionario Cubano y salió también de ella la gloriosa expedición, hechos que Cuba no debe olvidar, siempre he pensado que lo mejor que puede hacer Cuba, para conmemorar ese lugar, es instalar en ella una escuela nocturna y a la vez una biblioteca y así quedaría demostrada la gratitud de Cuba para con este pueblo que tan bien se portó en aquellos días de dolores por su independencia; y hasta instalar en la misma, como una deferencia a Monte Cristi, un Consulado Cubano. Habría, como es

(184) Refiérese a Pedro C. Salcedo quien, desde La Habana, en una carta del 17 de abril de 1945, nos dijo: "Nunca traté a Martí. Cuando llegué a Santo Domingo, en febrero de 1895, el Apóstol estaba en tierras de Haití, próximo a embarcarse para Cuba."



natural, que hacerle reparaciones a la casa; pero todo esto y el sostenimiento de la escuela no gravaría en nada al Tesoro de Cuba; si usted me ayudara en esa idea, con las buenas amistades cubanas que pueda tener, lo vería con gusto. Me ha ruborizado su expresión de que mis cartas formarían parte de su obra... (Mayo 19, 1935.)

IV

Cada día me siento más satisfecho de esa nueva amistad la cual, como ya le he dicho, se la debo a Cuba... Un eslabón más de gratitud tengo para usted, al enviarme la copia del cierre del Club *Capotillo*, Club revolucionario cubano de Monte Cristi. Realmente fué así y al cerrarse por esa causa seguimos trabajando en otra forma y al no ser posible la reserva de esos trabajos fué cuando se dió la orden de prisión contra don Benigno Conde, la de Francisco Carvajal, la de Emiliano Aybar y la mía, pero como le dije en mi anterior carta todo fué una diplomacia de Lilís para con España, porque al llegar ante su presencia fuimos tratados con la más grata cortesía y caballerosidad que era peculiar en él.

El castigo que nos dió Lilís por una causa tan santa fué tan dulce y con tanta cortesía, que aún lo recuerdo con gratitud, y me hizo ver su simpatía por Cuba, cuando me dijo: *Si yo no estuviera ocupando la Presidencia, las glorias de Máximo Gómez fueran mías.* Y aprovechando la confianza que él me había demostrado, le dije: Lo creo, General, pero, ¿usted no cree en los predestinados? *Verdad, tiene usted razón*, me contestó.

Del grupo que formábamos el Club sólo sobrevivimos: José L. García, Juan E. Bory, mi pariente y hoy en La Habana, y yo. Hoy me inclino ante el recuerdo del resto de los compañeros ya muertos. He aquí un episodio de esos tiempos: Remigio Báez y Emilio de Lora, muy amigos, pero el segundo de simpatía española, tuvieron un duelo del que salió mal herido Remigio Báez. Esto le prueba la simpatía que había en Monte Cristi por la causa de Cuba y por eso me duele que Cuba tenga tan olvidado a este pueblo, pero tengo esperanza que este gobierno, de Mariano Gómez, subsane esa falta...

Cierro esta carta inclinando mi espíritu ante el sagrado recuerdo de Martí, con estos versos de una cubana que no recuerdo su nombre, lo que siento:

*Con el alma embargada por el llanto,
doliente el corazón por lo infeliz,
a creerlo la mente se rebela
cuando siente exclamar: ¡Murió Martí!*



*¿Y pudo así morir? ¿Traidora bala
herir pudo su pecho generoso,
apagando la luz de su cerebro,
la fría palidez dar a su rostro?*

*¿Murió Martí? ¿Será verdad? Yo no creía
que tan pronto caer pudiera el genio
que en la lucha por salvar su triste patria
ayudarle debiera el mismo cielo.*

*Y ella, cual la Verónica del Cristo,
con su manto su rostro le enjugó,
y estampada ha quedado en la bandera
la imagen del cubano redentor.*

Con toda consideración y afecto lo abraza... (Abril 27, 1936.)

DE JOSÉ JOAQUÍN MONTESINO LEMOINE, La Habana:

Este asunto de la historia de Martí se ha explotado mucho aquí por personas que en su vida se vieron honradas con la amistad de ese patriota... Con muchísima demora acabo de recibir su tarjeta fechada en 29 de julio último en la que me recuerda el asunto de los datos del Apóstol Martí cuando éste estuvo en Monte Cristi, mi cuna querida, abandonada por mí con mis familiares en 1899 cuando vinimos a radicarnos en este bello pero ingrato país. Créame que no lo había olvidado y prueba de ello que ahí van en nota aparte los datos que a la buena memoria de una hermana que cuenta hoy cerca de 70 años, se me han dado... Ella trató mucho a Martí, como igualmente a otros patriotas que estuvieron en la casa de mis padres, tales como el General Serafín Sánchez, el General Francisco Carrillo, el General Enrique Collazo, la familia de Salas (de esta familia es César Salas que acompañó a Martí hasta la Playita de Baracoa), los Alomá, etc. Mi familia allí en Monte Cristi fué muy visitada por Martí y también las visitas de éste se hicieron a Dajabón, donde estaba establecido mi padre. Todo esto lo prueban las menciones que hace Martí en todos los papeles que se han publicado de su archivo, sobre el que fué su compañero de prisión en la cárcel de La Habana... Si usted llegara a escribir algo de Martí y en esa historia tuviera necesidad de mencionar a mi padre Joaquín Montesino y Trujillo, como el compañero que cargó cadenas con él en la cárcel de La Habana, mucho le agradecería consignar que después de haber embarcado de Santo Domingo mi padre con toda su familia, abandonando



posición, comodidades, amistades, etc., nunca llegó a obtener protección alguna oficial por ninguno de los gobiernos de Cuba que se constituyeron desde 1902, ni aún después de haber fallecido éste en julio de 1911, tampoco sus descendientes han recibido protección de ninguna clase. Hemos vivido y hemos subsistido aquí en este país gracias a los amigos particulares. Ahí tiene usted un hombre como el General Enrique Loynaz del Castillo, a quien mi padre cargó en Santo Domingo, pues usted sabe que nació allí (en Puerto Plata). Sus padres que llegaron en gran miseria allí, fueron protegidos por mi padre que en ese entonces era gran comerciante de café y campeche... Vea la situación lamentable de nosotros. Hay un hermano, Eudaldo Montesino, sabe inglés, tiene capacidad y sin embargo vive y subsiste con una plaza de sereno aquí en este Edificio Santeiro, donde vivo yo en una habitación... Amigos nuestros que residen allí, muchos de los cuales fueron amigos de mi difunto padre: ahí tiene usted por ejemplo los Poloney, de Puerto Plata, los Thomen y Julio de Peña, de Santiago de los Caballeros, Julio Grullón, los Billini, los Henríquez Ureña, etc. Don Pancho Henríquez fué médico allí de mis padres y luego médico también aquí en Cuba.

He aquí, amigo Rodríguez Demorizi, algunos de los hechos históricos que recuerda mi hermana acerca de la vida de Martí en Monte Cristi: cuando llegó a Monte Cristi a la primera casa que se dirigió fué a la de mi padre. Esto lo hizo aproximadamente sobre las 9 de la noche, pero mi padre se encontraba en Dajabón. Vea las condiciones de actividad de Martí, que no perdía el tiempo para nada, que esa misma noche mi madre mandó a buscar un práctico y en compañía de éste Martí marchó hacia Dajabón para iniciar contacto con su compañero que fuera de cadenas en la cárcel de La Habana. Dice mi hermana que cuando regresó mi padre de Dajabón les contó las escenas desarrolladas en su encuentro con Martí. Tanto éste como él, pues Martí llegó muy cerca de medianoche, permanecieron en vela toda la noche acostados cada uno en su catre, rememorando la estancia de ambos en el Presidio de Cuba... Durante la estancia de Martí en Monte Cristi, su hospedaje (1892) lo hizo en la casa de huéspedes de doña Catalina Ramos, una casa que estaba situada frente al Mercado de Monte Cristi. Allí en esa casa estuvo hospedado cuando llegó a Monte Cristi el genial violinista Brindis de Salas.

Mi casa en Monte Cristi fué convertida en un bazar de rifas de objetos, etc., para la recaudación de fondos para la revolución. Esa pobre hermana que vive, ya vieja y enferma, recuerda el gesto que tuvo con Martí, que teniendo \$500.00 que nuestro padre le había regalado para un piano, se los dió a Martí para que los engrosara en los fondos de la revolución. Nada de esto me han agradecido los cubanos ni tampoco lo hemos dicho a nadie, ya que si los que fueron propios testigos de hechos como la



familia de Gómez y de Loynaz del Castillo, nada han hecho por nosotros aquí en esta tierra cubana, menos hemos de esperar de los que nada vieron.

(Septiembre 27, 1945).

DE MANUEL AYBAR S., Monte Cristi:

Con gusto correspondo a los deseos expresados en su atenta carta de ayer que me ha proporcionado la ocasión de refrescar en mi memoria recuerdos del pasado que se refieren al máximo genio de la libertad cubana: al Apóstol Martí.

1.—Sí, la composición que el Apóstol le dedicó (a don Jesús Badín Jústiz) y que perfectamente recuerdo, fué publicada aquí en *Las Albricias*, periodiquito diario que para servir los intereses de la causa cubana fundaron los jóvenes Lorenzo Despradel y Panchito Gómez; trabajando en ese periódico me hice tipógrafo y quién sabe si me cupo la suerte de llevar al componedor la poesía que nos ocupa.

2.—Conocí a Montesino y fuí amigo y condiscípulo de sus hijos. De don Joaquín puedo decir que era el español más cubano que por aquel entonces pisó esta tierra.

3.—Vi y anduve muchas veces la finca que fué del General Gómez, estaba ubicada en Laguna Salada, Sección de la Común de Guayubín, y efectivamente, en el portón ostentaba un letrero que decía: *La Reforma*. Cuando conocí dicha finca estaba administrada por don Sixto Toro, hermano de doña Bernarda, esposa del General Gómez. Allí vi, ya en desuso por su estado, los aperos de montura que fueron del Generalísimo. Ese don Sixto ya murió, existiendo todavía su viuda y algunos hijos.

4.—Sí, había aquí en 1895 y años antes la imprenta de mi padre, tocando a ella la gloria de haber dado a la luz el célebre Manifiesto de Martí. En honor a la verdad debo decir que en ese gran documento no trabajé como tipógrafo: era demasiado importante para que se le confiara a una persona de tan pocos años y de escasos conocimientos en el arte, debió imprimirlo Manuel Almeida que era el encargado de la imprenta. (Muerto hace muchos años).

5.—En esa época dirigía y redactaba mi padre, Emiliano I. Aybar, *El Montecristeño*, y cuando usted (don Jesús Badín), don Benigno D. Conde, Francisco Carvajal y él fueron presos por las cuestiones de Cuba, el Presidente Heureaux, que era gran simpatizador de esa causa, llamó a papá y le dijo estas palabras: "Don Emiliano, es necesario que usted me evite las molestias que me ocasiona ese Cónsul español, que a cada rato viene con sus calzones almidonados a hablarme de su periódico, así es que búsquele la vuelta al asunto." Entonces combinaron cambiar al periódico el nombre



de *El Montecristeño* por el de *El Noroeste*, figurando yo, es decir, yo no, mi nombre, como Director-Redactor y siguiendo este periódico la misma senda del primero.

He dejado contestadas sus preguntas que, como ya he dicho, han servido para refrescar mi memoria, trayendo a ella el recuerdo de aquella noche de grandes emociones en que nos deleitaran las palabras del Apóstol, las aclamaciones a Cuba irredenta, a los Generales allí presentes que iban con su sangre a rubricar la libertad de aquella Patria, y por último, las expresiones de mi padre cuando regresó de Haití hasta donde fué acompañando a Martí: "Vengo de la nueva Cuba, nos dijo, porque Martí es Cuba, y andar con él es estar en Cuba, pero en Cuba Libre." (Marzo 14, 1936. Es carta de Aybar dirigida a don Jesús Badín Jústiz, escrita a solicitud nuestra.)

DEL PBRO. M. DE J. GONZÁLEZ, Santiago:

Mi bien estimado amigo: Tengo recibida la copia de su atenta carta del 18 de febrero de este año. Me doy perfecta cuenta de su interés elevadísimo por toda pesquisa de verdad histórica, y es tan hermosa cualquier verdad, que no debiera ser censurada como temática, ni tomada irónicamente para burlar o mancillar las noblezas del espíritu que la estudia.

Por lo pronto, le señalo a don Ulises Franco Bidó, un viejo amigo de las reminiscencias de los hechos pasados.

Estaba yo muy joven en Monte Cristi cuando tuve la dicha de conocer, personalmente, al envidiable Martí. Lo visitamos dos sacerdotes: Presbítero Tomás Martínez, puertorriqueño, ordenado a la protectora sombra de nuestro querido Padre Billini y el que le escribe estas líneas unguidas de complacencia. Eramos, don Máximo Gómez, Martí y los dos sacerdotes citados, porque no recuerdo otro visitante.

Me parece natural pensar que la conversación giraría sobre el tenor de la independencia de la entonces irredenta Cuba y es poco lo que puedo recordar; empero, tengo presente que nos dijo, en un rasgo de eximio valor: "Me censuran y me juzgan cobarde diciéndome que soy político de pluma; pero llegará el tiempo oportuno en que dejaré la pluma para tomar la espada!" Y este otro juicio que recuerdo bien: al preguntarle el sacerdote Martínez su concepto sobre la muerte por causa política, contestó con un gesto soberano: "La muerte vista desde el punto del concepto político puede considerarse con alguna lógica, pues es como quitar del frente que tiene el que mata, un estorbo, como un árbol grande que se atraviesa en su camino."

Le ofrezco alguna noticia más que pediré a Monte Cristi si usted no se ha dirigido aún al cubano Jesús Badín, cuñado de don Manuel de Jesús de



Peña y Reinoso, persona muy adicta y admiradora del más grande de los cubanos, no obstante haber traspasado muchos los lindes de las cosas pro-priosas. (Agosto 15, 1936).

DE M. A. MOORE, Santiago:

Escasísimos son los nuevos datos que puedo suministrarle sobre los preparativos que precedieron a la salida de Monte Cristi de Máximo Gómez y Martí en esta odisea histórica. Pues yo salí de Monte Cristi para esa ciudad capital en los últimos días del mes de enero de 1895, de modo que no me hallaba en la ciudad del Morro cuando salió la expedición.

Martí estaba en la República con su residencia accidental en la casa del General Gómez, de donde él partía para otros puntos del país en sus diligencias, volviendo luego a Monte Cristi. En 1895 (no recuerdo la fecha precisa) estuvo presente en un baile celebrado en casa del Licdo. Carlos Tomás Nouel, en donde Martí dejó oír su verbo candente que electrizó a todos los concurrentes. El entusiasmo por la causa de Cuba Libre se desbordó en frenéticos vivas, y recibimos como una bendición apostólica abrazos efusivos del grande agitador.

El *New York Evening Sun* era la edición vespertina del gran diario dirigido por el egregio periodista Charles Anderson Dana, y probablemente el número aludido en la carta, traía la noticia del levantamiento de Massó en Baire o de los progresos realizados por los mambises en la etapa inicial de la guerra.

Si recuerdo bien, St. se refiere a un marino llamado Saint Hilaire; no sé o no recuerdo a quién se refiere la X, posiblemente a Jesús Badín, cubano patriota, miembro prominente y contribuyente importante del Club de Laborantes.

No he hecho sacar copias fotográficas de las tres cartas: pero puedo hacerlo. Según oí decir, y me parece muy verosímil, las armas de fuego y los pertrechos que el General Gómez y Borrero llevaron en la goleta, fueron suministrados por el General dominicano Evaristo Rodríguez, Comandante de Armas de Monte Cristi.

Mi padre residía en Puerto Plata cuando la Anexión. El 18 de marzo de 1861, vió arriarse la bandera de la cruz blanca del redondel del Fuerte de San Felipe e izarse en su lugar la de oro y fuego de Castilla. Las escenas dolorosas que presencié, produjeron una profunda aversión al gobierno colonial de la monarquía española. Esto le inclinó siempre a simpatizar con los cubanos en su lucha por la independencia, como le había impulsado a ayudar a los dominicanos en la lucha por restaurar la república.

Espero dejarle complacido y me alegraré mucho de que el contenido de esta carta le sea de alguna utilidad. (Diciembre 6, 1936).



DE LEOPOLDO MOZO, Camagüey:

Sobre los datos que me indicas sobre nuestro querido Martí, te diré que para obtener muchos datos interesantes de él tienes que pedirlos a la Sociedad Martiniana de La Habana, y sobre las pruebas que yo tenía de Martí, como cartas, tarjetas, versos, nada puede probar pues todos esos documentos se quemaron en Monte Cristi cuando querían tumbar a Horacio Vázquez, que entraron allí las tropas y saquearon y quemaron varios establecimientos.

Yo voy a tratar de conseguirle una fotografía de Martí, la última que él se hizo en el año 1894, al final.

En Monte Cristi, fundó Martí en ese año un Club que se llamó *Angel Guerra*. Fué Presidente de dicho Club el doctor Manuel Parajón, también don Francisco Coll, y yo fui su Tesorero y en el 1895, fui también su Presidente; antes de salir Martí para Cuba le dimos allí un pequeño banquete en la misma casa del doctor Parajón, esto fué unos cuatro meses antes de venir a Cuba, y cuando volvió a Monte Cristi para reunirse con Gómez y otros, fueron de excursión al Cayo Pablillo, que está frente al Morro de Monte Cristi, cuyo cayo lo tenía yo arrendado y tenía allí unas salinas, allí tanto Martí como Gómez, Paquito Borrero y Angel Guerra, (este último vivía en Monte Cristi), y se ocupaba del negocio de carne, reunidos todos nosotros en el Cayo, se hicieron prácticas de tiro. Aprovechando estos momentos algunos de nosotros le pedimos a Martí, que nos anotara para ir a la revolución, mejor dicho, que nos diera el permiso; Martí nos contestó que todos los cubanos querían eso mismo, pero que sin el ejército de afuera no podía vivir la revolución, porque lo que se necesitaba era que enviaran todo lo necesario para sostener a los combatientes, que tan necesario era ese ejército de afuera como los que estuvieran en el campo de batalla.

Tres días antes de salir de Monte Cristi, en la goleta *Libertad* para Cabo Haitiano, me enviaron a mí a darle aviso al doctor Dellundé, cubano que vivía en Cabo Haitiano, para que preparara alojamiento para Gómez, Martí, César Salas, que era el Secretario de Martí, Paquito Borrero y Angel Guerra.

Se hospedaron en casa del doctor Dellundé, Gómez y Martí; en casa de Mr. Lambert, un sastre cubano, Paquito Borrero y Angel Guerra, y César Salas en el Hotel de Canavallo, único y buen hotel que había entonces en Cabo Haitiano.

Martí me regaló un retrato de él, y ese retrato lo hice reproducir en ésta años después y trataré de enviarle una de esas copias. Esto es todo cuanto mi mala memoria recuerda. Yo tengo aquí tanto trabajo para poder vivir que se gasta tanto y se produce poco, que tengo que trabajar



hasta el domingo y a veces no puedo ni atender a mis amigos que vienen a verme. (Septiembre 21, 1936. Fragmento de carta de Leopoldo Mozo a su hijo Carlos Mozo Castellanos, escrita a nuestra solicitud.)

DE MANUEL F. TAVÁREZ, Monte Cristi:

Permítame confesarle con toda franqueza que el mutuo y respetado amigo don Federico Henríquez y Carvajal hizo de mí una inmerecida apreciación al suponerme en posesión de "interesantes noticias" acerca de la estadía de Martí en esta ciudad, cuando lo poco que conozco al respecto es sencillamente algo menos—quizás—de lo que otros, de mayor edad que yo, conocen bien. En el año 1895, de febrero al 1 de abril, cuando Martí visitó por dos veces esta ciudad del Morro, era yo un niño de seis años; edad en que apenas puede retenerse memoria fiel de los sucesos. Mi padre, Aurelio de Js. Tavárez Morales (q.e.p.d.) sí conoció y fué gran amigo del Apóstol, y un ferviente simpatizador de la santa causa cubana... Martí... se hospedó en el hotel América (1892) de doña Catalina Ramos (q.e.p.d.), mi abuela materna... Después que tomó un baño y cenó sentóse en la sala del hotel en compañía de los amigos (Gómez, Badín, etc., etc.), hablando en su lenguaje atrayente y conmovedor, del único tema norte de su vida: la redención de su patria. Mi abuelita, mujer de experiencia y muy devota de la causa cubana, le advirtió a Martí el hecho nefando de Santana con nuestra Patria, anexándola a España y dando lugar a la nueva lucha libertadora del 63, a lo que contestó Martí: "Catana, agradezco su advertencia, pero confío en que no resultará tal desgracia para Cuba porque estamos preparados a evitarlo una vez que esté emancipada."

En 1895 se consagró Martí a la constitución de Clubs cubanos en la Provincia; tres correspondieron a esta ciudad: *Capotillo*, *Angel Guerra* y no recuerdo qué otro. Del Club constituido en Dajabón sé que fueron miembros José Montesino, español de nacimiento pero cubano íntegro de sentimiento; Julio Mandet, puertorriqueño, y los dominicanos Gregorio A. Ramos (mi tío), Enrique Rivas, Pablo Reyes, Adolfo Núñez y otros más.

Es de notarse que todos estos trabajos revolucionarios se hacían aquí abiertamente por la tolerancia y si se quiere protección que a la causa cubana dispensaba el entonces Gobernador de esta provincia, General Miguel Andrés Pichardo (alias) Guelito, quien personalmente era amigo íntimo de Martí y de Gómez, ejerciendo ambos un poderoso ascendente sobre él.

Hasta reuniones de carácter público (mítines) tuvieron efecto, y en ellas la palabra excelsa de Martí elevaba y conmovía el espíritu público a planos hasta entonces desconocidos, siendo delirantemente aplaudido bajo el grito de "Viva Cuba Libre"... También don Máximo Gómez, el General Enrique Collazo y otros escalaban la tribuna e igualmente eran aplaudidos.



Cuando Martí no salía dedicaba su tiempo a escribir cartas y cartas que dictaba a su Secretario señor César Salas hasta pasada la medianoche, y de ese modo apenas dormía con reposo tres o cuatro horas, para levantarse a escribir de nuevo, o a leer la correspondencia recibida y páginas de interesantes libros que llevaba siempre consigo en sus maletas. De tarde, por lo regular, acostumbraba a tomar un paseo a pie con don Máximo—y entre los dos una niña hija de éste—, por los alrededores marítimos de esta población.

Esta casa (la de Máximo Gómez), ya vieja y casi en ruinas, representa sin duda alguna una valiosa reliquia histórica para la libertad de Cuba, y es lástima que se la tenga como olvidada o descuidada en su conservación—digna y justa—por los gobernantes cubanos cuando reparándola debidamente podría muy bien y cuadraría como merecida reparación de la posteridad, instalarse en ella una oficina Consular Cubana, nombrando para tal representación al eminente cubano don Jesús Badín, soldado en ultramar de la guerra emancipadora, y quien, ya viejo también y en necesidad de que su patria idolatrada venga en su ayuda, parece igualmente haber sido olvidado por los gobiernos de la Antilla hermana. ¡Todo ello sí sería una reparación de justicia histórica para Cuba! (Junio 15, 1935).

DE R. GARCÍA MARTÍNEZ, Guayubín:

Muy gustosamente le mando por fin los datos que me solicitara usted sobre el paso de Martí por la comuna de Guayubín, los cuales, apurando el recuerdo, se los detallo brevemente en el original adjunto.

Don José Martí, el héroe y mártir de Dos Ríos, estuvo en tres ocasiones visitando esta villa de San Lorenzo de Guayubín, allá por los años de 1892, 1893 y 1895; y en la tercera época que marca el número que señala sus visitas, se contó el último de sus viajes por estas regiones.

A esta Villa de Guayubín la visitaba Martí frecuentemente en compañía del General Gómez, con propósitos ambos de relacionarse con el entonces Gobernador Provincial de Monte Cristi, General Miguel Andrés Pichardo, de quien merecieron siempre solícitas atenciones, favor y protección de esa primera autoridad, para la labor independentista de Cuba, de la que fué decidido partidario el citado General Pichardo.

En el año 1895, prepararon los dos grandes patriotas a que vengo refiriéndome, su viaje desde *La Reforma*, pasando por aquí hacia Monte Cristi con el fin, desde esa Ciudad Marítima, de estar más cerca de Cuba, y desde allí, al amparo y tolerancia de las autoridades locales de la época que se hacían de la vista gorda, poder preparar, como prepararon y realizaron, su primera y última expedición que debían llevar a la isla hermana, entrando en ella un día al clamoroso grito de ¡Viva Cuba Libre!



Así pensando y obrando completamente en acuerdo ambos notables próceres, resolvieron una vez pedirle el envío de un coche a su compatriota Jesús Badín, residente en Monte Cristi, para transportarse desde esta población a aquella Ciudad; vehículo que salió en día señalado a procurarlos en esta Villa; y al tardar la llegada de dicho vehículo, el día en que era esperado, dispusieron ambos patriotas salir a pie caminando hasta donde pudieran alcanzar el citado coche; lo que hicieron, animados por sus deseos de llegar pronto, aunque viéndose así y todo, obligados por el rigor de la hora meridiana, a acogerse a fresca y grata sombra de frondosos árboles situados en el lugar de Piedra Parida, egido de esta población, que allí circundan una hermosa laguna que tiene el puesto, y, en ese lugar, con dos peones que llevaban las maletas de los viajeros inmortales, dispusieron que se las colocasen en el suelo, procediendo seguidamente Martí a abrir la suya, de la cual sacó un libro en blanco en parte, en el cual púsose a escribir sus notas históricas en su diario que llenaba cuidadosamente. Horas después, como a las 2 p.m., empezaron a oír lejanamente el ruido que proporcionaba la rotación de un coche, que era sin duda alguna el que aguardaban allí; y al llegar por fin, y dar su conductor referencias sobre las peripecias de su viaje, le oímos decir que había motivado su dilatoria perdiendo medio día en el viaje desde Monte Cristi al lugar, a causa de haberle fallado un caballo, presentando fuerte cojera al llegar al Egido, residencia de la familia García, en donde le fué facilitado un caballo de tiro, con el cual pudo seguir viaje y llegar al sitio mencionado. Colocáronse seguidamente las maletas en el coche; y después de cordial despedida dada por este cronista a los próceres viajeros, partieron éstos rumbo a la Ciudad del Morro (Monte Cristi), en donde es ya afirmación histórica, que Martí escribió el célebre Manifiesto, que anunció al mundo la guerra de Independencia que proclamaba Cuba, la cual iban a realizar estos dos grandes hombres que se llamaron: José Martí y Máximo Gómez. El citado Manifiesto fué escrito en la casa de la Ciudad de Monte Cristi que los moradores de dicha Ciudad llaman Casa de Cuba, sita en la Avenida "Trujillo", la cual tienen los cubanos la formal intención de mejorar y conservar allí, como valiosa reliquia histórica de la libertad de la Perla de las Antillas, en el territorio de la República Dominicana. (Agosto 13, 1936).

DE ARMANDO DE JESÚS CEPEDA, Guayubín:

Cuando se estima y se agradece a una persona nada implica una molestia; entiendo que me siento obligado con ustedes de modo que no puedo hacer otra cosa que atenderles en cuanto me sea posible.

He indagado con algunos moradores de ésta el caso de Martí, y puedo informarle que, en 1895, estaba en la finca o casa del Generalísimo don



Máximo Gómez, en la Sección de Jaibón; es más, la propiedad del Generalísimo Gómez, casi divide los sitios de Jaibón y Laguna Salada; llegaron a este pueblo, acompañados de otro caballero; y en un paraje que llamamos la Piedra Parida, a un kilómetro y fracción de este pueblo, pasaron horas, sentados en una alfombra, con un montón de papeles escribiendo en una de las maletas que les hacía de mesa; esto sucedió en víspera de embarcarse; siguiendo rumbo a Monte Cristi, se alojaron en una casa que, aún existe, radicada en la calle llamada actualmente Presidente Trujillo. Vive en la casa esa, un señor llamado Federico Tul, sastre a quien conozco, y esa casa, se tiene por histórica, pues se dice que alojados ellos, es decir Martí, y don Máximo, organizaron el plan y Manifiesto de la Guerra de Independencia de Cuba. Yo espero en el curso de la semana, poder averiguar el antiguo nombre de la calle en cuestión y el número de la casa; asimismo averiguaré en Laguna Salada y Jaibón, otros detalles de interés, pues en esos lugares, vivió un señor llamado Pelagio o Pelayo Martí; en relación con el Generalísimo Máximo Gómez, puedo informarle que tengo la firma auténtica de él, en un documento, si ésto le interesare, puede avisármelo. (Abril 6, 1936).

DE DOMINGO FERMÍN, Laguna Salada:

El señor Martí en esta mi casa durmió una noche en una de las veces que estuvo en ésta. (Mayo 25, 1936).

DE EMILIO C. JOUBERT, Ciudad Trujillo:

Distinguido amigo: No tuve la suerte de trabar amistad con Martí. Cuando él organizaba la revolución cubana en los Estados Unidos, para lo cual tenía que hablar frecuentemente en público, no menos que en privado, lo conocí en Nueva York porque yo iba a oírlo cuando la Junta Revolucionaria celebraba veladas u otras reuniones públicas de propaganda en favor de la independencia de Cuba; y también tuve muchas ocasiones de oírlo en conversación familiar, porque yo frecuentaba un restaurant italiano en compañía del señor Santiago Porcella, y allí en una mesa contigua a la nuestra se sentaba Martí con Gonzalo de Quesada, su joven compañero inseparable, y siempre conversaba sobre asuntos cubanos, los que indudablemente le preocupaban sobre todo otro asunto, no tanto por la misión apostólica y militante que se había impuesto, sino porque no le faltaban contrariedades, por las frecuentes disidencias que ocurrían entonces entre los emigrados cubanos.

Le oí muchas veces hablar con calor en esa mesa, y en alta voz; porque



tengo para mí que Martí, a pesar de ser un revolucionario por temperamento y conspirador por fuerza, nunca habló en voz baja.

Suplícole disimular la tardanza en contestar su amable tarjeta, la que llegó a mis manos cuando salía para Santiago, y reciba mis más sinceras gracias por su generosa referencia a la modesta página mía que publicó *Clio* sobre Martí. (Carta sin fecha, 1916).

DE ULISES FRANCO BIDÓ, Santiago de los Caballeros:

Lamento no poder complacer a su amigo don Emilio Rodríguez Demorizi proporcionándole noticias relativas a las visitas del inmortal Martí a esta ciudad y a mi casa. Tanto Martí como el General Gómez frecuentaban mi establecimiento, especialmente el último durante las ausencias prolongadas del primero. En mis talleres tipográficos se les prepararon varios impresos en ocasiones distintas, pero, desgraciadamente, exigían ellos la destrucción de las pruebas y de toda huella del trabajo. Participando de su previsión yo mismo no me atrevía a conservar un ejemplar de sus impresos.

Tanto Martí como Gómez fueron muy reservados en cuanto a sus trabajos revolucionarios. Recuerdo que el General Pedro Pepín, siendo Gobernador de Santiago, recibió órdenes del General Heureaux de reducir a prisión a Gómez "vivo o muerto"; el General Pepín, quien no se sintió inclinado a cumplir esa orden (¿serían estas instrucciones del General Lilís?) confió a mi hermano Agustín, entonces Secretario de la Gobernación, el encargo de indagar el paradero de Gómez e informarle de la orden emanada de Heureaux y aconsejarle *en su nombre* que, sin pérdida de momento se ausentara de la ciudad. Esta amenaza precipitó sin duda el embarque de la pequeña expedición de Monte Cristi.

Martí me honró con su amistad y me trató con mucha confianza. Me cupo el honor de presentarle en la Sociedad Centro de Recreo, en cuya pequeña biblioteca encontró dos ejemplares de obras que me había regalado—con afectuosa dedicatoria—en su primer viaje. Recuerdo que minutos después de hacerle la presentación, todos los socios presentes en el salón del Centro en aquel momento, abandonaron sus juegos y sus puestos y corrieron a oír la palabra vibrante del gran orador. Del Parque próximo acudió también mucha gente a las puertas del Centro. Es mi opinión que desde aquel momento fué que Santiago comenzó a conocer y a admirar a Martí.

"Creo—me decía afectuosamente—que debe usted escribir la historia de Santo Domingo. Yo tengo muchos datos que he ido acopiando durante mis viajes en el país, los cuales pongo a su disposición." Esos datos los



recogía Martí, especialmente, durante sus viajes, recibiendo informaciones de su peón al atravesar lugares donde se habían librado combates, etc. "Montado en mi caballo—me refería él—poniendo una pierna sobre la otra, formaba mi escritorio y a marcha lenta podía anotar todas las informaciones que podía recoger. Son muchas. Están a su disposición. Le ruego aceptarlas."

Las relaciones políticas de Martí y Gómez eran limitadas a algunos cubanos y dominicanos muy reducidos en número. No tengo nada de importancia que comunicar, sino las referencias que acabo de hacer y que carecen realmente de interés. En los periódicos mencionados por el señor Rodríguez Demorizi no hay nada que pueda interesar al propósito suyo y ello se debe sin duda a que el trabajo revolucionario de esos dos grandes patriotas se hacía con mucha reserva. Cuánto siento, estimado doctor, no poder ponerle en condiciones de ofrecer al señor Rodríguez Demorizi, su buen amigo, una información que le dejara satisfecho. Afectísimo. (Abril 13, 1936. Es carta dirigida a nuestro amigo e ilustre médico y ciudadano doctor Federico W. Lithgow, residente en Santiago de los Caballeros.)

II

Cubanos residentes en Santiago que colaboraban con Martí y Gómez en los preparativos de la guerra de independencia cubana: doctor Pedro Dobal, doctor Font Sterling, doctor Osorio, Miguel Sánchez, José Mercader, Coronel N. Ramírez, Serafín Sánchez. Cubanos que colaboraron también en Santiago en la obra de libertad de Cuba; entre ellos algunos vinieron a entrevistarse con Gómez o con Martí y Gómez: doctor Bethencourt, doctor Agüero, doctor Coronado, doctor Porfirio Valiente, General Collazo, Paquito Borrero, Rafael Vega, Nicolás Vega, Manuel Boitel, doctor Rafael Díaz.

Los jóvenes que recibieron a Martí en el momento de su presentación al Centro de Recreo han desaparecido en su mayoría, pero de aquel acto se conserva gratisimo recuerdo entre los supervivientes que escucharon la palabra del gran orador aquella noche feliz.

Ningún impreso que pueda llamarse "Manifiesto de Monte Cristi" fué preparado en mis talleres. Martí no llegó a entregarme sus notas para la historia. Muchos dominicanos contribuían frecuentemente con dinero efectivo a la "causa" en Santiago.

Interesante información. En todos sus viajes de Monte Cristi a Laguna Salada, donde residía el General Gómez, Martí entraba a saludar a don Jacinto Velásquez en *Doña Antonia*, cuya conversación le fué siempre in-



terésante así como sincera la hospitalidad que le brindaba. De boca de don Furcy Ferreras, amigo íntimo de Velásquez (Jacinto), quien pasaba temporadas en la casa de éste en diligencias de compra de tabaco, he oído esta relación: Internada a unos 50 metros del camino real la casa de don Jacinto, lucía en su frente dos hermosas matas de Libertad (morringa). Tomó Martí un ramo de flores de cada arbolillo y tomándolas como *tema* improvisó breve pero interesante discurso sobre la libertad de Cuba y la libertad de todos los pueblos oprimidos. "Sin ella no podrá nunca haber buenos gobiernos. Sin ella no habría felicidad para los pueblos." Don Jacinto no olvidó nunca aquellas palabras ardentísimas de Martí.

Algún tiempo después visitó el General Heureaux a don Jacinto y al retirarse, montando ya a caballo, le interrogó don Jacinto: *General, ¿cómo se gobiernan los pueblos?* Heureaux le manifestó que *el tratamiento del gobernante sobre el pueblo dependía sin duda del mismo pueblo y de las circunstancias*. Don Jacinto tomó un ramo de *morringa* y dirigiéndose al General le dijo, recordando las palabras de Martí: *Los pueblos que no son gobernados con esto, con Libertad, no serán nunca felices en la verdadera paz. Estas palabras las he oído en el mismo sitio en que usted se encuentra, del gran revolucionario cubano don José Martí*. El General Heureaux, en tono de broma y dando algunos latigazos al caballo que montaba, dijo sonriente: *Pues yo gobierno al mío en esta forma cuando las circunstancias lo exigen*.

(Abril, 28, 1936. Las notas que anteceden nos fueron enviadas por el venerable y veraz don Ulises Franco Bidó, por conducto del mencionado amigo doctor Federico W. Lithgow.)

DEL LIC. JOSÉ M. CABRAL Y BÁEZ, Santiago:

Distinguido amigo: Por quebrantos de salud, que me han retenido en cama, no había contestado antes su apreciada carta de fecha 7 de marzo del año en curso.

Con Martí no tuve relaciones íntimas de amistad, sino ocasionales conversaciones que giraron siempre alrededor de la Independencia de Cuba, que era el tema que obsesionaba su mente esclarecida.

No recuerdo nada nuevo que merezca ser narrado, en conexión con la estada de Martí en esta ciudad de Santiago de los Caballeros, pero sí consero en mi memoria, con bastante nitidez, ciertas palabras que él me dijo y que luego los acontecimientos confirmarían totalmente.

Yo le pregunté con qué medios contaban los cubanos para alcanzar su libertad y Martí me contestó: *Contamos con la nobleza de nuestra causa,*



con nuestro profundo patriotismo y con los desaciertos y errores de España.⁽¹⁸⁵⁾

La palabra de Martí era sencilla y noble y parecía animada por un soplo profético que sin duda emanaba de su confianza absoluta en la victoria de los ideales a que había consagrado su vida entera. Su rostro grave y apostólico se iluminaba con viva luz interior cuando hablaba de Cuba y del porvenir de los pueblos americanos.

Según informes que he tenido, el señor Juan Creus Venus, de esta ciudad, está recogiendo datos relativos a la visita de Martí al Cibao y con el propósito de que usted se pueda aprovechar del trabajo del señor Creus Venus, le he rogado que le trasmita a usted los informes de cierta importancia que pueda obtener.

Con deseos de serle grato y útil y con súplica de excusarme por la tardanza en la contestación de su carta, se suscribe de usted suyo servidor y amigo. (Marzo 6, 1936).

DE JULIO VEGA BATLLE, Santiago de los Caballeros:

Distinguido colega y amigo: Vengo a contestarle su tarjeta del 12 de los corrientes en la cual me pide información respecto a las relaciones entre el gran José Martí y mi abuelo Rafael Vega y mi tío-abuelo Nicolás Vega.

Los datos que le pongo al pie me han sido suministrados por mi tío Angel Vega, hijo de Rafael Vega, que vive en esta ciudad.

Cuando Martí estuvo en Santiago, se hospedó en la casa del Coronel Licenciado Ramírez, farmaceuta cubano, que vivió en una casa de madera de la calle *Las Rosas*, hoy una casa de mampostería, número 114 de la calle *16 de Agosto*.

Frente a esa casa estaba la de Rafael Vega (hoy casa solariega de la familia Vega, número 117 de la calle *16 de Agosto*). Frente, casi, a esta última casa, tenía la suya Nicolás Vega.

Junto con Martí estaban el General Gómez, Paquito Borrero y otros que mi tío Angel no puede recordar.

Todas las noches Martí y sus compañeros se reunían en la casa de Rafael Vega. Allí conversaban hasta más o menos medianoche sobre los proyectos de la Revolución cubana. Rafael Vega y su hermano Nicolás Vega no sólo contribuyeron con su ayuda moral a la obra de la revolución cubana, sino que también pusieron en manos del propio Martí los dineros

(185) Ignacio Agramonte, el Bayardo cubano, de la guerra de los 10 años, interrogado por el General español Bonilla acerca de los recursos con que contaba el diezmado Ejército libertador para vencer a España, irguióse en los estribos de su montura y respondió: "Con la vergüenza de los cubanos."



que su fortuna les permitía, como contribución a la misma obra. A estas reuniones también asistían otros cubanos que vivían aquí, tales como el doctor Doblal y el doctor Raúl Font Sterling.

Tan íntimas se hicieron las relaciones entre Martí y Rafael y Nicolás Vega, que luego, desde Cuba, Martí sostuvo con ellos correspondencia. He tratado de encontrar esa correspondencia y no he podido. Presumo que ha desaparecido.

Más o menos en 1901 ó 1902 Nicolás Vega hizo un viaje a Cuba y en La Habana se le hizo una recepción oficial, auspiciada por Máximo Gómez, en premio a los servicios que desde Santo Domingo había prestado a la obra de la revolución cubana.

Rafael y Nicolás Vega eran cubanos, naturales de Santiago de Cuba; vinieron a Santiago más o menos en el año 1862. Eran nietos del español Cayetano Pichardo, rico cafetero que residió en Santiago de Cuba. Rafael Vega alcanzó el grado de Coronel de la Restauración, título que le fué otorgado personalmente por el Presidente Salcedo, en Santiago. En 26 de octubre de 1870 fué nombrado Capitán en Jefe de la caballería junto con el Comandante Evangelista Tavares. Rafael murió en Santiago en 1898 y Nicolás también en Santiago en 1909. Ambos levantaron numerosa familia en esta ciudad. La familia Vega cuenta hoy día con más o menos ochenta descendientes directos de Rafael y Nicolás Vega. En esa Ciudad Capital hay cinco biznietos de Rafael Vega: tres hijos de Cristina Batlle Vega de Sosa, casada con el Lic. Miguel Angel Sosa; y dos hijos de Mercedes Batlle Vega de Logroño, casada con el Lic. Miguel A. Logroño. También vive en esa la señora Rosa Barrera Vega de Troncoso, casada con el Lic. Wenceslao Troncoso, que es nieta de Rafael Vega.

Conversando esta mañana con el Lic. José María Cabral y Báez, me informó que un día, muy de mañana, pasando él por la calle *Las Rosas*, vió a José Martí, de brazos cruzados, mirando la fábrica de una casita que levantaban unos carpinteros; que Martí dijo: "Estas casitas se me parecen tanto a las de mi pueblo, que la tristeza invade mi alma, al pensar en la patria ausente." Que luego, cuando don José María le preguntó que con qué recursos contaba para luchar contra España, Martí le respondió: "Con los errores de la misma España", palabras textuales de Martí, según me afirma don José María Cabral y Báez. (Febrero 15, 1936).

No crea que no he seguido hurgando hasta conseguir la correspondencia de mi abuelo y Martí. Tan pronto averigüe algo no vacilaré un minuto en avisárselo.

Esta tarde o mañana voy a buscar un poco en los archivos del *Centro de Recreo*. Había sido informado de que la Biblioteca de dicho Centro fué fundada por Martí. Le informaré el resultado de mis investigaciones. Ya, antes de saber que usted prepara un libro sobre Martí, estaba interesado



en el asunto, simplemente porque un colega y buen escritor dominicano así me lo pedía. Sepa que yo soy todo admiración para los buenos dominicanos que saben honrar la patria: usted es uno de ellos: por su obra de investigación histórica y su curiosidad literaria. No desmaye en esos trabajos: usted y su hermano de Puerto Plata están llamados a poner en claro muchas cosas que en la historia de este país han pasado desapercibidas. Y que es necesario que se pongan en claro. (Febrero 18, 1936).

DEL LIC. JULIO DE PEÑA, Santiago de los Caballeros:

A mi llegada de Cuba en septiembre de 1894, creo día 4, me encontré a don Nicolás Ramírez que ejercía de curandero en un botiquín situado en la calle de las Rosas, entre Comercio y Cuesta Blanca, botiquín que deseaba vender para ir a acompañar al General Máximo Gómez y a José Martí. La operación fué concertada entre Ramírez y yo en pocos días. Sólo recuerdo que Gómez y Martí estuvieron hospedados en casa de don Nicolás Ramírez unos días; y durante esos días recibieron múltiples atenciones de don Rafael y don Nicolás Vega. En cuanto a mi querido padre (el prócer dominico-cubano don Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, de quien habla Martí y su artículo *La Revista Literaria Dominicense*), él no había llegado aún de Cuba, de modo que no le cupo la honra de estrechar relaciones con Martí. Usted sabrá sin duda que mi padre no tomó parte en la segunda guerra independentista de Cuba sino en la primera del 68 en que militó durante 56 meses llegando a ser Coronel del Ejército cubano y Ministro del primer ministerio que formó el General Carlos Manuel de Céspedes. (Mayo 8, 1935).

DE N. CANTISANO, Santiago:

Hablé con la señora viuda de Guelito Pichardo y me dijo que lamentaba mucho no poder informarme nada sobre las relaciones entre Martí y su esposo, porque debido a su situación económica ella ha tenido que hacer varias mudanzas y en una que hizo hace algún tiempo a San José de las Matas se le perdieron todas las cartas que conservaba de su esposo; entre ellas un retrato de Martí con su dedicatoria. (Agosto 24, 1936).^(185a)

Un señor de nombre Laíto Guerra me había prometido unas cartas que él conservaba relacionadas con las actuaciones del Apóstol Martí en estas regiones del Cibao; sin embargo me informó ayer que no las había encontrado; parece que se le perdieron. En cuanto a la madre de Patria Anido,

(185a) Entre esas cartas debía encontrarse la que Martí le dirigió a Guelito el 6 de junio de 1893, desconocida.



lamento decirte que esa señora hace tiempo murió, y en conversación que tuve con su hija no pudo darme ningún informe. (Noviembre 10, 1936).

DE JOSÉ MARÍA BENEDICTO, Santiago de los Caballeros:

Retardé la contestación de su citada carta porque quería recoger todos los informes sobre la visita a Santiago que hizo el héroe y mártir José Martí, debido a los tantos años que han transcurrido de esto nadie casi recuerda más que vagamente su llegada a Santiago, pero estoy esperando que el señor Pedro M. Hungría, Procurador Fiscal de esta Provincia de Santiago, me busque en el archivo que tiene de la prensa que se publicaba en Santiago la reseña que se hizo y demás pormenores... El *Centro de Recreo*, recientemente instalado, le dió una brillante recepción... Aunque la permanencia del señor Martí fué muy corta en esta ciudad, se llegó a relacionar con todos los intelectuales y todas las personas más distinguidas, habiéndose captado las simpatías y el mayor aprecio de todos los que le conocieron y casi puedo decirle de todo Santiago, que le admiraba por su talento, por su vasta ilustración y más que todo por sus elevados propósitos de libertad de su patria. (Mayo 3, 1935).

DE MANUEL UBALDO GÓMEZ, La Vega:

Estimado amigo y colega: Me refiero a su apreciada carta de fecha 21 de febrero, recibida con algún retardo.

Recuerdo perfectamente cuando el mes de febrero de 1895 estuvo en ésta, en casa de Manuel Genao (El Hatico) el ilustre prócer de la independencia cubana, José Martí. Vi entonces a Mayía Rodríguez, cuando vino por el ferrocarril de Sánchez, desde su residencia de Sabana de la Mar, a conferenciar con Martí y Gómez, quienes indudablemente escogieron las cercanías de La Vega, por residir en ella el ilustre general del ejército cubano con Serafín Sánchez. En esta vez estuvo Martí una noche en la ciudad, y me consta que habló con don Federico García Godoy. Me parece que estuvo también aquí el General Paquito Borrero, sobre lo cual podría informarle Pablito Borrero, su sobrino, quien entonces vivía en ésta y actualmente reside en Sosua.

Da la estada de Martí en La Vega, en 1892, no tengo ningún conocimiento; pero como fuí puesto en autos de la revolución por mi amigo el doctor Porfirio Valiente, en San Cristóbal, en enero de 1895, a quien proporcioné después el viaje desde aquel lugar a esta ciudad y acompañé luego hasta Santiago, donde lo presenté al Coronel Nicolás Ramírez, tengo conocimiento de algunos hechos relativos a la revolución cubana.



Posteriormente a la venida de Martí estuvo Panchito Gómez, a quien acompañé a la casa de don Zoilo García, para quien traía una carta de recomendación del General Liliés.

Sobre las décimas que re refieren a hechos históricos tengo pocas; pero le enviaré las que pueda encontrar en mis papeles. Actualmente tengo que valerme de otro para escribir, pues estoy enfermo de la vista, razón por la cual no se las remito en esta misma oportunidad. En cualquier cosa que usted crea que puedo serle útil, estoy dispuesto a complacerle. Consérvese bien y créame su affmo. amigo. (Marzo 7, 1936).

DE M. DE J. TRONCOSO DE LA CONCHA, Ciudad Trujillo:

Mi querido amigo: Recibí la suya del 17 de febrero retro-próximo, que, como le expliqué verbalmente, no le había contestado antes por haber estado, primero, quebrantado, y, después, atareadísimo.

En contestación a las preguntas que usted me hace, tengo el gusto de contestarle:

Conocí a Martí en el año 1892. Yo tenía catorce años. Esa no es edad en que se hace grandes observaciones. Por otra parte, no lo había oído nunca nombrar. Me di cuenta de que era una persona notable porque lo vi entrar a la Catedral acompañado de don Emiliano Tejera, don Federico Henríquez y Carvajal, don José M. Pichardo Bethencourt y don José Joaquín Pérez, quienes lo hacían objeto de muchas distinciones y le mostraron los restos de Colón.

Lo recuerdo como de pequeña estatura y delgado. El día que lo conocí vestía de paño azul. Usaba un sombrero de fieltro al parecer muy fino, pues casi se lo metía dentro del puño.

Me pareció que andaba cojeando un poco.

En la noche pronunció un discurso en la *Sociedad Amigos del País*, que estaba en el local donde funciona ahora la Cámara de Diputados. Traté de verlo, y escucharlo; pero no pude. El gentío era muy grande dentro y fuera del local. Ni siquiera pude llegar a la acera. Me situé en el Parque de Colón. Entre ratos oí una voz que clamaba en tono apasionado; pero sin distinguir las palabras. Los aplausos eran atronadores.

No soy testigo de ninguna anécdota de Martí. Palabras suyas recuerdo éstas: Cuando don Emiliano Tejera, la tarde en que lo conocí, le explicaba las circunstancias del hallazgo de los restos de Colón y le observaba que, a pesar de todas las evidencias, España se obstinaba en no reconocer su autenticidad, Martí exclamó muy vivamente: "Así es siempre España: negada a la evidencia."

Después oí hablar a mucha gente de Martí. Recuerdo sobre todo a don Federico Henríquez y Carvajal, nuestro maestro en el curso de bachille-



rato organizado por la *Sociedad Amigos del País*, quien aludía a él frecuentemente con visible emoción. Quedo su affmo. amigo. (Marzo 7, 1936).

DE MÁXIMO L. VÁSQUEZ G., Ciudad Trujillo:

Tengo el placer de referirme a su atenta carta del 22 de los corrientes, en la que usted solicita informes referentes a las relaciones que existieron entre mi padre (Francisco Leonte Vásquez) y José Martí, en ocasión de haber pertenecido ambos, en 1892, a la Sección de Literatura de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, fundada en 1887. (Martí era el Presidente y Vásquez uno de los nueve miembros de la Sección).

Paso por la pena de declararle que, a pesar de haber oído a mi padre hablar frecuentemente del caso, el recuerdo que conservo de ello es muy vago y que además entre los documentos que fueron de mi padre nunca vi ninguno que se relacionara con José Martí. (Febrero 29, 1936).

DEL LIC. A. SALVADOR GONZÁLEZ, Barahona:

José Martí llegó a esta población procedente de esa ciudad a bordo del velero *Lépidio*... Durante su permanencia en esta población hizo que se constituyera una junta para recolectar fondos destinados a los revolucionarios cubanos. La junta que se constituyó fué denominada *Club Salvador* y la integraron:

Dr. Francisco González Colarte, Presidente;
 Don Luis Portuondo, Tesorero;
 Hungría Pimentel, Secretario;
 Don Javier Paulino Dihins;
 Don Aguedo Matos y
 Diego... (no he podido averiguar el apellido)
 Vocales.

La referida Junta hizo algunas recolectas y sus remesas pasaron de tres o cuatrocientos pesos. Todos los miembros de la referida Junta eran cubanos y han muerto...

Martí quiso guardar cierta reserva respecto a su viaje, pues los españoles seguían todos sus pasos.

De esta población se trasladó a Haití (Puerto Príncipe) por la vía terrestre. El doctor González le procuró dos prácticos, los señores Francisco Peña (alias) Francisco Nilita y Martí Acosta. Hasta la población de Rincón, hoy Cabral, fué acompañado por el doctor González, quien quiso acompañarle hasta Haití, negándose a ello, rotundamente, el prócer Martí.



En el trayecto en el lugar denominado *Las Lajas*, jurisdicción de la común de Duvergé, sufrió una fuerte caída del caballo que montaba, sufriendo magulladuras en una pierna. Parece que esa circunstancia, según lo informado por él, le hizo detener en Puerto Príncipe, dos días más del tiempo que tenía pensado permanecer allí.

Martí regaló a cada uno de los prácticos la cantidad de veinte pesos...

A doña Beatriz Lebrault, viuda hoy del doctor González y madre del que la presente suscribe, le regaló un tomito de sus *Versos Sencillos*...

El vapor español *Don Juan de Austria* pasó por Barahona en los días en que Martí estuvo allí, informándose de su paradero. (Marzo 11 de 1936).

DEL DR. ABEL GONZÁLEZ (hijo), Ciudad Trujillo:

Con mucho gusto he tratado de recoger los datos que me pide sobre la amistad que existía entre Martí, Máximo Gómez y mi abuelo Santiago Massenet.

Cuando éramos niños, mi abuela siempre nos hablaba de las visitas de sus compadres Máximo Gómez y Martí en Santa Ana, hoy Villa Isabel, ya que el primero bautizó a Hatuey, el único varón de Massenet, que murió ahogado y Martí le prometió bautizar cuando naciera, a mi madre Angela Massenet, de quien entonces estaba mi abuela embarazada. Ella contaba que estando preparando fritos para su desayuno, Martí la sentó diciéndole: "No quiero que se estropee mi ahijado", y entonces él frió los plátanos, los cuales fueron muy celebrados por el grupo por haber sido fritos por Martí.

Este bautizo no llegó a realizarse, ya que Martí murió al nacer ella. En cuanto al machete que le regaló Máximo Gómez a Hatuey, mi madre me dice que lo recuerda perfectamente y que le oía decir a su mamá que al regalárselo, Máximo Gómez le había dicho que ese machete había "cortado muchas cabezas españolas". La hija mayor se quedó con el machete y su esposo lo regaló, no sabemos a quién; vamos a investigar con él que todavía vive en Dajabón a ver si recuerda. Mi abuela tenía un paquete de cartas de Máximo Gómez y Martí escritas a Massenet que yo recuerdo cuando era niño haber leído, con éstas también se quedó la hija mayor. Averiguaré si todavía las conserva.

Mi madre tiene un ejemplar de los *Versos Sencillos* de Martí cuya dedicatoria dice así:

A un hombre fuerte por el amor, que es la única fuerza del mundo, y un tierno amigo y verdadero hombre de letras, Santiago Massenet. 12 septiembre, 1892.

J. MARTÍ



PÁGINAS Y APUNTES DIVERSOS

La abuela contaba a mi madre que Massenet hizo una enramada donde recibía a Máximo Gómez y a Martí y que este último bautizó con el nombre de *Glorieta Cubana*.

Estos son los únicos datos que he conseguido, si averiguo el paradero del machete y si todavía mi tía conserva las cartas y en ellas encuentro algo de interés, con gusto le escribiré nuevamente. (Diciembre 9, 1952).



NOTAS DIVERSAS

MARTI Y MODESTO DIAZ

En el prólogo al libro *Los poetas de la guerra* (Nueva York, 1893), recoge Martí esta anécdota del general dominicano Modesto Díaz, héroe de la libertad de Cuba, que le refirió Fernando Figueredo:

Pero lo mejor de Fernando es cuando cuenta cuán mal le pareció a aquel gigante ingenuo, al leal y genioso Modesto Díaz, que Tomás Estrada tuviese de secretarios a Francisco La Rúa y a Ramón Roa:

—Ven acá, hombre: ¿cómo han consentido que Tomás haga eso?

—Pero, don Modesto, ¡si son dos magníficos patriotas!

—Mira, hombre, qué patriotas ni qué magníficos: pues a mí me han dicho que son dos sirvergüenzas.

—Don Modesto, ¡si no hay quien les ponga punto a esos dos mozos! ¿Qué malqueriente le dijo esa maldad?

—Hombre, mira; a mí no me dijeron que eran sinvergüenzas: a mí me dijeron no más que eran poetas.

Esta anécdota, una de las tantas del heroico Modesto Díaz, la reprodujo el periódico dominicano *El Avisador*, de Santo Domingo, en su edición del 15 de noviembre de 1897.

MARTI Y JOSE GABRIEL GARCIA

Martí y José Gabriel García se conocieron en Santo Domingo el 19 de septiembre de 1892. El Apóstol visitó la Li-



btería de García Hermanos, entonces centro de reunión de los intelectuales dominicanos, y allí se le presentó a nuestro historiador nacional. Poco después, en *Patria*, del 12 de noviembre de 1892, publicó Martí el siguiente pensamiento de García, precedido de un párrafo suyo:

POR LA LIBERTAD DE LAS ANTILLAS

De la antigua Española, de la isla predilecta de Colón, que fué la primera en sufrir los horrores de la conquista, nos llegan estas voces de cordialidad, que dicta la rectitud y la discreción:

"Las Antillas tienen que envidiar en el día de hoy la dicha de la América del Sur, porque mientras ésta celebra el cuarto centenario del descubrimiento con la satisfacción de ver a la raza aborígen mezclada por la sangre y confundida por las ideas con la de los conquistadores, aquéllas echan de menos a sus primitivos pobladores, sustituidos por la ambición y la codicia con otros seres a quienes la desgracia condena también al sufrimiento y a la humillación.

"Quiera el cielo que en el próximo centenario sean más felices, y que al conmemorarlo con júbilo inusitado, tenga la fortuna de ofrecer al mundo, bajo los auspicios de una gran confederación de nacionalidades, la unificación progresiva de una raza común, inteligente y vigorosa. *José Gabriel García.*"

Muerto el Apóstol, el historiador García le dedicó este pensamiento:

SUPREMA DICHA

Pocos mortales han alcanzado la gloria de Martí: poner el término de su carrera política en relación con el principio, sin que la más leve falta empañara la pureza de su historia!

Nació patriota, vivió delirando con la patria, y murió al proclamarla, virgen de desengaños y sin cargos de conciencia!

Qué grande es éso; y cuántos de los continuadores de su obra no tendrán mañana que envidiar su suerte!

Ojalá que así no sea!

ULTIMOS VERSOS DE MARTÍ

Poco antes de embarcar hacia Cuba, en Monte Cristi, escribió Martí sus últimos versos, dedicados a Cocola Fer-



nández del Castillo. A ello alude el siguiente párrafo de una carta que nos dirigió, el 10 de mayo de 1936, desde La Habana, don Gonzalo de Quesada y Miranda: "El Museo Nacional *José Martí*, no existe desde 1930. En relación con la poesía de Martí, dedicada a la señora Cocola Fernández del Castillo, y que aparece en la página 47 (del opúsculo *Inauguración del Museo Martí*), la señora Cocola me ha asegurado que efectivamente esa fué la última poesía del Apóstol, escrita antes de embarcar para Cuba, en 1895." Son los versos que empiezan:

*Cocola: la tormenta
en mi hervoroso espíritu se sienta...*

Quizás sea posible determinar si esa composición fué o no anterior a otra poesía de Martí escrita en tierra dominicana: sus versos *A Serafín Sánchez*, de fecha 21 de febrero de 1895. Ese día el Apóstol se hallaba en *La Reforma*.

VOCES DOMINICANAS EN "PATRIA"

En *Patria*, el periódico de Martí, fundado en 1892 en New York, colaboraron varios dominicanos: Máximo Gómez y su hija Clemencia, Nicolás Heredia, Rafael Abreu Licairac, Leonor María Feltz y Federico Henríquez y Carvajal. A estos nombres deben agregarse los de tres grandes figuras dominico-puertorriqueñas: Ramón Emeterio Betances, Eugenio M. de Hostos y Lola Rodríguez de Tió. También colaboraban en *Patria* algunos cubanos y puertorriqueños residentes en el país, como Massenet, González Colarte y otros.

Agentes de *Patria*, en la República, fueron: Francisco Irizarri y J. López, en Puerto Plata; José M. Lugano, Manuel Caballero y José N. Ramírez, en Santo Domingo; Vicente Recco, en Monte Cristi; Rodolfo Díaz, en Samaná.

En la imprenta de *Patria* se publicó la breve y patriótica obra de Rafael Abreu Licairac, *Mi óbolo a Cuba*, Imprenta Patria, Nueva York, 1897.



LILIS Y LA INDEPENDENCIA DE PUERTO RICO

Según la tradición, Lilis se proponía fomentar desde aquí la revolución de independencia de Puerto Rico, cuyo cabecilla sería el valeroso General Polín Esveillat, a lo que se refiere la siguiente nota epistolar, del 17 de noviembre de 1952, escrita a nuestra solicitud por un hijo de éste, el licenciado Leopoldo Esveillat E., a quien ya le habíamos oído referir el caso en una fiesta masónica:

Las relaciones de mi papá con Martí tuvieron su origen en casa de la familia Ramírez, distinguidos cubanos que residieron durante muchos años en Santiago de los Caballeros. Don Nicolás Ramírez era farmacéutico y en cuya casa se reunía Martí con su grupo revolucionario entre los cuales se encontraba mi padre. El mayor de los hijos, Miguel Angel Ramírez Pabón, fué del Estado Mayor de mi padre cuando era Ministro de la Guerra y Marina de Alejandro Woss y Gil y con él perdió una pierna en los combates que precedieron a la caída de ese Gobierno... Enterado Lilis de la combinación llamó a mi padre a la Capital y le dijo: *Polín, estoy enterado de los planes de Martí y simpatizo con ellos. Te mando a buscar porque iguales planes de liberación tengo yo con Puerto Rico. Ya tengo listos los preparativos y el jefe de las operaciones serás tú, ¿aceptas?* Esta oferta tentadora convenció a papá y así se lo comunicó a Martí, quien por carta que conservaba yo como un tesoro y que perdí cuando el ciclón celebraba la idea y le deseaba éxito en su realización.

El Presidente Heureaux, pues, era partidario de la emancipación de Puerto Rico, a la que quiso contribuir, como lo revela don Eleuterio Hatton, el activo auxiliar de Martí, en su carta del 26 de mayo de 1896 a don Tomás Estrada Palma, en la que daba noticias de la llegada, a Santo Domingo, del Brigadeir Juan Ríus Rivera:

Habiendo llegado a mi noticia por conducto de un miembro del Congreso de que durante la permanencia del C. Ríus y sus acompañantes en Samaná se había traslucido algo del proyecto de expedición para Puerto Rico, juzgué prudente de acuerdo con Ríus hablarle del particular a Lozano (Heureaux) y tengo el gusto de participarle que lo he encontrado dispuesto a apoyar la idea por creerla muy conveniente, pero opina que debe la expedición partir de ésa, donde se haría mucho menos sospechosa,



agregando que en caso de hacerse la combinación está dispuesto a facilitar 40 ó 50 hombres aguerridos que embarcarían en un lugar de la costa de esta isla que él designará a su tiempo, indicando a la vez estar dispuesto a contribuir con algunos recursos. Mañana voy con Ríus para presentárselo y celebrar entrevista con él, y veremos la resolución que se acuerda tomar.

En carta posterior, de fines de junio, decía Hatton:

El Brigadier Ríus le habrá enterado de los trabajos que se espera realizar en Puerto Rico... Lozano (Heureaux) está dispuesto y me ayudará con algo positivo; creo que lleva mucho interés en que se realice ese trabajo; allí hay algunos revolucionarios que le mantienen alarmado siempre... Antes de ayer vi a Lozano (Heureaux). Está conforme con los nuevos trabajos sobre Puerto Rico y nos apoyará. Me ha prometido tener listo un jefe experimentado con 80 hombres para apoyar. Esta noche tengo una entrevista con el señor de Samaná y dos más (?). Mañana volveré a ver a Lozano...

Lozano era el nombre dado al Presidente Heureaux en la correspondencia de los patriotas. El nombre de "Lozano" no había sido escogido al azar. Era el apellido del Cónsul de España en Santo Domingo en esa época.

LA PROFECIA DE MARTÍ

En un periódico de La Habana, del 16 de julio de 1924, del que falta el nombre en el recorte que poseemos, se publicó un reportaje con el título *El reloj de Monte Cristi, ante el cual profetizó la hora de la libertad José Martí, también ahora señaló la reconquista dominicana*, del cual extratamos los siguientes párrafos:

De estos buzos de cosas antiguas es el doctor Verjano, hoy establecido en el heroico Camagüey, que antes pasó muchos años en Santo Domingo y que ahora, con una cortesía finísima que agradecemos, nos envía datos históricos de gran importancia sobre los hondos lazos de fraternidad que unen a Cuba con Santo Domingo.

Esta isla que primero se llamó Coaibai en lengua siboney, y Juana cuando la bautizó Colón al descubrirla, está ligada íntimamente en su his-



toria a la isla Quisqueya, que Colón llamó Española y que ahora es Santo Domingo. Allá los libertadores cubanos encontraron calor y abrigo y más de algún plan de guerra se maduró y se llevó a cabo, bajo la protección de los dominicanos que anhelaban ver libre nuestro suelo.

Los cubanos de hoy conocen muy poco de las gestiones y trabajos realizados para obtener la independencia de Cuba por los emigrados y por los hijos de la hospitalaria, indómita y fanática libertaria Quisqueya.

La costa de la isla de Haití o de Santo Domingo sólo dista de nosotros al Este, por el Canal de los Vientos, entre Punta Maisí y Mole San Nicolás, cincuenta millas (unas dieciséis leguas y dos tercios). Ambas costas son visibles a simple vista.

Sin embargo, ¡qué separados vivimos y qué lejanos unos de otros por la secular incuria de los gobernantes de ambos países! Ni siquiera tenemos intercambio comercial, no obstante que Santo Domingo puede abastecernos en inmensa cantidad de productos agrícolas que compramos a otros que viven más distantes y sin lazos de unión por idioma, religión y costumbres y por ejecutoria patriótica con nosotros!

Corrían los tiempos inciertos, verdaderamente nebulosos, en que erraba por América con su clarividencia el Apóstol José Martí, cuyo verbo marcaba honda huella en las multitudes. Aprovechó Martí la hospitalidad dominicana, nunca desmentida, para inaugurar el reloj público de la ciudad de Monte Cristi y profetizar la entonces no muy lejana libertad de la Perla de las Antillas con estas palabras: "Pronto este reloj marcará la hora de la independencia de mi patria."⁽¹⁸⁶⁾

Andando el tiempo, se intensificó la campaña por la libertad de Cuba y Monte Cristi brindó a la Historia de la libre América el célebre *Manifiesto* que lleva su nombre, suscrito por Gómez y Martí, que sirvió de piedra angular a la ciclópea obra de nuestra liberación. En aquella fecha era la residencia del General Máximo Gómez y siguió siéndolo de su familia

⁽¹⁸⁶⁾ Véase *Historial del parque de recreo Duarte y de la torre-kiosco-reloj*, en el periódico *La Acción*, Monte Cristi, 18 marzo 1935. El famoso reloj llegó a Monte Cristi hacia el 20 de marzo de 1895, fecha en que Martí se hallaba allí. Según el citado *Historial* la inauguración del reloj, cuya instalación constituyó un acontecimiento, fué señalada por el Ayuntamiento para el día 29 de junio de 1895. Componían el Ayuntamiento don José de Js. Alvarez, Presidente, Numa O. Aybar, Toribio L. García, Eugenio Nadal, Enrique Nebot y Francisco A. Metz, regidores. *El Montecristeño* se hizo eco del caso, en el cual intervino doña Emilia Jiménez Viuda de Rodríguez. El Sr. Codina fué el encargado de la construcción del Parque. La figura principal en este evento fué el patriota don Benigno D. Conde, tronco de la distinguida familia dominicana Conde. Fué suya la iniciativa de erigir la torre-kiosco-reloj, que fué como la Torre Eiffel de los montecristeños. En la sesión del 2 de julio del citado año el Ayuntamiento resolvió ofrecerle al señor Conde una medalla "en premio a su iniciativa individual, y una serenata la noche siguiente al día de la inauguración".



mientras él dirigía en la manigua heroica el Ejército Libertador en su calidad de General en Jefe. La casa en 1924 permanece tal cual era en la época de la firma del *Manifiesto de Monte Cristi*. Por razones de delicadeza y de tradición, sus dueños se han negado a reformarla ni a enajenarla en espera de que los cubanos decidan sobre ella. Ese bello gesto ha venido siendo estéril; porque nosotros, olvidando sagrados deberes, nos hemos enfrascado en luchas pasionales internas, mientras los dominicanos con santa y loable unción han velado por recuerdos históricos que debían sernos muy caros a nosotros.

La propaganda libertadora siguió intensificándose y nuevamente, vislumbrando el brillo soberano de la Estrella Solitaria, los dominicanos, jamás remisos a cuanto en bien de Cuba se necesitase, pusieron a disposición de los Clubs Revolucionarios una amplia casa frente al Parque Central del Monte Cristi para el grande y último meeting con que culminó la propaganda unos días antes del embarque de los expedicionarios a la tierra irredenta. En aquel memorable acto cerró con brillantes palabras su discurso el General Enrique Collazo diciendo: "...y héme aquí, esclavo rebelde, en suelo de hombres libres." Fué tal la impresión causada, que habiendo aportado los concurrentes todo el dinero disponible, no se conformaron, y hombres y mujeres se desprendieron de las joyas y las dieron a los cubanos. La casa permanece hoy igual que entonces.

Muerto Martí de cara al sol y frente a los opresores de su patria, volvió la goleta que lo había conducido a Cuba. La embarcación había sido comprada a nombre de José Martí por John Poloney, dominicano, residente hoy en Puerto Plata, y como a su regreso nadie la reclamó, permaneció anclada en la ribera de Monte Cristi. Con el tiempo y el abandono, fué juguete de las olas y se deshizo contra la costa. Una familia dominicana del lugar, celosa de los recuerdos históricos cubanos y del nombre de Martí, que tanto brillo dió a la América Española, recogió y conserva el timón del barquichuelo, en espera de que los esclavos redimidos digan su última palabra sobre tan preciada reliquia.

En Monte Cristi, cargado de años y desengaños, vive uno de los más fervientes y activos colaboradores de Martí y Gómez, habiendo sido apoderado del último y favorecido por Martí en el preciso momento de embarcar, con una poesía improvisada alusiva a sus servicios. Sufre allá privaciones y la nostalgia de la patria que con tanto ardor contribuyó a libertar, sin que los cubanos se hayan tomado la más pequeña molestia para recompensarle sus desvelos. El patriota se llama Jesús Badín y Jústiz. Otro compañero de colaboración con Martí, Gómez, Badín, etc., se llama Leopoldo Mozo Andrade y vive en la ciudad de Camagüey dedicado desde hace muchos años al comercio, militando siempre en el partido político más avanzado.



Varias fotografías ilustran el anterior reportaje, con las siguientes leyendas: *Casa donde se confeccionó y firmó por José Martí y Máximo Gómez el Manifiesto de Monte Cristi; Retrato de José Martí con el traje habitual que usaba en Monte Cristi antes de embarcar a buscar la muerte en los campos de Cuba; Torre y reloj de Monte Cristi, delante de la cual dijo Martí sus proféticas palabras: "Pronto este reloj marcará la hora de la independencia de mi patria"; Casa frente al Parque Central de Monte Cristi que los dominicanos cedieron a la Junta Revolucionaria Cubana, que funcionó allí hasta la libertad de Cuba.*

ALUSIONES A SANTO DOMINGO

En diversos escritos del Apóstol hay alusiones a Santo Domingo, algunas de las cuales recogemos aquí.

En su artículo acerca del General Páez, inserto en *Patria*, del 11 de junio de 1890, dice:

En una caja amarilla, como su pabellón, iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del 7o. Regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores, y la corona de los cubanos.

Las dos últimas páginas literarias de Martí escritas en Nueva York al partir hacia Monte Cristi, se refieren a Santo Domingo: *La revista literaria dominicense* y *La sangre nueva*. La primera se reproduce en este libro. En la segunda habla de los ejercicios oratorios de la Escuela Packard:

Un alumno, español de nacimiento, se puso en pie, a hablar de Cuba, y de su incapacidad para vivir emancipada de España, y de la suerte de Santo Domingo, que el alumno novel cree definitiva e infeliz, y culpa a los dominicanos, y de que esa misma suerte cabría en la independencia a Cuba.

Entonces se levanta un joven cubano, el adolescente Luis Rodolfo Miranda, y le responde:

¿Qué sabe el otro orador de las causas verdaderas y pasajeras, del desarrollo lento de Santo Domingo, y de las luchas que ha tenido que sostener



contra el extranjero, y entre el ánimo autoritario o liberal de sus propios hijos...?

En uno de sus *Apuntes* (Editorial Trópico), vol. 63, p. 24, dice Martí:

¡Esa es la caña!

(Eso es lo difícil: eso es lo que hay que vencer. Modismo de Santo Domingo.)

APUNTE BIBLIOGRAFICO

El primer libro dominicano consagrado a Martí fué *Album de un héroe*. A la augusta memoria de José Martí. Santo Domingo, 1896. (Segunda edición: La Habana, Editorial Suprema, 1944, 126 pp.) Fué obra, en primer término, de Federico Henríquez y Carvajal, consagrada a Martí con motivo de su muerte. Contiene escritos, así en prosa como en verso, de Federico Henríquez y Carvajal, Néstor del Prado, Jaime R. Vidal, Ignacio E. Alomá, José Joaquín Pérez, Casimiro N. de Moya, M. de J. Peña y Reynoso, H. Billini, Adolfo A. Guridi, Gastón F. Deligne, Bartolomé Olegario Pérez, Miguel Billini, Mateo Peynado, Dolores Rodríguez Objío de Castillo, Arturo B. Pellerano Castro, Servando Morel, Luis T. del Castillo.

Al año siguiente se publicó la obra de un gran amigo de Cuba, amigo personal de Maceo y de Martí, Rafael Abreu Licairac: *Mi óbolo a Cuba*. (Colección de artículos editados en la prensa dominicana y de algunos otros inéditos. New York, Imprenta *Patria*, 1897.) Es de notarse que este libro fué impreso nada menos que en la imprenta de *Patria*, el periódico de Martí. En gran parte está consagrado al Apóstol. Al menos los artículos *Algunos reparos a Fisonomía de un odio*, de Julio Burell y *José Martí*, reproducidos en esta obra.

Ya señalamos, en otro lugar, que fué el Maestro Henríquez y Carvajal el primero en el culto de Martí en nuestra Patria. Desde 1892 hasta hace pocos años escribió constantemente acerca de Martí. Su principal labor martiana fué recogida



en su libro *Martí. Próceres, héroes i mártires de la Independencia de Cuba*. Imp. San Francisco, 1945. (Algunas de sus páginas se insertan en la presente obra, así como otras no recogidas en el libro del Maestro.)

De fundamental importancia para la historia de Cuba es cuanto escribió acerca de Martí el Generalísimo Máximo Gómez. Cartas, artículos, páginas de su *Diario*, relatos y frases recogidas por otros, constituyen la vasta literatura martiana del héroe, cuya relación completa no cabe en los términos de este apunte. Basta remitir al conocido *Diario de campaña* del ilustre banilejo, editado en Ceiba del Agua en 1940, y al interesante libro publicado por el doctor Bernardo Gómez Toro, *Revoluciones... Cuba y Hogar*, La Habana, 1927. (En la presente obra, en la sección *Dominicanos que conocieron a Martí*, se recogen algunas páginas del héroe acerca del Apóstol.)

De excepcional interés es cuanto escribió, acerca de Martí, el atildado prosista Américo Lugo. Huelga el encarecimiento, ya hecho recientemente por Emilio Roig de Leuchsenring en su artículo *Américo Lugo, descubridor en Martí de la grandeza superlativa del hombre y de su obra política revolucionaria*. (En *Carteles*, La Habana, año 33, número 35, 1952.) Dice: "A Américo Lugo debemos los cubanos la primera antología martiana—*Flor y lava*—publicada en París por la Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorf, a comienzos del año 1910, con amplio y admirable estudio preliminar biográfico crítico, fechado en aquella ciudad el 31 de diciembre de 1909. Conservo, como preciadísima reliquia, el ejemplar que adquirí al llegar el libro a La Habana. Fué mi primer contacto con Américo Lugo, la causa de mi devoción hacia él. Curioso resulta que no hubiesen sido cubanos ni el primer antologista ni el primer biógrafo de Martí: dominicano, uno; español el otro, M. Isidro Méndez." Lugo conoció a Martí en Monte Cristi, en 1895. Urgido por Félix Lizaso, Chacón y Calvo, por Roig y por quien estas



líneas escribe, comenzó a escribir acerca de sus relaciones con Martí. Su trabajo, incluso, publicado por Lizaso en *Archivo José Martí*, se reproduce en esta obra, junto con dos cartas a Lizaso relativas al tema.⁽¹⁸⁷⁾

Otro dominicano, martiano ilustre, ha sido en doctor Max Henríquez Ureña. Le sigue a Lugo como antologista de Martí, con la obra *José Martí, Páginas Escogidas*, Selección e introducción por Máx Henríquez Ureña, París, 1919, 312 páginas. Para nosotros tiene particular interés su trabajo *Martí en Santo Domingo*, publicado en *Cuba Contemporánea*, La Habana, vol. II, julio 1913.⁽¹⁸⁸⁾ Contiene interesantes informaciones de primera mano. Su padre, el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, fué amigo personal de José Martí.

También fué antologista de Martí el doctor Pedro Henríquez Ureña, en *José Martí, Nuestra América*. Colección grandes escritores de América. Introducción por Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1939, IX, 268 páginas. (La Introducción, reproducida en *Archivo José Martí*, No. 1, 1940.) El ilustre crítico dominicano le consagró al Apóstol algunas jugosas páginas: *Martí, escritor*, en *La Discusión*, La Habana, 25 octubre 1905 (se reproduce en este libro); *Martí*, en la revista *Sur*, Buenos Aires, año I, No. 2, mayo 1931, reproducido en *Revista Bimestre Cubana* y en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 18 julio 1931. El "escritor, en Martí—dice—fué obrero humilde que aceptó todos los menesteres". También trata de Martí en su obra *Literary currents in Hispanic America*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1945.

Uno de los dominicanos amigos de Martí que primero es-

(187) Este importante estudio del Dr. Américo Lugo fué reproducido por Lizaso en *Archivo José Martí*, No. 13, 1949. (Por la premura con que ha sido dada a la imprenta la presente obra, no ha sido posible incluir el celebrado Prólogo.)

(188) Por la premura con que este libro ha sido dado a la imprenta, no ha sido posible, lamentablemente, incluir la importante Conferencia del Dr. Max Henríquez Ureña. Fué reproducida por Lizaso en *Archivo José Martí*, No. 13, 1949.



tudieron su obra literaria fué el ilustre crítico Federico García Godoy. En su residencia de La Vega recibió la visita del Apóstol, en 1892, y desde entonces datan los escritos que le consagró al Maestro cubano. En *Letras y Ciencias*—la revista de Henríquez y Carvajal—, edición de noviembre de 1893, publicó García Godoy un estudio de *Ramona*, la novela de Helen Hunt Jackson, traducida por Martí, que éste le obsequió en su memorable visita.

El solitario de La Vega Real nos transmitió el recuerdo de su contacto con el Apóstol en su jugoso artículo *José Martí*, reproducido en su libro *Americanismo literario*, Biblioteca Andrés Bello, Editorial América, Madrid. (Ambos trabajos se reproducen en esta obra.) En la revista *La Nueva Democracia* (New York, vol. V, mayo, 1924), publicó García Godoy otro estudio consagrado al Mártir de Dos Ríos: *Hispanoamericanismo de Martí*.

De indudable valor para la crítica literaria son los estudios del poeta dominicano, gran amigo de Darío, Osvaldo Bazil, consagrados a estudiar la influencia ejercida por Martí en la obra del poeta de los cisnes. En *Diario de la Marina*, La Habana, agosto 29 de 1928, publicó Bazil el estudio *La Influencia de Martí sobre Rubén Darío*. Lo reprodujo con variantes y con el título de *La buella de Martí en Rubén Darío*, en su libro *Vidas de iluminación*, La Habana, 1932. Lo reproducimos en nuestro libro *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*, Bogotá, 1948, de donde lo tomó Félix Lizaso para el *Archivo José Martí*, No. 14, 1950.⁽¹⁸⁹⁾ También se

(189) Lizaso reprodujo el citado artículo con este comentario: "En el volumen, tan interesante en su contenido como bello en su presentación, que Emilio Rodríguez Demorizi publicó en 1948, con el título *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*, incluyó el trabajo que Osvaldo Bazil publicó años antes en el opúsculo titulado *Vidas de iluminación* (La Habana, 1932). En ese trabajo sostiene que Rubén halló en Martí toda la pauta que siguió en su obra de renovación literaria. Es importante este trabajo que presenta el cuadro de influencias que actuaron sobre Darío y sostiene que fué Martí, con su genio literario, quien dió la emoción de una nueva prosa, haciendo posible que se produjera en América el caso literario de Rubén Darío. En su artículo *Valoraciones*, *El Archivo José Martí*, dice el ilustre crítico cubano Medardo Vitier: "Las páginas de Osvaldo Bazil sobre Martí



refiere a Martí otro trabajo de Bazil, *El Evangelio de la ternura*, en su libro *Cabezas de América*, La Habana, 1933.

Al dominicano Nicolás Heredia, amigo de Martí, quien hizo de Cuba su segunda patria, se deben algunos escritos acerca del Apóstol: *Martí*, en *José Martí, Cuba y América*, vol. III, mayo 20 de 1899; *La obra de Martí en relación con los últimos sucesos*, prólogo de José Martí, en *Los Estados Unidos*, La Habana, 1902 (anteriormente publicado en *Homenaje a José Martí*, New York, 1898); y *José Martí, el utopista y la utopía*, en *Patria*, La Habana, enero 1941. Habana, enero 1941.

Cabe mencionar, finalmente, esta breve crestomatía: *José Martí, Rutas...* (Pensamientos y Versos Sencillos). Selección y proemio de Francisco Prats Ramírez. Santo Domingo (s.p.d.i. ni paginación), 1924, y el breve opúsculo de Valentín Tejada, *Martí a su paso por Santo Domingo*, publicado en La Habana hacia 1935, que no hemos logrado examinar.⁽¹⁹⁰⁾

Casi toda la numerosa bibliografía cubana de José Martí y de Máximo Gómez, se refiere a Santo Domingo. Basta mencionar aquí algunas de las obras en que hay mayor cantidad de noticias acerca de la estada de Martí en Santo Domingo. En primer término debe señalarse la obra de Gerardo Castellanos, *Francisco Gómez Toro. En el surco del Generalísimo*. La Habana, 1932; Félix Lizaso, *Epistolario de José Martí*. La Habana, 1930-1931, 3 volúmenes; Washington,

y Darfo son de las más interesantes. Sabido es que se conocieron, se comprendieron y el poeta nicaragüense dedicó a su amigo desaparecido un recuerdo bellissimo en el libro *Los raros*, donde lo llama 'Maestro. Bazil se detiene en escritos de uno y otro señalando influencias, semejanzas y desde luego trozos antológicos." (En *Archivo José Martí*, No. 17, 1951.)

(190) No hemos logrado ver el artículo del ilustre escritor Gonzalo de Quesada y Miranda, *Monte Cristi*, en *Bohemia*, La Habana, abril 5 de 1936; ni el de Rafaela Chacón Nardi, *Martí en Santo Domingo*, en *El Mundo*, La Habana, febrero 1 de 1942; Félix Lizaso, *Ecos y reflejos. Martí en Monte Cristi*, en *El Mundo*, La Habana, marzo 25 de 1945; y Ernesto de las Cuevas, *Expedición Gómez-Martí*, en *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, marzo-abril, 1940.



Guerra y Miranda, *Panchito Gómez Toro*. Conferencia. La Habana, 1930; las *Obras Completas de Martí*, ediciones de Gonzalo de Quesada y de Isidro Méndez; el *Archivo José Martí*, que dirige Lizaso; las obras de Emilio Roig de Leuchsenring, de E. Santovenia, del Capitán Joaquín Llaverías, de Gonzalo de Quesada y Miranda, del doctor Benigno Souza, de José M. Pérez Cabrera, de Manuel I. Mesa Rodríguez, del General Enrique Collazo y de tantos otros. En diversas partes de la presente obra se citan otros libros cubanos que hemos utilizado en la preparación de este trabajo. Las omisiones son evidentes. La ausencia de nuestra casa y biblioteca particular desde 1947 a 1952 y la escasez de libros cubanos asequibles para nosotros en ese lapso, justificarán tales omisiones.





APÉNDICE

MARTÍ

POR MÁXIMO GÓMEZ ⁽¹⁹¹⁾

1905

Para más puntualidad histórica, voy a copiar de mi diario de la campaña del 95, lo que yo escribí, sobre el campo de batalla, respecto a este cubano ilustre, que principió en un gran tribuna y murió como un guerrero intrépido:

Septiembre 11 del año 1892. Llega aquí, a *La Reforma* (Santo Domingo, Montecristi), José Martí, delegado del Partido Revolucionario Cubano, que viene a conferenciar conmigo sobre asuntos de la misma Revolución que se organiza. Le he ofrecido a Martí mi concurso en todo y para todo lo que se me considere útil, prometiendo servir a esa Revolución con el mismo desprendimiento, desinterés personal y lealtad con que la serví el 68.

Este mismo José Martí, hombre inteligente y perseverante defensor de la libertad de su Patria, fué uno de los que con mayor entusiasmo se puso a mi lado, cuando el 84 me puse personalmente al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió las espaldas. Su retirada contribuyó no poco a acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas, que fué nuestro pensamiento llevar la Revolución a Cuba.

(191) Del *Diario de campaña* (Ceiba del Agua, 1949), del General Gómez. (Fragmento.)



Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón, temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento contra Martí por su conducta pasada, negase a la Revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene a nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la Patria; enseña sus cadenas; pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden a libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener que hacer ningún esfuerzo, sin tener que ahogar en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado a ponerme a su lado y acompañarlo en la gran empresa que acometía. Así fué que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

El día 13 de septiembre, después de conferenciar largamente con Martí, salimos para la ciudad de Santiago de los Caballeros, a donde llegamos el mismo día.

El día 15. Continúa Martí para la capital de la República y yo regreso para *La Reforma*. Todos los gastos que va haciendo Martí corren de mi cuenta.

Para ayudar bien a que Cuba sea libre, ¿qué debe hacer todo el que se precie de patriota decidido y honrado? El procedimiento es muy sencillo: ayudar en todo y no crear dificultades, no presentar en lo más mínimo el menor obstáculo, y cuando se note algún error señalarlo sin ambages y proponer la manera y los medios más eficaces para remediarlos; porque el triunfo de la Revolución de Cuba es obra de concordia y unificación y, a mi juicio, los trabajos hechos hasta ahora por Martí presentan bastante consistencia, porque poco a poco va consiguiendo la unificación deseada de los elementos discordantes, sin embargo, dentro del sentimiento revolucionario, por cuya causa, no por ninguna otra, se enterró la Revolución del 68, de Yara, en el Zanjón.

Esperaré, pues, el resultado de los trabajos posteriores que con tanto tesón sé que ha de continuar Martí.

Transcurren los meses de octubre, noviembre y diciembre sin que ocurra alguna notable sea digna de anotarse.

Como era natural que sucediera, desde el momento que he celebrado una larga conferencia con José Martí, y puéstonos de común acuerdo en todo para levantar y revivir de nuevo el espíritu revolucionario, así fuera como dentro de la Isla misma, ya yo no puedo pensar con tino y juicio reposado, sobre mis propios negocios, así es que en estos tres meses los he descuidado.



APÉNDICE

1 8 9 3

Enero. Pasa este mes, así como febrero, marzo, abril y mayo, y el día 3 de junio vuelve José Martí a Montecristi, a conferenciar conmigo, y me trae buenos informes del estado de los trabajos preparatorios. De los recursos pecuniarios que van aprontando las emigraciones y del buen espíritu de la Isla, debido a su constante prédica y animada propaganda.

Martí se separa de mí el día 5 (junio) con rumbo a New York, después que de acuerdo dejamos resuelto el modo y manera de auxiliar la Revolución inmediatamente que surja en la Isla, dando al propio tiempo las órdenes convenientes para el levantamiento por Oriente. Con tal motivo he pasado una circular a todos los Jefes principales de la guerra pasada que se encuentran fuera de la Isla, para que estén preparados, en cuanto cabe. El nombramiento de General en Jefe del Ejército que ha de combatir en Cuba, y del cual título y autoridad me ha investido la Delegación del Partido Separatista, con el beneplácito de los mismos Jefes, me ha autorizado a pasar a todos la referida circular. Lo he hecho también muy privadamente con algunos hombres residentes en la Isla y de manera que no pueda comprometerlos. Pasan los meses de julio, agosto, septiembre y octubre y recibo contestación de todos los Jefes y de hombres de dentro, y todos están dispuestos a secundar el movimiento tan pronto surja.

José Martí, como delegado, continúa los trabajos preparatorios con tino y actividad que nada dejan que desear. Por eso es conveniente dejarlo solo en esta labor, en completa libertad, porque así también es más segura la reserva y el sigilo.

Pasan noviembre y diciembre sin novedad.

1 8 9 4

Enero. He terminado de poner todos mis negocios en orden, pues la cuestión de Cuba apura, así me lo hacen creer las constantes noticias que recibo de todas partes. Pasan febrero y marzo sin novedad.

Abril. Determino pasar a New York a cerciorarme personalmente del estado de todo aquello. Me acompaña mi hijo Panchito. Nos embarcamos por el puerto de Montecristi, el día 2 de abril, en el vapor *State of Texas*, americano. Hicimos el viaje sin novedad, desembarcando el día 8 en New York. Recibimiento cariñoso de Martí y otros cubanos.

Hemos conferenciado largamente y, según he podido averiguar, los fondos recaudados hasta ahora no son suficientes para abrir la campaña y he creído necesario que Martí gire una visita por todos los puntos en que crea que se puede recabar algo más.

547



Nos ponemos en relación directa con los hombres de la Isla, que ya todo lo esperan de nosotros. Martí me pide le deje a mi hijo Panchito, accedo a ello, pues creo que puede serle útil, y después de tratar todos los puntos me retiro de New York, embarcando el día 21 del mismo mes, y en el mismo vapor que me condujo. He rendido el viaje sin novedad, llegando a Montecristi, al seno de mi familia, el día 28 por la tarde.

El único compañero de viaje que me encontré más íntimo en esa travesía, fué Francisco Carvajal. Con él me entretenía hablando de las pretensiones de Cuba sin entrar en el fondo.

He aquí el plan, la parte principal: cuando llegue el momento decisivo, un barco sin nombre se ha de presentar por un lugar convenido, prudentemente escogido de esta Isla, a recogerme a mí, acompañado de doscientos por lo menos, entre cubanos y dominicanos, para conducirnos a la tierra que nos proponemos libertar.

Pasan los meses de mayo, junio y julio sin novedad notable, pequeñas diferencias que vamos subsanando.

Agosto 10. Regreso de mi hijo Pancho de New York, después de haber acompañado a Martí en su excursión por parte de la América del Sur. Me trae correspondencia importantísima. El delegado José Martí va camino de México en demanda de mayores recursos para aumentar nuestro tesoro. Hemos entrado ya en el período de las resoluciones definitivas.

Agosto 16. Día nacional o de la Patria. Se cumplen hoy treinta años que España fué arrojada de esta tierra por el valor de sus hijos. En esta población se solemniza el día.

Septiembre 1º. José Francisco Rodríguez llega a *La Reforma*. Es hermano del general José Ma. Rodríguez (a) Mayía—viene de Cuba, Oriente—y viene con la misión especial de aquella gente de explicarme la grave situación en que se encuentran y que por tanto es preciso ordenar los levantamientos. No debiendo yo solo resolver asunto tan delicado, encamino en seguida a Rodríguez para que diga eso mismo a José Martí, pues yo me encuentro sufriendo atrozmente de una úlcera que a consecuencia de un golpe me ha sobrevenido en una pierna.

El día 15 llega aquí, a Montecristi, el teniente coronel Alejandro Rodríguez, comisionado por el Camagüey, a informarme del estado de aquella comarca, muy mal preparada para la Revolución, pues aunque algunos de los primeros hombres del 68, están dispuestos a prestar todo su apoyo al movimiento, muchos del elemento acaudalado no lo están, y no solamente no lo están, sino que la rechazan y condenan. Esta situación no cambiará porque ningún hombre rico entrará nunca en la Revolución, y es necesario forzar la situación y precipitar el suceso, pues en la situación avanzada en que ya nos encontramos nosotros, no nos queda otra cosa que hacer. Con estas resoluciones, habladas y por escrito, hago que regrese Alejandro



al Camagüey para informar a aquella gente de nuestra resolución, y que los buenos tengan fe y sepan esperar.

Octubre. Sin novedad.

Noviembre 14. A Montecristi llega el coronel José María Rodríguez, de la capital, y el brigadier Francisco Borrero, ambos cumpliendo órdenes mías. El primero salió por vía de Haití, con destino a New York, a entenderse con el delegado José Martí; va a representarme poniéndose de acuerdo en asuntos de expediciones. Hasta el 25 de este mes me encuentro en Montecristi, donde hemos cambiado varios cablegramas con New York, para la más clara combinación de venir un vapor a la bahía de Samaná a tomarme a mí y a la demás gente; con tal motivo, salgo para Santiago, donde me aguarda el brigadier Francisco Borrero. El 27 en Santiago, e inmediatamente, dispongo emprenda marcha Borrero para la capital a hacer efectivo un giro de 5,000 pesos. Mientras tanto, yo aguardo en Santiago el último aviso por el cable desde New York.

He dado la espalda a mi bogar querido. Sacrificio semejante ni siquiera yo solo lo puedo comentar, pues cuando se llena el deber, cumpliendo la palabra empeñada, tenemos que abogar con las lágrimas ocultas los latidos del corazón. Hay situaciones en la vida de los hombres, y la mía es una de ellas, que tienen que ser bien definidas: o muerto en Cuba luchando por su libertad, o arrastrar una vida triste y miserable rodeada del más justo y racional desprecio.

Mi familia toda, hasta los niños, me ayudan en esta empresa. Mi esposa, sabedora de todos mis secretos y sabiendo también que la voy a abandonar en breve, es incapaz de cometer la más leve indiscreción que pudiera perjudicar la causa santa de su Patria. Ella y mi hija Clemencia han fabricado las mochilas que han de servirnos para cargar nuestro pesado equipaje de soldados de la Revolución. No se puede pedir más al patriotismo encarnado en débiles mujeres.

1 8 9 5

Aún en Santiago. Enero. Varios cablegramas de New York. Mis compañeros parece que encuentran dificultades para moverse.

Día 14. Recibo este cablegrama alarmante: "*Imposible negocio, espéreme*", es Martí.

Determino volver a Montecristi, a cuyo punto llego el 20.

Febrero 1º. Padezco grande ansiedad, pues no he tenido noticia ninguna, a pesar de haber venido un vapor en el cual esperaba correspondencia o algún comisionado.

Día 7. Llegan José Martí, José Ma. Rodríguez y Enrique Collazo, y después que me informan con todos sus detalles del fracaso que hemos



sufrido con nuestros barcos en Fernandina, nos pusimos a resolver lo que debíamos hacer en situación por demás angustiosa, dados los pocos recursos con que podemos contar. Resolvimos pasar a La Vega, a tener una conferencia con Eleuterio Hatton, recomendado especial y amigo nuestro, encargado del movimiento de Samaná y dispuesto siempre a ayudarnos. El 12 nos movimos por tierra a Santiago, en donde aguardamos contestación de aviso a Hatton el 22; en un punto nombrado los Haticos, jurisdicción de La Vega, nos reunimos con Hutton. Todo quedó resuelto para partir de allí (Samaná), lo más pronto, en una goleta con algunos hombres nada más. Hemos pasado todo este mes de marzo en la fatigosa preparación de nuestra salida. Además, nos encontramos muy vigilados por todas partes, por los españoles. En la primera quincena de este mes han salido para New York, Manuel Mantilla, su ayudante, y el coronel Enrique Collazo, con órdenes y algunos recursos para invadir la Isla por Occidente tan pronto como se sepa que yo he penetrado en ella. En vista de la premura del tiempo y de los pocos recursos que nos quedan después del fracaso, hemos ajustado con Buli Poloney, de este puerto, Montecristi, en 3,000 pesos nuestro arribo a Cuba, pues no se tiene noticia satisfactoria de la salida por Samaná, y cuando ya todo está combinado y arreglado, y todo gasto hecho, los marinos que tienen que dirigir nuestro barco se arrepienten del compromiso y nos vemos obligados a valernos de otro capitán, marino, de nombre Bastián; mas éste no acepta sino en su propia goleta, que tenemos que comprarle, pagarle a él una suma y parte a los marinos. Después de estos gastos enormes; después de vencidos todos estos obstáculos; después de tantos meses de sufrimientos y torturas, hemos logrado embarcarnos, seis hombres, a las doce de la noche, por la playa de Montecristi: general M. Gómez, José Martí, brigadier Francisco Borrero, coronel Angel Guerra, César Salas, y Marcos Rosario, este último dominicano. Nos hemos echado verdaderamente en brazos de un destino incierto. La Providencia premiará con el éxito nuestro arrojo por llenar el deber y cumplir la palabra empeñada acudiendo a Cuba, ya en armas por nuestro mandato. Hemos tenido que navegar con viento flojo treinta y tres horas para llegar a Inagua a las diez de la noche del día 2 (abril). Amaneció el día 3 sin novedad, y el capitán Bastián va a tierra, dijo que a arreglar papeles de la goleta, que con ese pretexto hemos tocado aquí. Saldremos, según él, en viaje supuesto para Nassau. A las pocas horas se nos presenta un oficial de este puerto a registrar la goleta, porque ha habido denuncia de que va cargada de armas. Ya se puede imaginar el hábil trabajo que nos costó salvar las pocas que llevábamos.

En todo esto no sufrimos novedad, pero la conducta de Bastián se nos ha hecho sospechosa.

A las seis de la tarde se nos presenta éste y nos hace pagar algunos pesos



por derechos de revólver, únicas armas que han visto y cuyo reclamo nos hace la Aduana. Además, nos da la alarmante noticia que de los tres marinos contratados, todos se han arrepentido y que sólo nos queda fiel el cocinero. Yo dije reservadamente a Martí: "Este hombre nos está engañando."

Día 4. Bastián no encuentra marinos en un pueblo en que todos los hombres lo son. Dispongo que Martí vaya a tierra con Bastián a resolver el problema. Son las doce del día y regresa Martí con Bastián, sin haber podido conseguir nada práctico. Ya está probada la mala fe de este hombre, y sin quedarnos a nosotros ni el derecho abierto para el reclamo. Pudiera decirse que estamos perdidos, apenas con dinero y sin podernos mover de aquí; con todo un pueblo hostil a nuestros propósitos; bastaría tan sólo la visita de un simple cañonero para ser apresados o morir peleando, resolución esta última que, en todo caso, debíamos adoptar, y que sin vacilar estuvieron dispuestos mis cinco compañeros a cumplir. La verdad se ha de decir. Debido a la tenacidad de Martí logramos arrancarle a este hombre cruel, cuatrocientos pesos, es decir, la misma cantidad que le habíamos entregado en pago de conducirnos a las playas de Cuba. Con este procedimiento quedamos desligados de este hombre funesto, pero aislados, con un barco inútil por falta de marinos. Aquí la Providencia. Serían las dos de la tarde de ese mismo día 5: entra un vapor fruteró, alemán, que toca allí en Inagua a coger trabajadores, para después seguir a Cabo Haitiano y hacer allí descarga de efectos de comercio y continuar después a Puerto Antonio, norte de Jamaica inglesa. En esta situación determinamos, si nos daban pasaje, embarcarnos en ese vapor para correr la suerte que al pasar cerca del sur de Cuba, nos echase en cualquier lugar de la costa. Arregladas las cosas de esa manera, compramos un bote que nos costó cien pesos, despachando al fiel Cubí, el cocinero, con la goleta a Montecristi, a Buli Poloney. En todo esto nos ayudó gratuitamente el Cónsul de Haití, en aquellos días, los más aciagos que he pasado en mi vida. El día 6, a las tres de la tarde, hemos desembarcado en Cabo Haitiano, dispersándonos por la población para no ser conocidos, alojándonos en casas de amigos de nuestra confianza. Yo me quedé con Marcos Rosario a mi lado. Durante la travesía hemos ajustado con el Capitán, que en nuestro bote y por la noche, nos echara en tierra cerca de la costa en su línea de navegación, todo eso por mil pesos y con la condición que mientras el vapor estuviera en el puerto del Cabo, no estaríamos a bordo, por si acaso resultase una visita de inspección y, además, que no debíamos escribir por ningún motivo el nombre del vapor, ni de él, ni de nadie, que todo eso debía quedar envuelto en la sombra del misterio. Con todas estas condiciones nos quedamos en tierra esperando su aviso. Para los que no han pasado por eso o parecidos trances, no podrán darse cuenta de nuestra



ansiedad en aquellos tres días de mutuas separaciones: todos nuestros equipajes de guerreros a bordo, ya el dinero en poder del Capitán, pues así nos lo exigió, y con todos esos detalles, suficientes para mantener la alarma en nuestro espíritu. El doctor Ulpiano Dellundé desempeñó en aquellos días su papel de buen cubano, de la manera más patriótica y levantada. Por fin, llegó el día 9 y el aviso del Capitán que nos espera por la noche. Así lo hicimos, embarcándonos. ¡Qué regocijo cuando nos abrazamos de nuevo! Como que hasta el Capitán se alegró, y no hay para qué dudar, porque las grandes ideas deben tener su misterioso contagio. Más que nunca pondré cuidado para copiar de mi diario lo que yo anoté en aquellos días inolvidables para mí y Marcos, únicos de los seis que nos salvamos de la matanza terrible de la guerra.

Día 11. Hemos amanecido en Inagua y el trabajo de poner en tierra a los trabajadores lo dispuso el Capitán en seguida, con el cuidado de no dejarnos ver de ellos, puesto que ya les éramos conocidos, cuanto allí iban los arrepentidos de Bastián, advertencia que le hicimos al Capitán para más seguridad. A las dos de la tarde se levantó el ancla, y tres horas después, a las cinco, las montañas de Cuba se levantan a nuestra vista; dijimos al Capitán acortase la máquina mientras fuera de día para verlo todo bien. Navegamos sin novedad, y ya a las ocho de la noche nos dijo el Capitán que estábamos a tres millas de la costa, pero que él se acercaría más—lo que creo no haría. Nos encontramos en el sur de Cuba, al este de Baiquirí. La noche es tenebrosa; el mar se siente agitado; la obscuridad es tal, que el mar parece un negro crespón en donde nos debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbra el firmamento. El chubasco se afirma y hubo un momento de indecisión en que hasta el Capitán parece que vacilaba en dejarnos abandonados en situación tan angustiada; pero yo fuí el primero que dije, ya detenido un poco el vapor: ¡a tierra! El vapor se detuvo entonces de una vez y rápidamente se deslizó al agua un bote al que bajan seis hombres con sus equipajes de guerreros. Yo no sabía lo peligroso que era la arrancada de un vapor para una embarcación menor que esté arrimada a su costado. Por poco zozobramos en aquella pavura atroz. ¡Quién hubiera dado noticias de nosotros! Ninguno de los seis entendíamos nada de marinería y, sin embargo, con entusiasmo, cuatro de nuestros compañeros agarraron en seguida los remos, y yo y el general Borrero nos quedamos de reserva, pero yo echándola de marino, me puse a manejar el timón, que al fin un golpe de mar me arrebató de las manos y se pierde; formamos con un remo lo que los marinos llaman *cola de pato*, y continuamos casi sin rumbo. La obscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no es posible divisar bien la tierra. Por fin, dos fogatas en el lado de tierra, que si bien nos marcan la costa, pueden ser guardias españolas. Sin embargo, al centro de las dos fogatas



dirigimos nuestro rumbo. La Providencia, que dirige siempre el destino de los hombres, hizo sin duda que el chubasco, que mantenía la mar picada, calmara; la noche aclaró; la luna empieza a alzarse por Oriente, que salía esa noche a las diez y minutos, y muy pronto la fortuna nos depara en un recodo de la costa, un lugar llamado las "Playitas", donde atracamos sin novedad ni peligro. Como Colón, besé aquella tierra. Después de poner a salvo nuestro pesadísimo equipaje y echar al agua la embarcación, borrando, además, todo vestigio que pudiese indicar que por allí hubiese desembarcado alguien, tratamos de internarnos y emprendimos la marcha, rifle al hombro y con nuestras mochilas, por el abra que formaban dos lomas y por un terreno espinoso y enmarañado, como son casi siempre los cercanos a las costas de las islas. Como media hora habíamos andado ascendiendo y llegamos a una meseta donde hicimos alto para descansar un tanto y, ya alejados de la playa, tomar mejor orientación. Sacamos nuestros relojes con buena hora y eran las doce de la noche. La luna estaba en toda su brillantez. Saqué la brújula que llevaba, y marcamos el norte franco, rumbo que debíamos llevar. Yo pensé entonces, sin decirlo a nadie, que era de todo punto imposible que con aquella enorme carga pudiéramos continuar por mucho tiempo, y pensé aligerarnos en llegando a mejor lugar. Continuamos, descendiendo entonces, hasta llegar a una llanura, y por allí el canto de un gallo y olor a candela. A pesar de la carga que llevaba, pude contemplar lo radiante de orgullo y complacencia de la fisonomía de Martí, por andar metido en estas cosas, con cinco hombres duros. Verdaderamente que la empresa estaba erizada de peligros. Con muchas precauciones avanzamos, y a poco un caserío, era el Cajobal. Nos resolvimos a llamar, a la ventura, en una casita de la orilla, y tuvimos la fortuna de encontrarnos con gente buena, cubana. Se levantan las mujeres y nos dan café; pero, antes del reconocimiento, sucedió una cosa curiosa. Aquella buena gente al principio se nos mostró algo esquiva, dudosa de que fuéramos nosotros españoles disfrazados, pero por las preguntas que yo les hacía de gente conocida, pronto se convencieron y ya sucedió entonces el entusiasmo.

—Oiga usted, Martí, le dije yo, las palpitaciones del corazón de nuestro pueblo. —"Sí, me contestó él, yo no olvidaré nunca todo lo que nos ha ocurrido esta noche; pero mucho menos el encuentro con esta gente, a este fogón y a este café." En aquella misma casa nos proporcionaron un guía, un muchacho, que por caminos extraviados nos llevó hasta el monte de Mesón, donde había un hombre viejo y de mal corazón, que no quiso ampararnos y determinamos alejarnos de él con Secundino—así se llama el muchacho, el práctico—hasta la cueva—el templo le puse yo—que es hasta donde él sabe, a las orillas del arroyo Caratará. Allí quedamos solos y desamparados, esperando hasta la mañana del 13, a las doce del día, la



contestación de una esquila que le mandé a un viejo oficial de la guerra de los Diez Años. Nuestras provisiones se han concluído y Secundino ha ofrecido traernos algunos alimentos. "Mañana será otro día", pensamos nosotros todos, y estropeados como estábamos, el cuerpo y el espíritu, pronto nos dormimos en nuestras camas que improvisamos con hojas secas del monte. La noche triste y lóbrega ha caído sobre estas solitarias profundidades dentro de las montañas de Baracoa.

Día 13. Amanece, como amanece dentro de las serranías en sus hondanadas, tarde, pues a las doce es que se ve el sol, pero alegre con el canto de los pájaros y la montaña. Nuestra resolución está hecha: si los que viniesen son enemigos, morir peleando, y si nadie viene ni contestan, pues, continuar a rumbo; pero son las once y bueno es esperar aún. Un cuarto de hora después llega Antonio, hermano del que le escribí, con el muchacho Secundino, que vienen cargados de comida. La opinión se ha alarmado favorablemente; esta tarde nos llegará un gran práctico que nos llevará hasta donde está Félix Ruen con su gente, al cual, al mismo tiempo, le han mandado aviso de nuestro arribo. Nuestra situación ha cambiado por completo. A las cuatro de la tarde, llega el práctico y otro hombre más. Como ya es tarde, determinamos quedarnos esta noche en la cueva, donde dormiremos más abrigados, y así lo hicimos. Conversando esa noche con Martí de cama a cama, le decía yo: Desde el día 7 de febrero que me reuní con usted en Montecristi, no hemos dejado de estar un instante bajo la ruda influencia de las adversas vicisitudes, casi desventuras que ha pasado hombre alguno. "Sí, me decía Martí, pero todo, General, está compensado con la felicidad de esta noche." Ruen nos esperará en Vega Batea, y allí nos dirigiremos el día 14, tan pronto como amanezca. El camino es difícil; trepamos por montañas empinadísimas y de ahí que la marcha sea terriblemente fatigosa. Nos admiramos los viejos guerreros, acostumbrados a estas rudezas, de la resistencia de Martí, que nos acompaña sin flojeras de ninguna clase. Con marcha todo el día, a las cuatro de la tarde hicimos la entrada en el campamento de Vega Batea, casa de un tal Tabera, cuya mujer se llama Nina. De más está decir que el recibimiento fué cariñoso y entusiasta. Félix Ruen, a quien yo había conocido en New York, es un hombre educado y de buen carácter.

Día 15. Acampado; despachando comunicaciones por todas partes, hasta para New York, por vía Baracoa. El 16 nos movimos para el Jobo, por ser un punto de más recursos. Acampamos en casa de José Pineda y su mujer Gregoria. El 17, acampados en espera de prácticos que nos deben acompañar hasta el centro. El 18, nos movimos hacia el centro de la Isla y reuniendo primero a jefes, oficiales y soldados después que los arengué, propuse a Martí para el grado de Mayor General del Ejército Libertador; fué aprobado por unanimidad, y el entusiasmo subió de punto. Continuó



la marcha. Como desde esta fecha hasta el 19 de mayo que murió Martí, toda esta marcha, aunque interesante, la suprimo, pues no hace al caso para lo que se desea narrar, y dando un brinco, salvando los riscos y malezas, voy a conducir a mis lectores hasta Boca de Dos Ríos, donde murió el cubano ilustre, entre muchos que yo he conocido, y por lo cual pasó el día más triste de mi vida.

Del 18 de abril, que nos movimos del campamento del Jobo, donde nos separamos del coronel Félix Ruen, al 12 de mayo, que acampamos en Boca de Dos Ríos, hemos gastado veinticuatro días. Me parece que fué mucho andar, si se tiene en cuenta las vueltas y revueltas del camino, desviando encuentros con el enemigo, pues según mi plan, no nos convenía estrechar todavía combate; el cambio de caballos, pues debe suponerse tratáramos en seguida de mejorarlos, por todas esas dilaciones inevitables, nos encontramos en el día y lugar indicados. Permanecíamos acampados dando órdenes para todas partes, así como participando al Mundo nuestro propósitos contenidos en el Manifiesto de Montecristi, que se acaba de publicar. En eso estábamos ocupados, cuando nos llega la noticia de que a Palma Soriano ha llegado un gran convoy custodiado por una fuerte columna enemiga con rumbo a la Venta de Casanova, por el camino real de la Isla. En seguida se me ocurrió salir a atacarla y con ese propósito, pude reunir cuarenta hombres bien armados y con ellos me puse en marcha, dejando a Martí encargado del campamento, despachando y, al mismo tiempo, para recibir al general Bartolomé Massó, al que le he pasado orden que se traslade a la Vuelta Grande, con el número mayor de hombres que pueda reunir.

Día 17. Pasé muy cerca del campamento enemigo de la Venta de Casanova. El enemigo no ha hecho aún su entrada y me dirijo entonces al de Remanganagua a tiempo que allí hacía su entrada el convoy que pude apreciar con mis lentes desde una loma contigua. Como ya era tarde, bien sabía yo que ese enemigo no debía moverse, con mayor razón cuando él debía suponer que por allí había fuerzas cubanas; acampé, pues, no sin tomar primero las precauciones del caso. Amaneció el 18, y muy temprano embosqué convenientemente a mis soldados y esperé. Las cercanías de aquel poblado se prestan para las emboscadas. Yo conozco prácticamente todo aquello. El coronel Sandoval es el que manda la columna enemiga. Mis escuchas me avisan que ya se han principiado a cargar las acémilas del convoy. Más tarde otro aviso: que se han descargado las cargadas y que todo ha quedado en silencio. Refuerzo mi vigilancia por todas partes. Son las doce del día y sin novedad. A esa misma hora recibo aviso de Martí que ha llegado el general Massó con caballerías estropeadas. "Que acampe y espere", contesto. Sandoval no se mueve y se acerca la noche. Hemos pasado un día terrible. La gente apenas ha comido, y, lo que es



peor, hemos soportado un plaguero horrible que hay por todos estos con-tornos. A las cinco levanto la emboscada y me retiro a un lugar seguro a donde se pueda pasar mejor la noche. La cosa pasó así: un isleño a quien yo enviaba al poblado a comprar café, con propósitos de darme cuenta de todo, me traicionó y dió cuenta a Sandoval que yo me encontraba por allí con mucha gente esperándolo, pues yo había tenido la precaución de ocultarla; pero como él la viera (que no eran más que cuarenta hombres), al levantar la emboscada, avisó en seguida al Jefe enemigo, el que madrugó, pronto llegó al lugar de su destino y volvió a salir persiguiéndome por mi propio rastro, a tiempo que yo me dirigía al campamento de la Vuelta Grande, en donde me aguardaban el general Massó y Martí.

Mi llegada al campamento, que sería a la una próximamente, fué causa de gran alborozo. Se forman las fuerzas; el general Massó y Martí estuvieron elocuentísimos. Yo también dije algunas palabras, y cuando ya me preparaba a acampar y descansar, avisan de la avanzada del camino por donde yo entré, que se habían oído tiros, y a poco un rancharo con el cual habían sido los tiros, y aviso de enemigo por mi rastro. ¡A caballo!, grité yo, y dije al general Massó: "Siga con toda la gente detrás de mí."

De la Vuelta Grande a Boca de Dos Ríos, había poco más de una legua y yo deseaba encontrar al enemigo un poco más allá de este último punto, que es bueno para maniobrar con caballería, lo que no pudo ser. La gente toda demostraba un entusiasmo tal, que me hizo pensar por un momento en un "Palo Seco". Avanzamos rápidamente y muy pronto nos encontramos frente a un enemigo, que en la pequeña sabana de Boca de Dos Ríos, había formado sus cuadros para esperar el ataque, pues acababa de saber, por la familia del prefecto Rosalía Pacheco, que no eran solamente los cuarenta hombres que yo tenía en la emboscada, sino que se me había reunido Massó con trescientos caballos. Sin embargo, la acometida fué terrible, no sin primero indicar a Martí, que se retirara hacia atrás, que aquel no era su puesto. Yo no pude ocuparme más de Martí. Sandoval nos había colocado al frente de sus cuadros, en un punto enmatojado, como cuarenta hombres emboscados, que fueron muertos a machetazos, a excepción de dos que hicimos prisioneros. Ordené al general Borrero que atacara por la derecha y yo lo dije por la izquierda. Cuando salí con el grupo que arrastré a lo más claro del terreno, me encontré con el cuadro que en vano intenté romper y me retiré para organizarme y volver a la carga; pero cuando llego al centro, veo a Miguel de la Guardia que con su caballo mal herido regresaba del centro, y me dice: "Martí ha quedado herido por allí." ¡Cómo!, dije y me lancé solo por el camino real. Cuando llegué a los troncos de los árboles gordos que allí hay, una descarga me hace notar que el enemigo que había muerto a Martí, estaba allí. No pude ver nada, y cuando retrocedí me encontré con el general Borrero, que



como yo se retiraba, y a quien comunicué lo ocurrido. Ya el cadáver de Martí en poder del enemigo, avanzo con fuego nutrido para limpiar su retaguardia y como nuestra retirada tenía que ser por un camino derecho y estrecho, temí que al enfilear los fuegos nos hicieran mucho daño y ordené al general Massó emprendiera con viveza la retirada hasta ganar la vuelta del camino. Así se hizo y pronto salimos a un claro despejado; allí un momento de alto, y ordené la marcha para, por un camino transversal que yo conocía, salir al encuentro del enemigo, pues era el mejor lugar para pelear con gente de caballería. No contaba yo con un lugar pantanoso que teníamos que atravesar, y retrasada un tanto la marcha, eso dió lugar a que cuando salimos al camino ya el enemigo había pasado y continuaba su marcha por un terreno accidentado. Sandoval, una vez que recogió el cadáver de Martí, casi entre las filas de sus soldados, emprendió la marcha, lo más forzada posible, temeroso de un segundo ataque por parte nuestra para recuperarlo. Así me lo dieron a comprender dos circunstancias. La primera, el rastro violento que marcaba a su paso la columna y la pérdida o abandono de muchos cacharros; y la segunda, que habiendo yo avanzado hasta la tienda de doña Modesta, me entregó ella, escrito con lápiz, un papel donde dice: "Nuestro h. Martí herido, lo cuidaré y se lo devolveré." Agregaba doña Modesta "que Martí iba muerto ya y que aquel hombre llevaba mucho miedo". Y lo primero debió ser cierto, pues con los balazos que recibió Martí, uno en la cara y otro en el pecho, no podía estar vivo.

Cuando regresamos al campamento de las Vueltas, que fué al anochecer, la hora siempre más triste del día en todas partes, nadie hablaba. No hubo necesidad esa noche de tocar silencio. Todos sentíamos la pérdida del amigo y el compañero. Los soldados me saludaban con tristeza y murmuraban: "Pobre el General; jamás le habíamos visto tan impresionado."

Así murió Martí al comienzo de la lucha que él mismo ayudó tanto a preparar, sin llegar a ver a su Cuba libre. Y ya que él es muerto, copio aquí las palabras que dijo un día delante de los sepulcros de los héroes muertos: "Pues que la misma poesía escrita es grado inferior a la virtud que la promueve y cuando se escribe con la espada en la Historia, no hay tiempo ni voluntad para escribir con la pluma en el papel. El hombre es superior a la palabra. Recojamos el polvo de sus pensamientos, ya que no podemos recoger el de sus huesos y abrámonos camino hasta el campo sagrado de sus tumbas para doblar ante ellos la rodilla y perdonar, en su nombre, a los que los olvidan o no han tenido valor para imitarlos."



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

Copio aquí a continuación la carta que dirigí al coronel Sandoval, que no me contestó.

“Dos Ríos, 20 de mayo de 1895

Al Coronel Jefe de la columna en operaciones sobre
Dos Ríos.

Coronel:

“En el combate que sostuvimos ayer hemos sufrido una baja sensible, la del señor José Martí, que, su arrojo por una parte, y la fogosidad de su caballo por otra, le hicieron traspasar los límites que la prudencia aconsejaba defender. En vano nos tiramos más de una vez encima de vuestras filas para descubrir su cadáver, y no viendo nada, pensamos, entonces, que sano o herido se había extraviado por allí mismo en la confusión de la pelea. No le hemos podido encontrar al fin, y confiado en la hidalguía y caballerosidad de usted, como valiente si lo es, envío a usted mi ayudante Ramón Garriga, para saber, por conducto de usted mismo, si el señor Martí está en su poder herido y cual sea su estado, o si muerto, dónde han quedado depositados sus restos. Eso es todo, porque en el último caso, percances son esos de la guerra y para nosotros, no obstante ser el señor José Martí un compañero estimable, nada importa un cadáver más o menos de tantos que tendrá que haber en la guerra que sostenemos.

“Si mi ayudante Ramón Garriga no vuelve a incorporarse porque usted lo impida, cualquiera que sea la forma que para ello está usted en libertad de emplear, así sea la muerte misma, al joven oficial le importará poco eso y a los que quedamos en pie no hará mella ninguna en el espíritu que nos anima.

“Si por el contrario, el oficial aludido vuelve con las noticias que va a solicitar, nos será usted, desde luego, acreedor del justo concepto de un hombre valiente y, por lo tanto, generoso y caballero.

“Me suscribo de usted muy atto., y s.s.,

(Firmado): M. GÓMEZ.”

Nota: “No extrañe usted que no le llame por su nombre, pues lo ignoro y tampoco han podido decírmelo dos soldados, Emilio García Rozón e Isidoro Alonso Galante, que tenemos prisioneros y a los que dejándoles en libertad de volver a sus filas no han querido hacerlo.”

Es copia:

M. GÓMEZ



JOSE MARTI

POR MÁXIMO GÓMEZ

No debía durar mucho tiempo esa paz indecorosa; que los pueblos jamás pueden perder la conciencia de sus derechos y su honra; y el pueblo cubano de nuevo se lanza, y esta vez resuelto y fiel. Y vuelvo yo también, como soldado leal a su bandera, a ocupar un puesto en las filas de los batalladores de la libertad; y piso otra vez esta tierra de héroes y de mártires, abrevando mi caballo en las aguas turbias del Cauto y evocando sagrados y queridos recuerdos.

Por aquí pasé, con el alma entristecida, dejando detrás, marcado con la sangre de uno de mis compañeros, el lugar donde él cayó como caen los hombres, que para eso se viene a la guerra; y fué ese obrero, inmaculado maestro, José Martí.

El ha muerto en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera para que se despezera y se irguiese digno y fiero contra la tiranía, quisiera haberle dado, con su muerte, ejemplo de resolución y de bravura. ¡Más grandeza no puede esperarse de un hombre!

En la plaza pública y en la tribuna fué terrible y oportuno; estubo siempre tan a la altura de la causa que defendía, que los suyos, sus hermanos, le queríamos admirándole, y a nuestros enemigos les fué imposible odiarlo; ni siquiera desdenarlo.

Murió Martí a los primeros resplandores de este gran incendio que ilumina a la América toda. Y sin embargo de su muerte prematura, vive y vivirá en la memoria de sus compañeros, como si hubiera sido un héroe de cien batallas. Y es que a Martí, como obrero afortunado en la preparación de la obra redentora de su tierra, el destino le tenía preparada, como premio, su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mayor fortuna, ya que morir se tiene, que principiar la labor sagrada de la patria en la tribuna y concluir la en el campo de batalla! ¡Mayor grandeza no puede esperarse de un hombre!

Duerme en paz, compatriota y amigo querido; que yo digo de ti lo que la Historia ha dicho del héroe griego: "Bajo el cielo azul de tu patria no hay tumba más gloriosa que la tuya!"

20 de julio de 1896.

(Martí, *Norteamericanos*, 1909.

Vol. VIII, Colecc. Gonzalo de Quesada.)



JOSE MARTI COMO ORADOR EXIMIO

POR FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

Cuestionario (192)

1. Juicio, sintético, acerca de la manera de hablar del Maestro y de la originalidad de su elocuencia.
2. ¿Cuál era su aspecto y actitud en la tribuna?
3. Si preparaba sus discursos, parcial o totalmente, o si usted cree que los improvisaba.
4. Veces que habló en Santo Domingo y sobre qué motivos.

Contestación

A la 1. La elocuencia de José Martí tuvo un doble ritmo: el ritmo armonioso de la música i el ritmo inefable del espíritu. Hablaba, i su voz era como una flauta de cristal con un amplio registro de notas graves, medias i agudas. Era, a veces, como la caída de una cascada, i, a veces, como el salto de un torrente. Caldeaba su palabra, gradualmente, al fuego de emociones diversas. Ya fosforecía en relámpagos; ya retumbaba en truenos; ya estallaba como un rayo. Algo i en ocasiones mucho hubo de originalidad en su elocuencia, cuando hablaba en la tribuna, lo mismo que en su estilo, cuando escribía. La originalidad es atributo del genio.

En mi conferencia—Martí en la Primada de América—improvisada mejor que dictada en Santiago de Cuba, la noche del 17 de junio de 1919, discuriendo a ese respecto, emití estos conceptos: “¡Incomparable verbo

(192) Estas páginas del Maestro dominicano se publicaron, como contestación a una encuesta, en la revista *Social* (La Habana, Vol. XIV, dic. 1929). Figuran en su obra *Martí*. (En nuestro archivo particular conservamos los originales firmados por el autor.) Acerca de Martí orador véase también la reseña del acto de *Amigos del País*, en la presente obra, *Martí en la prensa dominicana*, los diversos trabajos del Dr. Henríquez y Carvajal y la Conferencia del Dr. Max Henríquez Ureña.



oratoria neopañola: Una posec pnyades de grandes oradores: Tales: Zambrora i Cortina, Montoro i Figueroa, Giberga i Fernández de Castro, Xiqués i Sanguily, Eusebio Hernández i García Kohly, Alfredo Zayas i Juan Gualberto Gómez, J. Manuel Carbonell i E. Loynaz del Castillo, Sánchez Fuentes i Sánchez de Bustamante... Pero ninguno se ha cernido desde la altura aquilina que señoreaba el verbo ecuánime del sembrador cubano. Ninguno como él, señores, porque Martí era el orador poeta i fué el apóstol del ideal nacionalista.”

“Aquella noche—en pugna acaso con el meteoro pluvioso—se desbordó en tres vertientes de potísima elocuencia; i fué lluvia de rosas, la primera; lluvia de alas, la segunda; lluvia de estrellas, la tercera. Ahora, en esta cordial evocación, después de cinco lustros de aquella noche inolvidable, la visión se ensancha i se reproduce acrecido el milagro del verbo hecho hombre i hecho patria. Ya no la lluvia de rosas, de alas i de estrellas; sino algo así como la confluencia imaginaria del Orinoco, el Plata i el Amazonas; o como la imaginaria conjunción de las tres ingentes cataratas líricas del mundo americano: la del Niágara de Heredia, la del Iguazú de Guido-Spano, i la del Tequendama de Pombó!”

Hai una nota con la cual robustezco mi opinión. Dice así: Manuel Sanguily, orador, crítico i prócer, escribió en 1912 a ese respecto: “Oyéndole, comprendo que en la tribuna debía ser asombroso i excepcional; algo singular, sin parecido con ningún otro orador...”

Ahora agrego: “asombroso, excepcional, singular i sin parecido con ningún otro orador”; son términos que sólo convienen a una elocuencia original en grado sumo.

A la 2. Martí tenía una serenidad evangélica, mientras discurría en la conversación o en la oratoria, hasta el momento en que la emoción o la pasión lo exaltaba. Entonces vibraba su organismo físico a impulso de su verbo en llamas. Pero mantúvose lejos de las actitudes trágicas o cómicas del proscenio o del estadio. Su presencia atraía con una rara atracción simpática, cuando conversaba, lo mismo que cuando oraba. Era sugestivo como pocos. La sugestión, en él, iniciábase con el ritmo de sus manos, con las modulaciones de su voz, con el relámpago de la luz de su mirada; i culminaba en seguida con el dominio señorial de su palabra de apóstol i maestro.

Su palabra era divina como la de los tres máximos oradores griegos.

A la 3. He inducido i opino que Martí jamás escribió previamente sus discursos. Ello no obstaría, claro es, a la preparación mental de los tópicos cardinales en ocasión de sus grandes piezas oratorias. Era un fácil i abundante improvisador. Bastaba oírlo en el diálogo, i aun más en el monólogo,



para conocer al punto que a su abundancia de corazón correspondía la abundancia de elocuencia de un óptimo tribuno. Tengo para mí que la mayoría de sus discursos fueron improvisados.

A la 4. José Martí estuvo tres veces en la República Dominicana: en 1892, en 1893 i en 1895. En esas tres ocasiones estuvo en el Cibao. En la última permaneció casi dos meses en Montecristi. Pasó la mayor parte de ese tiempo en el fundo i hogar de Máximo Gómez—"La Reforma"—así denominado por el alto prócer i estratega insigne en recuerdo de otro fundo campestre que fué su hogar en Cuba. Allí se hallaba, el 24 de febrero, cuando el grito de Baire inició la última etapa de la revolución de independencia. De allí salió "con una mano de valientes"—el 1º de abril, dejando escritos los dos documentos históricos que son como el epílogo de la serie de sus magnos discursos inductores: el "Manifiesto de Montecristi" i la "Carta-testamento", ambos de la misma fecha: el 25 de marzo de 1895.

En la capital de la República, la ciudad de Santo Domingo, solamente estuvo en la primera de sus visitas al pueblo dominicano. Aquí permaneció dos días: el 18 y el 19 de septiembre de 1892. Doi fe de cuanto dijo e hizo entonces porque estuve a su lado de continuo. En mi hogar, entonces feliz, lleno de alborozo con su presencia, pasaba la mayor parte del día. El hotel, en la noche, sólo lo retuvo en las pocas horas del sueño. Fueron legión los que aquí gozaron de su conversación amena i sugestiva. Como orador disertó en tres ocasiones. Dos veces lo hizo en sendas reuniones celebradas, el 19, para exponer el programa i la organización de los centros i las delegaciones, que formaban i formarían la red revolucionaria, para el servicio de la causa libertadora de Cuba. Su exposición, precisa i clara, terminó en la segunda con una arenga, elocuentísima, en la cual puso toda el alma i vibró el alma de Cuba. La tercera—de 9 a 12 de la noche—en el local de la "Sociedad de Amigos del País", i allí improvisó el magnífico discurso, en tres secciones, con que logró unir, en un mismo ideal de solidaridad antillana i de redención absoluta, el alma cubana i el alma dominicana

Ciudad de Santo Domingo,
Julio de 1929.



RECUERDOS DE GOMEZ Y DE MARTI

POR F. XAVIER AMIAMA GÓMEZ⁽¹⁹³⁾

De Máximo Gómez como héroe, no soy yo el que puedo agregar nada que ya no hayan dicho sus grandes compañeros de las armas cubanas, entre los que descuellan Bernabé Boza, y el doctor Benigno Souza. Sería necesario escribir una nueva *Iliada*, para tal fin grande.

Yo sí puedo narrar trozos preciosos de su vida por cuanto conviví con él durante mucho tiempo, ora en su hacienda de *La Reforma* en Monte Cristi, ya en Cuba, hasta que en un día que fué para mí como un eclipse de Sol, le cerré los ojos en la Ciudad de La Habana.

La nobleza de corazón de ese Titán Dominicano se reflejaba en el Hogar. Parecía más bien un Patriarca Bíblico entre sus hijos que un soldado curtido por el Sol en la reciedumbre de los campamentos.

Lo vi llorar como un niño, el día en que cavamos juntos la fosa de *Foro*, como le decía él a uno de sus más fieles compañeros de *La Guerra de los Diez Años*, quien lo siguió a Cuba, y lo acompañó solícito y fiel en el destierro.

Muerto *Foro*, él y yo solos, fuimos a un rincón de *La Reforma*, en *Laguna Salada*, él con un pico en la mano en donde su espada de *Libertador* había ya trazado relámpagos ígneos en cien combates, y yo con una pala toda llena de herrumbre, detrás del *Titán!*...

No podré olvidar jamás la figura de aquel hombre, enjuto de carnes, musculoso sí, con aquel bigote que más bien parecía un manajo blanco

(193) Este artículo, en que hay la conocida fantasía del hiperbólico Amiama Gómez, se publicó en *Listín Diario* (C.T., 18 nov. 1936), con el título de *Rasgos anecdóticos de la vida de Máximo Gómez, con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento del héroe de Las Guásimas y Palo Seco*. Es absolutamente incierto cuanto refiere acerca de la supuesta entrevista Martí-Heureaux. Martí no vino en 1895 a Santo Domingo. No pasó de La Vega. La especie ha corrido de tal modo que ha sido necesario desmentirla, como lo hizo nada menos que don Jaime Vidal, según consta en otro lugar de esta obra.



de los plumones de las águilas viejas, contrito y sereno cavando la ancha fosa del compañero muerto, mientras resbalaban por su faz cetrina las lágrimas perladas del amor fraternal...

Pobre *Foro*—me decía el *Titán*—prototipo de fidelidad y de lealtad, prendas tan raras en la vida!...

Yo paleaba la tierra húmeda, y lloraba con él!...

Luego de llevar el cadáver hasta el sepulcro recién abierto, cuando bordamos sobre la tierra removida un prisma rectangular, él trajo de la vera del *Viejo Rancho*, un manojo de azucenas con sus bulbos adheridos, y las sembró alrededor de la tumba, mansamente; silenciosamente!...

La noche de la llegada al *Rancho de La Reforma*, el General Paquito Borrero, quien en unión mía vino desde Puerto Plata, para esperar la llegada de Martí, Marcos del Rosario, Angel Guerra, quienes debían formar *La Mano de Valientes* que Martí dijera para abordar la hazaña homérica de marchar a Cuba al azar (como lo hicieron), Máximo Gómez personalmente quiso confeccionar por sus propias manos la comida que debía de ofrecerse a los recién llegados.

El mismo se adentró por una pieza de *yuca* blanca, y mató de un tiro certero de escopeta un pollo que se adormilaba bajo de los ramajes del yucal.

Marcos del Rosario hacía arder el fogón. Martí rebuscaba trozos de leña seca entre los montes circunvecinos; Paquito Borrero recitaba décimas de los cantares viejos de *Los Diez Años*; Angel Guerra y yo contemplábamos absortos los semblantes de aquellos hombrotos reunidos en *Vivac* bajo la comba azul de un cielo amigo: mientras que de la frente abovedada de Martí a mí me parecía ver surgir el nimbo de luz que Jesucristo lucía la noche clásica de *La Agonía del Huerto*!

Máximo Gómez erguido ante Martí, le hablaba de la necesidad imprescindible de ir a la Capital de Santo Domingo a ver a *Lilís*, sin cuya voluntad y decisión no se podía pensar salir del país en son de guerra una expedición aún cuando fuera ésta Libertadora de un pueblo hermano, como el de Cuba!...

Y Martí al otro día, emprendía el Vía Crucis yendo a Santiago, y de Santiago a esta Ciudad, para reunirse con don Federico Henríquez y Carvajal y don Jaime Vidal (a la sazón este último Ministro de Fomento) para abordar la solicitud del consiguiente permiso del *Amo de Santo Domingo*, y poder emprender la jornada de la gloria!...

Ya don Federico y don Jaime Vidal, habían aparejado el terreno escabroso, y la entrevista de Martí con *Lilís*, no tan solo culminó en el más franco de los éxitos, sino que sumó a los Fondos de la Guerra, un grueso presente que personalmente le hiciera Ulises Heuraux, a La Gran Causa: no el Presidente de la República, quien para defenderse de los cargos que



cívicamente le hiciera Martí sobre el apoyo que él prestaba a España en la cruenta lid, él así le dijera: “No!... *Gran Hombre!*... *Lo que pasa es que España es mi señora y Cuba mi querida!*...”, queriendo significar que él no podía pasarse del brazo por calles y plazas con Cuba, aun queriéndola tanto; obligado a guardar las formas protocolarias con España. *La Señora*, a quien él combatió tanto durante la guerra restauradora nuestra!...

Habiendo regresado Martí a Monte Cristi siendo portador de La Buena Nueva, se comenzaron a hacer los preparativos de viaje; asistiendo yo al espectáculo amoroso de la confección de los *jolongos* (macutos nuestros) en el hogar bendito del Libertador: formando un grupo encantador frente a una gran mesa, doña Bernarda del Toro de Gómez, la esposa modelo del *Titán*; y Clemencia, y Margarita, las dos hijas mimadas de aquel matrimonio ejemplar.

Todas trabajan afanosas cosiendo los *jolongos*; colocando dentro de cada uno prendas de vestir y paquetitos de sal molida; yodo y vendas de hilo y demás menesteres utilísimos en esos viajes de los cuales casi nunca se regresa, cuando a la sazón, llegó Martí, asomándose a la puerta entornada que daba al comedor, haciendo de un golpe de vista, el recuento de los *jolongos*, y dándose cuenta de que no había sino cuatro... siendo cinco los *convidados de la muerte!*...

“¡Oh! ¿Y mi *jolongo?*...” —replicó Martí. Riendo estrepitosamente el Libertador de Cuba ante aquella pregunta: “¡Tú no eres hombre de *jolongo!* ¿Tú no sabes lo penoso que es andar por entre andurriales con un *jolongo* pesado a cuestras?...” “¿Y acaso no vamos a cargar juntos con una cruz más pesada sin otro Cirineo que la vergüenza y el honor que llevamos en el pecho?...”, díjole a Martí el Héroe de *Palo Seco*, quien a la vez miraba a Martí con sus ojillos de Cóndor Viejo dando señales de un profundo respeto. “¡Bueno!... Háganle su *jolongo* a Martí”, ordenó el Libertador ya en son de juego. Irguiéndose Martí, medio en broma y en serio, para decir: “Yo soy aquí tan General como el primero”... A lo que Máximo Gómez replicó: “No... General no... Generalísimo... Puesto que es usted quien nos guía y lleva!”... Por ello, tal vez, al llegar Máximo Gómez a *Dos Ríos* (horas antes de la caída de Martí), cuando las fuerzas del General Bartolomé Masó se unieron a las de Gómez y Ferial, el Libertador hizo la presentación de Martí al Ejército dándole el grado de General, y como tal murió todo lleno de gloria en ese mismo día y sitio José Martí, tan valiente en la tribuna como ante las bayonetas!...

Marcos del Rosario, ese Titán de Ebano que aún vive para orgullo nuestro, *Héroe de Dos Ríos*, supo llorar en unión del *Libertador de Cuba* la muerte de José Martí, como si se tratara de la caída de un astro de primera magnitud, que no otra cosa fuera!

Así lloró Máximo Gómez a Paquito Borrero el día trágico de la toma



de *La Altagracia*, como supo llorar a mi madre el 18 de abril de 1900, cuando yo aquí, en el *Cable Francés*, lo encontré y le di la amarga nueva. El me abrazó llorando, recordando a *Angelita*, como solía nombrar a mi mamá!... Por ello derramé acerbos lágrimas el día de la muerte del *Titán*, en La Habana, enlutando a la puerta de mi casa las banderas dominicana y cubana, entrelazadas como lo habrán de estar siempre!...

No podré olvidar nunca las anécdotas curiosas de tan grande hombre: recordando una noche que asistimos a un gran baile que daban en su honor en los salones del *Centro de Dependientes* de La Habana, el episodio de una gran dama trajeada de negro, quien se abalanzó sobre el *Generalísimo* llorando, para abrazarlo; diciéndole Máximo Gómez con esa voz tan cavernosa, tan peculiar en él: “¡Oh! ¡Señora!... ¿Y por quién llora usted?”... A lo que la dama contestó: “¡Ay, General, porque yo perdí un hijo en la guerra!”... “Pues, señora, alégrese... Yo perdí también otro... Vamos a bailar”... Surcando los salones del *Centro*, como dos palomas heridas, riendo!...

Jamás descuidé el sabio consejo de aquel Hombre Superior, quien me dijo un día: “Oye, Paco... ¡Quiere a Cuba como yo!... Como a una novia... ¡De balde!... ¡Como así la quiero!”...



RAMONA

Novela Americana por Helen Hunt Jackson

POR FEDERICO GARCÍA GODOY⁽¹⁹⁴⁾

No sabe mi distinguido amigo el notable escritor *José Martí*, acertado traductor de *Ramona*, cuánto le agradezco el ejemplar de esta hermosa novela que tuvo la amabilidad de ofrecerme, pues sin hipérbole de ningún género puede afirmarse que son muy contadas las creaciones novelescas contemporáneas que produzcan la viva emoción estética que se experimenta al recorrer las páginas del interesante libro que motiva este deficiente artículo. Acabo de leerlo nuevamente, y declaro con mi habitual franqueza que no he podido resistir al deseo de decir sobre él siquiera cuatro palabras, por más que juzgue cosa superior a mis fuerzas el propósito de apreciar acertadamente el mérito artístico de la obra de Helen Hunt Jackson, máxime cuando ya críticos autorizados lo han puesto de relieve de manera brillante y en extremo lisonjera para la inspirada autora de *Ramona*.

Bien diferente de la crítica informada en dogmatismos de la escuela que hasta hace poco imperó sin rival en el mundo de las letras, la que hoy en él próspera reclama ante todo la expresión fiel y sincera del efecto producido en el ánimo por la obra artística, lo que ha hecho que muchos exagerando este fecundo principio hayan creído que la impresión personal lo constituye todo. Esta, en realidad, vale bien poco cuando no revele observación honda y perspicaz, y un criterio ecléctico formado por el estudio de los principios de cada escuela y de los mejores autores. Quien tales condiciones atesore, ya puede ufanarse de ser capaz de ejercer el magisterio de la crítica del modo cumplido que exige empresa tan espinosa y delicada. Líbreme Dios de suponer ni por un instante que poseo nada de lo expuesto, ni que valen un pito los articulejos críticos que de higos

(194) Véase *Ramona. Traducción de Martí*. Estudio por José Ignacio Rodríguez, en *La Revista Ilustrada*, New York, 1891, No. 1, y Nota bibliográfica en No. 2.



a brevas suelo dar a la estampa. A la irresistible comezón de decir sin pretensiones de ningún linaje cuanto se me ocurre acerca de *Ramona*, únese también el deseo de llamar la atención sobre esta excelente producción novelesca, por acá poco conocida, y a mi juicio acreedora a ser leída con preferencia a muchas que andan por ahí de mano en mano sin que nada justifique predilección tan señalada.



No pertenece *Ramona*, ni con mucho, al crecido número de novelas que todos los días salen de las prensas norteamericanas para solaz y deleite de millones de lectores, novelas en su mayor parte desprovistas de valor estético, como informadas por lo común en un objetivo de trascendencia ética, casi siempre marcadísimo, a la cual se sacrifica a menudo sin compasión cuanto elemento artístico aporta la observación directa de la realidad, una vez que con ello pueda resultar lesionada la finalidad moral preconcebida. Tan estrecho procedimiento, de todo en todo contrario a la libertad artística bien entendida, sólo puede dar de sí obras sin adecuado ambiente, sin hondos análisis psicológicos, sin espontaneidad, sin expresión verdaderamente humana. Para los que buscamos en la creación artística la pintura amplia y real de la vida, sin propósitos docentes ni descripciones pornográficas, resultan forzosamente soporíferos los consabidos engendros literarios. *Ramona* dista mucho de figurar en este número. Hay en ella mucha luz, mucho color, mucha vida. La verdad artística hiere nuestra retina ataviada con las galas deslumbradoras que puede solamente prestarle el verdadero ingenio. Se lee y relee esta obra con delectación hasta su última página, pues en toda ella refleja con brillante colorido la impresión sentida por la autora ante el doloroso espectáculo que hizo brotar de sus labios el grito de piedad que resuena melancólicamente en las más interesantes situaciones del conmovedor relato californiano.

Pasa la acción en la Baja California pocos años después de ser incorporado a los Estados Unidos aquel extenso territorio. Casi a raíz de tan importante suceso empezaron los indios que poblaban aquella hermosa región a echar de menos a sus antiguos señores mejicanos y a vislumbrar la horrible suerte que les aguardaba. Con crueldad sin igual fueron poco a poco aventados de sus hogares, arrojados hoy de aquí, mañana de más allá, constreñidos a soportar terribles vejaciones, sin que de nada valiesen las protestas que en favor de aquella infortunada raza hicieron algunos hombres de alma noble y generosa. La lucha biológica, el eterno combate por la vida en que las especies mejor dotadas acaban por destruir forzosamente a las menos favorecidas por la naturaleza, presenta una de sus más



sombrías fases en esta aplaudida novela, y hace acudir a la mente un cúmulo de desconsoladoras reflexiones.

Tristeza profunda despierta en el espíritu la contemplación de un conjunto de seres humanos humildes y laboriosos, condenado a inevitable ruina por una civilización superior con criminal refinamiento. En la rudeza de las costumbres, en la creencia de ciertos sentimientos filantrópicos por aquel entonces desconocidos, en el espíritu predominante en una época todavía influida por las preocupaciones de los siglos medioevales, tienen alguna atenuación los hechos de crueldad ejecutados por los guerreros hispanos que destruyeron con sus victoriosas espadas las recién descubiertas civilizaciones americanas; pero ni una sola de estas circunstancias, que sirven en parte de disculpa a los horrores perpetrados en la conquista de este Continente, puede citarse en abono de los luctuosos sucesos tan magistralmente contados en *Ramona*. Muchos de los que se juzgan poseedores de la última palabra de la ciencia absuelven estos hechos considerándolos como forzoso resultado de la pugna biológica, necesaria, fatal, inevitable... Tal vez tengan razón, mas nadie jamás podrá convencer a los que subordinamos todo acto social a un fin de bien y de justicia, que el combate que riñen por la existencia las colectividades humanas, imprescindible y todo, puede y debe efectuarse con procedimientos equitativos más en armonía con los principios de fraternidad y mejoramiento general que tanto preconiza la actual centuria.

A la raza conculcadora pertenece Helen Hunt Jackson, y por lo mismo entraña mayor importancia su elocuente testimonio. Toda su obra puede resumirse en una protesta contra los desafueros o iniquidades cometidos con los indios, y, sin embargo, es tal el arte con que está compuesta la novela, que la autora logra plenamente el resultado apetecido, sin revolverse airada contra los culpables, y sin falsear en nada la finalidad estética que debe constituir siempre el verdadero objetivo del artista.



Con gradación y sencillez enteramente artísticas desenuélvase el argumento, y ningún episodio ajeno a la novela distrae la atención, que va en aumento a medida que se avanza en la lectura. Los sucesos se eslabonan lógicamente, y todo pasa en la obra de manera natural, sin efectismos rebuscados, sin sensiblerías románticas, sin nada que dañe la armonía artística del conjunto. Háse exagerado mucho el cumplimiento del canon de la escuela naturalista que prescribe que las descripciones sean lo más completas posible, circunstancia que a menudo ha dado lugar a una prolijidad cansada, a un acumulamiento de detalles que por lo general ocasiona invencible fastidio. Así no sucede en *Ramona*. Abundan en ella las descripciones,



pero qué descripciones! Sobrias, admirables, rebosantes de realidad, impresionan vivamente con la pintura fiel del objeto que se propuso describir. Las montañas enhiestas, los valles pintorescos, las mil variedades de la espléndida vegetación californiana, surgen ante nuestra vista con todos sus colores y matices, con su serena majestad, con todo lo que caracteriza la riente naturaleza de aquella hermosa porción del suelo americano.

De carne y hueso, en un todo diferente de los maniqués que abundan en ciertos novelones, son los personajes que se mueven en el maravilloso escenario en que pasan los sucesos narrados en la obra, puesto que cada cual procede según su peculiar idiosincrasia; y ni un momento la nota de lo exagerado falsea o desnaturaliza los caracteres. Ilumina con suave luz el sombrío cuadro, Ramona, la mestiza, la encantadora niña que halla en su amor al indio Alejandro fuerzas suficientes para afrontar resignada los rigores de un destino cada día más adverso. Con majestuoso relieve destaca en toda la narración Alejandro Asís, el generoso e infortunado indio, quien parece sentir con más fuerza que ninguno de sus compatriotas las angustias y dolores de la desgraciada raza a que pertenece. ¡Qué bien dibujada se me figura la Señora Moreno! Alma ésta de acerado temple sobre la que resbala el tiempo sin modificar en lo más mínimo sus sentimientos y preocupaciones. Felipe, el cumplido caballero mejicano; el P. Salvatierra, el octogenario franciscano, austero y humilde, de quien dice la autora que *había ya en todo él la poesía trágica, y a veces sublime, de un hombre que ha sobrevivido a su época y a sus ideales*; Margarita, Juan Canito, figuras todas perfectamente delineadas y llenas de vida artística, como producto al fin de un realismo vigoroso y sano.

Escenas henchidas de hermoso color local esmaltan esta primorosa novela, probando cumplidamente que la autora posee esa fuerza de expresión pictórica que tanto realza las más aplaudidas creaciones romancescas del arte contemporáneo. El encuentro de Alejandro y Ramona en la callada noche, al pie de los sauces; el pasaje en que el indignado indio refiere a su amada con todos sus lúgubres pormenores el desastre de Tomécula; la peligrosa fuga de Alejandro y Ramona en busca de sitio seguro donde fabricar el nido de sus amores; los últimos momentos de la Señora Moreno hasta el postrer instante atrincherada en el inexpugnable baluarte de sus odios y preocupaciones; el trágico fin de Alejandro a manos del infame americano Farrar, en la soledad de la abrupta montaña en que se había refugiado el infortunado esposo de Ramona, son situaciones de mucho efecto artístico que avaloran notablemente el hermoso libro prestándole un atractivo y un interés poco comunes.

No diré que esta célebre novela está por completo libre de máculas. Harto se me alcanza que éstas no pueden faltar en las producciones del ingenio, ya que la absoluta perfección es ideal que se esconde en la región



APÉNDICE

de lo inaccesible y burla siempre nuestros empeños. Declaro sí, ingenuamente, que lo que a mi ver amerita censura en esta obra es de tan poco bulto y escasa importancia, que fácilmente puede pasar inadvertido. Atesora, en cambio, tan considerable número de bellezas, produce tan viva emoción estética, que nadie de fijo dará por mal empleado el tiempo que consagró a recorrer sus páginas. Quizás vaya errado, mas se me antoja que son muy pocas las novelas modernas que pueden poner la ceniza en la frente a este bellissimo romance. Y que mucho que así suceda, sí es *Ramona* una pintura brillante y completa de una naturaleza exuberante y de un medio social curiosísimo, hecha por una mujer de exquisita sensibilidad y de clara inteligencia, que puso en ello su alma de artista enamorada de luminosos y excelsos ideales.

La Vega, septiembre de 1893.
(*Letras y Ciencias*, No. 40, año II.
1º de noviembre de 1893.)



JOSE MARTI
POR JUAN BONILLA

I

Lo vi por primera vez, cuando le decía a la emigración que “los de allá también son cubanos”, forjando el primer eslabón de la cadena que ha unido, para esta lucha final, a los cubanos de dentro con los cubanos de fuera.

Inspiróme respeto, cuando con la fuerza irresistible de su elocuencia decía que la palabra “aún tiene su oficio”.

Empecé a estimar la bondad y nobleza de su carácter, cuando supe que sin ira—porque no era hombre de iras—saludó a alguien que le atacara en un escrito, diciéndole—y de aquí data una profunda y sincera amistad—: “No me quiera usted tan mal, usted no me conoce.”

II

Después... ¡ah!... después fué el manantial inagotable que surtía a su pueblo del cristalino cuanto purísimo regalo de sus grandes y nobles pensamientos.

Luego fué el Maestro de *La Liga*; el Maestro benévolo, incansable, generoso, franco, fiel, noble. Allí fué donde exhibió—donde tanto se le amó—lo vasto y profundo que eran sus conocimientos: lo grande, noble y generosa que era su alma. Llegar él era como la llegada del sol al amanecer el día: todos los rostros se animaban: todos bendecían la suerte de volver a verle, la dicha inefable de escucharle.

Oírle era convencerse no tan sólo de que era elocuente, sino—y esto no siempre va con la elocuencia—que era de sentimientos elevados, apartados por completo de lo ruin y mezquino de la vida. Su rostro era todo luz, cariño, poesía, amor. Junto a él se sentía uno como más fuerte para luchar contra las fealdades y miserias que entenebrecen la existencia.



APÉNDICE

III

*Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.*

Decía, y así fué su vida: un constante sacrificio por “los pobres de la tierra”.

Su biblioteca, su bolsa, sus consejos, su tiempo, todo era para “los pobres de la tierra”.

IV

No vió odio en los negros de Cuba, y los amó, dignificó y enalteció. No vió maldad en la emigración, y la unió para que pudiese ayudar a los gloriosos protestantes del 95.

V

Jamás dudó de la capacidad de su pueblo para regir su propio destino, y a la independencia de Cuba dedicó todos sus esfuerzos, toda su energía. “Estoy muy contento de mi pueblo”, decía, y era luz su rostro, y la mina se extendía más y más cada día, y en su mano estaba hacerla volar.

Y como su mejor discurso estaba allá en los campos de Cuba, allá fué a pronunciarlo...

Ya empezaba a sonreírle el porvenir...

Taña dicha no podía menos que atraer y despertar los celos de la cruel Némesis, quien nos ha arrebatado al Maestro, al Amigo, al Apóstol de la Democracia Cubana.

¡Descanse en paz el rostro de luz, el rostro amigo!

El Maestro ha muerto. ¡Ojalá no muera nunca la semilla que sembró en el corazón de su pueblo!

(Listín Diario, S.D., agosto 2, 1895.)



PARA CUBA
POR CRISTINO ZENO⁽¹⁹⁵⁾

Retirado en mi aposento y muy entretenido estaba, leyendo con sumo interés *La evolución social e histórica de Méjico*, por Felipe G. Cazenueve, y había llegado ya al capítulo V que lleva por epígrafe "Los antecedentes del grito de Dolores", cuando sentí golpeaban a la puerta de la calle, como llamando.

—¿Quién es?—pregunté, sin dejar la lectura—. Y una voz de niño, que confundí con la de otro, a quien acostumbro a comprar billetes de la lotería de Puerto Rico, me responde:

—¡*Las Albricias!*!

Al oír estas palabras confieso invadió mi cuerpo ligera conmoción, así algo parecido a ese estremecimiento que hace sentir el ruido de un cañonazo que nos sorprende. ¡*Las Albricias!* me pareció que el eco repetía, y no recordando en el momento que así, *Las Albricias*, se titulaba el periódico⁽¹⁹⁶⁾ diario de noticias que se publica en esta ciudad, dejé de un salto la muelle y *cariñosa* hamaca donde leía y cayendo en la sala algo turbado, no tanto como es de suponerse se encontrara al caer en Sedán Napoleón III, pregunté sin dilación y sin fijarme en el que creía ser mensajero de buena nueva:

—¿Me ha tocado el premio mayor?

—No, señor—me contestó con dulce voz y como sonriéndose el interrogado—: no soy el billettero, yo vengo a traerle el periódico.

—Ah—exclamé entonces, fijando mi atención en el niño y reconociendo en él a uno de los hijos más pequeños del ilustre, enérgico y activo General don Máximo Gómez: el simpático jovencito como de diez a doce años de edad, llamado Urbano.

(195) En *El Montecristeño*, 1895, y en *Listín Diario*, S.D., 21 ag. 1895.

(196) El periódico de Francisco Gómez Toro y Lorenzo Despradel. Apareció en Monte Cristi en junio de 1895.



—Dispéñseme mi buen amiguito. Cuando se vive entre apuros y apuros como los apuros de estos tiempos tan calamitosos, la lotería viene siendo para los que la buscamos una especie de bruja que nos persigue y nos desconcierta con frecuencia. ¿Conque eres un nuevo repartidor de *Las Albricias*?

—Sí, señor; con algo he de contribuir para... ya usted sabe: a mí no se me paga nada por ese trabajo, y esa economía...

—Entiendo—dije al niño y... sentí que el corazón se me oprimía—. Tú quieres ser—continué—un pequeño libertador, muy bien: mañana, otro día, si el General y los que con él, en lucha encarnizada, derraman su sangre en Cuba por romper sus cadenas no la pudieran por desgracia redimir, tú irás allá también y también serás libertador. Y como tú irán otros y otros libertadores y al fin... Cuba será libre. Eres un buen cubano, fuiste mi discípulo y te quise mucho por tu aplicación, por tu conducta: hoy te quiero más, siéntate y hablemos un poco.

—Con mucho gusto—me contestó con desenvoltura el bien educado niño, y tomó una silla cerca de la que yo ocupé.

—Y bien, ¿cómo marchan tus estudios? Recuerdo con placer alcanzabas siempre nota de sobresaliente entre tus condiscípulos en todas las asignaturas que cursabas, sobre todo en la de lectura, leías con despejo y agradable entonación. Vamos a ver, léeme un poco; aquí tienes en este ejemplar de *La Revista Ilustrada de Nueva York* un escrito o leyenda importante: "La evolución social e histórica de Méjico". Leyendo estaba su última parte cuando llegaste con *Las Albricias*. Lee este párrafo que te señalo: presenta un interesantísimo diálogo entre el Libertador Hidalgo, aquel valiente cura que en el pueblo de Dolores dió en 1810 el primer grito de independencia, y su criado Sotelo.

Y el niño, tomando *La Revista* y poniéndose de pie, leyó:

"Un día—añade Sotelo—me llama aparte el señor cura y hablándome, sin que nadie pudiera oírnos, me dijo con gravedad:

—Hijo mío, si yo te confiara un secreto muy importante, ¿lo sabrías guardar?

—Ciertamente, señor.

—Pues bien—continuó—, escúchame. Somos mejicanos y poseedores de un país hermoso y rico: no debemos aceptar por más tiempo el gobierno de los *gachupines*. Nos despojan y nos oprimen. Su yugo es muy pesado, nos tratan como esclavos, no tenemos el derecho de hablar libremente, no gozamos de los productos de nuestro suelo de que ellos se apropian; pagamos tributo por habitar una tierra que es nuestra y nada más que para tener el permiso de vivir en ella. En fin, soportamos la más dura tiranía, ¿no te parece que esto es injusto?

—Sí, señor.

—Pues, bien: se trata de sacudir este yugo y de hacernos indepen-



dientes. Echaremos al virrey de España y seremos libres. Para esto necesitamos unirnos y ayudarnos. Es necesario tomar las armas para arrojar a los *gachupines* y no tolerar extraños en nuestro país. ¿Qué te parece? ¿Quieres tomar las armas para esta obra? ¿Darías tu vida si fuese necesario para libertar a tu patria? Eres joven y casado, pronto tendrás hijos y debes asegurarle el goce de la libertad y de los productos del suelo de su país.

—Sí, sí, señor, fué mi respuesta y confieso que al oír al señor cura, mi corazón estaba lleno de alegría.

—Bueno, guarda el secreto, aunque tus compañeros te pregunten.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Todo remedio es inútil; es preciso resolernos a tentar la empresa. Vete y no digas nada.”

—He terminado el diálogo, maestro: ¿quiere usted que continúe leyendo?

—No; te he detenido demasiado y habrá muchos que esperan el periódico. Has leído perfectamente.

—Bien, me marcharé; pero antes quisiera saber, ¿se fueron los *gachupines*?

—No se fueron entonces, pero se fueron después.

—¿Y el Libertador Hidalgo?...

—Para los redentores hay casi siempre una cruz y los “iniciadores de revoluciones sociales no han recogido nunca sus frutos”. Hidalgo no pudo ver coronada su obra: murió.. en un patíbulo! si mal no recuerdo.

—¡Ah! Debemos odiar mucho a los españoles, ¿no es verdad?

—No, hijo mío, no; debemos odiar la tiranía de España que desconoce nuestros derechos en América y nos vilipendia; pero no al español por ser español, que españoles fueron nuestros abuelos: hay españoles muy racionales, muy buenos y muy dignos.

—Así nos decía el pobre Martí y sin embargo los españoles en Cuba lo mataron. ¡Cuánto lo hemos llorado!

—Eres muy inocente aún.

¡Dichoso Martí, que al derramar su sangre por la redención de Cuba ha alcanzado puesto de honor entre Washington y Bolívar!

—¡Adiós, maestro!—me dijo el niño, afligido, tendiéndome la mano.

—¡Adiós! Sé perseverante en tu trabajito y la economía...

—Siempre para Cuba.

—Sí: *para Cuba*.

Monte Cristi, julio de 1895.



ALGUNOS REPAROS A FISONOMIA DE UN ODIO
DE JULIO BURELL

POR RAFAEL ABREU LICAIRAC

“El revolucionario Martí juntaba en su persona funesta las artes para la conjura y el espíritu de sugestión necesario al movimiento de gente en plena ignorancia y en absoluta inconsciencia.”

Bien escrito, pero no es verdad. El revolucionario Martí era la encarnación y el verbo elocuentísimo del gran principio de una redención. Las artes y la poderosa sugestión del apóstol sintieron el anhelado efecto en gente convencida y dispuesta.

“Frente a toda transacción razonable, él mantuvo siempre una protesta tenaz y obsecada; cuando al calor generoso de nuestro patriotismo implantáronse en Cuba libertades que a la Metrópoli costarán un siglo de cruentas luchas, José Martí continuó irreconciliable.”

La transacción menguada e hipócrita pudo ser una vez: en el Zanjón; su confirmación era imposible después de la fe púnica con que se dió cumplimiento a ese convenio, es imposible con un pueblo a quien costara tan cruentas luchas la implantación de libertades que florecen, siglos ha, en las regiones civilizadas del planeta. La irreconciliabilidad de José Martí era efectivamente una protesta tenaz y obsecada: la de la verdad contra el error, la del derecho contra el abuso, la de la razón contra la fuerza. Preguntadlo, si no, a la historia de los pueblos oprimidos de ambos hemisferios...

“Escritor y tribuno, aunque conceptuoso y dado al artificio, supo llegar con sus palabras al corazón de muchos desgraciados, moviéndolos contra la patria.”

Conceptuoso debía de ser forzosamente el escritor y tribuno de una gran causa, y no había artificio alguno en apostolizar en favor de la emancipación y libertad de su patria: de la verdadera, porque la patria no es la madrastra huraña y regañona, exigente, egoísta y desnaturalizada; es cosa



muy distinta: la patria es madre amante y cariñosa, desinteresada y generosa; la patria no excita a sus hijos con sórdidas negativas, ni los mueve a la desesperación de la guerra...

“El Tú serás, tú serás de las brujas de Macbeth que repetía al oído de los viejos cabecillas”, no era el acicate de un maquiavelismo corruptor; era, sí, la fórmula sencilla y elocuentísima, el Tú serás libre, tú serás feliz de la redención.

“Con su política de perseverancia y de insinuación, con su gota de hiel siempre dispuesta para verterla en todos los vasos, con el odio siempre vivo y la desesperada angustia de un destino que fracasa y de una juventud próxima a desaparecer sin dejar ni nombre ni huella, iba Martí de uno a otro lado, animaba a los tímidos, fortaleciendo a los vacilantes, etcétera, etcétera, etcétera.”

La perseverancia es la virtud de los fuertes; insinuar, no imponer, es la noble misión de apóstoles y redentores. La hiel del coloniaje corría a torrentes en la infortunada Cuba cuando de los labios de Martí salía, candente, la palabra inspirada, que anima, fortalece y fascina. Si odio es anatematizar la tiranía y sus atributos, si odio significa predicar incansablemente la guerra del oprimido contra el opresor, lógico, legítimo, santo es el odio que atribuye Burell a Martí. “Un destino que fracasa y una juventud próxima a desaparecer sin dejar ni nombre ni huella.” ¡Injusto y cruel anda Julio Burell! Fracasar el destino del coloso que iba a levantar de la postración a un pueblo y a lanzarle a la arena revolucionaria; del que conservara en su noble pecho, intacto y vívido, el sacro fuego de la patria redención, para derramarlo, abrasador e inextinguible, en todo el territorio cubano! ¡Ni dejar ni nombre ni huella una juventud toda entera consagrada a la propaganda, a la acción, al esfuerzo, al sacrificio...!

Bien, muy bien escribe Burell; pero eso que dice de Martí, puro artificio es de un talento que inspira la pasión política, hiel gota a gota destilada de una pluma que debió romperse al trazar semejantes conceptos...

“Hombre para todo, enemigo completo, frío, corrosivo, con terribles atenuaciones de conciencia...” Hombre para todo lo que fuera propicio a la causa que defendía; ciertamente, eso era Martí; enemigo completo irreconciliable de la tutela colonial, con la inalterable frialdad del estoico, a veces, con el entusiasmo y hasta con el frenesí del patriotismo, en ocasiones, con lo corrosivo que extirpa la gangrena de las sociedades de los convencidos; tal era José Martí.

“Caso singular! Este hombre, como el nihilista de la novela rusa, aprovechase para su odio de cuanto es amor y luz en los que supone sus enemigos, etcétera, etcétera, etcétera.”

“José Martí, como el nihilista novelesco, cobróse en ideas la cultura de



esta España que aborreciera. Durante su juventud las universidades de Madrid, Barcelona, Sevilla y Zaragoza, abrieron sus aulas.”

¡Singulares cosas las de Burell, extraña fantasía las de sus comparaciones! José Martí no aborrecía a España con odio real ni novelesco. José Martí aborrecía el Gobierno Colonial de España, pura y simplemente, como lo aborrece todo americano libre y digno. José Martí se aprovecha de cuanto es amor y luz en la España peninsular, para reclamarlo, para exigirlo en nombre de sus compatriotas, que querían, como quieren hoy y como están reclamándolo en el campo de batalla, una emancipación que sólo romperá los deleznable vínculos de una unidad política insostenible; nunca los del arte, de la cultura, del idioma, ni ninguno de éstos con que la naturaleza, la educación y las leyes históricas unen a España con Hispanoamérica.

“Pero su pensamiento no era español: el laborante, el insurrecto, soñaba bajo nuestro cielo generoso con enrojecer de sangre española la manigua.”

Eso dice Burell, con absoluta, con afirmativa entonación. ¡Quién sabe! No es sorprendente que el pensamiento de Martí fuera contrario a la dominación eterna de España en Cuba; natural era que él soñase con la independencia de su patria, aun a costa de enrojecer maniguas con sangre española y cubana indistintamente, porque la sangre ha sido siempre el líquido bautismal de todas las redenciones: en el Gólgota como en todas partes, porque el triunfo de la libertad ha costado torrentes de sangre en todas las regiones, en todas las latitudes de nuestro mundo. ¡Peregrina es esa conclusión de Burell! ¿Hay acaso otro medio que no sea la fuerza, para obligar a España a no pensar por ahora más que en la posesión de colonias como las Filipinas y las de la costa occidental del África? Y, ¿no es el derramamiento de sangre forzosa consecuencia de la fuerza en acción?

“La muerte ha respondido al mal con la inacción eterna... Como en la novela rusa todo es humo al final de aquel odio insaciable. Todo es humo, humo que se disipa, y que al disiparse deja ver enhiesta y gallarda la bandera española, señoreándose sin interrupción de aquel soberbio mar que rindiera su secreto de siglos a unas humildes carabelas.”

Ese párrafo es injusto, cruel y odioso.

La ironía, sazónada con lirismo, ante la tumba de un mártir, tiene algo de satánico y sí arguye odio insaciable.

¿Dónde está el mal, dónde la inacción eterna?

¿El mal es acaso la noble aspiración de conquistar un puesto entre las naciones libres e independientes?

¿Puede haber inacción donde se riñe con denuedo y a diario por la consecución del mismo fin que la gente ibera arrebata, en épocas distintas, a fenicios y cartagineses, a romanos y a árabes?

Y entonces, ¿qué importa la inacción eterna del que fué José Martí? La muerte ha respondido a la gallarda abnegación de un héroe, para patentizar



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

un sacrificio ejemplar y para producir la acción colectiva, eficaz y perdurable, sucediendo inmediatamente a la inacción eterna de un cadáver...

Lo estamos mirando los observadores imparciales: hay humo, mucho humo en el campo de la revolución cubana; pero es el humo de las batallas, el humo que purifica y embriaga, el humo que ennegrece y hasta destruye las más enhiestas y gallardas banderas, no obstante el pasado señorío de éstas, en mares que a quien rindieron su secreto de siglos fué al genio del inmortal genovés.

(*Listín Diario*, No. 1835, del 23 de julio de 1895.)



EL TESTAMENTO DE MARTÍ

POR E. M. DE HOSTOS

Este es el nombre con que es conocido, en las Antillas y en Costa Firme, el documento que publicamos en homenaje a la memoria de Martí.

Cuando éste se disponía a salir con Máximo Gómez, de *La Reforma*, próxima a Monte Cristi, en la República Dominicana, con dirección a los campos de Cuba libre, en donde había de tener él la fortuna de perecer, y los cubanos la desgracia de que pereciera él, a manos de la alevosía, José Martí contestó a la última carta que había recibido de Federico Henríquez y Carvajal.

Este Federico Henríquez y Carvajal, insigne amigo de Martí, de Betances, de Cuba, de Puerto Rico, de la Independencia, de la Libertad, de la Cultura y del Progreso, es uno de los mejores periodistas de la América Latina. Su *Letras y Ciencias* es una revista digna de ser tan estimada como lo es. En ella se han publicado composiciones tan hermosas como las décimas dedicadas por Henríquez y Carvajal a Betances, Hostos y Martí, con motivo del Centenario de Colón, y en ella se ha publicado no ha mucho el *Testamento de Martí*.

Este documento, que sin duda figurará entre los de la Historia de la Independencia de Cuba, tiene tres cosas superiormente notables: las ideas, los sentimientos, y cierta difusa sombra de muerte que vaga y divaga por todo él.

En ella pensaba al escribirla el dispuesto a todo sacrificio. Consumado el sacrificio, es natural que la sombra de la muerte, así por deber provocada y arrostrada, divague ante los ojos del que lee esa carta.

Notabilísima también es ella por las ideas. No son ideas de Martí, sino de la Revolución; y especialmente de los revolucionarios puertorriqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civili-



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

zación para las Antillas, están expresadas con tan íntima buena fe por el último Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.

Pero en lo que más brilla la carta son los sentimientos que resplandecen en ella.

Bien hizo Henríquez y Carvajal, en apellidar *Testamento* a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan, al separarse del mundo de los hombres.

(*La Ley*, Santiago de Chile, octubre de 1895.)



RECUERDOS DE MONTE CRISTI

POR J. E. BORY⁽¹⁹⁷⁾

Refugiando su honorable pobreza, fué a vivir a Monte Cristi el General Máximo Gómez hacia el año 1888. Allí lo fué a alcanzar como un Evangelista el *Divino Maestro*, Martí, el austero, Martí, el único en su grandeza moral y en su fecundo genio, para engendrar en el cónclave de nuestros más ilustres Generales allí reunidos, el gesto de rebeldía en la proclamación de los derechos del pueblo de Cuba, a ser libre.

Una tarde vi llegar enjuto y pálido al Maestro. Su humilde porte semejaba a Cristo; su palabra suave la de un Apóstol.

Su llegada conmovió a los sencillos moradores de aquel pueblo hermano.

En la modesta morada del Generalísimo cursó una vida silenciosa, y en el silencio de aquel hogar, fecundaba la Libertad de Cuba, tal como un águila que posa en la llanura para luego remontarse a las alturas de la Gloria.

Cumplió su deber visitando con el Generalísimo la Respetable Logia *Quisqueya*, eslabonándose con aquellos generosos y buenos hermanos, que tanto bien le hicieron a Cuba. Oí esa noche el torrente elocuente del verbo del Maestro. Mi alma quedó inundada por la divina luz de la Masonería y por los resplandores de aquel hombre maravilloso.

(197) Estas páginas han sido tomadas del breve opúsculo *Poema de fe*. Disertación masónica pronunciada en la noche del 23 de mayo de 1931 en la Resp. Logia Unión Hispano Americana por el H. Juan E. Bory, La Habana, Imp. La Propagandista, 1931. En una crónica de la visita de Máximo Gómez a Monte Cristi, en mayo de 1900, dice: "Seguidamente hicieron uso de la palabra los señores J. E. Bory y Francisco Carvajal, y ambos inspiradísimos discursos estuvieron a la altura de las circunstancias. El General Gómez, emocionado por algunas frases de estos discursos en que se hacía mención de su malogrado hijo Panchito, no pudo contestar; vimos que de sus ojos resbalaban algunas lágrimas y se arrojó en brazos de los que acababan de hablar... El General Gómez se retiró... acompañáronle a su casa los señores Rodríguez (Lic. Cayetano Armando Rodríguez, a la sazón interventor de Aduana de Monte Cristi), J. E. Bory y Francisco Carvajal."



El año 1897, ya Maestro, recibí de aquella Logia mi carta diploma que os presento.

Aquí tengo un capítulo relacionado con mi vida de aquellos días en Monte Cristi, que el brillante escritor de Oriente Arturo Clavijo Tisseur me dedica en su reciente libro *Hojas del Sendero*, reproduciendo una entrevista hecha conmigo en Santiago de Cuba, mi terruño dentro de la Patria, buscando él, como ustedes, en el memorial de mi vida, aquellos recuerdos de ensueños patrióticos, que ¡oh, destino! se han convertido en feos realidades.

Aparte del bello preámbulo y de referencias relacionadas con otras épocas de mi vida, me pregunta el escritor Clavijo:

—Nos interesa conocer algún relato acerca de su vida política, patriótica y social, señor Bory. —¿Por qué no dice usted mejor, mi querido Clavijo, de mi vida comercial? Nosotros sonreímos. Bory decía una gran verdad. Pero no podíamos creer esta verdad. Porque si bien es cierto que él luchó largo tiempo entregado a la vida comercial, no es menos verdadero que también supo luchar por los santos destinos de la patria, de la política y de la sociedad. Porque Bory es un hombre completo. Tiene alma. Tiene cerebro. Tiene corazón. Y, sin elogios ni alabarderas pueriles, sabemos también que él ha luchado en la vida periodística, proclamando siempre el futuro glorioso de la Patria. Sin embargo, asentimos con la idea de nuestro viejo camarada y proseguimos:

—Bien, díganos, pues, cómo se inició su vida comercial.

—De una manera muy particular. Hablaré de ello, mejor dicho, de mi vida toda, ya que a pesar del poco interés que pudiera ofrecerle mi relato, insiste usted, mi querido Clavijo, en saber algo nuevo acerca de mi vida.

—¡Venga de ahí!—le respondimos anhelosos de conocer a Bory un poco más de lo que ya le teníamos conocido.

Terminada la Epopeya Heroica el año 78, vine a la vida en el Barrio de Belén de esta Ciudad. Huérfano de padre y madre, en los primeros años de mi niñez, mis familiares maternos se encargaron de incorporarme como alumno en el Seminario de esta Ciudad, donde aprendí los principios de mi educación. Fuí discípulo muy querido de los Padres Católicos que dirigían entonces ese notable plantel. Emparentado políticamente con aquel reputado maestro de tantos cubanos, que en la generación presente brillan por su saber, don Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, ingresé en el gran colegio de éste, completando con él mis estudios de segunda enseñanza. Desde niño mostré mis inclinaciones al estudio del comercio, poniendo a prueba mis especiales aptitudes en esa rama de las actividades mentales del hombre. Al trasladar el señor Peña al pueblo de Monte Cristi, de la República Dominicana, su colegio de segunda enseñanza, el año 1887, me llevó, protegiendo mi orfandad para que continuara mi educación a su lado. En aquel entonces, en el histórico pueblo de Monte Cristi de aquella República her-



APÉNDICE

mana, era preponderante la opulenta casa comercial del gran dominicano Juan Isidro Jimenes, que fué dos veces Presidente de aquel generoso y hospitalario país.

Ingresé al servicio de aquella casa a los 15 años, y por mis actividades, mis disposiciones y mi comportamiento, pronto llegué a ocupar puestos de confianza entre el numeroso personal de la misma, hasta obtener el poder general de aquella firma el año 1898, cuando cumplía los 24 años.

Allí conviví con los hombres de la más alta representación del ideal cubano como Martí, Máximo Gómez, Mayía Rodríguez, Serafín Sánchez, Paquito Borrero, Loynaz del Castillo, Enrique Collazo, y otros. Laboré con fe de patriota entre aquellos portentosos y predestinados. Tuve la envidiable gloria de sentir los alientos y de escuchar las palabras de nuestro gran Apóstol, quien, dándome una prueba de gran confianza, me encomendó mecanografiar las cuartillas originales del más solemne documento político de nuestra independencia, del histórico Manifiesto de Monte Cristi.

Actué en compañía de los hijos y de las hijas del Generalísimo Gómez, organizando veladas literarias en que se recaudaban fondos para nuestra Santa Causa.

Mis anhelos de volver a la Patria Libre, me trajeron a La Habana el año 1903.

Tuve vieja amistad con el Generalísimo Máximo Gómez. El año 1904, después que vine a La Habana, el 7 de diciembre, en Cacahual, pronuncié una doliente oración en recuerdo de mi compañero de juventud, Panchito Gómez. Emocionado el General, me escribió la siguiente esquela, que guardo como reliquia:

La Habana, diciembre 9 de 1904.

Señor Juan E. Bory, Ciudad.

Estimado amigo: Agradezco junto a los míos, tus altos conceptos de recordación dolorosa, vertidos en la fecha más heroica y hermosa para esta tierra de valientes.

Las grandes epopeyas de la Libertad exigen grandes sacrificios. Aquellos dos hombres, Francisco Gómez y Antonio Maceo, fueron los predestinados en holocausto a la gran obra. ¡Dichosos ellos!

Tu amigo,

M. GÓMEZ

Otra vez recibí del Generalísimo una nueva prueba de su cariño.

Vivía en Galiano 45, y en ocasión de celebrar, en un 27 de febrero, la fecha de la Independencia de Santo Domingo, ante una selecta concu-



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

rrencia, de improviso, me invitó a que le dedicara un pensamiento a la mujer cubana.

Fué un momento de apuro para mí; pero el General dijo: "Bory es cubano que sabe sentir y que sabe decir."

Me obligaba con ello demasiado, y tuve la suerte de improvisar la idea patriótica que voy a recitaros, y que el General hizo luego copiar en una acuarela de palmas. Dije:

*Si Cuba no tuviera sus palmas ponderables,
Su rica caña de abundante miel,
Su florido tabaco de embriagante aroma,
Los versos de su Heredia
Y las páginas gloriosas de su historia,
Su fama merecida sería siempre
Por la acción sugestiva de la mujer cubana,
En cuyo pecho palpitan, con sus nobles
Pasiones de amor y de bondad,
Todas las iras de los "indios muertos".*

He ahí el relato de mis dulces recuerdos de un pasado glorioso.



DOS CARTAS DE DON AMERICO LUGO

Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo,
8 de agosto de 1943.⁽¹⁹⁸⁾

Sr. D. Félix Lizaso,
La Habana.

Muy distinguido y querido amigo:

He recibido la atentísima carta de usted de 20 de julio. Veo en ella su interés, que agradezco; sus diligencias, tan numerosas, que aún no tienen término, por el logro de los nobles propósitos de Palm. Mil gracias por él y por mí. Mi quebranto de salud dura todavía, pero mitigado por el reposo cuya deliciosa paz inerte sólo excepcionalmente se ve turbada, como ahora, para querer y agradecer.

Van, además, estas líneas a disculpar la tardanza de *Martí en Monte Cristi*, cuya continuación irá a besar la mano de usted en breve, pues no obstante la conveniencia de reportarme de la nostalgia de los placeres intelectuales, bienes supremos, me he ocupado, poco a poco, en ese gratísimo trabajo que es deuda contraída con usted, y de cuyo pago recibo generosísimo premio. Pero ¡ay! mi falta de energía y sobra de propia complacencia me apartan siempre de mi primera intención; y trasponiendo su hito, ésta se delata, se anega, se disuelve y se pierde en nuevas e irrealizables ocurrencias.

Ahora estoy deseando escribir una vida de Martí, divagación absurda a que me está llevando, como en alas, el amor que hacia él usted ha despertado en mí de nuevo. Me arredra el nivel casi sobrehumano de Martí, a quien miro, no como a santo ni a místico ni apóstol, aunque de ninguna manera le son ajenos estos sagrados atributos; sino como a la más alta encarnación de la libertad en su época, y cuya fuerza creciente se está

(198) De *Archivo José Martí*, No. 13, 1949.



convirtiendo rápidamente en potencia continental, gracias a la circunstancia de unir Martí a su soberana cualidad de espíritu libérrimo una condición de belleza tal que, andando los siglos, acaso eleve su figura a las más altas cumbres de la historia, y extienda su influencia e imprima el sello de su genio en todo el universo. Indudablemente, de todos los hombres de su tiempo, Martí es quien más perdurará.

Me parece que en ningún otro ser humano surge más exenta de escoria un alma libre; y por otra parte, un indefinible, inexplicable e inconfundible encanto de vívida, suprema y eterna belleza, nos sorprende y avasalla cada vez que nos encontramos en presencia de sus obras, que son como cuadros de Rafael o partituras de Mozart. Decir martiano es como decir mozartiano.

Sin afirmar que tenga en igual grado el incomparable sentido de la belleza de estos artistas que parecen compartir con Homero, Shakespeare y algún otro la cima del arte universal, se puede reconocer en Martí, como en aquellos dos, la gracia inefable que es fruto maravilloso de la intuición artística pura. Al modo que ellos, Martí, como artista, se aparta de la violencia, alcanza la serenidad absoluta y restituye al mundo la pureza. Su fisonomía espiritual es, a mi humilde ver, más amable aún que la de Goethe. Artista y político, Martí reunía en sí a la sabiduría de la antigüedad, la savia y la belleza del Nuevo Mundo: al caer en el seno de la inmortalidad, ya su admirable fantasía había creado la independencia de Cuba tan bellamente en sus obras literarias, que esa creación será para toda la humanidad un eterno modelo. Por boca de Martí, América ha hablado su propia lengua; el porvenir lo oírá por la belleza de la forma.

En extensión y profundidad, acaso con la sola excepción de Juárez, Martí es el más alto representante del orden liberal en la segunda mitad del siglo XIX. Como político en la América inglesa únicamente Sumner puede competir con él en idealismo y sentido universal. Entre sus coetáneos europeos, hasta donde con la memoria alcanzo, del forjador a hierro y a sangre de la unidad de Alemania, sólo tenía de común la indómita energía. En favor del obrero va más lejos que León XIII. Es superior a Gambetta, gran orador y gran republicano; a Gladstone, orador, literato y fino amador de la libertad; a Mazzini, el infatigable revolucionario; y superior también al genial creador de la unidad italiana, que encontró ya formados casi todos los materiales de su obra. En cuanto a la noble y generosa e infeliz Hispano-América, en donde pueblos desunidos, pobres en medio de la espléndida riqueza de sus inexplorados recursos naturales, e ignorantes a pesar de su potencialidad intelectual, el árbol de la libertad no ha vuelto a florecer: el poema de 1810 permanece todavía inconcluso después de la divina estrofa martiana de 1895. El hombre que parece llamado a completarlo, el continuador de Bolívar, San Martín y Martí, es Pedro Albizu Campos.



El insigne Sarmiento, el Maestro de Escuela de América; Montalvo, el más notable de nuestros escritores y gran carácter; Hostos, moralista eminente, jurista incomparable, han sido puestos en segundo término a causa de la forma purísima de la idealidad martiana. No sólo sería necesario forjar con las palabras libertador, librador, librante, liberizador un vocablo especial que significase el espíritu que animó al hombre que mejor ha respondido a la llamada de su época, al hombre esencialmente humano, cuya vida entera sólo cabe en la palabra libertad, ideal moral supremo de hombres y de pueblos: sería necesario, también, fijar el valor de la idealidad artística de este político pasmoso, que tenía de David la honda y la lira, de cuya mano pendía la libertad de un pueblo y que señaló con gesto apocalíptico la hora final de una dominación de cuatro siglos.

Fijar ese valor, tal es el secreto de lejanos tiempos futuros. Mas se puede afirmar que el día en que Cuba sea una nación de superior grandeza, aun si llegase a la cúspide a que Grecia llegó, Martí será aún más grande que Cuba. La muerte se llevó su cuerpo frágil, pero nos dejó sus obras y con ellas la herencia de siglos que se había acumulado en él, herencia plena de juventud infinita que florecerá en las generaciones venideras renovando su espíritu.

Esta breve y desaliñada síntesis no comprende sino el perfil del político y del artista. En Martí la historia íntima del hombre es lo más interesante; y en ella el capítulo de la vida amorosa de Martí, que recuerda la vida amorosa de Rafael o de Goethe, sería lo más cautivador. Pero ya es hora de terminar esta carta y de pedir a usted perdón por su extensión.

Compré, por fin, el libro de usted. No me lo mande, pues. Si viera el ejemplar, un caso de tatuaje. Marco en todas partes los libros que me gustan; los hiero con mi lápiz como si fuera una lanza, buscándoles el corazón, que es al fin y al cabo, nuestra única mina de oro. Leo su libro muy despacio. ¡Qué compañía tan asidua y cuánto placer en ella! A su lado están o intervienen luego, toda lectura es lucha, los Rodríguez Embil e Isidro Méndez, que de éstos recibí como recuerdo, de cuya lectura aún sólo he disfrutado a sorbos, pero que me parecen dos monumentos magníficos erigidos al maestro excelso por dos discípulos eximios. De lecturas sobre Martí creo que no hay una que no me agrade: él, para mí, no es tema, sino néctar.

De su libro de usted voy por la página 229: "Flor Crombet sale el 20 de julio para Honduras..." En la página 226, acabo de leer; repetida, una frase expresada en la página 193. No soy aficionado a prólogos; y de haber escrito el suyo, habría comenzado en "Toda vida tiene", etc.

Tengo su *Martí y la utopía de América*, y aguardo el libro de Márquez Sterling, sobre el cual he leído el notable resumen de Nieto y Caballero. He oído decir que en Cuba ha sido hecha una película sobre Martí, des-



aprobada por su hijo. De cuantas hojas periódicas he recibido recientemente, nada más interesante como la *Gaceta Literaria y Artística* cuyo número dos ha tenido usted la fineza de remitirme. ¡Si me fuera dado recibir el número primero! Lo que usted mande, debe ser certificado.

Reitero a usted las gracias por cuanto ha hecho en bien de la noble aspiración de mi querido amigo Erwin Walter Palm; y con afecto para el inolvidable Chacón y Calvo, envío a usted un saludo de todo corazón.

II

20 de junio de 1948.

Señor Don Félix Lizaso, La Habana.

Muy querido amigo: No sé de qué manera digna de perdón comience ahora, ya demasiado tarde, la respuesta a la atentísima carta de usted del 10 de mayo. Afortunadamente usted me dice: "Me he dirigido también a otros amigos, y les he enviado copia de esta carta." ¡Ojalá ellos hayan podido ayudarme! Todo lo de usted, sin embargo, me interesa sobremanera, sin necesidad de estímulo. Cuando Pedro⁽¹⁹⁹⁾ murió, supe que usted pensaba escribir sobre él, e ir a Buenos Aires. Empecé a reunir y a enviar a usted lo que de él poseía, aun lo dedicado, no fuese a faltarle a usted algo. Nunca supe si lo recibió. Quiero a usted como a hermano en cuyo corazón arde por Martí amor igual al que por él arde en el mío.

¡Cómo no desear concluir ese pobre trabajo *Martí en Monte Cristi*! Vivísimo es mi deseo. Pero no para el próximo número de *Archivo José Martí*. En 1943 ofrecí a usted terminarlo. Pude eludir esa promesa con aquella carta sobre un plan para una Vida de Martí, carta que no sé por dónde anda, que a usted le gustó tanto y que habría podido servir de complemento al viejo estudio sobre Martí que usted piensa incluir ahora en su revista. Cada día estoy más remiso en continuarlo. Recuerdos referentes a Martí son cosa sagrada. ¿Cómo evocarlos? El silencio es inherente a toda gran devoción.

Créame, querido amigo: Mucho menor tarea sería para mí escribir cien páginas sobre cualquier otro período de la vida de nuestro adorado maestro, que tocar con los puntos de mi pluma sus últimos días de Monte Cristi. El golpe de esos recuerdos es de una fuerza extraordinaria. Me ciega la intensidad de los últimos fulgores de aquella portentosa estrella que se hundía en lo infinito, irradiando la luz más pura que jamás ha iluminado a América. Siento conturbada el alma de reverencial temor.

(199) Pedro Henríquez Ureña.



Se trata del epílogo y remate de una vida incomparable, final lleno de prodigios y admirables sucesos que no me sería posible narrar sino con aquella abundancia de corazón que no se agota. Residí como abogado en Monte Cristi durante el lapso comprendido entre 1892 y 1896. Cuando Gómez compró la goleta de John Poloney, éste era empleado mío. El capitán de éste era el negro Strong, y vive todavía. En la serenata a Martí, en casa de Benigno Conde, oí el famoso discurso de Collazo, quien comenzó diciendo: "Yo no soy aquí, señores, sino un esclavo rebelde pisando en tierra libre." Una noche, al lado de mi oficina, Gracita Pichardo, que cuidaba de ésta, daba un bailecito popular con música de acordeón tocada por dos trovadores rivales que cantaban a porfía. Martí pasa, le acompaña su amigo el poeta Eugenio Córdoba y Vizcarrondo. Se detienen, acércanse, la gente agolpada en la puerta, les da puesto, y Martí se queda largo rato, presenciando la jarana y celebrando regocijado las improvisadas tonadillas. Cuando Martí se sentaba a la mesa en el hotel de Catalina Ramos, suspenso todo el mundo de sus labios, nadie comía.

¡Cuántas veces vi a Martí, pensativo y melancólico, por las calles de la ciudad, llevando de la mano a una niña! Verle producía una sensación de altura y lejanía. Ante el desastre de la Fernandina había dirigido la mirada hacia Gómez, como águila herida que busca refugio en la cima de granítica montaña. En vez del *Baracoa*, saltar sobre una cáscara de nuez. Gómez, para él, era el hombre capaz de acompañarle a entrar en Cuba "desnudo en mulo".

En la continuación de *Martí en Monte Cristi* hablaría también de cosas tal vez poco conocidas: de Martí leñador en *La Reforma*, y tirador al blanco en El Cayo. Máximo Gómez trató de adiestrarlo en estos menesteres perentorios. Un día Martí regresa al batey al atardecer con un haz de leña al hombro y un machete en la mano. Paquito Borrero, que acaba de llegar de Puerto Plata, le confunde con un peón. Por el cielo azul de El Cayo cruza un pájaro. Martí se niega a disparar: "Es una ave sagrada", dice, y expone bellas razones.

En sus postreros días en Monte Cristi, uno de los Grandes Profetas bíblicos resucita en él. Dicta las últimas providencias de salvación. Produce el Manifiesto. Dice a su madre eterno adiós. Y dirige aquella epístola a don Federico Henríquez y Carvajal, gran amor de Cuba en quien simboliza a América, y a quien Cuba agradecida se propone ahora festejar.

Remembranzas divinas de mi primera juventud, no quisiera narrarlas por temor de que dejen de ser lo que para mí son. Apenas me es posible mencionarlas incompletas y desordenadamente. Me parece que el sentimiento de amor y admiración que guarda mi alma por Martí se quebrantaría. Adoro en él porque él es la más perfecta personificación de humildad y grandeza que he conocido. En Monte Cristi, se le ve tal cual



MARTÍ EN SANTO DOMINGO

fué. Si yo fuese a esa ciudad, seguro está que el impetuoso viento que barre la arena de sus calles ha dejado intactas las huellas de sus pasos y que aún flota en el ambiente el aliento de aquel hombre maravilloso y dulce que, si no fuese porque toda comparación con el hijo de Dios suena a blasfemia, yo diría que parece hijo de Jesús.

Excúseme y perdóneme, y reciba un abrazo cordial,

AMÉRICO LUJO



MARTI ESCRITOR

POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA⁽²⁰⁰⁾

Para Jesús Castellanos

Los hombres de genio múltiple suelen ser recordados principalmente por su labor en su solo orden de actividad: así Leonardo da Vinci, por sus cuadros, y Goethe, por sus obras literarias. Muerto ayer no más José Martí se recuerda en Cuba como guerrero, cuando fué, sobre toda otra cosa, hombre de pensamiento. Héroe, consagrado está; el estudio de su personalidad demuestra que, más que libertador de "patrias chicas"—según la frase de ese atrabiliario que acaba de morir, Navarro Ledesma—, Martí habría podido ser realizador de una obra de alcance universal, y en realidad se había propuesto un vasto fin: contribuir al engrandecimiento del ideal democrático y progresista del mundo americano con la creación de una confederación antillana, de la cual era necesario preludio la independencia de Cuba.

Como hombre, Martí ha sido descrito por Domingo Estrada—un hermoso espíritu que comprendió la hermosura de aquél—y hace poco que admirablemente definido por don Enrique José Varona con la frase d'anunziana "era un vivificador".

La gran fuerza de ese hombre era, repito, su pensamiento. Y a ese gran pensamiento correspondía una expresión vigorosa y bella.

Martí fué—aunque en Cuba lo sepan pocos—uno de los grandes escritores castellanos de su siglo. Fué un renovador del estilo, y coincidió en esto con otro gran americano, Juan Montalvo, a quien Valera concede—"siquiera"—el primer puesto entre los prosistas de nuestra lengua en la centuria pasada. Con ellos y con los poetas—Casal, Darío, Gutiérrez Nájera—se inicia el florecimiento del nuevo estilo que cultivan en América prosistas sólidos y brillantes como Rodó, Berisso, Díaz Rodríguez, Zumeta,

(200) En *La Discusión*, La Habana, 25 oct. 1905. Reproducido en *Archivo José Martí*, No. 7, La Habana, 1944.



Gil Fortuol, por desgracia poco conocidos en Cuba, de ese mismo estilo que hoy aparece por fin en España en el grupo asombroso de Unamuno y Blasco Ibáñez, Valle-Inclán y Martínez Sierra, no del todo ajenos a la influencia americana.

Como los artistas que, dominadores de la técnica de su arte, la revolucionan porque les resulta estrecha para sus nuevas concepciones, Martí realizó la reforma del estilo armado con un conocimiento profundo de la lengua y de los clásicos. Su estilo no ofrece semejanzas con el estacionario de la mayoría de sus contemporáneos de España: en ocasiones tiene la intensidad emocional de Teresa de Jesús, el mesurado y sugestivo donaire de Gracián, la maestría no forzada de los siglos de oro, siglos en que el castellano, evolucionando en armonía con las tendencias coetáneas, reflejaba mejor que hoy el espíritu y la vida de la raza. Pero el estilo de Martí quería ser y era moderno, "actual", como el de los escritores modernos de los países activos y fecundos en que el idioma evoluciona, como todo: expresión de la vida múltiple y complicada de la época. Estilo sabio por la estructura, claro en el concepto, original en las imágenes, infinitamente variado en la expresión y con todo y sobre todo, personal y "humano" y siempre rico de pensamiento.

Pensador, Martí fué paladín vehemente de las más avanzadas ideas y cruzado de todas las redenciones sociales; psicólogo profundo, que supo fijar los rasgos salientes de un espíritu nacional tan complejo como el de los Estados Unidos, y, sin embargo, optimista y entusiasta que sabía sorprender lo hermoso y lo noble en todo ser y todo pueblo; crítico de arte dotado de vasta erudición y refinado sentido estético.

Por último, Martí fué un orador asombroso—verdaderamente único en su manera—y, por su sensibilidad, un gran poeta. No dominó el verso resonante de la tradición española; mas bien "eludió la forma", como Becquer, y fué un poeta exquisitamente sugestivo. Pocas estrofas hay en nuestra lengua más cálidas, "frágiles", que las que dedicó a la hija de su amigo Gutiérrez Nájera. ¿No bastarían para consagrarlo gran poeta sus páginas en prosa y verso para los niños? Parece raro que este pensador y predicador de revoluciones políticas fuera también uno de esos raros espíritus que conservan a través de los años la gracia y sensibilidad infantiles, como el amable Anderson, cuyo centenario se celebra en el momento mismo en que un heredero de su genio, el escocés Barrié, asombra y deleita con dramas de niños y de hadas al vasto público de Londres.



Si en Cuba no se conoce el valer de Martí como escritor—porque él no pudo tener a su patria como principal campo de acción—en otros países



APÉNDICE

de América se le recuerda constantemente como corifeo de la nueva escuela literaria. En Venezuela fué maestro de la joven y brillante generación actual, que lo tiene a honor. En Santo Domingo estuvo de paso, electrizó con sus discursos, y esto bastó para que allí se publicara en 1896 un libro de ofrenda en su memoria. En México inspiró afecto y admiración a todos los literatos: para atestiguarlo basta el tributo que le dedica el gran Justo Sierra. En la Argentina se recuerda con orgullo que para *La Nación* de Buenos Aires escribió él sus famosas correspondencias neoyorquinas. Rubén Darío lo llama águila del pensamiento, y define así su estilo: “Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América.” Su influencia literaria ha sido tema de un brillante estudio crítico del panameño Darío Herrera.

Y como coronación de la multitud de elogios tributados al literato—no al héroe—, en América y en Europa, una de las grandes autoridades críticas, no sólo de Francia, sino del mundo contemporáneo, Frédéric Lolié, dice en su *Historias de las literaturas comparadas*:

“Si por falta de lugar no hubiéramos tenido que dejar aparte los desenvolvimientos llenos de abundancia de las jóvenes literaturas sudamericanas... nos habría parecido interesante... comparar, en cuanto a la originalidad de su genio, al cubano José Martí con el inglés Carlyle.”

Es ya, por lo tanto, un deber de cultura nacional divulgar en Cuba la obra literaria de José Martí. El medio es sencillo: publicar, en vez de las limitadas y costosas ediciones actuales, que se justifican como colección de obras completas, una edición popular y económica de sus obras escogidas.



PARA LA HISTORIA

POR JOSÉ MARGARITO GUTIÉRREZ

Datos y detalles de la expedición de Gómez-Martí, escritos expresamente para mi ilustrado amigo y consecuente compatriota señor José D. Poyo.⁽²⁰¹⁾

En los últimos días del mes de febrero de 1895 se encontraba el inolvidable José Martí en la ciudad de Puerto Plata, República Dominicana, y salió de allí en unión de los señores generales Paquito Borrero y Francisco Beatón, dirigiéndose a Santiago de los Caballeros, donde habiéndose celebrado una reunión pública, pronunció un brillante discurso. Al día siguiente se despidió el ilustre orador del señor Beatón, regresando éste a la ciudad de Puerto Plata y continuando aquél en unión de Borrero para el pueblo de Montecristi a hacer los arreglos del viaje con nuestro eximio general Máximo Gómez. Estuvo en Montecristi por varios días hasta que hubo verificado la compra de la goleta *Brothers*, al capitán de nacionalidad inglesa señor Juan Bastayan (Bastián) en la suma de mil pesos oro americano, a condición de que luego de llevado a cabo el desembarco en las playas cubanas la goleta le sería devuelta. Hay versiones desfavorables a la conducta ulterior del capitán.

(201) Los originales de estas interesantes páginas de José Margarito Gutiérrez, se conservan en el archivo de la Academia de la Historia de Cuba (caja 204, sig. 684). Debemos la copia al ilustre martiano Gonzalo de Quesada y Miranda. Ignoramos si figuran, tal como se publican aquí, en la obra de Gutiérrez, *Páginas para la historia* (La Habana, 1903). Gutiérrez escribió estas páginas en 1898. En ese año estuvo en Monte Cristi. Revela que acudió a muy buenos informantes, por la exactitud y detalle de sus noticias, salvo la afirmación de que Martí estuvo en Puerto Plata, cosa incierta. El reverendo Manuel Deulofeu, en su opúsculo *Héroes del destierro*. La Emigración, Cienfuegos, 1904, reproduce algunas noticias de Martí en Monte Cristi y Santiago, plagadas de errores. Señala Deulofeu que proceden de la obra de Gutiérrez. En su libro anterior, *Souvenir! Remembranzas de un proscrito* (Tampa, 1900), Deulofeu inserta las erradas noticias reproducidas en *Héroes del destierro*.



El domingo, 3 de marzo, llegó Martí, como a las tres de la tarde, al Cabo Haitiano. Venía caballero en una mula y sin detenerse fué a la morada del doctor cubano Ulpiano Dellundé y después a la del señor Agripino Lambert. Deseaba Martí que le proporcionasen armas y pertrechos para la expedición. Después de algunas dificultades, estos buenos compatriotas consiguieron catorce rifles con cuatro cajas de cartuchos que remitieron al pueblo de Montecristi, regalado todo por ellos en unión de otros buenos amigos de Cuba, dominicanos, haitianos y el buen santomero señor James H. Potter.

La compra de las armas y pertrechos como su remisión a Montecristi la efectuaron los señores Potter y George Fink, dominicano. Martí—como debe suponerse—se había marchado a Montecristi antes que las armas y pertrechos fuesen remitidos, al objeto de verificar otros arreglos que su difícil empresa exigía.

Es indispensable haber vivido aunque por breves días bajo las instituciones haitianas y dominicanas para poderse formar juicio de las innúmeras dificultades con que nuestro ilustre y nunca bien sentido Martí tuvo que luchar en su empresa, y es, a mi juicio, lo más grandioso que pudiera vencerlas todas. Para su talento superior no existía el imposible. Y conste que no trato de herir en absoluto a los gobiernos de los dos países de que hago referencia. Limítome a demostrar hechos históricos porque ¿quién puede negar que en estas dos repúblicas casi es imposible llevar a cabo empresa semejante sin hacerse sospechoso y ser perseguido por las autoridades? ¿No es verdad que entre los dominicanos y haitianos el pasaporte es un requisito indispensable, y que dicho documento tiene que ser refrendado de puerto en puerto y de pueblo en pueblo? Pero dejemos a un lado estos enojosos detalles puesto que cada cual tiene el derecho de interpretar la palabra *libertad* a su manera o modo de ser y también de gobernarse como sea de su agrado, y continuemos nuestra relación.

El 6 de abril—a las doce del día—desembarca Martí nuevamente en el Cabo Haitiano bajo un fuerte aguacero y calado hasta los huesos; se desmontó en casa del doctor Dellundé, donde se hospedó furtivamente, pues ni el mismo doctor sabía en los primeros momentos que en su casa estaba tan eminente huésped. Sólo la esposa de éste, señora Dolores Aran, portorriqueña de nacionalidad, lo sabía.

El eximio general Máximo Gómez en unión de su asistente Marcos (del Rosario) hicieron su desembarco en el mismo lugar a las cinco de la tarde de dicho día, acompañados del joven haitiano Millevoeye Mercier, quien por orden del ilustre Martí fué a buscarlos a bordo del vapor alemán que los trajo, alojándose en la casa de Mercier, socio de la farmacia del doctor Dellundé. El general Borrero y coronel Angel Guerra se alojaron en la



morada del buen cubano señor Agripino Lambert, y el joven César Salas en el *Hotel Internationale*.

Al desembarcar el general Gómez fué reconocido por el señor Luis Helloy, santomero y maquinista de la fábrica de jabón del Cabo. Este caballero es susceptible y algo violento, así es que, disgustado porque el General no hubo contestado su saludo e ignorando de qué se trataba, manifestó en la fábrica de jabón que acababa de ver desembarcar en la ciudad al general Máximo Gómez. Alguien que ambicionaba el Consulado español trató de sacar partido del asunto y denunció el caso al cónsul interino, y a las seis de aquella tarde ya se buscaba a los señores Gómez y Martí en el Cabo; pero gracias a las buenas relaciones del doctor Dellundé pudo evitarse que fueran reducidos a prisión, pretextando que ya los expedicionarios iban camino de la frontera dominicana. Este favor lo debe Cuba a un noble inglés, míster D. O.

Los expedicionarios continuaron en el Cabo hasta miércoles santo, 10 de abril, que salieron hacia el mediodía en dirección de la isla de Inagua, de la cual partieron al siguiente día, desembarcando la noche del 11 en las playas cubanas. Se dice que un buque alemán fué el que condujo la expedición.

El jueves santo—11 de abril—al mediodía, pasaban dos buques de guerra españoles por frente del Cabo Haitiano con dirección a la bahía de Manzanillo, lugar que está en la frontera de las repúblicas haitiana y dominicana. Estos buques iban en busca de la expedición, obedeciendo a que los buenos amigos de Cuba hicieron creer a los profanos que de allí era de donde salía la expedición.

Limpias por lo tanto, encontraban las costas de Cuba de buques españoles nuestros ilustres jefes, debido al falso informe que se diera al pretendiente al Consulado español del Cabo, quien informó al Gobierno español que Martí y Gómez preparaban una expedición en la citada bahía de Manzanillo.

Acompañó a los señores Gómez y Martí en la difícil empresa de su embarque el martes 9 de abril a las nueve de la noche, el joven comerciante dominicano George Finke. Un empleado del puerto de Cabo Haitiano, míster Edese Ricourt, protegió la empresa, dejando disimuladamente verificar el embarque.

Durante la residencia de nuestros jefes en el Cabo, se recibió un telegrama del Ministro de Justicia dirigido al general Nord-Alexis, delegado del Gobierno en los Departamentos N. y N. O., para que redujese a prisión a los señores Martí y Gómez, pero afortunadamente un joven portorriqueño, aprendiz de telegrafista, se enteró del asunto, dándole conocimiento de ello al doctor Dellundé y reservando en su poder sin entregar el tele-



APÉNDICE

grama durante cuarenta y ocho horas. Este buen joven se llama José Aran, hijo de adopción de los esposos Dellundé.

En el mes de mayo, hacia el 10, se recibió otro telegrama del Ministro de Justicia dirigido al mismo general Nord-Alexis, ordenando la prisión de los señores Martí y Gómez. El general Nord-Alexis, ordenó a dos jefes de policía que fueran a la farmacia del doctor Dellundé a preguntar si allí se encontraban dichos señores, a lo que contestó el doctor diciendo que él era quien allí se encontraba. Fuéronse entonces los policías a la casa del señor Mirabal y la registraron sin resultado, toda vez que los señores Martí y Gómez hacía un mes que se encontraban en los campos de Cuba. Chifladuras del Cónsul general de España en Port-au-Prince (Haití), quien furioso por su fracaso, exigió al Gobierno haitiano, la expulsión del doctor Dellundé, el cual fué defendido por el ministro del Interior entonces, mister S. Papillod, no siendo molestado.

En la isla de Inagua los expedicionarios fueron muy bien acogidos, debido a las buenas relaciones del hijo del doctor Indalecio Salas, el joven César, que en dicho lugar le sirvió de práctico a Martí cuando pie a tierra andaba en busca de algunas provisiones, las que compró en la tienda del señor James A. Glover.

Cuando el día 3 de marzo llegó a Cabo Haitiano, el señor James H. Potter, le dijo hablando sobre su estado de salud: "Señor Martí, usted se mata. Tenga más cuidado con su persona"; a lo que Martí contestó: "Esto es un simple ensayo, pues estoy obligado a viajar por meses y años de esta y de peor manera. Mi vida no me pertenece, ella corresponde por entero a mi patria, Cuba."

Favorecían a Martí en su empresa en Port de Aix-Haití los doctores José Rafael Paradis y José María Espín, y en Montecristi el señor Joaquín Montesino, isleño canario y compañero de presidio en Ceuta del señor Martí. Este caballero es uno de los fieles admiradores de los hechos y empresas de Martí.

Señor José D. Poyo: Estos son los datos que del asunto he podido obtener; suplico a usted los haga útiles en bien de la historia de nuestra Patria.

Su affmo. amigo y s. s.,

M. GUTIÉRREZ

Key West, Fla., mayo 15 de 1898.



FE DE ERRATA

Página 41. Las tres primeras líneas del párrafo segundo deben leerse así.

El 6 de enero de 1892, como culminación de sus patrióticos trabajos, creó Martí el Partido Revolucionario Cubano, y mediando el año ya tenía sólidas bases...



INDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES (*)

A

- Abreu Licairac, Rafael: 291, 532, 538, 577.
 Acevedo, Roberto P.: 430, 481.
 Acosta, Martín: 527.
 Acosta, M., J. de la C.: 496.
 Acosta, Cecilio: 443.
 Acosta, Emilio: 496.
 Acosta, Eduardo: 494, 497.
 Acuña, Rosario: 446.
 Africa: 161, 284, 318.
 Agramonte, Ignacio: 15, 122, 157, 179, 304, 316, 522.
 Agüero, Dr.: 520.
 Agüero, Mariano: 110, 316.
 Aguilar, J. Rafael: 94, 399, 400, 471.
 Aguilar Peláez, Rafael: 398.
 Aguilar, Ramón: 398.
 Aguilar (Ten. Coronel): 417.
 Aguilera, Francisco Vicente: 67, 282, 441.
 Alas: 235.
 Albizu Campos, Pedro: 588.
 Albonó: 213, 497.
 Alcarria: 170.
 Alemania: 172.
 Almeida, Manuel A.: 380, 478, 482, 511.
 Almonte, Manengo: 500.
 Almonte, Miguel Antonio: 445.
 Almonte, Ramón Antonio: 380, 381, 445, 451, 487, 488.
 Alomá, Ignacio: 78, 509, 538.
 Alomá y Ciarlos, Belén: 384, 385.
 Altgracia: 156, 416, 471.
 Altieri: 381.
 Alvarez: 85.
 Alvarez, Braulio: 378.
 Alvarez, J. de J.: 381, 535.
 Alzate Avendaño, Gilberto: 439.
 Amador: Candelaria: 486.
 Amalivaca, Padre: 164.
 Ambrogui: 315.
 Amiama Gómez, Francisco Javier: 379, 563.
 Anacaona: 22.
 Anacreonte: 235.
 Ana Vitalina: 213.
 Andersen: 594.
 Aníbal (dominicano): 224.
 Anido, Juan: 148.
 Anido, Patria: 524.
 Anido Soria, Angela: 384.
 Antillas, 35, 59, 67, 74, 80, 84, 131, 184, 185, 210, 255, 287, 307, 315, 356, 368, 392, 455, 457, 501, 531, 581.
 Antua, Agapito: 110.
 Arán, Dolores: 431, 596.
 Arango, José: 398.
 Arce, Federico: 398.
 Archambault, Pedro M.: 379.
 Arderius: 153, 403.
 Ares, Jesús M.: 381.
 Argentina: 304.

(*) Huelga justificar la omisión, en este índice, de José Martí y Máximo Gómez, que figuran a lo largo de toda la obra. Por las mismas razones y por urgencias de la edición se omiten diversos nombres geográficos: América, Cuba, Santo Domingo, España, Haití, Monte Cristi, Santiago de los Caballeros, La Habana, Nueva York.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Arias: 90.
 Ariza, José del C.: 223, 400.
 Arizón, Ten. Coronel: 419.
 Armas, Félix de: 398.
 Arzeno, Agustín: 400.
 Arzeno, Chepín: 376.
 Arzeno, Augusto: 400.
 Arzeno, J. Mauricio: 400.
 Asia: 318.
 Aybar, Chuchú: 101, 135, 357.
 Aybar, Emiliano: 90, 380, 395, 479, 489, 505, 508, 511.
 Aybar, N. O.: 381, 535.
 Aybar, S. Manuel: 395, 478, 482, 511, 512.
 Azúa: 184, 185, 187, 191.
- ### B
- Bacardí, Lucía V.: 501.
 Badín, Jesús: 50, 118, 391, 394, 395, 482, 487, 489, 504, 508, 511, 512, 515, 517, 536.
 Báez, Buenaventura: 22, 35, 37, 166, 167, 215, 326.
 Báez, Remigio: 391, 393, 508.
 Baeza Flores, Alberto: 439.
 Bahamas: 145.
 Bahoruco: 31, 33, 73, 289.
 Baire: 121, 408.
 Baldorioty de Castro, Román: 43, 184, 191, 455.
 Bani: 14, 15, 157, 165, 480, 502.
 Barahona: 11, 33, 34, 71, 73, 74, 76, 77, 78, 79, 81, 105, 336, 427, 441, 503.
 Barahona, Luis: 76, 289.
 Baracoa: 110, 142, 150, 342, 413, 415, 423.
 Baraguá: 330.
 Barba, Gral.: 223.
 Barbes, Cónsul: 143, 145.
 Barcelona: 110, 579.
 Barnet, 488.
 Barra, Eduardo de la: 304.
 Barranco, Agustín: 459.
 Barranco, Manuel: 459.
 Barrera Vega de Troncoso, S.: 523.
 Basset, Jim: 490.
 Bastián: 135, 137, 140, 141, 142, 143, 145, 147, 260, 262, 264, 265, 423, 489, 490, 550, 552, 596.
 Bastida: 132, 135, 136.
 Basulto, Alfonso: 398.
 Batista, Manuel: 486.
 Batista, Pedro R.: 398, 486.
 Batlle, Cosme: 109, 110, 115, 331, 341, 346, 350, 351, 354, 397.
 Batlle Vega de Logroño, Mercedes: 523.
 Batlle Vega de Sosa, Cristina: 523.
 Bayamo: 15, 282.
 Bazán: 335.
 Bazil, Osvaldo: 539, 540.
 Beatón, Francisco: 398, 399, 596.
 Beatón, Pedro: 398, 400.
 Bécquer: 594.
 Behechio: 27, 169.
 Behring: 36.
 Bel-air: 226.
 Belize: 225.
 Beltrán, Joaquín: 54, 198, 350.
 Bellido, Juan: 434.
 Benedicto, José Ma.: 525.
 Beriaso: 593.
 Bermúdez, Cónsul: 326, 329.
 Bernard, Luis: 379.
 Bert, Paul: 226, 228.
 Betances, Ramón Emeterio: 14, 52, 68, 204, 401, 431, 532.
 Betancourt, Dr.: 421, 520.
 Bijarú: 418.
 Billini, Francisco Gregorio: 9, 22, 65, 66, 119, 165, 167, 178, 218, 286, 377, 425, 428, 435, 437, 451.
 Billini, Francisco Javier: 419, 512.
 Billini, Hipólito: 538.
 Billini, Miguel: 538.
 Blanco, Capitán General: 418.
 Blasco Ibáñez: 594.
 Bobadilla, Elías: 436.
 Bobadilla, Tomás: 436.
 Bogotá: 439.
 Boitel, Carlos Manuel: 486.
 Boitel, Guillermo: 486.
 Boitel, Ml.: 60, 104, 209, 216, 217, 431, 485, 520.
 Boitel, Ulises: 484, 486.
 Bolívar: 96, 157, 199, 292, 447, 576.
 Bonilla, Gral.: 522.
 Bonilla, Juan: 572.
 Bonilla y Morales: 380.
 Borden: 114.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Borinquen:** 52, 187, 287, 455.
Bory, Juan E.: 381, 391, 394, 478, 481, 508, 583, 584, 586.
Borrero, Camilo: 399, 471.
Borrero, Cástula: 399, 473, 474.
Borrero, Clara: 399, 473, 474.
Borrero, Dolores: 399, 473.
Borrero, Francisco: 12, 94, 104, 109, 110, 125, 140, 142, 143, 153, 216, 268, 273, 276, 341, 343, 351, 354, 375, 397, 399, 402, 412, 414, 416, 426, 471, 474, 478, 482, 483, 499, 505, 513, 514, 520, 522, 525, 549, 552, 556, 564, 565, 585, 591, 596.
Borrero, Marino: 413.
Borrero, Pablo: 104, 109, 111, 113, 273, 332, 338, 342, 397, 399, 401, 478, 482, 483, 525.
Bosco, Margarita: 235.
Bosco (Príncipe): 235.
Boza, Bernabé: 425, 563.
Bravo de Calderín, Emiliana: 82, 83.
Brindis de Salas: 330, 510.
Brunet: 98.
Buenos Aires: 10, 35, 36, 590.
Bueno, Félix S.: 393.
Bulla (Minas de): 214.
Burell, Julio: 300, 577, 579.
Butare, José: 405.
- C**
- Caballero, Manuel:** 532.
Cabañas: 500.
Cabo Haitiano: 10, 11, 12, 48, 90, 103, 105, 118, 125, 135, 143, 146, 224, 226, 228, 236, 243, 272, 322, 324, 335, 348, 354, 357, 358, 376, 380, 381, 423, 431, 432, 450, 465, 492, 505, 506, 551, 596.
Cabral y Báez, José María: 521, 523.
Cabrera Alvarez, Manuel: 398.
Cabrera, Gral. José: 22, 166, 389, 432.
Cabrera Garay: 398.
Cabrera, Luis Rolando: 481.
Cabullas, Nicolás: 74.
Cacahual: 585.
Cáceres, Ramón: 330.
Cádiz: 14.
Calderín, José: 83.
- Calderón, Antonio (Toño):** 48, 222.
Calderón de Chaves, Ceferina: 40, 221, 222, 492.
Calderón de la Barca: 13, 300.
Calderón, Juan A.: 415, 417.
Caley, David: 143, 146, 147, 242, 243, 490, 551.
Calleja: 337, 342, 343, 344, 361.
Calleja, Ernestina: 487.
Callejo, Pedro: 245.
Camacho de Portuondo, Clara: 383, 387.
Camagüey: 101, 276, 405, 409, 416, 430, 485, 514.
Camaño, Miguel: 398.
Camasans: 419.
Camejo, Manuel J.: 393.
Campillo, Coronel: 15.
Camú: 62.
Canarias: 192, 193.
Canavallo: 514.
Cano, Juan: 245.
Cánovas: 329.
Cantizano, N.: 524.
Caño Hondo: 109, 421.
Caracas: 16, 443.
Carbonell, J. Manuel: 561.
Carbonell, Miguel Angel: 15.
Carbonell, Néstor: 446.
Carlos V: 172, 174.
Carlyle: 595.
Caro: 304.
Carvajal, Francisco: 95, 391, 394, 295, 511, 548, 508, 583.
Carrancá y Trujillo: 446.
Carricarte, Arturo R.: 420, 478, 481.
Carrillo, Francisco: 40, 488, 496, 509.
Casal: 591, 593.
Castellanos, Crucita: 505, 507.
Castellanos, Gerardo: 40, 41, 95, 136, 137, 331, 466, 476, 489, 496, 542.
Castellanos, Jesús: 593.
Castellanos Leonart: 42.
Castellanos, Pedro A.: 478, 482.
Castillo, Luis T. del: 538.
Castro, Heriberto de: 64.
Castro Palomino, Rafael: 21.
Cayo Hueso: 41, 43, 46, 85, 86, 114, 141, 309, 405, 417, 418, 423, 477, 596.
Cazenueve, Felipe: 574.
Ceara, Felicia: 500.
Central Valley: 461, 472.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Centro América: 11, 90, 95, 281, 315, 460.
 Cepeda, Armando de J.: 517.
 Cervantes: 187, 300, 448.
 Céspedes, Carlos M. de: 14, 15, 17, 38, 67, 122, 204, 220, 282, 292, 316, 441, 524.
 Cesteros, Tulio M.: 70.
 Ceuta: 109, 111, 332, 397.
 Cevico: 422.
 Ciarlos de Alomá, Angela: 384.
 Cibao: 123, 210, 222, 282.
 Cienfuegos: 311.
 Cincinnati: 39, 43, 121, 494.
 Cino Poloney, Dr. J. A.: 261, 263.
 Cisneros, Manuel: 396, 397, 398, 399.
 Ciudad Real: 174, 175, 176, 177.
 Clavijo Tissuer, A.: 582, 584.
 Codina: 535.
 Colombia: 38.
 Colón: 11, 26, 61, 65, 66, 142, 168, 171, 203, 214, 215, 220, 282, 286, 295, 526, 531, 553.
 Coll, Francisco: 50, 85, 118, 335, 391, 393, 514.
 Collazo, Enrique: 11, 102, 104, 109, 110, 113, 114, 118, 120, 125, 127, 132, 142, 147, 148, 210, 216, 217, 257, 268, 271, 337, 339, 343, 346, 354, 375, 431, 449, 476, 488, 501, 506, 509, 515, 520, 549, 550, 585, 591.
 Collazo, Tomás: 114, 148.
 Conde, Benigno D.: 118, 380, 395, 489, 506, 508, 511, 535, 591.
 Cordero, Rafael: 188, 189.
 Cordero, Teófilo (Telo): 340, 355.
 Córdova y Viscarondo, Eugenio: 428, 441, 591.
 Corona, Benigno: 223, 225, 230, 272.
 Corona, Pepino: 223.
 Coronado, Dr. Ricardo: 500, 520.
 Cortés: 245.
 Cortina: 561.
 Cortiñas, Justo: 398, 399, 413.
 Cos, Sebastián: 398, 399.
 Costa Rica: 86, 91, 102, 111, 112, 114, 418.
 Creus Venus, Juan: 522.
 Cristo: 174, 293, 435.
 Crombet, Flor: 18, 19, 102, 111, 114, 400, 415, 416, 456.
 Cruz, Luis: 405.
 Cruz, Manuel de la: 126.
 Cubanacán: 187.
 Cubi (Cocinero), David: 551.
 Cuevas, Ernesto: 543.
 Cumana: 174.
 Curiel, Jorge: 109.
- ### CH
- Chacón Nardi, Rafaela: 543.
 Chacón y Calvo, José Ma.: 308, 439, 539, 590.
 Chaves, Balbina: 222, 493.
 Chaves, Ceferina: Ver Calderón de Chaves, C.
 Chaves de Grullón, Ceferina: 492, 494.
 Chaves, Juan: 219, 494.
 Chevalier, Erciná: 436.
 Chiapas: 176.
 Chicago: 52.
 Chichanga: 273.
 Chichí: 73.
- ### D
- Dajabón: 10, 12, 50, 118, 119, 229, 224, 230, 348, 354, 358, 381, 391, 432, 433, 450, 465, 485, 491, 492, 509, 515.
 Dana, Charles A.: 513.
 Darío, Rubén: 21, 155, 315, 434, 439, 541, 593, 595.
 David (de las Islas Turcas): Ver Cayley D.
 Delgado Fernández, Gregorio: 445.
 Deligne, Gastón F.: 538.
 Del Monte de Grullón, Josefa: 399.
 Dellundé, Francisco: 119.
 Dellundé, Rosita: 432.
 Dellundé, Ulpiano: 90, 119, 146, 147, 226, 229, 245, 376, 400, 423, 431, 450, 505, 507, 514, 552, 597, 599.
 Deschamps, Eugenio: 34, 69, 222, 224, 302, 493.
 Despradel Batista, Guido: 498.
 Despradel, Fidelio: 306, 381, 457, 499.
 Despradel, Lorenzo: 118, 306, 381, 391, 394, 428, 465, 499, 511, 574.
 Despradel, Napoleón: 499.
 Despradel, Roberto: 306.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Despradel, San Julián: 498.
 Deulofeu, M.: 596.
 Díaz, Modesto: 9, 530.
 Díaz, Quintín: 328.
 Díaz, Rafael: 520.
 Díaz, Rodolfo: 532.
 Díaz Rodríguez: 593.
 Díaz Valdeparés, J.: 379.
 Dobal, Dr. P. P.: 60, 486, 520, 523.
 Domínguez, Da. Santos: 213.
 Domínguez, Dominga: 496.
 Domínguez, Jesús: 40, 213, 214, 220, 267, 496.
 Domínguez, Ramón: 334, 369.
 Doña Antonia: 520.
 Dos Ríos: 127, 153, 156, 277, 280, 283, 288, 299, 301, 402, 404, 406, 410, 424, 437, 443, 453, 555, 559.
 Douglass: 36, 37.
 Duarte, J. P.: 11, 22, 41, 71, 96, 99, 165, 204, 380, 429.
 Duvergé, M. A.: 319.
- E**
- El Biso: 420.
 El Cabao: 133, 327.
 El Hatico: 104, 269, 499, 500.
 Enriquillo: 9, 23, 31, 32, 33, 34, 35, 61, 69, 73, 76, 128, 170, 203, 389, 441.
 Ermenoville: 51.
 Escriche, Mario: 398.
 Espaillat, Elisa: 500.
 Espaillat E., Leopoldo: 533.
 Espaillat, General Polín: 222, 533.
 Espaillat, Ulises: 22, 167, 206, 429, 455.
 Esperanza: 12, 214, 215, 485.
 Espín, Antonio: 137, 139, 334, 339, 340, 349, 351, 353, 359, 360, 365, 367, 397, 490.
 Espín, José Ma.: 599.
 Estados Unidos de N. A.: 11, 19, 35, 36, 39, 125, 167, 318, 331, 333, 336, 455, 456, 460, 463.
 Estrada, Domingo: 593.
 Estrada Palma, Tomás: 19, 41, 105, 108, 109, 154, 322, 329, 384, 388, 399, 403, 424, 464, 472, 474, 500, 530, 533.
 Etienne, Augusto: 228.
 Etienne, Elisa: 244.
 Europa: 39, 317, 372.
 Eusebio: 211.
- F**
- Fajardo Vda. de Prado, Caridad: 390.
 Fatet, Madame: 64.
 Felipe II: 172, 174.
 Feltz, Leonor: 532.
 Fermín, Domingo: 518.
 Fernández, Chucho: 222.
 Fernández de Castro: 561.
 Fernández del Castillo, Cocola: 531.
 Fernandina: 103, 267, 279.
 Fernando, rey: 172, 174.
 Ferrara, Orestes: 382.
 Ferreira, Loro: 494.
 Ferreira, Sebastián: 494.
 Ferreras, Furcy: 521.
 Figueredo, Fernando: 43, 400, 401, 405, 413, 530.
 Figueroa, Wenceslao: 65.
 Figueroa: 300, 561.
 Figueroa, Alfredo: 398.
 Figueroa, Sotero: 90.
 Figuerola Caneda, D.: 101.
 Filadelfia: 106, 487.
 Finke, George: 489, 597, 598.
 Flores, J. Vicente: 400.
 Florida: 102.
 Fondeur, Arturo: 211.
 Fonseca: 172, 173, 458.
 Fontanillas, José: 346.
 Font Sterling, Dr. R.: 60, 486, 495, 520, 523.
 Fort Liberté: 119, 226, 229, 231, 233.
 Fournier, Almirante: 366.
 Francia: 327.
 Franco, Arturo: 500.
 Franco Bidó, Agustín: 519.
 Franco Bidó, Augusto: 60, 314, 486.
 Franco Bidó, Ulises: 60, 271, 379, 478, 479, 484, 486, 512, 519, 521.
 Franco, José Luciano: 501.
 Franco de Medina, Agustín: 480.
 Franklin: 225, 487.
 Ferera, Edmond: 244.
 Frías, Dr.: 329.
 Fuente, G. de la: 21, 434.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

G

- Galante, I. Alonso: 558.
 Galindo, Miguel: 334.
 Galván, M. de J.: 9, 24, 31, 34, 69, 73, 75, 128, 178, 182, 303, 373, 441.
 Gambetta: 588.
 Gamboa: 315.
 Gamir, Gral.: 275.
 Gándara, Gral.: 13.
 García Aybar, J. E.: 490.
 García, Carolina: 500.
 García, Elvira: 500.
 García Hnos.: 66, 530.
 García, J. L.: 391, 393, 508.
 García, J. G.: 66, 530.
 García, Toribio L.: 535.
 García, Zoilo: 498, 499, 526.
 García Calderón, V.: 303.
 García Godoy, Enrique: 499.
 García Godoy, Federico: 10, 62, 294, 441, 457, 498, 500, 525, 541, 567.
 García Godoy, Fresa: 499.
 García Iñiguez, C.: 16, 18, 417, 500.
 García de Henríquez, Carmita: 99, 283, 287.
 García Kohly: 446, 561.
 García Martínez, R.: 516.
 García de Portuondo, Rosa: 384.
 García Rozón, Emilio: 558.
 Garrichi: 411.
 Garriga, Ramón: 558.
 Garsón, Victoriano: 416.
 Gaudy: 243.
 Gay Calbó, E.: 21.
 Genao, Manuel: 499, 500, 525.
 Gerando: 235.
 Giberga: 300, 561.
 Gil, Dionisio: 499.
 Gil Fortoul: 594.
 Giusti, Roberto: 153.
 Giraudi, Federico: 77.
 Giraudi Betancourt, Adela: 386, 387.
 Glover, James A.: 599.
 Goethe: 226, 243.
 Gómez Diéguez: 417.
 Gómez, José Miguel: 425.
 Gómez, Juan Gualberto: 102, 104, 107, 108, 110, 182, 477, 561.
 Gómez, Manuel Ubaldo: 498, 525.
 Gómez, María de la C.: 496.
 Gómez, Báez, María de J.: 39, 49, 136, 154.
 Gómez Báez, Regina: 39, 49, 136, 154.
 Gómez Pintado: 336.
 Gómez Toro, Andrés: 39.
 Gómez Toro, Bernardo: 39, 129, 404, 461, 479, 483, 504, 539.
 Gómez Toro, Clemencia: 39, 48, 49, 50, 194, 199, 468, 473, 487, 496, 532, 565.
 Gómez Toro, Francisco (Panchito): 11, 39, 40, 48, 49, 94, 95, 99, 103, 104, 109, 110, 118, 133, 140, 141, 144, 149, 153, 199, 223, 225, 261, 264, 266, 270, 274, 276, 381, 394, 404, 411, 422, 430, 450, 458, 460, 463, 468, 472, 475, 498, 511, 526, 547, 548, 574, 583, 585.
 Gómez Toro, Margarita: 17, 43, 565.
 Gómez Toro, Máximo: 39, 49, 136, 140, 146, 199, 262, 491.
 Gómez Toro, Urbano: 39, 49, 199, 381, 574.
 Gonaives: 10, 48, 432, 433.
 Contrés Vda. de Toro, C.: 497.
 González, Augusto: 60, 314.
 González hijo, Dr. A.: 528.
 González, A. Salvador: 527.
 González Colarte, Dr. F.: 78, 527, 528, 532.
 González, Isafas: 340.
 González, Jesús: 398.
 González, Pbro. M. de J.: 381.
 González, F. María: 277.
 González, Ignacio María: 66, 71, 166.
 González, Guillermo: 22.
 González, José: 99.
 González Palomín, Carlos: 398.
 González Palomín, D.: 398.
 González de las Peñas, G.: 378.
 Gonzalo Marín, F.: 379, 380.
 Gracián: 594.
 Grado, Alonso de: 245.
 Grant: 35, 37.
 Grullón, Arturo: 64, 286.
 Grullón Chávez, Antonio: 493.
 Grullón Chávez, Crispín: 493, 494.
 Grullón, Eliseo: 399.
 Grullón, Juan: 491.
 Grullón, Julio: 493, 510.
 Guadalupe: 327.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Guantánamo: 311, 416.
 Guardia, Martín de la: 304.
 Guardia, Miguel de la: 556.
 Guaroa: 27, 170.
 Guarionex: 33, 62, 76, 81.
 Guarocuya: Ver Enriquillo.
 Guatemala: 16, 22, 178, 179, 446, 447.
 Guayacanes: 12, 40, 53, 221, 309, 379, 485, 492, 494, 497.
 Guayubín: 12, 52, 214, 306.
 Guerra (pueblo): 420.
 Guerra, Angel: 12, 103, 125, 140, 142, 143, 145, 156, 356, 413, 417, 419, 421, 426, 464, 475, 505, 514, 550, 564, 597.
 Guerra, Benjamín: 100, 108, 109, 111, 113, 114, 141, 153, 207, 257, 262, 263, 377, 389, 404, 405, 414, 418, 428, 478, 477, 484.
 Guerra, Laíto: 524.
 Guerra y Miranda, W.: 466, 542.
 Guerra, Ubaldina: 257.
 Guibía: 124.
 Guillit: 401.
 Guillermo, Cesáreo: 167, 326, 330.
 Guridi, Adolfo: 536.
 Gustavino, J. M.: 401.
 Gutiérrez Amáble, M.: 398.
 Gutiérrez, Isaías: 494.
 Gutiérrez Nájera: 315, 593.
 Gutiérrez, J. Margarito: 397, 596.
- H**
- Hamilton, A.: 429.
 Hato del Yaque: 61.
 Hatton, J. E.: 10, 12, 105, 262, 269, 271, 273, 341, 421, 426, 428, 467, 474, 475, 533, 550.
 Hatton, Frank: 105.
 Hatuey: 33, 53, 72, 81, 383, 440.
 Helloy, Luis: 598.
 Henríquez García, A. Porfirio: 283.
 Henríquez García, Colombino: 284.
 Henríquez García, Enriquillo: 284.
 Henríquez García, Federico N.: 284.
 Henríquez García, Fernando A.: 282, 284.
 Henríquez García, Flor M.: 284.
 Henríquez García, L.: Adolfo: 284.
 Henríquez García, Carmela: 284, 287.
 Henríquez García, Carmita: 284.
 Henríquez García, Luz: 284, 287.
 Henríquez y Carvajal, Federico: 11, 12, 22, 31, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 70, 73, 74, 76, 77, 98, 101, 121, 123, 127, 130, 155, 204, 281, 285, 286, 321, 371, 374, 377, 420, 430, 439, 443, 449, 454, 457, 458, 467, 469, 478, 486, 501, 504, 515, 526, 532, 538, 560, 564, 581, 582, 591.
 Henríquez y Carvajal, Francisco: 63, 64, 69, 75, 98, 184, 204, 283, 373, 441, 510, 540.
 Henríquez y Carvajal, M.: 99.
 Henríquez Ureña, F.: 129.
 Henríquez Ureña, Max: 34, 69, 330, 457, 510, 540, 560.
 Henríquez Ureña, Pedro: 64, 457, 540, 590, 593.
 Heredia: 10, 17, 23, 24.
 Heredia, Nicolás: 532, 542.
 Hernández: 19.
 Hernández, Charles: 114.
 Hernández, Eusebio: 561.
 Hernández, Ramón: 499.
 Hernández Perdomo, M.: 419.
 Herrera, Darío: 595.
 Herrera, Martín: 405.
 Heureaux, Ulises: 12, 38, 39, 41, 65, 91, 93, 109, 111, 115, 120, 124, 131, 135, 137, 139, 149, 222, 269, 271, 312, 327, 332, 337, 338, 340, 341, 343, 344, 347, 349, 352, 356, 358, 361, 364, 366, 368, 393, 395, 397, 427, 440, 456, 494, 508, 511, 519, 521, 526, 533, 534, 563, 564.
 Hidalgo: 96, 575.
 Higüemota: 26, 169.
 Higüey: 327, 328.
 Holguín: 417, 419.
 Honduras: 15, 19.
 Hopkins: 241.
 Hostos: 38, 52, 68, 129, 204, 401, 437, 453, 457, 532, 589, 591.
 Hudson: 16, 38, 459.
 Hungría, José J.: 379.
 Hungría, Pedro M.: 525.
 Hungría Pimentel: 527.
 Hunt Jackson, Helen: 296, 567.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

I

Ibern: 477.
 Inagua: 142, 144, 264, 550.
 Incháustegui, J. S.: 15.
 Infante, Juan: 358.
 Irizarri, Francisco: 399, 400, 532.
 Isabel: 171, 331.
 Isalgué, A.: 507.
 Islas Turcas: 135, 136, 143, 242, 243,
 336, 357, 358, 360.
 Izaguirre, J. M.: 100, 127, 460.

J

Jacmel: 502.
 Jacksonville: 83, 404.
 Jaén, J. M.: 398.
 Jaibón: 518.
 Jainamosa: 421, 422, 427.
 Jamaica: 15, 38, 83, 84, 86, 376, 460,
 463, 464, 497, 498, 551.
 Jaragua: 26, 180.
 Jarahueca: 415, 416.
 Jesús: 25, 28, 161, 456.
 Jimaguayú: 15.
 Jimeaux, Jean: 433.
 Jimenes, Juan Isidro: 39, 40, 48, 93,
 101, 136, 211, 213, 233, 348, 380,
 432, 487, 491.
 Jiménez, J. Ernesto: 398.
 Jiménez, J. M.: 392, 393.
 Jimenes Vda. de Rodríguez, Emilia:
 535.
 Johanse: 328.
 John, Napoleón: 490.
 Joubert, Emilio C.: 321.
 Juana Méndez: 119, 224, 225, 228,
 229.
 Juanico: 274.

K

Kayner & Co.: 432.
 Key West: Ver Cayo Hueso.
 Klindworth: 109.
 Kingston: 333.

L

La Demajagua: 14.
 Laguna Salada: 39, 52, 213, 309, 440,
 494.
 Lamarque, Luis: 398.
 Lambert: 514.
 Lambert, Agripino: 597, 598.
 Lample, Eusebio: 398.
 Landrau, J. D.: 380.
 Langomás, Juana: 496.
 La Reforma: 10, 12, 40, 43, 44, 50,
 55, 56, 78, 94, 103, 121, 123, 194,
 197, 257, 267, 268, 270, 282, 309,
 379, 448, 494.
 Lares: 14, 456.
 Las Lagunas: 216, 485.
 Las Casas: 26, 30, 33, 34, 63, 168, 170,
 173, 176, 177, 435.
 Lassus, Julio: 114.
 Las Tunas: 416.
 Lavatard, Angelina: 500.
 La Vega: 10, 12, 33, 61, 62, 63, 68,
 69, 75, 103, 105, 218, 257, 268,
 271, 333, 373, 381, 382, 441, 485,
 498, 500, 525, 541, 550.
 Las Villas: 40, 102, 121, 143, 420,
 468.
 Lazala, Domingo: 494.
 Lázaro, Ignacio: 110.
 Leiva y Luna: 439.
 Lebreau, Beatriz: 528.
 Leite Vidal, Coronel: 400.
 Lemos, J.: 359.
 León, Andrés: 397, 398.
 León, J. M.: 398, 399.
 Lespinasse: 233.
 Levy, José: 393.
 Limardo, Ricardo: 210, 215, 223, 430,
 432.
 Limonta, José: 398.
 Lithgow, Dr. Federico: 520, 521.
 Livingstone: 284.
 Lizaso, Félix: 29, 77, 308, 309, 434,
 439, 443, 447, 539, 541, 543, 587,
 590.
 Loewe, J.: 143, 144.
 Logroño, M. A.: 523.
 Loliée, Frederic: 595.
 Loma de la Bestia: 397.
 López: 478.
 López Basulto, J.: 399.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

López de Queralt, F.: 102.
 López, Minené: 74.
 Lora, Onofre: 216.
 Lora, Emilio: 508.
 Loynaz Arteaga, Diego: 398.
 Loynaz del Castillo, Enrique: 40, 399,
 400, 510, 511, 561, 585.
 Lozano, Candelario: 215.
 Lozano Muñoz, Francisco: 334, 368, 534.
 Lugano, J. M.: 532.
 Lugo, Américo: 21, 118, 308, 439, 446,
 457, 501, 539, 540, 587.
 Luisiana: 36.
 Luperón, Gregorio: 22, 26, 53, 68,
 115, 179, 182, 312, 325, 326, 329,
 330, 336, 397, 431, 440, 455.

LL

Llanos, Adolfo: 30.
 Llavéras, Joaquín: 86, 109, 374, 447,
 477, 542.
 Llenas, Enrique: 223.
 Llorente: 173.
 Llubes, Antonio: 356.
 Llubes, P.: 334, 352.

M

Maceo, Antonio: 7, 16, 19, 20, 38, 41,
 86, 91, 93, 94, 100, 102, 107, 111,
 113, 114, 133, 152, 325, 326, 328,
 330, 376, 381, 400, 402, 414, 421,
 432, 454, 456, 467, 475, 481, 585.
 Machado, Javier: 326.
 Madrid: 13, 16, 172, 304, 329, 332,
 404, 410, 579.
 Magariños Cervantes: 304.
 Magino: 498.
 Managua: 7.
 Mandet, Julio: 515.
 Mantilla, Carmita: 104, 108, 141.
 Mantilla, Manuel: 11, 103, 104, 125,
 126, 132, 142, 219, 220, 340, 477,
 550.
 Mantilla de Romero, María: 105, 207,
 464.
 Mañach, Jorge: 19, 63, 447.
 Marcano, Félix: 9, 122, 408.

Marcano, Francisco: 9.
 Marcano, hermanos: 15, 53.
 Marcano, Luis: 9, 282.
 Marchena, Pedro E.: 400.
 Marín, David: 398.
 Martín, Elpidio: 110.
 Marinello, Juan: 447.
 Mármol, Donato: 15.
 Marmolejos, Bruno: 222.
 Márquez Sterling, M.: 14, 589.
 Marsán, Hirólito: 118, 225.
 Marsán, J. S.: 225.
 Martel, José: 405.
 Martí, Pelavo: 518.
 Martínez (barbero): 236.
 Martínez, Candelaria: 496.
 Martínez Campos, General: 151, 153,
 157, 275, 381, 403, 404, 411, 415,
 416.
 Martínez, Francisco: 398.
 Martínez, Higinio: 410.
 Martínez, Jesús: 398.
 Martínez, Manuel: 399, 496.
 Martínez Sierra: 594.
 Martínez, Teleforo: 495, 496, 563,
 564.
 Martínez, Tomás: 512.
 Massenet, Angela: 528.
 Massenet, Edelmira: 53.
 Massenet, Hatvey: 528.
 Massenet, Santiago I.: 10, 50, 53, 78,
 85, 116, 377, 446, 447, 487, 526,
 530.
 Massó, Bartolomé: 82, 153, 424, 513,
 555, 556, 565.
 Massó Parra, Juan: 80, 91.
 Masvidal, Raúl: 483.
 Matanzas: 156, 419, 420.
 Mata López, Juan de: 480, 481.
 Mathiew, M. de J.: 397, 478, 482.
 Matos, Aguedo: 527.
 Matos, José Dolores: 73.
 Mayagüez: 302.
 Mayarí: 152, 418.
 Mazzini: 588.
 Mc Gregor Bidwell: 432.
 Mc Dougal, P.: 395.
 Meana, Andrés: 398.
 Medina, M.: 381.
 Mella, Ramón: 97, 186.
 Mencía: 25.
 Méndez, Isidro: 28, 210, 446, 539, 589.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Mendive: 26.
 Mendoza, Samuel: 500.
 Menéndez: 315.
 Menéndez, Mercedes: 496.
 Menéndez, Ramón: 496.
 Mercader, José: 520.
 Mercado, Ércilia: 497.
 Mercado, Manuel de Jesús: 335, 336.
 Mercado, María M.: 497.
 Mercedes: 213.
 Mercier, M.: 146, 597.
 Meriño, Monseñor: 22, 65, 66, 68, 71, 326, 327.
 Mesa Rodríguez, M. I.: 32, 543.
 México: 16, 23, 36, 37, 174, 304, 330, 446, 447, 456, 457, 595.
 Miches, General: 328.
 Milanés, Concepción: 398.
 Milanés, Emiliano: 498.
 Milles: 381.
 Miranda, Agustín: 398.
 Miranda, Luis Rodolfo: 537.
 Miranda, Dr.: 104, 108.
 Miranda de Quesada, Angelina: 104, 107, 108, 149, 150.
 Mistral, Gabriela: 28, 33, 439.
 Moca: 139, 269, 365.
 Moctezuma: 245.
 Mola, Enrique: 15.
 Mola, Melchor: 425.
 Molina Chevalier Vda. de Trujillo, Julia: 436.
 Momotombo: 439.
 Montalvo, Juan: 589, 593.
 Montejo, Pedro: 398.
 Montolío, A. J.: 379.
 Montesino, Adolfo: 223, 450.
 Montesino, Eudaldo: 510.
 Montesino Lemoine, J. J.: 222, 509.
 Montesino Trujillo, Joaquín: 10, 30, 43, 48, 50, 85, 118, 119, 147, 192, 222, 223, 233, 335, 380, 381, 389, 391, 392, 393, 394, 432, 433, 441, 489, 492, 507, 509, 511, 515, 599.
 Montoro: 300, 561.
 Moore, C. G.: 132, 145, 259, 261, 262, 513.
 Moore, Madame: 235.
 Moore, Manfredo A.: 259, 513.
 Moore, Tomás: 235.
 Morales, Carlos: 430.
 Morel, Secundino: 395.
 Morel, Servando: 538.
 Moreno Jimenes, D.: 505.
 Moret: 186.
 Mota, Carlos A.: 73, 74.
 Mota, familia: 63.
 Moya, C. N.: 328, 538.
 Mozo Andrade, Leopoldo: 514, 515, 536.
 Mozo Castellanos, Carlos: 515.
 Murat: 304.
 Muñoz, A.: 391, 394.
- N**
- Najesial: 416.
 Nápoles: 235.
 Naranjo: 15, 42, 183.
 Nassau: 141, 426, 490, 550.
 Navarro Ledesma: 593.
 Nebot, A.: 381.
 Nebot, Enrique: 348, 368, 380.
 Nephtali: 226, 232, 233.
 Nicaragua: 37.
 Nieto y Caballero: 589.
 Nolasco, Sócrates: 74.
 Nord-Alexis: 598.
 Nouel Bobadilla, B. S.: 118, 155, 391, 394, 491.
 Nouel Bobadilla, C. T.: 118, 491, 513.
 Nueva Orleans: 38, 100, 460.
 Núñez, Adolfo: 515.
 Núñez, Alfonso: 393.
 Núñez, Emilio: 398.
 Núñez y Domínguez: 445.
 Núñez, Fernán: 329.
 Núñez González, Emilio: 398.
- O**
- Ocoa: 165.
 Ortea, Juan Isidro: 328.
 Ornes, Germán: 401.
 Ortiz: 61, 434.
 Osorio, Dr.: 266, 520.
 Otra Banda: 61.
 Ovando: 26.
 Ouanaminthe: Ver Juana Méndez.
 Ovidio: 458.
 Oviedo: 172.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

P

- Pacheco, Rosalía: 556.
 Páez, J. A.: 304, 537.
 Palm, E. W.: 587, 590.
 Palma, J. J.: 15.
 Palma Soriano: 555.
 Palmer, Smith: 432.
 Palo Seco: 15, 40, 41, 311, 475, 563.
 Panamá: 37, 38.
 Papillod, S.: 599.
 Paradís, J. Rafael: 599.
 Paraguay: 304.
 Parajón, Manuel: 514.
 París: 64, 110, 329.
 Parra, Benito: 348.
 Patiño, Aristides: 230.
 Paulino Dihins, Javier: 527.
 Pecunia, Luis: 328.
 Pedro Sánchez: 436.
 Peiyón, Paul U.: 398.
 Peláez, Agustín: 398.
 Pellerano Alfau, Arturo S.: 369, 378.
 Pellerano Castro: 538.
 Peña (pueblo): 213.
 Peña (empleado de Jimenes en New York): 11.
 Peña Batlle, Manuel A.: 457.
 Peña, Julio de: 375, 510.
 Peña Reynoso, Manuel de Jesús de: 39, 40, 205, 206, 323, 335, 336, 338, 380, 478, 487, 512, 524, 584.
 Pepín, Pedro (Perico): 222, 224, 269, 519.
 Peralta, Julio: 417.
 Perdomo, Virgilio: 70.
 Perelló, J. P.: 374.
 Pereyra, Elías: 81.
 Pereyra, Nicolás: 499.
 Pérez, Bartolomé Olegario: 538.
 Pérez Cabrera, José M.: 543.
 Pérez Cisneros, Francisco: 398.
 Prez Cisneros, Guy: 29, 481.
 Pérez Cisneros, Mariano: 398.
 Pérez de Martí, Leonor: 128, 461.
 Pérez, Fermín: 430.
 Pérez, General: 328.
 Pérez, José Joaquín: 9, 21, 22, 64, 65, 70, 71, 76, 100, 218, 286, 289, 314, 434, 435, 437, 439, 486, 501, 526, 538.
 Pérez, Leoncio: 420.
 Pérez Petinto, Narciso: 334.
 Petit, Isaac Theodore: 334, 381.
 Petit Trou: 226, 234.
 Peynado, Mateo: 538.
 Peza, Juan de Dios: 304, 446.
 Piamonte: 223, 450.
 Pichardo, Bernardo: 326.
 Pichardo, Cayetano: 523.
 Pichardo, Gracita: 591.
 Pichardo, José M.: 67, 75, 373, 526.
 Pichardo, Miguel Andrés: 90, 94, 118, 123, 124, 133, 135, 137, 139, 149, 259, 331, 332, 347, 352, 355, 357, 365, 367, 380, 393, 395, 422, 426, 487, 506, 515, 524.
 Pichardo, Viuda de M. A.: 524.
 Piedra Bueno, A.: 439.
 Piedra Parida: 517.
 Pin, Coronel: 418.
 Pina, Juan Pablo: 436.
 Pineda, Gregoria: 554.
 Pineda, José: 554.
 Plácido: 278.
 Plá Martínez, Gilberto: 398.
 Plá Pérez, Carlos: 399.
 Plá Varona, Francisco: 398, 399.
 Plá Varona, Porfirio: 398.
 Playitas: 132, 141, 421, 553.
 Polavieja: 418.
 Poloney, Buly: 104, 108, 109, 132, 140, 141, 145, 146, 149, 260, 262, 264, 322, 360, 478, 482, 489, 506, 510, 536, 551, 591.
 Poloney, María: 263.
 Pombo: 561.
 Ponce: 187, 302.
 Pontón, Sabana de: 63.
 Porcella, Santiago: 518.
 Port de Paix: 432.
 Portuondo: 404.
 Portuondo, Antonio: 413.
 Portuondo, Carlos: 92.
 Portuondo, Luis: 527.
 Potter, James: 597, 599.
 Pou, Manuela M.: 428.
 Poyo, J. D.: 92, 93, 105, 209, 596, 597.
 Prado de Milanés, Dolores del: 384.
 Prado, Néstor del: 388, 538.
 Prats, General: 419.
 Prats Ramírez, F.: 542.
 Presas, Salvador: 412.
 Prestol Castillo, Fredy: 422.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Primelli, Arturo: 110.
 Prince, Juan: 398.
 Prud'homme, Emilio: 100, 328.
 Puerto Antonio: 551.
 Puerto Limón: 114.
 Puerto Plata: 14, 64, 92, 94, 104, 105, 109, 111, 115, 116, 133, 152, 226, 263, 268, 273, 307, 322, 325, 332, 338, 340, 346, 350, 351, 358, 375, 376, 380, 397, 399, 413, 414, 417, 430, 432, 455, 471, 473, 474, 476, 478, 479, 511, 513, 532.
 Puerto Príncipe: 11, 66, 80, 82, 91, 323, 328, 333, 336, 338, 361, 367, 528.
 Puerto Rico: 13, 14, 43, 52, 56, 78, 96, 99, 115, 120, 133, 185, 187, 190, 236, 286, 325, 326, 330, 331, 334, 352, 365, 401, 453, 456, 533, 534, 581.
 Puñal: 222.
 Puyans, Carlos Manuel: 398, 399.
 Puyans, Rafael: 398, 399.
 Puyans y Díaz: 399, 481.
- ### Q
- Quesada y Aróstegui, Gonzado de: 44, 95, 98, 103, 105, 109, 111, 113, 119, 140, 142, 144, 147, 150, 154, 192, 257, 377, 381, 389, 399, 404, 414, 420, 428, 449, 450, 460, 461, 471, 476, 478, 481, 484, 518, 532, 542.
 Quesada y Miranda, Gonzalo: 26, 104, 178, 257, 262, 263, 532, 543, 546.
 Quevedo: 300.
 Quijote: 13, 309.
 Quinigua: 109.
 Quintana, Cónsul: 120, 135, 137, 138, 331, 334, 338, 362, 403.
 Quisqueya: 68, 84, 89, 187, 372, 392, 429.
- ### R
- Rabel, Prudencio: 138, 362, 363.
 Rabí: 411.
 Ramírez, Nicolás: 10, 56, 60, 61, 104, 210, 216, 266, 276, 341, 398, 430, 449, 467, 468, 478, 480, 483, 485, 486, 520, 522, 524, 525, 532, 533.
 Ramírez Pavón, Adolfo: 430.
 Ramírez Pavón, Gilberto: 430.
 Ramírez Pavón, María Luisa: 266.
 Ramírez Pavón, Máximo: 217, 266, 267, 272, 430, 467, 468.
 Ramírez Pavón, Miguel Angel: 270, 271, 430, 533.
 Ramírez Pavón, Sofía: 430, 478, 479.
 Ramírez, Rafaela de: 217, 266, 268, 270, 271, 273, 274, 276, 430, 431, 467, 478, 480.
 Ramos, Catalina: 50, 488, 510, 515, 591.
 Ramos, Gregorio A.: 515.
 Ravén, Obdulia: 478, 482, 483.
 Recco, Vicente: 532.
 Rego, Oscar F.: 457.
 Reparaz, G.: 13.
 Remanganagua: 410, 411, 424, 555.
 Remos, Juan J.: 25.
 Rentería: 172.
 Reyes, F. Emilio: 139, 147, 365, 381, 389, 391, 394, 396.
 Reyes, Pablo: 515.
 Reyes Vargas: 489.
 Ricardo, José: 393.
 Ricart, Antonio: 502.
 Ricart, Lépido: 502.
 Ricaurte: 463.
 Ricourt, Edese: 598.
 Rincón: 527.
 Río, A. del: 235.
 Ríos, Fernando de los: 7.
 Risco, Valentín del: 398.
 Rius Rivera, Juan: 124, 553.
 Rivadeneira: 300.
 Rivas, Enrique: 515.
 Rivera, Rosendo: 81, 82, 83.
 Riviére, B.: 83.
 Rizo Castillo, Miguel: 399.
 Roa, Ramón: 126, 127, 530.
 Robiou, J. Arismendi: 382.
 Robiou, Rosa: 500.
 Rodó, J. E.: 593.
 Rodríguez, Alejandro: 101, 548.
 Rodríguez Arreson, José M.: 400.
 Rodríguez, Carolina: 405.
 Rodríguez, Cayetano Armando: 414, 426, 478, 507, 583.
 Rodríguez Demorizi, Alonso: 110, 478, 481, 482.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Rodríguez Demorizi, Emilio: 434, 519, 520.
 Rodríguez Embil: 589.
 Rodríguez Demorizi, Silveria de: 485.
 Rodríguez de Tió, Lola: 532.
 Rodríguez, José Francisco: 548.
 Rodríguez, José Ignacio: 567.
 Rodríguez, José Manuel: 129.
 Rodríguez, J. M. (Mayía): 11, 19, 102, 104, 107, 120, 126, 129, 135, 147, 148, 152, 257, 259, 266, 271, 273, 275, 340, 375, 383, 388, 400, 420, 421, 427, 430, 476, 525, 548, 549, 585.
 Rodríguez, Juan: 83.
 Rodríguez, Luis: 81, 83.
 Rodríguez, M. E.: 381.
 Rodríguez Objío, Arturo: 355.
 Rodríguez Objío del Castillo, Dolores: 538.
 Rodríguez Objío, Manuel: 69, 75, 373.
 Rodríguez, Rafael: 366.
 Roig de Leuchsenring, Emilio: 21, 29, 33, 377, 439, 447, 453, 455, 457, 501, 539, 542.
 Rojas, Ezequiel: 498.
 Roloff, Carlos: 19, 102.
 Roma: 226.
 Román Arteaga, Joaquín: 398.
 Román, Miguel: 478, 479.
 Román, Silverio: 398.
 Rosario, Marcos del: 12, 140, 142, 143, 157, 413, 419, 426, 451, 475, 490, 505, 550, 552, 565, 596.
 Rosell Planas, Rebeca: 414, 477, 483.
 Rousseau, Juan Jacobo, 50.
 Rúa, Francisco de la: 530.
 Ruenes, Félix: 142, 143, 414, 416, 554, 555.
 Rufinito: 298.
 Rufo, Padre: 188.
- S**
- Sabana de la Mar: 105, 525.
 Sainagua: 436.
 Saint-Hilaire: 513.
 Salas, César: 12, 136, 140, 143, 145, 156, 236, 238, 239, 356, 413, 419, 426, 466, 467, 475, 499, 505, 506, 509, 513, 516, 550, 598, 599.
 Salas y Pérez, Indalecio: 419.
 Salazar: 315.
 Salcedo, Gral.: 153, 402.
 Salcedo, Pedro C.: 488, 507.
 Salcedo, Presidente: 523.
 Salcedo, Ramón: 450, 488, 507.
 Salguero, Manuel A.: 382.
 Samaná: 35, 36, 37, 103, 105, 124, 132, 238, 338, 341, 346, 350, 478, 479, 532, 533, 550.
 Samoa: 36.
 Sánchez Bazán: 334.
 Sánchez, Brenardo: 101.
 Sánchez (Ciudad): 350.
 Sánchez de Bustamante: 561.
 Sánchez Fuentes: 561.
 Sánchez, Francisco del R.: 98, 186.
 Sánchez, Seraffín: 40, 41, 43, 47, 91, 93, 98, 99, 101, 102, 114, 420, 428, 460, 488, 495, 496, 499, 509, 520, 525, 532, 585.
 San Ciriaco: 497.
 San Cristóbal: 167, 192, 436, 525.
 Sandoval: 153, 402, 555, 556.
 Sanguily y Arizti: 210, 226.
 Sanguily, Julio: 107.
 Sanguily, Manuel: 129, 561.
 San Isidro: 105, 426.
 San José de Costa Rica: 112.
 San José de Ocoa: 310, 496.
 San José de las Matas: 524.
 San Juan de Puerto Rico: 189, 329.
 San Lorenzo: 238.
 San Luis: 411.
 San Martín: 96, 292, 312.
 San Nicolás: 37.
 San Pedro: 456.
 San Pedro de Macorís: 105, 502.
 San Pedro de Sula: 18.
 San Román, Miguel: 381.
 San Thomas, 236, 245.
 Santa Ana: 10, 17, 50, 51, 78, 528.
 Santa Clara: 275.
 Santa Cruz del Sur: 102.
 Santana, Pedro: 13, 14, 32, 515.
 Santa Rosa de Baro: 419.
 Santa Rita: 156.
 Santa Teresa de Jesús: 300, 594.
 Santo Cerro: 10, 61, 63, 75, 216, 219, 268, 499.
 Santo Hoyo: 61.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

- Santiago de Cuba: 82, 110, 111, 129, 205, 206, 282, 335, 336, 342, 343, 405, 408, 411, 491, 560, 584.
 Santiago de Chile: 454, 457.
 Santomé: 310.
 Santovenia, Emeterio: 447, 457, 542.
 Sarmiento: 437, 589.
 Schild, Juan: 482, 483.
 Schoewerere, Agustín: 398, 399.
 Schoewerere, Juan: 330, 398, 400.
 Secundino: 553, 554.
 Seibo: 436.
 Senespleda, Rafael: 398.
 Senior, Martín: 502.
 Sepúlveda: 172, 173, 176.
 Serrano, Gral.: 13.
 Sevilla: 300, 579.
 Sierra, Dominga: 399.
 Sierra, Justo: 595.
 Simón, Carlos: 400.
 Smith, P.: 229.
 Soler, Antonio F.: 328.
 Solórzano: 315.
 Sosa, Miguel A.: 523.
 Soto, Marco A.: 15.
 Soto Paz: 481.
 Sousa, Benigno: 542, 563.
 Spano, Guido: 561.
 Stapelfela: 276.
 Stapelfeldt & Co.: 148.
 Strong, Alicia: 491.
 Strong, Chalo: 137, 333, 489, 490.
- T**
- Tabera: 554.
 Tamayo: 28, 32.
 Tampa: 85, 86, 309, 405.
 Tavarez, Evangelista: 523.
 Tavarez, Manuel F.: 515.
 Tavarez Morales, Aurelio de Jesús: 51, 271, 515.
 Tejada, Valentín: 542.
 Tejada: 77.
 Tejera, Emiliano: 65, 66, 286, 526.
 Tejerizo: 411.
 Telo: Ver Cordero. Teófilo.
 Tió, Leopoldo: 336.
 Toledo: 282.
 Tom (el negro): 245.
 Thomaseth, Ing.: 432.
 Thomen, Víctor: 380, 497, 510.
- Topete: 14.
 Toro de Gómez, Bernarda: 39, 50, 199, 260, 263, 264, 267, 421, 468, 470, 472, 475, 511, 565.
 Toro, Sixto: 39, 118, 497, 498, 511.
 Torre, Jorge de la: 411.
 Treserra: 471.
 Trinidad, Alejandro: 499.
 Trinidad, Bienvenido: 499.
 Trinidad, Chicho: 499.
 Troncoso de la Concha, M. de J.: 526.
 Troncoso S., Wenceslao: 523.
 Trujillo, Enrique: 44, 45, 149.
 Trujillo Molina, Rafael L.: 192, 436.
 Trujillo Monagas, José: 192.
 Trujillo Valdez, José: 414.
 Tul, Federico: 489, 518.
- U**
- Unamuno: 446, 594.
 Ureña, E.: 381.
 Ureña de Henríquez, Salomé: 64, 69, 100, 205, 286.
 Urgellés: 498.
 Uruguay: 304, 446.
 Usatorres Molina, Manuel: 398.
- V**
- Valdés Domínguez, Fermín: 372, 423, 460.
 Valdez de Leite Vidal, Ernestina: 399.
 Valdez de Valdez, Caridad: 384.
 Valdez, Silveria: 192.
 Valencia, Chilina: 500.
 Valencia, Dr.: 411.
 Valera, Gral.: 418.
 Valiente, Porfirio: 520, 525.
 Valle Inclán: 594.
 Varona, Bernabé: 430.
 Varona, Enrique José: 593.
 Vasconcelos, Ramón: 482.
 Vázquez, Francisco Leonte: 527.
 Vázquez, Horacio: 426, 514.
 Vázquez, Máximo L.: 527.
 Vega, Angel: 522.
 Vega, Augusto: 400.
 Vega Batlle, Julio: 522.
 Vega, Hnos.: 62.



ÍNDICE DE PERSONAS Y DE LUGARES

Vega, Nicolás: 520, 522, 524.
 Vega, Paco: 400.
 Vega, Rafael: 520, 522, 524.
 Velásquez, Diego: 171.
 Velásquez, Jacinto: 212, 213, 215, 520,
 521.

Vélez Sarsfield: 309.
 Veloz, Casimiro: 380.
 Venezuela: 280, 446, 595.
 Verjano, Dr.: 534.
 Vicini, J. B.: 124.
 Victoria, Alfredo M.: 222.
 Vicuña Mackenna: 304.
 Vidal, Jaime R.: 64, 66, 70, 71, 73,
 121, 123, 286, 289, 347, 428, 467,
 538, 563, 564.

Vila Morel, José: 478, 481.
 Villa Duarte: 420.
 Villa Gonzales: 216.
 Villa Isabel: 528.
 Villalobos: 12, 213, 488.
 Villalón y Puente: 401.
 Villalón y Velerino, Pedro: 398.
 Villanueva, Francisco: 430.
 Villuendas, Enrique: 425.
 Viro, Hnos.: 418.
 Vinci, Leonardo de: 593.
 Vitier, Medardo: 541.

W

Washington: 13, 36, 37, 94, 157, 292,
 312, 576.
 Woss y Gil, Alejandro: 533.

X

Xiqués: 561.

Y

Yaguas, Ramón de las: 416.
 Yara: 57, 121, 255, 282, 546.
 Yero, Eduardo: 342.
 Yero, Luis Ma.: 342.
 Yucatán: 225.

Z

Zafra, Alberto: 400.
 Zambrana: 561.
 Zamora, Santiago: 271, 421, 422, 499.
 Zanjón: 15, 16, 51, 82, 300, 311, 316,
 417, 546.
 Zapata: 497.
 Zaragoza: 16, 300, 304, 579.
 Zayas, Alfredo: 541.
 Zayas Bazán, Carmen: 16, 398.
 Zayas Bazán, José: 398, 401.
 Zayas Bazán, Ricardo: 398.
 Zenea: 316.
 Zeno, Cristino: 40, 380, 381, 507,
 574.
 Zeno Gandía: 303.
 Zugasti: 338.
 Zumeta: 593.





INDICE GENERAL

	PÁG.
ADVERTENCIA	7
Cronología dominicana de Martí.....	9

PRIMER VIAJE

Antecedentes	13
La primera entrevista.....	19
Conocimiento de Martí.....	21
Heredia, vínculo dominico-cubano.....	23
Martí y el "Enriquillo" de Galván.....	24
Martí y los problemas dominicanos.....	34
Máximo Gómez en Monte Cristi.....	37
Preparativos de viaje.....	41
En tierra dominicana.....	47
El Pacto de Santiago de los Caballeros.....	55
En el Santo Cerro y en La Vega.....	61
En la Ciudad de los Colones.....	62
En Barahona	72
En Puerto Príncipe.....	79
Retorno a Nueva York.....	83



ÍNDICE GENERAL

PÁG.

SEGUNDO VIAJE

En Monte Cristi, visita de consulta.....	87
El General Gómez en Nueva York.....	91
Duarte, Gómez, Martí.....	94
De Martí a Federico Henríquez y Carvajal.....	99
Vísperas de la Revolución.....	100

TERCER VIAJE

En Monte Cristi.....	103
En Santiago y La Vega.....	103
Retorno a Monte Cristi.....	111
En Dajabón y Cabo Haitiano.....	118
La ayuda de Lilís.....	120
La llegada de Mayía.....	124
La decisión trágica.....	126
El día de los presentimientos.....	127
Testamento político.....	128
El Plan de Lilís.....	132
En la goleta de Bastián.....	135
De Monte Cristi a Playitas.....	141
En Cuba libre.....	150
La tragedia de Dos Ríos.....	152
Epílogo.....	156

PAGINAS DOMINICANAS DE MARTI

Maestros ambulantes.....	159
Francisco Gregorio Billini.....	165



ÍNDICE GENERAL

	PÁG.
El Padre Las Casas	168
Elogio de Santo Domingo	178
Del General Máximo Gómez	183
Las Antillas y Baldorioty de Castro	184
Los isleños en Cuba. Montesino	192
En el Album de Clemencia Gómez Toro	194
El General Gómez	195
A tres antillanos	203
La Revista Literaria Dominicana	205
Carta a María Mantilla	207
Carta a José Dolores Poyo	209
Páginas de un Diario	210
Manifiesto de Monte Cristi	246
Fragmentos de una carta	257
Documentos de la Expedición	259
Cartas de Martí y de Gómez a Nicolás Ramírez	266

DOMINICANOS QUE CONOCIERON A MARTI

Máximo Gómez, <i>Martí</i>	277
Fed. Henríquez y Carvajal, <i>Martí, páginas de su vida íntima</i>	281
Rafael Abreu Licairac, <i>José Martí</i>	291
Federico García Godoy, <i>José Martí</i>	294
Eugenio Deschamps, <i>José Martí</i>	302
Fidelio Despradel, <i>José Martí</i>	306
Américo Lugo, <i>Martí en Monte Cristi</i>	308
Augusto Franco Bidó, <i>José Martí</i>	314
M. A. Duvergé, <i>José Martí</i>	319
Emilio C. Joubert, <i>Un recuerdo de Martí</i>	319



ÍNDICE GENERAL

PÁG.

DIPLOMACIA Y ESPIONAJE

Antecedentes	323
Documentos	329

PAGINAS Y APUNTES DIVERSOS

Martí en la prensa dominicana	369
Martí y el Club Hijos de Hatuey	381
Los Clubs Capotillo y General Cabrera	389
Martí y Puerto Plata	397
La muerte de Martí	402
La mano de valientes	413
Paquito Borrero	411
Angel Guerra	417
César Salas	419
Marcos del Rosario	420
Mayía Rodríguez	427
Nicolás Ramírez	429
Ulpiano Dellundé	431
Joaquín Montesino	432
Las ideas de Martí en Santo Domingo	434
Henríquez y Carvajal y el culto de Martí	439
El último traje de Martí	445
Hostos y Martí	453
Martí y Panchito Gómez	458
El hogar de los héroes	469
El Manifiesto de Monte Cristi	476
En la ruta dominicana de Martí	485



ÍNDICE GENERAL

	PÁG.
Noticias epistolares.....	504
Martí y Modesto Díaz.....	530
Martí y José Gabriel García.....	530
Ultimos versos de Martí.....	531
Voces dominicanas en <i>Patria</i>	532
Lilís y la independencia de Puerto Rico.....	533
La profecía de Martí.....	534
Alusiones a Santo Domingo.....	537
Apunte bibliográfico.....	538

APENDICE

Máximo Gómez, <i>Martí, relación histórica</i>	545
Máximo Gómez, <i>José Martí</i>	559
Fed. Henríquez y Carvajal, <i>Martí como orador</i>	560
Federico García Godoy, <i>Ramona</i>	567
Juan Bonilla, <i>José Martí</i>	572
Cristino Zeno, <i>Para Cuba</i>	574
Rafael Abreu Licairac, <i>Reparos a Fisonomía de un odio</i>	577
E. M. de Hostos, <i>El Testamento de Martí</i>	581
J. E. Bory, <i>Recuerdos de Monte Cristi</i>	583
Américo Lugo, <i>Dos cartas a Félix Lizaso</i>	587
Pedro Henríquez Ureña, <i>Martí, escritor</i>	593
José Margarito Gutiérrez, <i>Para la historia</i>	596
 <i>Índice de personas y de lugares</i>	 601
 <i>Índice General</i>	 617





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Se terminó de imprimir este libro en
los talleres IMPRESORES ÚCAR,
GARCÍA, S. A., en Teniente Rey, 15,
La Habana, el día 23 de Enero de
1953, Año del Centenario de
JOSÉ MARTÍ.